Jussi ADLER-OLSEN

STINE BOLTHER & LINE HOLM

Las almas muertas no cantan

MAEVA | NOIR

Si tienes un club de lectura
o quieres organizar uno, en nuestra web encontrarás
guías de lectura de algunos de nuestros títulos
http://www.maeva.es/guias-lectura

Índice

Cubierta
Prólogo. Jakob
1. Gry
2. Carl
3. Assad
4. Carl
5. Jakob
6. Assad
7. Tommy
8. Carl
9. Assad
10. Ane
11. Assad
12. Jakob
13. Assad
14. Jakob
15. Tommy
16. Rose
17. Linette
18. Assad
19. Jakob
20. Rose
21. Jakob
22. Rose
23. Linette

24. Assad
25. Helena
26. Jakob
27. Jakob
28. Carl
29. Carl
30. Tommy
31. Assad
32. Rose
33. Assad
34. Rose
35. Rose
36. Helena
37. Rose
38. Terje
39. Assad
40. Tommy
41. Carl
42. Jakob
43. Jakob
44. Linette
45. Rose
46. Assad
47. Jakob
48. Rose
49. Rose
50. Tommy
51. Helena

52. Rose
53. Assad
54. Rose
55. Jakob
56. Tommy
57. Carl
58. Carl
59. Jakob
60. Terje
61. Assad
62. Helena
63. Jakob
64. Assad
65. Rose
66. Rose
67. Tommy
68. Jakob
69. Helena
70. Assad
71. Helena
72. Assad
73. Terje
74. Carl
Epílogo. Helena
Agradecimientos
Créditos

Prólogo

JAKOB

Noviembre de 1989

En cuanto recuperó el conocimiento, Jakob volvió a sentir el frío. Un dolor mordiente le devoraba los dedos de las manos y le abrasaba los pies lacerados.

El termómetro no debía de marcar mucho más de cero grados; su aliento formaba pequeñas nubes blancas frente a la boca, y de sus hombros desnudos parecía emanar vapor en la oscuridad. El escroto, en cambio, se le había vuelto del tamaño de una nuez y le dolía como si le hubieran propinado un puntapié. Ojalá pudiera inclinarse hacia delante y encogerse como aquel contorsionista que había visto una vez en el circo, soplar aire caliente en la entrepierna, en las manos y en los pies y calentarse así todo el cuerpo, en especial los dedos de los pies. Lise le recordaba todo el tiempo que un niño con una voz como la suya jamás debía dejar que se le enfriaran los pies.

Pero no podía hacer nada.

Lo habían atado al árbol con las manos detrás del tronco y allí seguía, desnudo y solo, abrazado al roble, a la orilla de un lago negro. La áspera corteza se le clavaba en la mejilla, en las costillas y en la delicada piel del pecho. Deseó con todas sus fuerzas volver a perder el conocimiento, escapar a un lugar cálido y agradable. Pero

¿qué había que hacer para desmayarse? Era un niño de diez años y, hasta ese día, nunca se había desmayado.

Giró la cabeza y vio detrás de él su pijama azul claro y sus calzoncillos de rayas, amontonados de cualquier manera sobre el suelo embarrado. La ropa estaba sucia y empapada. Se la habían arrancado a tirones y, antes de marcharse, habían orinado sobre la ropa y luego sobre él. Aunque la orina se había secado, y había formado una película sobre sus piernas y la parte baja de la espalda, el escozor persistía, como si le treparan por el cuerpo hormigas y escarabajos que le mordían la piel.

¿Cuánto tiempo llevaba allí? Ni siquiera lo sabía. El vocerío de los chavales se había apagado hacía rato y ya solo se oían los ruidos de la noche. La oscuridad y el agotamiento le habían hecho perder toda noción del tiempo.

Dejó caer la cabeza sobre los hombros. Su cuerpo estaba a punto de rendirse cuando, muy cerca de él, un leve crujido se mezcló con el susurro del viento entre las ramas desnudas que lo rodeaban. Bajó la mirada. Había un mirlo posado junto a sus pies.

—¿Y tú de dónde has salido? —preguntó Jakob.

El pájaro aleteó en la oscuridad, voló hasta posarse en su brazo y lo miró fijamente con ojos negros inquietos. Las garras le perforaron la piel desnuda, y de pronto sintió que ambos se fundían en un solo ser. A través del mirlo, algo de naturaleza oscura, casi animal, se fue introduciendo en él. Cerró los ojos y le susurró que le daba del todo igual si venía de parte de Dios o del demonio con tal de que estuviera allí para ayudarlo.

Lo despertó el ruido de unas voces a su espalda. El mirlo que estaba apoyado en su brazo había desaparecido.

Jakob volvió a girar la cabeza. Tommy estaba sentado a orillas del lago junto a un poste del que colgaba un viejo salvavidas ya grisáceo. Al igual que Jakob, Tommy acababa de cumplir diez años, pero era rubio, un palmo más bajo y flaco como un insecto palo.

—Quiero irme a casa —dijo.

—Deja de lloriquear, Tommy. ¿Qué le voy a hacer si nos hemos equivocado de camino? —refunfuñó Berg, uno de los chicos mayores del coro, saliendo de entre la arboleda—. Vang, tú dijiste que el campamento escolar quedaba hacia el sur. Pero ¿dónde diablos está el sur?

Mads-Peter Vang apareció de mala gana de detrás de un árbol. El corpulento muchacho de once años pertenecía a la última generación de una larga estirpe de taciturnos pescadores del oeste de Jutlandia. Señaló con el índice un sendero un poco más adelante.

—Ya os he dicho que era por ahí —lo dijo en voz baja y evitó a toda costa mirar hacia Jakob—. ¿De verdad pensáis dejarlo aquí toda la noche? Podría morir si hay helada.

—¿Y quién ha dicho que vaya a helar? ¿Esas rodillas gordas que tienes? —Konrad, un niño delgado, con el pelo peinado hacia atrás y un aire permanente de soberbia, deambulaba de un lado a otro por el embarcadero.

—¿Qué pasa si nos delata? —preguntó Tommy. La idea de orinar sobre Jakob había sido suya; quería impresionar a los chicos mayores. Ahora ya no sonaba tan fanfarrón.

—¡Que lo intente si se atreve! —Los ojos de Berg se movían nerviosos en la oscuridad. Era un chico guapo y mimado y, hasta la llegada de Jakob, su voz había sido indiscutiblemente la más

hermosa del coro. Ahora Berg y Konrad tenían ya trece años; podía empezar a cambiarles la voz en cualquier momento.

—No pienso chivarme. —Jakob se sorprendió de que aún pudiera hablar, con la boca tan seca como la tenía.

Konrad ladeó la cabeza y se le acercó con sigilo, como una hiena.

—¡Puaj! ¿Qué es ese olor? —Se situó detrás de Jakob y se inclinó hacia delante, ensanchando las fosas nasales—. ¡Pero si apesta a meado!

Berg también se acercó. Una sonrisa torcida se le dibujó en la comisura de los labios mientras se inclinaba sobre el triste montón de ropa de Jakob.

—Tienes razón, huele fatal. A un marrano así no lo podemos llevar de vuelta al dormitorio, Vang.

—Pues deja que se lave un poco. Puedo prestarle mi jersey. —Vang hizo amago de quitarse su suéter islandés.

—¡Qué buena idea! —Berg chasqueó los dedos señalando a Vang antes de dar media vuelta y colocarse detrás del árbol.

De pronto Jakob sintió cómo la cuerda que le ataba las manos se aflojaba, pero entonces Konrad lo agarró por el brazo como si se fuera a escapar. ¡Como si *pudiera* hacerlo! Sus pies parecían bloques de hielo y sus piernas, gelatina; apenas podían sostenerlo cuando Konrad lo llevó a rastras hasta el embarcadero.

—Ahora escúchame, niño prodigio. —Berg, que le sacaba al menos una cabeza, se plantó muy cerca de él y, con un gruñido, murmuró—: Salta al agua.

Jakob no se atrevió a alzar la mirada.

—No sé nadar. —El pánico se le propagó desde el diafragma hasta el bajo vientre y no pudo hacer nada por contener la orina.

—¡Jolín, qué asco! —Konrad hizo una mueca, como si estuviera a punto de vomitar—. Pero ¿tú no tienes modales? —Le apretó el brazo con fuerza y lo acercó aún más al borde del embarcadero.

—¿Vosotros sois tontos o qué? —Vang observaba la escena con los ojos muy abiertos—. A ver, no quería decir eso, pero es que puede que el lago tenga dos metros de profundidad, o que ni siquiera tenga fondo.

Jakob contempló el agua negra. Vang estaba en lo cierto. No se podía ver el fondo, menos aún en la oscuridad. Quizá no fuera un lago de verdad, sino un pantano, y sabía muy bien que los pantanos eran traicioneros. El fango cenagoso podía arrastrar incluso a un adulto a las profundidades.

Tommy se acercó corriendo por detrás, y entonces Jakob distinguió algo azul claro revoloteando por el aire. Volvió la vista al lago; la camisa de su pijama acababa de posarse sobre la superficie, a dos o tres metros de allí.

—Más te vale ir a recoger el pijama. —Berg lo miró como un lobo al acecho—. Date prisa, ¿o no quieres volver al campamento?

—Pero… no sé… nadar. —Jakob intentó dar un pisotón en el suelo, pero le dolía demasiado el pie.

—¡Que vayas a buscarlo!

Berg empujó a Jakob hasta hacerle perder el equilibrio. Entonces, Konrad lo sujetó por los brazos y Berg por las piernas, y lo levantaron del suelo.

Lo balancearon en el aire un instante antes de lanzarlo al agua. Cayó en plancha. El agua helada le cortó la respiración. Jadeando sin control, luchó por mantener la cabeza sobre la superficie, moviendo los brazos y pataleando en la negrura del lago como un perro. Sus

pies buscaron el fondo y arañaron algo viscoso y esponjoso, pero no encontraron nada que los sostuviera.

Oyó que alguien gritaba, pero no alcanzó a descifrar las palabras. El frío le calaba hasta los huesos y el agua amenazaba con inundarle la boca y bajarle por la garganta. Sabía que tenía que salir de allí si no quería morir, pero no era capaz de orientarse. Ya no diferenciaba delante de detrás ni arriba de abajo; el frío le había paralizado los sentidos y todo a su alrededor era oscuridad: el agua, el bosque, la noche.

Algo duro lo golpeó en la cabeza. ¿Una piedra? La siguió otra más, y una tercera lo alcanzó en la sien, aunque su cuerpo apenas lo sintió. De repente, el insoportable frío que lo había invadido dio paso a un envolvente calor, y pensó que quizá lo mejor fuera entregarse a aquella suave y tentadora calidez.

¿Se entristecerían por fin sus padres? Asger y Lise sin duda sí lo harían.

Eso fue lo último que le pasó por la cabeza antes de que las fuerzas lo abandonaran y el agua se lo tragase.

1

GRY

Viernes, 29 de septiembre de 2023

Kevin se balanceaba frente a la puerta, encorvado hacia la cerradura como un anciano con poca vista, mientras forcejeaba sin acierto con un manojo de al menos cincuenta llaves. Según tenía entendido Gry, cada una tenía un uso particular: abrían desde viejos archivadores hasta unas bicicletas de uso compartido que había comprado el municipio tras dejarse asesorar por una de esas modernas consultoras de ideas brillantes. Y él parecía decidido a probarlas una por una.

—No sé yo, Kevin… ¿No sería mejor volver con los demás y buscar alguna tienda abierta por ahí? —sugirió Gry, impaciente, mirando por encima del hombro a su jefe, diez años más joven y sin el menor sentido de la coordinación desde hacía cuatro o cinco copas.

—Solo tengo que dar con el agujero… —La miró con ojos empañados, soltando una risita nerviosa—. ¡Igualito que ayer!

Gry estaba a punto de responderle con una sonrisa forzada cuando el sonido de una puerta abriéndose y cerrándose de golpe en alguna parte del inmueble captó su atención. Después de quince años en la Delegación de Salud y Mayores de Copenhague, notaba en los huesos cada susurro del edificio.

—Kevin, vámonos ya —imploró una vez más.

—Cierra el pico, Gro. ¡Ya casi lo tengo! —gruñó, arrodillándose para acercarse al ojo de la cerradura.

—Gry…, me llamo Gry. —Trató de mantener la calma, pero notó que la humillación se iba apoderando de ella y que el rubor le trepaba por el cuello y por las mejillas.

En la delegación, los compañeros llevaban desde las tres de la tarde bebiendo cerveza de lata y vino de cartón. La cena se limitó a tres bolsas de patatas que fueron pasando de mano en mano. A las seis, Gitta, de Recursos Humanos, se había deshecho de los zapatos y conectado el altavoz Bluetooth al móvil, y Bo, de Contabilidad, había encendido un cigarrillo sin el menor reparo. Nadie tenía prisa por marcharse a casa. Fue entonces cuando Kevin se le acercó.

—Me parece que la llave de la *verdadera* fiesta la tienes tú —insinuó, con una sonrisa de oreja a oreja y un agrio tufo a cerveza. Gry se sintió a la vez halagada y desconcertada de que ese joven de pómulos marcados, responsable de la delegación, se hubiese fijado precisamente en ella.

A sus cincuenta y tres años, Gry era una soltera crónica con principios de hipertensión y completamente invisible a ojos de los jóvenes; en cambio, allí estaba él, mostrándose curioso sobre sus áreas de responsabilidad, tema que en su medio siglo de vida jamás había despertado el interés de nadie.

Al poco rato, Kevin apoyó un pie en su silla y le rozó el muslo con la punta del zapato. ¿La estaba acariciando? Cuanto más se vaciaba el cartón de vino, más se convencía de que así era, y cuando le pidió que lo acompañase hasta el pasillo, Gry tenía la libido desbocada.

—No olvides traer las llaves —susurró Kevin.

Gry estaba convencida de que esta vez había llegado su momento, el momento de ese sexo de oficina sin ataduras del que tanto había oído hablar, ¡y con un jefe de departamento…! Por fin iba a vivirlo en primera persona. Kevin se ocuparía de encontrar la estancia apropiada, cerrar la puerta, arrancarle la ropa y suplicarle un polvo a ella, la mujer más madura y con más experiencia de la delegación.

Se sentía importante, consciente de que todos sabían que era ella quien custodiaba el mítico manojo de llaves que abría todas las puertas del edificio. Si la puerta del baño no se abría, Gry tenía la llave; si una puerta se cerraba de golpe, Gry tenía la solución; si a un muchacho atractivo le apetecía follar en la fotocopiadora, por narices había que hablar con Gry.

Pero, al llegar al cuarto de fotocopiadoras, tras haber pasado de largo por la sala de reuniones y su cómodo sofá, Kevin la siguió arrastrando por el pasillo.

—¿Adónde me llevas? —preguntó Gry, tratando de no quedarse atrás.

—A la bodega. ¡Que se nos ha acabado el «combustible», joder!

La «bodega» no estaba en el sótano, sino en un despacho al final del pasillo que hasta finales del verano de 2019 había ocupado Gunvor, la encargada del Servicio Municipal de Atención a la Demencia. Recién llegado y con ganas de marcar territorio, Kevin la había puesto de patitas en la calle a escasos días de que cumpliese treinta años en el puesto.

Ocupar el despacho de Gunvor se interpretaba como un acto de traición, así que, con el tiempo, había pasado a ser la despensa de vinos de la Administración. En la «bodega» se almacenaban cientos de botellas —vino tinto para recepciones, cava para aniversarios y

los restos de los regalos navideños del personal del año anterior—, y nadie se preocupaba de llevar inventario.

—No podemos llevarnos nada de aquí, ¡estaríamos robando!

Gry se arrepintió de sus palabras en cuanto reparó en el surco que se había formado entre las oscuras cejas de Kevin.

—¿Es que ya no te acuerdas de quién manda aquí? Tan solo lo tomaremos prestado. Vamos a divertirnos un rato, ¡relájate!

La rodeó con el brazo, presionando su mejilla contra el calor de su pecho y, por unos instantes, Gry quiso creer, una vez más, que con «divertirnos» se refería a «echar un polvo».

Pero él simplemente forcejeaba con el manojo de llaves sin ni siquiera acordarse de su nombre.

—Yo me marcho —dijo, conteniendo las lágrimas; aunque Kevin ni la oyó, solo sonreía feliz al haber conseguido por fin encajar la llave en la cerradura.

—¡Soy un puto Indiana Jones! —exclamó, y encendió la luz para escrutar el cuarto abandonado.

Las viejas estanterías de Gunvor estaban a rebosar de botellas y cajitas de bombones con el escudo del municipio. A la izquierda, en un archivador, se amontonaba todo lo que Gry calificaría de chatarra electrónica: impresoras, viejos teléfonos fijos, cables desparejados, enchufes y ventiladores de mesa polvorientos que deberían haberse llevado a reciclar al punto limpio hacía siglos.

—¡Mira lo que tenemos aquí! ¡El santo grial! —exclamó Kevin, agarrando una botella magnum de champán de uno de los estantes.

Hasta la propia Gry, criada en un barrio obrero de Rødby y perfecta ignorante en lo que a vinos se refería, sabía que aquella botella costaba un ojo de la cara.

—Kevin, déjala en su sitio, por favor. De esas no quedan más —suplicó con voz quebrada—. Yo ya no quiero saber nada.

Jamás había corrido riesgos ni cometido imprudencias; sus parejas sexuales se contaban con los dedos de una mano —tres, para ser exactos—. Y, sin embargo, allí estaba, dejándose llevar por sus más bajos instintos, a punto de robar en el trabajo.

—Tienes razón —concedió Kevin, y cambió el champán por dos botellas de vino tinto de otro estante, colocándose una de ellas bajo el brazo mientras alcanzaba la segunda—. De estas tienen a montones. ¡Toma! —Le lanzó el manojo de llaves con demasiada fuerza y le dio de lleno en la clavícula.

El inesperado y doloroso impacto hizo que golpease con el codo un teléfono de sobremesa, que emitió un pitido.

—Tiene un nuevo mensaje de emergencia —anunció una voz robótica de mujer.

—Pero ¿qué narices es eso? —Asombrado, Kevin dejó escapar una sonrisa nerviosa y contempló el aparato, en el que parpadeaba una luz roja.

—Alerta recibida el 10 de noviembre de 2019 a las 16.28 horas —añadió la voz.

—¡Hostias, pedazo de reliquia tenemos aquí! 2019… Esto es de cuando tú aún eras joven. —Kevin le propinó un codazo en el costado, y otra vez se ensañó más de lo necesario, pero en esta ocasión ella le sostuvo la mirada sin pestañear.

—¡Cállate de una vez! —Gry escupió las palabras una a una, subrayándolas con fuerza, mientras contemplaba el teléfono con un mal presentimiento. ¿Era posible que nadie hubiese escuchado aquel mensaje? A Gunvor la habían despedido el 31 de octubre,

Halloween, y al día siguiente le habían encargado precisamente a Gry que se deshiciera sin demora de la calabaza cuidadosamente tallada por su excompañera.

—Audimus… —Detrás de ella, Kevin miraba con fijación al contestador—. Esa mierda de programa fue lo primero que liquidé al llegar. Era demasiado caro.

—¡Shhhh! —ordenó ella y le mandó callar con un dedo para poder escuchar el contestador, que se estaba poniendo en marcha.

El mensaje de cuatro años atrás comenzaba con seis segundos de ruido de fondo que primero daban paso a una voz quebrada, como de anciana, que tarareaba una melodía fragmentada como si tuviese que hurgar en la memoria para encontrar cada nota, a la que después seguía otra voz, esta vez de hombre mayor. Aunque se escuchaba a distancia, sus palabras sonaban con claridad:

—¡Socorro, auxilio! —gritaba una y otra vez con creciente desesperación, antes de que una tercera voz, también de hombre, aunque más joven, irrumpiera en la grabación.

—¡Que te calles, joder! —La nueva voz sonaba muy extraña y recordaba a la de un adolescente en plena pubertad—. No me dejas otra opción.

La mujer había dejado de tararear.

—Pero no querrás cargar con esto en la conciencia. ¡Mírala! —Al fondo, se oía al hombre implorar, como un padre que trataba que su hijo entrase en razón.

—¿Conciencia? ¿Me vas a dar tú lecciones de conciencia? —La aguda voz del joven sonaba nerviosa, rozando la histeria. Tras un par de segundos, añadió—: En su día no asumiste tu

responsabilidad. Ahora seré yo quien te haga cargar con una responsabilidad que no te dejará vivir.

Se oyó un tumulto seguido de una voz de mujer gimiendo de modo estridente y sobrecogedor; de pronto, se hizo el silencio.

Gry fijó la mirada en el teléfono, pero no había nada más: el doble parpadeo de la luz roja indicaba que la grabación había finalizado.

Volvió la cabeza y observó a Kevin.

—Dices que cancelaste el programa. Quiero creer que se avisó a los usuarios…

La expresión de complacencia en torno a la boca de Kevin dio paso a un leve gesto de inseguridad.

—¡Pensé que alguien se ocuparía, maldita sea! ¡Soy el cerebro, no el puñetero conserje! —Sacudió la cabeza con fastidio, mientras la apuntaba con el índice en actitud amenazante—. Ahora, escúchame bien…, de esto ni una sola palabra a nadie, ¿está claro?

—Pero… —dijo Gry y apartó la mano de Kevin justo a tiempo de evitar que le clavase el dedo en el ojo—. Parece que hay una mujer herida. Tenemos que dar parte a la policía.

—¿A la policía? —dijo salpicándole la cara con gotas de saliva—. Pero ¿te has vuelto gilipollas o qué? ¡Borra eso de una puta vez, ¿de acuerdo?! O, si prefieres, al acabar el día me dejas tu renuncia sobre la mesa antes de largarte, y ya me encargaré yo de que no te contraten ni para fregar platos en todo el país.

Gry lo miró, atónita. Los ojos de él se entornaron.

—¿Sabes por qué este municipio funciona tan mal? —Kevin agarró sus botellas y se encaminó hacia la puerta—. ¡Por culpa de burócratas de manual y solteronas amargadas como tú, Gro! ¡Borra el maldito mensaje de una vez!

2

CARL

Lunes, 9 de octubre de 2023

Carl Mørck había salido cansado ya de casa, y ver el escaparate de la librería del popular centro comercial Rødovre Centrum, con su nuevo libro apilado entre lápices de colores y las memorias de una *influencer* de veinticuatro años, no le levantó precisamente el ánimo.

«Va a ser un día para recordar», había sentenciado la editora con chiribitas en los ojos cuando el libro salió de la imprenta.

Sin embargo, para Carl el día del lanzamiento no era más que un mal necesario que había que superar de alguna manera.

Un año y medio atrás se había publicado con excelentes críticas *La mujer que arañaba las paredes*, pero la histeria mediática había sido muy superior a las ventas reales, y a Carl lo habían interrogado en tantas ocasiones sobre el «temido segundo libro» que había empezado a dudar de que escribir otra novela fuese una buena idea. Pero de nada servía ya: su obra sobre los asesinatos del internado en los años ochenta había llegado a las tiendas y, por motivos que se le escapaban, le habían puesto el título *Los chicos que cayeron en la trampa*.

—¡Caaarl, venga, vamos! —Anni Larsen, la responsable de prensa de la editorial, le hizo un gesto para que entrase en la tienda.

Aquella era la última parada del día en la gira de presentación de su novela y, sabiendo lo que se le venía encima, Carl había declinado participar en la presentación oficial, plagada de discursos, para poder marcharse directamente a casa.

Se quitó la chaqueta de cuero y se dejó guiar por la voz de su acompañante, que hablaba de forma compulsiva. Anni era encantadora, pero su don de palabra superaba incluso al de Rose y sus hermanas Vicky, Yrsa y Lise-Marie juntas. Tenía además un talento fuera de serie para inundar la agenda de Carl con todo tipo de eventos disparatados.

«Tú cierra los ojos y piensa en las ventas», le había dicho cuando lo envió al norte de Selandia para hacer de jurado en un concurso de pasteles.

También lo había arrastrado hasta una fiesta de pueblo, donde tuvo que sufrir los experimentos reposteros de unos colegiales que, como era de esperar, no se habían lavado las manos en lo que llevaban de vacaciones. De premio, le cayeron una multa de tráfico y un terrible ardor de estómago. Para Anni el evento había sido un éxito rotundo, hasta el punto de que ya lo había propuesto como jurado para un concurso de cocina tradicional en la isla de Samsø. Ese día Carl se aseguraría de tener otros planes.

«¡Es que la gente te quiere conocer a ti!», arremetía Anni cada vez que Carl proponía enviar el libro o un par de citas sueltas en vez de presentarse en persona. Pero, por lo que él podía ver, aquello no era del todo cierto. Sin ir más lejos, en ese «día para recordar» no había ni un alma en la librería del centro comercial, así que todo apuntaba a que se pasaría la siguiente media hora mirando las musarañas y exhibiendo una sonrisa forzada. Mientras Anni

monopolizaba al atractivo librero con una desconcertante explicación sobre la portada de *Los chicos que cayeron en la trampa,* Carl fingía estar absorto en un póster a tamaño natural que anunciaba la visita de uno de los autores culinarios de mayor renombre del país. Iría la semana siguiente a firmar libros y repartir hamburguesas veganas. Para alivio de Carl, no había pósteres promocionando su propia visita, así que cuanto antes acabase aquel circo, antes podría volver a casa.

Cuando se publicó su primer libro sí que había accedido a asistir a la fiesta de presentación y a entrevistarse con periodistas de diversa calaña profesional para acabar escuchando y respondiendo la misma sarta de preguntas: «¿Cómo es tu día de trabajo?», «¿te inspiras en la vida real?» y el tan manido «¿cuánto has ganado?». ¡Menuda panda de fisgones!

Lo único que de verdad le importaba era ser libre otra vez y estar rodeado de los suyos. Seguramente aprendió a valorar las pequeñas cosas durante aquellos malditos días que pasó encerrado en prisión; había sufrido en sus propias carnes la soledad, había conocido el miedo y rozado la desesperación, y las muchas noches en vela habían acabado por pasarle factura, enseñándole que, a fin de cuentas, el prestigio y el dinero no valían absolutamente nada.

—¿Estás listo, Carl? —La voz de Anni lo devolvió a la realidad del ahora más concurrido centro comercial.

La siguió a regañadientes.

En días como ese echaba de menos sus tiempos en el Departamento Q. Aunque Gordon había conseguido un buen puesto en Jutlandia del Norte y ya no tenían tanta relación, sí seguía en contacto frecuente con Rose y Assad, que acababan de volver al

sótano de la Jefatura de Policía. El motivo oficial del traslado era la falta de espacio en las elegantes nuevas dependencias de la policía en la península de Teglholm, en el histórico distrito portuario de Copenhague. Extraoficialmente, el Departamento Q era una entidad disfuncional que no encajaba en el molde de la policía moderna, donde todo funcionaba a base de hojas de cálculo, certificaciones iso y horarios fijos. Los agentes de la Unidad de Investigación de Crímenes contra las Personas siempre habían mirado con recelo al Departamento Q, y más aún ahora que ya solo quedaban Rose y Assad. A sus compañeros de Teglholm no les cabía en la cabeza que un equipo de dos personas con una tasa de casos resueltos en caída libre mereciese una mayor dotación económica y condiciones especiales.

Carl se atusó el cabello. Pensándolo bien, no echaba en absoluto de menos todos aquellos líos.

—Con ustedes, Carl Mørck —anunció Anni, como si estuvieran en la sala de convenciones más grande de Copenhague y no junto a una renqueante mesita con ruedas, cubierta torpemente con un mantel de terciopelo, que habían preparado en su honor frente al escaparate.

Carl se acercó con paso firme a dos mujeres que esperaban con su ejemplar recién comprado bajo el brazo. Lo último que Mona le había dicho aquella mañana al darle un beso de despedida fue que no se olvidase de sonreír.

«Tus lectores te adoran, se merecen una sonrisa», había sido su razonamiento.

Para Mona era fácil decirlo, claro, pero siguió sus instrucciones y sonrió.

—¡Magnífico! ¡Qué bien que os hayáis aventurado a venir hasta este rincón desolado por mí! —exclamó—. Y qué alegría que vayamos a acabar pronto. ¡No os perdáis al salir!

Anni dio un respingo y agarró un libro de la pila.

—¿Carl, podrías contarnos qué pueden esperar nuestras afortunadas lectoras de *Los chicos que cayeron en la trampa*?

Carl dejó escapar un suspiro. Muy a su pesar, había dado su consentimiento por escrito para asistir a tormentos como aquel; «eventos», como los llamaba Anni.

—Sí, a ver… En 1987 se encontraron en una cabaña de veraneo los cuerpos sin vida de un chico y de su hermana. Se trataba de un caso archivado sin resolver que reabrió el Departamento Q. Habrá quienes encuentren nuestros métodos de investigación poco convencionales, pero eso prefiero dejarlo al criterio del lector.

Se quedó mirando a las dos mujeres que formaban su modesto público. Ambas llevaban el pelo corto con mechones más largos por delante de las orejas.

—¿Podemos hacernos un selfi? —preguntó una de ellas, sacando un *smartphone* del bolso.

Carl masculló un «claro que sí».

—¿Le importaría arrodillarse? —Las dos mujeres se le acoplaron mientras Carl se ponía en cuclillas y trataba de recordar cómo articular una sonrisa enigmática de escritor y no la de un vulgar vendedor de zapatos.

—¡Directito a Instagram! —dijo la dueña del *smartphone* antes de desaparecer con su compañera y de abandonar a Carl en el pasillo ahora desierto del centro comercial.

Anni estaba de vuelta en la librería conversando con el librero, momento que Carl aprovechó para contar la pila de libros que llevaba su nombre. Sobre la mesa había una docena de ejemplares, y, por más que le gustase la tranquilidad, le fastidiaba estar allí, mirando al vacío sin que nadie advirtiese su presencia.

Jugaba con la idea de esconderse en los lavabos hasta que hubiesen pasado los treinta minutos de rigor, cuando apareció Anni con una euforia desbordada que tan solo podía augurar malas noticias para Carl.

—Tengo al teléfono a un reportero *freelance* —anunció. A ojos de Anni, toda publicidad era buena, por lo que los reporteros eran ángeles caídos del cielo—. Pelle Hyttested se llama.

Le pasó el móvil.

Carl frunció el ceño. El «angelito» Hyttested había trabajado durante años para la revista *Gossip* y había sido una auténtica piedra en el zapato. Cuando Carl estaba en prisión preventiva, a Mona y a sus compañeros del Departamento Q se les había ocurrido pasarle al *freelance* información falsa sobre él, y Hyttested, que, por suerte, no tenía ni una pizca de sentido crítico, la había enviado a la revista sin contrastarla. Como era de esperar, en cuanto lo declararon inocente, despidieron al reportero por difundir *fake news*, por lo que Carl no era ni de lejos santo de su devoción.

Lo que siguió al «Mørck, dígame» de Carl no fue precisamente un torrente de felicitaciones:

—Conque otro libro, ¿eh, Mørck? Y entiendo que se basa en hechos *reales*… Te piraste del Departamento Q y ahora sacas tajada de los casos más truculentos. Metes miedo a la gente e incluso revelas vuestros métodos de investigación… Quizá eso explique el

porcentaje escandalosamente bajo de casos resueltos del Departamento Q en los últimos años —lo acribilló Hyttested.

Carl se rascó la nuca sin saber qué responder a tantas sandeces. Cuando lo detuvieron y lo pusieron entre rejas, hacía ya casi tres años, sus compañeros Gordon, Rose y Assad habían investigado y resuelto sin su ayuda tres homicidios relacionados con el caso de la pistola de clavos; en su opinión, una hazaña memorable.

—Me han dicho que la policía de Copenhague está presionando para cerrar el Departamento Q —siguió azuzándolo Pelle Hyttested.

—¿Y quién diablos dice eso?

—Mørck, ya sabes que un periodista jamás revela sus fuentes —replicó con aire misterioso.

—«Fuentes»… ¿Ahora llamas así a las vocecitas que tienes en la cabeza? —A Carl le entraron ganas de darle una patada al móvil, pero logró contenerse ante la mirada de Anni—. Escúchame, hace ya tiempo que dejé la policía. No escribo por gusto, sino porque siento que es mi deber. —Se hizo el silencio al otro lado del aparato—. Escribo un retazo de la historia de Dinamarca y no trato de meter miedo a los lectores, sino de hacer que se sientan más seguros. Porque ¿qué nos enseña el Departamento Q?

Seguía el silencio. ¿De verdad costaba tan poco hacer callar a Hyttested? Prosiguió:

—El Departamento Q nos enseña que ningún crimen vale la pena. Sí, puede que un asesino logre huir de la justicia durante meses o incluso años, pero al final siempre aparece un documento, alguien se va de la lengua o decide aliviar su conciencia, se recupera una huella de adn… Así que, tarde o temprano, se esclarece hasta el más horrendo de los crímenes. El Departamento Q nos enseña que

incluso el más débil puede acabar siendo el más fuerte, y que el bien siempre vence al mal.

Carl respiró hondo y le devolvió el móvil a Anni. Aquella perorata lo había dejado aturdido, así que buscó con la mirada un bar, una bodega o algún puesto de perritos calientes. Un filósofo en ciernes bien se merecía una cerveza y un cigarrillo en un sitio tan anodino como ese.

Pensó en echar una cabezadita apoyado en la pared; su *stand* a las puertas de la librería no estaba precisamente abarrotado, pero la sensación de que alguien lo estaba observando le hizo enderezarse.

Una mujer con vestido verde y abrigo de lana que fingía curiosear en el expositor giratorio de gafas de la librería no le quitaba el ojo de encima. Pensando que podía ser una admiradora a la caza de un autógrafo, Carl le dedicó su sonrisa más *sexy* de escritor. Pero su gesto tuvo el efecto contrario y la mujer, espantada, huyó a la tienda de al lado. Ataviada con unas enormes gafas de sol, un pañuelo en la cabeza y el cuello del abrigo levantado, tenía toda la pinta de ir disfrazada, pero ¿quién narices se disfraza para ir a un centro comercial?

Cuando por fin pasó la media hora, Carl había logrado vender tres libros más con ayuda de Anni. La responsable de prensa lo envolvió en un abrazo que olía a perfume.

—Eso que dijiste de que, al final, las víctimas siempre ganan ha sido precioso. —Y añadió—: Me ha puesto los pelos de punta.

Carl trató de recordar qué genialidad había soltado cuando, por encima del hombro de Anni, volvió a ver a la mujer vestida de verde en el expositor de gafas, ahora con el abrigo colgado del brazo. Cuando Anni se fue, la mujer se armó de valor y se le acercó.

—¿Carl Mørck? —preguntó—. ¿Podemos hablar en privado?

3

ASSAD

Al otro lado del pasillo, Assad podía oír a Rose peleándose con las cajas de la mudanza entre resoplidos, insultos y maldiciones, que le recordaban a una extraña mezcla entre un parto y una pelea de bar. Se había ofrecido a ayudarla, pero Rose, con los brazos en jarras, se había opuesto a que se entrometiese en su meticulosa coreografía de desembalaje. Por eso ahora estaba allí sentado, capeando aquel aluvión de improperios barriobajeros a una distancia prudencial.

Se acarició la barba de dos días y miró a su alrededor. Él no había tardado mucho en instalarse. Su viejo sofá volvía a estar encajado en la pared del fondo, tal como lo había dejado. En su escritorio, el ordenador ya estaba encendido y conectado a Internet, a la impresora y a una pantalla externa, y en el estante superior tenía la radio dab sintonizada en una emisora libanesa de baladas románticas. Un par de fotos de Marwa y de las niñas con ropa de fiesta ayudaban a humanizar el espacio. Eran fotos del cumpleaños de una de sus hijas, ahora ya mayores; quizá de Nella. Su Corán ocupaba el sitio de siempre en la estantería, junto con el *Manual de la Policía Científica*, que podía recitar con los ojos cerrados, y a la alfombra de orar le había encontrado un hueco en la esquina. Completaban el decorado un televisor de pantalla plana montado en la pared y una mesita de azulejos que había conseguido rescatar del

punto limpio aquella misma mañana, de camino al trabajo, y en la que ahora se acomodaban a la perfección la placa eléctrica, las latas de té, el arsenal de cafeteras y un paquete de azúcar de caña de dos kilos.

Hacía dieciséis años que Carl Mørck le había endosado un par de casos archivados y le había asignado el cuarto de almacenamiento como despacho, y lo cierto era que había muy pocos sitios en el mundo donde Assad se sintiese tan a salvo como allí. El sótano de la Jefatura de Policía era uno de los lugares donde más tiempo le habían permitido quedarse en toda su vida, así que era como volver a casa. Aunque no del todo…

Se quedó mirando la pared. La nostalgia por el pasado lo había acompañado toda la vida; seguro que era así para los refugiados como Assad, pero ese sentimiento, al igual que la ausencia de Carl, no se había vuelto más llevadero con los años. Con ocasión de su primera novela, la editorial de Carl había impreso un cartel de un metro de alto para promocionarla, con su foto al lado de la portada del libro y fragmentos de las mejores reseñas. Mona se había negado rotundamente a tener a la vista algo tan lúgubre en el piso de Østerbro, por lo que ahora aquella obra maestra estaba ahí colgada para recordarle a Assad al mejor jefe, compañero y amigo que jamás había tenido.

Habían pasado casi tres años desde que trabajaran juntos por última vez, y Assad lo echaba todo de menos, incluso el malhumorado careto mañanero de Carl. Pero Carl se había hartado. Se había hartado de las costillas rotas, de las descargas eléctricas, de las heridas por arma blanca y de los peligros de muerte, de jefes imprevisibles y de la maldad del mundo, y había cambiado su vida

de investigador de los crímenes más sórdidos del país por la de escritor a tiempo completo desde su casa, por la de padre y marido volcado en su familia. Y, la verdad fuera dicha, parecía estar disfrutándolo.

Assad, por su parte, se sentía como si le hubieran amputado una extremidad. Su primer impulso, cuando Carl anunció su decisión de renunciar, había sido dejarlo él también, pero ¿de qué iba a vivir su familia? El salario de Marwa como auxiliar de guardería a media jornada apenas alcanzaba para el alquiler, y a sus cincuenta y tres años no le apetecía demasiado desempolvar la licencia de taxista que se había sacado dos décadas atrás.

Y, además, Assad era rematadamente bueno para el trabajo de investigación. Seguramente podría encontrar otro empleo, pero ¿algo que tuviese tanto sentido para él? Todos los horrores que había vivido parecían destinados a llevarlo hasta allí: una excelente unidad de investigación que buscaba garantizar la justicia, dar voz a las víctimas y plantarle cara al mal. A su vez, se sentía en deuda con la sociedad danesa y con la policía, que le habían ofrecido algo por lo que vivir cuando no tenía absolutamente nada. Así que se quedó. Al igual que Rose y Gordon.

—¡Joder, joder! ¿Quién coño se ha llevado…? ¿Aquí…? Aghhh, tampoco… ¡Mierda, mierda, mierda! —Una nueva oleada de maldiciones a media voz llegó hasta sus oídos desde el despacho de Rose. Se dio un par de palmadas firmes en las mejillas. Estar allí sentado, ahogándose en la tristeza, tampoco mejoraba la situación.

Encendió el televisor. Había vuelto a estallar la guerra en Oriente Medio, y pese a que se le ponía el corazón en un puño al ver cómo sacaban a niños de casas arrasadas por las bombas, tenía el maldito

deber de estar al corriente de lo que sucedía. En tv2 News, mientras tanto, preferían centrarse en una historia del país, el sensacional *comeback* de un parlamentario llamado Tommy Eckert. El nombre no le decía nada, pero por el reportaje entendía que diez o quince años atrás Eckert había sido una de las grandes promesas políticas de Dinamarca y todo apuntaba a que sucedería a la primera ministra. Hasta que, una noche, un coche patrulla de incógnito al que adelantó cuando iba zigzagueando a velocidad temeraria por la autopista, en dirección sur, lo sorprendió a 153 kilómetros por hora y con una tasa de alcoholemia de 1,3 gramos por litro de sangre. Al cabo de unos días, Tommy Eckert había anunciado, con lágrimas en los ojos, que dejaba la política para cuidar de su salud. Ahora, diez años más tarde, volvía en «una versión mejorada de sí mismo», como se apresuraba a proclamar desde la escalinata del Parlamento, en el Palacio de Christiansborg. Lo habían puesto como suplente de un camarada de partido que estaba de baja por estrés; nada del otro mundo, pero esa clase de indulto público irritaba sobremanera a Assad. ¿Cómo podía un gilipollas que se había puesto al volante borracho perdido, poniendo en peligro la vida de otros, posar tranquilamente ante el Parlamento como una estrella de rock?

Si fuera en Irak, Siria o Líbano, donde todos los políticos sin excepción eran corruptos o enchufados, lo entendería. Pero ¿en Dinamarca? ¿Y por qué había unas reglas para los políticos y otras para los meros mortales?

A Carl, que había ayudado a tantas personas, lo habían humillado y encarcelado hacía tres años por una burda sospecha, y el caso de la pistola de clavos había acabado con su carrera. En cambio, un imbécil que conducía borracho podía volver como si nada al principal

órgano legislativo del país. Le dio tal golpe al televisor que lo apagó. Más le valdría ayudar a Rose en vez de quedarse ahí, consumido por la indignación.

Tras el adiós de Carl, y aunque el título no figurara en su tarjeta de visita, Rose Knudsen había asumido el papel de jefa *de facto* del Departamento Q. Su misión seguía siendo la misma: reabrir e investigar casos antiguos sin resolver de todo el país como departamento independiente bajo la responsabilidad del jefe de Homicidios de la policía de Copenhague, que, a fecha de 2023, era Terje Ploug.

En los dramáticos acontecimientos de 2021, a Terje le habían disparado en la espalda. Se había recuperado sin secuelas y, para alivio de todos, tras la salida de Marcus Jacobsen le habían ofrecido el puesto a él. Ya no era un jovencito y blasfemaba como un camellero, pero, por lo demás, era un hombre estoico con la suficiente inteligencia como para no entrometerse más de lo necesario en los trajines de Assad, Rose y Gordon. Tampoco tenía razones para hacerlo. Rose tenía sus cosillas —bastantes, a decir verdad—, pero, a diferencia de Carl, manejaba a la perfección papeleo, plazos y agentes con la pechera llena de medallas, y, por ahora, aquello había bastado para mantener a raya a las altas esferas.

—Rose, ¿seguro que no necesitas ayuda? —gritó desde el otro lado del pasillo sin obtener respuesta.

Rose le había propuesto instalarse en el antiguo despacho de Carl, el mejor y más amplio local del sótano, pero Assad se había negado. Estaba ilusionado como un niño pequeño por volver a su cuchitril,

bajo las tuberías de la calefacción, desde que les anunciaron el regreso del Departamento Q a Teglholm.

«Qué buena noticia, Rose», había dicho Assad, dándole un abrazo.

Regresaban al bonito edificio de la Jefatura de Policía en el centro de Copenhague, lo que, a su parecer, era justo lo que les hacía falta para levantar el ánimo, que estaba por los suelos desde la renuncia de Gordon en el mes de junio. El joven investigador había conocido a Jennifer, una peluquera de pueblo, y, para estar cerca de ella, había pedido una plaza de comisario que acababa de quedar vacante en la policía de Jutlandia y se la habían concedido.

Para Gordon suponía un gran avance profesional, pero Assad había derramado más de una lágrima ante la perspectiva de perderlo como compañero, y Rose había tratado por todos los medios de convencer al benjamín del equipo de que se quedase. De hecho, Assad seguía tentándolo a «volver a casa» cada vez que lo llamaba a Jutlandia del Norte para charlar con él. Por ahora, ambos habían fracasado.

La realidad era que, en pocos años, el Departamento Q se había reducido de cuatro a dos miembros.

Era cierto que, desde la marcha de Carl, Terje no había dejado de enviar a posibles suplentes, en concreto, dos hombres y dos mujeres, pero todo terminaba siempre con el ilusionado candidato huyendo por patas. Una de ellas había tenido la brillante idea de «organizar el sistema de archivos de Rose»; desapareció en cuanto Rose se dio cuenta de lo que había hecho. El segundo candidato se había quejado al representante sindical del café de Assad y del «tono» de Rose. A una tercera la había rozado un disparo durante una violenta detención en 2022 y, por lo que Assad sabía, seguía de

baja. El cuarto, un fanfarrón en mitad de la treintena, no había ocultado que quería el puesto como trampolín para hacerse famoso como Mørck, pero en su primera persecución trepidante se había equivocado tres veces al girar hasta que Assad, tras agotar su repertorio de insultos en árabe, le gritó que parase a un lado. Resultó que, además de mala orientación, el hombre tenía un grave problema con el alcohol.

En la época más reciente, Terje había insinuado que Assad, Rose y Gordon no habían acogido precisamente con los brazos abiertos a los posibles sucesores de Carl.

«Vosotros queréis otro Carl, y no lo hay», había suspirado mientras añadía: «¡Gracias a Dios!».

No era así. Assad no quería otro Carl: quería que regresara el viejo Carl, el verdadero Carl, para que todo tuviese sentido, y esperaba de todo corazón que su compañero recapacitara ahora que habían vuelto al sótano.

Rose todavía no veía nada positivo en la mudanza.

«¿Buenas noticias, dices? No, Assad, para nada; esto no es más que un intento de congelar al Departamento Q. En cuanto se menciona nuestro nombre, se palpa hielo en el ambiente».

«¿Congelarnos? ¿Dónde? En el sótano siempre se está calentito, Rose», le había respondido él.

«¡Dejarnos fuera de juego, Assad! Hacernos irrelevantes. Carl se ha largado, Gordon también, hace años que no tenemos un caso de interés público… ¡Quieren cerrar el Departamento Q!». Rose se había ruborizado bajo la gruesa capa de maquillaje. «Quieren hartarnos y deprimirnos hasta que renunciemos, como Carl y Gordon».

Assad no sabía qué pensar del análisis de Rose, pero decidió hacer un nuevo intento de echarle una mano antes de cerrar el día. La encontró en su despacho, al otro lado del pasillo, mal sentada en el suelo con una caja entre las piernas, empapada en sudor y con la mirada fija en algún punto de la pared detrás de Assad.

—¡Rose! ¿Te has caído? —exclamó, saltando por encima de una caja con toda la agilidad que le permitía su robusta constitución.

—¿Qué? —Parecía que la hubieran interrumpido en medio de algo importante.

Assad extendió la mano para ayudarla a levantarse.

—¿Te has tropezado con la caja?

Rose, sorprendida, resopló, miró la mano peluda de su compañero y la apartó de un manotazo.

—Es el expediente del Guardián de los secretos. Tendría que haber tres cajas de archivadores, pero solo veo dos. ¡Menudo marrón! Carl las querrá ver, si es que escribe sobre este caso, así que tengo que encontrar la que falta ya, joder, ¡joder! Y no, Assad, no tienes que ayudar. Aquí abajo solo hay una manera lógica de archivar y es la mía —dijo mientras se daba golpecitos en la sien.

—Me dejarás mover un par de cajas, ¿no? —Assad apenas se atrevía a preguntar nada cuando Rose estaba de ese humor. Tanto él como Carl habían llegado a la conclusión de que, por el bien de su vida y de sus tímpanos, lo mejor era dejarla reinar en su castillo.

Pero no era tan fácil. A lo largo de los años, Rose había cuidado con esmero de Assad, así que sentía que se lo debía, sobre todo ahora que estaba tan fuera de sí. Estaba acostumbrado a verla llegar con los ojos delineados en negro y envuelta en una intensa fragancia de jazmín y vainilla que le recordaba a los bazares de su infancia,

pero estos días iba con la cara lavada. Además, aunque no se podía hablar de estabilidad, los períodos buenos habían sido mayoría desde su colapso mental hacía siete años, y era importante que siguiera siendo así, porque él solo no sería capaz de llevar el Departamento Q.

—¡Ni hablar, Assad! No te metas donde no te llaman —le espetó, en un tono más brusco de lo que daban a entender su afable sonrisa y sus palmaditas en el brazo—. Amigo, estamos en 2023; hasta las mujeres perimenopáusicas mueven cajas sin ayuda. Pero ¡una taza de té sí me la bebería!

Asintió, algo más tranquilo, porque a fin de cuentas la Rose con chispa era la de siempre, y se fue en busca de su mejor mezcla de té. En cambio, lo de la menopausia lo descolocaba… Marwa pasaba ya de los cincuenta, por lo que Assad conocía de sobra los síntomas como palpitaciones, insomnio, sequedad en los ojos o cambios de humor que lo habían llevado a esconder todos los cuchillos y objetos potencialmente peligrosos en casa, pero no se le había pasado por la cabeza que Rose, una mujer diametralmente opuesta a Marwa, sufriese los mismos achaques hormonales.

¿Cuántos años tendría Rose? ¿Cuarenta y tres? ¿Cuarenta y cuatro? No era una anciana ni una jovencita…, más bien diría que una estupenda mujer madura.

—Por cierto, Assad —le gritó—, ¿me puedes hacer ese té tuyo especial… con extra de especias?

Assad se enderezó mientras un escalofrío le recorría la espalda. ¿Acaso le estaba pidiendo un *chai* con jengibre y cardamomo?

Aquello sí que era preocupante…

4

CARL

—¿Seguro que nadie puede oírnos?

La mujer vestida de verde echó un vistazo a su alrededor, repleto de contenedores pestilentes que parecían competir por un rincón. Aquel basurero en el patio trasero del centro comercial Rødovre Centrum no era el más glamuroso de los lugares, pero había insistido en hablar con Carl «completamente a solas», así que esa era su mejor opción.

—Yo diría que el riesgo es mínimo —farfulló Carl examinando a la mujer, que había dejado caer el pañuelo y las gafas de sol. Se llamaba Gry; el apellido no lo quiso decir.

—A veces pienso si no sería mejor olvidarlo todo —dijo nerviosa, retorciendo un mechón de pelo entre los dedos—, pero es como una pesadilla que no me deja dormir ni trabajar.

Carl reprimió un suspiro. Ya sabía por dónde iban los tiros. Tenía ante sí a una aficionada al *true crime* con su propia teoría sobre un homicidio sin resolver; conocía muy bien aquel perfil de detective aficionado. En su opinión, tenían poca más credibilidad que los pitonisos y, si existían, era gracias al exceso de jerez y de redes sociales.

—La escucho —dijo sin el menor convencimiento.

Dejar atrás la vida de policía había sido más difícil de lo que pensaba. Era como los mecánicos y los dermatólogos, suponía: en cuanto mencionaban su profesión, la gente se abalanzaba para que les examinaran el motor del coche o los lunares. Carl seguía adscrito al Departamento Q como una especie de consultor por horas, pero ya no le apetecía tanta actividad neuronal y, ahora que se había publicado la segunda novela, no veía el momento de poder pasarse los días en pijama y con los pies en alto. Las vacaciones de otoño estaban a la vuelta de la esquina, y nada ni nadie le impediría enlazarlas con las de Navidad, a no ser que en la editorial insistieran en tener una sinopsis del tercer libro. Ya había decidido el título, *El mensaje que llegó en una botella;* se lo había enviado a su editora por sms para poder luego ignorar sus llamadas. Y entonces venía esa señora, Gry *nosequé*, con intención de avivar en él la llama investigadora. ¡Ni de coña! La única llama que le interesaba en ese momento era la del cigarrillo.

—Lo he estado siguiendo en los medios y he leído su libro. Diría que es usted alguien que…, no sé…, que va por libre. —Los ojos de Gry bailaban de un lado a otro—. Me arriesgo a perder mi empleo si alguien se entera de esto.

—¿Y a qué se refiere cuando dice «esto»? —indagó Carl. Hacía años que sabía que hasta las personas más encantadoras son capaces de los actos más atroces, pero lo cierto era que Gry no tenía ninguna pinta de delincuente.

—Trabajo en la Delegación de Salud y Mayores de Copenhague. Un viernes del mes pasado nos tomamos todos unas copitas de más en el trabajo…

—¿Y? Si de mí dependiera, estar un poco piripi de vez en cuando debería ser un derecho laboral para los funcionarios públicos.

—Es que a mi jefe se le ocurrió ir a la «bodega»…, un despacho que ahora sirve de almacén, y birlamos…, bueno, mi jefe birló tres botellas de vino tinto de las del municipio.

A la mujer le empezó a temblar el labio inferior, y Carl tuvo que hacer un esfuerzo para que los ojos no se le salieran de las órbitas. En sus treinta años de servicio había escuchado de todo; en las comisarías se presentaba a diario gente de dudoso equilibrio mental para hacer las confesiones más disparatadas, desde el asesinato del rey Erico V de Dinamarca hasta la decapitación de la Sirenita de Copenhague, pero aquello se llevaba la palma.

Quizá lo que buscaba era afecto masculino… Desde que en los medios habían empezado a describir su andadura como escritor, Carl recibía en su correo todo tipo de insinuaciones subidas de tono. Era bueno para la autoestima, pero hasta la fecha nadie le llegaba a Mona ni a la altura de los zapatos.

—Vamos a ver, Gry, la raza humana lleva robando en el curro desde la Edad de Piedra. Es uno de los pilares de nuestra ética protestante del trabajo y…

—¿Cómo…? No, no es eso. Es que no sé muy bien cómo… Cuando estaba allí, activé sin querer un contestador. —Gry hurgó en el enorme bolso, donde encontró de puro milagro el teléfono móvil—. Mi jefe me amenazó con despedirme si no borraba el mensaje, así que lo borré, pero no sin antes grabarlo con el móvil. —Se inclinó hacia delante y bajó la voz—. A mí me huele a crimen.

Con manos temblorosas, fue tecleando hasta encontrar lo que quería reproducir. Carl oyó una voz robótica de mujer anunciando

«un nuevo mensaje de emergencia».

—¿Se oye bien? —preguntó Gry.

Carl asintió, pero de todos modos se acercó el teléfono a la oreja. Una mujer de salud aparentemente frágil tarareaba una melodía que no le decía nada, pero al oír a un hombre pedir auxilio a gritos una y otra vez se le heló la sangre, y más aún cuando una segunda voz masculina siseante les ordenó callar. Antes de que terminara la grabación, se oyó un espeluznante grito de mujer, que los contenedores se encargaron de amplificar.

Carl levantó las cejas y rebobinó para volver a escuchar la última frase. «En su día no asumiste tu responsabilidad. Ahora seré yo quien te haga cargar con una responsabilidad que no te dejará vivir», decía el hombre más próximo al micrófono.

—¿Y todo esto qué es? —inquirió Carl, escrutando con detenimiento a Gry.

—He estado dándole muchas vueltas, y mire lo que he encontrado. —Volvió a rebuscar en su bolso, esta vez para extraer una funda plástica—. En 2018, en el municipio de Copenhague, hubo unos cuantos casos de personas con demencia que se fugaron de su casa o del geriátrico; uno de ellos terminó en tragedia y desató tal revuelo mediático que en 2019 se pusieron en marcha una serie de medidas. —Le tendió un folleto con el título de «Audimus» y una foto de algo que parecía una piedrecita blanca—. Esto es una antigua medalla para personas con demencia; llevaba incorporado un gps para conocer la ubicación de los pacientes desorientados y también servía para pedir auxilio, como si fuera un teléfono, pulsando aquí. —Gry señaló al centro de la medalla.

—¿Y estas llamadas quién las recibía?

Gry parecía preocupada.

—Un teléfono de emergencia del municipio atendido las veinticuatro horas, pero luego contrataron a ese jefe del que le he hablado para recortar gastos y optimizar recursos, y despidieron a la mujer que llevaba el programa.

—Ajá —dijo Carl. Por la explicación burocrática de la señora, aquello parecía más bien un caso para el sistema de denuncias internas del municipio que para las fuerzas del orden.

—El problema es que el programa se canceló *después* de que despidieran a Gunvor —añadió Gry—, pero se les olvidó avisar a los usuarios de que la medalla ya no servía para nada porque el teléfono ya no estaba atendido.

—¿Gunvor?

—La coordinadora. —Gry bajó la mirada—. En el municipio, muchas iniciativas solo se sostienen gracias a personas entregadas como Gunvor, pero a ella se la cargaron antes de tiempo. Fue un gravísimo error, porque he averiguado de dónde vino la llamada. —Extrajo de la funda un nuevo trozo de papel, esta vez un recorte de periódico con la foto de una bonita casa en Copenhague.

Carl sacó las gafas del bolsillo para estudiar el recorte del 15 de noviembre de 2019, casi cuatro años atrás. Llevaba por título «El presidente de un Consejo de Administración intenta llevarse a su mujer a la tumba» y en él se describía cómo la noche del domingo 10 de noviembre de 2019 una cuidadora del servicio de asistencia al domicilio había acudido a una vivienda al noroeste de Copenhague, donde había localizado a la mujer de la casa, Jette Horsten, afectada de demencia, atada a una cama en el sótano. Apenas respiraba, lo que no resultaba nada sorprendente, pues en una esquina del cuarto

había una barbacoa de carbón con brasas aún calientes. Tuvo la suerte de que las llamas se extinguieran antes de que el monóxido de carbono acabara con su vida.

La víctima no había sido de mucha ayuda para la investigación; de hecho, no consiguieron que articulara ni una frase coherente. Pero cuatro días después, el jueves 14 de noviembre de 2019, habían encontrado muerto a su esposo, Ole Horsten, a quien acababan de destituir como presidente del Consejo de Administración de la Clínica Privada Charis. Su cuerpo sin vida colgaba de una grúa para barcos en Furesø, en el norte de Selandia. La conclusión parecía obvia: el despido de un cargo tan prestigioso había empujado al hombre de setenta y seis años al suicidio y, como su esposa no podía valerse por sí misma, había decidido llevársela con él a la tumba.

—Lo que se conoce como suicidio ampliado —murmuró Carl.

—«Homicidio por piedad», según los periódicos de la mañana. Y a esa misma conclusión llegaron también la familia, sus antiguos empleadores e incluso la policía. Había sido él. —La voz de Gry tembló—. Pero al escuchar la grabación…

—Sí, hay algo que no encaja —concluyó Carl mientras guardaba las gafas—. No estaban los dos solos en casa… Aquel día había alguien más.

5

JAKOB

Martes, 10 de octubre de 2023

Había pasado una noche de perros, no sabía si por los nervios o por la expectación ante lo que iba a hacer aquel día. Lo que sí tenía claro es que había empezado con una metedura de pata.

Había decidido pernoctar en un sencillo *bungalow* en Tornby, a una distancia prudencial de Hirtshals, pensando que en octubre solo se encontraría a obreros polacos y marineros, pero el *camping* resultó estar lleno de familias alemanas que habían venido a pasar las vacaciones de otoño, por lo que un hombre solo llamaba mucho la atención. Era muy probable que alguien hubiese reparado en él y en sus dos bolsas de plástico cuando fue a registrarse en recepción. Y en todo caso, en el *bungalow* de al lado, un niño de seis o siete años lo había estado observando descaradamente cuando entró con la caja del dron que acababa de comprar.

Esa mañana había salido a escondidas del *camping* antes de que amaneciese y, por suerte, la noche anterior había tenido la precaución de dar un apellido falso al llegar: Weyse, igual que el compositor danés del siglo xix. Ahora estaba aparcado en el puerto de Hirtshals, oculto tras un camión succionador de lodos de color verde. Tenía un termo lleno de leche caliente con miel y la radio

puesta en la emisora de música clásica p2, como no podía ser de otra manera. Gruñó de felicidad. Estar allí sentado, escuchando música clásica y contemplando el agua mientras la luz del alba iba separando el cielo del mar, tenía algo de espiritual.

Apuró el último trago de leche y notó cómo el líquido dulce se deslizaba por su garganta como una crema untuosa. Se sentía todo lo preparado que podía estar, lleno de vitalidad y energía. Sentía la intensidad en el pecho, las cuerdas vocales en buena forma y la voz bajo control.

En una bolsa de supermercado sobre el asiento del copiloto llevaba una masa rectangular que, a ojos de cualquiera, parecería un simple trozo de plastilina amarillenta. Tenía el detonador listo, guardado aparte en un táper con el dibujo de un mirlo. Se había cortado al romper la pequeña bombilla incandescente, pero, por lo demás, estaba satisfecho con los preparativos del día anterior. No le había costado desarmar el dron; la mecánica era tan barata y sencilla —como la de cualquier juguete teledirigido *made in China*— que hasta un niño lo podría montar. Solo iba a usar el control remoto y un par de cables, el resto del dron lo destrozaría para luego, a la vuelta, repartir las piezas entre varios contenedores de basura. Los cables estaban ahora fijados a la bombilla, y la mecha conectada al detonador, que iba insertado en el explosivo. Cuando pulsara el control remoto, los filamentos de la bombilla se encenderían y prenderían la mecha.

Se incorporó en el asiento. El reloj marcaba ya las 7.52 y había amanecido. Por detrás del rompeolas más lejano, una mancha azul emergió de entre la niebla. Miró por los prismáticos y reconoció al instante aquella embarcación, un arrastrero de rayas blancas y

azules, de unos treinta metros de eslora, popa plana y un puente de mando con aspecto de torre de control que le daba un aire de *ferry* pequeño y rechoncho. El nombre, *Maren II*, parecía más acertado para los veleros azul claro de los folletos turísticos que para aquel prodigio de la tecnología valorado en 30 millones de coronas que se deslizaba con precisión milimétrica para atracar en el muelle.

El periódico local publicó un reportaje sobre el arrastrero cuando lo terminaron de construir el año anterior, que ensalzaba el sistema hidráulico de diseño especial, la planta de procesamiento de pescado bajo la cubierta y el ultramoderno equipo de radar del puente de mando. «El orgullo de Hirtshals», rezaba el pie de foto que acompañaba la imagen del buque junto a su propietario. Jakob, que había visto el reportaje de pura casualidad, no había logrado pegar ojo en los tres días siguientes. Le había dolido la garganta como si tuviera ardor de estómago, pero peor. Había sentido la ira, que le subía y le bajaba por el esófago como ácido puro. Le habían temblado las manos y supo que tenía que hacer algo antes de que la oscuridad lo devorara por dentro.

Creía que Vang estaba acabado, que lo había perdido todo cuatro años atrás, pero no. Al muy capullo de Mads-Peter Vang la vida siempre le había sonreído. En todo.

Una mujer con boina y abrigo azul de lana esperaba a la orilla del muelle. Era guapa, o al menos lo parecía, con su abundante melena rubia y unas curvas armoniosas. Sin embargo, tras años vigilándola a ella y a su marido, Jakob la notó desmejorada, lo que no solo se podía achacar a la falta de maquillaje o a sus vaqueros desgastados. La llegada del barco la había hecho deambular nerviosa por el muelle, y se la veía agotada cuando, por fin, levantó la mano para

saludar. Quizá solo fuera que no dormía bien cuando su marido estaba embarcado. Se llamaba Ane y era la esposa de Mads-Peter y la madre de sus dos hermosas hijas adolescentes.

Con movimientos hábiles, la tripulación amarró el barco a los bolardos del puerto, y al poco rato salió Vang del puente de mando con una mochila The North Face colgada del hombro. Le costó reconocerlo. Había echado barriga bajo ese pecho ancho y robusto, y lucía una espesa barba que ocultaba los rasgos faciales que Jakob recordaba de su infancia. Pero sí pudo reconocer su parsimonia cuando cruzó la pasarela para darle a su esposa un fugaz beso en la frente.

Parecían discutir. Vang señaló al coche y a la ciudad, que se alzaba sobre el puerto. Su mujer se encogió de hombros y, poco después, se montaron en el Hyundai rojo en el que ella había llegado.

Jakob se encasquetó un gorro y se hundió en el asiento hasta que el coche pasó por delante y desapareció. Su idea era subir a bordo en cuanto bajase la tripulación. Cuando estaban en puerto, dejaban la pasarela siempre desplegada y las puertas abiertas de par en par. Así de ingenuos y confiados eran allí en Hirtshals; se fiaban tanto de los demás que lo más probable era que solo guardaran con llave la morfina del botiquín.

Desde la cubierta bajaría a la cámara de máquinas, en la parte más baja del buque, que conocía como la palma de su mano por las detalladas descripciones de los folletos publicitarios del astillero. Bajo el motor había una pequeña cámara de apenas diez centímetros de altura que solía pasar desapercibida. Ocultaría en ella el explosivo y colocaría el detonador para que los filamentos de la bombilla rozaran

la mecha. Luego desaparecería antes de que la tripulación de relevo llegara con sus provisiones para navegar la semana siguiente.

Volvió a comprobar el control remoto del dron. Tenía alcance más que suficiente, hasta dos kilómetros, así que conduciría hasta el aparcamiento turístico, desde donde se tenía una inmejorable vista panorámica del puerto. Luego solo quedaría esperar.

Con algo de suerte, el *Maren II* zarparía antes del almuerzo y así él podría estar de vuelta en Copenhague antes del anochecer. Porque esa noche… esa noche le tocaba cantar.

6

ASSAD

A Assad le gustaba llegar temprano al trabajo. «¡Que te pongas los zapatos, leñe!», solía gruñirle Carl cuando se presentaba en la oficina un par de horas después. Assad jamás había entendido el porqué de tantos tacos por algo así, aunque sí era cierto que se quitaba los zapatos nada más llegar. Luego preparaba su café con cardamomo, estiraba las piernas en el sofá y se ponía a leer los archivos de homicidios no resueltos. Con algo de suerte, podía tropezar con una fuente mal interrogada o con material antiguo que, gracias a las técnicas modernas, tal vez arrojara nuevas pistas.

Pero aquella mañana no fue el primero en llegar. Aunque apenas habían dado las siete, ya había luz en el despacho de Rose y, al asomar la cabeza, vio con asombro que todo el archivo estaba perfectamente alineado en las estanterías con una precisión milimétrica capaz de ablandar el corazón de un oficial de la kgb. Rose estaba sentada frente a su escritorio con tanto *kohl* alrededor de los ojos que parecía la mismísima reencarnación del punk, y aunque esa mañana se había lavado y arreglado el pelo, llevaba la cara tan empolvada que Assad no supo decir si sus mejillas habían recuperado algo de color.

—Buenos días, Assad. Oye, ese té que me preparaste ayer… Tú lo llamarás *chai*, pero yo diría que es una lavativa en toda regla.

Assad pareció sobresaltarse.

—¿Lavativa? ¿Eso viene en el diccionario, Rose?

—Sí, pero no pongas esa cara. Parece que he pillado una gripe estomacal, así que guarda la distancia, que esas cosas se pegan que no veas.

—¿Gripe estomacal?

—Sí… Norovirus. Gastroenteritis. Vómitos, vamos.

—Pues entonces te vendría muy bien un té de menta con algo de azúcar. Yo…

—¡Por Dios, Assad, a la porra con tus tés! Seguiría en cama si no fuera porque ayer Terje me envió un mensaje diciendo que se pasaría por aquí esta mañana para inyectar «nueva sangre» al departamento: un tal Henry que, por lo visto, tiene «mucha experiencia». —Los dedos iracundos de Rose trazaron comillas en el aire.

Assad se quedó pensativo.

—No es tan mala noticia, Rose. ¿Refuerzos? Entonces no parece que nos estén *acongelando* en el departamento.

—Assad, se dice «congelando», y no te quedes ahí de pie jorobándome la mala leche. Me conozco al dedillo todos los distritos policiales y nunca he oído hablar de un investigador de homicidios que se llame Henry. —Rose se abanicó la cara con una funda de plástico—. Además, ¿quién se llama así hoy en día? Tendrá sesenta y cinco tacos como mínimo, ¿no? Lo que yo creo es que Terje ha desempolvado a algún carcamal de Tráfico de Hundige o de por allá arriba para mandarlo aquí a hacernos la vida imposible hasta que tiremos la toalla y cerremos nosotros mismos el chiringuito. —En las mejillas lechosas de Rose empezaron a asomar unas manchas rojas

palpitantes, aunque Assad no estaba nada seguro de que fueran señal de buena salud. Ella señaló las estanterías saturadas de casos archivados—. ¿Cómo se supone que vamos a resolver todo esto si nos usan de centro ocupacional para polis con un pie en la jubilación?

Assad miró de reojo el reloj. Rose no iba a cambiar de humor ni por asomo antes de que llegara Terje, y además le estaba costando entender su lógica, porque en el fondo quería creer que Terje Ploug buscaba lo mejor para el Departamento Q.

Quizá fuese demasiado ingenuo al confiar en el jefe. Carl siempre había mantenido un sano escepticismo hacia cualquiera que llevase galones en el hombro, y con razón, pues el hecho era que Marcus Jacobsen, el antecesor de Terje, le había dado la espalda a Carl en su momento más crítico, algo que los había conmocionado a todos. Pero el Departamento Q no había sido idea de Terje, por lo que podría haberlo desmantelado sin problemas tras la dramática salida de Carl. Sin embargo, ni lo hizo ni tenía previsto hacerlo a largo plazo, según le había asegurado cuando le expuso sus preocupaciones sobre el futuro.

«Quédate, Assad. No podemos prescindir de ti ni del Departamento Q», le había implorado Terje, que era un tipo cumplidor y un hombre de una rectitud casi enfermiza. Policía hasta la médula, era conocido por su sangre fría en la escena del crimen. Durante más de diez años había sido el responsable formal de investigar el caso de la pistola de clavos, y cuando las sospechas de asesinato y tráfico de drogas recayeron de lleno sobre Carl, mantuvo la serenidad y no se dejó arrastrar por el rebaño. De hecho, llegó a sacrificarse por Carl, recibiendo el impacto de una bala que iba

destinada a él, y por eso Assad le tendría siempre el más absoluto respeto.

A todo eso se sumaba que, con los años, se había ablandado. Assad no tenía claro si era por la edad o por haber estado a punto de morir de un disparo en la espalda. Lo que sí sabía era que, si alguno de los peces gordos tuviera planes de cerrar el Departamento Q, Terje se lo habría dicho en román paladino en lugar de traerles a un posible sucesor tras otro.

—Hay que comer para levantar el ánimo, Rose —sentenció Assad —. Pasa como con los camellos: si tienen el estómago vacío, la cabeza no les funciona. Entonces se zampan lo primero que ven, se les revuelve la tripa y se ponen de mal humor, así que más te vale alejarte si no quieres perder el pescuezo. Y seguro que también te falta hierro; te haré un guiso de cordero con alubias, orejones y almendras, que tienen fibra para…

—No me hables de comida, y mucho menos de camellos. ¡Es para vomitar! —Rose se tapó la boca con la mano y abrió los ojos de par en par. Dos golpes en la puerta le hicieron alzar la vista.

Assad se giró. En el pasillo esperaba Terje Ploug algo desconcertado.

—¿Quién se encuentra mal? —indagó.

Rose se incorporó.

—Hay algo raro circulando en el ambiente, Terje. Llámalo virus, bacteria, cólera o salmonela, no lo sé, pero parece grave; hay que desinfectarlo todo y ventilar bien. En mi opinión, lo mejor sería esperar un par de semanas antes de meter aquí a vejestorios de salud delicada.

—¿Con eso de «vejestorio» te refieres a mí? —Terje se señaló a sí mismo con el cigarrillo electrónico por el que había cambiado la pipa años atrás.

—No, al nuevo hombre del Departamento Q, ese tal Henry que es un *vetusto* —la ayudó Assad.

—*Hombre con mucha experiencia*, Assad. Así lo llaman ahora —aclaró Rose.

En el rostro de Terje se dibujó una sonrisa socarrona.

—Rose, Assad, os presento a nuestra nueva incorporación.

Se hizo a un lado y detrás de él apareció una mujer. Assad y Rose se quedaron paralizados de la vergüenza durante tres segundos, que se les hicieron eternos. Assad no supo si la expresión estupefacta de Rose se debía al aspecto de la recién llegada o a que no fuera el policía de tráfico canoso que se había imaginado; a él mismo le estaba costando conectar con su propio cerebro.

La mujer que entró en el despacho de Rose llevaba gafas de sol —lo que ya de por sí llamaba la atención, porque en el sótano no entraba un rayo de luz ni siquiera en verano— e iba vestida de negro, con una camiseta sin mangas y pantalones de pernera ancha. De su hombro izquierdo colgaba un desgastado bolso de lona verde militar con la inscripción «Gendarmerie Nationale», y en el brazo derecho —«inesperadamente musculoso», pensó Assad— llevaba colgada una funda para ropa que con toda probabilidad contenía una americana, aunque tampoco le sorprendería que fuera un vestido de seda, porque las botas de tacón alto y su forma de caminar y de apartarse el cabello eran arrolladoramente femeninas, pero… ¿semejantes bíceps?

Assad se había quedado totalmente alelado, y la situación no mejoró cuando la nueva se colocó las gafas sobre el pelo castaño, revelando un par de ojos almendrados de un tono verde intenso que lo dejaron del todo embobado y sin poder dejar de sonreír. Pero ella no le devolvió la sonrisa; de hecho, ni siquiera los miró. Bajo el denso flequillo, sus ojos vigilantes escaneaban la estancia de aquella manera que Assad solía asociar con los agentes secretos, con la Unidad de Operaciones Especiales o con él mismo. Era una mirada cautelosa que buscaba en cualquier espacio desconocido una vía de escape, cámaras ocultas, explosivos o francotiradores, y que normalmente solo se observaba en personas acostumbradas a esperar siempre lo peor, ya fuera por sus muchos años de entrenamiento o por malas experiencias. Sus ojos recorrieron las estanterías modulares del despacho y las tuberías de la calefacción en el techo antes de posarse sobre una imponente telaraña detrás de Rose. En su rostro se dibujó un breve gesto de desagrado y Assad se lamentó de no haber encendido unas varitas de incienso el día anterior; según su experiencia, las de lavanda mantenían a distancia a los bichos, a los ratones e incluso a los jefes.

—Esta es Helena Henry. Tiene cuarenta y cuatro años, y nació, se crio y se formó como policía en Francia. Es hija de un director de policía francés y su madre era danesa, por lo que habla perfecto danés. Con un poco de acento, según ella misma dice, pero eso nunca ha sido un obstáculo para trabajar aquí. —Terje le guiñó un ojo a Assad—. Helena estuvo muchos años en una unidad contra el crimen organizado de Lyon hasta que se mudó a Dinamarca hace unas semanas.

—Ya veo —dijo Rose con voz apagada—. ¿Crimen organizado?

Assad la miró de reojo; ya sabía de qué iba la cosa. En el Departamento Q se ocupaban oficialmente de «casos archivados de interés especial», o al menos así justificaron los mandos políticos la partida extraordinaria que se le había asignado y, aunque sonara un poco a cajón de sastre, todos sabían que se trataba de asesinatos y desapariciones. El crimen organizado, como el contrabando, el tráfico de drogas, los enfrentamientos entre bandas, la trata de personas y las estafas, era competencia de otros departamentos policiales, por lo que había puestos en los que la tal Helena Henry de Lyon encajaría mucho mejor, o al menos eso pensaba Rose.

—Sí, Helena consiguió un puesto en la Unidad contra el Crimen Organizado, pero el compañero que iba a renunciar se arrepintió en el último momento, así que de repente les sobraba una persona. Por suerte para vosotros, pude echar un vistazo a las recomendaciones que traía de Francia y, como os había prometido un colega de primerísimo nivel, pues… —Terje se volvió hacia la mujer de pelo oscuro que tenía a su lado—. Helena, te presento a Rose Knudsen y a Hafez el-Assad.

Sin querer, el ágil cuerpo de Assad pegó un brinco coqueto hacia delante. Sintió la mirada de Rose fulminándole la nuca mientras le dedicaba a Helena la mejor de sus sonrisas y le tendía una mano peluda. La mano de ella era pequeña, con una ligera callosidad en el extremo inferior de la palma, y llevaba las uñas cortas pintadas de un rojo intenso, algo descascarilladas. El apretón fue tan firme que Assad se preguntó dónde estarían sus mancuernas. Supuso que criando polvo bajo la cama de Alfi o en el sótano.

—¿Hafez? —preguntó la recién llegada. Con una pronunciación en árabe perfecta, constató él.

—Todo el mundo me llama Assad.

—¿Como el dictador?

Assad se sorprendió a sí mismo contemplando las pobladas y arqueadas cejas de la francesa; rara vez se veían cejas así más al norte de Estambul.

—No, como el vendedor de conservas —replicó.

Helena asintió cordialmente, se volvió hacia Rose y le tendió la mano.

—Helena Henry —se presentó. Assad cayó en la cuenta de que, al contrario que Terje, ella no pronunciaba las «h»: *Elena Enri…* Sonaba a perfume caro o a bolso de diseño.

Rose se acercó y le estrechó la mano a Helena de tan mala gana que hasta el propio Assad se sorprendió.

La diplomacia nunca había sido el punto fuerte de Rose, y su benevolencia solía quedar eclipsada por comentarios mordaces y auténticas bofetadas verbales, pero, con los años, Assad, Carl y Gordon habían aprendido que, en el fondo, era buena persona. Sentía debilidad por los más desamparados, sabía meterse en el bolsillo al más terco de los tercos, era leal como nadie, trabajadora como pocas, atenta y —Assad se sonrojó solo de pensarlo— afectuosa, también en el plano físico.

Pero para quienes no la conocían, como Helena Henry, esa faceta pasaba inadvertida. Así que, a no ser que fuera adivina, la mujer de acento francés debía de haberse llevado una pésima primera impresión de Rose, y no solo por su aire hosco y malhumorado. La mala noche le estaba pasando factura: desde la línea del cabello le resbalaban gotas de sudor que iban trazando surcos en el rostro

empolvado, y con solo ponerse en pie parecía haber perdido el aliento.

—Soy Rose —resopló—. Me ocupo de todas las formalidades y de la comunicación con los mandos superiores. Por lo general, en el Departamento Q no se mueve un dedo sin que yo haya dado el visto bueno a cada plan y a su ejecución. —Rose respiró hondo para el remate final—. ¡Así que ya lo sabes!

Assad trató de encontrar la mirada de Rose; tenía una ligera sospecha de lo que la estaba molestando. Aunque Rose y Helena eran prácticamente de la misma edad, no se parecían en nada. Mientras que la francesa era ágil como un galgo, flexible como una gimnasta y se movía con la elegancia de una bailarina, Rose, con sus *leggings*, sandalias de velcro y camiseta extraholgada, parecía en aquel momento una turista *yogui* afectada por un golpe de calor.

—¿O sea que eres tú quien dirige el departamento? —preguntó Helena, escaneando con la mirada las estanterías llenas de archivadores y, de paso, a Rose.

—Soy, en cualquier caso, la que parte y reparte aquí abajo —respondió Rose, tajante.

Terje se disponía a intervenir; probablemente tuviera alguna objeción a aquello de partir y repartir, pero antes de que lograse articular palabra, Rose se marchó tambaleante hacia el baño, con las piernas rígidas y tapándose la boca con la mano.

—Assad, ¿ayudas a Helena a instalarse? —solicitó el jefe, cambiando de idea—. Tiene que quedar algún despacho libre por aquí.

—Creo que primero voy a hacer un café —dijo Assad.

—¿Expreso o turco? —Helena soltó el bolso.

—Turco, con cardamomo y azafrán.

Helena sonrió por primera vez desde su llegada.

—Y azúcar, espero. Yo le echo de seis a ocho… ¿cómo se dice?… *morceaux?*

—¿Terrones de azúcar?

Ella asintió.

—*Oui*!, terrones.

Terje se quitó las gafas, como si fuera a decir algo.

—Sí, sí, Terje, a ti también te preparo uno —dijo Assad, y se marchó corriendo a su cuchitril.

No había tiempo que perder. Rose podría decir lo que le viniera en gana, pero… ¡ocho terrones de azúcar! La nueva incorporación era justo la clase de mujer que le gustaba.

7

TOMMY

Primera vez solo hay una, y por eso aquel día Tommy Eckert ya estaba mentalmente preparado para un anticlímax. Lo que no había previsto era el enorme vacío que sintió al bajar de la tribuna del Parlamento y ocupar su asiento al fondo del hemiciclo.

Durante diez años había anhelado —e implorado— el perdón del público, con la esperanza de volver a Christiansborg. Se había dejado humillar, se había sometido a terapia psicológica e incluso había ingresado en la clínica de desintoxicación más cara del país. Había renunciado a cualquier tipo de placer —no solo al alcohol, sino también al azúcar, las redes sociales y los ultraprocesados— como parte de un plan de transformación dirigido y financiado por su esposa Catrine. Después de haberla dejado en ridículo en público por conducir borracho y tener que salir del Parlamento con el rabo entre las piernas, no se atrevía a llevarle la contraria.

Si Catrine aceptó seguir con él fue por su insistencia, y a condición de que, a partir de entonces, hiciera todo lo que ella le pedía. Tommy accedió, en parte porque la quería, y en parte porque un divorcio lo habría arrastrado hasta el fondo del precipicio. Catrine tenía derecho de disposición sobre una herencia considerable y, al fin y al cabo —pensaba él—, si había que sufrir por el camino, mejor hacerlo en primera clase.

También se había resignado a que sus errores y años en rehabilitación se difundieran públicamente, con pelos y señales. Su esposa había escrito un best seller sobre el proceso, y él había tenido que acudir como un simple figurante a varios programas de televisión mientras Catrine explicaba con aplomo cómo se sobrevive al colapso moral de tu cónyuge.

Al completar el tratamiento había vuelto a empezar desde cero, también en política, en el último escalafón de la agrupación local de su partido. Preparaba cafés, colaboraba en actos del día de la Constitución y colgaba carteles electorales mientras soñaba con regresar a su vida en Christiansborg, pero sin atreverse a imaginar que ese día llegaría. Y ahora que por fin se había hecho realidad, resultaba que no sentía nada de nada…

Miró el manuscrito que apenas había tocado. Desde los inicios de su carrera política se había acostumbrado a memorizar sus intervenciones, y sabía que su comparecencia en la tribuna había sido impecable. No podía ser de otro modo. Vibro, el compañero de partido que estaba de baja, era el portavoz de Sanidad y, como exministro de esa cartera, Tommy conocía el tema mejor que nadie. El discurso trataba sobre el aumento desorbitado del gasto público en nuevos fármacos adelgazantes. El Estado destinaba miles de millones de coronas a subvencionarlos, y con novecientos mil obesos severos en el país, encontrar los recursos era un auténtico quebradero de cabeza.

Una mano con las uñas pintadas de rosa le felicitó y plantó frente a él una moneda de una corona.

—¡Enhorabuena, lo has bordado! —Una compañera de partido que no pasaría de los veinticuatro años le quitó el bolígrafo para

estampar su firma en el manuscrito, como era costumbre cuando un parlamentario recién electo pronunciaba su primer discurso—. Yo temblaba como un flan el día que me estrené, ¿tú no?

La pregunta provocó una risita ahogada del compañero que tenía al lado, un campesino del centro de Jutlandia con la cara colorada, conocido por no andarse con rodeos.

—¿Estrenarse? ¡Pero si el bueno de Eckert hace ya mucho que se estrenó, al menos en el Parlamento! —El campesino se recostó, hurgó en el bolsillo y estampó una moneda de diez coronas sobre la mesa de Tommy—. Aquí tienes: una corona por cada año que has pasado en el banquillo; eso sí, a un pecador reciclado como tú no le pienso dar mi autógrafo ni de coña.

Tommy se levantó con la excusa de que necesitaba un café. La mera idea de tener que sentarse durante meses al lado de aquel imbécil maleducado le daba sarpullidos, pero si quería avanzar en el hemiciclo no le quedaba otra que morderse la lengua, hacer alianzas con personas más influyentes y dejar que sus logros políticos hablaran por él.

En su afán por salir de allí, a punto estuvo de chocar con el presidente de su partido, un exfuncionario tan gris como predecible que no había dado un paso en falso en toda su carrera política. Eso sí, tenía menos gracia que un lunes por la mañana, y la prensa matutina lo había apodado, muy acertadamente, Degn, el Descafeinado.

—Eckert. —Suspiró el presidente.

—Degn. —Tommy vaciló un instante.

El presidente no se había tomado la molestia de darle la bienvenida de vuelta al grupo parlamentario de los Nuevos

Demócratas, pero ahora que Tommy había dado su discurso parecía la ocasión perfecta. A él le habría bastado con un apretón de manos para sentirse mejor, así que esbozó una amplia sonrisa y le tendió la mano, pero Degn ignoró el gesto y, en cambio, le agarró el codo con una fuerza brutal. Desde lejos, podía parecer un abrazo torpe entre dos viejos conocidos, pero dolía como si un cepo le hubiera atrapado el brazo.

—Eckert, borra esa sonrisa de satisfacción —le susurró al oído, y Tommy vio cómo el asesor del presidente se situaba estratégicamente entre ellos y el resto de la sala para que nadie los escuchara—. No me hace ninguna maldita gracia que un despreciable conductor borracho vuelva a la asamblea más distinguida del país, y encima como representante de mi propio partido. —Tommy sintió el calor del aliento de Degn humedeciéndole la oreja—. Así que escúchame bien, porque no te lo pienso repetir: un solo error, una mala noticia en la prensa, y no vuelves en lo que te queda de vida, ¿está claro? —El presidente se echó hacia atrás con un galante paso de bailarín y le dio una palmadita amistosa en el antebrazo antes de desaparecer.

Tommy se quedó clavado, incapaz de moverse. ¿Qué demonios le acababa de decir? ¡Pues claro que no iba a meter la pata! No solo se jugaba la carrera por segunda vez, sino también el matrimonio y la estabilidad económica… Literalmente, le costaría la vida. ¡Se moriría si tuviera que volver a pasar por algo parecido!

Sacudió la cabeza para quitarse de encima la sensación del hálito de Degn sobre su oído y salió del hemiciclo del Parlamento. Por los pasillos de Christiansborg no se podía correr, pero sintió que sus piernas querían hacerlo para huir lo más lejos posible. Sin embargo,

por mucho que corriera, lo seguía atormentando la imagen de una joven en un coche, recostada sobre el airbag desplegado y sangrando por una herida en la sien.

Pero aquello no era lo peor.

Lo peor era que la muchacha tenía los ojos abiertos y que lo había estado mirando cada minuto de cada hora de cada día durante los últimos diez años.

8

CARL

En cuanto atravesó la puerta del sótano, lo envolvió aquel aroma dulzón y pegajoso del brebaje que Assad se empeñaba en llamar café. Carl llevaba años sin dejarse ver por la Jefatura de Policía, pero aquel día no le quedaba otro remedio.

Golpeó con cuidado el marco de la puerta del cuchitril de Assad, que lo recibió con los ojos abiertos como platos y una sonrisa de oreja a oreja.

—Carl, no esperaba verte por aquí abajo —dijo, entusiasmado—. ¡Es como en los *tiempos viejos buenos*!

—Al revés, Assad: los buenos viejos tiempos —lo corrigió Carl, y le dio unas palmaditas en la espalda.

—Eso quería decir. ¿Te apetece un café?

A Carl se le revolvió el estómago solo de pensar en la pócima de Assad, así que alzó las manos en señal de rechazo, aunque en realidad necesitaba con urgencia un chute de cafeína.

No había logrado pegar ojo tras el encuentro del día anterior con Gry, la funcionaria del municipio. Se había pasado la noche entera tratando de convencerse de que, como agente de policía, ya había hecho más que suficiente. No tenía ninguna obligación moral ni contractual de involucrarse en un caso que el municipio de Copenhague había descuidado y que los pringados de Emergencias

habían dado por cerrado demasiado pronto, pero no lograba quitarse de la cabeza el grito de aquella mujer.

Según informaron los medios en 2019, los dos ancianos de la llamada de emergencia llevaban juntos toda la vida; en el momento de los hechos, Jette Horsten tenía setenta y cuatro años y Ole Horsten, setenta y seis. Por lo que declaró el vecino de al lado, el hombre cuidaba y atendía a su esposa enferma de forma ejemplar.

«Todas las noches le echaba crema en los pies, y por la mañana le recogía el pelo en un moño impecable. Era el amor de su vida. ¡Jamás la habría atado a la cama para que se ahogase con el humo de las brasas!», había declarado una vecina a un periódico.

En un principio, Carl pensó que la pareja había sido víctima de un robo, pero la barbacoa no encajaba como arma del crimen de un ladrón preso del pánico. Además, esta hipótesis tampoco explicaba cómo Ole Horsten acabó colgado de una grúa para barcos en las aguas de Furesø.

—Lleva azafrán —dijo Assad, tendiéndole con orgullo una taza de café; por lo visto no entendía el gesto universal de «ni de coña»—. A la nueva le gusta mi café, Carl.

Carl se quedó mirando la taza, en cuya superficie flotaba una hebra de azafrán como un gusano de color rojo anaranjado.

—¿La nueva? No será, por casualidad, otra de las múltiples personalidades de Rose que se ha dejado caer por aquí, ¿no?

Necesitaba hablar con Rose. Tras esa noche infernal dando vueltas en la cama, decidió que fuera el Departamento Q quien investigara la grabación recién salida a la luz. Él, por su parte, tenía otros

planes: dedicar unas cuantas horas a estudiar el interior de sus párpados.

Assad se llevó un dedo a los labios.

—Tenemos una nueva compañera. Está en tu despacho, Carl. Es francesa. Muy preparada, ha dicho Terje, y fuerte.

—¿Fuerte?

—Con mucho músculo —aclaró Assad apuntando a sus propios bíceps.

Carl puso los ojos en blanco. Dios mío, una *madame* francesa con brazos tonificados… ¡y en su despacho!

El plan que había trazado aquella mañana no incluía a ninguna desconocida en el Departamento Q. Era, más que nada, un riesgo de seguridad, porque, por un lado, le había prometido a Gry el más absoluto anonimato con todas las garantías y, por otro, el caso del matrimonio Horsten podía resultar embarazoso para la policía, y nadie —realmente nadie— agradecería que el Departamento Q empezara a hurgar en él, sobre todo si la intuición de Carl resultaba errónea. No, tendrían que reabrirlo con absoluta discreción. Rose y Assad no le preocupaban, pero ¿podía confiar en que la nueva mantuviese la boca cerrada? En el mejor de los casos, se sentaría con los pies en la mesa y un Gauloise en la boca, sin el menor atisbo de ambición; en el peor, iría directa a los mandamases.

—Ven conmigo. —Carl giró sobre sus talones y entró el primero en su antiguo despacho, donde a punto estuvo de tropezar con Rose.

—¿Carl? —A Rose parecía que la había atropellado un camión—. Espero que no hayas venido para nada importante. Tengo gripe estomacal.

—¿Gripe estomacal? —Carl se echó para atrás al momento. Lucia traía de la guardería todo tipo de bichos, bacterias y miasmas, pero de todos los virus malignos que le podía contagiar, el de la gastroenteritis era el peor con diferencia.

—Patatas de bolsa y mucha agua, y estarás *en bonne santé* —constató una voz seca detrás de Rose.

Una mujer de cabello oscuro se levantó de la silla tras el escritorio de Carl. Y es que seguía siendo suyo: se había pasado días y años en el trabajo creando aquel familiar patrón de anillos de café incrustados y marcas de quemaduras de cigarrillo.

—Ah, Carl, tenemos nueva compañera. —Rose esbozó una sonrisa torcida que no ocultaba su irritación—. Helena ha empezado hoy mismo y es toda una experta en crimen organizado… y en vómitos. —Rose sonrió con sarcasmo—. Helena, este es el subcomisario Carl Mørck, del que seguro que ya has oído hablar.

—Por supuesto. Las historias sobre *monsieur* Mørck son fascinantes. —Los ojos verdes de Helena chispearon con un brillo juguetón, y de repente a Carl le quedó claro por qué Assad se comportaba como un chaval en la edad del pavo.

—Helena ha leído tu libro —dijo Assad.

—Mi *nounou y* yo hemos escuchado *La mujer que arañaba las paredes*, señor Mørck. Mi *nounou* apenas ve, y así yo de paso practico el danés… —Helena se acercó a Carl, mientras este se preguntaba quién sería el tal *Nounou*. ¿Un conejo, quizá?—. Soy Helena Henry —añadió la mujer de cabello oscuro con su inconfundible acento francés que parecía negarse a pronunciar las «h». ¡Vaya follón!; quizá habría que sugerirle que se buscara un alias más danés: algo como Kisser o Dorte.

—Puedes llamarme Carl. ¿Has venido aquí por voluntad propia o fue idea de Terje?

—Nada que ver conmigo —soltó sin rodeos—. Me arrebataron el puesto y luego me enviaron aquí abajo.

Las evasivas educadas no parecían formar parte del repertorio de la policía francesa. Y eso, a Carl, en el fondo, le gustaba.

—Mi especialidad es el crimen organizado, y espero volver a Teglholm lo antes posible; me lo ha prometido Ploug —prosiguió. Pronunciaba Ploug como *«plu-u»*—. Pero *monsieur* Ploug cree que en el sótano me podéis dar una buena introducción a la cultura policial danesa.

Carl intercambió una mirada con Assad.

—Vaya… Así que eso piensa *monsieur Plu-u*… Bueno, yo no paso mucho por aquí, así que la cultura tendrás que absorberla de estos dos magníficos ejemplares: el corazón y el cerebro del Departamento Q.

Señaló a Assad y a Rose, que se desplomó sobre una silla. Tenía todo el aspecto de un «magnífico ejemplar», pero con anemia, así que sería mejor ir directamente al grano.

—Ayer, por casualidad, me llegó información de una fuente. Puede que no sea más que una broma o un malentendido…, pero también podríamos estar ante un caso en el que nuestros compañeros hicieron una cagada monumental hace cuatro años. Es un tema delicado, así que, pase lo que pase, nadie debe saber de dónde ha salido la grabación que os voy a poner ahora, ni siquiera Ploug.

—¿El jefe tampoco? —Helena frunció el ceño un buen rato, lo que a Carl no le hizo la menor gracia.

—En este departamento solo molestamos a los de arriba como último recurso, y eso pasa muy pocas veces. ¿Entiendes? —dijo.

Sacó del bolsillo el artículo que le había dado Gry y lo desplegó sobre su antiguo escritorio.

—«El presidente de un Consejo de Administración intenta llevarse a su mujer a la tumba» —leyó Assad en voz alta—. Me acuerdo. Era ese de la clínica privada que se colgó del gancho de la grúa como un barco.

—Ese mismo, y a su esposa la encontraron medio muerta en el sótano, al lado de una barbacoa. Los investigadores concluyeron que Ole Horsten, el marido, había intentado asfixiar a su mujer, que sufría demencia, con monóxido de carbono, para luego ir a colgarse a Furesø.

—*Euthanasie*? —preguntó Helena.

—Homicidio por piedad… Bueno, algunos lo llamarán así. El caso se cerró como tentativa de asesinato y suicidio. A él acababan de despedirlo de un puesto muy bien pagado en un consejo de administración, y ella padecía una enfermedad incurable, así que se dio por hecho que el hombre quiso ponerle fin a todo —precisó Carl, y sacó su móvil del bolsillo—. Pero ahora ha aparecido esta grabación.

Las cejas de Assad se elevaron hasta casi rozar la línea del cabello en cuanto la grabación se puso en marcha, y Rose palideció aún más, por imposible que pudiera parecer.

—Como habéis oído, el mensaje quedó grabado en un contestador el domingo 10 de noviembre de 2019 a las 16.28 —siguió Carl—. Debido a su enfermedad, Jette Horsten llevaba una medalla especial, un pequeño emisor gps que se activaba al pulsar un botón. No

sabemos si la activó conscientemente o por casualidad, pero al escucharlo parece como si la estuvieran arrastrando de aquí para allá.

—Déjame buscar el caso —dijo Rose apartando a Helena del escritorio y del único ordenador de la sala.

—¿Qué melodía tararea la señora? —preguntó Helena—. Juraría que la he oído antes. Me *trae eco*.

—Se dice «me suena», Helena —la corrigió Assad.

Carl se frotó el entrecejo. Desde luego, aquello sí que era una clase de danés alternativa.

—El caso se cerró con la conclusión de «suicidio ampliado» —dijo Rose sin apartar los ojos de la pantalla—. En el informe, que es relativamente breve, se explica que encontraron a una mujer muy deteriorada en una habitación de un sótano el domingo a las 20.30.

—¿Pudo contar lo que había pasado? —preguntó Assad.

—En principio, no. A Jette Horsten la describen como una mujer de salud delicada, confusa y sin memoria de lo sucedido.

—¿Huellas? —Carl buscó un lugar donde sentarse; algo en aquel despacho le producía una somnolencia incontrolable.

—En el depósito central, en Lynge, conservan algunos efectos, como la barbacoa. Pero no se encontraron más huellas que las de Ole Horsten ni rastro de otras personas en el resto de la casa. En general, no había indicios que apuntaran a un robo —dijo Rose.

—¿O sea, que dejaron entrar a una tercera persona? —inquirió Helena.

—Sí, es lo más probable. Pero ¿quién? —preguntó Carl—. Tiene que ser alguien que conocieran, pero debe de haber ocurrido algo inesperado, porque Ole grita: «Pero no querrás cargar con esto en la

conciencia». Y eso es lo que debéis tratar de descubrir. —Al tomar el último sorbo de café, recordó que, de camino a casa, tenía que comprar pastillas para la acidez.

—Ese hombre me recuerda a un verdugo, Carl. De esos que hay en las cárceles de Irak y Siria —observó Assad, y prosiguió—: Dice y hace cosas terribles, pero habla como si fuera lo correcto y tuviera derecho a hacerlo.

Carl le puso una mano en el hombro a su compañero al salir y agregó:

—Por eso mismo, Assad, por eso mismo.

9

ASSAD

Tan pronto como los pasos de Carl se perdieron por el pasillo, Rose dejó escapar un «¡no me jodas!» frente a la pantalla.

—¡Aún está viva! —dijo.

—¿Quién, la señora? —Assad se detuvo al salir.

—Sí. Jette Horsten tiene ahora setenta y ocho años y, según el padrón, vive en una residencia de ancianos en Charlottenlund. Un sitio muy bonito, por lo que veo.

—Los geriátricos nunca son bonitos —matizó Assad—. Los daneses sois muy raros en ese sentido. Si mi madre viviera y estuviera aquí, yo me encargaría de cuidarla.

—No digas chorradas. Tú seguirías aquí en el curro, igual que siempre, y al final sería Marwa quien cuidaría a su suegra. La demencia no es ninguna broma, necesita atención profesional.

—Helena, ¿tú meterías a tu madre en un geriátrico? —Assad se giró hacia la nueva compañera, que estaba sentada sobre una caja de la mudanza con los auriculares puestos, absorta en la grabación.

Se apartó un poco uno de los auriculares.

—Mi madre murió cuando yo era pequeña. Viví con mi padre hasta que falleció, hace cuatro meses —contestó Helena, y se recolocó el auricular antes de que Assad pudiera darle el pésame.

—¿Ves? Helena está de acuerdo con…

—Claro, claro —lo interrumpió Rose con los ojos clavados en la pantalla—, pero si uno es músico profesional y está de gira medio año, y encima vive en un piso de dos habitaciones en Vesterbro, no puede cuidar de una madre con demencia.

Rose se refería a Konrad, el hijo de los Horsten. La noche que encontraron a su madre había llegado a toda prisa desde Jutlandia, y pasó los días siguientes colaborando en la investigación por la desaparición de su padre.

Según el informe policial, Konrad reaccionó con serenidad cuando hallaron el cuerpo de su padre cuatro días más tarde; una serenidad que a algunos les pareció sospechosa, por lo que lo sometieron a un interrogatorio exhaustivo. Pero, además de tener una sólida coartada —aquellos días había estado en Jutlandia con su orquesta—, no aportó nada útil, tan solo datos que reforzaban la hipótesis del suicidio ampliado.

—¿Y la casa de los Horsten? ¿La investigamos con más detalle? —preguntó Assad.

—¡Para, para! —dijo Rose, gruñendo sin querer—. Pues… es que resulta que Konrad Horsten ha progresado que no veas desde aquel pisito de Vesterbro y se ha mudado a la casa de Emdrupgårdsvej. Ahora que Jette Horsten no puede tomar decisiones por sí misma, se ha activado un poder notarial preventivo que, en la práctica, le da a Konrad pleno control sobre el patrimonio de su madre, lo que viene a ser la casa y todas las cosas de valor.

—¿O sea, que se forró con la muerte de su padre?

—Hombre, lo que se dice forrarse… Digamos que le da para vivir bien. Debía dinero a Hacienda, seguramente impuestos de algún

ingreso extra; el caso es que eran doscientas sesenta mil coronas y saldó la deuda de un tirón.

Assad murmuró con un silbido:

—¿Tú crees que el de la grabación podría ser el hijo?

—Su coartada la respaldaron varios compañeros de la orquesta, lo cual no quiere decir que no haya *encargado* que matasen a sus padres. Creo que antes de ir a verlo tendríamos que hablar con Jette Horsten. Konrad no puede saber nada de la grabación por ahora.

—Pero si no habla, Rose. Tiene demencia.

—Ya, pero ¿sabes una cosa, Assad? El cerebro es increíble. Los recuerdos pueden seguir ahí guardados en algún lugar. Tú ponle la grabación, a ver si le desbloquea la memoria.

Assad comprobó la hora. Eran casi las doce.

—Entonces, vámonos ya.

—¿Estás de broma? Vas a tener que ir tú… con esa de ahí —dijo Rose, señalando a Helena con la cabeza—. No voy a ir a una residencia de ancianos a provocar una epidemia de diarrea y vómitos, ¡como para que me acusen de homicidio involuntario! —Se puso en pie y le dio a Helena un toquecito en el hombro descubierto, como un niño que toca una babosa—. Vosotros dos, de paseo; yo me voy a casa a comer patatas de bolsa, por prescripción del *docteur* —espetó, con mucho carácter y un punto de insolencia.

Assad se quedó mirándola. En casa estaba más que acostumbrado a vérselas con mujeres con carácter que agitaban las manos, las pestañas y los pañuelos con dramatismo, poniendo los ojos en blanco, pero nada comparable a aquella pelea de gallos femenina. ¿O existía la expresión «pelea de gallinas»?

—¿Adónde nos vamos? —Helena ya se había puesto en pie.

—A la residencia de ancianos Aldersro, a visitar a Jette Horsten, por si se acuerda de algo.

—Vale. Dame tres minutos.

Assad regresó a su despacho, apagó el hornillo del café y echó un vistazo al póster con el sombrío retrato de su amigo.

No había hablado en condiciones con Carl de todo aquello y ahora se las tenía que ver con una Rose que se comportaba de forma extraña y con una nueva compañera a la que se le notaba a kilómetros que prefería estar en cualquier otro lugar. ¡Cómo le gustaría que volviera Carl!

Agarró las llaves del coche y volvió para recoger a la francesa, pero al llegar a la puerta se paró en seco: Helena Henry estaba de espaldas en su despacho, quitándose la camiseta y dejando a la vista una espalda menos bronceada que sus brazos, pero casi igual de musculosa.

Assad dio un paso atrás. Sintió vergüenza; tenía muy claro que debía marcharse de allí lo antes posible, pero estaba paralizado. No estaba acostumbrado a ese tipo de situaciones. Es verdad que en cierta ocasión había oído a Rose echar un polvo con Gordon —algo que aún estaba intentando borrar de la cabeza— y también había invadido semana tras semana la vida privada de Carl, si es que se podía llamar así a irrumpir en su despacho mientras él dormía a pierna suelta en la silla del escritorio, con la boca abierta y roncando. Sin embargo, esto era de otro calibre: una mujer desconocida sin ropa de cintura para arriba; desde luego, no se había criado con cosas de ese tipo. Por supuesto que en Dinamarca había visto mujeres en la playa, también había ido a la piscina, y hasta puede que en los muchos años que él y Marwa estuvieron

separados hubieran pasado por su cama un par de mujeres, pero esto era otra clase de intimidad.

Helena llevaba un sujetador de color crema, del mismo tono que su piel. Sencillo, sin detalles de encaje. Sostuvo frente a sí la camiseta sujetando la parte del medio con la barbilla y la plegó con cuidado antes de abrir la funda para ropa que, tal como había anticipado Assad, contenía una blusa blanca y una americana de color verde oscuro. Pero, en lugar de vestirse, metió la mano en el bolso, sacó un tubo, echó un poco de crema sobre el dedo índice de la mano derecha y se estiró para aplicarla en la espalda de tal modo que los músculos del brazo y la zona lumbar se le marcaron bajo la piel.

Le dio un vuelco el corazón al darse cuenta de la zona que Helena trataba de alcanzar con el brazo.

La piel del omóplato izquierdo se veía diferente. Assad conocía demasiado bien el malestar que Helena intentaba aliviar; la tirantez, aquella sensación de que la piel era más gruesa y resistente de lo que debía, pero a la vez tierna y vulnerable, sin mecanismo de defensa. Conocía también el constante picor y el dolor en los nervios dañados que iba y venía sin avisar.

Una cicatriz grande e irregular cubría el omóplato de Helena. Debía de tener ya años, pues apenas había diferencia de color entre la piel vieja y la nueva, pero a Assad no le cupo la menor duda: a Helena le habían disparado, y de cerca.

La cicatriz se extendía por el hombro como una flor rosa tenue de pétalos dentados y, si no se equivocaba, la habían operado varias veces. Primero para salvarle la vida, después para dos o tres trasplantes de piel.

La cicatriz brillaba bajo la luz intensa del fluorescente del techo. Helena no había mostrado el más mínimo gesto de vulnerabilidad desde su llegada, pero de repente Assad sintió ternura por aquella mujer desconocida y tuvo que contenerse para no estirar la mano, fría, y colocarla sobre aquella mancha rosada.

Pero eso no podía ser. Helena había venido a ocupar el lugar y el despacho de Carl. Ahora era su nueva compañera, una en la que debía poder confiar si las cosas se ponían feas, alguien capaz de aguantar lo que le echaran.

Helena alargó el brazo para alcanzar la blusa y la americana, momento que Assad aprovechó para retirarse en silencio a su despacho, donde esperó un instante antes de regresar y dar unos golpecitos en el marco de la puerta. Ella dio un respingo, como un gato asustado.

—*Merde, putain*! —Alcanzó a oírla mascullar mientras se ponía la americana; un par de palabras en francés que no hacía falta que le tradujeran y que más bien parecían para sí misma.

—¿Estás lista? —le preguntó Assad.

—Siempre. —Se giró. Acto seguido, agarró las gafas de sol y salió por la puerta, tomando la delantera.

10

ANE

Ane Vang se secó las manos en los vaqueros antes de asomar la cabeza al recibidor.

—Hola —saludó—, ¿hay alguien ahí?

La puerta exterior estaba cerrada y no se veía a nadie al otro lado del cristal esmerilado. Era de esperar; ¿quién se iba a presentar en Hirtshals así, sin avisar, un martes por la mañana? Cuando regresaba a casa después de una semana en alta mar, Mads-Peter necesitaba tranquilidad y todo el mundo lo sabía.

Volvió a meter las manos en el agua hirviendo del fregadero y siguió frotando la bandeja del horno. Se había levantado a las cinco de la mañana para hornear unos panecillos para recibir a Mads-Peter, y él ni siquiera los había probado. Ahora, aquella aburrida tarea que tenía entre manos le dejaba demasiado tiempo para pensar en su otra vida, en su otro hombre.

Anders le había dicho una vez que, cuando ella pensaba en él, notaba su presencia y se sentía seguro, como si la tuviera muy cerca y nada malo pudiera sucederle. En esa ocasión, habían pasado la mañana acurrucados en su estrecha cama, ocultos de las miradas curiosas, pero Ane, cansada y sobrecogida, no tuvo fuerzas para responder. En esos primeros meses de enamoramiento, el miedo a ser vista en el extremo equivocado del pueblo había consumido toda

su energía, y se había pasado casi todas las noches en vela, deambulando en una nube de vergüenza y felicidad.

Pero allí, inclinada sobre el fregadero, la invadió aquella misma sensación; notó su presencia.

Miró el reloj de la cocina, que marcaba las 11.30. De un impulso, hundió la bandeja en el fregadero con tal brusquedad que el agua jabonosa se desbordó, y fue al recibidor a buscar unos prismáticos potentes. Por suerte, su marido no estaba por allí en ese momento, porque aquel arrebato habría despertado sus sospechas.

Y es que, a diferencia de ella, Mads-Peter nunca actuaba sin pensar. Evitaba el conflicto a toda costa; no soportaba las discusiones: apagaba la tele en cuanto una película se volvía demasiado melodramática y suspiraba con desaprobación cada vez que, en los programas de debate, los tertulianos se enzarzaban en una pelea. Incluso los cd de música clásica que tenía cuando se conocieron terminaron en el punto limpio, como si se hubiera hartado de tanta agitación emocional.

Mads-Peter vivía su vida a temperatura ambiente. El incendio de su antigua embarcación, el *Maren I*, tres años atrás, los había dejado al borde de la bancarrota. Sin embargo, él reaccionó a la noticia con unos días de silencio y luego afrontó todo el lío con el banco y la aseguradora con una entereza estoica.

«¡Madre mía, qué nervios de acero!», coreaban sin parar las mujeres de su entorno. «Mads-Peter jamás se viene abajo», coincidían al unísono los otros pescadores del puerto.

El problema era que también la felicidad de Mads-Peter parecía templada. De ánimo siempre comedido, en su vocabulario no existía la palabra «entusiasmo», e incluso su amor se había ido midiendo y

dosificando con el tiempo: una parte para ella, otra para cada una de las hijas y una tercera para su última gran inversión, el recién construido *Maren II*. Quizá solo fuera el precio de estar casada con un jutlandés del oeste, donde la meteorología era tan salvaje e impredecible que el autocontrol se veía como una virtud. En cualquier caso, Mads-Peter jamás habría inundado media cocina con el agua de fregar por un puro arrebato. Pero ella ya no podía más.

Se dirigió hacia los ventanales panorámicos del salón y trató de avistar con los prismáticos el muelle y los barcos que zarpaban. No tardó en invadirla una leve sensación de alivio. Bajo la pálida luz de octubre, junto al espigón del lado este del puerto, navegaba el *Maren II* con el agua lamiéndole perezosamente la proa. El arrastrero giró a estribor y entonces él apareció en la popa. No era difícil reconocerlo, con el anorak rojo, el gorro naranja y la barba rubia.

Ajustó ligeramente los prismáticos hasta que el rostro de Anders se mostró con total claridad. Se le cortó la respiración cuando sus miradas se cruzaron o, al menos, así le pareció, porque a tantos cientos de metros de distancia el contacto visual era imposible. Esa sensación en su cuerpo se intensificó: él estaba pensando en ella y nada malo podría sucederles.

Entonces él sonrió en su dirección, y Ane supo que lo amaba. Tendría que habérselo dicho antes de que zarpara. Él ya se lo había confesado en las primeras semanas de su relación. No la amaba a medias ni por partes. Su amor era infinito, sin límites; tanto que había empezado a correr riesgos, enviándole aquel tonto saludo por vídeo esa misma mañana o, ahora mismo, diciéndole hola con la mano, como si algo en su interior le dijera que ella estaba allí,

observándolo. Sus compañeros del barco debían de pensar que le faltaba un tornillo.

Ella sonrió y le devolvió el gesto, aun sabiendo que él no podía verla.

Y entonces fue como si él y la embarcación se disolvieran en una nube de estrellas de color negro y anaranjado. Las llamas le abrasaron la mirada y, por instinto, soltó los prismáticos. Sintió que el pulso se le aceleraba en el cuello. Volvió a alzar los prismáticos y, con manos temblorosas, escrutó el puerto con la mirada.

Seguro que lo había visto mal, pero tampoco podía ser tan difícil distinguir el rechoncho contorno del *Maren II*. Ni distinguirlo a él, con su anorak rojo y el gorro del color de un cono de tráfico… No debería costarle encontrarlo.

De repente se quedó helada. Dejó que los prismáticos recorrieran el panorama de este a oeste y de oeste a este, y contuvo la respiración en mitad de un jadeo. Del mar emergían bordes afilados como icebergs blanquiazules.

El peso de la realidad empezó a oprimirle el pecho, como si un puño le apretara con fuerza el esternón. Ya no reconocía a su *Maren II*. La silueta del arrastrero se había desdibujado, y sobre la proa verde se alzaba una nube de humo surrealista que apuntaba directa al cielo, como un dedo amputado.

Sintió que le temblaba el cuerpo, y en ese momento pareció que la casa entera estaba temblando… No, no era la casa, eran los altos ventanales panorámicos que tenía delante. La presión hizo retumbar los cristales con un sonido profundo y vibrante.

Entonces llegó el estruendo.

—¿Qué coño ha sido eso? —Los pies de Mads-Peter golpeaban con fuerza el suelo en el piso de arriba—. ¿Ane? —gritó—. Ane, ¿estás ahí?

Aturdida, dio dos pasos para alejarse de la ventana, chocó con un escabel y se tambaleó.

En cuestión de segundos, Mads-Peter bajaría aparatosamente por las escaleras, con solo una camiseta interior de lana y calzoncillos, y la barba desaliñada, como cada vez que se despertaba de una larga siesta. Le arrebataría los prismáticos de las manos y descubriría su barco allí afuera, hecho pedazos. Su nuevo y flamante barco, su sustento, su préstamo bancario millonario convertido en chatarra que flotaba en el mar. Eso si es que no se había hundido ya.

Todo lo que tenían había volado en pedazos. Su vida entera acababa de estallar ante sus ojos. De pronto sintió frío, perdió el equilibrio y cayó hacia atrás, sin poder hacer nada por amortiguar la caída.

Estaban todos muertos. No podía ser de otro modo. El patrón, el mayordomo, el aprendiz.

Y él. El oficial de máquinas, Anders. Ya no sentía su presencia.

11

ASSAD

—Creo que voy a tener que hacer una llamada…

La directora de la residencia se frotó las manos. Llevaba casi diez minutos discutiendo de forma acalorada con Helena frente a la vivienda número 19 que, según el letrero que tenían a sus espaldas, pertenecía a Jette Horsten. El motivo del rifirrafe era si Assad y Helena podían entrar a interrogar sin más a la mujer, teniendo en cuenta su estado.

—Su enfermedad está bastante avanzada, y su hijo está muy pendiente de cómo la cuidamos. Sobreprotector, dirían algunos… Pero bueno, tampoco es de extrañar, con toda la historia que hay detrás.

—Así que sobreprotector, ¿eh?… ¿Y viene con frecuencia? —Helena dio otro paso hacia delante.

—Habría que definir «con frecuencia». Tenemos residentes que nunca reciben visitas, pero él llama casi todos los días.

—A lo mejor es que tiene prisa por recibir el resto de la herencia —sugirió Helena con sequedad.

—¡Qué barbaridad! —La directora de la residencia parecía haber tirado la toalla con Helena y, en su lugar, miró con cara de súplica a Assad—. Nos están poniendo, a mi equipo y a mí, en una situación muy comprometida.

—Le juro por mi madre, que en paz descanse, que no causaremos ninguna molestia a la señora Horsten —replicó Assad con la mejor de sus sonrisas—. Serán como máximo cinco o diez minutos; luego, nos iremos.

Helena llamó a la puerta con tres fuertes golpes y entró sin esperar respuesta. La siguió Assad y, tras él, la directora de la residencia, visiblemente perpleja.

Una de las paredes de la diminuta y austera vivienda la ocupaba una estantería llena de libros y objetos decorativos junto a una cama de hospital. En un rincón se alzaba una mesa de comedor con manteles individuales de ganchillo y, cerca de la entrada, una silla de ruedas revelaba que la residente tenía dificultades para caminar. El habitáculo, funcional y despersonalizado, parecía exactamente lo que era: la última estación de la vida. Lo único que destacaba era un equipo de música, que a Assad le pareció bastante nuevo, junto a una pila de cd en un mueble con ruedas.

Les costó distinguir a Jette Horsten, que estaba sentada de costado junto a la ventana, en una butaca de respaldo alto. Su atuendo *beige* se confundía con la tapicería, hasta el punto de que era difícil ver dónde acababa ella y dónde empezaba el mueble. El cabello le caía como cortinas blancas de tiza sobre la cabeza inclinada hacia delante y tenía la piel fina, casi translúcida; bajo la luz del ventanal, la frágil anciana tenía el aspecto de quien ha dado ya los primeros pasos hacia la eternidad.

—¿Señora Horsten? —De cuclillas frente a ella, Helena la tomó de la mano y trató de captar su mirada—. Señora Horsten, somos de la policía.

A Assad, el lenguaje corporal de Helena no le pasó desapercibido. Si la hubiese tenido sentada junto a él así de empática y persistente, le habría contado su vida más rápido de lo que corre un camello con un cactus clavado en el culo.

—Más vale que se lo diga: en cuanto ustedes anunciaron su llegada, avisé al hijo de Jette Horsten —espetó entonces la directora de la residencia, que de tanto frotarse las manos estaba a punto de arrancarse la piel.

Assad tuvo que contenerse para no echarle un rapapolvo.

—Creo recordar que le pedimos expresamente hablar a solas con nuestra testigo.

La directora dio un respingo.

—Lo entiendo, pero yo también tengo mis obligaciones.

—Ahora nos hace falta silencio para trabajar, así que sea tan amable de salir de la sala o rebuscaremos en la normativa del orden público hasta encontrar un artículo con el que imputarla por desobediencia —la amenazó Helena, sin apartar la vista de Jette Horsten.

Para sorpresa de Assad, la anciana no solo no le esquivaba la mirada, sino que incluso mostraba curiosidad, como si su compañera fuera una graciosa mascota sentada a sus pies.

—Habrá que darse prisa. —Assad sacó el móvil en cuanto la directora abandonó el cuarto.

—Señora Horsten, estamos aquí para que escuche una grabación —explicó Helena—. Es de su último día en Emdrupgårdsvej, de cuando estaba acostada en la cama del sótano. Aquel día, usted y su marido tuvieron visita, ¿verdad?

La anciana la observó con una sonrisa ausente.

—Mmm —farfulló.

Assad no sabría decir si se trataba de una afirmación o de un sonido vacío.

Helena le hizo una discreta seña para que se acercara, y Assad le dio al botón de *play*. Al oír el tarareo, la sonrisa de Jette Horsten se transformó de inmediato en una mueca de desconcierto.

—La que tararea es usted, Jette. Y el que grita «¡socorro, auxilio!» es Ole, su marido, ¿no es así? Pero además hay otro hombre, el que suena enfadado. ¿Quién fue a visitarlos? —inquirió Helena con delicadeza.

Jette asintió y, por un breve instante, esbozó una extraña sonrisa de cortesía mecánica, como la de una dependienta que reconoce a un cliente. La sonrisa se borró tan rápido como había llegado.

—Ese hombre dice algo sobre la responsabilidad, ¿a qué se refiere?

Entonces Jette alzó la cabeza con lentitud y miró por la ventana. Las arrugas de su rostro habían languidecido, como si alguien hubiese apretado un botón para desconectarla del mundo que la rodeaba.

—¿Jette? —Helena le acarició la mano con suavidad.

—Helena, no sirve de nada. Está demasiado enferma —constató Assad en voz baja.

Helena fingió no haberlo oído. Se sentó directamente en el suelo con las piernas cruzadas y, sin soltar la mano de la anciana, se quedó observándola, inquisitiva, durante seis o siete segundos antes de ponerse a tararear.

Assad se sorprendió a sí mismo pensando que su compañera se había vuelto majara; *cou-cou* o *bip-bip*, o como se dijera en francés.

Pero al reconocer la melodía se retiró hacia atrás mientras observaba cómo la anciana de la butaca giraba despacio la cabeza hacia Helena. Su mirada parecía estar regresando al mundo real.

Entonces Jette se puso a tararear. Al principio lo hacía como si fuera un ensayo y tratara de aprender la melodía de Helena, pero pronto tomó el control y tarareó con más fuerza y determinación.

—Sí, es esto lo que tarareaba aquella tarde. Esta misma melodía —la animó Helena—. ¿Cómo se llama? Es la misma música que la de sus cd, ¿verdad? ¿Le gustan *les classiques*?

Assad se giró y recorrió con la mirada la colección de cd de la mujer, decepcionado consigo mismo por no haber tenido la idea de examinarlos con más detalle, a pesar de que eran lo único verdaderamente personal de todo el inventario. Tomó nota mental: Bach, Verdi, Brahms, Beethoven, Gade, Schubert, Chopin y Mozart. Conocía los nombres, pero la música le sonaba casi idéntica, como si todo estuviera escrito en la misma clave.

Jette no respondió a la pregunta, pero tarareó más alto y con más fuerza. Había recuperado el color de las mejillas e incluso se enderezó un poco en la butaca. Helena se puso en pie sin soltarle la mano.

—Sí que se acuerda, ¿verdad, Jette? —Se inclinó hacia delante, acercando su rostro al de la anciana—. ¿Quién era el hombre que les gritaba a Ole y a usted? ¿Lo conocía?

La mujer se detuvo de forma brusca y levantó la mirada hacia Helena. De repente, su expresión cambió: el color de sus mejillas se disipó como los granos de un reloj de arena al caer y la curiosidad de su mirada se transformó en súbito horror.

Helena se inclinó un poco hacia delante.

—Recuerda cómo se llamaba, ¿verdad?

La mirada de Jette iba saltando de un ojo de Helena al otro.

Y entonces se echó a gritar.

Assad se sobresaltó al oír el inesperado chillido, agudo como el de un pájaro. Por el contrario, Helena apenas se inmutó; siguió de pie, contemplando a Jette Horsten con ojos vigilantes.

La puerta se abrió y un hombre alto, vestido con camisa, pajarita y americana, irrumpió de golpe, con la directora de la residencia pisándole los talones. El recién llegado observó a la anciana de la butaca, que se había quedado sin fuerzas para gritar, pero seguía allí sentada, presa del pánico, tosiendo entre sollozos.

—¡Suelta a mi madre! —Apartó a Helena de un empujón—. ¡Que la sueltes, he dicho! ¿Qué diablos está pasando aquí?

12

JAKOB

La neblina cubría los pilones del puente del Gran Belt, y el aire era frío y húmedo cuando Jakob se bajó del coche en el área de descanso de Nyborg.

Encontró su bufanda en el maletero y se la envolvió dos veces alrededor del cuello. Le quedaba tan solo una hora y media de camino hasta casa, y ahora debía cuidar la voz. En apenas unas horas, y tras meses en lista de espera, cantaría en uno de los coros masculinos más prestigiosos del país. No era, ni de lejos, el primer grupo coral al que intentaba unirse, pero siempre se echaba atrás antes del debut: o no se presentaba, o cancelaba en el último momento. En una ocasión, antes de la pandemia —que había paralizado casi toda la actividad coral—, incluso había llegado a poner la mano en el pomo de la puerta del auditorio…, pero no fue capaz de entrar. No se atrevió. No pudo hacerlo.

Como tantas otras veces, se había sentido paralizado, fulminado por una sensación de muerte súbita, aunque físicamente siguiera estando vivo. Podía caminar, ponerse en pie, conducir e incluso hacer su trabajo, pero estaba muerto por dentro, y las almas muertas no cantan.

«Nos desplazamos a Hirtshals, donde poco antes de este mediodía ha estallado un arrastrero cuando salía de puerto». Al oír la radio a

través de la puerta abierta del coche se le puso la piel de gallina. Se inclinó para mirar la pantalla del vehículo.

«Según la información que ha llegado a dr, en el momento del hundimiento había cuatro hombres a bordo del arrastrero *Maren II*. Se desconocen las causas de la explosión, pero por el momento la policía trabaja con la hipótesis de un fallo crítico en el motor del barco, de reciente construcción, según declaraciones del comisario Gordon Taylor, de la policía de Jutlandia del Norte. Los buzos del Servicio de Emergencias de la región llevan toda la tarde buscando a los tripulantes desaparecidos, pero la esperanza de encontrarlos con vida disminuye a cada minuto que pasa, explica nuestro reportero…».

Jakob cerró la puerta del coche de un portazo. No le hacía falta seguir escuchando. No tenían pruebas ni la menor idea de nada. Habían pasado ya tres horas y él se encontraba a 352 kilómetros de allí. Eso debía bastar para que nadie lo vinculara con el caso.

Lo invadió un sentimiento de euforia. Así debía de sentirse el éxito, pensó, como pequeñas burbujas bajo la piel. Y seguramente por eso se decía que la venganza era dulce; casi podía saborearla. Tal vez fuera la leche con miel que se había tomado aquella mañana, pero lo dudaba. Algo era distinto. El sabor a sangre, aquel sabor a hierro y óxido que llevaba siempre en la boca, había desaparecido.

Se enderezó y respiró por la nariz. «Uno, dos, tres, cuatro», contó mientras la brisa marina le llenaba de aire fresco los pulmones y el diafragma. Luego abrió la boca y dejó escapar un prolongado «aaaa» que resonó sobre el mar. ¡Joder que sí!, hoy se sentía de todo menos muerto: reavivado, resucitado, exaltado, como si su cuerpo y su mente levitaran unos centímetros por encima de la

tierra. Y, como siempre, esa euforia se reflejaba en su voz y ponía fin a todos sus bloqueos.

Había ido cantando durante todo el trayecto por la autopista de Jutlandia, no sin antes calentar bien la voz. Hasta un idiota sabía que forzando los tonos agudos lo único que se conseguía eran chillidos lamentables y edema en las cuerdas vocales, así que practicó a conciencia sus «i-i-iiii», «o-o-oooo», «u-u-uuuu» y «a-a-aaaa» mientras el coche se incorporaba a la E45. Primero *staccato*, después vocales largas y suaves en tonos cambiantes.

A la altura de Randers se puso los auriculares y practicó las escalas. Al llegar a Fionia, lo intentó con *Va, pensiero*, el fragmento de Verdi que el coro tenía previsto cantar esa noche. Al pasar por Odense, logró un vibrato que no escuchaba en su propia voz desde… ¿Desde cuándo? ¿Desde aquellos días de euforia tras el accidente de tráfico, hacía diez años?

Podría haber llorado de la emoción, pero se sobresaltó al sentir una vibración en el bolsillo superior de la chaqueta. Miró la pantalla del móvil: lo llamaban de la redacción.

—¿Jakob? ¡Hola! —dijo una voz de mujer al otro lado de la línea. Quien hablaba era Pia, la jefa de Nacional, con aquel agudo tono de voz que le ponía los pelos de punta—. ¿Dónde estás?

—¿Por qué lo dices? —Jakob fijó la mirada en una lancha motora que se alejaba hacia el sur—. Estoy de descanso… por horas acumuladas —añadió, esperando que aquello bastara como excusa.

—Ha explotado un pesquero en el puerto de Hirtshals. ¡Es una locura! Ahora mismo están los buzos trabajando. Dicen que han muerto cuatro hombres. ¿Podrías acercarte hasta allí?

—No. —Deseó haberse mordido la lengua. ¿Por qué demonios había sido tan brusco? Tendría que haber fingido que al menos se lo estaba pensando.

—Es un notición, Jakob. Tenemos que hablar con las familias. ¡Cuatro muertos! Es el siniestro laboral más grave en años… De hecho, ya ni me acuerdo de cuándo fue el último.

—Pues tendrás que buscarte a otro. Yo no estoy disponible.

Pia se quedó en silencio.

—Venga, Jakob —dijo, con un punto de zalamería en la voz—. Son más de las tres. No encuentro a nadie que pueda desplazarse hasta Jutlandia en tan poco tiempo. La gente tiene pareja, va a recoger a los niños… Tú… mmm…

Se calló a tiempo, pero Jakob sabía perfectamente lo que estaba pensando. Él no tenía mujer. No tenía niños que recoger. No tenía nada. Por no tener, no tenía ni a alguien como Pia.

Nueve años atrás, cuando Pia se incorporó al periódico *Morgenavisen* recién salida de la universidad, habían iniciado una relación tan breve como torpe. No pasaron de las seis semanas; Jakob ni siquiera estaba seguro de que pudiera calificarse de relación y no tenía ni idea de qué era lo que había visto en él, salvo que tenía algo más de experiencia.

Las tres primeras semanas le había preguntado intrigada sobre su infancia, sus logros periodísticos y su visión del mundo en general. A la cuarta, su interés parecía haberse desvanecido; tenía la mirada cansada nada más abrir la puerta y encontrarlo frente a ella. A la quinta semana le había soltado si siempre era «así de pasivo y sin iniciativa».

¡A saber qué esperaba que respondiera! La verdad —que estaba muerto por dentro, que había dejado de vivir a los diez años, que solo se sentía vivo cuando veía cómo se desmoronaba la vida de los demás— difícilmente habría servido para prolongar la relación.

Con los años, ella había conseguido un puesto en la redacción que le daba carta blanca para manipularlo a su antojo. Según contaban, ahora se acostaba con Heino, de Finanzas, un galán plateado de cincuenta y cuatro años que presumía de dos matrimonios fracasados y de ser el experto de la redacción en el precio de la vivienda y las comisiones hipotecarias. Todo un partidazo al lado de Jakob…

—Estoy con la familia —le respondió.

—¿Familia? —La incredulidad de Pia se hizo evidente—. ¿En Bornholm? Pensaba que no tenías contacto…

—Sí, en Bornholm —mintió—; así que comprenderás que hoy no me sea posible ir hasta Hirtshals. ¡Adiós! —Colgó y se sentó en el coche, donde la radio seguía sonando.

«Y ahora nos desplazamos hasta Christiansborg, la sede del Parlamento, donde ayer un rostro conocido protagonizó un espectacular *comeback*. Tras más de diez años alejado de la escena política, Tommy Eckert, de los Nuevos Demócratas, vuelve al Parlamento. Eckert se incorpora como suplente de su compañero Mikkel Vibro, que se encuentra de baja por larga enfermedad».

Jakob se quedó observando la radio. Apretó con fuerza los dientes y de inmediato notó el sabor a óxido en la boca.

«Eckert, que al inicio de su carrera ocupó el cargo de ministro de Sanidad y destacó por sus dotes de negociación, tuvo que dejar la política en 2013 tras descubrirse que había conducido bajo los

efectos del alcohol. Nuestro reportero se ha reunido con él para hablar de…».

Jakob apagó la radio y permaneció sentado con la mirada fija en el parabrisas durante unos segundos interminables.

Se había enterado del regreso de Eckert a través de una alerta informativa el día anterior, mientras se dirigía hacia Hirtshals, y se había visto obligado a parar en el arcén, donde permaneció veinte minutos con la sensación de asfixiarse, como si algo le presionara bajo la nuez. La bilis le había seguido quemando y escociendo la boca y la garganta durante horas.

Siempre había pensado que la responsabilidad había destrozado a Eckert, que se había derrumbado bajo el peso de sus acciones, pero no…

Jakob apretó los puños con intención de aporrear el volante, pero se contuvo cuando un Volvo reluciente con tres niños en el asiento trasero se detuvo al lado de su viejo Peugeot. Uno de ellos, un crío pelirrojo con una Nintendo Switch entre las manos, lo miró fijamente y le sacó la lengua en cuanto Jakob le devolvió la mirada. Le entraron ganas de hacerle lo mismo. Aunque, pensándolo bien, lo que de verdad le apetecía era apearse, sacar al mocoso de aquel coche de lujo, cruzarle la cara de un bofetón y decirles a los padres que enseñaran a su maldita prole a tratar a la gente con respeto. ¿No se daban cuenta de que comportamientos como aquel podían marcar a una persona de por vida?

Pero se limitó a apartar la vista y apoyar el brazo en la ventanilla para ocultar el rostro. Era preferible que los padres y sus puñeteros niñatos no repararan ni en él ni en su coche.

Habían pasado casi cuatro años desde que llamó a la puerta de aquel anciano matrimonio. Esta vez se había preparado mejor: había planeado hasta el mínimo detalle y previsto incluso lo más imprevisible. Pero, aunque ahora nada hubiera salido mal, aún podía evocar aquel miedo paralizante a ser descubierto, a que alguien reconociera su rostro o su voz.

Ojalá tuviera suficiente dinero para poder destrozarlos a todos, uno por uno, largarse del país y encontrar un lugar donde vivir tranquilo. Porque lo único que Jakob quería era liberarse del yugo del pasado: vengarse, recuperar la voz y luego desaparecer.

Giró la llave del contacto, dio marcha atrás, buscó la entrada a la autopista y pegó un acelerón hacia el puente.

A ras de la calzada, la neblina creaba la sensación de estar conduciendo hacia el cielo. Entonces, al alcanzar a toda velocidad la cima del puente colgante, le vino la inspiración: sabía exactamente de dónde iba a salir el dinero para su nueva vida. Aquel hombre se lo debía. Le debía a Jakob toda una maldita vida.

13

ASSAD

—¿Por qué venís ahora a molestar a mi madre, después de tantos años? —Konrad Horsten se paseaba de un lado a otro por la sala de vigilancia nocturna de la residencia—. ¿No os parece que ya ha sufrido bastante?

En realidad, se dirigía a Assad; a Helena, que se había acomodado en la estrecha cama de la habitación, la ignoró sin el menor disimulo, aunque eso a ella pareció divertirla. Con la cabeza ligeramente inclinada, seguía los movimientos del alterado hijo de Jette Horsten que, preso de sus emociones, caminaba con los puños cerrados frente al pecho, como si se preparara para boxear. Assad no supo si eran solo indignación y resentimiento por lo de su madre o si estaba también algo nervioso.

—Siéntate y deja que te lo explique —dijo Assad.

—¡Ni hablar! A mi madre ya la interrogaron a fondo en 2019. O, mejor dicho, lo intentaron, porque no fue capaz de contar absolutamente nada. Si supierais la cantidad de veces que yo mismo he tratado de preguntarle por aquel día, sin nunca sacar nada en limpio…

Assad se levantó de la silla de oficina y se plantó junto a Konrad Horsten. Aquel hombre le sacaba, como mínimo, una cabeza, pero

estaba tan flaco que, llegado el caso, Assad podría derribarlo sin demasiado esfuerzo.

—Nos ha llegado nueva información sobre ese día —anunció con calma—. Será mejor que te sientes. Ahora.

—¿Nueva información? —Konrad miró a Assad, luego a Helena y otra vez a Assad—. ¿Al cabo de cuatro años?

—Antes de nada, vamos a hablar de cómo recuerdas los días en torno al 10 de noviembre de 2019. —Assad tomó asiento.

—¡Pero si no hay nada más que añadir! —protestó Konrad—. Lo que pasó fue que mi padre se quitó la vida e intentó llevarse a mi madre a la tumba con él. Llevo casi cuatro años tratando de hacer las paces con eso. —Se dejó caer sobre la cama junto a Helena—. Mamá no entiende nada de esto. Algunos días me llama Ole, y ha preguntado al menos diez veces al personal cuándo va a venir su marido a verla —dijo, carraspeando.

—Pues a mí me ha dado la sensación de que algo sí recuerda. He notado en ella una especie de… *présence* —añadió Helena.

—¡Por el amor de Dios, pero si no la conoces de nada!

—O quizá es que tú estás demasiado cerca de ella, demasiado involucrado.

Konrad dejó escapar una risita nerviosa.

—¿«Demasiado involucrado»? ¿Eso qué diablos significa? —Hizo un gesto con la cabeza en dirección a Helena y luego miró fijamente a Assad—. Si esta de aquí va a seguir atacándome con sus horribles insinuaciones, prefiero quedarme callado.

Assad suspiró. En realidad, el trato era que, durante el interrogatorio, Helena se mantuviera en un segundo plano. Con o sin razón, Konrad Horsten había descargado su ira contra su compañera,

y ahora ella se sentía herida en su amor propio; aquel tira y afloja no los llevaría a ninguna parte.

—¿Helena? —Assad le suplicó con la mirada.

Durante unos segundos que se antojaron eternos, Helena permaneció sentada, como si no entendiera lo que Assad trataba de decirle. Luego descruzó las piernas con lentitud y se marchó dando un portazo.

La vuelta a la Jefatura de Policía iba a hacérsele muy larga.

—Tú no estabas en Copenhague en el momento de los hechos, ¿verdad? —Assad volvió su atención a Konrad.

—Cuando me llamó la policía, yo estaba de gira por Jutlandia con la que, por aquel entonces, era mi orquesta sinfónica. —El hombre se ajustó la pajarita con un gesto sutil que dejaba claro que le ofendía tener que dar explicaciones.

—¿Y a tu madre la encontraron en el sótano?

—Sí, la cuidadora de la asistencia a domicilio. Fue muy raro, porque como a mamá le costaba mucho subir y bajar las escaleras, ya no usaban el sótano. Pero la mujer olió humo y, después de buscar un rato, la encontró en mi antiguo cuarto de adolescente, sobre mi vieja cama de hierro forjado. Había vomitado y no reaccionaba. Cuando la asistenta logró reanimarla, estaba confundida y se lamentaba, llevándose las manos a la cabeza. —Konrad miró a Assad—. Por suerte, yo no presencié nada de eso; me lo contó la policía. Tus compañeros deben de haber tomado nota de todo. —Hizo una mueca como si tuviera la garganta completamente seca—. Según tengo entendido, mi padre ató a mamá a la cama con una cuerda de esas de tender la ropa, le amarró los tobillos y se los

ató al cabecero de la cama. Las manos las tenía atadas a la espalda. Debió de ser horrible para ella.

—¿Y cuándo encontraron a tu padre?

—Pasados unos días. Cuando llegué a casa de mis padres, a mamá ya se la había llevado la ambulancia, y el coche de mi padre no estaba, así que todos pensaron que se había largado. Lo llamé varias veces, pero su móvil no tenía batería. —Con la mirada perdida, Konrad trataba inútilmente de aflojar la pajarita.

—A tu padre lo encontraron en Furesø. ¿Eso por dónde queda?

—Ni idea. No tenemos ninguna relación con ese lugar. Le sugerí a la policía que buscaran en la casa de veraneo de Rørvig, pero no había señales de visitas recientes, y probé también con las rutas del bosque por donde solía pasear mi padre. Pero…

—Podría decirse que trataste de despistar a la policía.

Konrad alzó la vista.

—Pero no lo hice adrede. Era lo que me parecía más probable.

—A tu padre no lo encontraron hasta cuatro días después, el 14 de noviembre, ¿verdad? —Assad había leído en el informe policial que el cadáver colgaba de una grúa en forma de L que servía para izar y bajar embarcaciones al agua.

Konrad asintió.

—Sí. Lo descubrieron dos cazadores de patos. Yo no conozco de nada ese lugar y jamás en la vida hemos navegado, así que no sé qué pudo llevarlo hasta el lago de Furesø. Quizá solo quería asegurarse de estar muerto cuando lo encontraran, de que no había ninguna posibilidad de que lo salvaran.

—Cuando localizaron a tu padre, ¿llevaba encima algún objeto personal, aparte de la ropa?

—Solo la cartera y el móvil.

—¿El móvil? ¿Aún lo tienes?

Konrad se frotó la cabeza.

—¿Que si lo tengo? Pues… debe de estar en una caja, en el sótano. Todavía no he tenido fuerzas para ordenar las cosas de mis padres.

—Nos gustaría echarle un vistazo. Y sabemos que el coche lo encontraron cerca del lago, junto al cuerpo de tu padre. ¿Qué fue de él?

—¿Del Volvo? Me lo entregaron enseguida y lo tuve ahí parado un tiempo, pero luego lo vendí.

Assad asintió. Tendría que pedirle a Rose que rastreara la matrícula y averiguara quién lo había comprado. Con un poco de suerte, el coche aún podía conservar huellas de aquel día.

—El caso se cerró como «suicidio ampliado». ¿Insinuó tu padre en algún momento que no quería seguir viviendo?

Konrad se encogió de hombros.

—Estaba atravesando una etapa difícil, así que no me sorprendió demasiado.

—¿Y eso? ¿Se había cansado de tu madre o…?

Konrad alzó la vista con expresión firme.

—¡Dios mío, no! Todo lo contrario. Mi madre fue la única persona a la que amó de forma incondicional. Insistió en ocuparse él mismo de prácticamente todos sus cuidados. Era una cuestión de honor, un pacto que tenían entre ellos. En la salud y en la enfermedad, ya sabes…

—¿«La única persona a la que amó de forma incondicional»? ¿Y a ti?

Assad se inclinó un poco hacia delante.

—¿A mí qué?

—¿Es que acaso a ti no te amaba incondicionalmente? ¿A su propio hijo?

Assad pensó de forma instintiva en Alfi. Y en sus hijas, de las que había tenido que estar separado durante demasiados años. Daría lo que fuera por recuperar ese tiempo, pero, como no era posible, ahora se aseguraba de recordarles cada día cuánto las quería. Incluso cuando los conflictos se sucedían uno tras otro.

Konrad lo miró como si no entendiera la pregunta.

—Teníamos una relación complicada —murmuró, bajando la vista —. Me parece… o, mejor dicho, estoy seguro, de que fui una decepción para él.

—¿En qué sentido? —preguntó Assad, mientras echaba un vistazo al dictáfono para comprobar que seguía grabando. ¿Un hijo que no se sentía querido por su padre? No sería la primera vez en la historia del país que algo así terminaba en asesinatos y violencia.

—Nunca estuve a la altura de sus expectativas —dijo Konrad tras una pausa—. Mi padre fue director de un coro de niños durante años, pero yo jamás canté tan bien como él esperaba, y tampoco era lo suficientemente bueno en el colegio. Si no tuvieron más hijos, fue por mi culpa, porque mi madre perdió el útero por complicaciones durante el parto. Este tipo de cosas sin importancia, ¿sabes? —Sonrió, tenso—. De pequeño me lo recordaban con bastante frecuencia. Así que no, seguro que no fui yo quien más lágrimas derramó en el entierro.

Nervioso, empezó a juguetear con el puño de la camisa. Assad observó que se mordía las uñas.

—Paradójicamente —continuó Konrad, alzando la mirada—, he terminado siguiendo sus pasos. Me refiero a la música. Hace unos meses me nombraron director del mismo coro de niños. Y eso… eso le da mucho sentido a mi vida.

—Decías que tu padre estaba atravesando una etapa difícil —dijo Assad.

—Sí. Acababan de despedirlo de su cargo de presidente del Consejo de Administración de la Clínica Privada Charis. Lo pasó muy mal. Sentía que le estaban echando a él la culpa de una serie de escándalos ocurridos allí.

—¿Qué escándalos?

—«Escándalos» fue lo que se dijo en la prensa. —Konrad dibujó unas comillas con los dedos en el aire—. En realidad, fueron incidentes aislados: una operación mal hecha, una serie de tratamientos con malos resultados, ese tipo de cosas. Mi padre era presidente del consejo, no tuvo nada que ver con esos errores, pero como los propietarios tenían que hacer valer su autoridad, lo convirtieron en el chivo expiatorio. —El rostro de Konrad se contrajo en una mueca de amargura—. Sé que estaba muy avergonzado, aunque jamás me imaginé que estuviera tan desesperado como para hacerse daño a sí mismo y a mamá. Pero he aprendido a vivir con eso. A perdonar, en cambio…

—¿Perdonar el suicidio?

—Perdonar que intentara matar a mi madre. —Konrad se encogió de hombros—. El pastor que enterró a mi padre opinaba que lo había hecho por amor. Pero ¿es amor atar de pies y manos a una anciana y dejarla morir asfixiada? Al menos, podría haber escogido algo más…, no sé…, compasivo.

—¿Estás seguro de que fue un suicidio?

Konrad lo miró extrañado.

—Esa fue la conclusión a la que llegaron tus compañeros.

—Pero ¿dejó algo que lo confirmara? ¿Una carta de despedida?

—No, mi padre no era dado a sentimentalismos. Lo único… —Konrad deslizaba el dedo corazón arriba y abajo por el borde del puño de la camisa.

—¿Qué?

—Mi padre era un hombre muy responsable que se enorgullecía de tener la casa en orden, así que me sorprendió que no lo hubiera dejado todo dispuesto. Ya sabes, vaciar la nevera, pagar las facturas, cancelar el periódico, actualizar el testamento…, ese tipo de cosas. En la encimera de la cocina había una bolsa de galletas sin abrir, comprada ese mismo día. Y eso que era muy ahorrador.

—¿Y por qué no se acostó al lado de tu madre, para morir junto a ella? ¿Crees que alguien pudo interrumpirlos?

Konrad alzó la mirada. Al parecer, la idea ni siquiera se le había pasado por la cabeza.

—No lo sé, la verdad. Quizá no pudiera soportar verla morir, o le entró el pánico… —Le empezaron a temblar ligeramente las manos.

—¿Faltaba algo en casa de tus padres?

—No… Como ya le dije a la policía en su momento, no había ninguna señal de que hubieran entrado a robar. Las joyas de mamá y la cubertería de plata estaban en el sitio de siempre.

—Konrad, ¿mataste a tu padre?

—¿Cómo? —Konrad abrió los ojos de par en par.

Assad era muy consciente de que la gente se quedaba de piedra cuando alguien con su aspecto de oso amoroso arremetía con una

pregunta tan fría sin avisar.

—Tenemos motivos para creer que el 10 de noviembre de 2019 tus padres no estaban solos en casa —aclaró.

La puerta se abrió de una patada, y entró Helena tratando de no perder el equilibrio con tres tazas de café, que dejó sobre la mesa. Sacó del bolsillo ocho o nueve sobres de azúcar y arrojó la mitad frente a Assad antes de dejarse caer sobre la cama al lado de Konrad.

—¿Qué me he perdido? —preguntó.

—Justo ahora vamos a lo más importante, Helena —dijo Assad en voz baja, esperando que ella se retirara al pasillo para poder continuar el interrogatorio.

—Ah, *très bien* —respondió ella, recostándose, mientras abría un sobre de azúcar tras otro.

Assad dejó escapar un suspiro.

—Konrad, ha llegado a nuestras manos una grabación que creemos que corresponde a una llamada de emergencia que hizo tu madre.

—¿Mi madre? ¡Pero si ya no sabe llamar por teléfono!

—En 2019, a tus padres les dieron una medalla de teleasistencia como parte de un programa piloto municipal para personas con demencia. Era un chisme que…

—Sí, me acuerdo. Mi padre me lo contó. ¿Y eso qué tiene que ver? —Sacudió la mano con irritación.

—Según las fotos del informe policial, la noche que la encontraron en el sótano llevaba puesta la medalla. Escucha esto. —Le dio al *play* en el móvil y subió el volumen—. ¿Reconoces las voces?

A medida que la grabación avanzaba, la incomodidad se iba haciendo más patente en el rostro de Konrad.

—Es mi madre la que tararea. Y mi padre el que grita «¡socorro, auxilio!» al fondo, creo. ¡Qué horror! ¿Y esto cuándo se grabó?

—El día de los hechos —aclaró Helena escuetamente.

—La medalla activaba una llamada de emergencia con solo apretarla. Es posible que tu madre disparara la alarma sin querer —explicó Assad.

—¿Ese mismo día? ¿Y por qué no acudió nadie?

—La llamada fue directa a un contestador del municipio porque no había nadie para responder al teléfono. Acababan de despedir a la responsable del programa.

—Una tremenda *cargada* —añadió Helena.

—¿Qué ha dicho de cargarse? —dijo Konrad Horsten, mirándola con desconcierto.

—«Cagada»…, una equivocación que cometieron los del municipio —se apresuró a explicar Assad.

—¿Cagada, dice? —Konrad se llevó las manos a la cabeza—. ¿Mi madre ha estado a punto de morir por un error?

—Como has podido escuchar, Konrad, aquella tarde había alguien más, un hombre, en casa de tus padres.

—Pero entonces… —El rostro de Konrad Horsten delataba cómo su realidad empezaba a tambalearse—. ¿Quieres decir que los… que alguien los ma…? —No fue capaz de acabar la frase.

—*Oui*. Todo indica que a tus padres los asaltaron en su propia casa. Estamos trabajando con la hipótesis de homicidio en el caso de tu padre e intento de homicidio en el de tu madre. Nada de suicidio

ampliado, como la policía concluyó *trop vite* —dijo Helena con una frialdad que llevó a Assad a buscar su mirada.

No se podía negar que sabía provocar reacciones, pero, si no dejaba de interferir en sus interrogatorios, su paso por el Departamento Q también iba a terminar *trop vite*.

—El hombre de la grabación que dice «¡que te calles, joder!»… ¿Te suena la voz? —le preguntó a Konrad, quien indicó con un gesto que necesitaba volver a oírla.

—No —concluyó después de escuchar la grabación con la cabeza hundida entre las manos—. No me dice nada en absoluto.

—¿Y lo que está diciendo? «En su día no asumiste tu responsabilidad. Ahora seré yo quien te haga cargar con una responsabilidad que no te dejará vivir» —preguntó Helena—. ¿Qué crees que significa? ¿A quién le falló tu padre?

—No lo sé, la verdad. —Konrad levantó la cabeza. Tenía los ojos enrojecidos—. Mi padre ocupó cargos directivos toda su vida. Era responsable de mamá y también lo fue de mí. Por supuesto que cometió errores, pero eso no es motivo para matar a alguien.

Helena se incorporó.

—La gente mata por bastante menos. ¿Sabes qué es lo que canta tu madre?

Konrad hizo un gesto ambiguo, como si la pregunta le resultara incómoda o completamente irrelevante.

—Mozart, creo. Su compositor favorito.

—¿Qué obra? —insistió Helena.

—Parece el *Laudate Dominum*, la sección más conocida de una composición coral de 1780. El solo suele cantarlo un niño soprano.

—Ajá —dijo Helena—. ¿Significa algo para tu madre? ¿Os trae algún recuerdo especial?

Konrad se inclinó hacia delante y hundió la cabeza entre las manos. Al respirar, sonaba como si bebiera un café caliente a pequeños sorbos. Assad se dio cuenta entonces de que estaba llorando.

—Creo que le recuerda a mí —murmuró—. La ensayaba todo el rato cuando era pequeño, día sí y día también…, pero papá nunca me dejó interpretar el solo. Ni una sola vez.

14

JAKOB

Incluso después de tantos años, aquella introducción orquestal seguía poniéndole la piel de gallina.

Debía de haber escuchado la pieza miles de veces en casa. Tantas, que hasta en sueños habría sido capaz de reconocer los primeros tonos bajos que daban paso a los dramáticos golpes en las cuerdas y al retumbar de los timbales. Y, como cada vez que llegaba a aquellos compases violentos, no pudo evitar estremecerse. Entonces, cerró los ojos y cantó.

«Va, pensiero, sull'ali dorate…»

Jakob suspiró de satisfacción. Sabía exactamente cómo modular el complejo texto del coro de los esclavos hebreos; quizá fuera de los pocos en la sala capaz de hacerlo.

Al llegar, había dado un buen repaso con la mirada a los demás cantantes del renombrado coro, una experiencia que le resultó decepcionante. Tuvo la impresión de que no eran más que simples aficionados y, de hecho, apostaría a que más de uno usaba aquella expresión tan cursi de que «cantaban en un coro». Para Jakob, en cambio, el coro no era una afición de fin de semana. Cantar era su vida.

Puede que sonase a frase de anuncio de contactos o de necrológica, pero ¿cuántos más en la sala se sabían de memoria el

texto de *Va, pensiero*? ¿Cuántos habían estudiado italiano por su cuenta desde pequeños con el único propósito de entender el texto de las grandes óperas?

Abrió los ojos un instante. Al notar que el *maestro* lo miraba algo sorprendido, cambió un poco la forma de sostener la partitura para recuperar la concentración. Estaba en una funda transparente desgastada y de mala calidad que no le gustaba en absoluto. Las cosas mal cuidadas tenían algo de vulgar que le recordaba a las manos de su padre. Tantos años trabajando en la cantera de granito habían acabado por pasar factura a aquellas manos que, al tocarlas, se sentían como leña partida y se agrietaban y sangraban, sobre todo en invierno. Un accidente con explosivos en 1979 le había costado el dedo meñique de la mano derecha.

Jakob aborrecía todo lo que las manos de su padre representaban: el duro trabajo manual de hombres que llegaban a casa con la espalda molida y se quedaban dormidos frente al televisor. Manos que jamás habían abierto un libro. Manos más dadas a los golpes que a las caricias. Precisamente las imprevisibles bofetadas que esas manos podían propinar le habían enseñado a ser invisible, a encerrarse con llave en su cuarto, donde podía escuchar en paz su programa de música clásica favorito y rezar para no llegar a tener nunca unas manos como las de los demás varones de su familia.

Su abuelo paterno había trabajado en la cantera picando y cargando piedra hasta que la espalda y los pulmones acabaron con él. Su padre había logrado alcanzar un puesto con más prestigio: dinamitero. En cuanto a la tercera generación, su hermano mayor buscó trabajo en la cantera de granito tan pronto como terminó la escuela. A los pocos meses, sus manos de niño ya estaban ásperas y

llenas de ampollas. El mediano no veía la hora de que le llegara el turno. Durante la cena, escuchaba con los ojos como platos cuando su padre hablaba de la dinamita, y no se perdía ni una sola oportunidad de acercarse a la cantera en bici para ver las explosiones. Después volvía a casa con la mirada encendida, imitando el estruendo de la explosión de un modo que a Jakob siempre le había parecido enfermizo.

Le vino a la mente aquella tarde que su madre había regresado de una reunión de padres en la escuela. El maestro de Jakob opinaba que el benjamín de la familia mostraba ciertas aptitudes intelectuales y que, llegado el momento, estaría preparado para el instituto y los estudios superiores, pero el padre recibió el elogio con una mueca de disgusto.

«Aquí en esta familia somos canteros. ¿O es que no es suficiente?», dijo.

La madre se frotó las manos en silencio y, como nadie respondió, el padre zanjó la conversación: «¡Malditos esnobs, siempre se creen mejores que nosotros!».

Aquel día, Jakob entendió que ya habían trazado su camino y que la única salida era marcharse de la isla. Comprendió también que existía un «ellos» por oposición a un «nosotros», y que «ellos» eran las personas que leían libros, frecuentaban exposiciones de arte, trabajaban en oficinas con sus manos de seda y escuchaban ese tipo de música refinada que tanto le gustaba a él.

«Si es que estos inútiles tendrían que estarnos agradecidos», solía repetir el padre. El granito para los edificios del Parlamento, del Banco Nacional y de la fábrica de Carlsberg salía, precisamente, de

su cantera, de modo que, «sin currantes como nosotros, en Dinamarca no tendríamos ni políticos, ni dinero ni cerveza».

Los hermanos mayores de Jakob eran tan cortos de miras y tan corpulentos como su padre. Los tres tenían los hombros cuadrados, el cuello corto y los rostros casi idénticos, con los ojos pequeños y muy juntos, la nariz ancha y el cabello rubio como el maíz y erizado en todas direcciones.

Y luego estaba Jakob, el benjamín de la familia. Su pelo castaño se rizaba al humedecerse y tenía los ojos igual de juntos y del mismo azul claro que los de sus hermanos, pero lo que a ellos les daba un aspecto simple e inocente, en él inspiraba una desconfianza crónica. Una cara de rata que, por instinto, provocaba el rechazo de la gente. Era de baja estatura y de poco comer: no le gustaban las hamburguesas empanadas ni las montañas de patatas con las que se atiborraban su padre y sus hermanos. Por eso tenía un aspecto enclenque y era más pequeño que la media.

Jakob era diferente.

Era imposible no darse cuenta, y en el círculo de amistades de sus padres se había convertido casi en un chiste recurrente. Cuando unos amigos iban a cenar a su casa, era habitual que alguno se quedara mirando a Jakob y soltara, con una sonrisa burlona: «¿Y este de dónde ha salido, Gunnar? Debe de ser hijo del cartero».

Y entonces, el gracioso de turno le daba al padre una fuerte palmada en la espalda, y todo el grupo se reía del vulgar comentario con complicidad.

Pero a Jakob no le hacía ninguna gracia ni entendía por qué su padre les seguía la corriente, en lugar de cortar por lo sano con un «¡por supuesto que es hijo mío!».

Echaba en falta el cariño de su padre. Ni siquiera aspiraba a un abrazo o un beso en la frente; le bastaría con una de aquellas fuertes palmadas en la espalda que les daba a sus hermanos, o con un apretón de manos como el que recibían los vecinos en días señalados. Pero no sabía qué más podía hacer para ganárselo.

Para la celebración de los cuarenta años de su padre, decidió hacerle un regalo especial. Cuando llegó el día, no probó bocado de lo nervioso que estaba. En lugar de eso, se sentó en el jardín a esperar a que retiraran de la mesa el plato principal. Entonces entró en el salón con la mirada fija en el suelo y golpeó su vaso con un tenedor, sintiendo cómo lo invadía esa aterradora mezcla de miedo y expectación cuando el salón quedó en silencio y treinta y cinco pares de ojos se posaron sobre él.

Los primeros tonos sonaron algo oxidados, pero pronto cerró los ojos, se desconectó del mundo y se entregó por completo a la canción. Oyó su soprano suave llenar la habitación, alcanzó las vocales largas, cerró aún más los ojos, relajó la mandíbula y no cometió ni un solo error al recitar los dieciséis versos de la canción tradicional *I skovens dybe, stille ro*.

Al finalizar hizo una solemne reverencia, imaginando que estaba en una sala de conciertos repleta de público que aplaudía y vitoreaba, y no rodeado de una nube de humo de tabaco sobre la moqueta andrajosa del salón de sus padres.

Pero su padre no lanzó ninguna ovación. Cuando la última nota de Jakob se desvaneció, los invitados aplaudieron, pero Gunnar Solvig permaneció recostado en su silla, con la mano alrededor del vaso de cerveza y las mejillas ligeramente sonrojadas. A continuación, se

incorporó, se aclaró la garganta y dio un golpe con el vaso de cerveza.

«Me vais a perdonar. A este muchacho le falla un mecanismo. ¡Pero si canta como una niña!», bramó.

Jakob todavía podía oír las risas de los invitados. Años después, ya de adulto, seguiría preguntándose si aquella noche los aplausos habían sido más fuertes que las carcajadas. Para Jakob era esencial sentirse querido. Porque su padre no lo quería. Ya no tenía sentido seguir peleando por su amor o su respeto; en ese momento, Jakob vio en los ojos de su progenitor que su presencia lo incomodaba. Veía a su hijo de siete años como un extraño.

Un día de primavera del año siguiente, Jakob volvió de la escuela con una invitación para las pruebas de acceso al colegio Laurenti de Hillerød, que tenía un coro de niños con el mismo nombre.

«¡Míralos! Una escuela para blandengues y peleles», dijo el padre señalando el folleto con fotos de niños bien peinados y con camisa blanca que Jakob había traído consigo.

A Jakob le daba igual. Sentía como si estuviera de pasada en su propia casa, y en cuanto tuvo entre las manos el folleto brillante, supo que por fin había encontrado su lugar. La directiva del coro había ido a Allinge como parte de su gira anual por todo el país en busca de talento especial. Y, por primera vez en su vida, nadie mostró asombro ni repugnancia al oírle cantar, sino todo lo contrario. Cuando terminó de interpretar *I skovens dybe, stille ro*, el director del coro le puso la mano en el hombro con lágrimas en los ojos.

«Eres un niño prodigio, ¿lo sabías?», le dijo. Jakob negó con la cabeza. No, no lo sabía en absoluto. «Ahora hablaré con tu madre

para avisarla de que después de las vacaciones te vienes a Selandia».

Y así fue. Su madre, que esperaba sentada en el pasillo y que, con sus zapatos planos grises y su chaqueta holgada, no se parecía en nada a las demás madres, no se atrevió a hacer otra cosa que asentir ante el intimidante director del coro.

El padre de Jakob, en cambio, montó en cólera.

«¿Y tendremos que pagar para que se lleven a este niño prodigio?», preguntó.

No, el colegio no les iba a cobrar nada. A Jakob le ofrecieron una beca que cubría todos los gastos y una familia de acogida que le daría un hogar cerca de la escuela. Fue como si la vida real de Jakob comenzara ese día de agosto de 1988, mientras esperaba a las puertas del aula de canto del colegio Laurenti junto a Asger y Lise Ritter, sus nuevos padres de acogida.

«¿Estás listo?», le preguntó Asger mientras le enderezaba el cuello de la camisa.

Entonces las puertas dobles se abrieron y un torrente de luz los inundó. Dentro del aula de canto le esperaba lo más hermoso que había visto jamás: filas y filas de niños de tiernas mejillas y boca en forma de O que cantaban como los ángeles.

«Nunca había oído a nadie que cantara tan bonito como tú», le susurró su compañero de al lado al finalizar la primera clase.

Mads-Peter Vang no se prodigaba en grandes elogios. Era un reservado jutlandés lejos de su hogar y, a diferencia de Jakob, a él lo devoraba la nostalgia.

A través de Vang, Jakob se introdujo en el grupo de los niños más ambiciosos del coro. El mayor se apellidaba y respondía por Berg.

Tenía un enorme lunar en forma de corazón en la mano izquierda, una curiosa coincidencia, teniendo en cuenta que sus padres eran cardiólogos con una clínica privada en Hellerup, además de estar entre los donantes más generosos del colegio. Cuando almorzaban en la cantina, el chaval, de doce años, sostenía los cubiertos como si fueran de plata auténtica. Tenía ocho polos Lacoste de colores vivos, y todos los días lo llevaba al centro una mujer a la que llamaba su «chófer privada», aunque lo más probable es que no fuera más que su niñera.

Tommy era más joven, tenía nueve años. Los padres de Berg y los de Tommy habían sido compañeros de clase, y Berg protegía a Tommy como si fuera su hermano pequeño, pero, a diferencia de la familia de Berg, en casa de Tommy la economía era inestable. Se decía que las empresas de su padre se iban al garete cada cinco años porque su talento no acababa de estar a la altura de sus extravagantes ideas. Por eso, a pesar de su corta vida, Tommy había pasado épocas en las que su padre compraba por impulso viajes chárter y motos de gran cilindrada, y otras en las que la familia tenía que dejarlo todo en manos del funcionario de embargos de turno e instalarse en pequeños apartamentos prestados, hasta que al padre se le ocurría otra idea revolucionaria.

Konrad, que tocaba el violín mejor de lo que cantaba, era, sin duda, la voz menos imponente del coro. Decían las malas lenguas que, de no haber sido hijo del director del coro, jamás lo habrían admitido en Laurenti, pero lo que le faltaba de talento, lo compensaba con empeño; eso sí, jamás le dieron un trato de favor.

En realidad, a nadie se lo daban. El director del coro de niños de Laurenti llevaba diez años en el cargo y se decía que se codeaba con

personalidades de la talla de la reina y del magnate naviero Mærsk Mc-Kinney Møller. Era de la vieja escuela y, cuando los niños empezaban en el coro, muy rara vez veían su lado amable. Se tomaba la falta de preparación como un insulto personal y no tenía ningún problema en ponerlos en evidencia delante de los demás.

Ese tipo de cosas podían destrozarle la vida a un niño. Pero no a Jakob. Para él fueron buenos tiempos. En el colegio Laurenti podía ser él mismo. Recuperó el apetito y el primer año creció siete centímetros. Su voz se abrió como una flor y su rango vocal se amplió.

«Nunca había oído a nadie que cantara tan bonito como tú». Eso era lo que allí se decía de él.

—¡Todo el mundo, atención, por favor!

Jakob abrió los ojos. La música se detuvo de repente.

—Hay algo que no funciona, una disonancia que me molesta. —El director se apartó el flequillo hacia atrás con un giro brusco de la cabeza, mientras Jakob se apresuraba a recorrer el aula con la mirada intentando localizar al causante del desastre que, por norma general, era alguien con la camisa sin planchar y aspecto desaliñado a quien el director llamaba la atención de inmediato.

—¡Tú! —dijo el director, señalándolo con el dedo.

—¿Cómo dice? —reaccionó Jakob, aclarándose la garganta.

—Ponte ahí atrás. —El director le señaló un punto al fondo del aula—. No estás bien colocado, tu voz no llega a los tonos agudos.

Jakob miró a su alrededor, dudando de si el comentario iba dirigido a él o a alguien de los de atrás. Tenía que ser alguno de los que desafinaban allí, en la última fila.

—¿Se refiere a estos? —preguntó, señalándolos discretamente por encima del hombro.

—¡No, estoy hablando contigo! Saltas medio tono arriba y abajo todo el rato, no controlas el *pitch…* —El director suspiró—. A ver si poniéndote con los bajos eres capaz de alcanzar las notas. —Señaló a un chico a la izquierda de Jakob—. Jeppe, ven, te quiero aquí delante… ¡Vamos a empezar otra vez!

El director alzó las manos y volvieron a empezar *Va, pensiero*. Jakob se quedó atrás, desconcertado, con la sensación de que todos lo miraban con aire de superioridad, sonriendo con malicia tras las partituras. Sabía que después hablarían de él en sus corrillos de chismorreo: de cómo el nuevo había llegado a su primer ensayo dándose aires de Pavarotti y, mira tú, resultó que cantaba como un gato mareado, ¡ja, ja, ja!

Un recuerdo lo asaltó. El dolor en la garganta, el quedarse paralizado, la certeza de que iba a morir…

Tenía que salir de allí.

Se llevó las manos al cuello y masajeó la nuez para tratar de aliviar aquella sensación de asfixia, mientras se abría paso a empujones entre las filas de hombres apiñados que no le cedían el paso, como si tratase de atravesar un muro de carne hostil. Sus bocas le parecieron enormes y deformes; sintió las gotas de saliva cayéndole sobre la piel y el canto siguió resonando en su cerebro hasta que la puerta se cerró de golpe tras él.

Atónito, se quedó mirando la puerta cerrada. Después de un día prometedor, había esperado la redención, que su voz se liberara por fin del bloqueo y sonara con claridad.

Sacó el móvil del bolsillo y abrió una carpeta con viejas fotos. Aquellas imágenes eran su salvación, lo único que le quedaba.

Va, pensiero volvió a sonar tras la puerta, y pensó en lo injusto que era encontrarse allí fuera cuando su lugar estaba en el centro del coro. Porque aquella canción era, en realidad, su canción. Él era como los esclavos del coro: la víctima de unos verdugos autoproclamados. Y, si pretendía ser libre, solo cabía hacer una cosa con los verdugos…

Ellos se lo habían arrebatado todo, así que él se lo arrebataría todo a ellos. Uno por uno.

15

TOMMY

Habían pasado más de diez años desde aquella noche y, con una tasa de alcohol en sangre de 1,3 cuando lo detuvieron, lo normal hubiera sido que Tommy solo guardara un recuerdo borroso.

Y, sin embargo, se acordaba de todo.

Se acordaba de ir por la carretera oscura con su bolsa de viaje ridículamente cara en la mano. Se acordaba de que llovía; una lluvia silenciosa y a la vez ensordecedora que golpeaba el asfalto, cuchicheaba sobre los campos mojados y susurraba entre la hojarasca otoñal de la linde del bosque. Se acordaba de su angustia al regresar a la posada y no encontrar su coche; puede que las luces del automóvil apenas tardaran dos o tres minutos en activarse, pero a él le parecieron horas. A veces aún se despertaba de una pesadilla en mitad de la noche, helado y cubierto en sudor, y volvía a sentir lo fría y empapada que estaba su americana cuando finalmente consiguió localizar el vehículo y sentarse al volante.

Se acordaba del corazón martilleándole contra el cinturón de seguridad cuando llegó a la carretera, y de cómo no veía nada en la oscuridad de la noche, a pesar de que el limpiaparabrisas barría a toda velocidad la lluvia de la luna delantera. Se acordaba del alivio que sintió al encontrar por fin la entrada a la autopista y acelerar por la rampa de acceso.

Había poco tráfico; era una noche entre semana, y el Audi fue devorando con rapidez la última treintena de kilómetros que lo separaban de Copenhague, pero la certeza de que pronto llegaría a casa no sirvió para aliviar la sensación de ahogo. Sentía como si la corbata le apretara demasiado, así que dio un tirón y forcejeó con el cuello de la camisa, solo para darse cuenta de que ya no estaba.

Pasaron un par de segundos, seguro que por los efectos del alcohol, antes de que la realidad lo golpeara de lleno: la corbata, una Ferragamo de seda pura color marrón dorado que su mujer le había regalado en su investidura como ministro, había desaparecido.

Se había palpado con desesperación todos los bolsillos y rebuscado en el suelo del coche y en la bolsa, mientras el vehículo zigzagueaba sin control por la autopista. En el carril derecho, un coche le había pitado con insistencia, pero él apenas se enteró. ¡Tenía que encontrar esa corbata!

Pensó en dar media vuelta. Era posible que se la hubiera quitado en el baño, o quizá en el bar. En cualquiera de los casos, ¿no se la habría metido en el bolsillo? También podía ser que se le hubiera aflojado y se la hubieran arrancado de un tirón, pero entonces podía estar en cualquier parte: en la posada, en la carretera, en el coche de ella…

Fue en ese preciso instante cuando se dio cuenta de que detrás de él había un coche patrulla. En la luna trasera, las gotas de lluvia multiplicaban los destellos azules, de modo que lo que vio por el retrovisor no fue un solo coche de policía, sino toda una legión de luces parpadeantes: eran cien contra uno. Sabía que, si se detenía, la vida que conocía sería cosa del pasado, así que optó por pisar el acelerador…

Tommy sintió vibrar el móvil dentro de la chaqueta. Se incorporó de golpe en el asiento del tren y miró a su alrededor, confundido. Era de noche, y el vagón olía a lana húmeda. La anciana que tenía enfrente lo miraba con demasiada curiosidad; quizá lo reconociera de la televisión.

Sacó el móvil del bolsillo y vio que era un número oculto, seguramente de algún periodista. Ya había concedido media docena de entrevistas desgarradoras sobre «la vuelta a la política» y «lo que había aprendido de haber tocado fondo en su vida», y con eso era más que suficiente. De todos modos, no tenía intención de conceder una séptima entrevista de ese tipo a bordo del tren.

Había recuperado el carné de conducir cinco años atrás y, de hecho, en el garaje de casa tenían dos vehículos eléctricos, pero Catrine le tenía prohibido ir en coche al Parlamento.

«Los votantes no están preparados para verte al volante», había argumentado, seguramente con razón.

Alcanzó la bolsa y se apeó en la estación de Ordrup. Mientras trataba de localizar su bicicleta, el móvil volvió a vibrar. Otra vez un número oculto; ¡esos malditos periodistas nunca se daban por vencidos!

Suspiró hondo y respondió al teléfono a través de los auriculares con un brusco «Eckert, dígame». Tenía que mantener un tono seco y distante; de lo contrario sería imposible quitárselos de encima.

No hubo respuesta, pero claramente había alguien al otro lado. Oyó una respiración, y un escalofrío desagradable le subió desde el diafragma. Durante meses, después de que lo hubieran pillado conduciendo borracho, Catrine y él habían recibido un aluvión de llamadas anónimas, siempre desde números ocultos. A veces eran

críos que, entre risas, colgaban al momento, pero con frecuencia no se oía más que el ruido sordo de alguien respirando al otro lado de la línea.

—¿Hola? —Malhumorado, sacó su bici del aparcabicicletas—. Eckert, dígame.

—¿Eckert, el rey del *comeback*? —La voz sonaba rara, distorsionada de algún modo.

—¿Quién es?

—Mmm… ¿Quién te parece que soy? ¿Tu conciencia, quizá?

Tommy le dedicó una amable sonrisa al hombre que pasaba junto a él en el aparcabicicletas. En los últimos días había recibido muchos mensajes del mismo tono. La mayoría llegaban a través de las redes sociales, inundadas de debates sobre hasta qué punto un conductor ebrio era digno de regresar a la política, pero esto era distinto. Algo en aquel tono de voz, una satisfacción mal reprimida, le decía que debía alejarse de la estación para que nadie pudiera oírlo.

—¿Mi conciencia? —preguntó.

Se hizo el silencio.

—Lo de asumir responsabilidades nunca ha sido lo tuyo, ¿verdad, Tommy?

A Tommy se le hizo un nudo en la garganta. Le irritaba sobremanera que las palabras de un desconocido estuvieran a punto de hacerle llorar, porque no eran ciertas. ¡Diablos, sí que había asumido la responsabilidad! Se había marchado del Parlamento y dimitido de su puesto de ministro. Había pasado por rehabilitación. Lo había perdido prácticamente todo y…

—Y ya estamos de vuelta en el Parlamento, ¿verdad? Como si aquí no hubiera pasado nada. Nada de nada de nada.

Había un extraño tono cantarín en la forma de hablar de ese hombre. Pensándolo bien, sonaba a desequilibrado mental, y en ese caso lo mejor sería no discutir con él: de nada servía razonar con chalados o *trolls* de Internet, así que se quitó uno de los auriculares para colgar.

—¿Qué crees que pensaría Mira si te estuviera viendo? —Oyó entonces.

Fue como si le echaran un jarro de agua fría que le cortó la respiración.

—¿La ves en sueños, Tommy? ¿Ves cómo te miraba fijamente? Miraba y miraba y miraba, ¿verdad? —El hombre repetía las palabras y alargaba las sílabas—. Ese tipo de mirada sin vida puede perseguirte durante años. Aunque no estaba muerta cuando la dejaste, ¿verdad, Tommy? No había muerto, pero a ti no te importó lo más mínimo, ¿eh, Tommy? La dejaste morir completamente sola.

Tommy miró el móvil, que le temblaba entre las manos, sin poder articular palabra. ¿Cómo podía aquel extraño saber…?

—Sé lo que sucedió —concluyó el hombre, en un tono que se había vuelto frío y profesional—. Y quiero cinco millones de coronas o compartiré con el resto del mundo el pequeño secreto de Tommy Eckert.

Hizo una pausa calculada y Tommy echó un vistazo a su alrededor por la calle de la estación. Era como si su interlocutor lo estuviera viendo, como si supiera que Tommy estaba paralizado por el pánico, y lo disfrutara.

—Creo que a la prensa le encantará saber lo que pasó en realidad esa noche. ¿No te parece, pequeñín?

¿«Pequeñín»? Qué retórica más rara…

—Cinco millones de coronas, Tommy. Te doy hasta la semana que viene.

—¡No sé de qué me hablas, y además no tengo tanto dinero! ¡Es una locura! —acabó gritando.

—La semana que viene, Tommy. Volveré.

—Espera…, espera un momento. ¡Me estás amenazando! ¿Tienes idea de lo muy en serio que se toma la policía las amenazas contra un cargo público? —Tommy se enderezó. Debía de tratarse de una broma de mal gusto. Al mismo tiempo, empezaban a abrirse en su mente puertas que llevaban mucho tiempo cerradas.

—Consigue la pasta, Eckert.

—¡No puedes probar nada! —se le escapó a Tommy, y de inmediato se arrepintió al darse cuenta de que con esas palabras estaba admitiendo los hechos.

Un breve resoplido al otro lado de la línea bastó para constatar que el hombre lo encontraba patético. Acto seguido, la conexión se cortó.

Se quedó mirando el móvil durante medio minuto, dudando de si la conversación había tenido lugar o no. Entonces recibió dos mensajes de WhatsApp casi consecutivos, que contenían dos imágenes adjuntas de una mujer llamada «Mira». Al ver el nombre, estuvo a punto de desmayarse.

Con dedos temblorosos, abrió los archivos.

Una de las fotos mostraba a una pareja avanzando deprisa por un aparcamiento cubierto de grava. Era de noche y llovía. El hombre, en actitud galante, se había quitado la americana y la había extendido sobre él y sobre la mujer, que vestía una falda a la altura de la rodilla, un jersey blanco de punto y unos zapatos de tacón de aguja.

Aunque no se veía el rostro de ninguno de los dos, Tommy supo que era él: del bolsillo de la americana colgaba la corbata que había perdido esa noche.

En la segunda, se veía la corbata sobre lo que parecía un viejo cojín de jardín. Su preciosa Ferragamo de seda, marrón dorado y brillante cuando la estrenó, estaba ahora salpicada de huellas marrón oscuro: las huellas de Tommy. Y la sangre de Mira.

16

ROSE

Miércoles, 11 de octubre de 2023

Rose se detuvo al pie de las escaleras y respiró hondo tres veces. Le chocaba lo poco en forma que estaba últimamente: de tan solo subir corriendo hasta recepción y regresar al sótano, se había quedado sin aliento.

Quizá solo fueran los gajes de ser una cuarentona. A esa edad no era extraño tener palpitaciones, insomnio, menstruaciones irregulares y algunos kilos de más, y ella se identificaba con casi todos los síntomas de la lista. Tenía solo cuarenta y tres años, pero su madre había entrado en la menopausia a los cuarenta y cinco, y contra la predisposición genética no había mucho que hacer. Aun así, la imprevisibilidad de tantos achaques y la endeblez que conllevaban la sacaban de quicio. No tenía tiempo para esas cosas; Konrad Horsten acababa de entregar el móvil de su padre en la recepción de la Jefatura de Policía, y Rose tenía intención de examinarlo de forma personal antes de que se lo enviaran a los especialistas de Ejby.

De camino al despacho, pasó por el viejo almacén de pruebas. La mayoría de las evidencias de los casos cerrados se guardaban en el depósito central de Lynge, pero algunas seguían en el pasillo serpenteante del sótano de la Jefatura, y Anton, que gestionaba

aquel almacén con mano de hierro, había dado aviso de que la carpeta con las fotos del caso Horsten estaba lista para recoger.

—No hace falta que grites así —respondió finalmente Anton desde el final del pasillo, después de que Rose lo llamara cuatro o cinco veces—. Estaba liado con esa dichosa digitalización; ahora, tarde o temprano, todo tiene que meterse en el ordenador. ¡Si fuera más viejo, ya habría colgado las botas! —refunfuñó. Con su cabello blanco y su inconfundible palidez de sótano, Anton había tenido aspecto de jubilado desde que Rose lo conocía, aunque en realidad nadie en Jefatura sabía a ciencia cierta su edad.

—Bueno, ya no te faltará mucho —recalcó Rose, notando que su ya de por sí limitada capacidad para la charla trivial se había esfumado por completo: la menopausia, el regalo que nunca dejaba de sorprender.

—Rose, tesoro, el caso es que este almacén no funciona sin mí. —Anton le tendió una bolsa marrón de papel, más pesada de lo que esperaba—. La necesito de vuelta en menos de un mes. Si no, tendrás que presentar una nueva solicitud.

De regreso en el Departamento Q, oyó a Assad y a Helena discutir en el despacho de esta última. Parecían no ponerse de acuerdo sobre el interrogatorio del día anterior. Helena estaba convencida de que Konrad Horsten ocultaba algo. ¿Por qué, si no, se había indignado tanto cuando quisieron interrogar a su madre? Assad, en cambio, pensaba que ella no era objetiva porque Konrad la había humillado. Según él, el hijo de Jette Horsten no estaba muy dispuesto a colaborar, pero nada en sus respuestas ni en su lenguaje corporal indicaba que mintiera.

—¡Tiene una coartada sólida! —oyó que decía Assad—. He hablado con tres músicos que cenaban con él en Jutlandia cuando recibió la llamada.

Rose cerró la puerta de su despacho y encendió el televisor para acallar la discusión. Desde el muelle de Hirtshals, un reportero azotado por el viento informaba de que, el día anterior, un arrastrero se había hundido con toda su tripulación tras una explosión a bordo. La cámara recorrió el muelle hasta detenerse en dos parejas de ancianos que lloraban, con toda probabilidad padres de dos de los fallecidos. En principio, se apuntaba a un fallo mecánico como causa de la explosión, aunque a Rose no le habría sorprendido que se tratara del clásico caso de fraude al seguro o de un intento de encubrir una operación de tráfico de drogas. Fuera como fuese, era un caso de gran envergadura y había acabado en manos de Gordon Taylor poco después de asumir el cargo de comisario.

Vació sobre el escritorio la bolsa que había recogido en recepción. Dentro había un cargador y un iPhone antiguo. Le dio la vuelta al móvil y examinó la cámara. Era un iPhone 7: fácil de desbloquear con Touch ID, con buena calidad de imagen y batería de poca duración. Lo puso a cargar mientras revisaba las fotografías procedentes del almacén de pruebas.

A primera vista, nada llamaba la atención. La barbacoa de carbón del sótano era de la marca Weber y pertenecía al matrimonio. El carbón había salido de una bolsa que guardaban en el cobertizo de herramientas, donde también almacenaban las cerillas, según la declaración inicial de Konrad.

La habitación donde encontraron a Jette seguía tal cual la habían dejado: era un dormitorio de adolescente abandonado desde los

años noventa, con pósteres de ídolos como Michael Laudrup y Sinéad O'Connor en las paredes, y una bata polvorienta colgada detrás de la puerta.

Rose encendió la luz del escritorio y alcanzó la lupa para examinar las fotos de las cuerdas con las que habían atado los tobillos de la mujer al cabecero de la cama. Ya no estaban en posesión de la policía, pero parecían cordeles de nailon blancos, normales y corrientes, de los que se usan para tender la ropa, y procedían de la casa del matrimonio.

Las fotos de Furesø, donde se había hallado a Ole Horsten, eran más inquietantes. La primera mostraba el cadáver del anciano colgando y oscilando del gancho de la grúa. No era fácil de distinguir a primera vista, porque el gancho no estaba en la punta del brazo de la grúa, sino pegado a su estructura.

En la siguiente imagen se veía el cadáver dentro de una bolsa funeraria abierta. Rose aproximó la lupa. No había rastros de sangre ni signos de descomposición, y el hombre tenía la piel lisa y pálida, pero la expresión del rostro no era en absoluto apacible. Los peritos lo habían fotografiado desde distintos ángulos y, en las últimas fotos, se habían acercado todo lo posible al torso y al rostro del hombre, dejando ver los ojos completamente abiertos y cubiertos por una membrana grisácea.

Volvió a mirar la foto de la grúa. En el momento de su muerte, Ole Horsten tenía setenta y seis años. ¿De verdad habría podido subir sin ayuda hasta lo alto de la grúa, atarse con una cuerda al gancho y dejar que el peso de su cuerpo hiciera el resto? No era imposible, pero estaba claro que requería fuerza en los brazos y cierta flexibilidad. La propia Rose no se veía capaz de hacerlo en su actual

condición física. De todos modos, nada indicaba que Ole Horsten tuviera problemas de movilidad.

La documentación confirmaba que la primera inspección del cadáver se había efectuado en el Hospital de Hillerød. En el informe correspondiente, el médico forense indicaba que la causa inmediata de la muerte había sido «asfixia por ahorcamiento» y la forma de muerte, «suicidio». Como la policía no había solicitado la autopsia, se entregó el cadáver a la familia.

Esa precipitada conclusión sorprendió a Rose. Según el forense, el cuerpo mostraba *rigor mortis* avanzado cuando lo encontraron, un estado que solo dura un par de días. Por lo tanto, cuando hallaron el cadáver, el 14 de noviembre de 2019, Horsten llevaba muerto como máximo dos días, así que no había ido directamente desde su casa de Copenhague hasta la grúa de Furesø o, al menos, no murió de inmediato. Si de verdad se quitó la vida, tal como concluyó la policía, ¿por qué esperó dos días? ¿Y dónde estuvo hasta entonces?

Se centró en la imagen del primer plano del torso y la cabeza de Ole Horsten. Con ayuda de la lupa, distinguió alrededor del cuello, de oreja a oreja, el clásico surco que deja la soga, una marca que no tarda en aparecer y que permanece como evidencia en el cuerpo del difunto. Pero había algo más. Rose se frotó los ojos y limpió la lupa. Lo volvió a intentar, frunciendo el ceño. Estaba casi segura de que en el centro y a los lados del cuello del cadáver había pequeñas marcas rojizas. Nunca había visto algo así en un caso de ahorcamiento, por lo que decidió llamar a una de las forenses en las que más confiaba.

La curtida forense Anne Hanson permaneció en silencio al otro lado del teléfono mientras Rose le pedía que evaluara las fotos de un

caso ya cerrado, pero accedió a examinarlas de inmediato y, apenas diez minutos después, le devolvió la llamada.

—Aquí hay algo raro —dijo Hanson—. Da la impresión de que a algún compañero le entraron las prisas y se olvidó de comprobar si había hemorragias puntiformes en los ojos. No quiero dejarlo en evidencia; se jubiló hace tres años. Y, por lo que tengo entendido, no había nada más en el caso que indicara circunstancias sospechosas —la forense vaciló un instante—, pero, si hubiera llegado a mis manos, habría insistido en practicar la autopsia.

—¿Por…?

—Porque no creo que se haya ahorcado. Los hematomas del cuello me hacen pensar que la causa de la muerte fue asfixia por estrangulamiento.

—O sea que tú crees que… —Rose se quedó callada. Había gritado sin darse cuenta.

—Sí. Este hombre ya estaba muerto cuando lo subieron a la grúa.

Apenas había colgado cuando llamaron con fuerza a la puerta. Assad asomó la cabeza sin esperar respuesta.

—¿Qué pasa aquí dentro, que haces más ruido que un minarete en viernes?

—Encontré algo en las fotos del cadáver. Algo extraño, así que llamé a Hanson…

—Hans… ¿ese quién es? —Helena se asomó por la puerta, por detrás de Assad.

—Esa, no ese. Una forense —aclaró Assad.

—Sí, y a todas luces más minuciosa que el médico forense que intervino entonces —precisó Rose—. La llamé al notar estas petequias bajo el surco de ahorcamiento —dijo, señalando las

pequeñas marcas rojas en el cuello del difunto—. Según ella, se deben a que lo asfixiaron antes de colgarlo de la grúa.

Los otros dos se la quedaron mirando.

—O sea, que lo mataron —sentenció Rose—. Y no solo eso: murió un par de días después del intento de asesinato de su esposa. En 2019, la policía lo interpretó como que Ole Horsten había pasado esos días con remordimientos de conciencia, o que necesitaba armarse de valor para acabar con su vida. Pero ahora todo indica que, antes o después, se cruzó con su asesino.

—¿Podría ser el mismo hombre que oímos en la llamada de emergencia? —Assad se rascó la nuca.

—Es una hipótesis razonable —asintió Rose.

Helena miró la fotografía.

—¿Seguimos partiendo de la base de que los Horsten dejaron entrar a un desconocido? No se puede descartar que el hijo esté detrás de todo esto. Podría haber pedido a un *copain* que agrediera a sus padres en casa, dejara morir a la madre y luego metiera al padre en el coche a la fuerza. Ahora sabemos que Konrad estaba de vuelta en Selandia cuando asfixiaron a *monsieur* Horsten.

Rose se mordió la mejilla por dentro. No se había acostumbrado aún a la presencia de la francesa, y mucho menos a sus irritantes observaciones mordaces ni a esa extraña manera de no pronunciar la hache. En el sótano, las cosas funcionaban mejor si cada uno se ceñía a su papel, y Helena había empezado a pisotear el territorio de Rose.

—No lo podemos descartar —concedió Rose—. Pero, por lo que tú has dicho, Assad, Konrad adora a su madre. ¿Habría sido capaz de atar así a la pobre mujer enferma?

—No con tanta fuerza, desde luego —empezó Assad.

—De todas formas, tendremos que traerlo para interrogarlo de nuevo —dijo Helena, como si ya se alegrara de volver a verlo.

—¿Y qué me decís del coche de Ole, el que encontraron junto al lago? Nunca se llegó a examinar en busca de pruebas: adn, cabellos, huellas dactilares… ese tipo de cosas —comentó Assad.

—Bien pensado —admitió Rose, consultando el historial del coche en el Registro de Vehículos. El matrimonio había comprado el Volvo nuevo de fábrica en 2012.

—Por lo que veo, el coche se vendió a un concesionario de Jutlandia apenas medio año después de la muerte de Horsten —añadió Rose—. Tras una búsqueda rápida en Google, he visto que lo lleva un tipo que se anuncia con el eslogan de «¡Tachán! Transformamos viejas latas en bugas perfumados».

Assad soltó una carcajada, pero se contuvo enseguida al ver la cara de reproche de sus compañeras.

—Los jutlandeses tienen el mismo sentido del humor que los árabes —dijo, con las palmas levantadas a modo de justificación.

—Limpieza a vapor, desinfección y espray ambientador… ¡Dios mío de mi vida! —murmuró Rose, que veía un vídeo en la web del concesionario en el que el regordete vendedor de coches mostraba cómo los acondicionaban para la venta—. ¡Ese coche ya no nos sirve para nada!

—¡Qué *churrada*! —masculló Helena.

Assad iba a abrir la boca para corregirla, pero Rose se le anticipó.

—He conseguido el móvil del difunto —anunció, levantando el teléfono de la mesa. Seguía completamente descargado, así que tiró un poco del cable. El aparato emitió un breve pitido y se encendió

un par de segundos antes de volver a apagarse—. Maldita sea, el cargador está muerto. ¿No tendréis uno igual?

Assad y Helena negaron con la cabeza.

—Bueno, tendré que salir a comprar otro. Por cierto, Assad, creo que ya es hora de informar a Terje de que estamos trabajando en un caso oficialmente cerrado. Sin entrar en detalles ni mencionar la fuente, por supuesto. Ni la intervención de Carl, ya que estamos.

—Pero eso tenemos que… —empezó Helena, pero el zumbido de la radio policial que Rose tenía sobre el escritorio la interrumpió.

«P11, P11. Llegamos al lugar del posible incidente en la plaza de Sankt Kjeld, en el barrio de Ydre Østerbro. Hay una persona fallecida en TaTo, la panadería grande de la rotonda; una mujer con disparo en la cabeza. Hotel11, cambio».

—¿P11? —preguntó Helena.

—¡Shhh! —la mandó callar Rose, molesta.

—Distrito policial 11, Copenhague —susurró Assad.

«Hotel11, recibido. Salid e iniciad el parte. Llamamos a Lima de inmediato. P11, cambio», se oyó por la radio.

—Hotel11 es la unidad canina. Lima es el jefe del operativo —aclaró Assad en voz baja.

—Ya, ya, no hace falta que me lo expliques todo con *peros* y señales —le susurró Helena, igual de bajo.

—¿Querrás decir con «pelos»? —replicó Assad, desconcertado.

Una sola mirada de Rose bastó para zanjar la conversación.

—¿A qué esperáis? —dijo, alternando la mirada entre uno y otro —. ¡A ver si podéis hablar con Terje ahora que se desplaza al lugar del crimen! Cuanto más ocupado esté con ese homicidio, más tranquilos podremos trabajar nosotros. ¡Vamos, al lío!

17

LINETTE

La jornada laboral acababa de terminar, y a Linette las humillaciones del día le habían dejado un nudo en la garganta. Tuvo que tragar saliva repetidas veces mientras, al volante, tomaba el ya conocido atajo por el barrio de Østerbro, aunque la sensación de tener algo atascado detrás de la campanilla no desapareció. Era algo parecido a las ganas de llorar, pero mucho peor.

Por fortuna, estaba ya cerca de TaTo, su panadería favorita. Tenía que comer algo; el azúcar le había bajado en picado una hora después del último tentempié en el trabajo y se encontraba fatal. El corazón le latía a mil por hora, en la nuca le brotaban gotas de sudor y le temblaban tanto las manos que casi no se reconocía a sí misma. Era como si el cuerpo y la mente estuvieran desconectados.

Quizá fuera por todas las dietas y planes de adelgazamiento que había probado a lo largo de los años: la dieta de la sopa, la depurativa, el ayuno intermitente, la antiinflamatoria, la keto, la baja en carbohidratos, la alta en grasas… Lo había probado todo, pero el único efecto a largo plazo había sido un cuerpo estresado y confundido, que en ese momento le pedía azúcar a gritos.

Esperaba que no fuese otra cosa. A veces se agobiaba pensando si sería algo grave, como un cáncer o una hernia de hiato. O quizá

una úlcera, o esclerosis. ¿Y si se estaba muriendo en ese mismo instante?

Se sentía sola, atrapada en sus pensamientos. Su marido, Per, ya no quería saber nada del asunto, y en el trabajo tampoco podían seguir dándole permisos para llevarla a especialistas de Copenhague y media Selandia que siempre llegaban a la conclusión de que lo único que tenía era el índice de masa corporal por las nubes. Y, como le había dicho él hacía poco, «la única solución es cerrar la boca y mover el trasero».

Linette parpadeó para apartar algo que le escocía en los ojos. ¿Por qué le decía esas cosas? Después de veintitrés años casados, ¿no era de esperar que remaran en la misma dirección?

En los últimos años había empezado a pensar que a lo mejor él quería otra cosa en la vida. Nunca habían tenido hijos, y ella se había resignado, pero, a sus cincuenta y tres años, Per, que era delgado y de aspecto juvenil, aún estaba a tiempo de encontrar a una chica joven y atractiva con quien formar la familia que siempre había deseado.

Puede que, en el fondo, Per quisiera librarse de ella. Tal vez, pensó en ese momento, lo mejor para los dos sería que ella muriera de alguna de esas enfermedades no diagnosticadas que la consumían por dentro. Así, de algún modo, ella tendría razón y él podría respirar tranquilo y empezar una nueva vida más bonita, sin tener que contemplar sus caderas descomunales balancearse por el salón ni los cráteres lunares de celulitis de su trasero y sus muslos. Quizá…

«¡Basta, Linette!», se gritó a sí misma mientras entraba en su plaza de aparcamiento favorita cerca de la panadería.

Era el maldito bajón de azúcar; sus pensamientos se volvían oscuros y la sobrepasaban, fluyendo como la lava y arrasándolo todo a su paso.

Se sobresaltó cuando alguien golpeó con fuerza la ventanilla del coche. Un policía uniformado le hizo señas para que la bajara.

—Tiene que marcharse. Estamos acordonando la zona. Nos han avisado de un incidente en esa panadería de ahí y esto va para largo. —El agente hizo una señal por encima del hombro. Efectivamente, en la acera frente a TaTo había más coches patrulla.

—¿Un incidente? ¿De qué? —Linette esperaba que no hubieran robado a la amable dependienta de TaTo.

—Me temo que no le puedo dar esa información —respondió el agente—, pero todas las personas ajenas al caso deben marcharse, así que tendrá que irse ahora mismo.

Golpeó un par de veces el techo del vehículo, y a ella no le quedó más remedio que girar la llave de contacto y salir de allí.

Linette apenas podía pensar con claridad. ¿Dónde más podría encontrar algo que calmara ese maldito dolor de cabeza?

Presa del pánico, recorrió con la mirada los edificios que veía por la ventanilla y respiró con alivio cuando, a escasa distancia, avistó una gasolinera. Se desvió hacia allí, salió del coche y atravesó las puertas correderas de la tienda esbozando aquella sonrisa forzada con la que aparentaba normalidad mientras buscaba algo que la reconfortara.

Se inclinó a inspeccionar la selección de revistas de la gasolinera antes de decantarse por una de crucigramas. Siempre las usaba a modo de tapadera en este tipo de tiendas, como una especie de contrapeso a todo lo demás que iba a comprar. Una revista de

crucigramas daba a entender que no era idiota y que, a pesar de sus kilos de más, sabía usar el cerebro. «¡Anda, sabe resolver crucigramas, y además de los difíciles! No es de esas que se sientan frente a la tele a zamparse todo lo que pillan; tiene inquietudes intelectuales, parece una persona culta con carrera universitaria». Linette se imaginaba que eso era lo que pensaban los dependientes al ver sobre el mostrador una revista con el título *Pasatiempos para mentes expertas* o *Crucigramas imposibles*.

Entonces, como quien no quiere la cosa, añadía un comentario del tipo «ah, y ya de paso, ponme también dos trozos de ese pastel» u «ostras, ¿tres rollos de canela por treinta y cinco coronas? ¡Pues me llevo tres!».

Se acercó al mostrador y, antes de dejar sobre él la revista de crucigramas, echó un vistazo fugaz al surtido de bollería, galletas y salchichas de la vitrina.

—¿Algo más? —preguntó la joven dependienta, que llevaba unas pestañas postizas tan largas que apenas le dejaban abrir los ojos.

—Mmm… —dijo Linette, haciendo una pausa calculada, como si ni siquiera se le hubiera pasado por la cabeza comprar otra cosa que no fuera la revista—. Bueno, sí, ponme dos trozos de ese pastel.

Sonrió a la chica, que asintió, inexpresiva, antes de tomar con las pinzas un denso y grasiento trozo de pastel con glaseado rosa y guardarlo en una bolsa de papel.

—¿Algo más? —volvió a preguntar la dependienta.

Linette notó cómo el pánico se le extendía por el pecho.

—Bueno… en realidad había pedido *dos* —dijo con un hilo de voz.

—¿Dos qué? —La dependienta abanicó pesadamente las pestañas.

—Dos trozos de pastel.

Linette sintió que ardía por dentro mientras la joven la evaluaba de forma minuciosa con la mirada; no una evaluación física de su peso o de su altura, sino una evaluación moral. ¿Merecía un trozo de pastel aquel cuerpo con sobrepeso? ¿Dos trozos de pastel? ¿Acaso no tenía fuerza de voluntad para resistirse a sus antojos?

Así que Linette se sintió con la obligación de demostrar que sí tenía fuerza de voluntad y que debajo de aquellas capas de grasa se escondía una buena persona.

—He dejado a mi marido y a mi hijo en casa montando la nueva cocina; me parece que bien se han ganado un capricho y, si llego con un solo trozo de pastel, uno de los dos se va a llevar una decepción. —Esto último lo dijo con una risa forzada, intentando ignorar la cola de clientes impacientes que se amontonaba a su derecha.

La dependienta se encogió de hombros y metió en la bolsa el segundo trozo de pastel.

Cuando Linette llegó al coche, el nudo de la garganta estaba a punto de asfixiarla, y ya antes de cerrar la puerta supo que tenía que comerse los pasteles allí mismo. Los dos. Sin perder más tiempo.

Partió un trozo de pastel en dos y se llevó una mitad a la boca. Al instante la invadió una exquisita explosión de glaseado dulce, mermelada de frambuesa ácida y masa de cacao. No le sorprendió que el nudo en la garganta fuera desapareciendo con cada bocado. Ese azúcar era como una inyección de antidepresivos: la sangre empezó a fluir con fuerza, se le despejó la mente y, por un segundo, incluso sintió felicidad. Pero entonces bajó la visera parasol del coche y se vio reflejada en el pequeño espejo. Llevaba restos del

glaseado pegados a la comisura de los labios como un escupitajo rosa. En el labio superior, trocitos de fideos de colores daban forma a un patético bigote de payaso y tenía el pecho cubierto de migajas. Desde aquel extraño ángulo, el doble mentón resaltaba aún más que de costumbre. Casi se le cortó la respiración. ¡Normal que quizá Per ya no sintiera nada por ella!

Cerró la visera parasol con tanta violencia que se sorprendió a sí misma. Golpeó el volante y el portateléfonos. Golpeó también la palanca de cambio y el retrovisor. Golpeó por último la bolsa de la gasolinera, que yacía en el asiento del copiloto cubierta cada vez de más manchas de grasa y que emitió un seco crujido al caer sobre el suelo del vehículo. Se arrepintió al instante. La necesidad de un chute de azúcar era más fuerte que la humillación, así que se inclinó para rescatar lo que quedaba de pastel en un movimiento forzado y acabó con la cara casi pegada a la revista de crucigramas que había dejado tirada sobre el asiento del copiloto.

Un anuncio en la contraportada la hizo detenerse en seco: «¡perder peso es solitario!», decía en mayúsculas. Bajo el titular, un hombre atractivo con un polo azul claro posaba frente a un edificio que parecía un palacio. El texto continuaba en una fuente más pequeña: «Pero no estás sola: En la Clínica Privada Charis te ayudamos a conseguir el cuerpo y la vida que mereces. ¡Llama ahora y concierta una cita para mañana mismo!».

Linette se recompuso y se limpió la cara. Cuando salió de la gasolinera, ya la había atendido por teléfono una mujer muy agradable. Sintió ganas de llorar: era la primera persona que la trataba bien en todo el día.

18

ASSAD

—No pudimos hacer nada. —El médico de urgencias, que vestía una chaqueta de color amarillo neón, se quitó los guantes y sacudió un poco la cabeza. Era un tipo joven, de mejillas lozanas, que seguramente había sido padre hacía poco, pensó Assad, una de esas personas a quienes aún les afecta la irracionalidad de la muerte.

—Era una mujer de mi edad —le constató el médico a Terje Ploug —. Le dispararon dos tiros en la cabeza; falleció en el acto. Os la hemos dejado ahí.

Assad miró hacia la panadería TaTo, en la rotonda de la plaza de Sankt Kjeld. Estaba situada en un somnoliento barrio residencial, donde solo había bloques de pisos, una ferretería y un par de supermercados, pero aun así el negocio parecía tener grandes ambiciones: su zona de cafetería contaba con capacidad para cuarenta o cincuenta personas. El establecimiento era una de las panaderías de moda de Copenhague, de esas que cobran cincuenta coronas por un café solo y sesenta por un bollo con queso. Aunque lo más seguro era que a pocos les apeteciera un bollo de cardamomo o un cruasán relleno de ganache ahora que habían matado a tiros a una mujer a plena luz del día en su interior.

Helena y Assad habían abordado a un estresado Terje en el aparcamiento de detrás de la Unidad de Investigación, en Teglholm

Allé. La denuncia por el asesinato de la mujer en Østerbro había llegado unos veinte minutos antes, y lo habitual era que el jefe de Homicidios fuera de los primeros en acudir a la escena del crimen.

—Subid —les dijo—, hablamos por el camino.

Tal como había anticipado Rose, la conversación sobre el caso Horsten había quedado en nada. De hecho, Assad ni siquiera estaba seguro de que Terje hubiese entendido por qué debía reabrirse un caso de suicidio ampliado cerrado hacía tiempo, aunque al preguntarle directamente si contaban con el beneplácito de la dirección para hurgar en el expediente lo habían visto asentir por el retrovisor. Eso sí, sin prestarles atención: además de tener que abrirse paso entre el tráfico de la ciudad a hora punta, lo bombardeaban sin parar con mensajes por radio y por teléfono.

La situación en el barrio de Ydre Østerbro parecía bastante caótica. Les estaba costando mantener a los testigos bajo control. Según la patrulla que llegó primero, en el momento de los disparos había varios clientes en la zona de cafetería, pero, como era de esperar, muchos habían salido corriendo y ahora resultaba casi imposible localizarlos para tomarles declaración.

—¿Es tu primera escena del crimen? —le preguntó Terje a Helena, a la vez que les hacía un gesto a Assad y a ella para que pasaran por debajo de la cinta de acordonamiento de rayas rojas y blancas.

—Aquí, sí. —Helena avanzó con paso firme hasta situarse al lado de Terje.

—La primera vez puede ser muy impactante —dijo Assad.

Helena volvió la cabeza y lo miró en silencio durante un par de segundos. El jefe de la investigación los estaba esperando a la entrada del local.

—Ploug. —Saludó con una cabezada—. Veo que has traído refuerzos.

—Solo temporales. A Assad ya lo conoces. Helena se formó en Francia y es nueva en el Departamento Q. Quería familiarizarla con nuestro protocolo de actuación en escenas del crimen, ya que se ha presentado la oportunidad. ¿Te parece bien?

—Claro que sí. —El jefe de la investigación consultó su libreta—. La situación es más o menos la siguiente: a las 15.55, un cliente dio la alarma. En ese momento, la víctima estaba sola detrás del mostrador, y el denunciante la vio mirar el móvil para, justo después, dejar la caja registradora y dirigirse a la trastienda. Segundos más tarde, el mismo cliente oyó dos disparos casi seguidos.

Terje echó un vistazo a la zona de cafetería. En su huida, los clientes habían dejado atrás chaquetas, ordenadores abiertos y cafés a medio beber.

—Es grande el local, ¿eh? Supongo que la víctima no atendía sola el negocio, ¿no?

—Así es; había una muchacha de dieciséis años recogiendo las mesas, pero no vio nada. En el obrador había dos empleados: un aprendiz y un panadero, que ya han prestado declaración. El aprendiz había salido a sacar la basura por la puerta trasera y la había dejado entreabierta. El panadero estaba junto a la enorme amasadora, preparando el pan de centeno, cuando entraron dos enmascarados por la puerta abierta.

—¿Le dijeron algo? —preguntó Terje.

—No —respondió—. Dice que apenas tuvo tiempo de reaccionar al verlos porque en ese momento entró la víctima, Marje Bakker, por la

puerta que daba a la tienda, y uno de los hombres la encañonó con la pistola.

—¿Y no apuntó a nadie más?

—No. Solo a la víctima.

«Una ejecución en toda regla», pensó Assad. Sonaba a ajuste de cuentas personal; un castigo o alguna forma de venganza.

—¿Y no se llevaron nada? ¿Las joyas de la mujer? ¿Dinero de la caja? —preguntó Terje.

—Los agresores no llegaron a poner un pie en la cafetería. El panadero dice que entraron, dispararon dos veces y se fueron por donde habían venido. Pasaron a toda prisa junto al aprendiz, que se había escondido tras el contenedor de basura, pero todavía no sabemos en qué dirección huyeron, porque el patio trasero tiene varias salidas. He puesto a dos perros a rastrear la zona, empezando por la puerta trasera. Puede que los hombres sigan escondidos por ahí —añadió el jefe de la investigación.

—¿Y de la víctima qué se sabe? —preguntó Terje.

—Marje Bakker. Treinta y nueve años. Dueña del negocio. Vivía sola a la vuelta de la esquina, en un ático recién renovado. No tenía hijos, solo dos gatos. Al parecer, era muy apreciada por sus amigos, clientes y empleados y, según estos últimos, la panadería se estaba recuperando económicamente tras las dificultades de la pandemia. Dicen sus compañeros que Bakker jamás había hablado de exnovios resentidos ni nada por el estilo, aunque eso habrá que investigarlo más a fondo, claro.

—¿Por qué se llama TaTo? —interrumpió Assad.

El jefe de la investigación lo miró perplejo y se dispuso a consultar su libreta.

—Pues no tengo ni idea —confesó—. ¿Es importante?

—*Taarten van Toen* —aclaró Helena—. Es holandés. «Las tartas de antaño». Marje Bakker era holandesa de nacimiento. —Se encogió de hombros ante la mirada inquisitiva de Terje—. Estuve haciendo unas búsquedas en Google desde el asiento de atrás mientras veníamos hacia aquí.

—Así que holandesa… Quizá debiéramos tomar nota. —Terje se giró de nuevo hacia el jefe de la investigación—. ¿Y qué más hay de las primeras diligencias? ¿Cámaras de seguridad, registros telefónicos, papeleras de los alrededores?

—Ya está todo en marcha, y también hemos adelantado el análisis forense del lugar de los hechos; supongo que tú también querrás estar presente cuando llegue Hanson.

Terje asintió. Media hora más tarde, Helena, Assad y él mismo, ataviados con redecillas, mascarillas y trajes de protección, entraban en la trastienda, donde la forense Anne Hanson estaba inclinada sobre el cadáver.

Un aroma dulce y especiado, ligeramente húmedo, impregnaba el local. En circunstancias normales, la mezcla de cardamomo, azúcar caramelizado y masa de fermentación lenta le habría hecho la boca agua a Assad, pero la imagen de la mujer fallecida le quitó de golpe cualquier tentación de probar una caracola de canela del carrito de pasteles horneados.

La ropa de la víctima le recordó al uniforme del personal de cocina de *Matador*, una serie danesa que le habían asignado ver como tarea hacía años en la academia de idiomas. Era ancha de caderas, calzaba zapatos negros de cordones y llevaba puestos un vestido rosa y un delantal blanco con volantes que le daban un aire serio y

artesanal. Daba la impresión de que también había llevado una redecilla con una decoración de papel alrededor del moño apretado, aunque el color exacto y la función del adorno eran difíciles de determinar en ese momento. La cabeza de la mujer yacía sobre un círculo irregular de sangre oscura, con la cara girada hacia la derecha y la boca un poco abierta. «¡Qué pena!», pensó Assad, y miró de reojo a Helena. Necesitaba tomar aire fresco. Helena, en cambio, lejos de apartarse o retroceder, dio un paso más hacia el cadáver y se puso en cuclillas, procurando no entorpecer la meticulosa inspección de la forense Hanson que, con los guantes puestos, sostenía en una mano la cabeza de la mujer y examinaba en silencio las lesiones.

Assad pudo ver dos orificios de bala, lo que concordaba con las declaraciones de los testigos, aunque no descartaba que hubiera más. Una de las balas había atravesado la frente de la víctima justo por encima del ojo derecho y la otra le había atravesado la mejilla por debajo del izquierdo. Assad miró hacia el techo, donde un ventilador giraba perezoso. No hacía falta ser médico ni policía para saber que era imposible sobrevivir a esos disparos. Seguramente, los autores del crimen también lo sabían.

—Examen del cadáver llevado a cabo en el lugar del hallazgo —grabó la forense en el dictáfono— el miércoles 11 de octubre a las… —miró su reloj de pulsera— 17.52. La forma de muerte es homicidio; la causa de la muerte se atribuye a dos disparos que penetraron en el cráneo de la víctima y alcanzaron órganos vitales, lo que le provocó la muerte de manera inmediata. — Hanson interrumpió por un instante su monótono discurso médico para examinar brevemente el rostro de la mujer—. Se estima que los dos impactos

de bala penetraron por la parte frontal del cuerpo de la víctima, mientras que las lesiones de salida se registran en la parte posterior de la cabeza. La presencia limitada de residuos de hollín y partículas de pólvora alrededor de una de las lesiones sugiere que uno de los disparos se efectuó a corta distancia y el otro a media o larga distancia.

Helena le lanzó una mirada a Assad. Por encima de la mascarilla solo se le veían los ojos, pero elevó aquellas cejas perfiladas de forma cuidadosa como queriendo decir algo. Seguramente estuviera pensando lo mismo que él: Marje Bakker no era una víctima al azar, sino que los autores sabían con exactitud a quién buscaban y, con dos disparos, uno de ellos a quemarropa, habían querido asegurarse de que la mataban.

Pero ¿por qué acabar con la vida de una simpática panadera? ¿Y cómo sabían que entraría justo entonces en el obrador?

Hanson se incorporó y miró al jefe de Homicidios.

—¿Nos la podréis llevar al Instituto Forense para que le pueda practicar la autopsia mañana por la mañana?

—Cuenta con ello. ¿Ya sabes qué tipo de arma se utilizó? —preguntó Terje.

—Todavía no. ¿Habéis encontrado los casquillos? —Hanson miró al jefe de la investigación, que negó con la cabeza.

—Nada de nada. Y eso que los peritos han inspeccionado con lupa el local.

—¿Y no será que usaron un revólver? —Terje parecía contrariado. Todos sabían que la ausencia de casquillos en la escena del crimen indicaba, por norma general, que los disparos se habían hecho con un revólver, que deja los casquillos dentro del tambor, y no con una

pistola, que los expulsa al suelo. Era una lástima, porque los casquillos se podían asociar al arma utilizada con la misma seguridad que las huellas digitales a un dedo y, por tanto, constituían una prueba decisiva en el juicio.

Helena levantó la mano.

—También podría ser una pistola, si los autores del crimen recogieron los casquillos vacíos antes de irse.

—En teoría, sí. Pero según las declaraciones de los testigos, no perdieron el tiempo en hacer limpieza —dijo Terje.

—Correcto. Los testigos coinciden en que todo sucedió muy rápido. No estuvieron aquí más de ocho o diez segundos, así que yo también diría que se trata de un revólver —añadió el jefe de la investigación.

—Pero… —Helena echó un vistazo al obrador, equipado con todo tipo de máquinas y utensilios—. ¿No es un poco pronto para aferrarse a una única teoría sobre el arma? Es posible que los casquillos aún estén por aquí, ¿o no?

El jefe de la investigación la miró con ojos cansados.

—Como comentaba, hemos buscado hasta debajo de las piedras. Y cuando digo «hemos», me refiero a un equipo de profesionales con amplia experiencia.

Assad observó a su compañera. Admiraba sus agallas, pero también le preocupaba, porque a veces las agallas se podían confundir con arrogancia. ¿Acaso no era consciente de que pisoteaba el orgullo de los demás con la misma delicadeza que un camello que ha bebido agua fermentada?

—Helena, aquí, de momento, nadie se ha aferrado a nada —añadió Terje, haciendo una señal al jefe de la investigación para que

lo acompañara por la puerta trasera—. ¿Hablamos de lo que le vamos a decir a la prensa?

—Helena —dijo Assad, con voz templada, en cuanto el jefe se perdió de vista—, tu actitud cabrea a la gente. No estaría de más mostrar un poco de humildad cuando nunca antes se ha trabajado en un caso de homicidio. —Detestaba la palabra «humildad», porque aún le costaba pronunciarla, pero era la que mejor definía lo que faltaba en aquella situación.

Helena lo miró con las cejas muy fruncidas sobre sus ojos verde hierba.

—Lo que yo he dicho es que esta era mi primera escena del crimen en Dinamarca. En Francia fueron diecisiete.

—¿Diecisiete? —Assad se exprimió la mente en busca de la respuesta adecuada, pero Helena ya había zanjado el asunto.

Colocada junto a los pies del cadáver, Helena dirigió la vista hacia la puerta trasera y comenzó a inspeccionar el local con la mirada. Assad se percató de que examinaba las vigas y los rodapiés. De pronto, como movida por un impulso, se abalanzó sobre la amasadora gigantesca y miró en su interior.

Con el rostro resplandeciente tras la mascarilla, le hizo señas a Assad para que se acercara.

—¡*Vite*, deprisa, una bolsa para muestras de adn!

La amasadora estaba llena de masa de pan de centeno, de un color gris parduzco, que olía a cerveza agria y a cereal húmedo. En medio de la masa amarronada, pegado al enorme gancho de amasar, se asomaba un objeto metálico y redondo que cualquier policía habría reconocido al instante: el culote de un casquillo de bala.

19

JAKOB

El redactor jefe del periódico apoyó las manos sobre el escritorio como un velocista en posición de salida. Su lenguaje corporal irradiaba una agresividad que no encajaba con las suaves y condescendientes arrugas de su rostro.

—Jakob, soy consciente de que la música es tu gran pasión, pero en esta redacción lo que realmente cuenta son los intereses de los lectores. Y, las cosas como son, nadie quiere un reportaje tuyo sobre música clásica.

—Pero… —incluso Jakob percibió el tono defensivo en su voz—. Nuestros lectores son gente culta; me extrañaría que no hubiese entre ellos algún amante de la música clásica.

Sentado en una silla de poca altura frente al escritorio de su superior, se sentía como un sospechoso durante un interrogatorio, aunque era él mismo quien había solicitado la reunión.

Llevaba ya doce años en *Morgenavisen*. Oficialmente, no se podía considerar ninguna estrella; no era una de esas «figuras mediáticas» de la redacción a las que invitaban a debates televisivos. Pero siempre había hecho guardias, viajado de punta a punta del país con escasa antelación y cubierto todos los temas que nadie más quería tocar. Hacía un mes, armado de valor, le había escrito al redactor pidiendo —más bien *exigiendo*— su traslado a la sección de Cultura,

y en particular al área de música clásica, que siempre había sido su verdadera vocación. No había en todo el país un solo periodista que supiera más sobre el tema, y Olaf Nyrup, el compañero que llevaba encargándose de la sección desde tiempos inmemoriales, estaba hospitalizado por una embolia cerebral, así que la sección había quedado vacante temporalmente.

—¿Quieres que te diga una cosa? —El redactor enarcó las cejas—. Llevo treinta años en este oficio, conozco a nuestros lectores. Hoy ya nadie tiene tiempo ni energía para la alta cultura; lo que la gente quiere son historias sobre la inflación, el tiempo o personajes de la tele.

Jakob se incorporó para situarse a la altura de su jefe, pero sintió que le flaqueaban las piernas, como si el suelo se estuviera hundiendo bajo sus pies.

—¿A qué viene todo esto, Jakob? —Los ojos del redactor se detuvieron un instante en los puños apretados de su interlocutor—. ¿Estás estresado? ¿Quieres menos horas?

—No es eso, es que…

—Vamos a ver, me parece estupendo que quieras cambiar de sección, pero entonces tendrás que escribir sobre lo que les gusta a los lectores o sobre lo que los saca de quicio. *Supervivientes*, Taylor Swift… ¡Es lo que hay!

—Olaf jamás se ha rebajado de esa manera. Es…

—Olaf Nyrup es una personalidad, Jakob —lo interrumpió el redactor—. A los lectores les encanta simplemente por ser quien es. Además, tiene estudios de conservatorio. Ahora dime, ¿qué tienes tú, aparte de esa manía tan rara de tararear todo el rato? —Jakob bajó la vista al suelo. Ni siquiera se había dado cuenta de que los

demás lo notaban. Para él, tararear era una necesidad: le ayudaba a entrenar la voz y funcionaba como una especie de aislante acústico invisible que hacía que el mundo fuera más soportable—. ¡A lo mejor fuiste violinista de concierto…! —sugirió el jefe, esbozando una tenue sonrisa.

—Fui a Laurenti de pequeño. Me consideraban el soprano infantil con más talento de la historia del colegio.

La sonrisa del redactor se ensanchó hasta convertirse en carcajada.

—¡Di que sí, hombre! Y yo, de crío, estuve a punto de entrar en la selección sub-11. Pero eso no me convierte en periodista deportivo.

—Es que…

El redactor lo interrumpió con un fuerte suspiro.

—Mira, Jakob. Cuando uno lleva cierto tiempo en este oficio, toca hacer balance y decirse a sí mismo: «Hasta aquí hemos llegado; mi talento ya no da para más». Y, además, siendo sinceros, ¿qué motivos tienes tú para quejarte?

—Pues… —empezó Jakob, pero el redactor hizo un gesto con la mano, dejándole bien claro que no hacía falta que respondiera.

—Tu propia personalidad juega en tu contra, Jakob. Eres… —El jefe frotó los dedos índice y corazón entre sí, tratando de encontrar las palabras—. Eres igual de plano que una línea isoeléctrica. Biiiip. ¿Entiendes? Clínicamente muerto. En los cinco años que llevo en la redacción, solo te he visto deambular como un zombi: ni contento ni enfadado. No tienes ni un solo amigo entre tus compañeros. Profesionalmente, nunca has hecho ningún estropicio, tampoco te voy a quitar el mérito, pero no nos engañemos, estás lejos de ser imprescindible. Te falta entusiasmo; no vendes ni una suscripción. —

Se hundió en la silla con gesto cansado y, antes de que Jakob pudiera encontrar la respuesta adecuada, continuó—: De hecho, intentar arrebatarle el puesto a Olaf mientras el pobre hombre está en el hospital luchando por su vida es lo más impactante que has hecho por aquí. —Después, señaló hacia la puerta y añadió—: ¿Cierras al salir?

Jakob sintió cómo la manilla de la puerta del despacho del redactor jefe le resbalaba de las manos al intentar cerrarla. Vaciló un segundo, paralizado en medio de sus compañeros, que hablaban a voces y tecleaban sin descanso entre sorbos de café.

El ruido de su entorno se volvió físico, casi opresivo, como un aire espeso, así que se puso los auriculares. Dio un toque a la almohadilla derecha y los suaves acordes de cuerda del *Laudate Dominum* inundaron sus oídos. La obra maestra de Mozart fue como una inyección intravenosa de paz interior. Subió el volumen para aislarse por completo de la oficina, incluso de Pia que, como editora de portada, dirigía el destino del mundo desde su escritorio, igual que una reina en el trono. Seguro que iba a preguntarle si podía acercarse esa noche a la panadería de Østerbro en la que había aparecido muerta una mujer. «Ni hablar», pensó Jakob, mientras una voz de soprano infantil resonaba en sus oídos.

«*Lau-u-uuu-daa-te Do-oo-minum*», sonó en los auriculares de Jakob mientras se acomodaba en su puesto junto a la ventana, de espaldas al resto de la redacción.

¡Y pensar que un día la había cantado como solista!

Su voz había sido como el cuerpo de un atleta: fuerte, ágil y poderosa. La gente corriente no tenía ni idea de cuánto esfuerzo le exigía a un niño pequeño aquel «alabado sea el Señor». Había que

estar en plena forma para sostener el aire durante el fraseo, que se prolongaba a lo largo de cuatro o cinco compases. No bastaba con dominar la voz: había que controlar también la lengua y la musculatura del cuello, había que comprender el texto en latín, ¡había que ser capaz de oír cantar al alma!

Se frotó la garganta, que le dolía desde el ensayo del día anterior con el coro masculino.

Con los años había recuperado cierta capacidad para hablar con claridad y, si se esforzaba, podía cantar durante mucho tiempo y en un registro más alto, pero el timbre ya no era el mismo: la voz había perdido elasticidad y plasticidad, y ya no la controlaba por completo. Además, tenía que pagar el precio durante días: dolor de garganta, sabor a sangre en la boca y una voz que, al hablar, crujía y se resquebrajaba como si estuviera a punto de romper a llorar.

¿En cuántas situaciones humillantes se había visto envuelto por aferrarse a la absurda ilusión de que su voz volvería a ser como antes? Una voz que había sido al menos tan bonita como la del niño que ahora sonaba en sus oídos.

«Laudate Dominum, omnes gentes; Laudate eum, omnes populi. Quoniam confirmata est», musitó para sí, tratando de recordar la siguiente línea. «*Et veritas, veritas Domini manet, manet in aeternum».* No. Irritado, sacudió la cabeza*.* En Laurenti, un olvido así le habría supuesto un duro castigo.

Unos meses después de la llegada de Jakob al colegio tuvo lugar un ensayo muy particular que prácticamente se volvió legendario. Todo había comenzado cuando el director del coro se sentó al piano y les pidió que cantaran justo el *Laudate Dominum*.

Tras unos cuantos compases, levantó las manos del teclado.

—¡Basta, basta, basta! —dijo—. ¡Cantáis demasiado entrecortado! Sería preferible que evitaseis inspirar. —Fulminó con la mirada a los niños más pequeños—. Os tendré que escuchar uno por uno.

Por las filas empezó a extenderse una cierta inquietud.

—Mathiesen, tú primero —ordenó el director, señalando a un niño pelirrojo de la primera fila que comenzó a cantar, vacilante—. ¡No te la sabes! ¡Siguiente! —lo interrumpió, señalando al próximo niño, que no logró pasar de *«Laudate Dominum omnes gentes»* antes de quedarse sin aliento y murmurar:

—No puedo…

El director golpeó el piano con el puño.

—No quiero saber nada de vuestras patéticas excusas. ¡Kristiansen, fuera! —Señaló hacia la puerta, y el pequeño salió del aula abrazando la carpeta de las partituras contra el pecho.

—Tommy —continuó el director, y todas las miradas se posaron sobre el muchacho tímido de la segunda fila—, acércate al piano.

Tommy se quedó un instante sentado, con la boca ligeramente abierta.

—Ahora ponte aquí y demuéstrame que te sabes el texto. ¡Ven! —Hizo un gesto firme con la mano y Tommy avanzó con lentitud.

En el aula se hizo un silencio sepulcral, hasta el punto de que Jakob tuvo la sensación de poder escuchar los latidos del corazón del muchacho.

—¡Espalda recta! ¡El tóóóóórax, venga! —vociferó el director. Tocó la primera nota y Tommy hizo un esfuerzo por seguir. Logró tartamudear *«Quoniam confirmata est, Super nos misericordia eius…»* antes de que el director se pusiera en pie—. ¡Tienes una inseguridad que da pena! —dijo, inclinándose por encima de Tommy

—. A ver, chicos, tenéis que saberos el texto de memoria. ¡Con autoridad! Me dejáis a mí en evidencia cuando hacéis estas chapuzas. ¡A mí! —Muy pocos niños se atrevieron a mirarlo a la cara —. ¡Tommy! —El director se giró de nuevo hacia el niño junto al piano—. Ahora vamos a intentarlo sin música. Recita el texto.

—¿Tengo que cantar? —preguntó Tommy, confundido.

—No, habla. Quiero comprobar si te lo sabes.

Jakob trató de buscar la mirada de Tommy para ver si podía ayudarlo con aquel galimatías en latín, quizá haciéndole mímica con la boca, como si fuera un apuntador. Pero Tommy solo miraba al vacío.

—*Laudate Dominum omnia…* No, *omnes gentes…* —empezó.

—¿Ni siquiera dominas la primera estrofa? ¡Impresionante, sí, señor! —exclamó el director del coro, volviéndose hacia los demás niños con los brazos exageradamente abiertos, como un actor de teatro. Pero ninguno de los cuarenta y cinco se rio. Permanecieron inmóviles, mirando fijamente a Tommy. Una mancha oscura se había extendido desde la entrepierna de sus vaqueros por el interior del muslo derecho, hasta formar un pequeño charco junto a sus zapatos. Tenía los ojos vidriosos.

—¿Hay alguien que me quiera alegrar un poco el día? —preguntó el director, que aún no se había dado cuenta del estado de Tommy —. Dime, Berg.

En la última fila, Berg se había puesto en pie.

—¿Puedo ir al baño? —preguntó y, sin esperar respuesta, se acercó a Tommy y lo sacó del aula.

El director, desconcertado, los siguió con la mirada.

—Lo que tenéis que entender es que esto es una muestra de mi cariño hacia vosotros —dijo—; de cariño y de respeto. Imaginaos que Tommy hubiera hecho el ridículo de ese modo delante de vuestros padres o incluso de la reina. Mi trabajo consiste en sacar lo mejor de cada uno de vosotros.

Jakob notó que Vang, su compañero de al lado —algo mayor que él—, estaba temblando. Vio que se mordía el labio.

—No está bien que nos humille de esta manera —susurró—. En otros colegios no hacen esto.

—¿Qué? —Jakob no entendía a qué se refería su compañero.

Sí, claro, a él también le daba pena Tommy porque se había hecho pis delante de todos, pero el director del coro tenía razón. Ni Tommy ni los demás habían ensayado lo suficiente, y para Jakob eso era algo inconcebible. Para él, cada hora en Laurenti era la oportunidad de su vida: una vía de escape de su familia, de la cantera y de una existencia anónima y sin cariño.

—Tommy no se merecía que lo humillaran así. —Con los puños apretados, ahora Vang le susurraba directamente al oído—: Tenemos que hacer piña, no podemos permitir que nos…

—¿Quién cuchichea por ahí? —El director del coro los miró a ambos, y Vang enmudeció—. ¿Vang? ¿Solvig? —El director dio dos pasos hacia ellos—. ¿Quizá tenéis algo que compartir con los demás?

Jakob sintió el codo de Vang presionándole las costillas. «¡Di algo!», parecía indicarle el codo. «¡Sálvanos!», insistía. Entonces comprendió que él era el único capaz de proteger a sus compañeros, a todo el coro y al propio director de más humillaciones. Él sí había ensayado. Conocía tanto la melodía como el texto. Así que se levantó y se acercó al piano.

—Quiero cantar.

En ese mismo instante se abrió la puerta y Berg entró de nuevo en el aula, pero se detuvo en seco al ver a Jakob junto al piano. Jakob notó cómo la mirada de Berg lo atravesaba y pensó que el chico debía de sentirse aliviado. Los demás niños del coro podían respirar tranquilos: Jakob estaba a punto de sacrificarse por el grupo.

—Muy bien, Solvig —dijo el director, sentándose al piano—. Te escucho.

Jakob cantó como jamás lo había hecho. Ajeno a la presencia de sus compañeros, se sintió transportado a otro nivel. Era como si hubiera encontrado el rumbo y el propósito de su vida. Cuando los demás salieron al recreo y se quedó ensayando con el director, vio su futuro desplegarse ante él.

¿Fue entonces cuando empezó todo? ¿Fue ese en realidad el día que…?

—¡Eeeh! —Un insistente toque en el hombro lo devolvió a la realidad. Incomodado por aquel roce repentino, se giró irritado en la silla de oficina y, para su sorpresa, se encontró frente a un par de senos perfectamente modelados como los de una actriz en una opereta. Se quitó los auriculares y levantó la vista hacia Laila, la correctora.

Una vez, durante el almuerzo, Pia había proclamado a los cuatro vientos que la correctora estaba pillada por él y que debería animarse a salir con ella, a pesar de que le sacaba al menos diez años. «Los hombres de verdad saben cómo tratar a una mujer con experiencia», había dicho, insinuando que Jakob no era «un hombre de verdad».

—Solo quería enseñarte esto: son las páginas de Cultura del periódico de mañana. Tú fuiste a Laurenti de pequeño, ¿verdad? —dijo Laila, acercándole una hoja de tamaño A3 y señalando un anuncio en la parte izquierda—. El coro de Laurenti actúa en el castillo de Kronborg el fin de semana que viene. Es el concierto de presentación del nuevo director, con la orquesta completa. —Laila dio un par de pasos hacia él—. Yo de música clásica no entiendo mucho, pero me encantan los castillos… ¡y los niños!, así que matamos dos pájaros de un tiro. —Rio nerviosa—. Me encantaría ir, si tú…

Jakob le arrebató el papel de las manos y dejó de escucharla. Al leer el anuncio, todas las malas sensaciones de aquel día empezaron a desvanecerse.

La oportunidad que tanto había estado esperando acababa de llegar.

20

ROSE

Jueves, 12 de octubre de 2023

Se oyó un bip cuando el móvil de Ole Horsten volvió por fin a la vida. Rose introdujo la combinación «1234» —probablemente el pin más usado del mundo—, pero una vibración breve le indicó que no era correcto. Probó entonces con el orden inverso, «4321», y una secuencia numérica en orden descendente, «9876». Tampoco. Buscó el día y mes de nacimiento de Horsten y tecleó «1304». Luego el año, «1943». Nada. Ole Horsten había sido más creativo que la mayoría.

—¿Molesto? —dijo Helena, que acababa de entrar en el despacho. Estaba justo detrás de Rose y miraba sin disimulo el móvil que esta sujetaba en la mano.

—Estoy en medio de algo —murmuró Rose, pensando: «¿¡No sabe llamar a la puerta antes de entrar!?».

—Terje Ploug llegará en un momento para ponerse al día sobre el caso Horsten —anunció Helena, dejándose caer en la butaca de Rose—. ¿Es ese el móvil de Ole Horsten?

Rose alzó la vista.

—¿Has hablado con Terje? Como ya dejé claro el otro día, todo el contacto con la dirección pasa antes por mí, por norma general.

Helena vaciló.

—Tuvimos que hablar de algo no relacionado con el caso. —Helena se puso en pie, pero no hizo ademán de marcharse, para fastidio de Rose.

Rose sintió que empezaba a sudar sin motivo.

—¡Ah, no me digas! ¿Y qué has acordado con él en nombre del departamento?

—Que vendría hasta aquí dentro de un rato. Primero tenía una reunión con el director de la policía.

¿El director de la policía reuniéndose con Terje? Rose se secó el sudor del labio superior. Cuando dos jefes se reunían a puerta cerrada en esos despachos de la primera planta con los históricos sillones de piel, no cabía ninguna duda de que estaban tramando algún recorte. ¿Y qué sería exactamente aquello «no relacionado con el caso» de lo que Helena había hablado a solas con Terje?

Miró de reojo a la francesa, que se movía por el despacho de Rose como Pedro por su casa, al tiempo que barría con la mirada las carpetas y los tablones de aglomerado como un escáner que hace horas extra. Se detuvo en seco frente a la foto de una niña de apenas cuatro años que había desaparecido sin dejar rastro hacía ya mucho tiempo. Si siguiera con vida, la cría tendría ahora diecisiete o dieciocho años. El caso había consumido por completo a tres jefes de investigación de la policía de Jutlandia Meridional, y los padres se habían refugiado en la bebida, resignados a aceptar que quizá nunca volverían a ver a su hija. Pero Rose le prometía cada día a la niña del tablón que no se habían olvidado de ella. Hacía ya tres años y 234 días que el caso había llegado a manos del Departamento Q, y Rose no tenía la menor idea de qué más podrían hacer o deshacer si

querían resolverlo. En cualquier caso, Helena no debía meter las narices en todo esto.

—¿En Francia no tenéis archivos? —Rose se puso en pie.

—Claro que sí. —Helena se volvió de golpe—. Pero hoy en día casi todo es…, *comment dirais-je*?, digital. En el ordenador.

Rose se acercó al tablón, retiró la foto de la niña y la presionó contra el pecho.

—¿Te puedo ayudar en algo? Tengo mucho que hacer.

Helena no dijo nada; se limitó a mirar el dorso de la foto amarillenta antes de salir del despacho con el rostro rígido, atrapado en una mueca indescifrable. Quizá ofendida, quizá triste. Era difícil de saber en una persona a la que no conocía y en la que no confiaba, y, para ser sincera, a Rose le importaba un comino.

Guardó en su cajón la foto de la niña desaparecida y se frotó los ojos. Había algo en Helena que se le escapaba, algo misterioso y comedido. Los investigadores que el Departamento Q había tenido a prueba hasta entonces se habían dedicado a hacerle la pelota con descaro a Rose y a darle palmaditas en la espalda a Assad como viejos colegas de bar. Algunos incluso llegaban a exclamar «¡mmm!» y «¡qué exótico!» cuando Assad traía uno de esos platos que hacían que Teglholm apestara como el bazar Jan el-Jalili de El Cairo. Sin embargo, Helena… Ella no le daba coba a nadie.

—¡Assad! —gritó Rose, confiando en que su fiel escudero pudiera oírla a través de la puerta cerrada. Cuando él asomó la cabeza, susurró—: ¡Cierra la puerta, por Dios!

—Estás más blanca que el pan —observó Assad.

—Estoy bien —mintió ella, que en realidad se sentía como si la hubiera arrollado un tren—. ¿Está Helena por ahí?

—¿Helena?

—Me parece que mete demasiado el hocico.

—¿Que se llena el hocico? ¿Con qué? ¿Con esto? —Señaló un paquete de galletas saladas sobre el escritorio de Rose, lo único que su estómago había tolerado desde la gastroenteritis.

—Mete el hocico, Assad. Hurga en nuestras cosas. Mira mis archivos. ¿Por qué iba a hacerlo?

Assad ladeó la cabeza y la observó en silencio, sonriente, con arrugas enmarañadas que le cruzaban el rostro y una expresión que Rose fue incapaz de interpretar.

—¿Por qué me miras así? ¿No te parece raro que hable todo el rato por teléfono con Terje? ¿A qué viene tanto secretismo? Y ahora resulta que han organizado una reunión a mis espaldas… ¿Por qué está aquí en realidad?

—Para ayudarnos con los casos sin resolver —contestó Assad sin pararse a pensar.

Aquella no era la respuesta que Rose esperaba.

—¡Despierta de una vez, carajo! ¡Es la espía de Terje! Él está ahora mismo en una reunión con el director de la policía, creo que para preparar la artillería para cerrar el Departamento Q, pero no tienen pruebas de que no hacemos nada, o de que nos saltamos las normas. ¿Acaso no viste cómo reaccionó ayer, cuando le dije que ni se le ocurriera mencionar que fue Carl quien nos dio el soplo sobre el caso Horsten?

—Entonces, ¿crees que Terje nos ha mandado a una agente infiltrada? —Assad se rascó la barba oscura de varios días.

—¡Bingo! —suspiró Rose aliviada, feliz de que por fin la comprendieran.

—Rose, Terje est… —Un golpe en la puerta interrumpió a Assad.

Terje asomó la cabeza.

—Pero ¿dónde os habíais metido? Helena y yo os estamos esperando en su despacho —dijo, señalando por el pasillo hacia lo que, a ojos de Rose, nunca sería otra cosa que el despacho de Carl.

—No hay nada malo en llegar tarde cuando no te han invitado. —Rose, arisca, fue la primera en salir por la puerta.

—La cosa es que acabo de reunirme con el director de la policía —anunció Terje—. Se avecinan cambios en la Unidad de Investigación que seguro que os van a afectar.

«¡Pues claro que nos van a afectar!», pensó Rose. Un jefe de Homicidios y un director de la policía no se reúnen precisamente para charlar y tomar un café.

—¿Y qué va a pasar esta vez, jefe? —preguntó Assad, hastiado y se dejó caer con pesadez sobre el viejo sofá de Carl.

—Todavía no está decidido —admitió Terje—, pero os voy a ser sincero: no ha pasado desapercibido que, desde que Carl se marchó, no habéis resuelto nada realmente significativo.

—¡Al contrario, no hemos hecho otra cosa! —protestó Rose.

—Al menos, no ha muerto ningún sospechoso desde la marcha de Carl —prosiguió Terje—. Y esperemos que así sea durante mucho tiempo.

—Oye, ¿quieres que vaya a buscar mi hoja de cálculo para comparar las tasas de casos resueltos? ¿O prefieres leerte todos los expedientes de principio a fin?

—Tranquila, Rose. Yo hago todo lo que está en mis manos para protegeros. Es verdad que habéis resuelto casos, pero no de los que llaman la atención en el Parlamento. Y, como ya sabéis, para tener

contento al director de la policía, hay que tener contento al ministro de Justicia, porque si ninguno de los dos está contento, empiezan a maquinar reformas y recortes.

Eso lo sabía muy bien Rose. Hacía unos años, los políticos se habían enamorado de la idea de resucitar la extinta Brigada Móvil, rebautizándola con un nombre que ya de por sí exigía un par de dosis extra de cafeína: Departamento para el Control de Calidad en Investigaciones de Homicidios. ¡Dios bendito!

Cuando un par de chavales con ganas de comerse el mundo se habían presentado en el Departamento Q, Rose se había asegurado de que solo revisaran los casos sin resolver más imposibles. Al cabo de media jornada ya estaban de vuelta en el *búnker* de mandos intermedios, en el pequeño pueblo de Ejby, con la moral por el subsuelo.

—También tenemos que asegurarnos de que recuperáis vuestro antiguo esplendor, o acabaréis como peones de segunda en la Unidad Nacional de Crímenes Especiales —dijo Terje.

Helena asentía a cada sílaba como uno de esos muñecos que balancean la cabeza en el salpicadero del coche, y Rose tuvo la sensación de que ese «acabaréis» no incluía a la recién llegada. A ella no la enviarían a Ejby bajo ningún concepto: siendo como era la hija de un director de policía francés, Helena Henry sabía perfectamente cómo navegar por las jerarquías y cómo ganarse el favor de los que llevaban galones en el hombro. Como recompensa por su labor de espionaje en el sótano, le reservarían un buen puesto en la Unidad contra el Crimen Organizado en Teglholm, mientras Rose y Assad se pudrían en los suburbios bajo las órdenes de algún trepa de veintiocho años.

—Terje, lo mejor sería que pudieras convencer a Carl de que volviera —dijo Assad, con una mirada más suplicante que la que tenía cuando rezaba de rodillas en la alfombra, con la cabeza orientada hacia La Meca—. Mi cabeza funciona mejor cuando lo tengo cerca.

—¿Carl, ese flamante escritor que se distanció de la policía enfadado y decepcionado? Perdona, Assad, pero es como si no conocieras a ese testarudo de Mørck. No, tendréis que apostar por jóvenes promesas —sentenció Terje, señalando con la cabeza en dirección a Helena.

Rose tuvo que contenerse para no soltar una carcajada sarcástica. «¿Jóvenes promesas?». ¡Joder, pero si Helena tenía la misma edad que ella! Y de no ser por el huracán viral pos-covid que la había dejado hecha polvo estos últimos días, ella sería igual de atractiva… ¡o incluso más!

—Ayer Helena demostró excelentes dotes de observación al encontrar en la escena del crimen un casquillo de bala que los peritos habían pasado por alto y que se envió de inmediato al análisis balístico.

Terje miró a Rose con el ceño levantado. Ella le devolvió una sonrisa desdeñosa. No tenía ni idea de qué reacción esperaba su jefe ante semejante información. Primero les infiltraba una chivata en el equipo, y ahora… ¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Aplaudir como una foca de acuario?

—Dadme más detalles del caso que mencionasteis ayer —prosiguió Terje, incansable—. ¿Estáis seguros de que es ahí donde debéis centrar vuestros esfuerzos?

—*Certainement!* —exclamó Helena, y comenzó a exponer el caso sin escatimar detalles como si fuera ella la jefa de todo el tinglado.

Entretanto, Rose maldecía en silencio el móvil de Ole Horsten. Mientras ese cacharro siguiera bloqueado en el cajón de su escritorio, ella no tendría nada interesante que aportar.

—Todo parece indicar, por tanto —concluyó la francesa en su resumen—, que ese día Ole Horsten no estaba solo en casa.

—Ajá —dijo Terje con semblante serio—. ¿Y ya tenéis alguna idea de por dónde buscar al sospechoso?

—¡El hijo! —soltó Helena, casi a gritos—. Sentía que su padre no lo quería, y tenía tanto el motivo como la oportun… —Se detuvo en mitad de la frase, con la mirada fija en un punto detrás de Rose. Los tres se volvieron hacia donde ella miraba.

En el umbral de la puerta estaba Konrad Horsten, o al menos eso fue lo que supuso Rose, porque el hombre llevaba pajarita, y porque al cabo de unos largos y tensos segundos de silencio, abrió la boca enfadado:

—No estaréis aquí jugando con la idea de que yo haya matado a mi padre…

—Es una de las… —intentó añadir Helena, pero Konrad la interrumpió con un gesto de la mano.

—¡Estoy de ti hasta las narices! —bufó—. Eres antipática y poco profesional, se mire por donde se mire.

La recepcionista, que había acompañado a Konrad hasta el sótano, se marchó con la cabeza gacha. Rose, en cambio, se cruzó de brazos y se apoyó contra la pared, contenta con el giro que habían dado los acontecimientos y el nuevo ambiente que se respiraba en la sala. Por primera vez en tres días sintió apetito y se sirvió un puñado de

cacahuetes de un bol que había en la estantería de Helena. Esos frutos secos, grasientos y salados, le supieron a verdadera gloria.

Terje se puso en pie.

—Terje Ploug. Soy el jefe de Homicidios de la policía de Copenhague. Todo parece indicar que en 2019 se sacaron conclusiones prematuras sobre tus padres. Para empezar, quisiera decirte que lo lamento.

Konrad le echó un vistazo de pies a cabeza a Terje, que, dicho sea de paso, tenía más pinta de banquero demacrado que de jefe de Homicidios.

—Y a mí toda esta información me ha puesto el mundo patas arriba de un día para otro —confesó Konrad, completamente hecho polvo—. He explicado y dado cuenta de todo con la mejor voluntad, y me lo pagan con desconfianza y acusaciones.

—En casos como este no podemos dejar ni una sola piedra sin mover —explicó Terje, mientras colocaba una mano firme sobre el hombro de Konrad—. Puede que sea desagradable mientras dura el proceso, pero al final estamos del lado de las víctimas. Si de verdad asesinaron a tu padre, él, tu madre y tú os merecéis una investigación exhaustiva.

Konrad se dejó caer en la silla que Terje acababa de dejar libre.

—Hace dos días que apenas como ni duermo —se lamentó—. He rebuscado por toda la casa. He estado en el desván y en el garaje. He hurgado entre todos los libros, abierto cajones y puertas de armarios que no se habían tocado desde la muerte de mi padre… Esperaba encontrar algo que me diera alguna respuesta. Pero…, bueno, no sé… —Sacó dos cartas del bolsillo interior de su chaqueta

y se las tendió a Assad—. Encontré esto en el cajón del escritorio de mi padre.

—Habrá que enviarlas para el análisis de adn —dijo Assad con discreción, y le pidió a Rose dos bolsas para las muestras.

Konrad parecía algo avergonzado.

—Lo siento, no lo había pensado —se disculpó—. Estaban en el fondo del cajón, así que no creo que mi padre se las enseñara a mi madre ni a nadie más antes de que yo las encontrara. No es una lectura agradable.

—¿Qué dicen?

—La primera dice algo como «o cierras Charis, o tú y tu familia os arrepentiréis». «Tú» estaba subrayado. Parece escrita por un niño.

—¿Charis es la clínica privada? —preguntó Assad.

Konrad asintió.

—Sí. Mi padre era el presidente del Consejo de Administración de la clínica hasta unos meses antes de su muerte. Está en un sitio precioso, a las afueras de Blovstrød.

—¿Y la otra?

—La otra no es más que una foto de mi padre tomada de la página web de la clínica con las palabras «¿muerto o inválido?» escritas por encima.

—¿Mencionó tu padre estas amenazas? —Rose, que se acababa de zampar su cuarto puñado de cacahuetes, decidió que era hora de meter baza en la conversación.

Konrad negó con la cabeza.

—Quizá ya estuviera acostumbrado. ¡La gente escribe cada cosa en las redes…! Recuerdo que en Trustpilot y Facebook se publicaron

auténticas injurias. Pero estas cartas se las enviaron de forma personal a él.

—Supongo que no hay remitente —añadió Terje.

—No, ni en los sobres ni en las cartas.

—¿Crees que a algún paciente de Charis se le pudieron cruzar los cables? —preguntó Assad.

—Querrás decir que se le «*enredaron* las cuerdas» —lo corrigió Helena, erróneamente.

Rose, irritada, la hizo callar con un «shhh».

—Podría ser un paciente o un familiar resentido, sí —dijo Konrad —, pero no es más que una suposición. Siento si no ha sido de mucha ayuda.

—Sí que lo ha sido —se apresuró a responder Rose, con una amable sonrisa—. ¿Quizá nos puedas ayudar también con el pin del móvil de tu padre?

21

JAKOB

Cuando se despertó ya había anochecido y hacía frío.

Nunca había soportado el frío, despertaba en él un miedo existencial que llevaba años tratando de olvidar. Por eso detestaba esa época del año: odiaba el otoño, con la oscuridad que devoraba hora a hora la luz del día; odiaba la caída de las hojas y, más que nada, odiaba el invierno, con sus virus implacables y sus dolores de garganta.

Al menos había tenido la precaución de cubrirse con la vieja manta de ganchillo de Lise antes de quedarse dormido. Lise había tardado cinco años en terminarla. «Cada punto está tejido con amor», le había dicho. Ahora la manta estaba enmohecida y olía a humedad y a otras sustancias de las que Jakob prefería no conocer los detalles.

Miró a su alrededor en la oscuridad de la sala. Hacía tiempo que habían dado de baja el agua y la electricidad; en invierno, la nieve y la lluvia entraban por una ventana rota. Y los intrusos habían vuelto. En los últimos años, los gamberros de la zona, que no tenían otra cosa que hacer, habían empezado a trepar la valla y a colarse por la ventana para sentarse a fumar porros y beber latas de cerveza entre los recuerdos de infancia de Jakob. Las primeras veces lo había recogido todo, había tapado el cristal con cinta americana y

cambiado las cerraduras, pero ahora incluso defecaban y fornicaban allí. En primavera había encontrado un condón usado en la cocina, y, aunque le daba asco solo el pensarlo, a estas alturas ya nada le importaba. El lugar estaba mancillado, y no solo por los intrusos, sino por el propio Jakob y los acontecimientos de hacía cuatro años.

Al principio se había esforzado por cuidar la vieja casa de veraneo de Asserbo, que seguía tal cual la habían dejado Asger y Lise. La primera vez que volvió, dos suplementos de *Cultura* de 2009 amarilleaban en el cesto de la leña, la taza favorita de Lise conservaba su puesto de honor tras las puertas del aparador y en el armario seguía doblado uno de los gruesos jerséis de Asger, carcomido por las polillas.

Lo cierto era que apenas había cambiado nada desde que Jakob llegó allí cuando era solo un niño, en 1989. Pero un par de años después del entierro de Asger empezaron a colarse los intrusos, y Jakob acabó por vallar la propiedad, cerrándola a cal y canto y sellándola como si fuera un mausoleo dedicado a los dieciocho meses más felices de su infancia. En realidad, de toda su vida.

Pero lo había arruinado todo cuando fue allí con el viejo. Había entrado en pánico, y ahora la casa ya no le recordaba a aquellos días perezosos al sol, ni a los zumos ni las meriendas de Lise. La paz interior se había acabado para siempre; ahora sentía un terror palpitante cada vez que se acercaba al lugar. Le dolían las manos y le empezaba a escocer la delgada piel entre el pulgar y el índice.

Le había costado un esfuerzo sobrehumano mantener al viejo contra el suelo; tuvo que apretarle el cuello varios minutos hasta conseguir que se callara. Aquello no formaba parte del plan, que

había sido justo lo contrario: acabar con la vida de la esposa de Ole Horsten para arrebatarle lo único que amaba.

Pero las cosas habían salido al revés.

Durante los meses siguientes había pasado allí las noches, convencido de que era solo cuestión de tiempo que la policía averiguara que Horsten no se había quitado la vida y llamara a su puerta. No era un asesino experimentado; sin duda había dejado montones de rastros: escamas de piel, fibras textiles, huellas.

«Un día de estos vendrán a por mí». Eso sí lo tenía claro. No podía quedarse en Dinamarca mucho más tiempo.

Se incorporó en el sillón y miró el reloj. Los números «22.43» brillaban en azul en la oscuridad. Habían transcurrido dos, casi tres horas. La mala noche en el norte de Jutlandia, el largo viaje en coche el día anterior y la humillación en el coro y en el trabajo aquel día lo habían dejado tan exhausto que apenas recordaba cómo había entrado a trompicones por la puerta del jardín para acabar desplomado en el sillón orejero del salón.

Podría reconocer aquel sillón incluso en sueños. Cuando era niño, su delgado cuerpecito se hundía en el tapizado de terciopelo verde. Ahora, allí sentado, casi podía oír a Asger pasando las páginas del periódico y moviendo la leña seca junto a la estufa, y a Lise calentando la leche con miel y arropándolo con la manta mientras le decía: «Cuida esa voz, precioso».

Eran Asger y Lise quienes lo esperaban en el muelle cuando, con apenas nueve años, llegó en *ferry* desde Bornholm. A primera vista le parecieron muy mayores. A diferencia de sus padres, ya peinaban canas y rondaban los cincuenta. Nunca habían tenido hijos, por lo

que, además de regentar una farmacia en Fredensborg, acogían en su casa a los alumnos del colegio Laurenti que venían de lejos.

Jakob no acababa de fiarse de aquellos desconocidos, pero Lise le había dado el abrazo más cálido que recordaba haber recibido en su vida, y en cuanto se subieron al coche y emprendieron el camino hacia Fredensborg, Asger puso un casete con las *Variaciones Goldberg* de Bach interpretadas por Glenn Gould.

«¡Qué suerte que podamos acoger a un niño prodigio!», había oído que Lise le susurraba al oído a Asger, antes de cerrar por completo los ojos y entregarse al sueño… y a sus padres de acogida.

Se levantó y dobló la manta de ganchillo. Echó un vistazo a su alrededor y tomó entre las manos un pajarillo de porcelana negra, con el pico abierto, que estaba sobre el secreter. Se lo llevaría cuando se fuera del país.

Había pensado muchas veces en cómo habría sido su vida si no lo hubieran separado de Lise y de Asger. Soñaba despierto con que lo hubieran encontrado antes, quizá cuando aún era un recién nacido. Con que sus padres biológicos lo hubieran abandonado en las escaleras de un orfanato, como en los países pobres, y que Lise y Asger lo hubieran adoptado y convertido en su hijo de verdad, para siempre; su maravilloso hijo prodigio. Y así borrar a Bornholm, a la cantera y a su estúpida familia de su vida.

¡Cuánto los había querido!

Guardó el pajarillo de porcelana en el bolsillo, recogió la mochila y salió por la puerta de la terraza, que daba a lo que una vez había sido el huerto de Asger. Aunque la maleza le llegaba ya hasta las rodillas, sus pies encontraron sin dificultad las losas irregulares que conducían hasta la linde del bosque.

Apartó una pesada rama de cerezo, y un cuadrado blanquecino emergió entre la oscuridad, al fondo del bosque. Con el tiempo, se había formado sobre el techo una densa capa de musgo, la maleza había engullido casi por completo la caravana y los neumáticos estaban demasiado podridos para moverla, pero las ventanillas, que Jakob acababa de restaurar, seguían completamente selladas, y hacía siete u ocho años había renovado la moqueta y cambiado los cojines. Por aquel entonces solía subir hasta aquí a echar una cabezadita y desaparecer un rato del mundo.

Un caluroso domingo hacia el final del verano, cuando apenas llevaba una semana con los Ritter, Asger enganchó la caravana al coche. Lise había preparado una cesta con pastas y té, y pasaron toda la tarde en la caravana, junto a la playa, escuchando los casetes de Jakob mientras Lise hacía ganchillo y Asger le hacía preguntas del tipo «¿conoces también la grabación de Martha Argerich?» y «¿es cierto que Beethoven fue alumno de Haydn?».

Aquel día empezó a creer que la felicidad existía. También para él.

Asger debía de haber aparcado la caravana en la linde del bosque allá por 2008 o 2009, pensó. Tuvo que ser antes de que Lise muriera y de la primera de las dos embolias que sufrió.

Jakob deslizó dos dedos por el lateral rugoso de la caravana antes de abrirla. Con los años, el verde se había ido imponiendo al blanco, y las yemas se le cubrieron de una gruesa capa de mugre negra y musgo verdoso. Encendió las dos lámparas de pilas e inspeccionó de forma meticulosa los seis o siete metros cuadrados. Las manillas de las ventanas cegadas estaban bien cerradas. Sus provisiones, que consistían en latas de jamón y de estofado de carne picada, pan crocante y refrescos, seguían intactas bajo uno de los asientos. Sus

recortes de periódico, notas y recibos aún colgaban del tablón. Todo estaba completamente seco: el deshumidificador había funcionado a la perfección.

Retiró del tablón la foto de Ane Vang con sus dos hijas y el calendario de cartón con las semanas que Mads-Peter estaba en el mar marcadas en amarillo. Tampoco necesitaba ya el artículo sobre el nuevo arrastrero de Vang: «El orgullo de Hirtshals». Jakob resopló; la alegría les había durado poco.

Después distribuyó el resto de recortes en columnas iguales y dio un paso atrás para hacerse una idea general.

Vang estaba acabado. Con Tommy Eckert todo iba bastante encarrilado. Y Berg… Despegó del tablón un folleto brillante y lo movió bajo una de las lámparas. Para hundir a Berg haría falta más astucia, pero ya tenía un plan que pensaba poner en marcha al día siguiente.

Y solo faltaba Konrad. Ya había recopilado toda la información necesaria sobre él en casa, así que aquí, en realidad, no le quedaba nada por hacer, salvo un detalle importante.

Abrió una alacena sin encontrar lo que buscaba. Notó un ligero temblor en las manos; ya sentía el subidón de adrenalina. Tenía tres carreras o, mejor dicho, tres *vidas* que arruinar en los próximos días, y eso le producía una embriagadora sensación de poder.

Por otra parte, ahora no podía fallar. Lo cierto era que la primera vez había tenido una suerte increíble; simplemente se dio la situación. La siguiente, con los Horsten, había sido un estrepitoso fracaso. Desde entonces había actuado con más profesionalidad, investigando, vigilando, planificando y desarrollando ideas con antelación para no repetir siempre lo mismo. Por una parte, tenía

que adaptarse a cada objetivo; por la otra, hasta un idiota sabía que un mismo *modus operandi* despierta las sospechas de la policía.

Tuvo que abrir dos alacenas más antes de dar con lo que buscaba: un estuche rectangular de madera de arce lacado en blanco. Sopló para quitarle el polvo, sacó de la mochila dos bolsas de plástico, tres pares de guantes de látex y una linterna frontal, y guardó en ella el estuche.

Se colocó la linterna en la cabeza y examinó la caravana antes de inclinarse sobre el material. Tenía que ser meticuloso; sus huellas estaban por todas partes: en los tiradores, los asientos y el tablón. La vieja moqueta estaría infestada de hebras de sus cabellos y, si a alguien se le ocurría investigar más a fondo, encontraría también pelo y escamas de piel de Ole Horsten en los asientos tapizados. Todo estaba impregnado de adn.

Trabajó sin descanso durante casi una hora; luego, saltó de la caravana y cerró la puerta tras de sí. No sin dificultad, localizó el extremo del sedal que había hecho salir por la rejilla de ventilación de la puerta y que no mediría más de quince centímetros. El sedal liso era prácticamente invisible en la oscuridad y casi imposible de manejar con los guantes puestos. Contuvo la respiración mientras lo fijaba por fin a la rejilla con un nudo triple.

Después se incorporó y alzó la vista hacia el cielo nocturno.

—Gracias por todo, Asger —dijo.

22

ROSE

Rose dejó que fuera Terje quien acompañara a Konrad Horsten hasta la salida y corrió a encerrarse en su despacho.

Según Konrad, el pin del móvil de su padre había sido siempre su código postal: «2400», Copenhague nv. ¡Pues claro! Resultaba tan obvio que era como para darse una palmada en la frente.

Se sentó y estiró la espalda, y en ese momento dejó escapar un eructo que olía a rayos. Aquellos cacahuetes de la estantería de Helena le habían revuelto el estómago, y se le pasó por la mente la espeluznante idea de que quizá llevasen allí desde que el Departamento Q se mudó a Teglholm, cuatro años atrás.

Encontró en su cajón una lata de cocacola que se bebió de un tirón mientras desbloqueaba el móvil de Ole Horsten.

No había muchas fotos en el viejo iPhone: un par de puestas de sol, algunos platos de restaurante, fotos de la esposa muy arreglada y con la mirada perdida… Llamaba la atención que su hijo Konrad no apareciera en ninguna. En la última, tomada a principios de noviembre de 2019, se veía un rododendro con las hojas verde oscuro salpicadas de nieve.

Tampoco la aplicación de mensajes aportaba gran cosa. Al parecer, Ole Horsten tenía la costumbre de borrar los mensajes una vez

leídos. Solo quedaban algunos de Konrad de carácter práctico y un recordatorio de una cita médica para diciembre de 2019.

De hecho, parecía que Horsten usaba el móvil básicamente para hablar por teléfono. No había historial en el navegador, no tenía instalada ninguna red social y la aplicación de correo ya no estaba vinculada a ninguna cuenta.

Rose se dejó caer en el sofá con las piernas colgando.

«A ver, señor Horsten, dígame algo», murmuró para sí misma, y se dispuso a examinar de forma sistemática lo que quedaba en el móvil.

La aplicación My Walk Tracker, cuyo logo mostraba dos monigotes y un marcador en un mapa, y que ni siquiera había visto en la primera pasada, la hizo enderezarse de golpe. En ella se registraban de forma automática todos los lugares por los que había pasado el móvil, y en el mapa el usuario podía ver cuántos kilómetros había caminado, corrido o recorrido en coche en un día concreto. Tocó el icono «MyWalkTrackerData» y se abrió una especie de tabla donde figuraban la fecha, la distancia, el tiempo, la velocidad y el número de pasos. El último registro era del 10 de noviembre de 2019, el día en el que el municipio había recibido el mensaje de emergencia.

Sintió el pulso latirle con fuerza e inclinó la lata de cocacola para intentar extraer unas gotas más, pero estaba definitivamente vacía.

Abrió de nuevo el mapa y seleccionó el domingo 10 de noviembre de 2019.

Una línea roja mostraba con bastante precisión que Ole Horsten —o al menos su teléfono móvil— se había pasado el día entero en la casa de Emdrupgårdsvej y sus alrededores, con una breve escapada matutina a una panadería a pocos kilómetros de allí.

De pronto, a las 16.54, el teléfono móvil salió de la vivienda y, siguiendo una ruta bastante irregular, llegó hasta una dirección cerca de Asserbo, en el norte de Selandia, a unos sesenta kilómetros. A juzgar por la velocidad registrada en la aplicación, solo podía haber sido en coche. A las 18.46 de esa misma tarde, el móvil se quedó sin batería o lo apagaron.

Rose hizo zoom sobre Asserbo. La zona, conocida por sus abetos y sus bonitas casas de veraneo, atraía a gente de Copenhague y a amantes de la naturaleza que preferían la compañía de los mosquitos a la de sus vecinos. Según Google Maps, la dirección donde el móvil había dejado de emitir se encontraba a escasa distancia del paraje forestal Asserbo Plantage. En las imágenes de Street View, sin embargo, solo se apreciaba una valla y un denso matorral de árboles y arbustos que sobresalían por encima.

Pulsó aleatoriamente en varios puntos de Google Maps. La propiedad estaba aislada por completo; la vivienda más cercana se encontraba a quinientos metros: sin duda alguna, el escenario perfecto para quien tuviera intención de matar a alguien sin que lo molestaran.

El estómago revuelto le volvía a doler, como si los cacahuetes hubieran empezado a pelearse en su interior, así que se recostó y dejó que la mente divagara hacia casos pasados en los que viviendas solitarias, sótanos, un granero e incluso una cámara de presión habían servido de escenario para crímenes atroces. Aunque en el Departamento Q estaban acostumbrados a esas cosas, de repente le entraron unas ganas terribles de vomitar. Tragó saliva varias veces, pero los cacahuetes salados, aún sin digerir, le

desgarraban el esófago. Se llevó la mano a la boca con desesperación.

«Aquí no», alcanzó a pensar antes de ponerse en cuclillas y vaciar todo el estómago en la papelera.

23

LINETTE

Jueves, 12 de octubre de 2023

Linette llevaba un buen rato sentada en la sala de espera, no porque el médico se hubiera retrasado, sino porque en Charis todo se movía a un ritmo casi terapéutico, más propio de un balneario que de una clínica privada, y ella simplemente había salido de casa demasiado temprano.

Se había despertado a las cinco y media de la mañana, con la adrenalina corriéndole por las venas, y ahora aguardaba en el interior de la clínica, temblando de los nervios y con una indescriptible sensación de que algo se ponía en marcha, como si aquel gris día de octubre marcara el comienzo del resto de su vida. A sus cincuenta y dos años, Linette Thykier estaba a punto de recuperar el control de su vida y nadie, ni siquiera Per, podría detenerla.

Había decidido no contarle nada a su marido sobre su cita en la clínica privada por el momento. Se lo diría esa noche, cuando volviera a casa con el plan de tratamiento, o tal vez en un par de días. Eso sí, se abstendría de mencionar el precio.

«Fuiste tú quien me dijo que cerrara la boca y moviera el trasero. ¡Pues eso mismo estoy haciendo!», le recordaría, en el supuesto de

que se le ocurriera protestar.

Entró un hombre que se sentó frente a ella, en diagonal. Llevaba unos auriculares caros y un bloc de notas Moleskine en la mano. Linette se frustró al verlo; ella también tendría que haber traído un cuaderno para anotar las dosis y detalles por el estilo, porque en cuanto veía una bata blanca se le nublaba la mente.

El hombre la saludó con un gesto de cabeza casi imperceptible, y ella le respondió con una sonrisa de dependienta, agradecida de que se hubiera quedado en la hilera de asientos del lado opuesto. No estaba en condiciones de hablar con nadie en ese momento. En su lugar, bajó la vista hacia un bol de caramelos que había en la sala, a los que llevaba casi una hora resistiéndose, a pesar de que prácticamente podía saborear la intensidad de la menta y el chocolate negro. Sabía que un solo caramelo bastaría para calmarle los nervios; también sabía todo lo malo que vendría justo después: la vergüenza, la sensación de fracaso, los reproches.

Cerró los ojos.

La noche anterior, antes de conciliar el sueño, había tratado de recordar cuándo empezó a usar la comida para calmar sus emociones. Comía de forma compulsiva cada vez que la vida le ponía un obstáculo y, de un tiempo a esta parte, también para aplacar el cansancio, la soledad y el aburrimiento.

«Hay que darse un capricho de vez en cuando», le decía a Per alguno de esos fines de semana que no tenían planes. Entonces horneaba tartas y pasteles porque no sabía de qué otro modo llenar el vacío que la roía por dentro, aunque lo cierto era que jamás se sentía mejor después de haberse comido toda la repostería.

De pequeña no había tenido problemas de peso. Entonces, ¿cuándo empezó todo?

Sobre las tres de la madrugada, la imagen afloró con toda claridad: tenía catorce años y estaba a punto de empezar el último curso de la enseñanza secundaria obligatoria, así que debía de correr el verano de 1985. Iba pedaleando rumbo a la playa por un camino de gravilla, en bikini y pantalones cortos, en compañía de su amiga. Las seguían Heinz y el chico al que todos llamaban Lange, con un transistor sujeto al portabultos.

Linette llevaba meses enamorada de Lange. No estaban en la misma clase, pero, a base de astucia y encanto, se había ido acercando poco a poco a él: aparecía como por casualidad en su entrenamiento de bádminton o daba un pequeño rodeo para ir a comprar una revista a la tienda donde él trabajaba como ayudante. Por aquel entonces, le resultaba muy fácil socializar, reía de manera espontánea y montaba en bicicleta sin la menor preocupación.

Iban pedaleando a trompicones por el camino de gravilla, entre los campos amarillos de colza, con la playa asomando al final de la cuesta. Linette estaba convencida de que, antes de que acabara el día, ella y Lange serían novios, pero entonces oyó a los chicos reír a sus espaldas. La risa de Heinz sonaba sorprendida, como si Lange hubiera dicho algo descarado e insolente. Entonces, Lange le espetó desde atrás:

«Oye, Linette, ¿qué has hecho con el sillín?».

Heinz rompió a reír estrepitosamente, y lo mismo hizo su amiga, que estaba enamorada de Heinz. Linette, que no quería arruinar el buen ambiente ni quedar en ridículo preguntando qué diablos había

querido decir, se limitó a sonreír mientras las palabras se repetían una y otra vez en su cabeza.

«¿Qué has hecho con el sillín?».

No cayó en la cuenta de lo que Lange había querido decir hasta que se pusieron a extender las toallas sobre la arena. La había llamado gorda; obesa, de hecho. Y no sin motivo: mientras pedaleaba detrás de ella por el camino de gravilla, había visto con sus propios ojos cómo el trasero se le desparramaba sobre el sillín. Lejos de tener el cuerpo esbelto y tonificado y los glúteos de acero de las mujeres de los programas de aeróbic, el culo de Linette se movía y rebotaba al compás de la bicicleta.

Al día siguiente se puso a dieta por primera vez en su vida.

Nunca más volvió a hablar con Lange. Seis años después se lo encontró por casualidad en la iglesia de su pueblo, en Nochebuena, cuando ya no vivía con sus padres y había ganado los primeros quince o veinte kilos en una espiral descontrolada de atracones y vómitos autoinducidos.

Él la saludó sonriente: «¡Linette, cuánto tiempo!». Ella actuó como si no lo conociera, pero se pasó la misa entera pensando en cómo Lange le había destrozado la vida y ni siquiera se acordaba.

El crujido del celofán la devolvió a la realidad. Aunque apenas se escuchaba, algo en ese sonido le hacía la boca agua y, molesta, levantó la mirada. El hombre de enfrente se había servido tres caramelos de menta y chocolate y estaba a punto de comérselos todos de golpe.

Linette se puso lívida. ¡Tenía que ser la repera estar tan delgado como para poder sentarse allí tan tranquilo, devorando dulces como

si nada! Y encima ahí, en un sitio al que la gente iba buscando ayuda por sus problemas con la comida.

Tomó una revista de decoración y trató de concentrarse en una guía complicadísima para hacer una pantalla de lámpara, pero le resultó imposible porque el idiota de enfrente parecía empeñado en llamar la atención por las razones equivocadas. De sus auriculares llegaba un murmullo de música que parecía clásica. La melodía no le sonaba de nada y probablemente ni la habría oído si el hombre no la hubiera empezado a tararear.

Una mujer sentada al fondo de la sala levantó la vista del móvil y observó al hombre con una sonrisa afable, pero Linette estaba a punto de perder los estribos. ¿Qué clase de persona se sentaba allí a proferir alaridos como si fuera un músico callejero? Estaban en la sala de espera de una clínica; había pacientes que necesitaban tratamiento, asustados o a punto de recibir un diagnóstico grave. ¿Por qué tenía que torturarlos con semejante maullido infernal?

Quizá no estuviera molestando a nadie más, pero aquel era el primer día de su nueva vida y no iba a permitir que nada ni nadie lo estropearan.

—¡Disculpe! —Se inclinó hacia el hombre—. ¡Oiga! ¡Sí, usted, el cantante! —lo volvió a intentar, esta vez en un tono tan alto que todas las miradas de la sala se posaron sobre ella.

Él dejó de tararear de golpe y miró al vacío un instante, antes de ponerse los auriculares al cuello y clavar en Linette sus ojillos de rata durante dos largos e incómodos segundos.

—¿Me está hablando a mí? —preguntó al final.

—Sí. —Sintió que se le sonrojaban las mejillas—. ¿Le importaría dejar de cantar?

La contempló desconcertado, y entonces se reflejó en su mirada un atisbo de dolor, como si ella lo hubiera regañado como a un pobre niño sin culpa y no como a un hombre hecho y derecho. Pero, en lugar de despertar su empatía, la reacción infantil del hombre la enfureció aún más. ¡Tenía que enterarse de que su comportamiento afectaba a los que lo rodeaban! Cuando los niños pequeños la señalaban con el dedo o los adolescentes se reían a sus espaldas, ella tampoco se giraba para preguntarles qué querían. Sabía perfectamente que estaba gorda. ¿Acaso no se había pasado toda la vida entre disculpas por sus kilos de más y esfuerzos por ocultarlos como buenamente podía? Y allí estaba él, tan tranquilo, imponiendo su extraña manía a los demás como si fuera lo más normal del mundo.

Linette sintió cómo le hervía la sangre y tomó aliento antes de estallar en un arrebato de ira que se había estado gestando desde aquel verano de 1985:

—¡¡Si es que encima canta como el culo!!

Sus palabras resonaron por toda la estancia. La mujer al fondo dejó de sonreír y frunció el ceño, pero a Linette no le importaron las miradas de los demás. La nueva Linette no se dejaba pisotear.

—¿Linette Thykier? —llamó una voz clara desde la derecha.

Linette no la oyó; el tipo seguía observándola con aquella patética mirada de roedor.

—¿Hay aquí alguna Linette Thykier? El doctor la está esperando —dijo una mujer joven, vestida con polo azul claro y pantalones blancos, mientras escaneaba con la vista la sala de espera.

—Sí, soy yo. —Linette apartó la mirada del hombre y le estrechó la mano a la enfermera.

—Bienvenida, Linette. Hoy le haremos el examen médico y, si todo está bien, podrá empezar con la medicación el martes que viene —le explicó la enfermera con una sonrisa rutinaria.

Linette la siguió por el pasillo, con los ojos de aquel hombre clavados en el contoneo de sus caderas y en sus piernas arqueadas hacia adentro. Pero por primera vez, aquella mirada de desprecio no la afectó.

Hacía mucho tiempo que no se sentía tan viva.

24

ASSAD

El chasis crujió sobre la grava cuando Assad aparcó frente a la casa de veraneo de Asserbo. La finca entera estaba sumida en la penumbra, y en la vivienda de entramado de madera de detrás de la valla no se veía ninguna luz encendida, de modo que Assad tuvo que sacar una linterna de la guantera.

—Es algo *bizarre*, ¿no? —Helena rascó la valla con la uña—. Le hace falta una buena mano de pintura, pero la madera está… ¿Cómo se dice? ¿*Impresionada*?

—¿Impresionante? —Assad agarró el sólido y robusto candado de la puerta de la valla—. Sí, podría decirse que sí.

—No, no, *impresionada* a presión. Tratada. Yo diría que esta valla no tiene más de siete u ocho años.

Assad se asomó por encima de las tablas, de más de un metro de altura.

—No puede decirse lo mismo de la casa —observó. Las ventanas de cuarterones tenían varios cristales rotos, y dudaba mucho de que en el interior hubiera agua corriente, calefacción o electricidad. Del tejado de paja, sucio y gris, colgaban racimos de musgo, y largas grietas de asentamiento resquebrajaban la fachada. La inmobiliaria que pretendiera vender la propiedad tendría que echar mano de los

eufemismos más creativos para no describirla como «auténtica ruina».

—¿Qué sentido tiene poner una valla nueva si ni siquiera piensas mantener la casa?

—Espera, que te hago una herradura —dijo Assad. Se encajó la linterna en la cinturilla del pantalón, se puso en cuclillas y entrelazó los dedos.

—¿Una qué?

—Una herradura. Un estribo. Para ayudarte a trepar. Súbete a mis manos.

Helena miró perpleja las manos de Assad y luego lo observó a él. Después apoyó sus propias manos en la valla, se impulsó con los brazos como una gimnasta olímpica, pasó la pierna derecha por encima de las tablas y se dejó caer al otro lado. Entonces esperó pacientemente a que Assad hiciera el mismo movimiento, eso sí, con bastante menos elegancia que ella.

Caminaron hacia la casa. La puerta principal estaba entreabierta, y acabó de abrirse con un chirrido cuando Helena le dio un leve empujón con el codo. Se asomó con cautela al recibidor.

Assad trató de descifrar su expresión.

—Déjame entrar primero —se ofreció, pero Helena soltó un gruñido de fastidio, inclinó la barbilla hacia atrás y cruzó el umbral.

Assad probó a pulsar un interruptor pringoso junto a la puerta, pero, como era de esperar, no ocurrió nada: no había luz ni en el recibidor, ni en el pequeño aseo de la derecha, ni al fondo, en el salón. Entonces Helena encendió la linterna del móvil y dejó que la fría luz recorriera el espacio, probablemente para averiguar de dónde

procedía aquel hedor a moho y excrementos que impregnaba la vivienda.

«Menos mal que Rose no ha venido», pensó Assad, tapándose la nariz y la boca con el brazo.

Unas horas antes, Rose le había arrojado sobre el escritorio un papel con una dirección del norte de Selandia y le había pedido que fuera hasta allí con Helena. Ella apenas tenía fuerzas para regresar en tren a su casa, en Stenløse.

«Tienes que comer algo decente; las galletas saladas son para los peces y los burritos pequeños», le había dicho Assad, pero ella lo despachó con un gesto de fastidio.

Según Rose, esta era la ubicación cerca de Asserbo Plantage donde se encontraba el teléfono de Ole Horsten cuando se le agotó la batería o lo apagaron el 10 de noviembre de 2019. Lo que faltaba por aclarar era si el propio Ole también había estado allí.

La pequeña finca rural databa de 1902 y, según el registro de la propiedad, pertenecía a un australiano de unos cincuenta y ocho años llamado Damien Ritter, quien la había heredado de sus anteriores propietarios, Lise y Asger Ritter, un matrimonio sin hijos que falleció en 2011 y 2013, respectivamente.

Asger Ritter era algo así como un tío abuelo del australiano, pero Damien, que cumplía condena en la cárcel de Canberra por cuatro robos a mano armada, aún no había tenido ocasión de echar un vistazo a su propiedad danesa.

El sonido de un crujido seco seguido de un golpe sordo de algo que caía al suelo llegó hasta ellos desde el salón. Helena volvió la cabeza hacia Assad. Sus ojos verdes permanecían atentos, pero en ellos no había rastro de miedo.

—Espera un momento. —Assad palpó su pistola reglamentaria para comprobar que seguía en su sitio—. ¿Vas armada?

Ella asintió.

Assad trazó un círculo en el aire con el índice, retrocedió unos pasos desde la puerta principal y avanzó entre la hierba y los arbustos que crecían descontrolados alrededor de la vivienda hasta una terraza completamente cubierta de vegetación. Se asomó con cautela por la esquina. El cristal de la puerta que daba al jardín estaba ennegrecido por la suciedad, pero por la ventana rota de al lado pudo contemplar la mayor parte del salón en la penumbra.

Viendo el mobiliario, parecía como si alguien se hubiera ido a hacer un recado en los años ochenta y hubiera decidido no regresar. Al pie de un sillón muy gastado se veía una manta tejida a ganchillo. Había también un aparador con unos cuantos objetos en los estantes: una taza, unos libros encuadernados en piel, el bordado enmarcado de una planta y una licorera intacta.

De la lámpara que pendía sobre la mesa del comedor ya solo quedaba una bombilla desnuda, y las sillas estaban dispersas por todo el salón. Había una estufa gris, cubierta de polvo.

Al ir a asomar la cabeza por la ventana rota, una sombra oscura se cruzó en su camino y le dio un golpe en la sien.

—¡Au! —gritó.

—¿Estás bien? —preguntó Helena, en voz alta pero sin perder la calma.

Assad siguió con la mirada al mirlo que acababa de salir volando por la ventana y que ahora, posado sobre una rama de espino, lo miraba con aire perplejo.

—No era más que un pájaro; creo que ha tirado algo al suelo —respondió. Comprobó la puerta del jardín: no estaba cerrada con llave—. Aquí no hay nadie.

Helena entró en el salón desde el pasillo.

—Pero lo ha habido. He encontrado esto en la cocina —dijo, mostrándole un trozo de papel arrugado. Era un sucio *ticket* de compra de dos refrescos, un salchichón y un paquete de pan del supermercado Netto de Helsinge del día 3 de agosto de 2018 a las 17.20—. Aunque yo que tú no comería ni bebería nada aquí dentro; hay caca de rata y de pájaro por toda la mesa de la cocina. —Miró a su alrededor—. ¿Ves algo que te llame la atención?

Assad se encogió de hombros. En realidad, no sabía muy bien qué estaban buscando. ¿Una huella de zapato? ¿Huellas dactilares? ¿Un trozo de cuerda? ¿Restos de adn en una botella de plástico o en el sillón?

—¿Crees que retuvieron aquí a Ole Horsten? —Una pequeña arruga en la nariz de Helena dejaba intuir que a ella no le parecía probable.

Assad también lo dudaba. La cisterna del baño estaba seca y llena de lo que parecían excrementos petrificados. La cama doble del dormitorio y el sofá del salón tenían manchas negras de humedad. Nadie en su sano juicio dejaría que un anciano durmiera y comiera en un lugar así. Aunque ¿quién dijo que el agresor estuviera en su sano juicio? No hacía falta llegar a la locura: Assad sabía mejor que nadie que el odio, la sed de venganza y la avaricia bastaban para acabar con cualquier vestigio de humanidad.

—Hay que precintar la casa y examinarla a fondo. Aquí no puede entrar nadie hasta que sepamos qué le ocurrió al viejo Horsten —

concluyó.

Salieron por la puerta del jardín. Assad apartó un arbusto junto a la esquina de la casa para regresar al coche y avisar a los peritos, pero Helena se había detenido.

—Por aquí ha pasado alguien hace poco —dijo, señalando un matojo de hierba alta, aplastada como si la hubieran pisado. De pie en la penumbra, tenía los ojos cerrados y la cabeza alzada, como un felino que acaba de encontrar un rastro—. Aquí huele a podrido.

Assad aspiró varias veces con fuerza, pero no le olió a absolutamente nada. ¡A ver si Rose le había contagiado el «mal de tripas»…!

—Pásame la linterna —ordenó Helena y extendió el brazo hacia donde la guardaba Assad para dirigir después el haz de luz hacia la maraña de pequeños árboles y vegetación. Bajo el potente foco, Assad alcanzó a distinguir unas losas ocultas entre la maleza, dispuestas de forma irregular, que se extendían desde la terraza hasta los matorrales.

—Vamos a ver qué hay ahí detrás —propuso Helena, deslizándose junto a un enorme rododendro.

—Aquí no huele a cadáver, si es lo que piensas —espetó Assad—. Ese olor no se olvida jamás una vez que se te mete en la nariz.

—¿Y quién ha dicho eso? —replicó Helena, señalando la tierra a su alrededor, salpicada de manchones embarrados que hacían resbaladizo el terreno—. Fruta caída. Manzanas, peras y… ¿Cómo se llaman estas? *Cerises*. Alguien las ha pisado.

—¡Mira! —dijo Assad, levantándole el brazo con el que sostenía la linterna. A unos treinta metros de allí, en la linde del bosque, había

avistado en medio de la oscuridad un cuadrado blanco con esquinas redondeadas.

—*Une caravane*? —exclamó Helena.

Era difícil distinguirla: la superficie, ennegrecida por el moho y cubierta de musgo y polen, casi se confundía con los espesos matorrales que la rodeaban, y unas ramas de pino y sauce la ocultaban prácticamente por completo, cerrándose sobre ella como en un abrazo.

Assad se acercó a mirar por las ventanillas, pero solo vio su propio reflejo. Los estores, opacos y con revestimiento plateado, estaban bajados e impedían ver el interior.

Una sensación difusa se apoderó de él. Por el diseño, la caravana parecía de los años sesenta; tendría que estar equipada con lo que se llamaba popularmente «cortinas de nalgas*»,* recogidas a ambos lados. Aquellos estores modernos desentonaban por completo.

Probó a abrir la ventanilla de uno de los extremos de la caravana, pero estaba cerrada a cal y canto. Pegó la mejilla al cristal para inspeccionar los mecanismos de cierre. Había cuatro en total: dos pestillos en la parte inferior y uno a cada lado; y parecían nuevos, intactos: el plástico era de un blanco impoluto, no se veían marcas amarillentas de dedos grasientos acumuladas durante décadas, y en los tornillos, de un metal plateado brillante, no había rastro de óxido.

Dio un paso atrás y volvió a observar la caravana. Podía equivocarse, pero le pareció distinguir un par de líneas más claras sobre el gris mohoso del lateral y alrededor de la rejilla de ventilación de la puerta, como si alguien hubiera pasado los dedos por allí.

—Aquí ha estado alguien hace poco —observó Helena, interrumpiendo sus pensamientos y señalando el suelo embarrado frente a la caravana. En la tierra húmeda aún se apreciaban las huellas de unos zapatos o unas botas.

Helena sorteó el barro para subirse al taburete frente a la puerta, pero Assad le puso la mano en el brazo.

—Helena, espera —dijo. No sabría decir el qué, pero algo en esa caravana lo inquietaba.

Ella se volvió y lo miró sin comprender.

—Vamos a mirar qué hay dentro.

—Creo que es mejor esperar a los peritos.

Helena lo miró tranquila mientras sacaba un par de guantes de látex y tres bolsas para muestras de adn del bolsillo interior.

—¡Rose y tú la tenéis tomada conmigo! ¿De verdad creéis que no controlo las técnicas de investigación más elementales? De acuerdo, no soy Carl Mørck, pero sé moverme perfectamente en una escena del crimen —afirmó, con los ojos en ascuas—. Sé tan bien como vosotros que no se puede tocar nada sin guantes; he manejado miles de pruebas a lo largo de mi carrera. Y, por cierto, en ningún momento pedí entrar en vuestro dichoso Departamento Q. Vamos a resolver este caso para que me dejen volver a Teglholm, como me prometió Terje —hizo una breve pausa—, y así os libráis de mí. *D'accord*?

Assad dio un paso hacia ella sin saber muy bien por qué. Helena no había dado señales de necesitar ayuda, pero quería dejarle claro que, aunque no podía hablar por Rose, él no tenía nada en su contra. Helena le dio la espalda y puso la mano en el tirador de la puerta.

De pronto, el suelo cedió bajo la caravana. Assad, que ya estaba en movimiento, agarró instintivamente el brazo de Helena. Quiso gritar «¡cuidado!», pero, en su cerebro, que ya había advertido el peligro, se activó su lengua materna.

—*Ihthari*! —gritó, tirando de ella con todas sus fuerzas.

Assad sintió una presión brutal en la espalda, como si una mano gigantesca los lanzara hacia delante. Notó que sus pies se levantaban en el aire y, de repente, su cara se estampó contra el suelo pedregoso. Apenas podía respirar. Le dolían las costillas como si se le hubieran salido de la columna e incrustado en el pecho, y por un momento pareció que el mundo había perdido todo su color; su campo de visión se vio reducido a un caos de gris y negro polvoriento.

Lo reconoció al instante: el polvo, el calor, el estruendo ensordecedor seguido de un silencio ominoso. Algo había explotado detrás de él, y supo que era la caravana.

Se arrastró hasta Helena; sus guantes de látex azul claro sobresalían entre la humareda, que se iba extendiendo sobre ellos como la bruma matutina y les dificultaba la respiración. Su compañera estaba boca abajo, inmóvil, y sangraba por un corte bajo el ojo. Movía los labios, pero Assad no podía oírla porque un silbido agudo le taladraba los oídos. Sintió algo caliente que le resbalaba por la sien hasta el ojo derecho y lo apartó con la mano, que se tiñó de rojo oscuro.

Notó que iba recuperando la audición a la vez que el dolor se le extendía por todo el cuerpo. Lo primero que oyó fue el crepitar del fuego detrás de él. Y a Helena, que repetía un lamento que Assad no entendió.

—*Yu-yu, yu-yu* —decía. Un único sonido, un grito desgarrador, una y otra vez—. *Yu-yu*!

25

HELENA

Domingo, 15 de octubre de 2023

Helena dejó la sierra de calar a un lado y se apoyó contra la pared. Le dolía todo el cuerpo de forcejear con aquellos tablones de varios metros de largo, y el mero hecho de sostener la sierra mientras se abría paso por la madera hacía que le vibrara todo el torso, precisamente lo contrario de lo que los médicos le habían recomendado. ¿En qué demonios estaría pensando cuando se puso el mono esa mañana?

—*Imbécile* —murmuró, y se arrancó de un tirón la mascarilla antipolvo. Se dejó deslizar hasta el suelo para examinar su trabajo.

Había empezado con el proyecto poco después de llegar a Dinamarca. Al principio, como agradecimiento a Nanna por haberla acogido cuando se plantó en Copenhague con poco más que una maleta con ruedas, sus herramientas y dos esquejes de su antiguo jardín. Pero aquel trabajo terminó siendo también una buena terapia.

Primero tuvo que desmontar el viejo armario de Nanna; solo las puertas de teca se habían salvado de la carcoma. Después bajó todos los escombros desde la tercera planta, arrancó el viejo papel, enlució la pared, lijó y volvió a empapelar antes de poder ponerse

manos a la obra con el verdadero proyecto, una estantería empotrada hecha a medida. Resultó ser mucho más complicado de lo que imaginaba: el suelo era irregular y las paredes estaban torcidas y desniveladas, por lo que cada estante y cada panel lateral debía cortarse con una precisión milimétrica. En aquel ático se habían oído más tacos e improperios que en un tugurio del puerto de Marsella.

«Tú prefieres morir antes que darte por vencida», le había dicho Nanna al cabo de unas semanas. Y, si bien era cierto que la descripción le venía a Helena como anillo al dedo, no era toda la verdad: ella tenía planes para aquel mueble; planes que no pensaba compartir con nadie, y mucho menos con Nanna.

—¡Voy a entrar! —gritó Nanna desde el pasillo, aunque no hacía falta que avisara: tenía la vista tan deteriorada que caminaba a trompicones, y se la oía venir desde lejos.

Casi todas las mañanas, en la casa adosada en las afueras de Østerbro, Helena se despertaba con las maldiciones que la mujer musitaba cada vez que se golpeaba un pie o la cabeza en su torpe intento de preparar café.

Nanna seguía sin acabar de aceptar su rápida pérdida de visión. Difícilmente podía haber un hogar menos idóneo para una mujer de sesenta años casi ciega que una vieja casa de tres plantas con sótano, pero ella no quería ni oír hablar de venderla. «¡A mí no me echa de mi casa ninguna enfermedad!», solía decir. Y ahora que Helena vivía allí, se sentía más segura.

Oyó a Nanna trastear con la puerta y, con gran esfuerzo, se puso en pie. Un dolor punzante le recorrió el costado derecho y le atravesó el pecho. Tenía dos costillas magulladas y una tercera rota.

Decían los médicos que, dada la magnitud de la explosión, había salido bastante bien parada, y la enviaron a casa con un analgésico. Helena habría preferido que le recetaran también pastillas para dormir.

Había probado a tumbarse boca arriba, a recostarse sobre el lado izquierdo e incluso a sentarse con tres almohadas en la espalda, pero en los últimos tres días no había logrado dormir más de diez minutos seguidos. Se sentía exhausta y… —buscó en su aún limitado vocabulario de danés la palabra exacta— ¿excoriada? Sí. Excoriada y avergonzada.

En los momentos que siguieron a la explosión en Asserbo, se había comportado como una loca. Había gritado y tratado de levantarse; por alguna razón absurda, quería hurgar entre los restos calcinados de la caravana, así que Assad tuvo que sujetarla con sus brazos, gruesos como vigas, y contenerla hasta que llegó la ambulancia.

«Grita y patalea todo lo que quieras, pero no pienso soltarte», le había dicho.

Con solo recordarlo se le ponía la cara como un tomate. ¡Dios mío, qué vergüenza!

Abrir de golpe la puerta de aquella maldita caravana había sido un error imperdonable que había estado a punto de costarle la vida a ella y a su compañero, confirmando así todas las sospechas de Rose y Assad sobre su ineptitud. *Merde*! ¿Cómo había podido ser tan imprudente? Ella, que estaba siempre alerta y olía el peligro desde lejos. Su último error como policía lo había cometido más de diez años antes de la explosión, y era algo que no podía repetirse bajo ningún concepto. La última vez que falló, su vida se derrumbó y su

corazón se rompió en pedazos. Después de aquello, ya no le quedó nada. Solo su padre. Y Nanna, claro.

Abrió la puerta y se encontró a Nanna que sostenía una bandeja con dos tazas humeantes y un cuenco con galletitas de jengibre. Cómo había subido las escaleras con todo eso seguía siendo un misterio.

—*Nounou*! —Le retiró la bandeja de las manos y la colocó en el suelo—. ¡Podrías haberte quemado! —La miró con reproche, aunque de poco sirviera, porque el trastorno ocular de Nanna le había arrebatado hacía tiempo la capacidad de leer expresiones faciales.

—Chiquilla, vivo en esta casa desde hace veinte años; mis pies encuentran solos el camino. —Nanna tanteó el rostro de Helena y posó los dedos un instante sobre la mejilla suturada—. ¿Qué tal estás?

—*Pas mal*. —Helena se encogió de hombros.

—En danés, Helena. Y no me mientas, haz el favor.

—Todo bien. De verdad. —Helena estuvo a punto de reírse. Ya tenía cuarenta y cuatro años y, aunque sus roles se habían invertido y ahora era Nanna quien necesitaba ayuda, a ojos de esta, Helena seguía siendo una niña.

—¿Te sigue doliendo?

—Sí, un poco, pero no es eso lo que…

—Ya —dijo Nanna—. A ti el dolor físico siempre te ha dado igual. Tu padre te llamaba su *enfant sauvage*, su niña salvaje. Claro que tampoco tenía mucho con qué comparar —sonrió.

Helena era hija única y acababa de cumplir siete años cuando Nanna llegó a la villa de la familia Henry en Rillieux-la-Pape, a las afueras de Lyon. La madre de Helena, danesa de nacimiento, había

fallecido de repente dos años antes. Una noche se había ido a la cama con fiebre y dolor de cabeza, y a la mañana siguiente estaba muerta. Meningitis bacteriana. Nunca se supo dónde se había contagiado.

Había oído a un médico entrado en años decirle a su padre: «Es obra del destino». Y en el entierro, el sacerdote trató de consolar a los afligidos con un «Dios la ha llamado a su presencia».

Helena aborreció a ambas autoridades por aquellas explicaciones y pasó noches enteras en vela, furiosa ante lo absurdo de los dos argumentos que supuestamente debían ayudarla a entender por qué a partir de ese momento tenía que arreglárselas sin su madre. Entonces tomó una decisión: dado que no se podía confiar ni en Dios ni en el destino, de ahí en adelante solo confiaría en sí misma.

Nanna era una de las pocas excepciones a esa regla, pero había costado lo suyo. La madre de Helena había sido abogada e iba siempre impecable, con tacones y chaquetas inspiradas en Chanel, y a la niña le costó perdonar que su padre contratase como sustituta a una *au pair* bohemia de acento torpe y vestidos con estampados de flores. Pero, como el cargo de director de la policía en Lyon implicaba larguísimas jornadas de trabajo, Nanna acabó convirtiéndose en la *nounou* de Helena, su niñera.

Estuvo con ellos nueve años. Los tres primeros, como *au pair* a tiempo completo; después se matriculó en una academia de arte en Lyon y se echó novio, un artista francés que se llamaba Luc y que, a ojos de Helena, no era más que un fanfarrón inútil. El caso es que Nanna nunca se mudó del piso de abajo de Rillieux-la-Pape y pasó a ser una especie de ama de llaves para el padre de Helena y una confidente para ella, hasta que Luc la dejó por una mujer mayor y

adinerada, y Nanna decidió regresar a Dinamarca. Para Helena, aquel fue el segundo peor día de su vida.

—¿Qué es lo que te preocupa? —preguntó Nanna, acariciándole la mano con suavidad.

—Me parece que ya no sirvo para policía. —Helena se volvió a deslizar por la pared para no sobrecargar las costillas—. ¡Joder, siempre voy con los ojos bien abiertos y pienso antes de hacer las cosas! Pero esta vez quise lucirme como una idiota delante de ese…

—¿Assad? —Nanna buscó a tientas las tazas en el suelo y le alcanzó una a Helena.

—Sí. —Helena dio un sorbo al té. Té de jengibre con galletitas de jengibre. Nanna estaba convencida de que aquella raíz tan potente lo curaba todo, desde problemas digestivos hasta artrosis y resfriados, así que por fuerza tenía que servir para unas costillas magulladas—. Puede que me dejara provocar por esa mujer del Departamento Q que parece salida de una película de Fellini. Desde que entré por la puerta no ha hecho más que mostrar rechazo, pero eso no quita que yo haya metido la pata hasta el fondo. Assad nunca volverá a confiar en mí. —Miró a Nanna—. Tiene mujer y tres hijos, Nanna. ¡Tres!

—¿Y a ti no te parece que un hombre como él también ha cometido errores? ¿No te dijo tu jefe que sobrevivió a una intoxicación por humo y a una fractura de cráneo? Y el otro día me contaste que tenía el pulgar como si se lo hubieran asado en la barbacoa.

Helena se quedó en silencio un instante, incapaz de pronunciar la siguiente frase.

—Llamé a Juju a gritos después de la explosión, llorando como una idiota. Assad tuvo que sujetarme porque yo quería revolver entre los escombros a pesar de que todo estaba en llamas.

Nanna asintió suavemente, con un ligero vaivén.

—Normal. Estabas en estado de *shock*, y entonces…

—No —dijo Helena, sin poder evitar alzar la voz—. Eso también fue un error; no puedo seguir en la policía si me bloqueo cada vez que oigo un estruendo.

—Claro que puedes. Acuérdate de por qué viniste aquí en primer lugar. Estás aquí por Juju, ¿no es así? —Posó una mano sobre el brazo de Helena—. Y no tienes motivos para no confiar en Assad. Tú misma has dicho que es agradable y un buen investigador, con montones de casos resueltos a sus espaldas. Sois compañeros, y los compañeros tienen que poder confiar el uno en el otro.

—Yo no confío en nadie, lo sabes muy bien.

—Tal vez sea hora de intentarlo —sugirió Nanna, con cautela.

Helena optó por hacer oídos sordos. Lo habían discutido infinidad de veces: tenía que reconciliarse con su pasado y recuperar la confianza en los demás. Pero ¿cómo?

—¿Y qué pasa si me hace preguntas cuando lo vuelva a ver? Aquí nadie puede saber nada de Juju; sería demasiado peligroso.

Nanna le apretó el brazo.

—Ya lo sé, pero es policía, a lo mejor te puede ayudar a la larga.

Helena negó con la cabeza.

—No tengo intención de quedarme en el Departamento Q.

—¿Por qué no? —Los ojos prácticamente ciegos de Nanna trataron de encontrar la mirada de Helena—. Me da la impresión de que ahí

encajas muy bien. Un batiburrillo de excéntricos con problemas para acatar la autorid…

Helena la interrumpió.

—Gracias, pero podías haberlo dejado en «excéntricos». La idea era resolver el primer caso que se presentara, que ha resultado ser el de los Horsten, y después exigir la vuelta al crimen organizado, que fue lo que me prometieron. Jamás volveré a ver a Juju si me quedo en ese extraño sótano, desempolvando viejos casos de homicidio.

—Vale, pues resuelves el caso Horsten en un plis plas y ya está —dijo Nanna mientras mordía una galletita.

—¿Es que no lo entiendes? La explosión de Asserbo demuestra que el caso es mucho más complicado de lo que pensábamos. Por lo que parece, el autor no solo mató a Ole Horsten hace cuatro años; también convirtió la caravana en una trampa con explosivos sin importarle un pepino si se acercaba un niño o un borracho de la calle o… Un tipo así seguro que carga con más muertos en la conciencia. Tardaremos meses o incluso años en llegar al fondo de todo esto. ¡Y a mí no me queda tanto tiempo! —La voz de Helena se quebró. Golpeó el suelo con el puño en un intento de recuperar la compostura, pero no pudo evitar que le brotaran las lágrimas.

Nanna extendió una mano y le acarició la mejilla.

—Nunca volveré a ver a Juju —sentenció—. Quizá ni siquiera lo merezca.

—Pero ¡qué dices!

—Algunos días la nostalgia es tan fuerte que siento que me rompo por dentro. —Helena alzó la vista.

—Lo sé, chiquilla, lo sé. Pero… *courage*, nosotras vamos a seguir con el plan. —Nanna le puso el cuenco de galletas en el regazo—. Anda, come.

Helena suspiró y echó un vistazo a las galletas. Las había hecho la propia Nanna, así que probarlas era casi una temeridad. Siempre había horneado «a ojo», pero con la vista cada vez peor, la improvisación con las medidas se le había ido de las manos.

—¿A que son las mejores que he hecho nunca? —dijo Nanna con orgullo.

Helena levantó una mano en gesto defensivo. El jengibre hacía que le picara la nariz y la garganta, y sospechaba que un ataque de tos en ese momento haría que las costillas magulladas acabaran de romperse del todo.

—Creo que Assad y tú os llevaríais bien —constató, bebiendo un sorbo de té—. Por cierto, ¿qué es eso de «vamos a seguir con el plan»?

—Tenemos que averiguar quién te envió esos correos tan repulsivos.

—No «vamos» a hacer nada —concluyó Helena, secándose las lágrimas.

—Si encontramos al remitente, quizá averigüemos también qué demonios ocurrió entonces —insistió Nanna—. Esa gente ya te ha destrozado bastante la vida, no puedes seguir así.

—¡Te he dicho que no «vamos» a hacer absolutamente nada! Soy yo quien… —Frustrada, Helena se inclinó hacia delante y las costillas le respondieron con un dolor fulminante que la hizo gemir de rabia.

Nanna tanteó hasta quitarle la taza de las manos.

—¡Así me gusta! ¡Esa es la actitud que quiero ver! —dijo con una sonrisa—. La Helena que yo conozco no se deja intimidar por compañeros desagradables ni por una pequeña explosión. Ahora descansa. En un par de días estarás lo bastante bien como para volver al trabajo… y hacer lo que tenemos pendiente. —Se puso en pie con una agilidad sorprendente—. Entonces haremos una visita a esa dirección de Brønshøj, ¿te parece?

26

JAKOB

En cuanto vio las cintas de acordonamiento rojas y blancas que bloqueaban la entrada, supo lo que había pasado. La caravana, con todo lo que guardaba en su interior, había desaparecido, volado en pedazos. Lo que no sabía era qué se suponía que debía sentir ahora.

No estaba preocupado ni nervioso. Sabía que no quedaba nada que pudiera vincularlo con la explosión; había colocado las cargas con una precisión absoluta. De su infancia en Bornholm apenas sacó nada de provecho, pero tras estar obligado durante años a escuchar conversaciones sobre técnicas de explosivos durante las comidas, un par de cosas sí se le habían quedado grabadas. El peso, los materiales y la inflamabilidad de la caravana…, nada había escapado a sus cálculos. Las cargas más potentes las había colocado bajo los asientos; al ser detonadas, la caravana debió de levantarse literalmente del suelo. Las más pequeñas las había distribuido siguiendo un patrón regular en la parte trasera del tablón de la pared.

Jakob se bajó del coche y se caló el gorro hasta las cejas para ocultar el pelo y parecer un obrero cualquiera. Había aparcado entre unos pinos muy densos, un par de cientos de metros más abajo, y si la Policía seguía trabajando en la casa, pasaría de largo sin llamar la

atención, con las manos cruzadas a la espalda y saludando con la cabeza, como un vecino más.

Se llevó una mano al pecho para poder palpar lo que sentía. ¿Había en él algo de tristeza al ver que los últimos vestigios de «Asger y Lise» en su vida se habían reducido a ceniza? Su madre siempre decía que había puesto a aquellos «viejos hippies» en un pedestal, y aunque Jakob sabía que esas palabras eran fruto de la pura envidia, en su momento lo habían enfurecido. Ahora, mientras contemplaba la valla destrozada y las recientes huellas de neumáticos que conducían a la parte trasera de la casa, sintió que la furia volvía a apoderarse de él.

Sintió una vibración en su bolsillo derecho y miró la pantalla con una mezcla de asco e irritación. Era como cuando uno huele a mierda y de repente aparece: para una vez que pensaba en su madre… ¡y justo se le ocurría llamarlo!

—¿Qué? —dijo al teléfono.

—Espero no molestar —sonó una voz tímida al otro lado. Siempre ese tono fingido de disculpa. ¿Por qué nunca llamaba *él*? Eso era, en realidad, lo que se escondía tras la pregunta.

—Pues… sí, sí molestas —respondió. Era más fácil decir la verdad.

—Tu padre te manda saludos… Está muy mal; son los pulmones —la voz de su madre se quebró—. El médico dice que ya no hay nada que hacer.

Jakob siguió las huellas de neumático hasta la parte trasera de la casa de Asger y Lise. Pertenecían a un vehículo grande y pesado, casi con toda seguridad al camión grúa de la policía, porque la caravana ya no estaba. O ya no estaba entera; no podía haber quedado de ella más que el chasis.

—¿Y? —inquirió.

Su madre vaciló un instante.

—Pensaba que quizá sería buena idea que vinieras de visita.

—¿Y eso por qué? —Jakob fijó la mirada en el rectángulo chamuscado al fondo del jardín. Constató, satisfecho, que la potente explosión había levantado casi toda la tierra alrededor de la caravana, y las partículas blanco-grisáceas del chasis se esparcían por el bosque como copos de nieve asimétricos.

—Como ya te he dicho, a tu padre no le queda mucho —continuó su madre, ahora con impaciencia—. Incluso tus hermanos vienen a verlo, como mínimo, una vez por semana. Y eso que ya tienen suficiente con lo suyo.

Jakob no respondió. Su hermano mayor cobraba una pensión por invalidez: la artrosis en los hombros y la espalda lo había dejado fuera de combate a los cuarenta y cinco, y hasta los pronósticos más optimistas le auguraban un futuro con silla de ruedas y un alto consumo de opioides. Al mediano lo habían despedido de la cantera al poco de cumplir veinte años de servicio y, según su madre, vivía de llevar turistas en autobús por la isla en verano. En invierno se dedicaba a comer fritangas y a planear ingeniosas venganzas contra la mujer que lo había abandonado tras cinco años de matrimonio, por suerte, sin hijos. En definitiva, su padre y sus hermanos se habían venido abajo con mayor rapidez, creatividad y eficacia de lo que Jakob jamás habría podido imaginar.

—No tengo tiempo —dijo Jakob mientras inspeccionaba el jardín de Asger y Lise.

Los matorrales del jardín trasero habían quedado completamente aplastados por las pisadas. Al parecer, habían acudido al lugar un

puñado de peritos de la policía y, según los compañeros de la redacción que cubrían el caso, quien había agarrado la puerta y detonado la explosión, que se llegó a escuchar en Tisvilde, a unos diez kilómetros de allí, no había sido cualquier pelagatos. No. Habían sido dos agentes de policía.

—¿No tienes tiempo para tu padre que se está muriendo? —preguntó la voz temblorosa de su madre. Seguía albergando la esperanza de que su marido y el menor de sus hijos se reconciliaran, pero Jakob no había visto a su padre ni a sus hermanos en veinte años, y no iba a cambiar ahora de idea. En su adolescencia había suplicado y rogado a sus padres que buscaran especialistas. Había entrenadores vocales, fisioterapeutas, profesores de canto y otorrinos a quienes pedir ayuda; incluso había médicos en el extranjero capaces de operar las cuerdas vocales y alterar la voz, pero su padre lo había descartado todo porque le parecía una estupidez.

«¡A ver si voy a tener que gastar el dinero que tanto me ha costado ahorrar en recorrer medio mundo para que el niño pueda ser un chillón profesional! ¡Ya basta de tanta tontería! Los hombres de esta familia tienen un trabajo de verdad. El chico tiene que aprender a usar las manos», había oído decir a su padre una noche, mientras él estaba en la cama.

¿De verdad esperaba que ahora Jakob fuera corriendo y lo tratara con cariño y empatía?

En cuanto a la madre… Cinco años atrás se había presentado sin avisar en su casa de Vanløse con un brazo de gitano de esos baratos del supermercado. Quería evitar a toda costa que una situación tan incómoda se volviera a repetir. Y mucho menos ahora.

—Trabajo toda la semana —contestó.

—¿Y el fin de semana?

La noche empezaba a caer sobre el jardín trasero de Asserbo. Jakob contempló por un instante la casa de Asger y Lise, empapándose de esa imagen por última vez. Sabía que jamás regresaría. La policía no había aclarado si los dos agentes heridos le seguían la pista, pero sentía que la presión sobre él iba en aumento. Al mismo tiempo, el incidente le había infundido determinación: ya no tenía nada por lo que vivir, ni ganas de seguir esperando. Solo quería terminar lo que había empezado. Y el sábado…

—El sábado me voy de viaje —contestó.

Seguía siendo más fácil decir la verdad. Porque la noche del sábado daría comienzo su nueva vida. Ya había reservado un billete para el tren nocturno de Hamburgo a Viena. Una vez allí, buscaría unos baños públicos donde afeitarse la cabeza. Después compraría un coche, subiría a las montañas y, llegado el momento, seguiría su camino en dirección sur, preferiblemente hasta el sur de Italia. Si los capos de la mafia habían conseguido esconderse allí durante treinta años, ¿por qué no iba a lograrlo él, un periodista autojubilado con 5 millones de coronas en el bolsillo?

—¿De viaje? ¿Unas vacaciones organizadas? —La voz de su madre mostraba ahora un atisbo de envidia.

—Algo más que unas vacaciones. —Jakob se abrió paso entre los matorrales para adentrarse en el bosque. Las sombras de las coníferas se habían condensado en una mancha oscura grisácea, casi negra, así que, por seguridad, decidió regresar al coche por la linde del bosque.

—¿Y cuándo vuelves? ¿No crees que tu padre se merece una despedida decente?

Jakob no se molestó en contestar. Por un lado, su madre trataba de despertar en él un sentimiento de culpa que no existía; por otro, sobreactuaba como una actriz aficionada.

—Jakob, eres el ser más egoísta que he conocido —sentenció con reproche—. Te crees mejor que tu propia familia, más *culto* que nosotros, y siempre lo has creído, pero no eres más que un vago que no deja de lamentarse por una carrera musical que nunca llegó a despegar.

Los faros de un coche se acercaban por la carretera. Jakob se detuvo y se ocultó tras un grueso pino.

—Todo es «yo, yo, yo, el pobre genio incomprendido» —su madre casi escupía al teléfono—. ¡Diablos, Jakob, solo piensas en ti mismo!

Jakob siguió con la mirada las luces traseras rojas del coche desconocido hasta que desaparecieron tras una curva. Quiso avanzar, pero aquellas palabras le oprimían el cuello como una soga invisible. Quiso gruñir de rabia y gritarle al móvil que por supuesto que solo pensaba en sí mismo, porque ¿quién lo iba a hacer si no? ¿Quién, a excepción de Asger y Lise, lo había defendido y se había puesto de su parte alguna vez? Quiso mandar a su madre a freír espárragos, pero de pronto irrumpió en su mente un recuerdo que absorbió toda su atención.

«Solo piensas en ti mismo».

No era la primera vez que se lo decían.

Ante sus ojos desfiló la imagen de una mujer elegante de poco más de cuarenta años con el pelo de color caoba peinado en un moño impecable, seguida de otra imagen de esa misma mujer

abriendo la puerta de su casa. Había envejecido, se había encogido con la edad y su piel se veía fina y traslúcida a la luz mortecina de noviembre.

Le había parecido más ligera que una pluma cuando la levantó y la llevó en brazos por las escaleras que bajaban al sótano. Tenía la mirada apagada y confundida, pero el pelo… el pelo seguía recogido en ese moño impecable.

Jakob siguió caminando a tientas en la oscuridad. Los matorrales y las ramas caídas se le enganchaban a los pies como finas garras retorcidas.

Todo había salido mal desde el momento en el que puso un pie en el umbral de la puerta. En un instante de lucidez, la mirada de la mujer con demencia se iluminó y exclamó, alto y claro:

«¡Solvig!».

Lo había reconocido.

¡No lo podía creer! Había tanta gente que, treinta años atrás, le había hecho la vida imposible, que lo había aniquilado y luego olvidado por completo…, pero ella… ¡ella se acordaba de él!

Jakob llegó hasta el coche y abrió la puerta de golpe. Vaciló un segundo y se quitó el gorro; tenía la frente empapada en sudor y el pulso le latía a cien por hora, desbordado de adrenalina, como si hubiera estado huyendo de una bestia salvaje. Cerró los ojos un par de segundos en esa fría noche de octubre y aspiró el aroma del bosque húmedo, tratando de recuperar el control de su corazón desbocado.

—¿Estás ahí, Jakob? ¡Dime algo de una vez! —gritó su madre.

Entró en el coche y cerró de un portazo. El móvil parecía arder en su mano y, de repente, comprendió que esa sería la última vez que

hablaba con ella. Acercó el aparato a la boca.

—Adiós, mamá —dijo, antes de colgar.

«Solo piensas en ti mismo».

Lo había oído en otra ocasión, y Jakob sabía exactamente cuándo. Recordaba la fecha, recordaba el día de la semana, recordaba la hora.

27

JAKOB

Abril de 1989

Oyó al coro de niños desde cientos de metros de distancia. Era un cálido día de primavera, las ventanas estaban abiertas y las voces cristalinas llegaban ondulando hasta él como un canto de sirena. Echó a correr en dirección a la música. Primero avanzó despacio, como si no pudiera creer lo que oía, pero el pánico no tardó en apoderarse de él y fue dando acelerones por el pasillo hasta sentir que las piernas le ardían. Llegó al aula de canto, empujó la puerta y se quedó paralizado en el umbral. Los niños del coro estaban alineados a la perfección, con las partituras abiertas frente a ellos, entonando el «Morgensang» de la cantata *Elverskud*, del compositor Niels W. Gade.

El director del coro alzó la mano derecha y el coro se calló. Jakob miró el reloj Swatch azul que Asger y Lise le habían regalado por Navidad: marcaba las 10.25.

—¿Qué horas son estas de llegar? —Ole Horsten dio tres pasos hacia Jakob y se plantó frente a él—. Los demás llevamos una hora ensayando.

—Es que… me dijeron que el ensayo se había aplazado —Jakob miró a Berg y a Konrad, hombro con hombro en la última fila. Berg

sonreía de lado, y en los ojos de Konrad había una mezcla de angustia y curiosidad.

—Pero ¿qué tontería es esa? —resopló Horsten—. En todo el tiempo que llevo en Laurenti, el ensayo de los sábados siempre ha comenzado a las nueve y media, y ninguna enfermedad ni ningún rezagado lo van a cambiar.

Un murmullo de inquietud empezó a recorrer las filas y Jakob vio cómo los demás cuchicheaban entre ellos.

—Pero me dijeron que hoy empezábamos a las diez y media —dijo Jakob, a punto de llorar. Llevaba nueve meses en Laurenti y nunca había tenido problemas.

—¿Y a ti quién te ha dicho eso? Aquí los horarios los decido yo, y punto. —Horsten alzó la cabeza con aire imponente.

Jakob miró a Berg, que le devolvió la mirada con esos ojos pequeños y penetrantes. Sabía perfectamente lo que le querían decir. Aquella mañana temprano, Berg había llamado preguntando por él.

—El ensayo se aplaza una hora; hoy empezamos a las diez y media —había dicho.

—¿Cómo lo sabes?

Que él supiera, solo una vez se habían incumplido los rígidos horarios del director, cuando la comitiva de la reina llegó con seis minutos de retraso a un concierto festivo en la iglesia del Palacio de Fredensborg.

—Me lo ha dicho Konrad. ¿O crees que me lo he inventado? —había contestado Berg—. Su padre nos pidió que hiciéramos una cadena de llamadas.

Jakob apenas podía creer su propia suerte. Lise y Asger estaban alargando el café de la mañana en su pequeño apartamento de encima de la farmacia. En la radio sonaba el programa *Enciclopedia de la música*, la estufa estaba encendida y un ligero olor a panecillos recién horneados se extendía desde la cocina. Una hora más allí era la felicidad en estado puro.

«Qué bien que hayas hecho tan buenos amigos», le había dicho Lise cuando él entró en el salón. Jakob asintió, más que nada porque quería que sus padres de acogida lo vieran como ese tipo de niño que hace amistades con facilidad.

—¡Contesta, Solvig! ¿Por qué se iba a cambiar la hora del ensayo? —El director del coro se acercó un par de pasos y le clavó la mirada. Tenía un tic nervioso en la comisura derecha de la boca, y Jakob comprendió de forma instintiva por qué. Tras el concierto de Navidad, Jakob había pasado a ser la voz principal del coro y se había convertido en uno de los favoritos del director y en objeto frecuente de sus elogios y atenciones. Pero ahora se encontraban ante una situación que debía tener consecuencias, ya que cualquier muestra de permisividad daría pie a que los demás niños pensaran que la puntualidad y la preparación podían negociarse—. La cosa es que has llegado tarde, y yo no tolero esa clase de dejadez. Me temo que hoy no podrás ensayar. —Horsten giró sobre sus talones.

—Pero… —Jakob apenas podía dar crédito a lo que le estaba pasando.

—¡Fuera! —dijo el director, señalando la puerta sin mirarlo—. Sal. ¡Vergüenza te tendría que dar!

Segundos después, Jakob estaba sentado en el pasillo frente a la secretaría del colegio, sin saber qué hacer. Lise y Asger ya se habían

ido y no regresarían hasta dentro de tres horas; aunque tuviera una moneda para la cabina telefónica, no podría localizarlos.

Se quitó la chaqueta y hundió la cabeza en ella. Seguro que ya no podría participar en la gira por Francia el próximo año, ¿y qué pasaría si el colegio le retiraba la beca? ¿Lo vendrían a recoger sus padres para llevárselo de vuelta a Bornholm?

El sonido seco de unos tacones que golpeaban el suelo de baldosas le hizo levantar la vista. Ante él se encontraba una mujer con el cabello castaño caoba recogido en un moño impecable. Jette Horsten era la esposa del director del coro y madre de Konrad, y trabajaba unas horas a la semana como secretaria del colegio. Se puso en cuclillas y lo miró a los ojos, enrojecidos por el llanto.

—¿Por qué lloras, Solvig? —le preguntó con tanta dulzura que Jakob empezó a llorar aún más. Hurgó en el bolso hasta encontrar un pañuelo perfumado con el que le secó las mejillas con delicadeza —. Cuéntame qué te ha pasado.

Escuchó a Jakob contarle, con la voz entrecortada por los sollozos, la conversación telefónica de aquella mañana y el rapapolvo que le había echado su marido.

—¿Y quién te llamó? —Una arruga profunda se formó entre las cejas finas de Jette.

—Berg. Y… y Konrad. Berg me dijo que a él se lo había dicho Konrad.

—¿*Mi* Konrad? —Jette Horsten miró un momento hacia la puerta cerrada del aula de canto antes de pasar con suavidad el pañuelo por una de las mejillas de Jakob—. El problema… —empezó, con voz tierna. Jakob se dejó reconfortar un instante por su actitud maternal,

hasta que ella espetó—: El problema es que solo piensas en ti mismo.

Jakob alzó la vista, sorprendido. Jette Horsten lo contemplaba con una expresión que no se correspondía con el tono cariñoso de su voz.

—Por lo que me ha dicho Konrad, en algunos ensayos has… te has hecho notar a expensas de los demás.

—¿A expensas de los demás? —Jakob no conocía esa expresión.

Jette Horsten esbozó una sonrisa tensa.

—Sí, los demás niños no tienen ninguna posibilidad cuando tú acaparas la atención de esa manera.

—Pero… —Su protesta no llegó a ninguna parte. La conversación había dejado de tener sentido para él.

—Konrad ensaya tanto como tú, o puede que incluso más, porque sabe que hacer la pelota no lo lleva a ninguna parte; su padre lo cala al momento —Jette lo miró—. A Konrad está a punto de cambiarle la voz, y a Berg también. Si fueras un buen compañero, les darías la oportunidad de disfrutar de estas últimas fantásticas experiencias, ¿no te parece? Tú tienes toda la vida por delante. ¿Cuántos años tienes? ¿Ocho?

—Nueve.

—¡Madre mía! ¿Y con nueve añitos ya has cantado el solo de *Laudate Dominum*? Konrad daría un brazo por vivir esa experiencia.

—¡Pero me engañaron! —Jakob se apartó unos centímetros. La proximidad de Jette se le antojaba ahora como una maniobra de manipulación, y sintió náuseas al empezar a comprender que aquellos niños no eran sus amigos, y su talento no era un regalo para el coro, sino una amenaza para los demás.

—¿Que te engañaron? —Jette Horsten dejó escapar una risita—. Caramba, eso es una acusación muy grave. Yo creo que se trata de un malentendido, Solvig. Mi hijo, desde luego, no engaña a nadie. —Se abrió la puerta del aula de canto—. Mira, es la hora del recreo; podemos preguntarles si están de acuerdo con tu versión —dijo cuando los niños empezaron a salir en tropel, y le hizo un gesto a su hijo, que estaba entre los primeros—. ¡Konrad! —El chico se sobresaltó al ver a su madre sentada junto a Jakob, fuera de su despacho—. Dile a Berg que venga también.

Los dos muchachos se acercaron; Konrad avanzó titubeante, esquivando los ojos de su madre, mientras que Berg lo hizo con la cabeza erguida y le lanzó a Jakob una mirada fulminante.

—Jakob dice que le habéis mentido a propósito para que llegara tarde al ensayo de hoy. ¿Tenéis algo que decir? ¿Konrad?

El chico se encogió de hombros.

—Yo no he tenido nada que ver —respondió.

—¿Berg? —Jette miró al mayor.

El rostro de Berg se iluminó con una sonrisa encantadora.

—Solvig, Solvig, Solvig… ¿Es que tú no miras el calendario?

Dio un paso atrás, arrancó una hoja de un calendario de pared y la acercó tanto a la cara de Jakob que este a duras penas pudo identificar el enorme número uno. «Sábado, 1 de abril de 1989», decía. Día de los Inocentes en Dinamarca.

—¡Era una inocentada, joder! —dijo Berg, y se giró hacia Jette Horsten—. Perdón por la palabrota, señora Horsten. —Hizo una reverencia al estilo de un actor de cine mudo y le dio a Konrad un empujoncito en el hombro—. Venga, que empezamos en breve. No vaya a ser que lleguemos tarde —añadió.

Jette Horsten contempló a los chicos con una ligera sonrisa. Luego le dio una palmada a la pierna a Jakob, evitando mirarlo.

—Estos niños… —Se le borró la sonrisa—. No seas tan egocéntrico, Solvig. Ya has oído a Berg; no era más que una broma.

Y se marchó.

28

CARL

El cursor parpadeaba en la pantalla, una vez por segundo. Y con cada parpadeo, con cada segundo que se perdía en la nada, el sudor frío que le recorría el cuerpo iba en aumento. Carl se había quedado bloqueado incluso antes de empezar. No había conseguido ni una sola frase aprovechable pese a haber pasado el día entero delante del ordenador mirando fijamente ese documento en blanco.

La carta casi desintegrada que apareció dentro de la botella en Escocia y que desencadenó el caso de los niños secuestrados sí la recordaba con todo lujo de detalle, pero convertirlo en frases y capítulos, y que además encajaran con elegancia… eso era otro cantar.

Se recostó en la desgastada silla *gamer* de Ludwig, que cedió con un crujido.

El nieto de Mona ya no vivía en casa, y Mona y Lucia habían salido al patio a recoger castañas. Tenía tiempo y tranquilidad de sobra, así que no entendía por qué demonios no conseguía empezar.

«Cuando te falte motivación, mira la cuenta del banco», le había dicho Mona recientemente, pero era como si las palabras se hubieran quedado atrapadas en una habitación cerrada y él hubiera perdido la llave.

Desde que estuvo en aquel deprimente centro comercial, intentando atraer lectores sin demasiado éxito, dudaba de sí mismo. ¿Habría alguien a quien le interesara leer semejante material? Según Anni, la responsable de prensa, *La mujer que arañaba las paredes* se había vendido bastante bien para ser un debut, aunque a saber qué significaba eso. Quizá las ventas fueran más bien fruto de la curiosidad que despertaba su persona tras su polémica estancia en la cárcel que de sus dotes literarias. Tal vez los lectores de 2023 prefirieran sagas familiares, biografías o ensayos críticos sobre la sociedad actual en lugar de historias de acción trepidante.

Mordió un lápiz, ya mordisqueado hasta la saciedad, tratando de imaginar que era un cigarrillo. Quizá debería abandonar su carrera de escritor y jubilarse. Dormir la siesta todos los días, hartarse de pan blanco con mantequilla, beber vino tinto de cartón y fumar de extranjis. Bueno, ahora que lo pensaba, una cabezadita allí mismo en el escritorio tampoco le vendría mal, ¿no? ¿No había leído en alguna parte que la creatividad exige un alma descansada en un cuerpo descansado?

A través de la ventana abierta le llegaban las voces de Mona y Lucia, que charlataneaban en el patio. Las vacaciones de otoño habían sumido al país en un letargo, con la fortuna de que también su editora, que era una trabajadora compulsiva, se había ido de vacaciones al mar del Norte, a una casa sin wifi. Eso sí, antes de irse le había hecho prometerle que el lunes, cuando se reincorporara al trabajo, tendría lista una sinopsis. A Carl se le cerraron los ojos solo de pensarlo, y estaba a un milisegundo del sueño profundo, cuando en el patio una voz familiar se mezcló con los gritos de alegría de Lucia.

—¡Assad! ¿Tú qué haces aquí? —dijo Carl, mientras se asomaba por la ventana.

Su excompañero logró a duras penas alzar la cabeza y mirar hacia arriba; la hija de cinco años de Carl se aferraba como un oso perezoso a su brazo grueso como una viga.

—¿Estás bien? —preguntó Carl cuando Assad entró en el piso, con un apósito blanco que relucía en la sien entre los rizos canosos. Desde la explosión, hacía cuatro días, Carl solo había hablado con su fiel amigo por teléfono, y Assad se había abstenido de mencionar que él también estaba herido.

—Son solo cinco puntos de nada, no como aquella vez en Suecia que me dieron descargas eléctricas en el pulgar.

Carl cerró la puerta de la habitación mal ventilada de Ludwig y le hizo un gesto con la mano a Assad para que se acomodara en el comedor de la cocina.

—Siéntate; yo voy a poner el café.

—Vale, pero que sea fuerte, Carl. El café danés me hace dormir. —Se dejó caer en la silla con un suspiro.

Carl puso cinco cucharadas extra de café en el filtro mientras observaba a Assad a escondidas. Su amigo era pequeño y compacto, blando por dentro pero duro por fuera, un armadillo humano que había sobrevivido a tal cantidad de lesiones que los médicos deberían conservarlo como caso de estudio.

—Cuéntame con exactitud lo que ocurrió —dijo Carl, cortando dos esquinas del pastel de coco y caramelo que Mona acababa de hornear.

Cuando Assad llegó al momento en el que Helena y él estaban frente a la puerta de la caravana, se detuvo, le echó otros dos

terrones de azúcar al café y los removió distraído.

—Sentí algo cuando estaba allí arriba…, algo que me recordó a Irak, como si hubieran puesto minas en la carretera.

—¿En la carretera? —Carl intentó imaginárselo.

—Bueno, en este caso sería en la caravana. Creo que había algún tipo de detonador en la puerta, y vi que habían manipulado la parte inferior, porque la caravana se veía toda gris y cubierta de moho, pero la rejilla de ventilación de la puerta estaba plagada de huellas blancas. Carl, intenté evitar que Helena entrara, pero no me quiso escuchar, y entonces… ¡bum! —Abrió los ojos como platos.

—¿Y ella cómo está?

Assad se encogió de hombros.

—Fue muy muy raro, Carl. Después no había forma de que reaccionara. Estaba tendida en el suelo, gritando una y otra vez, como si llamara a alguien. Luego empezó a arrastrarse hacia la caravana, pero estaba en llamas, y nunca se sabe… En una caravana puede haber bombonas de gas; podía haber más explosiones. Tuve que sujetarla.

—Mmm… —Carl sirvió más café en ambas tazas—. ¿Y qué gritaba?

—No lo sé, Carl. Debía de ser algo en francés. Gritaba algo así —Assad frunció los labios y emitió un sonido que a Carl le recordó a los torpes intentos de Lucia por silbar—. Me parece que era un nombre.

—No me digas… Pues tal como lo imitas tú, suena más bien a búho enfermo. Quizá solo estaba asustada por la explosión, o pedía que te callaras… Shhh, shhh. —Carl se llevó el dedo índice a la boca.

Assad soltó una especie de risa a media vela.

—Quizá tengas razón, Carl. Hablo demasiado, tú mismo lo dices.

Carl buscó la mirada de su amigo.

—Menuda explosión, ¿no?

Assad se rascó con cuidado el apósito de la cabeza.

—Tú y yo hemos tenido suerte demasiadas veces, Carl. Pero ya sabes cómo va eso de la suerte…, un día se acaba. Si fuera un gato, ya habría gastado seis vidas y media. No puede seguir saliendo todo bien, ¿sabes?

Sí, Carl lo sabía perfectamente. A lo largo de los años, ni a él ni al resto de miembros del Departamento Q les habían faltado experiencias cercanas a la muerte.

—Y Helena… —dijo Assad sacudiendo la cabeza—. ¡Fue tan imprudente! No sé si puedo fiarme de ella; esconde algo, Carl, estoy cada vez más seguro. Algo le ha pasado en Francia, algo que es un gran secreto. A Marwa tampoco le gusta; piensa que tengo que dejarlo.

—¿Dejarlo? ¿Dejar el Departamento Q? —Carl miró perplejo a su amigo. Se le debía de haber ido la olla.

—Ha salido un puesto de conserje en nuestra comunidad de vecinos; quizá lo solicite —dijo.

—¿Conserje? No, no, no. A ver, viejo compañero… —Carl no había oído jamás semejante tontería. Assad era uno de los mejores investigadores que había tenido la Jefatura de Policía.

—Eso es justo lo que soy, Carl, un *vetusto* —suspiró Assad—. ¿No podrías volver, Carl? Eres el único capaz de poner las cosas en orden.

—Assad, me retiré hace tres años. Mi tiempo en el departamento se acabó. —Puso una mano sobre el hombro de su amigo. La simple

idea de un despertador que suena antes del amanecer todas las mañanas le revolvía el estómago—. Se necesitan nuevas fuerzas; gente como Helena.

—Rose piensa que Helena es una espía —soltó Assad.

—¿Una espía? ¡Madre de Dios! ¿Para quién, para los rusos?

—No, nada que ver con Putin. Rose piensa que Terje la ha puesto en el sótano para vigilarnos. Como pasó con Gordon cuando empezó, ¿te acuerdas? Pues lo mismo.

Sí. Carl se acordaba muy bien de su escepticismo inicial con Gordon, pero es que a aquel joven abogado metemuertos de mejillas más blancas que la leche *sí* lo había plantado su difunto jefe, Lars Bjørn, como espía en el sótano.

Assad miró al suelo.

—Por eso mismo quiero que vuelvas, Carl. Está completamente fuera de sí.

—A ver, ¿de quién estamos hablando ahora? —Carl pensó en esa cabezadita que nunca había llegado a echar.

—De Rose. No la reconozco, Carl. Está completamente ida.

La ansiedad se extendió por el pecho de Carl. No era la primera vez que Rose excedía los límites de la cordura, pero hacía ya mucho tiempo que no veían a sus *alter ego* ni a su clan de hermanas.

—¿Cómo de ida?

—Últimamente está muy arisca y gruñona.

—Pero Rose viene así de fábrica, Assad; solo existen las versiones «gruñona» y «muy gruñona».

—Es que ahora es aún peor. Nada va bien. Está convencida de que van a cerrar el Departamento Q, se niega a hablar con Helena, nos regaña a todos y va al baño cada dos por tres. Al principio decía que

era porque le había sentado mal mi té, pero no puede ser, Carl, ya ha pasado una semana.

Justo ese detalle no le pareció tan improbable a Carl. No sería la primera vez que una de las apestosas infusiones de hierba de San Gerardo de Assad le daba a alguien un dolor de barriga de campeonato. Pero que Rose se comportara de manera tan extraña durante tanto tiempo, hasta el punto de que el estado de ánimo de Assad se resintiera… eso sí que lo inquietaba.

—Pero ¿va a trabajar?

—Sí, pero nos ha dicho que no quiere ver a nadie en la oficina hasta mañana, cuando los peritos tengan las primeras conclusiones sobre la explosión.

Carl se quedó pensativo. Quizá debería pasarse por allí para averiguar qué le sucedía a Rose. Mona había decidido que toda la familia iría al Museo al Aire Libre de Copenhague a tallar linternas de Halloween, pero, a decir verdad, no se le ocurría nada más humillante que sentarse en un taburete de madera, con las rodillas a la altura de las orejas y las manos pringadas de pulpa pegajosa de calabaza. Una repentina preocupación por la salud de Rose sería la excusa perfecta para librarse, y hasta Mona la aprobaría sin protestar. De hecho, el plan para el día siguiente pintaba estupendo: primero, una visita al sótano de la Jefatura; luego, directo al sofá de casa para estimular la creatividad con los ojos cerrados.

—No hay forma de que me escuche —prosiguió Assad.

Carl le dio una palmada en el brazo.

—De acuerdo, Assad. Mañana me paso por allí.

29

CARL

Martes, 17 de octubre de 2023

Rose dio un respingo cuando Carl abrió la puerta de su despacho y la saludó con un «¡buenos días!». Ella nunca había sido de pegar chillidos ni de repartir abrazos fraternales, por suerte para sus compañeros. Sus saludos matutinos consistían en un variado repertorio de suspiros ruidosos, ojos en blanco y algún que otro latigazo verbal, señales inequívocas de que todo seguía en orden. Pero la mirada opaca que ahora le lanzaba a Carl era nueva.

—¿Tú qué haces aquí? —preguntó, volviendo la vista a la pantalla del ordenador como si la respuesta de Carl no le importara lo más mínimo.

Carl miraba alternativamente a Rose y al despacho, cada vez más desconcertado. Tal como Assad le había confiado, tenía la tez pálida y el pelo apelmazado; daba la impresión de que hacía días que no se duchaba. Había papeles desparramados por todo el escritorio, sujetos tan solo por tazas de café usadas; en el sofá, las carpetas se apilaban en torres tambaleantes, y por el suelo rodaban seis o siete latas de cocacola vacías. Carl jamás la había visto en medio de tal desbarajuste; es más, recordaba a la perfección las broncas monumentales que le había echado aquella misma mujer por

haberse atrevido a usar una lata vacía o el cajón del escritorio como cenicero.

—Ya os avisé de que me pasaría por el departamento de vez en cuando. Labores de documentación, ya sabes; los escritores nos tomamos estas cosas muy en serio. ¿Todo bien por aquí?

Rose volvió a alzar la vista. Se le contrajeron las pupilas, que se clavaron en él como dagas, perforándolo sin piedad, mientras el cuerpo le empezaba a temblar como una olla a presión a punto de estallar. Carl tuvo que contener las ganas de salir del despacho antes de que ella abriera la boca. Pero el estallido de ira nunca llegó.

—Todo bien —logró mascullar con los labios apretados.

—No parece que estés bien, Rose. —Envalentonado, Carl dio un paso más hacia ella—. Assad está preocupado por ti.

Rose se puso en pie.

—Si yo digo que estoy bien, es que estoy bien, ¿estamos? —Daba la impresión de que el ligero esfuerzo de haberse levantado de golpe había bastado para dejarla sin aliento—. Es solo que estoy muy ocupada, lo que no es una sorpresa después de que a la francesita se le ocurriera volar en mil pedazos un posible escenario del crimen. Sea como fuere, si Ole Horsten estuvo cautivo en esa caravana hace cuatro años, las pruebas se habrán destruido. —Quiso golpear la mesa, pero por accidente derribó un vaso de agua. Se apresuró a secar el estropicio con el dobladillo del vestido.

Carl titubeó un instante. ¿Debería ofrecer su ayuda o no? La verdad, no le apetecía demasiado involucrarse y, además, tenía otras cosas que hacer, como pasarse por la biblioteca de camino a casa a recoger un libro sobre dramaturgia que Mona le había encargado y que tenía toda la pinta de ser un somnífero potente. Por otra parte,

ya había visto lo suficiente como para contagiarse de la preocupación de Assad. Sin ir más lejos, en aquel momento Rose daba resoplidos de frustración mientras trataba de rescatar sus papeles mojados.

—¡Toma! —Assad entró en el despacho y le acercó un paño. Llevaba un apósito nuevo, pero estaba todo lo bien afeitado que podía estar, y tenía mucho mejor aspecto que el día anterior. Parecía de buen humor—. En el despacho grande tengo café y dátiles para todos.

Mientras se dirigían a su antiguo despacho, Carl pudo sentir la mirada de pocos amigos de Rose clavada en la espalda.

—He aprovechado el fin de semana para examinar a fondo las cartas de amenaza —dijo Rose justo cuando Carl se sentaba detrás del escritorio mientras Assad le colocaba en la mano dos dátiles pegajosos. Seguro que contenían más fibra de la que Carl ingería en toda una semana, y pensó en cómo podría despegarlos de los dedos y esconderlos en un cajón sin que lo vieran—. Se enviaron a la antigua usanza, por correo postal —continuó Rose, que ya había devorado dos dátiles y escupido los huesos—. Las cartas físicas las están examinando los peritos, a ver si son capaces de sacar huellas dactilares del sobre, o adn del sello, que no sea de Ole ni de Konrad Horsten. Podemos tener suerte y que el remitente aparezca en los registros policiales. Lo que yo tengo aquí son fotos de las cartas.

Les mostró una foto de una carta escrita con torpeza en letras mayúsculas en la que se podía leer: «asume tu responsabilidad. o cierras charis, o tú y tu familia os arrepentiréis».

En la siguiente foto se veían dos sobres.

—Una de las cartas de amenaza se envió a principios de enero de 2019, y la siguiente, a finales. Unos meses antes, la Clínica Charis se vio envuelta en un escándalo; aquí podéis orientaros sobre el caso —Rose le pasó a Assad la copia de un artículo del periódico *Morgenavisen*.

—«Hoy, su viudo sufre en soledad, sumido en la desesperanza» —leyó Assad en voz alta—. «"Confiábamos en los médicos, pensábamos que sabían lo que hacían", dice Max Pil Clausen, que todavía no ha reunido fuerzas para ordenar la ropa y los zapatos de su difunta esposa. "Les importa un bledo si sus pacientes acaban muertos o inválidos. Es un negocio despiadado"».

—«Muertos o inválidos»… Eso se parece mucho a la expresión que aparecía en la segunda carta, ¿no? ¿De qué iba el caso? —Carl le quitó el artículo de las manos a Assad. Aquel *ping-pong* entre Assad, Rose y él, el sentirse otra vez parte del equipo, prendió en su interior una chispa de felicidad. La vida de escritor era más solitaria de lo que Carl estaba dispuesto a admitir.

—Yo te lo explico. —Rose miró a Carl con aire triunfante—. He investigado todas las denuncias oficiales de pacientes de Charis desde 2013, el año en el que se fundó la clínica, hasta abril de 2019, cuando despidieron a Ole Horsten, y no son pocas. He encontrado un total de nueve casos registrados en la Dirección General de Denuncias del Paciente. Las denuncias provienen tanto de pacientes como de familiares. Algunos han hecho declaraciones a los medios en varias ocasiones; un par de empleados despedidos tampoco se quedaron cortos. —Rose miró sus notas—. El más grave es el caso de este artículo: una liposucción fallida en septiembre de 2018. A la paciente, Mariann Pil Clausen, de cincuenta y cuatro años, le

perforaron el intestino delgado durante la operación. En las semanas siguientes, Mariann fue empeorando progresivamente, con fuertes dolores abdominales, náuseas y fiebre. Apenas un mes después murió de sepsis; parece que las bacterias del intestino se habían filtrado por toda la cavidad abdominal.

—¡Qué puto desastre! —exclamó Carl.

—Nuestros viejos amigos de *Gossip* se explayaron sobre el caso, pero no fueron el único medio que lo cubrió. Otros pacientes descontentos aparecieron en periódicos de alcance nacional, y ese programa de consumidores del canal DR1 hizo un reportaje crítico sobre Charis.

—Tenéis que hablar con el viudo —dijo Carl en su habitual tono gruñón, cayendo en la cuenta de que Rose y Assad eran más que capaces de deducir eso por sí solos. Ahora que Rose había podido lucirse con sus hallazgos, parecía la misma Rose refunfuñona de siempre. Bueno, más o menos.

—En el artículo describen al viudo como alguien que apenas pudo vaciar el armario. ¿Os parece que tendría fuerzas para planear un crimen y encerrar a alguien varios días antes de matarlo? —preguntó ella.

—Muy buena observación, Rose, ¿no te parece, Carl? —Assad lo miró con un entusiasmo desmedido a la vez que le hacía la pelota a Rose sin el menor disimulo; se notaba lo contento que estaba de que el viejo trío cabalgara de nuevo. Ya solo faltaba que entrara Gordon por la puerta.

—«Cuando creía haberme liberado, ¡ellos me obligan a seguir!» —dijo Carl con voz ronca. Pensó que su imitación de Al Pacino no estaba nada mal, modestia aparte.

—¿Qué? —Rose alzó la vista.

—Nada.

—O sea, has hablado de otras ocho denuncias, Rose. ¿Son igual de graves que esta? —Assad iba ya por el décimo dátil. Con un leve giro de mandíbula, hizo aparecer el hueso entre los labios. Carl lo miró, fascinado, mientras Assad repetía el truco de separar al momento el hueso de la pulpa sin tener que abrir la boca.

—La liposucción fallida fue la única con consecuencias fatales —aclaró Rose, tomando un artículo del montón—, pero fijaos en este otro caso. Dice el titular: «Vivo en un infierno de dolor constante: el médico me destrozó la vida». El sábado me acerqué a casa de este paciente y me contó que en 2018 lo operaron de una hernia de disco en Charis, pero algo salió mal, y desde entonces hay días en los que está en silla de ruedas, así que difícilmente podría ser él quien esté detrás del asesinato de Horsten. Y su voz tampoco coincide con la de la grabación.

Carl tomó una copia de un artículo de *Gossip* de encima de la mesa. «Desfigurada por una operación de estética: "Sufro todos los días"», rezaba el titular, acompañado de la imagen de una mujer de cabello oscuro y mirada triste.

—¿Podemos descartar los casos de mujeres? El de la llamada de emergencia parecía un hombre, ¿no estamos de acuerdo?

—Ya, pero una mujer como esta puede tener un padre o un novio cabreado que quiera vengarse, ¿no? —dijo Rose—. Y lo mismo se puede decir del viudo o de ese chico en silla de ruedas. Todavía no podemos descartar a nadie, aunque la paciente del retoque de nariz recibió una indemnización bastante sustanciosa en primavera de 2019, así que quizá se conformó con eso.

Carl se encogió de hombros.

—En principio, habrá que localizarlos e interrogarlos a todos —murmuró, alegrándose internamente de que esa aburrida ronda no le correspondiera a él.

—Las cosas como son: la Dirección General de Denuncias del Paciente desestimó casi todas las quejas —puntualizó Rose—. En cuatro de los casos dictaminó que se trataba de un accidente fortuito. Y un par de historias seguro que solo salieron a la luz porque ya se había desatado un revuelo mediático y a la gente le olió a dinero fácil. —Recogió los papeles y los amontonó en una pila —. Creo que lo primero es hablar con el viudo que desató todo ese revuelo, el de la mujer que murió de sepsis y que vive en Ballerup. Assad, ¿por qué no vas a buscar a *madame* Helena y miras si le apetece ir contigo o si sigue en casa, limándose las uñas?

—A *mademoiselle* Helena sí le apetece —asintió una voz desde el umbral de la puerta.

Carl se volvió hacia Helena, que miraba sus pies sobre el escritorio de forma acusadora. Bajó una pierna y, con la mano, limpió parte del barro seco de la mesa.

—No te levantes. —Helena se dejó caer con cuidado en el sofá con un gesto claro de dolor.

—Assad, hazme el favor de poner a Helena al corriente —solicitó Carl. Puede que hubiera dejado el Departamento Q, pero algo en el aire de aquel sótano lo impulsaba a dirigir, repartir tareas, poner las cosas en marcha, marcar el rumbo… En definitiva, a ser el mandamás. A veces lo echaba de menos; después de todo, como decía el viejo refrán, era mejor ser cabeza de ratón que cola de león…, aunque fuera una mierda de ratón.

—Entendido —afirmó Helena tras la breve puesta al día de Assad —. Claro que voy contigo, pero antes de nada os tengo que decir que Terje ha llamado hace media hora.

—¿Te ha llamado a ti? —Rose alzó la vista.

—Sí. En breve nos hará llegar los informes forenses preliminares sobre la explosión de Asserbo. La mayor parte de la caravana quedó reducida a cenizas, pero han encontrado restos de una silla, de la estructura de la mesa integrada y de… ¿Qué dijo que era? —Buscó el móvil y comprobó en la pantalla—. De un tablero de hdf con chinchetas. Acaba de llegar el correo; voy a imprimir el informe.

Acto seguido, desapareció por la puerta para ir a recoger los papeles de la única impresora del departamento, que casualmente se encontraba en el despacho de Rose.

A Carl no se le escapó que el rostro de Rose había cambiado de tono. En la nuca se le habían formado pequeñas gotas de sudor, y apretaba los dientes con tal fuerza que se le marcaban los músculos de la mandíbula.

—Dale una oportunidad —susurró Carl, a lo que Rose le respondió con una mirada asesina antes de que Helena regresara con las cuatro copias del informe forense.

Tras diez minutos de lectura, Rose tomó la palabra:

—Aquí se explica que la «muestra N.º 8» es una botella de plástico de medio litro de Pepsi Max, con huellas de dos personas diferentes que no figuraban en nuestro sistema, pero que ya se han registrado en la base de datos —dijo—. La fecha de caducidad de la bebida es el 26 de enero de 2024. Dado que la fábrica aplica una fecha de consumo preferente de seis meses tras el embotellado, la

Pepsi debió de colocarse en la caravana o en sus proximidades en los últimos tres meses.

—Interesante, Rose. Assad, ¿a ti qué te llama la atención? —preguntó Carl.

—Que no se ha encontrado ninguna pisada ni huella de neumático útil, así que las que vimos frente a la caravana debieron de destruirse con la explosión.

Mientras Helena seguía peleándose con los términos en danés del informe, Carl fue el siguiente en presentar sus observaciones:

—Yo me he fijado en que todavía no se sabe con seguridad qué tipo de explosivo causó la detonación. El resultado lo recibiréis hoy a lo largo del día o mañana, pero todo parece indicar que los explosivos se pusieron de forma estratégica, como tú muy bien suponías, Assad. Lo más probable es que los colocaran tanto en los bajos de la caravana como en su interior. Y, hablando de la caravana…, ¿sabéis ya de quién era? ¿Tomasteis fotos antes de que estallara?

Tanto Assad como Helena bajaron la mirada.

—Bueno, quizá algún vecino sepa cuánto tiempo llevaba allí.

Helena carraspeó.

—¿Habéis visto estos dos trozos de papel? —Levantó una hoja con las fotografías de los pequeños fragmentos de papel hallados en la zona calcinada—. Los peritos los han enviado para que les hagan un análisis detallado de material biológico y huellas dactilares. Uno de ellos parece un trozo de periódico. Creo que pone «riks» con una fecha debajo: 23 de octubre de 2013.

—¡Dámelo! —Rose le arrebató el papel de la mano y le hizo un gesto a Carl para que se apartara del ordenador—. Lo voy a

investigar ahora mismo. Pásame tu contraseña —le dijo a Helena.

La francesa dudó un instante antes de acercarse a Rose, darle un leve empujón e inclinarse para teclear la contraseña.

Carl se dejó caer en el sofá. Por puro reflejo, se le cerraron los ojos en cuanto su trasero rozó la tapicería desgastada; había pasado demasiadas horas tirado en ese sofá y, además, el ambiente belicoso de su antiguo lugar de trabajo le resultaba sumamente agotador.

—¿Encuentras algo? —Assad miró a Rose con expectación.

Rose asintió.

—La tipografía y el diseño son del periódico *Frederiksborg Amts Avis*, que cubre la región del norte de Selandia. Solo tengo que localizar esa fecha en su archivo.

Carl abrió los ojos. Era increíble lo rápido que tecleaba la cascarrabias de Rose. En ese sentido no parecía fallarle nada; de hecho, ahora mismo costaba diagnosticarle algo que no fuera su habitual mala leche. Se levantó a regañadientes y se colocó tras ella para ir viendo lo que aparecía en la pantalla.

—Vamos a ver si hay algo que valga la pena en un periódico de hace diez años —dijo Rose, y amplió la imagen de la portada de aquel miércoles de octubre de 2013.

«El Rungsted aplasta al Rødovre», rezaba el titular de una nota acerca del equipo local de hockey sobre hielo, que había vencido a su rival del oeste de Copenhague.

La noticia principal, «Los socialdemócratas apuestan por la seguridad», era un reportaje sobre un mitin electoral previo a las elecciones municipales de aquel otoño e iba acompañado de una foto de la entonces primera ministra, que había acudido a apoyar a las promesas locales de su partido.

También había una noticia breve sobre una serie de robos en viviendas en Fredensborg y, al final de la página, un artículo, con el titular «Fallece en un accidente de tráfico la hija del pastor», hablaba acerca de una joven de veinticuatro años que había muerto unos días antes en un accidente de tráfico cerca de Humlebæk en el que no hubo más implicados. El padre de la fallecida era pastor en la iglesia del municipio. Ahora tenía que enterrar a su propia hija.

Assad señaló con su grueso dedo índice la imagen de la ex primera ministra.

—No hay ninguna otra pista que apunte a un motivo político, pero… ¿no es esto un poco sospechoso?

Rose suspiró.

—Todo puede ser, pero también cabe la posibilidad de que el periódico sea irrelevante. Quizá lo usaran como aislante en la caravana, o como moqueta, o qué sé yo.

—Justo mañana voy a ir hasta allí —murmuró Carl, señalando el artículo sobre la hija del pastor.

—¿A la iglesia? —Rose lo escaneó con la mirada, sin ninguna vergüenza—. ¿Desde cuándo eres tan devoto?

—A Humlebæk, quería decir. El museo Louisiana me ha invitado a uno de sus eventos literarios, y la iglesia queda justo al lado. —Carl se arrepintió en el mismo momento de decirlo.

En el evento en cuestión participaban principalmente poetas galardonados, y Carl quiso cancelarlo en cuanto la responsable de prensa de la editorial se lo coló en el calendario. Y, además, ¿no se había prometido a sí mismo que no haría más favores al Departamento Q a no ser que estuvieran con la soga al cuello? Si al menos aprendiera a cerrar el pico…

—Sería genial si pudieras pasar a visitar a esa familia. Seguramente no nos lleve a ningún lado, pero ahora mismo tenemos que comprobarlo todo —dijo Rose.

Helena se aclaró la garganta.

—¿Qué? —Rose la miró como se mira a una mosca en la sopa.

—¿Puedo volver a imprimir? El otro fragmento de papel también es interesante. Los peritos creen que es un folleto y dicen que el papel tiene una superficie… ¿Qué significa «satinada»?

—Brillante —zanjó Rose, poniendo los ojos en blanco—. ¡Ni que fuera tan difícil!

—Resulta que es de Charis. Mirad. —Helena señaló la fotografía del trozo de papel chamuscado, en el que se distinguía la parte inferior del torso de alguien vestido de azul claro—. Abajo, en letra pequeña, se puede leer la dirección. Está en las afueras de Blo… No puedo pronunciarlo… ¿*Blo-strø-øt*?

—Blovstrød —intervino Rose.

—*Oui. Blo-strøt*. Lo he comprobado en Google. Coincide con la dirección de la clínica.

Assad silbó.

—¿Un folleto de Charis en la caravana?

—Eso parece —dijo Carl—, así que el viudo sigue en el punto de mira.

Rose tecleó algo en el ordenador.

—El de la bata, en el dorso del folleto, debe de ser Kaare Berg, el propietario. Es cirujano plástico y lo usan siempre como la cara visible porque el tipo es guapo, no lo vamos a negar. Quizá deberíamos ir a hablar con él antes de hacerle una visita al viudo.

—De acuerdo. Vámonos —afirmó Assad.

—Yo no —soltó Rose.

—Yo tampoco —secundó Carl, levantando las manos—. De hecho, si alguien pregunta, yo no he estado aquí. Como Terje o, Dios no lo quiera, alguno de los abogados se entere de que estoy involucrado en una investigación abierta, se va a armar una gorda.

—Me refería a vosotros dos —aclaró Rose, señalando a Assad y Helena sin levantar la mirada—. Y esta vez procurad no liarla con bombas.

Assad y Helena intercambiaron una mirada. Ninguno de los dos parecía especialmente entusiasmado ante la perspectiva de otra excursión juntos.

30

TOMMY

Kaare Berg parecía salido de un anuncio de revista cuando, con paso despreocupado, emergió por las puertas correderas. Llevaba su habitual pelo recién cortado, un impecable polo de Charis en tono azul claro, gafas de sol y unos pantalones claros de corte ancho, con los que Tommy habría parecido una crisis de mediana edad andante. Kaare ya había cumplido los cuarenta y siete, pero el tiempo no pasaba por él. Tommy parecía apagado, sin contraste, como una fotografía desteñida; en cambio, las patas de gallo y las contadas canas de Kaare no hacían más que conferirle autoridad. Por suerte, no llevaba la bata puesta; Tommy no soportaba hablar con él cuando iba vestido de médico: le provocaba una sensación de inferioridad, como si se encontrara en la consulta por algún trastorno psicológico.

Se conocían desde hacía más de cuarenta años, desde que Tommy vino al mundo, aunque su relación nunca fue equilibrada; recordaba al trato de un hermano mayor a su hermano menor, y todos sabían que a Kaare nunca le faltaban una réplica mordaz o una amenaza física para proteger al pequeño Tommy cuando estaba en apuros. Pero con el tiempo, Tommy empezó a sentir que la distancia entre ellos era mucho mayor que los tres años que los separaban.

Aquella desigualdad se podía entender cuando tenían siete y diez años, pero, ahora que eran adultos, el papel de «hermanito

pequeño» irritaba enormemente a Tommy. No lo merecía. Poseía un talento estratégico y un don de palabra excelentes, y en los últimos años de la adolescencia se había involucrado en una organización política juvenil donde descubrió sus dotes de negociación y comprendió que había nacido para ser político. Y, sin embargo, Kaare seguía empeñado en recordarlo como el niño neurótico e inseguro que había sido. De hecho, parecía disfrutar de hacerse valer a expensas de Tommy.

Es cierto que Kaare había llegado muy lejos, que había nacido con ese tipo de confianza en sí mismo que funciona como una profecía autocumplida: conseguía siempre lo que quería y alcanzaba cualquier meta que se propusiera. Incluso logró sacarse la carrera de Medicina sin mucho esfuerzo y notas más que decentes, y no precisamente por su vocación de médico; todo lo contrario, a Tommy le confesaba sin tapujos que la mayoría de los pacientes le daban asco. Eligió la carrera y la especialidad de Cirugía Plástica solo por dinero, y antes de los treinta y siete ya había fundado la Clínica Privada Charis con el único objetivo de hacerse rico y jubilarse pronto.

Nunca logró formar una familia, algo que Tommy no acababa de entender. Con su físico, su carisma y sus buenos ingresos, Kaare era el prototipo de soltero de oro, pero Catrine opinaba que tenía la fea costumbre de examinar con ojos clínicos a cada mujer que conocía, buscando lo que podía embellecerse o perfeccionarse. Tampoco tenía problemas en señalárselo y, como bien decía Catrine, a pocas mujeres en edad de casarse les entusiasma que les digan que son buenas candidatas para un relleno facial, un *lifting* de pecho o una reducción de párpados.

A Kaare eso le daba igual. En Copenhague y el norte de Selandia sobraban bellezas de veinte años, sin arrugas ni imperfecciones, dispuestas a hacerle compañía, y sacudía incrédulo la cabeza ante la postura sumisa que Tommy había adoptado en su matrimonio.

«Pasas de un director a otro», le susurró al oído a Tommy en medio de la fiesta de bodas, quince años atrás.

Comentarios como aquel sacaban a Tommy de quicio. De hecho, toda su vida adulta había fantaseado con pedirle a Kaare que cerrara de una vez aquella boca de niño mimado, pero los comentarios «graciosos» de Kaare se habían vuelto aún más frecuentes y perversos tras la condena de Tommy por conducir ebrio, diez años atrás.

El breve paso de Tommy por el Ministerio de Sanidad había alterado el equilibrio de poder entre ambos. Como ministro, Tommy tenía una influencia real en la carrera de su amigo, y casi nada le había dado tanto placer como rechazar las insistentes invitaciones de Kaare a eventos vip de la industria médica y farmacéutica. Pero su etapa en el ministerio terminó de un día para otro, y pronto fue él quien tuvo que suplicarle a Kaare que le presentara a posibles empleadores. Ahora estaban de nuevo en esa situación: Tommy mendigándole a Kaare en el aparcamiento de su clínica. No tenía ni idea de a quién más acudir.

Kaare abrió la puerta del coche de un tirón y se metió dentro dando un soplido para dejar claro que estaba acostumbrado a una comodidad mayor que la que el Fiat de Tommy podía ofrecerle. Se quitó las gafas de sol y lo miró.

—¿Qué es lo que ha pasado?

Ni un saludo, ni un abrazo incómodo. Tommy había avisado de su visita con muy poca antelación, por lo que su amigo ya se olía que algo andaba mal.

—Voy a tener que pedirte un préstamo. —Sus muchos años de experiencia en negociaciones le habían enseñado que lo mejor era poner las cartas sobre la mesa desde el principio; irse por las ramas solo servía para empeorar las cosas.

Kaare lo miró largo y tendido, y Tommy empezó a comprender por qué a Catrine le desagradaba tanto esa mirada de cirujano, obsesionada por encontrar imperfecciones.

—¿Cuánto? —preguntó.

Tommy apartó la vista.

—Cinco millones.

Kaare dejó escapar una risita nerviosa.

—¿Cinco millones? ¡Ahora mismo! ¿Te los paso por MobilePay? ¿O los prefieres en efectivo, en plan mafioso, dentro de una bolsa de deporte?

Inseguro, Tommy le devolvió la mirada.

—Yo…

—Joder, Tommy. —Kaare dio un puñetazo al salpicadero—. ¿Para qué narices quieres tú cinco millones de coronas? Supongo que tienes algún motivo para no pedírselos a tu mujer o al banco. —Frunció el ceño—. ¿Os vais a divorciar? ¿Te has hartado por fin de Catrine? Eso sí que lo entendería, joder.

Tommy negó con la cabeza.

—No…, no es eso. —Sintió que estaba a punto de romper a llorar.

Kaare desvió la mirada hacia la ventanilla, como si no pudiera soportar tenerlo delante.

—Joder, Tommy, cada vez te pareces más a tu padre.

—¿A mi padre? —Tommy lo visualizó: un hombre prácticamente calvo, de pecho hundido, vestido siempre con ropa italiana comprada a plazos o conseguida en trueques sospechosos.

—Sí, el viejo Eckert, que era un inútil total y venía corriendo a pedirle dinero a mi padre a todas horas. Se aprovechaba de sus contactos, ¿y qué ofrecía a cambio? Ideas de negocio desastrosas y el talento de perder cuatro coronas por cada dos que mi padre le prestaba.

Tommy no se atrevió a mirarlo.

—Mi padre tuvo mala suerte.

—¿Mala suerte? Está bien, llamémoslo así. A ver, chaval, ¿y tú qué «mala suerte» has tenido esta vez?

Tommy apretó los dientes. «Chaval». Siempre ese tono condescendiente, como si él hubiera elegido estar en esa situación.

—Me están chantajeando —dijo, en un hilo de voz casi infantil.

—¿Que qué?

—Que me están chantajeando —repitió, comprobando que todas las ventanillas estuvieran bien cerradas.

—Sí, ya te he oído. ¿A qué te refieres con «chantajeando»?

—Cometí un error…, un error muy grave…, hace muchos años, y ahora alguien se ha puesto en contacto conmigo y amenaza con… — Tommy se quedó paralizado. Las lágrimas que luchaban por salir le quebraban la voz, pero no estaba dispuesto a regalarle a Kaare ni el más mínimo signo de debilidad.

—¿Amenaza con qué? ¿Es un político?

Tommy negó con la cabeza.

—Es alguien que conoce mi… ese error del que te hablo, y amenaza con arruinarme la vida. Mi matrimonio, mi carrera, mi reputación. Estoy acabado si… ¡Lo perderé todo, Kaare! Me expulsarán del partido; si esto sale a la luz, no podré regresar al Parlamento y jamás volveré a encontrar trabajo. Ha dicho que va a ir a la prensa.

—¿A la prensa? —Kaare lo analizó con la mirada y Tommy tuvo la impresión de que empezaba a ceder. Kaare sabía de primera mano lo demoledora que podía llegar a ser la mala prensa. Un par de años atrás, unos pacientes y familiares descontentos habían arrastrado a Charis a un revuelo mediático y, aunque Tommy nunca lo admitiría abiertamente, había disfrutado viendo a Kaare agachar la cabeza y pelear con los periódicos y programas de televisión que lo despedazaban.

—Parece un caso para la policía. ¿Por qué no lo denuncias?

—No puedo. —Negó de nuevo con la cabeza.

—¿Y eso? ¿Es que has hecho algo ilegal?

Tommy dudó. Lo que había hecho era delito, sí, pero siendo político, la infracción legal ni siquiera era lo peor.

—Hice algo malo. Moralmente hablando, quiero decir.

—¿Te has acostado con otra? Hostia, si es por eso, casi que te lo pagaría yo. Esa puñetera Catrine es tan…

—No es eso, Kaare. Es peor.

—¿Peor? ¿Es un tema económico? ¿Un desfalco?

—No tiene nada que ver con dinero, pero no puedo contártelo. —Tommy cedió ante aquel nudo asfixiante en la garganta. Con los ojos humedecidos, se obligó a mirar fijamente por el parabrisas, sin pestañear. No quería ponerse a lloriquear como un crío de cinco

años—. Quiere ir a la prensa, Kaare. He luchado diez años para volver. Diez años en el infierno, y ahora todo está a punto de irse al garete. No sé qué hacer.

Kaare miró en la misma dirección, a través del parabrisas, por donde en aquel momento cruzaba un chico con muletas. Permanecieron en silencio un par de minutos, hasta que Kaare dejó escapar un suspiro cansado.

—Hemos tenido un buen año. Puedo prestarte dos millones —dijo al fin.

—Pero… —Tommy vio desfilar ante sus ojos portadas imaginarias de tabloides con él de titular—. No me basta con dos millones.

—Dos y medio, si es que se me ocurre una buena excusa para el banco; ni un céntimo más. O lo tomas o lo dejas. —Kaare posó la mano con el lunar en forma de corazón sobre el hombro de Tommy, en un gesto destinado a reconfortarlo, pero también a hacerlo callar —. Pero tendré que pedirte algo a cambio.

Tommy lo miró sin comprender.

—No tengo nada que…

—Has vuelto al Parlamento como portavoz de Sanidad, ¿verdad? Como sabrás, estamos a punto de ampliar la clínica; en cuatro semanas comienzan las obras de la nueva ala de quirófanos —Kaare señaló el ya imponente complejo hospitalario—, así que necesitamos gente en el Parlamento que impulse el uso de clínicas privadas como esta.

Tommy lo miró perplejo.

—El sistema público de salud está derivando al privado el doble de pacientes que hace diez años. Con eso ya te sacas un buen pico, ¿no?

Kaare se encogió de hombros.

—Yo lo veo como una ayuda a la comunidad. Sin nosotros, las listas de espera en los hospitales públicos serían interminables.

—Pero mi partido no lo apoya. Ni tampoco el Colegio de Médicos; dicen que los mayores y los más vulnerables salen perdiendo con este modelo.

—Pues mis pacientes están encantados y agradecidos. ¿Has visto al joven de las muletas? Mi compañero lo operó ayer de la rodilla, con solo una semana de espera. ¿Cuánto crees que habría tenido que esperar en el sistema público? Meses o incluso años.

—Pero es que acabo de regresar al Parlamento, y tenemos una disciplina de partido. No puedo salirme del guion así como así; ¡el presidente me mata! —Tommy empezó a sudar. No se le había pasado por la cabeza que Kaare le impondría condiciones.

—Entonces creo que es hora de que pongas en práctica tu aclamado «método Eckert» de argumentación; dicen por ahí que en tus mejores tiempos eras capaz de que la gente firmara su propia ejecución. —Kaare abrió la puerta y salió del coche, pero volvió a asomar la cabeza—. Dime que puedo contar contigo, mi pequeño lobista.

Tommy se aferró a la palanca de cambios con tal fuerza que se le puso blanco el pulgar.

—Lo intentaré.

—¿Cuándo necesitas el dinero?

—Pronto. Antes del fin de semana. —Tommy no apartó la mirada de su mano.

—¿¡Antes del fin de semana!? —Kaare sacudió la cabeza.

A Tommy le vino a la mente aquella vez que, de adolescentes, habían ido juntos a ver a una prostituta para que él perdiera la virginidad y Kaare «lo probara al menos una vez». La mujer tenía la mirada apagada y pinchazos en los brazos y en los tobillos. Aún podía ver a Kaare lanzándole billetes de cien coronas, y a ella, sin el menor pudor, recogiéndolos a cuatro patas. Así se sentía él ahora mismo.

—Tommy, no te estarás haciendo pipí en los pantalones otra vez, ¿no? —dijo Kaare, buscando su mirada, pero en cuanto Tommy levantó la vista, se puso las gafas de sol—. Ya sabrás de mí. —Y cerró la puerta de golpe.

Tommy lo miró caminar a paso lento y decidido en dirección a la clínica. Cómo lo odiaba. Y cómo odiaba depender de él.

31

ASSAD

Assad se guardó el móvil en el bolsillo interior y le dirigió a Helena una mirada de disculpa.

—Era mi hija mayor, Nella —dijo, separando mucho las manos, como para abarcar más—. ¡Es mucha niña!

Helena asintió sin apartar la vista de la carretera, y un tenso silencio se adueñó del interior del coche. La conversación de Assad con Nella había empezado en danés, pero cuando ella volvió a sacar el tema de su futuro por enésima vez, el tono cambió y el ambiente se caldeó de tal modo que él acabó pasándose al árabe para poder soltar expresiones más coloridas.

Desde que Marwa, Ronia, Nella y Alfi lograron escapar del cautiverio del líder terrorista Ghaalib y reunirse con Assad en Dinamarca, las dos hijas habían intentado, con resultados muy dispares, ponerse al día en los estudios. Ronia, que ahora tenía veintiséis años, era la más rezagada, lo cual tampoco era de extrañar. La hija menor de Assad volvió traumatizada de su paso por Irak y Siria; las repetidas violaciones hacían que se sintiera insegura ante la forma desenfadada de relacionarse que tenían los jóvenes en Dinamarca y, durante los primeros años, se encerró en su habitación, perdida en los rincones más oscuros de Internet.

Assad y Marwa habían pasado muchas noches discutiendo qué podían hacer, en el nombre de Alá, para impedir que su hija se dejara arrastrar por el fanatismo religioso. Assad acabó convencido de que podía ser una especie de síndrome de Estocolmo: a Ronia la atraía la oscuridad porque era lo único que había conocido en su corta vida.

No era partidario de usar a la ligera el término «radicalizada», y menos para referirse a su propia hija, pero cuando Marwa encontró bajo el colchón de Ronia un trozo de papel con un texto escrito por algún descerebrado de un movimiento terrorista del sudeste asiático, Assad se plantó. Con ayuda de Mona enviaron a Ronia a terapia intensiva, y ahora las cosas iban mejor. Al menos, hasta donde él sabía.

Pero le dolía el alma cada vez que lo pensaba. Después de tantos años alejado de ellas… ¿Hasta qué punto conocía de verdad a sus hijas? ¿Cuánto influía realmente en sus decisiones?

Nella, un año mayor, se había puesto al día con el danés sin apenas esfuerzo y había terminado el bachillerato con tan buenas notas que había conseguido una plaza en Odontología. Marwa gritó de alegría cuando la admitieron, y lloró con igual intensidad cuando Nella volvió a casa diciendo que había dejado la carrera. «He visto suficientes encías para lo que me queda de vida», argumentó.

—A mi hija de veintisiete años le ha dado ahora por querer ser espía —le contó Assad a Helena— en Dinamarca, donde puede dedicarse a lo que le apetezca y ser maestra, auxiliar de banco… ¡Mira que no habrá trabajos que no sean peligrosos!

Aquella primavera, el Servicio de Inteligencia de Defensa había publicado en varios portales de empleo una vacante en la que

buscaban «agentes de inteligencia con buenas habilidades sociales, agilidad operativa y un buen sentido analítico». Para desgracia de todos, Nella la había visto y desde entonces no pensaba en otra cosa.

—*Oui*, lo de espía lo he entendido —dijo Helena, volviendo un instante la cabeza hacia Assad—. En Lyon hay mucha gente con raíces en Oriente Medio, así que entiendo algo de árabe.

Assad notó que el rubor le subía hasta el cráneo. Eso no lo había previsto.

—En primavera no consiguió el trabajo, pero desde el comienzo de la guerra en Oriente Medio de nuevo, hay mucha gente furiosa por el conflicto, y ya se sabe que los grupos terroristas aprovechan para reclutar. Por eso la han contactado; los servicios de inteligencia necesitan agentes nativos de árabe.

—O sea, ¿gente que tiene que vigilar los círculos más radicales?

—Exacto. Aquí y en Oriente Medio. Se trata de localizar a los verdaderos hijos de perra.

—Querrás decir «cachorros».

Assad sacudió la cabeza.

—¡No, no, no, Helena! «Hijos de perra». Significa «desgraciados, malnacidos». ¡Estoy hablando de terroristas!

—¿No dices que tu hija tiene veintisiete años? Será ella la que decide lo que quiere, ¿no?

El tono de voz de Helena hizo que Assad se sintiera moralmente a la derecha de los talibanes y de Gengis Kan, pero el caso era que él mismo había servido en el ejército y en inteligencia; veinte años atrás había participado en una misión de espionaje en Irak con el sincero deseo, igual que Nella, de hacer del mundo un lugar mejor.

¿Y qué le había aportado todo aquello a su familia, aparte de desgracia y dolor? Había perdido dieciséis años, prácticamente toda la infancia de sus hijos, cuando a Marwa y a los niños los tomaron como rehenes. El sentimiento de culpa por lo que habían tenido que vivir nunca lo abandonaría, y solo de pensar que Nella pudiera acabar en otra situación de vida o muerte, se le aceleraba el corazón. Pero no había tiempo para explicarle todo aquello a Helena.

—¿Tú tienes hijos? —preguntó en su lugar.

Pasó un instante antes de que ella girara la cabeza, con una mirada que decía claramente «¿y a ti qué te importa?». Señaló su bolsillo interior, donde llevaba el móvil.

—Pon el gps —dijo—. Nunca he estado aquí.

Las conversaciones triviales no parecían ser del gusto de la *madame* y, en realidad, él debería ser el último en interrogarla o intentar sonsacarle información. Cuando Assad llegó al Departamento Q también estaba cargado de secretos. Aunque llamar secretos a aquello era quedarse corto.

El propio Carl, que tenía un olfato especial para detectar la más mínima incoherencia en una historia y, por lo general, no tenía problemas en tocarle las narices a la gente, sabía también cuándo era mejor no hurgar en ciertas situaciones, y había dejado que Assad cargara con su pasado sin hacer preguntas. Tal vez él debería hacer lo mismo con Helena.

—Y ese cuerpo, ¿qué tal?, o sea, ¿todavía duele? —preguntó Assad como quien no quiere la cosa. Había visto a Helena quejarse al subir al coche y apretar los dientes al cambiar de marcha, aunque quizá fuera su estilo francés de conducir: aceleraba sin miedo, iba siempre un poco por encima del límite de velocidad y cambiaba de

carril con una brusquedad sorprendente. En la salida de Lyngby, incluso le había hecho la peineta a un conductor que le daba bocinazos desde atrás. En definitiva, conducía como le gustaba a Assad.

—El cuerpo va perfectamente —contestó Helena con la mirada fija otra vez en la carretera—, y la cabeza también, gracias; y no preguntes más.

—Lo digo porque allí arriba nos llevamos un pequeño susto…

—Nadie salió herido de gravedad. —Se volvió hacia él y lo fulminó con sus ojos verdes—. Sé que fui una idiota y que fue muy estúpido por mi parte. Lo siento, no volverá a pasar. —El coche giró de forma brusca hacia la barrera de seguridad y las bandas sonoras del asfalto chirriaron bajo ellos.

—¿A quién llamabas allá arriba?

—¿Dónde es «allá arriba»? —Helena puso el intermitente y cruzó de golpe al carril derecho para incorporarse a la salida, obligando a Assad a aferrarse al asidero. El coche de atrás dio un bocinazo y tuvo que frenar en seco.

—Después de la explosión. Gritabas sin parar algo como *«chu-chu» o «yu-yu»* —dijo Assad, tratando de imitar el sonido.

Las cejas de Helena se fruncieron en una expresión difícil de descifrar.

—No sé de qué me hablas. Te oí gritar *«ihthari»*, y entonces sentí una presión tremenda en la espalda. Lo siguiente que recuerdo es la ambulancia. —Poco después giró hacia el aparcamiento de un edificio de aspecto señorial—. Pero estoy contenta de haberte entendido, porque *ihthari* significa «cuidado», *n'est-ce pas*?

—Sí, sí… Pero me refiero a los minutos después de la explosión… Estabas tendida en el suelo y…

—Ya te he dicho que no me acuerdo. ¿No sería que aún tenías *tinnitus*?

Encontró un hueco para aparcar, detuvo el motor y salió del coche.

Assad se apresuró a seguirla.

—A mí me pareció que llamabas a alguien —alzó la voz por encima del techo del coche; pero Helena ya se dirigía hacia el edificio de paredes blancas.

—Si fuera así, me acordaría —respondió ella por encima del hombro.

Assad aceleró el paso. Mientras la alcanzaba, le agradeció a Alá que, de entre todas las mujeres de lengua afilada con las que los dioses lo habían bendecido en la vida, al menos hubiera una con las piernas un poco más cortas que las suyas.

El edificio, que parecía una gran mansión, tenía una entrada lateral de construcción más reciente y una placa de vidrio mate con letras negras que indicaba que se encontraban en la Clínica Privada Charis. Las puertas correderas se abrieron, y Helena y Assad entraron justo cuando se desarrollaba una acalorada discusión. Detrás del mostrador de recepción, una empleada se había levantado y señalaba con un dedo acusador al hombre que tenía frente a ella.

—¡Tranquilícese! Solo quería ir al baño y me equivoqué de puerta. —El hombre era más joven que Assad; tendría cuarenta y tantos años.

—Pero a usted no se le ha perdido nada ahí dentro. En la puerta dice bien claro que los pacientes no pueden entrar. —La recepcionista, con voz temblorosa, señalaba hacia una puerta azul claro unos metros más adelante en el pasillo donde, efectivamente, se leía «Solo personal autorizado» bajo una señal roja de *stop*.

—Escúcheme. —El hombre había bajado el tono de voz; era evidente que le incomodaba ser el centro de atención de toda la sala de espera—. Lo siento de veras. Ha sido un despiste; no llevaba las gafas. —El tipo, de pelo oscuro, le dio la espalda a la recepcionista, se puso los auriculares y se marchó.

Al salir, su mirada se cruzó por un breve instante con la de Assad. Tenía los ojos azules, muy juntos, entradas pronunciadas y el pelo fino y oscuro con rizos incipientes en la nuca.

—¿Algún problema? —preguntó Helena, mostrándole la placa de policía a la recepcionista, que seguía en su puesto con las manos temblorosas.

—¿Policía? ¿Cómo…? No. Bueno, sí… Había un paciente que se perdió en el almacén de medicamentos.

—Ah. ¿Y eso no debería estar cerrado con llave?

—Sí, ha sido un despiste, un error nuestro. Solo tuve la sensación… Me da la impresión de que estuvo allí un buen rato.

—¿Tienen pensado presentar una denuncia? Hemos venido para hablar con Kaare Berg, pero si sospechan que ha habido un robo, podemos encargarnos. La policía se toma muy en serio el tráfico ilegal de medicamentos con receta. —Sacó del bolsillo interior una libreta y un bolígrafo.

La recepcionista echó un vistazo al pasillo, donde un hombre con polo azul claro y una bata blanca en la mano acababa de salir de un

despacho.

—No… Aquí viene el doctor Berg —susurró, asintiendo casi imperceptiblemente en dirección al hombre, que se había puesto la bata al vuelo y se estaba acercando a la recepción—. Mejor nos olvidamos del tema; no quiero meterme en líos.

Helena y Assad intercambiaron una mirada.

—Usted haga un recuento del inventario de medicamentos mientras nosotros hablamos con el doctor Berg, y si ve que hay motivo de alarma, nos avisa. ¿Le parece? —ofreció Helena en voz baja, guardando la libreta en el bolsillo.

Assad asintió, más que nada dirigiéndose a Helena. Lo había resuelto con elegancia.

—Disculpen, ¿puedo pasar?

Assad se volvió y vio a una mujer de su edad que respiraba con dificultad. Tenía manchas rojizas en las mejillas y llevaba un atuendo que recordaba a una tienda de campaña con el que, o bien buscaba llamar la atención, o bien quería hacerse lo más invisible posible. Assad apostó por lo segundo.

—Las damas primero —dijo Assad, galante, extendiendo el brazo.

La mujer le sonrió con timidez y se acercó sin prisas a la recepción.

—Me llamo Linette Thykier —anunció—. Tengo cita con el doctor Berg.

32

ROSE

—¿Y no me puedes confirmar la conclusión por teléfono? —Rose hacía clic con el bolígrafo una y otra vez, con la esperanza de que, al otro lado de la línea, el coordinador de la escena del crimen captara la indirecta.

La intoxicación alimentaria de la semana anterior le seguía dando guerra, ahora con unas ligeras náuseas acompañadas de punzadas en el bajo vientre. Para colmo, estaba a punto de bajarle la regla, lo que explicaba su falta de paciencia; notó cómo le hervía la sangre solo de pensar que tendría que esperar a que llegara el informe de los peritos de explosivos para luego ponerse a descifrar treinta páginas de galimatías técnico, cuando ese hombre al teléfono la podía sacar de la duda de un plumazo.

A decir verdad, esta vez los peritos de explosivos se habían dado prisa en elaborar el informe provisional. El jueves, mientras a Assad y Helena los trasladaban de urgencia al centro de traumatología, el Servicio de Emergencias Químicas y el Servicio de Desactivación de Artefactos Explosivos y Municiones del Ejército se habían desplazado al lugar de los hechos, en Asserbo, para tomar muestras y enviarlas al laboratorio para un análisis urgente. Apenas cinco días después, los resultados preliminares estaban listos.

—El informe es bastante extenso, así que los detalles los tendrás que leer tú misma, pero te puedo adelantar que se usó algún tipo de explosivo plástico —explicó el coordinador.

Rose se limitó a darle las gracias con resignación, y apenas había sacado una caja de paracetamol del bolso cuando el ordenador emitió un pitido. Abrió el correo y comenzó a hojear el informe.

Habían adjuntado imágenes de las inmediaciones del lugar de los hechos y fragmentos de la caravana calcinada, pero apenas se distinguía nada: carrocería, enseres, telas… todo estaba quemado, ennegrecido o pulverizado. Si hubiera habido alguien dentro cuando Helena abrió la puerta, habría volado en pedazos. Por suerte, parecía que no; de lo contrario, los peritos habrían encontrado pequeños restos de tejido biológico. Aun así, a Rose le costaba no pensar en lo que podría haberles pasado a Assad y a esa taruga incompetente de Helena de no haber sido por la rápida actuación de él.

Encontró lo que buscaba al final de la página 23: «Las muestras N.° 5 y N.° 11 presentan restos de material explosivo, y en el análisis químico se ha detectado ciclonita, por lo que es muy probable que se trate de un explosivo del tipo C-4».

Llamó al perito de explosivos que había firmado el informe para que se lo aclarara con más detalle.

—El C-4 es un explosivo plástico relativamente conocido que lleva años empleándose en el ejército, y de vez en cuando se usa también con fines delictivos —explicó—. Los moteros, y también ciertas bandas, le tienen un cariño especial. ¡Hubo un par de casos en los que lo robaron de un cuartel!

—¿Es difícil de manipular?

—¡Qué va!, no es inestable como la «Madre de Satán», el tatp, que conocerás por los grandes atentados terroristas en Europa. Eso estalla con la mínima sacudida. Para el C-4 hacen falta uno o más detonadores, y tú decides cuándo explota, pero usado en suficiente cantidad tiene una potencia brutal.

—¿Es posible que colocaran el explosivo en varios puntos, dentro y debajo de la caravana?

Casi podía oír al perito asentir al otro lado de la línea.

—Sí, y estoy convencido de que eso es lo que ocurrió en este caso. De lo contrario, habrían quedado fragmentos más grandes, tanto de la bomba como de la caravana.

—¿Y cómo se consigue? Decías que solo el ejército…

—Por desgracia, es pan comido. Tengo una antigua finca en Suecia y allí lo venden en cualquier ferretería. Los suecos lo usan para volar las piedras de los terrenos, como se hace en las canteras de granito, pero para que funcione hay que tener cierta maña y saber al menos lo básico de técnicas de explosivos, así que es raro que lo usen delincuentes de pacotilla para hacer alguna gamberrada.

Rose le agradeció la ayuda y colgó, no sin cierta frustración. Si cualquier idiota podía ir a la ferretería del pueblo a comprar explosivos letales, sería prácticamente imposible de rastrear. Los peritos tampoco habían encontrado el detonador, así que, o bien todo lo que pudiera contener huellas dactilares había saltado por los aires, o bien el autor había detonado el explosivo de forma manual desde las inmediaciones.

La propiedad de Asserbo estaba vallada, pero cualquiera podía haber trepado la valla y abierto la puerta: una persona sin hogar, algún joven borracho, una pareja de novios, incluso un par de críos

jugando. Lo que le gustaría saber era qué podía haber allí tan importante como para tener que hacer estallar la caravana.

En principio, podía ser cualquier cosa: un escondite para bandas organizadas de ladrones o traficantes, un laboratorio de *skunk* y hasta el escenario de grabación de esos repugnantes vídeos que se comparten en una red de pederastas. Ese tipo de gente tenía las técnicas y los medios necesarios para borrar todas las huellas cuando las cosas empezaban a ponerse feas.

Pero ¿para qué querrían un pederasta o un cultivador de cannabis un folleto de Charis? La única conclusión lógica parecía ser que la persona que había secuestrado y asesinado a Ole Horsten cuatro años atrás era la misma que había plantado los explosivos en la caravana.

Rose subió los pies a la silla y envolvió las rodillas con los brazos. A pesar de que se había tomado dos analgésicos, el dolor en el bajo vientre se había extendido a la zona lumbar. En cambio, las náuseas habían desaparecido y tenía ahora un hambre canina.

Llamó a Teglholm. Terje contaba con analistas capaces de identificar en tiempo récord todos los demás casos criminales de Dinamarca en los que se hubiera utilizado C-4 como detonante. Le aseguraron que probablemente tendría los resultados en una hora: mejor de lo que esperaba, y con tiempo de sobra para salir a comerse un bocadillo.

Cuarenta y cinco minutos más tarde, cuando se dejó caer de nuevo en su silla de oficina, el dolor punzante en la zona lumbar había empeorado. Alzó los brazos por encima de la cabeza para estirarse, pero apenas sintió alivio. Estaba agotada, aunque eran poco más de las 14.30. Desde su colapso psíquico hacía siete años,

aquella maldita menstruación iba y venía a su antojo. Siempre en el momento más inoportuno, por supuesto, pero nunca había llegado a sentirse mal de verdad. Tal vez le faltara hierro. O vitaminas. O quizá solo fuera azúcar. Hurgó en el cajón en busca de chocolate, pero solo encontró un sobre con dos pastillas de edulcorante. Bueno, peor era nada.

La respuesta de los analistas la ayudó a despejarse. En los últimos cinco años, la policía había investigado diecisiete casos con explosivos, pero solo en cuatro de ellos se había usado C-4: dos en el distrito de Copenhague, uno en el distrito de Copenhague Oeste y otro en Jutlandia del Norte.

Los dos casos de Copenhague estaban relacionados. En 2018, un hombre que había servido como soldado en los Balcanes había hecho explotar una bomba en la vivienda asistida de sus padres en Valby; luego se había detonado a sí mismo junto a su exmujer en una colonia de huertos urbanos en Amager, dejando a dos hijos preadolescentes. Y por muy triste que fuera el caso, el tipo había muerto por su propia mano, así que poco habría tenido que ver con la caravana de Asserbo.

El caso del distrito de Copenhague Oeste trataba sobre una banda callejera que llevaba años en conflicto con un club de moteros local, y que en 2022 había hecho saltar por los aires la sede del club. «Esto sí puede ser interesante», pensó Rose, e imprimió el informe.

Mientras esperaba, examinó el último caso, con fecha del 10 de octubre, apenas unos días antes de la explosión de Asserbo. Rose recordaba la cobertura televisiva: un arrastrero había estallado al salir del muelle de Hirtshals y cuatro pescadores locales perdieron la vida.

Durante los primeros días, los peritos forenses habían trabajado con la teoría de que el motor de la embarcación, de apenas un año de antigüedad, tenía un defecto de fábrica, pero cuando los buzos del Servicio de Desminado del Ejército tomaron imágenes submarinas del pecio, se descubrió que se había producido una explosión a bordo. Los restos del barco se habían recuperado y trasladado a tierra para un examen más exhaustivo, y las recién concluidas investigaciones del laboratorio químico del Servicio de Emergencias confirmaban que en la cámara de máquinas se habían colocado explosivos del tipo C-4. Se trataba, por tanto, de un sabotaje deliberado con consecuencias mortales para los cuatro tripulantes, cometido con el mismo tipo de explosivo que en Asserbo. La investigación seguía abierta y todavía no se conocía el motivo del atentado. Al final del informe figuraba el nombre del responsable de la investigación, un nombre que Rose conocía demasiado bien: el comisario Gordon Taylor.

Un dolor punzante le recorrió el abdomen, justo por encima de la ingle, y decidió tragarse el tercer y el cuarto comprimido de paracetamol. Y habría hecho lo mismo con una cerveza fría de haber tenido una a mano.

Desde el primer encuentro, Gordon la había idolatrado, y a muchos les costaría entender que ella no se hubiera aprovechado de sus continuas insinuaciones para pasar un buen rato. Tan desesperado estaba él por llevársela al huerto que, si Rose le hubiera hecho el favor, podría habérselo desgravado en la declaración de la renta como «donativos y otras aportaciones». El único inconveniente era que aquel espárrago blanco con patas no la atraía lo más mínimo, y por eso solo había sucedido dos veces. La

primera, hacía diez años, cuando Gordon acababa de incorporarse al Departamento Q. Tras un par de semanas, ella decidió aliviarlo del sufrimiento de sus ojitos de perro en celo y del peso de aquellos enormes huevos que arrastraba.

Había sido una idea terrible. En primer lugar, porque tenía el presentimiento de que Carl había oído todo el jaleo desde su despacho; en segundo, porque aquella entrevista íntima de evaluación del desempeño no había servido para quitarle las ganas a Gordon. Al contrario, se pasó los diez años siguientes consumiéndose en silencio, ansioso por repetir la escena del escritorio.

En los últimos tiempos había terminado por aceptar que Rose nunca sería suya y había empezado a frecuentar Tinder con el mismo esmero y entusiasmo que ponía en su trabajo de investigación. Ahora ocupaba un puesto destacado en Jutlandia del Norte y había conseguido por fin lo que siempre había deseado: una mujer.

Pero, por extraño que pareciera, aquello incomodaba a Rose. Aunque saltaba a la vista que no quería a Gordon, tampoco le hacía gracia que el chaval estuviera con otra. Y eso explicaba la segunda vez.

Después de la despedida oficial de Gordon en Teglholm, hacía ya más de tres meses, se emborracharon en un bar y, en un arrebato de sentimentalismo, ella sugirió ir a su casa a echar un polvo «por los viejos tiempos». Al despertar, Rose apenas recordaba el acto en sí —señal de que no había sido nada espectacular—, y a Gordon lo consumía tanto la culpa que ella se apresuró a meterlo en un taxi y mandarlo de vuelta a casa. No lo había vuelto a ver.

Se estiró en la silla. Pensar en aquel lío de una noche con Gordon no le estaba haciendo ningún favor, pero seguro que no era más que resaca emocional.

No es que se arrepintiera: por su cama habían pasado muchos más hombres. De hecho, recordaba a un bombero tres días antes de Gordon y a un agente inmobiliario cinco días después. Le parecía perfecto que cada uno se vistiera y se marchara al acabar. Aquello del café por la mañana y el intercambio de teléfonos no iba con ella, pero lo de Gordon no había sido del todo justo.

Extendió la mano hacia el teléfono. En la policía era habitual llamar a otros distritos cuando se necesitaba ayuda; el contacto directo se consideraba una buena práctica. Pero cuando la llamada a Gordon saltó directamente al contestador, Rose colgó sin dejar ningún mensaje y, en su lugar, le envió un correo pidiendo que le devolviera la llamada en cuanto pudiera.

Se llevó las manos a la zona lumbar dolorida y miró el reloj. El médico local de Stenløse atendía sin cita por las tardes. Quizá le recetara un antiácido potente y la derivara al quiropráctico. Cerró el ordenador y se puso la chaqueta.

33

ASSAD

Assad observó a la paciente que acababa de despedirse de Kaare Berg. Había salido de la consulta con una sonrisa de oreja a oreja y, en ese momento, avanzaba hacia la recepción balanceando con brío sus caderas generosas, como una condenada a muerte a quien han concedido una segunda oportunidad.

—¿De qué se va a operar esa simpática mujer? —preguntó Assad para romper el hielo, una vez que Helena y él se hubieron presentado.

—¿Quién? —Kaare Berg parecía desorientado; en general, daba la impresión de que no tenía muy claro quiénes eran estas dos personas con marcado acento y apósitos en la cara.

—La señora que acaba de salir —aclaró Assad, señalando a la paciente, que ahora recogía con solemnidad dos cajitas blancas en el mostrador de la recepción. La mujer rio cuando la enfermera le estrechó la mano, revelando un rostro muy atractivo tras el doble mentón y la mirada desconfiada.

—¿Esa de allí? No se va a operar —dijo el médico—, al menos por ahora. A ver, por temas de confidencialidad no puedo comentar casos de pacientes concretos, pero creo que no les sorprenderá saber que no ha venido por un aumento de pecho. —Kaare Berg esbozó una sonrisa pícara que se desvaneció en cuanto advirtió la

mirada severa de Helena, con las cejas tan fruncidas que casi se tocaban. Prosiguió entonces en un tono que recordaba al de un médico de serie de televisión—: Participa en nuestro exitoso programa de adelgazamiento. Primero examinamos a los pacientes de pies a cabeza y, si no hay contraindicaciones, los enviamos a casa con su pluma de inyección y sus agujas; a partir de ahí, ya se las arreglan por su cuenta.

—¿Y funciona? —preguntó Assad.

—Yo diría que sí. No es raro que los pacientes pierdan de un quince a un veinte por ciento de su peso corporal.

—Y me imagino que el noventa por ciento de sus ahorros… —Helena había tomado un folleto sobre el medicamento para adelgazar de la estantería de Kaare Berg.

—Bueno, la consulta y la medicación tienen su coste, claro, pero aquí no obligamos a nadie a someterse al tratamiento. La gente acude por voluntad propia; es un programa muy popular. —El médico se alisó la bata, se sentó tras el escritorio y miró a Assad—. Y bien…, ¿en qué puedo ayudarles?

—Ole Horsten.

—¿Qué? —Las cejas de Berg se arquearon un par de centímetros sobre la frente, por lo demás lisa y sin expresión—. Ole se suicidó hace cuatro años.

—Hemos recibido nueva información que sugiere que su muerte no fue del todo voluntaria. —Helena agitó el folleto hasta captar la atención de Assad. El documento parecía idéntico al trozo de papel de la caravana.

—¿Y eso qué quiere decir? —preguntó el médico, mirando a Helena y luego a Assad.

—Que a Ole Horsten lo asesinaron, casi con toda seguridad después de unos días de cautiverio, y que es probable que lo hiciera la misma persona que intentó acabar con la vida de su mujer —explicó Helena.

—¿Que lo asesinaron? —A Assad, la sorpresa de Berg le pareció sincera—. ¿Y quién lo mató?

—Vayamos por partes —intervino Assad—. Por lo que sabemos, a Horsten lo despidieron de su puesto en el Consejo de Administración de esta clínica cuatro o cinco meses antes de su muerte.

Berg sacudió la cabeza, como si aquello fuera a ayudarlo a organizar las ideas, y luego se incorporó en la silla.

—¡Esto es una locura! Tanto mi personal como yo quedamos consternados por el suicidio de Ole. Yo me sentí culpable; al fin y al cabo, soy el propietario y fui yo quien apretó el gatillo. —Suspiró profundamente—. Sé que está un poco fuera de lugar, pero en este momento siento un gran alivio; por fin puedo empezar a pasar página. —Berg hizo un gesto con la mano como si cerrara un libro y esbozó una sonrisa que, en efecto, estaba fuera de lugar.

—¿Lo despidió a tiros? —preguntó Helena.

—¡No, no, nada que ver con pistolas, Helena! —se apresuró a aclarar Assad—. Es una metáfora.

—Sí, como propietario de la clínica, tengo derecho a despedir a quien me parezca. —El médico parpadeó un par de veces mientras procesaba la absurda conversación que acababa de presenciar—. A ver si me explico. Le teníamos mucho aprecio a Ole; lo conocía desde hacía décadas y nunca tuve nada que reprocharle sobre su trabajo en el Consejo de Administración. Tenía buenos contactos. —Berg deslizó la mano por la boca para secarse las gotas de sudor del

labio superior—. Pero por aquella época, unos cuantos pacientes y familiares descontentos iniciaron una campaña de difamación contra nosotros. Con la inestimable ayuda de la prensa, por supuesto. Nunca se cansaban; seguían ahí, dale que te pego, aunque yo ya había despedido al médico responsable de la liposucción fallida y pagado compensaciones a otros dos o tres pacientes. Pero para los críticos no fue suficiente. Querían ver rodar cabezas, y al final tuve que entregarles la joya de la corona que, para su desgracia, resultó ser Ole.

—También podía haberse ido usted —propuso Helena.

Kaare Berg la miró como si le faltara una primavera.

—¡Pero yo soy el dueño! En ese caso, me hubiera visto obligado a cerrar el negocio, y tengo inversores que opinaban que eso era una pésima idea. Estaban de acuerdo con el despido y también con que teníamos que anunciarlo a los cuatro vientos, para acallar a los críticos.

—¿Y Horsten cómo se lo tomó? —preguntó Assad.

—Son las reglas del juego, y Ole las conocía muy bien. Al final, la mierda siempre cae sobre el que está en la cima. Pero sí, se sintió rechazado y humillado. Siempre le había dado mucha importancia a su buena reputación.

—¿Cuándo lo vio por última vez? —Assad miró de reojo a Helena, que ahora estaba de espaldas, examinando con detenimiento un póster con un dibujo del corte transversal de un seno.

—Madre mía, a ver… Todo esto ya me lo preguntó la policía en su momento. Cuando dejó de trabajar con nosotros, le organizamos una despedida informal. Se llevó seis botellas de las buenas y un cheque generoso como detalle de consuelo, y después nunca más lo

volví a ver. Fui al entierro, claro, y todavía enviamos flores a Jette en el aniversario de su muerte. Aunque ella ya no tiene ni pajolera idea de nada, pero…

Helena se giró de golpe.

—*Excusez-moi*?

—¿Qué? —El médico dejó escapar un suspiro—. Bueno, perdón por el lenguaje. Quería decir que en Charis les hemos mostrado todo nuestro apoyo, quizá aun más de lo que cabría esperar. Ole tenía mano dura. Era muy exigente, no toleraba errores. —Berg se frotó las sienes y levantó la vista de golpe—. ¿Esto va a salir en la prensa?

—No depende de nosotros —dijo Helena, sentándose junto a Assad.

—Pero… —Berg apoyó las manos en el escritorio—. Por fin, después de cuatro años, hemos conseguido librarnos de esas historias horribles en los medios. Tenemos éxito. Tenemos planes. En unas semanas comienzan las obras de la nueva ala quirúrgica. ¡No puedo permitirme otro revuelo mediático! —Volvió a alzar la vista. Sus manos habían dejado un rastro húmedo en el linóleo verde oscuro del escritorio, y su mirada arrogante se estaba transformando en súplica—. ¿Han visto a los pacientes en la sala de espera? ¿A los empleados? ¿El bonito edificio en el que trabajamos? Todo esto es mío; mi responsabilidad, mi futuro. He levantado una empresa sólida…, pero es un gigante con pies de barro, ¿entienden? Otra mala historia y se acabó.

—¿«Pies de barro»? —Assad miró sus propios zapatos anchos de cordones—. Qué expresión tan curiosa.

Berg lo ignoró.

—Entiendo que tengan que investigar a fondo la muerte de Ole, pero les agradecería que se hiciera con discreción, y que el nombre de Charis no se vinculara al caso.

—No es fácil prometerlo cuando tantas pistas conducen a este lugar —dijo Helena—, pero la policía rara vez acude a la prensa, si es eso lo que le preocupa.

—¿A qué se refiere con «tantas pistas»? Ole trabajó aquí. ¿Qué más tienen?

Assad extrajo una funda de plástico del bolsillo interior y la dejó sobre el escritorio del médico.

—Este folleto o, mejor dicho, lo que queda de él, se encontró en una propiedad en Asserbo, en la que sospechamos que retuvieron a Ole durante un tiempo, antes de asesinarlo. ¿Le dice algo?

Berg se quedó mirando a Assad un buen rato antes de inclinarse sobre la fotocopia.

—Parece uno de los nuestros —observó, señalando el folleto que Helena sostenía en la mano, en cuyo dorso aparecía él mismo, con un polo azul claro y una sonrisa afable—. Pero este folleto en particular se creó para el programa de adelgazamiento, así que es bastante reciente. Si no me equivoco, fue para una de esas campañas antes del verano, cuando la gente está tan desesperada por perder peso.

—¿Y no lo tenían en 2019, cuando Ole aún trabajaba aquí?

—No, claro que no. El medicamento para adelgazar que nosotros usamos no se aprobó hasta 2022.

—¿Tiene alguna idea de cómo un folleto tan reciente y con su foto en el dorso ha podido acabar en esa propiedad en Asserbo? ¿O qué relación podría tener Ole Horsten con ese lugar? —preguntó Assad.

La expresión de súplica se desvaneció del rostro de Berg.

—Bueno, estos folletos se repartieron a diestro y siniestro, sobre todo aquí, en el norte de Selandia. Los dejamos en gimnasios, estudios de yoga, cafeterías, galerías e incluso en las tiendas de ultramarinos de la costa. Y aquí mismo, cualquiera puede entrar y llevarse uno. Creo que se imprimieron entre tres y cuatro mil ejemplares.

—Vamos a necesitar una lista con todos los pacientes que han sido tratados con este medicamento —dijo Helena.

Berg hizo un gesto de resignación con los brazos.

—Mi secretaria puede tenerla en unas horas. Pero ¿qué pasa conmigo? —Berg se giró hacia Assad. De pronto parecía nervioso—. Primero me dicen que asesinaron a Ole, y ahora han encontrado un papel con mi foto. ¿Seré yo el siguiente? ¿Podrían ser los mismos tarados que enviaban amenazas a la clínica y a Ole?

—¿Usted también recibió amenazas?

El médico asintió.

—En las redes sociales había gente que se pasaba de la raya, y a esos los bloqueábamos, claro. Mi dirección privada es secreta, pero aquí, al buzón de Blovstrød, llegaron algunos escritos. *Collages* muy cutres, en los que aparecía yo con un hacha en la mano o de pie sobre un charco de sangre. Cosas de ese tipo. Nada que me asustara en aquel momento. Ni a mí ni a Ole. Pero quizá deberíamos habérnoslo tomado más en serio…

—¿Aún conserva las cartas? —preguntó Assad.

El médico sacudió la cabeza con aire contrariado.

—Si les soy sincero, los reportajes de prensa me preocupaban bastante más. Esas cartas absurdas nos las tomamos como simples

gamberradas y fueron directas a la trituradora.

—¿Recuerda qué decían?

—Algo sobre que tenía que morir o quedarme inválido. Una auténtica idiotez.

—¿No sabe de quién eran?

—No, eran anónimas —admitió, mirando a Assad y luego a Helena —. ¿Necesito protección policial?

Helena y Assad intercambiaron una mirada.

—No tenemos motivos para pensar que esté en peligro inminente, pero si algo cambiara, lo avisaríamos de inmediato, no le quepa duda —lo tranquilizó Helena.

El *smartwatch* de Berg vibró dos veces; lo miró con prisa.

—Perdonen, hay pacientes esperando y tengo que hablar con el banco antes de que cierre. Me reclaman por todos lados, y además no sé qué hacer con esta información… ¿Debería contratar a una empresa de seguridad?

—Eso es decisión suya —soltó Helena, que se levantó y le hizo un gesto con la cabeza a Berg—. Voy un momento a hablar con la secretaria —le dijo a Assad antes de marcharse.

Assad también se disponía a levantarse, pero Berg se inclinó sobre el escritorio y apoyó la mano sudorosa en el antebrazo peludo del policía, sujetándolo con firmeza.

—Escuche, no me siento nada tranquilo con todo este asunto. ¿Puedo hacer algo a cambio de un poco de discreción…? ¿Necesitan algo? Tengo buenos contactos en Christiansborg, en la industria farmacéutica, en todos lados. A lo mejor a su mujer le vendría bien un retoque de nariz… No tiene más que decírmelo —murmuró.

Assad le apartó la mano y se levantó tranquilamente.

—Esto no es Irak. Y yo no soy partidario de la corrupción ni de los retoques de nariz —sentenció, y salió de la consulta.

Helena lo esperaba en la recepción.

—La secretaria nos enviará mañana a más tardar la lista de pacientes del programa de adelgazamiento —dijo mientras salían por la puerta corredera. Luego se giró para saludar con la mano a la recepcionista, que le respondió con una amplia sonrisa.

—Parece que está de mejor humor. ¿Ya se ha olvidado del tipo que entró en el almacén de medicamentos? —preguntó Assad.

—En cualquier caso, no quieren presentar una denuncia. Mientras nosotros hablábamos con Berg han hecho recuento de todo el inventario y no faltaba ni una pastilla para el dolor de cabeza.

34

ROSE

Ni siquiera era capaz de oír sus propios pensamientos; la música retumbaba con tal potencia desde los altavoces que hacía vibrar hasta las mesas. Rose pidió un *frappé* de caramelo con triple carga, extra de nata y salsa de chocolate al joven que bailoteaba jovial detrás de la barra. Necesitaba algo que la espabilara, porque el médico no había sabido darle ni una sola explicación a sus molestias de la última semana.

En la clínica junto a la estación de Stenløse atendían sin cita previa entre las dos y las cuatro de la tarde, y mucha gente lo aprovechaba. La había recibido una enfermera mayor muy profesional; le sacó sangre y le tomó la tensión. Luego llegó el médico y la auscultó.

—¿Es grave? —preguntó Rose.

—Bueno…, de entrada, parece que los pulmones y el corazón están bien. Tienes la tensión un poco alta, pero con esos síntomas tan difusos podría ser desde un virus persistente hasta diabetes. Los análisis nos lo confirmarán; ahora toca tener paciencia. —El médico se recolocó las gafas y la miró con una sonrisa comprensiva—. Rose, ya no tienes veinte años; la menopausia se acerca. ¿Duermes bien? ¿Haces ejercicio? A las mujeres de mediana edad les recomiendo hacer entrenamiento de fuerza con regularidad. Intenta evitar el

azúcar y toma suficientes proteínas, ¿sí? Y el estrés… hay que mantenerlo a raya a toda costa.

Rose casi echaba espuma por la boca de lo furiosa que estaba. ¡Pero si no era vieja, joder, tenía cuarenta y tres años! ¿Qué demonios estaba diciendo aquel hombre?

—Voy a *spinning* tres veces por semana y duermo ocho horas —había mentido.

A decir verdad, no parecía que el médico se lo hubiera creído, y además le había recomendado comer más fruta y verdura, pero bueno, eso podía esperar a mañana.

Miró al joven detrás de la barra que, con la batidora entre ambas manos, hacía unos movimientos rítmicos que pretendían ser un baile, pero que a Rose le parecían más bien otra cosa. ¡Con un aparato de cocina! Joder, si esto era hoy en día el epítome de la juventud y la vitalidad, quizá no fuera tan malo ser una mujer madura.

Cuando regresó a Jefatura eran casi las cinco, y el despacho de Assad ya estaba vacío; por lo visto tenía mucho lío en casa últimamente. Helena también parecía haberse ido; en todo caso, su despacho estaba desierto. A Rose le venía bien. Con lo mal que se estaba portando su cuerpo, prefería estar sola. No por Assad, que era la dulzura en persona, sino por la repentina irrupción de la francesa, que había trastocado por completo la dinámica del sótano.

No había pasado ni una semana y la pequeña discípula de Terje ya había puesto a Assad en peligro de muerte. Por no hablar de todo ese silencio y secretismo que había traído al Departamento Q… No había dicho ni una palabra sobre su vida privada, su pasado o su familia. Lo único que sabían era que su madre había fallecido hacía

muchos años y su padre, recientemente. Al parecer, no tenía pareja ni hijos, pero una mujer en la cuarentena debía de haber tenido algún tipo de vida en Francia: casa, trabajo, amigos, hermanos, exnovios, costumbres, rutinas… ¿Qué la había llevado a dejarlo todo?

No podía quitarse de la cabeza que Helena estaba huyendo de algo. Quizá su única salida hubiera sido venirse a Dinamarca. Tal vez había cometido un error fatal en su trabajo en la policía, un error de los gordos, como el que casi mató a Assad la semana anterior, quién sabe… Rose se frotó la barbilla. Puede que una imprudencia le hubiera costado la vida a un compañero, y desde entonces Helena fuera *persona non grata* en el cuerpo de policía de Lyon.

Pero ¿por qué la había contratado Terje? Esa mujer había llegado con una arrogancia y una actitud de sabelotodo insoportables, ¡y eso que ni siquiera quería estar allí!

Rose se acercó a la papelera de Helena para tirar el vaso de café pringoso, pero algo pequeño y brillante entre la basura la hizo detenerse. Se agachó con una sensación extraña, como si el objeto la estuviera vigilando. Levantó un trozo de papel, lo acercó a la luz de la lámpara del escritorio y vio que lo que llevaba pegado era una lente de contacto usada. Y no una lente cualquiera: una lente de color, con el iris verde.

«¡Lo sabía!», murmuró para sí. Aquellos ojos color esmeralda de Helena Henry no eran un regalo de la naturaleza.

Dobló con cuidado el trozo de papel. Era hora de investigar a fondo los antecedentes de su nueva compañera.

35

ROSE

Se sentó en el despacho, motivada por una energía que no había sentido en muchos días. Con un poco de suerte, descubriría que Helena había tejido toda una telaraña de mentiras y en cuestión de poco tiempo se iría a la calle por la puerta de atrás de la Jefatura de Policía.

Sin embargo, el sistema interno de la policía no contenía más que un puñado de datos poco relevantes sobre Helena Henry. Constaba que la habían contratado como investigadora en el Departamento Q en octubre de 2023 y que su superior era Terje Ploug, pero no figuraba su domicilio y, en el apartado «Teléfono», solo aparecían dos números conocidos: el fijo del despacho de Carl y un móvil perteneciente a la policía. Ni un solo dato sobre su vida privada. Su ficha de empleada, que debía de existir en algún rincón del sistema, no era accesible para el personal del rango de Rose.

Entonces decidió buscar «Helena Henry» en las Páginas Blancas danesas. Nada. Al teclear el nombre en Google, apareció una serie de fotos de mujeres morenas, pero ninguna se parecía a la nueva integrante del Departamento Q, ni en aspecto ni en edad. En Facebook había más de treinta perfiles con ese nombre, y Rose comenzó a revisarlos de forma sistemática, incluso aquellos con

domicilio en Canadá, África o el Reino Unido, pero tampoco coincidían.

Probó en LinkedIn, donde había una veintena de perfiles de Helena Henry, pero solo le llamó la atención el de una mujer que había estudiado Derecho en una universidad del sur de Francia. La edad coincidía. La imagen de perfil solo mostraba un boceto lateral, pero el interés de Rose se esfumó en cuanto encontró en el archivo fotográfico de la universidad una imagen de ella recién graduada: pelirroja, con las cejas claras y finamente depiladas. No podía ser la misma persona.

Tampoco PagesJaunes, el equivalente francés de las Páginas Amarillas, arrojó ningún resultado. Al menos, no dentro de un radio razonable de Lyon. Lo más parecido que encontró fue una Helena Henry en la plataforma profesional RocketReach. Según la página, esa Helena vivía en Besançon y era directora de ventas de una farmacéutica, pero cuando Rose hizo clic en el enlace para investigar más a fondo, apareció la foto de una mujer rubia.

Rose exhaló un suspiro. Tendría que intentarlo por otro lado.

En la página web del periódico francés *Le Monde* había un recuadro de búsqueda que permitía buscar palabras clave en la hemeroteca, pero al cabo de media hora solo había encontrado menciones a personas que de ninguna manera podían ser «su» Helena, así que decidió tirar la toalla. Se frotó los ojos y miró el reloj. Era muy frustrante. Ni siquiera en la web de la Police Nationale aparecía nada.

¡La policía de Lyon! Se mordió el labio y tecleó «Lyon» en el buscador, combinado con los términos franceses para «sindicato» y «policía». Tras un buen rato haciendo clic, por fin apareció algo útil.

Un agente jubilado se había encargado cuatro años atrás de digitalizar todas las ediciones del boletín interno de la policía de Lyon. Además, había añadido un recuadro de búsqueda para que policías tanto retirados como en activo —y ahora también Rose— pudieran hacer búsquedas específicas en los artículos del boletín. El apellido Henry arrojó bastantes resultados, aunque ninguno en combinación con el nombre de Helena. Sin embargo, cuando Rose probó solo con «Helena», encontró algo interesante: un artículo fechado en la primavera de 2006 sobre un equipo de tiro de la policía de Lyon que había ganado el Campeonato Nacional de Tiro policial. El texto iba acompañado de la fotografía de tres agentes alineados, con el uniforme completo, la espalda recta y empuñando la pistola.

Según el pie de foto, la mujer del centro se llamaba Helena Tessier.

Rose imprimió la imagen, la dejó sobre el escritorio y la inspeccionó un buen rato con la lupa. Aunque los rostros de los policías aparecían algo granulados, aquella mujer podía ser perfectamente Helena Henry. Tenía los mismos rasgos: pómulos marcados, complexión delgada pero fuerte y pelo moreno, aunque en la imagen lo llevaba tirante, recogido en una coleta, así que el peinado a lo paje y el flequillo debían de ser posteriores. Suponiendo que los dos hombres de la imagen midieran alrededor de un metro ochenta, aquella Helena Tessier de la foto era de la misma estatura que Helena Henry. ¿Y los ojos? Rose parpadeó, cansada. En aquella foto antigua era imposible distinguir si eran verdes, marrones o azules. Aquel campeonato se había disputado diecisiete años atrás,

cuando Helena tenía… ¿veintisiete, veintiocho años? Quizá se hubiera cambiado después el apellido, al casarse o divorciarse.

Rose volvió al ordenador para seguir buscando a «Helena Tessier» en Google, pero no había prácticamente nada; desde luego, nada relacionado con una policía morena y campeona de tiro. Lo poco que encontró era de hacía más de diez años: su tiempo en una carrera de campo a través en las afueras de Lyon y una valoración sobre una ferretería que ya había cerrado.

Se rascó el cuero cabelludo con el bolígrafo. Aquello era demasiado extraño. Tenía un nombre, una ciudad y un lugar de trabajo. Normalmente, con esos datos se podía tirar del hilo y dar con un montón de información: dirección, número de teléfono, redes sociales, incluso datos sobre préstamos inmobiliarios. Pero lo más reciente que logró encontrar sobre Helena Tessier fue un breve artículo de 2011 en el periódico local *Le Progrès*.

En él se decía que a una tal Helena Tessier de la policía de Lyon le iban a conceder un premio honorífico y una recompensa económica cuantiosa, donada por un benefactor anónimo, por su «valentía excepcional» en un operativo policial del que no se ofrecían más detalles. Para sorpresa de Rose, y seguramente también del benefactor, Helena había rechazado las dos cosas. En el periódico no se explicaba por qué había renunciado tanto a la distinción como a los cincuenta mil euros.

Después de aquella mención en la prensa, era como si Helena Tessier hubiera dejado de existir.

36

HELENA

Nanna agarró su bastón plegable y se desabrochó el cinturón de seguridad, que se replegó con un chasquido.

—Voy a entrar —anunció, como quien dice que va a bajar a por leche.

—¿Ahí dentro? *Non non*… —Helena la sujetó del brazo—. ¿Estás loca de remate?

Se inclinó hacia delante y miró por el parabrisas. Eran casi las seis de la tarde y la avenida Frederikssundsvej estaba ya envuelta en la penumbra. La mayoría de las tiendas habían cerrado, pero en el número 185 aún brillaba una luz al fondo del local, tras las jaulas para pájaros y los acuarios del escaparate. Sobre el cristal, en un rótulo de color verde, podía leerse «Bellis Pet Shop».

Una tienda de animales era, desde luego, lo último que esperaba ver allí. Hacía tres meses, concretamente el viernes 21 de julio a las 21.38, alguien le había enviado desde esa misma dirección de Brønshøj un mensaje que decía: «Aún te estamos vigilando». No era la primera vez que recibía mensajes de ese tipo en su cuenta de correo profesional francesa; de hecho, ocurría con regularidad desde hacía diez u once años. Los mensajes estaban en francés, pero redactados de manera tan torpe que parecían escritos con un traductor automático o por un hablante no nativo.

Las amenazas procedían siempre de direcciones de correo nuevas y anónimas, con toda seguridad creadas *ex profeso*, pero la última era distinta. Por primera vez, Helena había podido rastrear la dirección ip y descubrir de dónde venía el mensaje. La señal apuntaba precisamente a este inmueble en las afueras de Copenhague: la persona o personas que le habían arruinado la vida se encontraban en Dinamarca, y el *router* asociado a esa ip tenía que estar dentro de aquel edificio de ladrillo de tres plantas situado en la avenida más transitada del barrio.

Según el Registro de la Propiedad, pertenecía a una mujer mayor de Korsør que alquilaba los cinco pequeños apartamentos. Era barato —le había contado por teléfono uno de los inquilinos aquel verano—, aunque la puerta principal y el interfono se caían a pedazos, y la dueña había instalado un solo *router* que la tienda de la planta baja y los cuatro inquilinos del primero y el segundo se veían obligados a compartir.

En el inmueble vivían sobre todo personas mayores, sin las ansias de venganza ni la predisposición a la violencia necesarias para acosar durante años a una agente de policía francesa, lo que dejaba únicamente al local comercial de la planta baja como posible origen del mensaje; aunque, según los registros públicos, allí tendría que haber un bar de cachimbas y no una tienda de animales.

—Helena, por mucho que hayas cambiado de corte de pelo y de color de ojos, si esta gente te ha estado siguiendo los pasos durante diez años, te reconocerán al instante. —Nanna abrió la puerta del coche y, con un gesto rápido, desplegó el bastón.

Helena se recostó contra el respaldo del asiento y la observó mientras avanzaba despacio por la acera, deslizando el bastón de un

lado a otro y tanteando la fachada hasta que finalmente encontró la puerta de entrada y desapareció dentro de la tienda.

Helena miró la hora en el salpicadero: 17.56. Si a las seis en punto Nanna no había salido, entraría a buscarla. Bajó la visera parasol y se miró en el espejo unos segundos. La herida de la mejilla le palpitaba bajo los puntos, y desde la explosión del jueves arrastraba unas ojeras de color azul morado, aunque no tenía muy claro si por falta de sueño o por el golpe en la cabeza.

17.58. Siguió con la mirada a dos adolescentes que caminaban con los ojos pegados al móvil. ¿Debería acercarse ya a la tienda? ¿O sería mejor esperar con el motor encendido, lista para arrancar en cuanto Nanna apareciera? ¿Y sería Nanna capaz de localizar el coche lo suficientemente rápido si tenían que salir de allí en cuestión de segundos?

17.59. Se desabrochó el cinturón de seguridad y se quitó la chaqueta. De pronto estaba sudando a mares.

¿En qué demonios estaba pensando? Nanna seguía creyendo que había venido al mundo para cuidar de Helena, pero en la situación actual los papeles debían invertirse: ella era la profesional, la que había cometido un error y tenía que enmendarlo.

La invadió esa vieja sensación de no ser capaz de proteger a la gente que quería… Era deshonroso. Humillante.

18.00. A las seis en punto, la luz del escaparate se apagó. Paralizada, Helena contempló la fachada oscura. Eso era el miedo: la sensación de que los órganos colapsaban y se desintegraban en el fondo de la cavidad abdominal. Su mano derecha buscó por instinto en la cadera, pero no encontró nada. Después de la visita a Blovstrød, había separado la munición del arma reglamentaria y lo

había dejado todo en Jefatura, como prescribían las normas, pero ¿por qué demonios había elegido justo ese día para seguir el protocolo?

¡La palanca! Se estiró hacia el asiento trasero y las costillas protestaron cuando giró el torso, pero no hizo caso al dolor. Detrás del asiento del pasajero había una palanca que llevaba allí varias semanas, desde que llevó al punto limpio la vieja estantería de Nanna. Salió del coche, pero dejó la puerta abierta y la llave puesta. Luego saltó a la acera y, pegada a la pared del edificio, fue avanzando hacia la tienda con la herramienta medio levantada. Recorrió los últimos dos metros encorvada, agazapándose detrás de un carro jaula cargado de heno para animales, y echó una mirada furtiva por el cristal del escaparate.

Dentro estaba oscuro; tan solo había luz en lo que parecía un pequeño despacho que daba al patio trasero. En él se recortaba la silueta de un hombre de baja estatura moviéndose frente al foco, y entonces vio a Nanna. El hombre parecía estar agarrándola con fuerza del brazo.

Helena dio dos pasos, alejándose del cristal, y miró a derecha e izquierda. En algún lugar debía de haber una puerta al patio, aunque no creía que le fuera a servir de mucho: los patios traseros de Copenhague estaban llenos de carritos de bebé y bicicletas de carga que costaban un dineral, así que casi siempre los cerraban con llave. Si aquel hombre sacaba a Nanna por una puerta trasera, nunca…

La puerta de la tienda se abrió de golpe, y Helena se escondió de un salto detrás del carro jaula.

—Pues nada, perdona la molestia —oyó que Nanna decía animadamente antes de salir a la calle y cerrar la puerta de la

tienda. Se quedó un instante en silencio, y entonces, como si pudiera percibir su presencia, dijo—: ¿Helena?

—Estoy aquí —Helena salió de su escondite, tomó a Nanna de la mano y ocultó la palanca tras la espalda—. Me estaba preocupando.

—Ya lo noto, ya. Pero no hace falta que vayas armada. —Helena maldijo en silencio. El sexto sentido de Nanna, aquella extraña capacidad de percibir hasta el mínimo cambio en el comportamiento de Helena, se había ido agudizando a medida que se le deterioraba la vista. No había forma humana de ocultarle nada—. El encargado de la tienda fue de lo más amable. Se llama Pedro y abrió el negocio el 2 de octubre —continuó Nanna.

—O sea, ¿hace dos semanas y media?

—Sí, bueno, en realidad lo tiene alquilado desde el 1 de septiembre. Como llevaba vacío tres o cuatro meses, consiguió negociar un buen precio con la propietaria.

Helena ayudó a Nanna a subir al coche y volvió a sentarse al volante.

—¿Y qué pasó con el bar de cachimbas?

—Se fue a pique o algo así. Según Pedro, la dueña solo viene a Copenhague si hay humedades o problemas con el pago. Y eso fue justo lo que pasó con el bar.

—¿No pagaban el alquiler?

—No, y tampoco respondían a los recordatorios de pago. Cuando la propietaria y su hijo, que es un *cachas*, vinieron hasta la ciudad a reclamar los atrasos, el pájaro ya había volado.

—¿Qué pájaro?

—¡Helena, es un decir! El pájaro ya había volado, el tren ya había partido… En fin, que los tipos de las cachimbas se habían pirado y se

lo habían llevado todo menos la moqueta. Y la peste a tabaco, claro.

—¿Y todo esto te lo ha contado así, sin más?

Nanna sonrió con picardía.

—Le he hecho creer que mi marido había sido cliente habitual del bar hasta que me dejó por una manicurista de Vordingborg. A punto ha estado de regalarme un hámster como consolación.

Helena puso los ojos en blanco.

—*Mon dieu…*

Nanna dio una palmada.

—Te juro que es lo más emocionante que me ha pasado en meses.

—¿Y tu nuevo amigo también te ha contado quién usó el local en julio?

—Aquí viene lo misterioso. El local estuvo vacío desde mayo hasta que Pedro lo alquiló en septiembre.

Pensativa, Helena se apoyó sobre el reposacabezas.

—Pero no tiene sentido… El mensaje se envió desde esta dirección.

Nanna se encogió de hombros.

—Según Pedro, el *router* está en el portal y es de esos que tienen la contraseña escrita en la parte trasera, así que cualquiera con un *smartphone* y acceso al edificio podría haberlo enviado: carteros, asistentes a domicilio, limpiadores de escaleras, repartidores… También me ha contado que vino una empresa a hacer la limpieza general de los locales, pero no sabe si fue precisamente en julio. —Hizo una breve pausa antes de volver la cabeza hacia Helena—. Siento decirlo, Helena, pero creo que te va a costar averiguar quién rondaba por aquí hace tres meses.

—Mmm… Espera. —Helena volvió a bajarse del coche y miró a su alrededor. A dos números de la tienda de animales vio una inmobiliaria y, un poco más al norte, un podólogo, una tienda de especialidades chinas y un supermercado de descuentos. En medio había una propiedad privada con un garaje que daba a la calle y, en la acera de enfrente, un taller de coches, uno de bicicletas y un local de *shawarma*.

El supermercado y los talleres debían de tener cámaras de vigilancia exteriores, y el local de *shawarma* parecía abrir hasta tarde los fines de semana, así que era muy probable que también las tuviera.

Helena había leído en una revista de la policía que cada vez más particulares instalaban cámaras. Según la normativa danesa, las tiendas, los restaurantes y los edificios públicos debían borrar las grabaciones pasados treinta días, pero con un poco de suerte aún no lo habrían hecho. Los particulares, en cambio, no tenían obligación de hacerlo.

Volvió a subirse al coche y miró el reloj: las 18.14.

—Tengo que pasar por Jefatura, ¿te parece bien? —le dijo a Nanna.

Nanna la miró entusiasmada.

—Solo si prometes llevarme contigo…

37

ROSE

Miércoles, 18 de octubre de 2023

Rose tanteó a oscuras el interruptor para encender los tubos fluorescentes del techo, pero se detuvo en seco al advertir un delgado rayo de luz que se escapaba por debajo de la puerta del antiguo despacho de Carl.

Masculló una retahíla de maldiciones. Se había despertado a las cinco y media sin comerlo ni beberlo, empapada en sudor, con todo el cuerpo dolorido y las tripas pidiéndole azúcar y grasa a gritos, y su único consuelo era poder trabajar tranquila un par de horas. A solas, por supuesto. Había comprado dos caracolas de canela con chocolate —las dos para ella—, y ahora ni siquiera podría concentrarse si esa… esa…

Apretó los puños. Era bien sabido que Rose tenía un repertorio de tacos, insultos y maldiciones descomunal, pero en ese momento apenas lograba encontrar un término para referirse a aquella mujer de nombre falso y ojos falsos que le habían encasquetado al Departamento Q.

Abrió la puerta de golpe y entró como una tromba en el despacho de Helena, dispuesta a cantarle las cuarenta, pero la estancia estaba vacía, solo la lámpara del escritorio seguía encendida. Rose sintió

cómo toda la tensión acumulada se desinflaba de golpe, como un globo pinchado.

Qué cosa tan extraña. Aquella primera semana con Helena se había llevado la clara impresión de que la nueva incorporación al departamento era una persona de lo más pulcra y ordenada, de esas que apagan la luz al salir, bajan la tapa del váter, llevan las tazas vacías al comedor de la empresa, guardan los bolígrafos en el cajón y cuelgan la chaqueta en su sitio. Una meticulosidad extrema, también en sus tareas de investigación, que llegaba a resultar irritante. La espía perfecta, dicho sea de paso: diseñada para *no* atraer la atención. Pero si Helena no había dejado la luz encendida, ¿quién había sido? Carl ya no tenía tarjeta de acceso a Jefatura, Terje rara vez se presentaba en el Departamento Q sin cita previa y Assad se había ido directo a casa después del interrogatorio en la clínica. Quizá los de la limpieza, que a veces eran algo descuidados con las luces, pensó Rose, y rodeó el escritorio para echar un vistazo a la papelera. Pero todo estaba exactamente igual que el día anterior, cuando encontró la lente de contacto. Entonces, no podía haber sido nadie más que Helena.

De pronto, le vino a la cabeza la atención con la que la francesa se había fijado en su archivo. Si había pasado la noche allí sola, con acceso a los despachos de Assad y Rose, sin duda habría aprovechado para husmear a sus anchas.

Se sentó frente al ordenador de Helena con una mezcla de enfado e intranquilidad corroyéndola por dentro. El día anterior la había mirado por encima del hombro mientras tecleaba su contraseña: «Danemark23». ¡Qué contraseña más chapucera para una policía secreta! Para eso podía haber puesto «Iloveyou» o «password».

Tecleó «Danemark23», pero esta vez no funcionó. Se mordió el labio. Helena había cambiado la contraseña, y aquello solo podía significar una cosa: la francesa no se fiaba de ella. Se sintió insultada. Apagó el ordenador y la lámpara y regresó a su despacho con paso firme. ¡Si con esas estaban, se lo iba a pagar con la misma moneda, joder!

Encendió todas las luces de su despacho y se llevó una ligera decepción al descubrir que todo parecía intacto. Todo, excepto la impresora. Tenía dentro un papel que, con toda seguridad, no estaba allí la noche anterior. Lo recogió. Era un informe de polcam, donde aparecían registradas todas las cámaras de vigilancia de Dinamarca, tanto de particulares como de empresas e instituciones públicas. Una herramienta de investigación a la que la policía recurría con frecuencia.

En la parte superior del informe se podía leer «Frederikssundsvej 175-205, 2700 Brønshøj», seguido de una larga lista de personas que vivían o tenían negocios en ese tramo de la avenida, junto con la descripción de la ubicación exacta de cada cámara.

Rose tuvo que hacer un esfuerzo para reprimir una sonrisa mientras iniciaba sesión y accedía al sistema electrónico de la impresora. Para imprimir documentos en Jefatura, había que escanear la tarjeta de empleado directamente en la máquina, y la última impresión en ese equipo correspondía a la persona con el código de identificación wrx-25634. El directorio interno acabó de confirmar sus sospechas: wrx-25634 era el de Helena Henry.

Pero ¿por qué le interesaban tanto las cámaras de vigilancia de Brønshøj, hasta el punto de presentarse en la oficina en mitad de la noche? Ni el caso de Ole Horsten ni el de la panadería de Østerbro

tenían ningún vínculo con Brønshøj, lo que quería decir que la *madame* había iniciado una pequeña investigación privada por su cuenta.

De repente, le entró un hambre voraz. Agarró la bolsa con las caracolas de canela y devoró la mitad de una casi sin darse cuenta.

¿Se habría enterado Terje Ploug de que la niña de sus ojos iba por libre, quebrantando todas las reglas no escritas del buen compañerismo? Quizá se había embarcado en una venganza personal o estaba envuelta en un escándalo de sobornos, pero también podía ser que solo estuviera cumpliendo órdenes. Rose recordó el inquietante número de ocasiones en las que el jefe de Homicidios le había facilitado información importante a Helena y no a ella. ¿Qué demonios se traían entre manos aquellos dos?

Se metió un segundo trozo de caracola en la boca, se limpió los dedos pegajosos en los pantalones y llamó a Terje, que rechazó la llamada.

«Es urgente. ¿Dónde estás?», le escribió. ¡Que no se creyera que podía ignorarla ni aunque estuviera en la ducha, enjabonándose los cuatro mechones de pelo que le quedaban!

«Galería de tiro, Ejby 2», fue la escueta respuesta de Terje.

Rose agarró la chaqueta. Si Terje se había ido al Centro Nacional de Criminalística tan pronto por la mañana, los de Homicidios debían de estar ocupados con cuestiones importantes del caso de la dueña de la panadería asesinada. Pero el tema de Helena no podía esperar. Fuera corrupta, delincuente o espía de Terje, del director de la policía o de los rusos… algo allí olía a podrido.

38

TERJE

Cuando Terje Ploug decía que adoraba su trabajo como jefe de Homicidios, que lo disfrutaba, la gente lo miraba como si fuera un marciano. Entendían su sentido del deber, pero ¿cómo se podía disfrutar de una vida profesional que lo obligaba a presenciar las más crueles atrocidades y que acumulaba más penas y desgracias de las que un pueblo entero soporta en generaciones?

Lo cierto es que lo que agradaba a Terje no eran los homicidios ni las escenas del crimen en sí, sino el enigma, el tener ante él un confuso revoltijo de pistas, fragmentos y cabos sueltos e ir conectándolos poco a poco hasta conseguir la imagen completa. Identificar patrones y lograr que todo encajara: esa sí era su verdadera pasión.

Su esposa, unos años más joven, solía burlarse cariñosamente de su obsesiva manía por el orden y le decía que, de haber sido niño hoy en día, ya le habrían diagnosticado algo. Pero Terje disfrutaba cargando el lavavajillas, emparejando los calcetines o apilando la leña con una precisión digna del Tetris, y allí, en el sótano de Criminalística, donde las primeras piezas empezaban a encajar, Terje se encontraba en su elemento. Y, por lo tanto, no quería que nadie lo interrumpiera bajo ningún concepto.

El día anterior, un operario de carretera había encontrado una pistola sig Sauer en la cuneta de la autopista de Lyngbyvej, cerca de la salida hacia Gentofte. Al parecer, la habían arrojado por la ventanilla de un coche, y aún no se podía descartar que se hubiera usado en un delito, quizá incluso tenía conexión con el homicidio de la dueña de la panadería. En cualquier caso, el calibre coincidía, así que Terje y Tue, uno de los peritos en balística del Centro Nacional de Criminalística en Ejby, se habían puesto los protectores auditivos y las gafas de seguridad, y se disponían a probar la pistola cuando la puerta se abrió y Rose Knudsen irrumpió bruscamente en la galería de tiro.

Terje reprimió un suspiro. La calma y la tolerancia no se encontraban entre las muchas virtudes de Rose. Alzó una mano y logró frenarla a tiempo, justo antes de que estallara.

—Tápate los oídos. Tue va a disparar —la advirtió.

Se oyó un fuerte estampido cuando el perito disparó a un recipiente metálico lleno de agua. El proyectil intacto acabó en el fondo del recipiente; ahora podrían examinar tanto el proyectil como el casquillo y comprobar si la pistola había dejado alguna marca característica. Era algo así como un análisis de huellas dactilares para armas de fuego.

—¿Habéis encontrado el arma del crimen de la panadería?

—Aún no estamos seguros. Esta pistola apareció ayer. —Escudriñó a Rose durante unos segundos—. ¿Ha pasado algo? Te noto un poco…

—Sí, tengo que hablar contigo a solas. Es importante. —Resopló de una forma poco habitual en ella.

—¿Es un tema privado? —Terje bajó la voz y se alejó un poco de Tue. Ser jefe de Homicidios conllevaba también mantener a raya a una jauría de egos exigentes y temperamentales, pero desde el primer día había decidido que todos tenían cabida en el departamento. Rose era una cascarrabias de tomo y lomo, pero su capacidad de investigación y su dedicación le daban mil vueltas a cualquiera, así que no tenía más remedio que soportar aquel rostro lívido de ira que tenía ante él.

—¿Privado? No, por Dios, ¡qué va a ser privado! ¿Cuánta vida privada crees que he tenido yo en los últimos veinte años, trabajando como una burra para la administración, eh? He…

Terje levantó ambas manos para calmar la situación.

—Vale, vale, vale…, pero ahora mismo no tengo ni tiempo ni ganas de escuchar nada sobre el caso Horsten, Rose. De eso ya os ocupáis vosotros, y con mi plena confianza —dijo, y hablaba en serio.

La opinión pública aún no conocía los últimos avances del caso Horsten, mientras que el asesinato de la dueña de la panadería acaparaba todos los titulares, así que Terje tenía muy claro dónde estaban sus prioridades como jefe de Homicidios.

—O sea, que no conseguís avanzar en la investigación de TaTo. —Rose tenía un extraño talento para meter el dedo en la llaga.

—Bueno…, hemos solicitado un examen más exhaustivo del casquillo que Helena encontró en la amasadora de la panadería, para luego compararlo con la base de datos de la Europol, porque en principio no hay coincidencias ni en el registro danés ni en el sueco.

—Entonces, ¿el arma homicida no se había usado antes en Dinamarca?

—Probablemente no, pero las armas suelen circular entre las redes de delincuentes, así que quizá se haya usado en otro lugar de Europa. —Terje se quitó los protectores auditivos y, con un gesto, le indicó a Tue que se marchaba.

Rose lo siguió escaleras arriba hasta el exterior.

—Pero las redes de delincuentes y la amable dueña de la panadería… Ahí hay algo que no concuerda, ¿verdad?

Terje hizo un gesto de resignación con el brazo.

—Así es. Marje Bakker no tenía ni siquiera una multa por exceso de velocidad en su expediente.

—¿Y los culpables? ¿Se esfumaron sin más? —Rose intentaba seguirle el paso mientras Terje cruzaba el patio en dirección al edificio vecino.

—Conseguimos localizarlos en algunas grabaciones de vídeo, pero el coche no tenía matrícula y les perdimos la pista en Lyngbyvejen, en dirección norte. Mi equipo ha volcado el móvil de la fallecida y está examinando el historial de llamadas. Justo antes del crimen, hay un intercambio de sms algo misteriosos que estamos intentando descifrar. —Se detuvo a la entrada del edificio principal, donde se encontraba la Unidad Nacional de Crímenes Especiales. Fue entonces, a la luz del día, cuando reparó en el mal aspecto de Rose. Su rostro, antes rojo de indignación, tenía un tono gris pálido—. ¿De qué querías hablar conmigo? Ahora tengo que ir a ver a los chicos de contabilidad, pero tú deberías tomarte el día libre, Rose. Estás demasiado pálida.

Rose ignoró sus intentos de mostrar que se preocupaba por ella.

—Quiero saber quién es Helena y qué hace en el Departamento Q.

—¿Helena Henry? —preguntó Terje, sorprendido.

—Sí, si te apetece llamarla así…

Terje la miró. ¿Qué diablos querría decir con eso?

—Pues… ya que lo preguntas, es una investigadora excelente y el complemento perfecto para el Departamento Q —dijo Terje, aunque en realidad no tuviera que rendir cuentas a Rose por sus decisiones de personal.

—¿Y eso por qué? ¿La conoces? ¿Qué hizo en Lyon?

Terje guardó silencio un instante, tanteando los bolsillos del pantalón en busca del cigarrillo electrónico. Era en momentos como ese cuando más echaba de menos su pipa.

—Helena se formó como policía en Francia, hizo cursos complementarios en la Facultad de Derecho y también aprobó una docena de cursos de actualización en técnicas de investigación; tiene bastante más preparación académica que la mayoría del personal del Departamento Q.

Estudió el rostro de Rose y observó que sus comentarios tenían justo el efecto que buscaba. ¿A qué venía tanta desconfianza? ¿Era simple envidia o algo más?

—Sí, la *madame* es tan inteligente que puede prescindir del cerebro y de los buenos modales —soltó Rose—. Pero dime, ¿qué sabes de ella como persona?

Terje estaba perdiendo la paciencia. A los suyos solía darles margen de maniobra, y a Rose más que a nadie, pero esta vez estaba yendo demasiado lejos.

—Viene con las mejores recomendaciones de Lyon y punto. En mi unidad no revolvemos en la vida privada de nadie antes de contratarlo.

Le sostuvo la mirada a Rose unos segundos, en un gesto que pretendía recordarle que ella, por el contrario, no tenía formación policial formal y no estaba precisamente libre de sombras.

—O sea, que no la conoces de nada. Podría estar loca de remate: chiflada, tarada, desquiciada o haber nacido en el planeta de los pirados, y aun así seguirías convencido de que es «perfecta» para el Departamento Q —dijo Rose, trazando unas comillas en el aire.

—Pues sí —afirmó Terje, abandonando la búsqueda del cigarrillo electrónico y conformándose con un paquete de chicles de nicotina —. Y, la verdad, acabas de hacer una descripción bastante exacta del Departamento Q.

Rose no pudo seguir disimulando su indignación.

—Es que no entiendo por qué hablas con ella todo el rato. Según Helena, mantenéis conversaciones «no relacionadas con el caso». Además, la orientas a ella y no a mí sobre las conclusiones técnicas del caso Horsten, cuando la responsable *de facto* de esa investigación soy yo. ¿Estás liado con ella? —explotó Rose.

Terje sacudió la cabeza, irritado, como si algo repugnante se le hubiera pegado al pelo.

—¡Mira una cosa! Sé que habéis pasado por un período turbulento: Carl se marchó, luego la dimisión de Gordon… Ha sido duro para vosotros, y sé muy bien que la dinámica del sótano cambia cuando llega alguien de fuera, pero te estás comportando como una niña mimada y una esposa resentida al mismo tiempo. ¡Y con eso no puedo, Rose, joder!

—Disculpa —dijo Rose, en un intento de suavizar las cosas—. Solo que me sorprende que incorporéis gente nueva justo cuando planeáis cerrar el Departamento Q.

Terje levantó una ceja.

—No tengo la menor intención de cerrar el Departamento Q. Al contrario, hago todo lo posible por evitarlo, y por eso mismo os he enviado a una compañera tan competente. Para mí, el Departamento Q debe reforzarse y ampliarse, y no solo por el aprecio que os tengo —aclaró, subrayando la idea con una breve pausa—. No puedo permitirme prescindir de las partidas especiales que, por razones que se me escapan, se le siguen asignando a este departamento.

Rose abrió la boca, pero Terje levantó un dedo de advertencia.

—Y en cuanto a Helena…, debes confiar en mí cuando te digo que vale. No es que tengáis fama de recibir a los nuevos con los brazos abiertos; piensa en el pobre Gordon, pero…

—Gordon era un espía de Lars Bjørn. ¿Trabaja Helena como espía para ti? —preguntó Rose.

Terje soltó una risa breve y seca.

—Dime, ¿tú cómo llegas a estas conclusiones? Esto ya roza la paranoia. ¿No duermes bien? —Bajó la voz—. Ya sabes que puedes acudir a nuestra psicóloga interna siempre que lo necesites —añadió, apoyando la mano con firmeza en el hombro de Rose. A continuación, se dio la vuelta y entró en el edificio, pero ella no estaba dispuesta a dar por finalizada la conversación.

—Gracias por la consulta, doctor Ploug —ironizó, acelerando el paso para no perderlo de vista—. Pero dime, ¿por qué al buscar en Google no aparece nada sobre ella? Que en 2023 no haya ni rastro en Internet de una mujer de cuarenta y cuatro años debería ser motivo de alarma: o está muerta, o es una delincuente.

—Rose, no tengo tiempo para más tonterías. —Los ojos le echaban chispas y no hizo el menor esfuerzo por disimularlo.

Sí, estaba al tanto del pasado de Helena, de un grave incidente cuando solo era una investigadora joven y sin experiencia, pero de eso hacía más de diez años y, a su juicio, no era motivo para descalificarla. Por esa regla de tres, también él habría tenido que jubilarse cuando le dispararon en la espalda.

—¿Por qué está revisando las cámaras de vigilancia de Brønshøj? ¿Son órdenes tuyas?

Terje bajó un poco el ritmo.

—¿Brønshøj?

—Sí —dijo Rose alzando la barbilla, satisfecha por haber sembrado la duda en Terje—. Helena ha sacado información de polcam que nada tiene que ver con nuestra investigación. Parece tener un especial interés en una serie de direcciones de Frederikssundsvej. ¿De qué se trata?

Terje suspiró.

—La verdad es que no tengo ni idea. ¡Pregúntaselo a ella! Seguro que estaba siguiendo alguna pista o una hipótesis. Rose, por lo que yo sé, tú vas a lo tuyo montones de veces, y además sin sentirte en la obligación de justificarte ante nadie. Sin ir más lejos, ahora mismo te estás metiendo en mi investigación.

Con Rose pegada a los talones, entró en un despacho donde encontraron a dos jóvenes concentrados ante la pantalla del ordenador. Los dos analistas, con vaqueros desgastados y camisas holgadas, habían pasado los últimos días revisando las cuentas de la panadería TaTo.

—Buenos días, caballeros. Hoy traigo refuerzos. ¿Conocéis a Rose Knudsen, del Departamento Q?

Uno de ellos se presentó como Lukas, pero no parecía el tipo de persona que se entretuviera en conversaciones triviales.

—Terje, en esto que nos has traído hay algo raro —señaló—. No entiendo mucho de panadería, pero según las cuentas, en TaTo compraban todos los meses suministros por el valor de diez mil coronas o más. Mira. —Giró la pantalla para que Rose y Terje pudieran ver el balance de cuentas de la panadería.

—¿Y? Para tomarse un café y un pastel en un sitio así casi hay que pedir una hipoteca —dijo Rose.

—Es que no consigo que los ingresos de TaTo encajen con gastos de ese calibre.

—¿No era un negocio rentable? —preguntó Terje.

—El año pasado, TaTo apenas llegó a cubrir gastos, aunque, sorprendentemente, había bastante efectivo en caja. Pero hay algo aún más extraño. —Lukas deslizó el cursor hacia abajo—. Según los interrogatorios, además de la dueña, había tres empleados fijos y tres o cuatro ayudantes jóvenes.

Terje asintió.

—Correcto. En la cafetería había una chica menor de edad cuando se produjeron los disparos.

—Pues, en las cuentas los sueldos no aparecen por ningún lado. De hecho, los gastos de personal son irrisorios. Y Marje Bakker ni siquiera se pagaba un sueldo a sí misma, así que cómo se apañaba para costear el alquiler y la comida es todo un enigma.

—Habrá sobrevivido a base de pasteles —intervino Rose—. ¿Podemos ir al grano?

Terje le lanzó una mirada de advertencia. Los pasos intermedios de la investigación —a no ser que fueran los suyos propios— nunca habían sido el plato fuerte de Rose, pero era importante no pasar por alto ni el más mínimo detalle.

—¿Sospechas de blanqueo de dinero? —preguntó.

—Es una posibilidad —asintió Lukas—. Desde luego, en las cuentas hay ciertos indicios: algunas facturas son casi idénticas, aunque proceden de proveedores distintos. Mismo tipo de letra, mismo formato. Estamos tratando de averiguar qué sucedió exactamente, pero una de las hipótesis es que TaTo pagó facturas desorbitadas por mercancías o servicios que nunca recibió. Por ejemplo, hay una factura de cien camisetas de impresión especial y cien botellas de vino dulce caro (artículos promocionales, supongo), pero en los estantes de TaTo no habéis visto ropa ni vino de Oporto, ¿verdad?

—Nada. —Metódico, Terje iba tomando notas en su libreta.

—Exacto. Mi teoría es que esas camisetas y botellas jamás se entregaron, pero Marje Bakker recibió el importe de la factura en efectivo.

—¿Además de una pequeña bonificación? —Terje alzó la mirada.

—Es el procedimiento habitual para el blanqueo de dinero en empresas establecidas, sí.

—O sea, que ella pagaba una factura por mercancías ficticias a través de su banco *online* y luego recuperaba el dinero en efectivo. ¿De dónde salía ese dinero? —Rose parecía pensar que había llegado la hora de volver a meter baza.

—Buena pregunta. Detrás de estas extrañas facturas debe de esconderse alguna red criminal que necesita blanquear grandes

sumas de dinero. En ese sentido, lo más seguro es que Marje Bakker solo fuera un instrumento. Tal vez la estuvieran chantajeando.

Lukas miró a Terje con expresión apesadumbrada, y Terje comprendió con exactitud por qué. Con aquella información, los brutales disparos contra la dueña de la panadería dejaban de ser un simple homicidio para convertirse en un caso de extraordinaria complejidad, que seguramente exigiría la intervención de la Unidad contra el Crimen Organizado e incluso la colaboración de colegas internacionales.

—Pero entonces la dueña debía de tener un montón de dinero en efectivo pululando por ahí, ¿no? Hoy en día no puedes pagar el alquiler ni comprarte un coche nuevo con dinero en metálico —intervino Rose.

Lukas asintió.

—Debió de darle más de un quebradero de cabeza, sí. Quizá lo usara para pagar los sueldos. En cualquier caso, no estamos hablando de calderilla.

—Pero ¿no tenía un auditor? ¿Por qué no hizo saltar las alarmas? —intervino Terje.

—El informe de auditoría lo firma un tal Knud Nilsen, un nombre que de entrada no nos dice nada. Tiene una empresa unipersonal registrada en su domicilio particular, en Hvidovre.

—Habrá que localizarlo. —Terje anotó la dirección y miró a Rose—. Muy bien, Rose, si de todas formas tenías pensado seguirme durante todo el día, ¿por qué no te acercas hasta allí conmigo?

Al cabo de veinte minutos aparcaron frente a una vivienda unifamiliar roja cerca del parque junto a la playa de Hvidovre. En la cochera se estaba cargando un Toyota eléctrico de un modelo

bastante nuevo y, cuando Terje llamó a la puerta, un perro empezó a ladrar, alterado, desde el pasillo. Como nadie abría, se acercó a la ventana de la cocina para echar un vistazo. Estaba entreabierta, pero bien asegurada con un limitador de apertura y, aparte del perro, la casa parecía desierta. Según el padrón, el auditor de cuentas de sesenta y tres años vivía solo. Al parecer, era una persona muy metódica: no había platos sin fregar en la encimera ni un triste paquete de tostadas o un bote de café a la vista.

—Es miércoles por la mañana. Quizá esté visitando a un cliente —sugirió Rose, que acababa de regresar del jardín, después de comprobar que no estaba allí.

—¿Sin el coche? —A Terje algo le daba mala espina—. Voy a llamarlo; tenemos que hablar con él cuanto antes. —Sacó el móvil y marcó. En ese mismo instante oyó un leve zumbido.

Rose apoyó las manos en la ventana y miró hacia la cocina.

—El móvil está ahí cargándose. Si no está en casa, debe de andar muy cerca. —Se dirigió hacia la puerta principal y puso la mano en el picaporte para intentar abrirla.

Para sorpresa de Terje, la puerta cedió y un labrador negro salió disparado. De cerca, el animal no parecía tan aterrador, sino más bien contento de verlos. Saltó emocionado sobre Rose y le lamió la cara.

—Tranquilo, campeón —dijo Terje, dándole palmaditas para calmarlo. Luego avanzó hacia el interior de la casa. El aire estaba cargado; la atmósfera, enclaustrada—. Aquí pasa algo raro.

Se dirigieron primero hacia el salón, de donde les llegó un hedor insoportable. Olía a excremento de perro. Y a descomposición.

El cadáver yacía entre el sofá y la mesita de café. Knud Nilsen —Terje supuso que era él— vestía pantalones de pana oscuros, una camisa blanca y un fino jersey gris. Estaba boca arriba, con los pies orientados hacia Rose y Terje y los brazos caídos a los lados, como un títere agotado. La sangre del disparo en el pecho ya se había secado sobre el parqué. Era evidente que llevaba bastante tiempo muerto.

—¡Hay que llamar a los peritos ahora mismo! —exclamó Terje e intentó atraer al perro con voz suave, mientras el animal daba vueltas, alborotado, alrededor de su dueño muerto. Al auditor le faltaban una oreja y un trozo de la mejilla: el labrador debía de haber pasado hambre hasta el punto de la desesperación.

No era la primera vez en la historia de la policía que ocurría algo así, y tanto él como Rose conocían casos similares e incluso peores, pero la escena pareció afectarla más a ella. No en vano, el perro le había lamido la cara hacía apenas un momento.

Se tambaleó un instante y se cubrió la boca con la mano. Justo cuando estaba a punto de salir del salón en dirección a la puerta principal, sonó el móvil.

—Estoy con un cadáver. Te llamo luego —dijo, medio ahogada, antes de salir al jardín delantero y vomitar sobre el seto del auditor.

39

ASSAD

—Rose lleva todo el día con Terje. Han encontrado a un auditor muerto en Hvidovre. —Assad sostenía el móvil sobre el regazo mientras contemplaba la descuidada casa adosada de Ballerup a la que acababan de llegar. El jardín delantero estaba tan desatendido que apenas dejaba ver las losas que conducían a la entrada. En el buzón aún se podía leer «Mariann & Max Pil Clausen», aunque habían pasado ya casi cinco años desde la muerte de Mariann por las complicaciones de una liposucción fallida en Charis.

—¿Un *qué* muerto? —Helena apagó el motor y lo miró.

—La panadera a la que dispararon en Østerbro, Marje Bakker, tenía un auditor, un tal Knud Nilsen. Por lo visto, recibió la visita de los mismos asesinos, porque lo han encontrado muerto en su salón, al parecer de un disparo al corazón, o eso cree Rose. Y llevaba allí bastante tiempo, porque su perro ya había empezado a mordisquearlo.

—*Bon sang!* —Helena arqueó las cejas y se bajó del coche—. ¿Así que quizá todo esto haya sido por dinero?

Assad se desabrochó el cinturón y siguió sus pasos.

—Rose dice que hay algo sospechoso en las cuentas de la panadería. TaTo ha estado comprando harina, chocolate y artículos promocionales para abastecer a medio pueblo, y la madre de la

chica que recogía la cafetería explicó que Marje Bakker le pagaba el sueldo cada dos semanas en billetes y monedas.

—¿En efectivo? ¿O sea, en negro?

—Eso parece. Cuando Terje le prometió a la madre que la joven no tendría problemas con Hacienda, mencionó además que su hija había oído varias veces a los empleados fijos decir que ellos también cobraban su sueldo de la caja o de un bote de plástico de la trastienda.

—Mmm… Así que TaTo compraba un montón de suministros de los que nadie ha visto ni la sombra y el personal cobraba en efectivo. Esto huele a crimen organizado… ¿cómo se dice? *Blanchiment*…

—Blanqueo de dinero. —Assad abrió la verja del jardín—. Pero será mejor que nosotros ahora nos centremos en el viudo.

—Lo otro parece más interesante —murmuró Helena detrás de él.

Assad decidió hacer oídos sordos y llamó a la puerta principal. Debía de haber alguien en casa, porque a través de la puerta se colaban los acordes de un piano.

—¡Chopin! —exclamó Helena al llegar junto a él.

—¿Qué?

—La música. Es una de las piezas más conocidas de Chopin, el *Nocturno n.o 20*. ¿No conoces la historia de Natalia Karp?

Assad llamó otra vez a la puerta y negó con la cabeza.

—No, pero esta melodía es muy triste.

—Natalia Karp era una pianista judía a quien deportaron al campo de concentración de Plaszów en 1943. El comandante celebraba su cumpleaños y le ordenó que tocara para él. Ella eligió el *Nocturno n.º 20* y, al oírla, el comandante exclamó: *«Sie soll leben»*. Así se

ganó el derecho a vivir, mientras otros diez mil prisioneros eran ejecutados.

Assad volvió la cabeza y la miró.

—Sobrevivió porque el comandante era un apasionado de la música —explicó Helena, con los ojos humedecidos—. Lo pienso a menudo: incluso el más despiadado de los monstruos tiene un punto débil, tan solo hay que encontrarlo.

En ese mismo instante se abrió la puerta y apareció un hombre de alarmante delgadez, sin afeitar, que los miraba fijamente. Llevaba una camiseta interior con manchas amarillentas bajo los brazos que se extendían hasta la cinturilla demasiado ajustada de sus pantalones de chándal, y su cuerpo se inclinaba hacia la izquierda como un árbol azotado por la tormenta. Solo el bastón de tres patas que sostenía con la mano izquierda impedía que se cayera de lado. En la derecha llevaba un mando grasiento, que tuvo que pulsar varias veces hasta que la música al fin se apagó.

—¿Qué queréis? —interpeló, y esas dos palabras bastaron para delatar los huecos en su dentadura.

—¿Es usted Max Pil Clausen? —preguntó Assad.

—No hablo con la escoria árabe. —El hombre volvió sus ojos entrecerrados hacia Helena y examinó sus cejas negras como la tinta —. Y tú no serás de Afganistán, ¿no?

—De nuestro árbol genealógico no hace falta que se preocupe, de esto sí… —Helena le plantó la placa de policía tan cerca que le rozó los capilares reventados de la nariz—. Tenemos que hablar con usted de Mariann.

—¿De Mariann? —Los hombros del viudo se hundieron.

—¿Nos va a dejar pasar o prefiere que se entere medio Ballerup? —dijo Helena, apuntando con la cabeza a la valla del vecino.

El hombre retrocedió arrastrando los pies, pero pronto quedó claro que entrar en la casa no iba a ser tan fácil. No era muy grande; desde la entrada se podían ver el salón y el jardín, pero todas las superficies, desde el pequeño mueble de la entrada hasta el sofá y la mesa del comedor, estaban abarrotadas de cachivaches, algo que Assad solo había visto en programas de televisión estadounidenses sobre acumuladores compulsivos: propaganda, cajas de cartón, envases vacíos y ropa por todas partes. Los únicos muebles medianamente ordenados eran una cama canapé apoyada contra la pared del fondo del salón y un equipo de música en la ventana.

Más allá del desorden, el mobiliario era en realidad bastante bonito. Las paredes debían de haber sido blancas antes de que la nicotina y la falta de ventilación las amarillearan, y tanto el salón como la cocina estaban equipados con muebles de gama media. Un hogar bonito, ahora sumido en el abandono, que dejaba patente que aquel hombre había perdido mucho más que a su esposa.

—¿Por qué no habéis venido hasta ahora? Intenté durante años que la policía investigara el caso de Mariann. —Le temblaba el labio inferior—. La prensa se ha desentendido por completo. La última vez que hablé con un periodista de *Gossip*, me llamó «Max, el Maníaco». ¿Qué os parece?

A Assad no le pasó desapercibido que la voz del hombre se elevaba hasta el falsete cuando se enfadaba.

—Estamos investigando el asesinato de Ole Horsten, el presidente del Consejo de Administración de la Clínica Privada Charis —dijo Helena.

Max la miró perplejo.

—Horsten se suicidó y, francamente —se le escapó de nuevo la voz de falsete—, yo también lo habría hecho si fuera él. Debía de tener la conciencia más negra que un infierno sin llamas.

—No fue un suicidio. A Horsten lo agredieron en su casa y luego lo tuvieron retenido en Asserbo antes de estrangularlo. —Helena hizo una pequeña pausa dramática—. Antes de eso había recibido varias amenazas. Y pensamos que usted, después de la muerte de su esposa, empezó a cartearse con Ole Horsten y el director médico de Charis, Kaare Berg. Pero no eran precisamente *lettres d'amour* las que enviaba, ¿verdad?

—Significa «cartas de amor» —puntualizó Assad.

Max Clausen lo miró fijamente.

—Me da que no lo ha pillado, Assad —insinuó Helena, sin apartar la vista de Clausen.

—¡Es que el hombre no entiende a la escoria árabe como yo! Tendremos que intentar adaptarnos —ironizó Assad, guiñándole un ojo a Helena, que esbozó una sonrisa fugaz.

Entonces Max abrió los ojos de par en par.

—¿Creéis que tengo algo que ver con la muerte de Horsten? ¿Es eso lo que estáis insinuando?

El hombre demacrado se dejó caer con dificultad en un taburete y se reclinó, apoyando los hombros contra la pared. Por un instante pareció que iba a romper a llorar, pero los amagos de sollozo acabaron convirtiéndose en una especie de risa ahogada.

Helena metió la mano en el bolso, sacó una fotocopia y la sostuvo frente al rostro de Max. Las palabras «asume tu responsabilidad. o

cierras charis, o tú y tu familia os arrepentiréis» podían leerse a varios metros de distancia.

—¿Fue usted quien escribió estas cartas?

Max no titubeó ni un segundo.

—¡Pues claro que fui yo, maldita sea!

—¿Y qué pensaba conseguir con ellas?

—Exactamente lo que dice ahí —respondió Max.

Siguió la mirada de Assad, que se había detenido en una fotografía enmarcada de la pared del recibidor en la que se veía a una mujer joven con un vestido azul de fiesta y a un Max más arreglado, en traje, delante del Teatro Real de Copenhague. La foto debía de haberse tomado al menos veinticinco años atrás.

—Mariann llevaba tiempo ahorrando para costearse la operación —dijo Max. Su voz sonaba ahora un poco más sosegada—. Habíamos planeado un viaje a la Ópera de Viena, en 2019; su gran sueño era poder volver a ponerse ese vestido azul. Pero la mataron con sus chapuzas. —Su mirada se volvió a clavar en Helena, y el tono de su voz se elevó de nuevo—. Se ofrecieron a reembolsarme los costes y un poco más, pero a mí no me interesaba su sucio dinero. ¡Quería que asumieran la responsabilidad de sus errores! ¡Quería una disculpa!

—Y si no, ¿qué? —Assad señaló el papel que Helena tenía en la mano—. ¿Le escribió a Ole que él y su familia se arrepentirían?

Max sacudió la cabeza.

—¡Solo quería que supieran que existo! —El labio inferior le volvió a temblar—. A la gente como nosotros, como Mariann y yo, que no tenemos grandes titulaciones ni vamos sobrados de dinero, nadie

nos ha regalado nunca nada. Pero también somos alguien. Mariann era alguien, y eso es lo que yo quería que reconocieran.

Helena se puso de cuclillas frente a él y permaneció un par de segundos en silencio.

—Lo entiendo a la perfección —dijo al fin.

En el recibidor se hizo un silencio tan profundo que pudieron oír cómo el equipo de música del salón se apagaba solo, mientras Helena y Max seguían mirándose fijamente.

—¿Ha estado en Asserbo hace poco? —interrogó Assad, sintiéndose extrañamente excluido de la conversación.

—¿Y qué iba a hacer yo en Asserbo? ¿Tienes idea de lo aburridas que pueden ser las vacaciones de un viudo prejubilado? —Max alzó la cabeza un instante, pero enseguida volvió los ojos hacia Helena. El silencio invadió de nuevo la estancia.

—¿Desde cuándo usa ese bastón? —preguntó Helena.

—¿Este? —Max lo sostuvo en posición horizontal—. Es bastante nuevo. Material ligero y tres patas, para apoyarlo sin que se caiga.

—Quiere decir que cuánto hace que necesita bastón para andar —puntualizó Assad.

Max lo ignoró. Aún no había apartado la mirada de Helena, y Assad no podía culparlo: aquellos ojos verdes eran como imanes.

—Desde el accidente —dijo por fin.

—¿Qué accidente? —consultó Helena con la empatía de una buena amiga.

—Soy techador, o bueno… lo fui hasta 2015, cuando me caí del andamio a dos metros de altura y me rompí la cadera. Desde entonces me cuesta andar recto porque la pierna izquierda se me quedó más corta. Y el dolor… —El rostro se le contrajo en una

mueca—. Lo único bueno es que ya no me pierdo: siempre giro sobre mí mismo. —El chiste sonaba trillado.

Helena se levantó, le dio las gracias a Clausen por atenderlos y se dirigió a la puerta.

—Nos pondremos en contacto si surge algo más. —Y desapareció por el jardín delantero.

Assad le hizo un gesto con la cabeza al hombre, que seguía en el taburete con expresión de estupor, y se apresuró a seguirla.

—No ha sido él —aseveró Helena cuando Assad la alcanzó junto al coche.

—Ya… ¿y estás del todo segura?

Ella lo miró como si se le estuviera escapando lo más obvio.

—Por supuesto que lo estoy. Para empezar, a Jette Horsten la ataron a una cama en el sótano. Nuestro amigo Max duerme en el salón y no en la habitación del primer piso. ¿Por qué? Porque ya no puede subir las escaleras. Además, ¿no viste las huellas delante de la caravana?

Assad trató de recordarlas. Francamente, había estado concentrado en otro tipo de cosas, como en el hecho de que le acababa de explotar encima una caravana.

—Había huellas de los dos pies, izquierdo y derecho, ambas igual de nítidas. No podrían ser de un hombre que se apoyara más sobre la pierna derecha al caminar —dijo Helena. Encendió el motor y arrancó antes de que Assad acabara de cerrar la puerta.

Él no se atrevió a abrir la boca hasta que se incorporaron a la carretera de circunvalación.

40

TOMMY

Como siempre que salía de una reunión de Alcohólicos Anónimos, Tommy se sentía vacío por dentro. No porque aquellas sesiones lo agotaran, sino porque tenía la sensación de dejar en su pequeño círculo de exadictos al hombre que habría querido ser. Allí no solo lo animaban a mostrar sus errores y debilidades, sino que incluso lo elogiaban por hacerlo y, aunque al principio asistía tembloroso y avergonzado, había acabado por tomarles cariño a aquellas reuniones mensuales en la biblioteca de Hørsholm.

Fue Catrine quien, diez años atrás, lo había apuntado a un carísimo programa de rehabilitación. Tommy no creía tener un problema; en cualquier caso, no con el alcohol. Sí, aquella noche de 2013 había bebido, pero no pensaba conducir. De hecho, durante su etapa como ministro, su consumo de alcohol había sido más bien austero, pero Catrine necesitaba, para sí misma y para su círculo de amistades, una explicación de por qué su vida se había desmoronado de la noche a la mañana; a ser posible, una explicación que no tuviera absolutamente nada que ver con ella. Catrine siempre había sido muy pragmática; se había propuesto escribir un best seller, y a Tommy…, bueno, no le quedó más remedio que aceptarlo. También las humillaciones.

Miró al cielo y respiró hondo. Ya estaba anocheciendo y el viento hacía remolinos entre los edificios con las hojas caídas. Vio a Bent, un banquero prejubilado que había sido bebedor empedernido durante veinte años y que no reconoció su problema hasta el día en que casi atropelló a su nieto con el tractor cortacésped. Al igual que Tommy, Bent siempre dejaba el coche en el aparcamiento cubierto del centro comercial, donde, entre amas de casa con prisas y jóvenes con ropa deportiva, era fácil mantener el anonimato. Seguramente fueran en la misma dirección, pero Tommy fingió atarse el cordón del zapato hasta que Bent desapareció de su vista.

Nunca le había gustado quedarse a charlar después de las reuniones y ese día, de repente, comprendió por qué: era un mentiroso y un hipócrita, un completo farsante que vivía con el miedo a ser descubierto. En las reuniones de aa hablaba largo y tendido sobre asumir la responsabilidad por las consecuencias de haber conducido ebrio para él y para su entorno. Pero, en realidad, el Tommy de verdad no había asumido ni una puñetera responsabilidad. El Tommy de verdad había arruinado su carrera tras el incidente, pero conducir borracho no era, ni por asomo, lo peor que había hecho esa noche. Había hecho algo atroz, y la semana pasada había comprendido que el hombre que lo llamó para chantajearlo tenía toda la razón. Había cometido un acto imperdonable y jamás se lo había contado a nadie. Ni siquiera había llorado su muerte como era debido, como lo hicieron su familia y sus amigos. Había reprimido aquel suceso; lo había metido en una caja negra y cerrado la tapa de golpe.

Un fuerte odio hacia sí mismo lo envolvió como una niebla pegajosa, y Tommy se abrazó el torso para conservar el calor

mientras se apresuraba dando pequeños pasos por la acera.

Cuando llegó hasta las sombras oscuras del aparcamiento, comprobó el móvil por enésima vez en lo que iba de día. No tenía llamadas perdidas ni mensajes de WhatsApp. Habían pasado ocho días desde la llamada de ese desconocido que le exigía aquella cantidad demencial y, aunque había dicho que se pondría en contacto con él la semana siguiente, estaban ya a miércoles por la noche y el chantajista seguía sin dar señales de vida.

Sintió un leve destello de esperanza. ¿Y si todo era una broma de mal gusto, un engaño maquiavélico? Había oído hablar de esos chantajes en los que un anciano confiado recibía la llamada de estafadores profesionales y acababa cayendo en la trampa y entregándoles una suma de cinco o seis cifras.

Pero entonces recordó la imagen de su corbata Ferragamo empapada en sangre, y volvió a sentir el mareo que lo había estado atormentando toda la semana. Dudó incluso de si sería capaz de conducir hasta casa cuando ni siquiera lograba orientarse en el laberinto de hormigón del aparcamiento.

Presionó la llave del coche y sintió un profundo alivio al ver que su Fiat 500 parpadeaba en la oscuridad, a cincuenta metros de él. Estaba totalmente agotado y lo que más le apetecía era quedarse allí en la penumbra, cerrar la puerta, reclinar el asiento y sumirse en un sueño inconsciente para escapar por completo de las imágenes que lo perseguían. Tenía que encontrar una alcantarilla y deshacerse del móvil para que aquel tipo repulsivo no tuviera forma de volver a loca…

—Eckert, ¿tienes el dinero? —El desconocido emergió de entre las sombras de repente.

Tommy se dio la vuelta y se encontró cara a cara con un hombre que llevaba un gorro negro, una mascarilla negra y una chaqueta abrochada hasta la barbilla. Solo se le veían los ojos, muy juntos y de color azul claro.

—Cinco millones de coronas, Eckert. Eso era lo pactado. ¿Los tienes?

Tommy levantó involuntariamente las manos en el aire, como si el hombre le apuntara con un arma de fuego. Y así se sentía: como si su vida pudiera terminar en ese instante.

—No tengo cinco millones —tartamudeó—. No dispongo de semejante cantidad de dinero.

El desconocido inclinó la cabeza y entrecerró los ojos.

—La familia de tu mujer va sobrada de dinero, ¿no? ¿No podrías sacarle la cuchara de oro del trasero y sacudirla un poco? —Con gesto teatral, colocó la mano enguantada delante de la mascarilla—. ¿O es que quizá no has compartido tu pequeño secreto con tu esposa? ¿Nunca ha oído hablar de Mira? —Dejó caer la cabeza hacia un lado.

Tommy sintió un escalofrío. Su coche estaba a solo cinco metros; podría echar a correr, abrir la puerta, cerrarla de un portazo y poner el seguro…, pero le resultaba imposible. Tenía el cuerpo paralizado.

—Puedo conseguir dos. Tal vez dos y medio, no lo sé aún, pero…

—¿Dos millones? —La voz del hombre titubeó un instante. Abrió y cerró las manos enfundadas en guantes negros de cuero antes de dar un paso más—. Estás jugando con fuego, Eckert. Con dos no me basta. Necesito cinco millones, ni una corona menos. ¡Cinco!

El hombre metió la mano en el bolsillo de la chaqueta con un movimiento resuelto. Tommy estaba convencido de que iba a sacar

una pistola o una navaja.

Por un momento imaginó cómo su vida se le escapaba, desangrado, cómo iba a morir demasiado pronto y completamente solo sobre ese frío suelo de hormigón…, pero de repente lo asaltó un pensamiento: «¿No se haría justicia, en realidad?». Mira había muerto así, demasiado pronto y completamente sola. Tal vez eso era justo lo que él merecía.

El desconocido le puso un móvil delante de la cara.

—Ahora presta mucha atención —dijo, y empezó a reproducir un vídeo.

Tommy trató de concentrarse en la pantalla. Al principio solo vio una oscuridad profunda, acompañada de un extraño zumbido murmurante, pero cuando la cámara se desplazó hacia arriba, comprendió que era el sonido de la lluvia al caer sobre un manto de hojarasca, sobre un árbol con un tronco de un metro de grosor y sobre el techo humeante de un coche. El vehículo, si es que todavía podía llamarse así, era un Ford Ka azulado, con el capó enrollado casi por completo alrededor del tronco del árbol. El impacto debía de haber empujado el motor hacia el interior del vehículo.

Al principio, la cámara se mantuvo a distancia. La persona que grababa estaba, sin duda, oculta entre unos matorrales, porque había pequeñas ramas y hojas marrones que enturbiaban la visión. Pero entonces enfocó de cerca la escena, y Tommy comprendió, horrorizado, que el vídeo reproducía con exactitud todo lo que había revivido en sus pesadillas durante los últimos diez años, salvo que su mente siempre había recreado la escena desde dentro del vehículo, y ahora la veía desde fuera.

Vio cómo se abría la puerta del copiloto y cómo del Ford Ka salía un hombre con camisa blanca, de espaldas y tambaleándose. Lo observó ponerse en pie y situarse a dos o tres metros del coche, encorvado y asustado, como si estuviera en un planeta desconocido intentando defenderse de un entorno hostil. Entonces dio un par de pasos hacia la puerta abierta y miró con cautela en el interior del vehículo. Incluso a través de la pantalla se podía apreciar lo sobrecogido que estaba. Se incorporó y permaneció indeciso unos segundos, mirando a su alrededor con los ojos desorbitados por el miedo. De pronto, su cuerpo reaccionó y, con movimientos rápidos y decididos, metió los brazos en el coche y sacó algo: una chaqueta de traje y una bolsa de fin de semana. De dentro de la bolsa, el hombre arrancó un jirón de lo que parecía una camiseta… No, Tommy sabía que era una camiseta, porque era la suya. Quien estaba en aquella curva cerrada, en aquella carretera mojada, borrando sus huellas de la manilla del coche y del salpicadero no era otro que él en 2013. Era él quien cerraba la puerta y agarraba la bolsa, quien se ponía la chaqueta y miraba a su alrededor, desorientado, antes de marcharse. Tommy se vio a sí mismo, diez años más joven, huyendo bajo la lluvia por una carretera desolada, justo antes de que la cámara hiciera otra panorámica del coche y el vídeo se detuviera.

—Sí, y entonces te largaste —dijo el desconocido, agitando el móvil frente a la nariz de Tommy—. Te largaste y dejaste a Mira sola en el coche.

—Estaba muerta —se oyó decir a sí mismo.

—No, no lo estaba. Hacía frío; se veía el vaho de su respiración, le salían nubecitas blancas por la boca abierta. De eso también tengo un vídeo, si lo quieres ver.

Tommy negó con la cabeza. No le hacía falta ningún vídeo. El recuerdo de Mira con la cabeza apoyada en el volante, el jadeo de su respiración, la sensación de su sangre caliente y pegajosa en sus propios dedos cuando probó a despertarla… Lo tenía todo grabado en el alma. Las imágenes, la sensación, el sonido… lo llevaban atormentando desde hacía diez años.

—Podría haberse salvado si hubieras llamado al 112. O mejor aún, si aquella noche no le hubieras pedido a tu joven amante de apenas veinticuatro años que se pusiera al volante. —El desconocido dio un paso atrás, como si Tommy le repugnara—. Cinco millones de coronas, Eckert, o el vídeo acabará en manos de la prensa.

—Pero no puedo… —balbuceó Eckert.

—No creo que haga falta cursar muchos créditos de Periodismo para reconstruir los hechos a partir de las imágenes y vídeos que tengo —interrumpió el desconocido—. La cosa sería más o menos así: en octubre de 2013, el intachable ministro de Sanidad se fue a una posada rural con su jovencísima amante. Cenaron bien y bebieron en exceso porque tenían previsto pernoctar allí. Pero ocurrió algo inesperado, y el ministro y la muchacha (o sea, Mira y tú) decidieron marcharse del lugar a toda prisa.

El desconocido hizo una pausa, y Tommy levantó la mirada, desorientado. No recordaba lo sucedido en la posada. Por más que lo intentara, no lograba recordar por qué Mira y él no se habían quedado a pasar la noche allí como habían planeado.

—Pero el coche derrapó en el asfalto mojado…, quizá ella no distinguió a tiempo la curva en la oscuridad…, y qué quieres, si es que la pobre chica acababa de sacarse el carné de conducir.

Tommy apretó los ojos con fuerza. El chirriar de los neumáticos, la imagen del árbol que se les venía encima, con la corteza gris como una roca… Todo se reproducía dentro de su cabeza.

—El coche impactó de frente contra un árbol. —Con cada palabra, el hombre iba subiendo el tono de voz—. Y mientras la chica permanecía atrapada e indefensa dentro del vehículo, el ministro de Sanidad decidió que su carrera y su matrimonio valían más que la vida de su amante, ¿verdad? Mientras la vida de Mira se apagaba lentamente, tú echaste a correr bajo la lluvia, de vuelta a la posada, recogiste tu coche y pusiste rumbo a Copenhague. —El desconocido estaba exaltado—. El plan era olvidarlo todo, ¿verdad, Tommy? Volver a casa, meterte en la cama con tu mujer y hacer como si allí no hubiera pasado *ni una puñetera cosa* — escupió esas últimas palabras señalándolo con un dedo acusador—. Pero entonces… —el hombre alzó el dedo índice—, en un giro de justicia poética, esa misma noche te paró la policía y tu vida se derrumbó.

—Esa noche lo perdí todo. —Tommy hablaba al suelo de hormigón, sin atreverse ya a mirar al hombre—. Mi trabajo, a Mira, mi matrim…

—¡Sabes que eso no es cierto! Recuperaste tu trabajo, tu matrimonio sigue en pie, y Mira… Mira te importaba una mierda. ¡A ti nadie te importa una mierda! —El tono de voz del desconocido había bajado al menos una octava y ya no hablaba, gruñía. Tommy se asustó aún más.

—Sí, ¡sí me importaba! ¡Yo a Mira la quería de verdad!

—Ni se te ocurra hablar de amor, ¿me oyes? No tienes derecho a hacerlo. ¿Cuántas veces has ido a visitar su tumba en estos diez años? Ninguna, ¿verdad?

Tommy alzó la vista y lo miró. Lo invadió una sensación de paranoia, como si lo hubieran estado siguiendo durante años. ¿Cómo podía aquel hombre saber todas esas cosas? ¿Cómo sabía que estaría en un aparcamiento de Hørsholm en ese preciso momento?

—Ahora voy a darte una pequeña lección, Eckert. ¿Me escuchas? —Respiraba tan fuerte que su mascarilla negra se inflaba y se le pegaba a la boca con cada movimiento—. Todo lo que hacemos, o dejamos de hacer, tiene consecuencias para los que nos rodean. Nuestras decisiones pueden arruinarles la vida a otras personas, ¿lo entiendes? No, eso jamás lo entendiste. Pero sí tomaste decisiones y les arruinaste la vida a otros. No solo a Mira. Y jamás has pedido perdón, ¿verdad? Nunca has asumido tu responsabilidad, pero ahora no te va a quedar más remedio que hacerlo.

—Pero ¿qué es lo que he hecho…? —A Tommy le flaquearon las piernas y sintió una necesidad imperiosa de dejarse caer de rodillas, de suplicarle al desconocido, o a cualquier dios misericordioso, que tuviera piedad. No entendía nada; solo sabía, por la mirada taladrante del hombre, que ahora su vida estaba en sus manos.

—Cinco millones de coronas. Tienes hasta el sábado. De lo contrario, todas las imágenes y todos los vídeos de aquella noche acabarán en un usb, en la recepción de *Gossip* o de cualquier otra revista basura. Quizá adjunte también tu corbata empapada en sangre, para darle un toque de color a la historia.

—¡Pero no sé de dónde voy a sacar tanto dinero…! —La voz de Tommy rebotó contra las paredes de hormigón y regresó convertida en un eco de pánico.

—El sábado por la tarde en el norte de Selandia; una hora antes del encuentro te confirmaré la hora exacta y la dirección —dijo el

hombre. Después se giró bruscamente y se apresuró hacia la salida del aparcamiento.

Tommy comprendió que solo tenía dos opciones si quería sobrevivir al fin de semana, ambas igual de desesperadas.

O conseguía los 5 millones, o tendría que matar a ese desconocido.

41

CARL

carl inclinó la cabeza hacia atrás y fijó la mirada en el enorme crucifijo esculpido en la fachada de la casa parroquial.

Thøger Dam, el padre de la joven fallecida en 2013 en un accidente de tráfico en el que no hubo más implicados, llevaba casi veinticinco años ejerciendo como pastor en la iglesia de Humlebæk. Y, si alguien necesitaba orientación divina fuera del horario oficial, siempre podía llamar a su puerta: según se indicaba en la página web de la parroquia, el pastor no seguía demasiado a rajatabla los horarios de atención telefónica. Viudos sumidos en el duelo, novias ilusionadas, jóvenes en crisis, almas melancólicas y aquellos que solo buscaban un hombro sobre el que llorar… todos eran bienvenidos en la casa del pastor.

Lo que resultaba más dudoso era si esa hospitalidad se extendería también a un inspector de policía retirado que no había rezado desde que se inventó la televisión en color. Por supuesto, en el mundo había pecadores muchísimo peores que Carl, y él mismo se había encargado de meter entre rejas o de llevar directamente a los brazos del Creador a buena parte de ellos; pero lo más probable era que su visita inesperada aquella noche no sirviera más que para reabrir en vano las viejas heridas de esa familia. Echaba de menos muchos aspectos del trabajo policial, pero esa sensación de

plantarse ante una puerta como un vendedor ambulante, sin nada que ofrecer salvo dolor y preguntas sin rumbo, no era, desde luego, uno de ellos.

Al menos iba mejor vestido que de costumbre. En el armario había encontrado una americana oscura que no se ponía desde el bautizo de Lucia, unos vaqueros decentemente limpios y una camisa de color claro. Anni, la responsable de prensa de la editorial, llevaba semanas parloteando sobre lo maravilloso que era que a un experimentado investigador de homicidios y humilde escritor de novela negra como él lo hubieran invitado a un sarao con la *crème de la crème* de la alta cultura en el museo Louisiana de arte moderno. Allí participaría en una mesa redonda con un joven que escribía libros sombríos sobre lo que implica ser hijo de dos celebridades y con un antiguo traficante de drogas que probaba suerte como poeta. El tema del debate era «Cuando la realidad supera a la ficción», significara lo que significara, y el coloquio comenzaba en tres cuartos de hora, así que no podía entretenerse ni un segundo de más con la visita al pastor.

Golpeó suavemente el vidrio esmerilado de la puerta principal y fue a abrirle un hombre con barba poblada.

—¿Sí? —preguntó en tono amable mientras se limpiaba la barba con una servilleta de tela.

Carl se presentó. Si el pastor se sorprendió, lo disimuló con total naturalidad.

—Pase —dijo—, y perdone que hoy esté cenando en el escritorio; mi mujer ha salido a visitar a una amiga.

—Solo he venido a hacerle unas cuantas preguntas. —Carl se quitó los zapatos en el recibidor y acompañó al pastor hasta su

despacho. O, como rezaba en la puerta, su «Espacio de consultoría espiritual».

En las estanterías, los libros se amontonaban en varias pilas, aunque era improbable que entre ellos hubiera novelas policíacas. El pastor tampoco pareció reconocer a Carl. Con un gesto, le indicó que tomara asiento en la silla de invitados, apartó a un lado el plato de la cena y entrelazó las manos sobre el escritorio.

—¿En qué puedo ayudarle? —Lo dijo con un tinte casi terapéutico, y Carl comprendió que el hombre debía de pensar que había venido a confesar sus pecados, lo que volvía la situación aún más incómoda.

—Trabajo para el Departamento Q de la policía de Copenhague. Investigamos casos de interés especial. —Confiaba en que los altos mandos le perdonaran que, en la casa del Señor, hubiera tenido que recurrir a una mentirijilla sobre su situación contractual—. En el caso que estamos investigando acaba de aparecer una nueva pista importante, un artículo sobre la muerte de su hija.

La expresión de Thøger se apagó, como si hubieran pulsado un interruptor. Hundió la cabeza en el pecho por un instante y, cuando volvió a alzar la vista, los ojos antes abiertos y amables se habían tornado vacíos y oscuros. Carl reconoció al momento esa mirada descompuesta de un padre que ha perdido a su hijo; la había visto demasiadas veces.

—¿La muerte de Mira? ¿Por qué quieren volver a eso? ¡Hace tanto tiempo! Este sábado hará diez años que… —El pastor se quedó en silencio.

—Lo sé. No me malinterprete: no investigamos la muerte de Mira; es un caso distinto. Solo me gustaría hacerle unas preguntas,

después me marcharé. —Carl sacó su libreta—. Clínica Privada Charis… ¿Le dice algo el nombre?

—Nunca lo había oído, no. —El pastor negó con la cabeza.

—¿Y un hombre llamado Ole Horsten?

—Tampoco. —El pastor lo miraba cada vez más desconcertado.

—¿Jette Horsten? ¿Konrad Horsten?

—Nunca he oído hablar de ellos. ¿Son de esta parroquia?

—¿Y los nombres de Lise y Asger Ritter? Regentaban hace años la farmacia de Fredensborg, y tenían una casa de veraneo en Asserbo.

—¿Asserbo? No, para nada. —La confusión en la mirada de Thøger era más que evidente—. Y tampoco entiendo qué tiene que ver todo esto con nuestra Mira. Mi hija murió en un accidente en el que no hubo más vehículos implicados; los resultados de la investigación policial fueron concluyentes.

Incómodo, Carl cambió de postura en la silla; la americana parecía haber encogido de estar tanto tiempo en el armario.

—Estoy aquí más que nada para descartar que Mira o el accidente que sufrió guarden relación con el caso que estamos investigando. Ya conoce el dicho: no hay que dejar ni una piedra sin mover, ¿verdad?

El pastor asintió en silencio.

—¿Alguna vez mencionó Mira a cualquiera de estas personas o lugares?

—Yo diría que no. Y una clínica privada… ¿Qué iba a buscar ella allí? Por cuestión de principios, estaba en contra de las operaciones estéticas, si es eso lo que está pensando. —Thøger Dam se quitó las gafas sin montura y se frotó los ojos—. Era nuestra única hija. Nuestro rayo de sol. —En su rostro se dibujó una fugaz sonrisa que

se desvaneció casi de inmediato, como si le pesara el gesto—. Estaba en un buen momento de su vida. Estudiaba Ciencias Políticas, la carrera ideal para una joven tan comprometida como ella, que soñaba con cambiar el mundo para mejor. Además, participaba activamente en política y era una firme defensora de la cooperación internacional: la onu, la ue, la ocde… todo eso en lo que los viejos cínicos como yo hemos dejado de creer. Y se había mudado al piso de una buena amiga en la calle Herluf Trolle, en Copenhague. En definitiva, era feliz. Mi esposa, además, tenía la sensación de que había empezado a salir con alguien, pero nunca llegamos a conocerlo.

—¿No vino al entierro?

—No, que nosotros sepamos —dijo Thøger—, aunque también es cierto que en su momento no nos fijamos en eso. Lo comentamos después, porque todos los años, en el aniversario de su muerte, alguien envía un ramo de flores a su tumba. Siempre llegan sin remitente. La verdad es que nos parece un gesto precioso. Y, si las flores son de ese novio, debe de estar aún de duelo, igual que nosotros. Pero en la floristería no pueden revelar quién las envía; son las normas.

Thøger Dam bajó la cabeza, y Carl le dio un par de segundos para recomponerse.

—Dice que Mira vivía en Copenhague. ¿Había venido a verlos cuando tuvo el accidente? ¿O quizá estaba de camino hacia aquí? —preguntó Carl.

El pastor sacudió la cabeza.

—Es una de esas cosas que nunca sabremos. El accidente ocurrió un lunes por la noche, muy tarde. Iba muy arreglada: un jersey

carísimo que mi esposa le había comprado en París y una falda muy fina, nada apropiada para la época del año. El accidente ocurrió a menos de un kilómetro de aquí, pero aquella noche no la esperábamos.

—¿Así que no sabe qué hacía por esta zona?

El pastor volvió a negar con la cabeza.

—Pensamos que quizá había salido por la noche y necesitaba volver a casa para dejarse mimar un poco. Estábamos muy unidos. Puede que estuviera triste por algo…, pero si se puso al volante después de haber bebido es que las cosas no andaban bien. Normalmente era muy sensata.

Carl asintió y tomó nota.

—¿El coche era de ella?

—Era el viejo coche de mi mujer. Mira no se sacó el carné hasta cumplir los veintitrés; durante años tuvo miedo a conducir, pero al final se armó de valor y ahorró para hacer las prácticas mientras estudiaba. Nos impresionó tanto que decidimos sorprenderla con el pequeño Ford Ka por su cumpleaños. —Alzó la vista, con los ojos cargados de culpa—. No hace falta que le diga cuánto nos hemos culpado por haberle regalado el coche. A veces pienso que fui yo quien la mató. Le di el arma del crimen.

Carl cerró la libreta mientras digería la última observación del pastor. ¡Qué pesada cruz para un solo hombre!

—¿Nunca descubrieron dónde estuvo antes del accidente?

Thøger volvió a sacudir la cabeza.

—Tenía veinticuatro años y un montón de amigos; ni siquiera los conocíamos a todos. La iglesia estaba a rebosar cuando la enterramos.

—¿Fue usted quien ofició el servicio funerario?

El pastor asintió.

—Yo la traje al mundo, la bauticé, la confirmé… así que también quise ser quien la entregara a Dios. Nuestro Señor debe de tener un motivo para todo esto, aunque sigamos sin saber cuál es. Si no pensara así, no podría hacer este trabajo.

Se puso en pie, salió de la habitación y regresó con una fotografía enmarcada. En ella se veía un caballo castaño rojizo con una escarapela en la brida y, junto a él, una chica de unos quince años, de cabello largo y rubio oscuro, vestida con chaqueta de equitación.

—Esta es Mira —dijo—. Así es como la recuerdo.

—Una joven muy bonita —comentó Carl antes de apoyar brevemente la mano sobre el brazo del pastor y despedirse con un gesto de la cabeza.

Unos minutos después estaba en la carretera Strandvejen, con la libreta en la mano y un sistema nervioso que le pedía nicotina a gritos. Se palpó todos los bolsillos como loco hasta caer en la cuenta de que sus cigarrillos secretos seguían en casa, escondidos en la caja de herramientas que Mona —al igual que él— solo abría en casos extremos.

Miró su libreta y subrayó la palabra «¿novio?». Si una estudiante se vestía con sus mejores galas un lunes por la noche, lo más probable es que tuviera una cita. Pero ¿por qué ese hombre no había asistido al entierro? No hacerlo, dadas las circunstancias, era, en el mejor de los casos, una falta de respeto, y en el peor, sospechoso. Carl volvió a sacar el bolígrafo y anotó «¿hombre casado?» en su libreta.

Cruzó la calle y alzó la vista hacia el campanario de la iglesia. Eran las 19.10; en veinte minutos debía estar listo en el escenario del Louisiana. Aceleró el paso y se encaminó hacia el museo, con aire torpe y apresurado.

Se cruzó con un tipo con gorro negro, auriculares sobre la cabeza y las manos hundidas en los bolsillos de la chaqueta que venía en sentido contrario. Estaba tarareando, y era evidente que no tenía la menor intención de ir a escuchar las divagaciones de Carl sobre lo difícil que era para un autor construir una curva de tensión y personajes creíbles. No se lo podía reprochar; el propio Carl se sentía agotado solo de pensarlo.

Saludó con la cabeza al hombre que tarareaba y entonces vio a Anni, la responsable de prensa, que lo esperaba en la entrada.

Una completa pérdida de tiempo: no había otra forma humana de describir aquella velada.

42

JAKOB

Siempre que venía aquí, sonaba en sus auriculares alguna pieza de piano de Chopin. Aquella noche era el *Nocturno n.º 20* en do sostenido menor, interpretado por el gran maestro Menahem Pressler. La melancolía de esa obra tuvo en él un efecto extrañamente reconfortante mientras caminaba entre las sepulturas, como un contrapeso a la rabia que lo consumía desde su último encuentro con Eckert.

Pero ¿qué diablos se había creído? ¿Que podría quitárselo de encima con 2 millones de coronas? 2 millones eran una miseria, maldita sea. Jakob tenía cuarenta y cuatro años; incluso según las estadísticas más pesimistas le quedaban al menos otros treinta. 5 millones eran el mínimo absoluto. Tenía que desaparecer del mapa: no podría invertir en acciones ni en bienes raíces; ni siquiera ingresar el dinero en el banco. Una parte se perdería con la inflación y, aunque pensaba aceptar de vez en cuando algún trabajo en negro, le iba a hacer falta cada corona.

Jakob inspiró profundamente el aire frío de octubre, levantó la cabeza hacia el cielo del atardecer y tarareó dos o tres compases de especial bellezal. Lo ayudó. La música siempre lo ayudaba.

Esperaba haberle dejado bien claro a ese cobarde egocéntrico de Tommy lo grave que era la situación. De niño, le había fallado a él;

de adulto, a Mira, siempre para salvar su propio pellejo. Pero ahora, con su reputación y su futuro en juego, tendría que apañárselas para encontrar una salida. ¿Acaso la historia del padre de Tommy no había sido parecida? Los innumerables fiascos empresariales de Eckert padre habían dejado tras de sí un reguero de quiebras personales y acreedores furiosos, pero el hombre siempre resurgía de las cenizas, con una nueva empresa, nuevos préstamos y la más absoluta indiferencia hacia las personas a quienes les había arruinado la vida.

Jakob se quitó los auriculares y echó un vistazo a su alrededor antes de detenerse frente a la sepultura de Mira. El cementerio parecía desierto. Eran pocos los que se aventuraban a pasear entre los muertos después de caer la noche, pero Jakob lo prefería así. Tampoco venía con frecuencia; el ramo del aniversario lo encargaba todos los años por Internet y, cuando acudía en persona, siempre elegía horas en las que el riesgo de cruzarse con los padres de Mira era mínimo.

Aun así, tenía preparada una historia por si ocurría un imprevisto. Diría que trabajaba en la Comisión Europea y que había conocido a Mira en un acto político. «Solo la vi una vez, pero me causó una profunda impresión», explicaría. Algo a la vez cierto y respetuoso, pero también lo bastante impreciso como para que nadie pudiera identificarlo.

Contempló la lápida. Aquel sábado se cumplirían exactamente diez años del fallecimiento de Mira. Fue ese día cuando comenzó todo: el 21 de octubre, un triste y lluvioso lunes de 2013, así que, de alguna manera, tenía sentido que la vida que conocía terminara también en esa fecha.

En su momento, en los medios de comunicación se había insinuado que la joven hija del pastor tenía alcohol en la sangre cuando se estrelló contra el árbol a más de setenta kilómetros por hora, y que el accidente había sido culpa suya. Pero no era cierto. La culpa era solo de Tommy. Fue él quien decidió marcharse de la posada, y también quien le pidió a Mira que condujera.

Jakob se sentía muy unido a esa joven por dos motivos. El primero era que Tommy la había dejado tirada cuando más lo necesitaba, igual que a él. El segundo, que cuando Mira murió, era él quien le sostenía la mano.

43

JAKOB

Aquel día, Jakob había asistido al entierro de Asger, en Fredensborg.

Había visto la esquela en el periódico por casualidad, y la mezcla de dolor y remordimiento estuvo a punto de desgarrarlo por dentro. Asger y Lise le habían escrito sin falta durante años: sus postales de cumpleaños y de Navidad llegaban siempre puntuales, y lo habían invitado a que los visitara una y otra vez; al principio incluso lo llamaban por teléfono. Pero Jakob siempre se negó a hablar con ellos y jamás respondió a ninguna de las cartas. Escuchar la voz de Asger al teléfono le habría dolido demasiado. Lo abrumaba la vergüenza de haberlos decepcionado, de no ser el niño prodigio que creían.

Ahora ambos estaban muertos, y tras el entierro se sentía tan alterado que no tuvo fuerzas para volver a su piso vacío. En su lugar, condujo sin rumbo por el paisaje empapado por la lluvia entre Fredensborg y Humlebæk, hasta que vio una posada y decidió entrar a ahogar sus penas.

Iba por la tercera cerveza cuando apareció en el restaurante una cara conocida. Nadie dio muestras de saber quién era; en sitios como aquel, a la gente la política le daba igual. Pero Jakob reconoció a Tommy Eckert al instante, y también conocía lo suficiente los

entresijos de la prensa del corazón como para saber que la atractiva joven que acompañaba al ministro no era su esposa.

Al verlo así, no en la pantalla de la tele, sino tan cerca de él, con aquella corbata cara y una sonrisa reservada para los triunfadores, estuvo a punto de quedarse sin aliento. Allí estaba. Tommy, el niño que de pequeño se había meado de miedo, que se sobresaltaba con solo oír los pasos del director del coro, que jamás había tenido ni un pellizco del talento natural de Jakob… y que aun así lo había conseguido todo en la vida: riqueza, influencia y, por lo visto, también cualquier mujer que se le antojara.

Jakob no pudo dejar pasar la oportunidad. Quería oír a Tommy disculparse por lo que él y los demás le habían hecho. No se habían vuelto a ver desde aquel día de diciembre de 1989 en el despacho del director del coro, pero Jakob llevaba cada segundo de aquel episodio grabado a fuego en la memoria, y estaba convencido de que también Tommy recordaba cada detalle, atormentado por su oscura conciencia.

Así que se dedicó a esperar, paciente, el momento oportuno. Cuando a las once el ministro se levantó para ir al baño, fue tras él y se colocó a su lado.

—Tommy…, cuánto tiempo.

Pero el cabrón de Tommy se limitó a mirarlo con ojos inexpresivos y a responder con un comedido «hola».

La ansiedad empezó a apoderarse de Jakob allí mismo, junto al urinario. Como periodista, sabía mejor que nadie cómo saludaban los famosos a quien se les acercaba demasiado: siempre alerta, ligeramente evasivos. Pero Jakob no era ningún acosador; lo único que buscaba era una disculpa.

—La última vez que nos vimos fue en circunstancias mucho menos agradables, ¿verdad? —intentó entablar conversación, pero en los ojos del político no había indicio alguno de que lo reconociera. Más bien todo lo contrario.

Se subió la cremallera de golpe, visiblemente irritado. La sonrisa ebria había dado paso a un gesto de repulsión.

—Mira, estoy aquí a título personal, así que si eres tan amable de… —Tommy agitó la mano en el aire como si Jakob fuera una mosca y se dispuso a lavarse las manos.

—Solo quería hablar un momento —dijo Jakob. Se colocó en el lavabo contiguo y abrió el grifo, pero estaba algo flojo y el agua salió con fuerza, empapándolos a ambos.

—¡Ten más cuidado, hostia! —bufó Tommy mientras inspeccionaba sus pantalones—. A ver si me explico. No he venido aquí a que me den buenas ideas ni a que me cuenten rollos de enfermedades. —Se quitó de un tirón la corbata mojada y la guardó en el bolsillo—. Mándame un correo, como todo el mundo.

Hizo ademán de marcharse, pero Jakob le sujetó el brazo con firmeza.

—¿No sabes quién soy? ¿Es que ya no te acuerdas de mí?

Tommy lo miró y sus ojos se cruzaron durante tres interminables segundos, hasta que logró soltarse del brazo de Jakob.

—¡Si supieras la cantidad de idiotas como tú que se me acercan todos los días! —gruñó, y se alejó.

Jakob se quedó paralizado sobre el pequeño charco de agua. Poco a poco empezó a comprender que aquel hombre que le había arruinado la vida, arrebatado su talento excepcional, su única alegría y su futuro, ni siquiera lo recordaba.

Se tambaleó hasta el coche. Solo quería largarse de allí; confiaba en no haber bebido demasiado, pero al cabo de medio kilómetro supo que no estaba en condiciones de conducir. Se sentía mareado, veía borroso y tenía que orinar otra vez, así que se desvió por un sendero del bosque y, sollozando, vació la vejiga entre los árboles, consciente de que en cualquier momento se vendría abajo. No solo por la incesante lluvia que le empapaba la chaqueta, sino porque el mundo no funcionaba como él había esperado. No había justicia ni nadie que asumiera responsabilidades, solo ganadores y perdedores. Los ganadores se protegían entre sí, mientras que él, nacido con un don excepcional, moriría siendo un perdedor. La oportunidad de oro que le habría permitido brillar entre la mediocridad se la habían arrebatado cuando aún era un niño.

Entonces, desde la linde del bosque, vio aparecer los faros delanteros del Ford Ka azul oscuro que serpenteaban por la carretera. Jakob sabía que más adelante había una curva muy cerrada, y el coche iba demasiado deprisa. El rostro de Eckert, pálido como un fantasma tras la ventanilla del acompañante, pasó ante él a gran velocidad. Unos segundos más tarde se oyó el impacto: el golpe corto y seco del metal contra una superficie más blanda.

Entonces se hizo el silencio. Solo la lluvia seguía repiqueteando, como queriendo borrar el drama que Jakob acababa de presenciar.

A día de hoy, aún no sabía por qué había grabado la escena en lugar de llamar al 112; quizá fuera una vieja costumbre de sus tiempos como periodista de sucesos. Si el ministro de Sanidad hubiera muerto en un accidente de tráfico, de las imágenes del coche siniestrado podría haber sacado fácilmente cinco cifras en la

prensa amarilla, una suma que Jakob se habría embolsado sin pestañear.

Pero Tommy Eckert no estaba muerto. Apenas tenía un par de rasguños, según constató Jakob cuando, unos segundos después, el político salió del coche de espaldas, tambaleándose, antes de abandonar el lugar del accidente como un vil cobarde.

Algo captó la atención de Jakob mientras se acercaba con cautela al amasijo de metal que había quedado del Ford Ka: la corbata de Eckert, la carísima corbata de seda dorada que se había arrancado con rabia en el baño, yacía ahora arrugada y ensangrentada en el suelo.

Dentro del coche encontró a la joven, con la parte inferior del cuerpo atrapada; seguro que tenía las piernas rotas. Su torso reposaba sobre el volante y el airbag desinflado. Aunque tenía los ojos abiertos, Jakob tuvo la sensación de que no lo veían, sino que miraban mucho más allá, hacia el infinito.

Se enfundó los guantes, recogió la corbata y la enrolló en la manilla de la puerta para abrirla con cuidado. Tomó el brazo de la mujer, que colgaba inerte junto a la palanca de cambios. Con los guantes puestos era imposible localizar el pulso en aquella muñeca tan fina. Entonces reparó en las pequeñas nubes de vaho blanco que salían de la boca entreabierta. Pegó la oreja al rostro de la joven y comprendió que su vida o su muerte dependían de lo que él decidiera en ese preciso instante. Era una sensación de poder embriagadora, pero también inquietantemente íntima.

Notó el calor de su mejilla y escuchó su respiración temblorosa y entrecortada. Parecía aterrorizada, así que le tomó la mano y le

cantó el largo solo del *Laudate Dominum* una y otra vez, hasta que su respiración se detuvo.

Fue hermoso, aunque de una forma extraña. Cuando todo terminó, volvió corriendo al coche y se adentró en el bosque, donde esperó a sentirse lo bastante sobrio como para conducir hasta casa.

Pasó la noche sin dormir y, durante varios días, siguió moviéndose como si estuviera en trance. Se sentía ligero, poderoso, feliz. Nunca había escrito así de bien. Le ardía el pecho; la voz le había cambiado por completo y sonaba ahora amplia y aterciopelada, como si todas las lesiones vocales y el bloqueo mental se hubieran disipado. Dos días más tarde, bajo la ducha, alcanzó un tono que ya no creía posible.

Aunque no ocurrió exactamente como había imaginado, aquella noche Eckert había recibido una lección de responsabilidad. En las semanas que siguieron, Jakob disfrutó de cada coma, cada palabra y cada imagen que los medios publicaron sobre la conducción bajo los efectos del alcohol del ministro, y se complació al ver que «la gran promesa política de la década» se caía del pedestal, quedaba en evidencia y lo perdía todo. No era simple satisfacción; sentía que por fin se había hecho justicia.

Y así fue como sus planes de venganza empezaron a tomar forma. Se vengaría de todos y cada uno de ellos: Eckert, Berg, Vang, la familia Horsten al completo…, pero no tenía intención de matarlos. Matar era demasiado vulgar, demasiado cliché.

No, la mejor venganza no consistía en quitarles la vida a aquellos que odiaba con toda el alma. La mejor venganza era convertir su existencia en un infierno, hacerla tan dolorosa, agónica, humillante y vacía que la muerte se sintiera como una liberación. Les arrebataría

aquello que más les importaba y luego los responsabilizaría de ello. Se aseguraría de que el peso de esa responsabilidad fuera tan enorme que los destrozara por dentro. Les desgastaría la psique hasta tal punto que despertarían cada mañana en una pesadilla sin fin que los llevaría al borde del suicidio.

O incluso más allá.

44

LINETTE

Jueves, 19 de octubre de 2023

De tanto estirarse y agacharse se había quedado casi sin aliento, pero eso no le impidió volver a pasar la rasqueta de goma por los azulejos del baño, todavía envuelto en vapor. Hizo lo mismo con el espejo. Per, que seguía en la cocina esperando a que ella terminara para ir juntos a la tienda de bricolaje, no soportaba que en las superficies quedaran gotas de agua y que luego aparecieran cientos de manchas de cal por todas partes.

Sacó de debajo del lavabo una de las viejas camisetas interiores que usaba para limpiar y frotó con ella el espejo empañado hasta dejarlo reluciente. A Per le gustaba el orden. Le gustaba que su vida transcurriera en línea recta. También le gustaban las cosas bonitas y la gente bonita, pero la imagen que se reflejaba en el espejo difícilmente podía calificarse como tal.

Tenía la cara enrojecida por el vapor y el esfuerzo de limpiar y secar. La toalla que llevaba alrededor del torso apenas le rodeaba el cuerpo entero. Los pechos le colgaban, tristes y pesados, y los brazos eran del color y el tamaño de dos costillares crudos. El cabello lacio y sin vida se le pegaba a la cabeza, e incluso las cejas y las pestañas habían perdido el color.

¿Cuándo había llegado a tal grado de decadencia? Ni siquiera lo sabía porque llevaba años evitando los espejos. Pero ese día tenía que ser distinto. Se tomó su tiempo para fijar aquella visión en la memoria porque quería recordarla. La imagen del antes. «La vieja Linette».

Muy pronto, los kilos comenzarían a bajar en picado. En un par de meses, los compañeros le preguntarían si había adelgazado. Al cabo de seis, hasta Per notaría la diferencia. Se lo imaginaba agarrándola con pasión, como en los viejos tiempos. En un año habría logrado su objetivo de perder cuarenta kilos, si no más. Se lo había dicho el médico.

«Linette, vas a parecer un figurín», le había dicho dos días atrás, al despedirse, y ella rio. Rio de verdad por primera vez en meses. No solo porque el médico fuera un tipo apuesto, ni porque la mención de ella y un «figurín» en la misma frase fuera tan absurda y maravillosa a la vez. Rio porque, en el fondo, se lo creía. El sueño ya no era solo un sueño; lo sostenía en sus propias manos, dentro de una pequeña caja de cartón.

Entreabrió la tapa con cuidado y encontró una pluma de inyección parecida a un rotulador y cuatro agujas, cada una en su recipiente de plástico precintado. El doctor Berg había reiterado que el medicamento podía provocar efectos secundarios; era habitual experimentar náuseas y dolores de estómago, sobre todo al principio. Por eso decidió retrasar la primera inyección hasta su día libre. Pero ahora… ahora comenzaba el viaje de regreso a la Linette de antes.

Eligió uno de los pequeños recipientes de plástico, retiró el precinto y encajó la aguja en la pluma de inyección. Luego quitó el

capuchón y sostuvo el dispositivo hasta que en la punta de la aguja apareció una pequeña gota que brillaba como una pompa de jabón bajo la intensa luz del baño. Giró el selector hasta que en el contador se mostró la cantidad correcta: 0,25 miligramos, la dosis inicial estándar, que en los próximos meses se incrementaría considerablemente. Esperaba con ansia ese momento; se impacientaba incluso al pensar en esa misma tarde y en el día siguiente, cuando empezara a notar los primeros efectos del medicamento.

Por un instante, la desbordaron las emociones. ¿Cuándo había sido la última vez que sintió algo así, que se alegró por algo tan sencillo como la idea de despertar al día siguiente?

Con la pluma en la mano derecha, apartó un poco la toalla y sujetó la lorza más baja del abdomen. Iba a inyectarse, pero se detuvo a medio camino. ¿Y si le salía un hematoma gigante? Podía pasar si la aguja alcanzaba un vaso sanguíneo, así que buscó más abajo, muy cerca de la ingle, donde la piel quedaría oculta por la ropa interior y Per jamás descubriría un moratón.

Agarró un pliegue de piel, hundió la aguja, apretó el émbolo hasta el fondo, contó hasta cinco y levantó la mirada. Fue como inyectarse pura felicidad en el torrente sanguíneo. La envolvió una calma profunda, incluso le pareció que le estaba bajando la tensión, y cerró los ojos un instante para saborear aquel primer paso hacia la nueva Linette. De repente notó una extraña sensación de parálisis en el cuerpo.

Abrió los ojos de par en par. De pronto, su reflejo en el espejo se volvió distorsionado y ondulante, y unas fuertes náuseas le subieron desde el estómago; ni siquiera sentía los pies.

—¿Qué está pasando aquí? —le preguntó a la imagen del espejo, mientras sus rasgos se derretían ante ella como un bloque de mantequilla en una sartén caliente. Ya no podía respirar.

Se tambaleó hacia la puerta. Era incapaz de controlar las piernas, y los pulmones se le encogían. Agarró el picaporte y vio manchas negras que danzaban ante sus ojos. A duras penas logró atravesar el umbral y avanzar dos pasos por el pasillo, mientras la toalla se le caía de la mano.

—Linette, ¿estás bien? —oyó. Era la voz de Per, pero sonaba extraña, lejana.

Entonces se desplomó.

No sintió dolor, solo el golpe sordo de su cuerpo contra el suelo. El aire no le llegaba a los pulmones; su cuerpo, paralizado, le resultaba ajeno. Se quedó allí, inmóvil, con las nalgas al descubierto y el parqué helado bajo el vientre y los pechos desnudos.

En cuestión de segundos, Per iría corriendo desde la cocina. Su último pensamiento fue lo mucho que la avergonzaba que la fuera a encontrar así.

45

ROSE

«Su llamada será atendida lo antes posible. Le rogamos que permanezca a la espera».

Rose miró el móvil con incredulidad. Había llamado al médico nada más abrir la consulta para conocer de una vez por todas los resultados de las numerosas pruebas y análisis que le habían hecho. La secretaria, seca y escueta, se limitó a decirle que el médico la llamaría «enseguida», pero había pasado más de una hora y el móvil seguía en silencio absoluto. Este tipo de desidia le producía sarpullidos. Se había hartado de esperar, así que allí estaba otra vez, con el jovial *jazz* del contestador automático taladrándole los oídos.

Para su sorpresa, los nervios le pesaban más que la irritación. ¿Por qué tardaba tanto el médico en llamarla para decirle que todo estaba en orden? ¿Sería quizá porque no lo estaba?

Sujetó el móvil entre la oreja y el hombro, se inclinó sobre el teclado y escribió «cansancio, náuseas, vómitos, mareos» en el buscador. En un milisegundo, el doctor Google le devolvió una retahíla de diagnósticos fatales: tumor cerebral, enfermedad de Lyme, mononucleosis. Un miedo incipiente empezó a apoderarse de ella. ¿Y si tenía algo grave?

—¿Todo bien?

Rose se sobresaltó y el móvil cayó sobre el escritorio. En la puerta del despacho, mirándola con expresión preocupada, estaba Carl Mørck.

—¿Otra vez por aquí? ¿Tan mal te fue en Louisiana que has decidido volver con nosotros? —soltó Rose, y se apresuró a cerrar la ventana del navegador con todas aquellas enfermedades espantosas.

—No podría haber ido peor. —Carl se encogió de hombros.

—¿Así que se acabó la alta cultura?

—Mucho peor. Me han pedido que vuelva en primavera. —Se dejó caer en el sofá y apoyó los pies sobre una caja de cartón—. Oye, ¿te acuerdas de aquella vez que ampliaste el mensaje de la botella y lo colgaste aquí, en la pared del sótano? —le preguntó.

—Claro que me acuerdo. ¿Por qué?

—Quizá me puedas ayudar con un par de detalles; tienes mejor memoria que yo.

—¡Hostias, Carl, eso sería antes, últimamente ya no! Además, he visto que en *Los chicos que cayeron en la trampa* dices que suelto muchas palabrotas y que voy vestida como «un espantajo». ¿A qué demonios te refieres? —le espetó. Lo de las palabrotas se lo tomaba como un cumplido, pero lo de su estilo de ropa… ¡Si siempre iba de punta en blanco!

Algo turbado, Carl sacó una libreta del bolsillo interior.

—Ayer estuve en Humlebæk —dijo para desviar el tema.

Para alivio de Rose, fue directo al grano. Si de verdad tenía un tumor cerebral, no podía malgastar sus últimos días en la Tierra en trivialidades.

—Thøger Dam, el pastor, no conocía ni a la familia Horsten ni la clínica privada, y tampoco le sonaban de nada el matrimonio de farmacéuticos ni la casa de Asserbo.

—Mmm —murmuró Rose, mirando el móvil por el rabillo del ojo. Se había perdido la cobertura. Más tiempo desperdiciado, aunque quizá fuera mejor así; ¿qué prisa tenía por recibir su sentencia de muerte?—. ¿Y la hija? ¿No pudo tener contacto con la clínica?

—El padre fue tajante. Mira estaba en contra de la cirugía estética y no tenía problemas de salud. Era una joven políticamente activa, con convicciones claras y abierta al mundo. Una muchacha sensata.

—Sí, tan sensata que conducía borracha…

—Ya ves. El pastor tampoco se lo explica. Su hija vivía en Copenhague y quizá había salido, pero en lugar de ir a casa de sus padres en tren o en taxi, se puso al volante y se mató a un par de kilómetros de allí. Cuando beben, hasta los más sensatos hacen estupideces.

¡A ella se lo iban a decir! Unos años atrás se había despertado con un asta de bandera de metro y medio, dos botellas de ginebra vacías y un gnomo de jardín en la cama, además de una resaca monumental. A día de hoy seguía sin recordar nada de lo ocurrido aquella noche.

—¿Así que el padre no cree que el accidente de tráfico guarde relación con nuestro caso?

—No, pero conseguí un dato que quizá sí sea relevante —dijo Carl —. Todos los años, por el aniversario de la muerte de la hija, dejan un ramo de flores en su tumba. Viene de una floristería y no se sabe quién lo envía.

El móvil vibró y Rose se estremeció con solo ver la pantalla. ¡Dios mío, el médico! ¡La cosa era grave!

—¿No serán de un amigo o de un admirador secreto? —logró articular mientras sus pensamientos gravitaban ya en torno a testamentos, bajas por enfermedad y el tipo de alcohol con el que ahogar sus penas más tarde.

—Puede ser —concedió Carl—, pero ¿diez años seguidos? Quizá tuviera novio cuando murió, aunque, si los padres nunca llegaron a conocerlo, no debía de ser una relación muy seria. No sabemos si las flores son suyas, pero aun así me resulta interesante.

—¿Por qué?

—Si Mira mantenía una relación seria cuando murió, ¿por qué el novio no fue al entierro? ¿Y no crees que, a estas alturas, ya se habría casado con otra? Tengo la sensación de que lo que estas flores simbolizan no es duelo ni dolor.

—¡No me digas! —Rose volvió a mirar de soslayo el móvil, que había dejado de vibrar—. ¿Y entonces qué es?

—Culpa.

—¿Culpa?

—Sí, el remitente siente algún tipo de culpa por la muerte de Mira. —Carl se levantó y se encogió de hombros—. En fin, no es más que una corazonada; el caso lo lleváis vosotros. —Se detuvo a medio camino de la puerta y la observó con atención—. ¿Cómo te encuentras? Te veo un poco pálida.

—Bien. No para tirar cohetes, pero bien —respondió.

—¿Has ido ya al médico? Esta gripe estomacal se está alargando demasiado —dijo Carl mientras se ponía la cazadora de cuero.

—Pues… ya que lo preguntas, sí, fui al médico y me examinaron de pies a cabeza —contestó sonriente. La gente mentía, de media, un par de veces al día, así que ella ya había agotado su cupo, pero aquello era una emergencia, porque el móvil volvió a vibrar y la pantalla se iluminó con el número del médico. Cuanto antes lograra deshacerse de Carl, mejor.

—¿Molesto? —preguntó entonces una voz a su espalda.

Konrad Horsten asomó la cabeza por el despacho. Iba vestido con chaqueta, camisa y pajarita y, al lado de Carl y su cazadora de cuero desgastada, parecía un niño de catequesis que se hubiera equivocado de puerta, lo cual, a ojos de Rose, no se alejaba demasiado de la realidad.

—¿No me digas que te han dado una tarjeta de acceso para entrar y salir a tu antojo, sin pasar por el portero? —Su sarcasmo era intencionado.

—La recepcionista te llamó varias veces, pero la línea estaba ocupada, así que uno de tus compañeros tuvo el detalle de acompañarme hasta aquí… ¿Llego en mal momento?

—Pasa, pasa —dijo Rose, claramente de mal humor—. Total, aquí todo dios entra sin avisar; parece que hoy tampoco voy a hacer un carajo.

Konrad entró en el despacho. Llevaba un trozo de papel en la mano.

—No sé si esto será importante, pero después de la charla del otro día, uno no puede dejar de darle vueltas a las cosas, ¿verdad? —comentó, mirando a Carl.

—Qué va, a mí solo me pasa en los días realmente buenos —rezongó Carl.

—Creo que dije que en casa de mis padres no faltaba nada después de que los… después de ese día, quiero decir. Pero entonces me acordé de una cosa.

—Ya, ¿y qué fue? —Rose estaba a punto de perder la paciencia.

—Hace poco, cuando me nombraron director del coro de Laurenti, registré la casa entera en busca de algo que para mi padre tenía un valor especial: su batuta de director. Pero no la encontré. Desde que tengo uso de razón estuvo siempre en la misma estantería del salón, pero ahora tanto la batuta como su estuche han desaparecido.

—A ver si lo entiendo… ¿Estás hablando de un palo de madera? —Rose tuvo que morderse la lengua para no añadir «¿y a quién narices le importa?».

—No, no es un palo. Es una batuta de director, y además bastante fuera de lo común.

—No sabía que los directores de coro usaran batutas. ¿No dirigen con las manos? —Carl acababa de volver a la realidad.

—Exacto. Normalmente sí, pero en ocasiones especiales, cuando al coro lo acompaña una orquesta, se usa batuta. Mi padre apenas la usaba, pero yo toqué algún tiempo en una orquesta sinfónica, y, ahora que dirijo el coro de Laurenti, tenemos previstas colaboraciones importantes con varios *ensembles*.

—Ajá —asintió Carl—. ¿Y qué tenía de particular esa batuta?

—Es de arce, hecha a mano en Italia. Mi padre la guardaba en un estuche forrado de terciopelo verde oscuro y lleva nuestro apellido grabado, tanto en el estuche como en la empuñadura.

—Si tan importante era, ¿no puede ser que tu padre llevara el estuche cuando murió y que se extraviara por el camino? —preguntó Rose.

—Tal vez. Pero dudo mucho que pudiera hacer las maletas antes de que lo obligaran a… —A Konrad le hizo falta un instante para recomponerse—. En cualquier caso, el estuche no estaba entre las pertenencias que me entregó el funerario, y si hubiera quedado por la zona de la grúa, la policía lo habría encontrado. —Dejó el papel delante de Rose—. Encontré esta casi igual en Internet.

Rose observó la imagen de lo que, a sus ojos, no era más que una aguja gruesa de calcetar dentro de un joyero.

—Vaya… ¿Y estos chirimbolos valen un pastón?

Konrad se encogió de hombros.

—No es fácil ponerle precio; como mucho, un par de miles de coronas. De todas formas, con el apellido grabado, no se puede vender.

—¿Y nadie más pudo llevárselo? —Carl siguió indagando.

Konrad parecía estar a punto de llorar.

—¿Quién querría algo tan personal? No tiene valor para nadie, excepto para mí.

—Si tu padre se llevó el estuche, cabe la posibilidad de que estuviera en Asserbo, donde creemos que lo retuvieron antes de morir. En tal caso, se habrá quemado. —Carl le puso una mano en la espalda a Konrad—. Pero me alegro de que hayas venido; Rose lo investigará.

Rose lanzó a Carl una mirada de agradecimiento cuando este se despidió con una inclinación de cabeza y se llevó con él a Konrad.

Cuando estuvo segura de que habían desaparecido por las escaleras, sacó el móvil y se quedó mirándolo unos segundos. Entonces sonó. Era el médico, por tercera vez. Respiró hondo y, mientras él se presentaba, se despidió mentalmente de la vida.

—Buenos días, Rose —saludó el médico con un ligero deje de sorna. Ella habría esperado un mínimo de solemnidad en un momento tan funesto como aquel—. Vayamos al grano. Tu analítica confirma que estás embarazada. Muy embarazada. Diría que tan avanzada que ya te has perdido la ecografía de pliegue nucal. A tu edad es un poco problemático, pero todo va a salir bien, ¿de acuerdo?

Rose dejó de respirar.

—¿Qué es lo que ha dicho? —logró articular.

—Que enhorabuena, Rose. Estás embarazada.

Rose se fijó en una polilla que revoloteaba en el techo, entre las tuberías de la calefacción. Había que quitar el polvo por allí arriba, pensó.

—Y… ¿cuánto dura eso, más o menos?

Entró otra llamada, y apartó un momento el móvil de la oreja para ver quién demonios la interrumpía en un momento tan oportuno. Ahora que sabía que no se estaba muriendo, solo quería deshacerse del médico y su perorata sobre matronas, cursos de preparación al parto, ácido fólico, analíticas y listas interminables de prohibiciones, entre ellas el alcohol, justo lo que más falta le hacía en ese momento.

Entonces leyó el nombre en la pantalla: Gordon Taylor.

46

ASSAD

—Nunca conseguiremos bajarla de aquí. No sé ni cómo vamos a meterla en la bolsa funeraria y subirla a la camilla. —El sanitario se cruzó de brazos y contempló con ojos resignados el desafío que se le presentaba ese día.

En el pasillo del apartamento, una mujer yacía en el suelo en una postura poco natural; todo indicaba que estaba muerta. La toalla que apenas la cubría dejaba ver que era de complexión corpulenta.

—¡Cuánto echo de menos a Flemming! —replicó su compañero, un tipo mayor y musculoso, con el pelo rapado bajo la redecilla y un tono de piel que delataba cierta afición a los autobronceadores.

—¿A Flemming?

—Sí. Flemming trabaja más los músculos que la lengua, no como otros. ¡Claro que la vamos a bajar! —El sanitario más veterano alzó la vista hacia Assad—. ¡Eh, amigo, tú pareces fuerte! ¿Nos echas una mano para bajar a la señora y acabar ya de una vez? No es más que una planta.

—Lo intento —asintió Assad, barriendo el piso con la mirada.

En realidad, no sabía muy bien a qué había venido. Después de hablar con Max Pil Clausen el día anterior, Helena y él planeaban visitar al resto de pacientes descontentos de Charis. Iban en el coche a visitar a la mujer con el retoque de nariz mal hecho cuando

los llamó la forense Anne Hanson pidiéndoles que acudieran a Lyngby de inmediato. Así que allí estaba, enfundado en un mono blanco, con la redecilla y la mascarilla puestas.

El piso, en la primera planta de un edificio de ladrillo rojo de los años ochenta, era pequeño: salón, dormitorio, cocina-comedor, baño y un pasillo de tres o cuatro metros cuadrados donde yacía el cadáver de la mujer. De Anne Hanson, en cambio, no había ni rastro.

—Oye, ¿a ti se te ha ido la olla o qué…? Es policía, no puede ayudarnos a cargar el cuerpo. ¿Crees que lo cubrirá el seguro si se lesiona una rodilla o se rompe un hombro? Mejor llamo a Jamal y a Kalle. —El sanitario joven resopló y se dirigió a la escalera con el móvil pegado a la oreja.

—¿Dónde se ha metido Hanson? —Assad asomó la cabeza al baño. Un perito forense con un traje de protección biológica igual al suyo examinaba con lupa cada bastoncillo de algodón, cada frasco y cada pinza del armario del espejo.

—¡Ostras, Assad! Con esas pintas no te había reconocido. ¿Qué haces tú por estos lares? ¿No lleva el caso la policía de Selandia del Norte?

—Así es, pero Anne Hanson me pidió que me pasara por aquí. ¿La has visto?

—Me parece que está en el parque infantil.

La encontraron unos minutos después, sentada en un columpio, al sur del edificio. Tenía cincuenta y seis años y era menuda; apenas medía metro sesenta. Sin la redecilla y el termo inmenso que la acompañaba a todas partes desde unas prácticas en ee. uu., habría pasado por una colegiala. El termo tenía una muesca en el medio que, según Hanson, era el recuerdo de un tiroteo en la sala de

urgencias del centro de Filadelfia, donde había vivido una temporada en los años noventa. Ese termo le había salvado literalmente la vida al detener una bala que iba directa hacia ella.

—¡Vaya, el Departamento Q! —Levantó un bocadillo de pan de centeno medio envuelto en papel de aluminio—. ¿Os importa que coma mientras hablamos? En un momento tengo que ir a un hallazgo de cadáver en Amager; lo típico de las vacaciones: la gente se muere hasta de aburrimiento.

—Anne, no entiendo por qué nos has hecho venir hasta aquí —dijo Assad—. Me dejaron subir al piso, pero no creo que al director de la policía de Selandia del Norte le haga mucha gracia saber que nos entrometemos en la investigación.

—¿Ya habéis subido a ver el cadáver? —Hanson miró a Assad y luego a Helena.

—Solo Assad. —En el arenero, Helena daba pequeñas patadas con la punta de la bota a una pala roja de plástico. Parecía irritada por la pérdida de tiempo que suponía aquel desvío a Lyngby. Aún tenían pendientes cuatro entrevistas, y los antiguos clientes de Charis estaban repartidos por toda Selandia. A Assad casi le había dado un patatús cuando Helena le mostró su apretado itinerario para ese día.

La midió con la mirada. También él quería llegar al fondo del caso Horsten, pero no entendía la impaciencia de su compañera. La prisa nunca traía nada bueno. En sus quince años al lado de Carl se había enfrentado a muchas dificultades, pero las prisas y el estrés jamás habían sido un problema, gracias a Alá.

—La difunta se llamaba Linette Thykier, tenía cincuenta y dos años y trabajaba en la droguería Matas de Sydhavnen desde 2011. Se casó con Per en el año 2000; a él lo están interrogando en estos

momentos. No era mucho más alta que yo, o sea, un retaquito, pero calculo que pesaba el doble, unos 110 kilos, lo que, según el imc, la sitúa en la categoría de obesidad de grado III, o sea, obesidad mórbida. —Hanson dio un sorbo al termo que, además de la muesca, mostraba la imagen de una calavera y la inscripción «Killadelphia».

—Que yo sepa, en el Departamento Q no investigamos casos de muertes naturales —dijo Helena, arisca.

Anne Hanson esbozó una tenue sonrisa.

—Con sobrepeso o sin él, en la muerte de esta mujer no hay nada de natural. Según su marido, fue a ducharse después del café de la mañana y, al parecer, se inyectó una dosis de medicamento para adelgazar; aún llevaba la pluma en la mano cuando salió del cuarto de baño. Estuvo un par de segundos jadeando en el pasillo y luego se desplomó.

—¿Murió en el acto? —Assad sacó una libreta del bolsillo interior.

—No sé si en el acto, pero sí bastante rápido. El marido intentó reanimarla, sin éxito. —Se llevó el último trozo de pan a la boca y se sacudió las migas de los pantalones—. Según él, en el último año Linette había consultado a varios médicos. La examinaron a fondo y, al margen del sobrepeso, en líneas generales gozaba de buena salud. Mi primera impresión es que, o se inyectó una dosis excesiva, o le dieron el medicamento que no era. Es posible que la pluma o la aguja estuvieran contaminadas. Es más, me atrevería a decir que… —Anne Hanson hizo una pausa calculada— a esta mujer la envenenaron.

—¿Envenenarla? ¿Con un medicamento para adelgazar? —Helena salió del arenero.

—Lo dudo. En breve, el químico forense os podrá confirmar la sustancia exacta —respiró hondo, como si fuera a presentar una teoría arriesgada—, pero yo apuesto por el fentanilo que, por desgracia, ya se empieza a ver por aquí, en el mercado negro. Es cien veces más potente que la morfina y, en la dosis correcta, se usa como analgésico, pero, tomado en exceso, paraliza todo el sistema nervioso central y, con él, la respiración. —Hizo con la mano un movimiento circular sobre los pulmones—. En Estados Unidos lo llaman «la droga zombi» porque los adictos vagan como zombis por las calles. Es peligrosísima. Hace cinco o seis semanas tuvimos un caso de sobredosis en Frederiksberg, otra historia de este tipo: un chico joven, en buena forma, que sufría unos dolores de espalda tremendos tras un accidente de esquí. Había conseguido fentanilo en la Estación Central.

—¿Una sobredosis accidental? —Helena miró a la forense con el ceño fruncido.

—O intencionada —intervino Assad.

—¿Entonces ha sido un *suicide*?

Anne Hanson se encogió de hombros.

—Imposible no es, pero, sinceramente, no le veo la lógica. ¿Por qué iba a gastarse miles de coronas en un medicamento para perder peso o usar una pluma de inyección y una aguja de este tipo, cuando le habría bastado con una jeringuilla normal?

—¿Se ponía inyecciones en vez de dejar de comer? —Assad se sintió mal solo de pensarlo.

—No, tomaba un medicamento para adelgazar. Semaglutida. Es un reductor del apetito. —Hanson miró a Assad y luego a Helena—. Por

eso os llamé. El fármaco lo recetó un tal Kaare Berg, director médico de Charis. ¿No es la clínica privada que estáis investigando?

Assad intercambió una mirada con Helena que hizo que Anne Hanson bajara la voz.

—Tranquilos, me lo contó Rose. Me llamó la semana pasada para pedirme una segunda opinión sobre un caso antiguo. El de Ole Horsten, el presidente del Consejo de Administración de Charis.

—¿La difunta era paciente de Charis? —A Assad le había llevado unos minutos reconocer el nombre, pero de pronto todo encajó.

—En cualquier caso, fue el propietario en persona quien le recetó el medicamento, y Charis quien lo dispensó. La clínica, por decirlo de forma diplomática, va a tener que dar una explicación más que creíble si mi teoría del envenenamiento es cierta. Los pacientes saldrán por patas, y doy por descontado que las autoridades acabarán cerrando el centro. Además, como médica que sí tiene su almacén de medicamentos bajo control, solo me queda esperar que a estos chapuceros los aparten del ejercicio profesional. —Hanson miró el reloj y señaló hacia el bloque de viviendas—. Venid conmigo; el marido está aquí al lado, en uno de los coches del operativo.

Hanson, Assad y Helena rodearon el edificio y llegaron al aparcamiento justo en el momento en el que cuatro sanitarios sacaban a la difunta en la camilla. El más joven, que era el que más sudaba, soltó un «¡joder, menuda paliza!» que silenció casi por completo el chasquido de las cámaras con teleobjetivos del puñado de fotógrafos congregado al otro lado del cordón policial.

—¿Puedo verla? —Assad señaló la bolsa funeraria.

Hanson se encogió de hombros.

—¿Nos cubrís un momento?

Los sanitarios alzaron una sábana a cada lado de la camilla para que Hanson pudiera abrir la cremallera de la bolsa unos veinte o treinta centímetros, lo suficiente para dejar al descubierto el rostro de la difunta. Assad se inclinó sobre ella. La piel, pálida, mostraba ya un tono azulado, pero, a pesar de su edad, apenas tenía arrugas. El doble mentón se había deslizado hacia un lado del cuello, de modo que la delicadeza de sus rasgos se apreciaba con claridad.

—Es esa señora —dijo Assad a Helena.

—¿Qué señora?

—La que estaba en la consulta de Kaare Berg el martes, mientras esperábamos para interrogarlo.

Helena se acercó y, de puntillas, se inclinó sobre el cadáver.

—*Quel dommage*. —Sacudió la cabeza mientras los sanitarios volvían a cerrar la bolsa.

—Sí, ya ves —asintió Hanson—. Esta mujer se descuidó a sí misma durante demasiado tiempo. Tenía los armarios llenos de productos dietéticos y libros para adelgazar. Seguro que se pasó la vida luchando contra el sobrepeso y odiándose a sí misma, y justo ahora que encuentra algo que de verdad funciona, la mata.

La forense hizo un gesto discreto con la cabeza en dirección a un coche patrulla a seis o siete metros de allí. Tenía la puerta abierta, y en el asiento trasero había un hombre de cabello ralo con la cabeza hundida entre las manos, en lo que representaba la viva estampa del dolor y la derrota.

—Al parecer, el marido no sabía nada del tratamiento hasta que la encontró en el suelo, con la pluma de inyección aún en la mano —explicó Hanson.

Assad observó al hombre unos segundos. Sus alaridos le recordaban a las plañideras que lloraban en los entierros de su país natal. En algunas culturas de Oriente Medio se creía que un llanto fuerte ayudaba a sobrellevar el duelo, pero allí en Lyngby no parecía servir de nada.

—¿Qué voy a hacer sin ella? —se lamentaba una y otra vez.

—¿Podría haber sido él quien manipuló la inyección? —sugirió Assad—. Casi siempre es el marido, ¿no?

Antes de que Hanson pudiera responder, los interrumpió la vibración de un móvil. Helena se excusó, se colocó un auricular en el oído y se alejó unos pasos.

—Ya veremos si los peritos encuentran las huellas dactilares del hombre en el embalaje, pero parece que de verdad está en *shock*, así que yo me inclino por un error de Charis. Si no me equivoco, estaríamos ante dos muertes en cuatro años vinculadas a esta clínica. Dos muertes innecesarias. —Con un gesto, la forense se despidió de Assad y Helena—. Os llamaré en cuanto los químicos forenses confirmen o desmientan mi teoría.

—Era Rose —anunció Helena una vez que Anne Hanson se hubo marchado—. La he puesto al corriente sobre Linette, pero tenía prisa por contarme que mi predecesor, Gordon, ¿verdad?, había llamado desde Jutlandia.

Assad esbozó una amplia sonrisa. «¡Gordon! Siempre es un placer trabajar con él», pero dejó de sonreír al ver la expresión de Helena.

—¿Y a qué debemos la llamada?

—La semana pasada tuvieron un caso de un barco que saltó por los aires nada más zarpar del puerto de Hirtshals. Murieron los cuatro tripulantes. Según Rose, salió en las noticias. Al principio

pensaron que se debía a un fallo mecánico, pero los investigadores acaban de recibir el informe forense y se ha confirmado que también se usó explosivo C-4.

—¿El mismo que en Asserbo? —De repente Assad sintió un dolor punzante en las sienes y la espalda, y notó en Helena la misma inquietud. Señaló el coche. Tenían que interrogar cuanto antes a los demás pacientes descontentos de Charis.

—Entonces, ¿mañana por la mañana vamos a ver a Gordon?

Helena negó con la cabeza.

—No. Rose dice que va ella, y quiere que yo la acompañe. Solo yo.

47

JAKOB

—Me juego lo que quieras a que este tipo está detenido y en prisión preventiva antes de que acabe el fin de semana.

—¿Cómo? ¿Qué? —Jakob se volvió hacia el fotógrafo que estaba junto a él. El hombre, que llevaba un chaleco acolchado sobre un atuendo que parecía de cazador, era un *freelance* autodidacta, de esos que salen corriendo detrás de las ambulancias cuando hay una emergencia.

—El marido. —El fotógrafo señaló su cámara, equipada con un teleobjetivo tan potente que incluso tenía su propio trípode—. Está ahí delante, llorando y pegando alaridos como si estuviera loco de remate. ¿Nos apostamos algo a que ha sido él? La gente que de verdad está en *shock* se queda petrificada. —El fotógrafo resopló—. Quieras o no, después de veinte años en el gremio, uno sabe cómo van estas cosas.

—Ajá. —Jakob miró hacia los coches patrulla estacionados frente al complejo de ladrillo rojo, pero a simple vista era imposible ver nada; los agentes habían mantenido a la prensa a distancia y a él ni siquiera se le había pasado por la cabeza que la gorda de la sala de espera pudiera tener familia. Marido. Puede que incluso hijos o mascotas.

No era una persona nada agradable, a juzgar por cómo lo había tratado en la clínica Charis, así que Jakob no tuvo ningún reparo en usarla como instrumento. Sus jeringas y agujas estaban marcadas con claridad, con su nombre, número de identificación personal y dirección, en el almacén de medicamentos; literalmente, le habían servido el arma en bandeja. En una de plástico azul claro, para ser exactos. Pero en realidad podía haber elegido a cualquiera porque, al fin y al cabo, lo único que importaba era que a Berg lo responsabilizaran de esa muerte y que su obra de toda una vida se fuera al traste. No le convenía en absoluto que ahora las sospechas se desviaran hacia el esposo.

Miró con disimulo al fotógrafo, que había vuelto a poner el ojo en la cámara y masticaba de forma rítmica su chicle de nicotina. «El último paparazi de Dinamarca», se leía en mayúsculas en la funda de su objetivo, como si fuera algo de lo que estar orgulloso. Seguro que trabajaba para la redacción de *Gossip* o de otra de esas revistas carroñeras que competían por ver quién tenía la tirada más alta y la ética más baja.

—¡Venga, va, apostemos! —propuso entonces Jakob.

El fotógrafo giró la cabeza y lo miró con aire retador.

—¿De verdad?

—Claro. Sé a ciencia cierta que el esposo no tiene nada que ver.

El fotógrafo entrecerró los ojos.

—¿Y tú cómo lo sabes?

Jakob se tomó su tiempo antes de responder.

—Me han dado un soplo.

El paparazi dio un paso hacia él.

—A ver, cuéntame.

Jakob soltó un bufido.

—No puedo contártelo, y menos aún cuando la fuente es tan fiable. —Se pasó dos dedos por los labios, como si cerrara una cremallera.

Esta vez el hombre se acercó tanto que Jakob pudo olerle el aliento a chicle.

—¿Sabes qué te digo? ¡A la porra con la apuesta! Te doy dos mil coronas aquí mismo si me lo cuentas. Al fin y al cabo, no somos rivales, ¿no? Tú escribes el artículo, yo saco fotos exclusivas del sospechoso y las vendo a tu periódico. ¡Venga, joder, así ganamos todos!

Mientras fingía pensárselo, Jakob miró de reojo a ambos lados para asegurarse de que nadie los escuchaba.

—Cinco mil y hay trato.

El fotógrafo lo miró atónito antes de asentir a regañadientes.

—Más te vale que la historia sea buena de cojones.

—Está bien —dijo Jakob en voz baja—. Me he enterado de que la difunta era paciente de la Clínica Privada Charis. Ya sabes, esa de Blovstrød con la que tanto revuelo se armó hace unos años: operaciones fallidas, pacientes cabreados, una mujer que murió tras una liposucción…

El fotógrafo asintió. Su cara delataba que quería a toda costa una buena exclusiva.

—Y eso no es todo. Resulta que era paciente *nada menos* que de Kaare Berg, el propietario. —La voz de Jakob se redujo a un susurro —. Según mi fuente, el doctor Berg cometió una negligencia con la medicación. —Se apartó del paparazi, dando a entender que aquello era todo lo que le iba a contar.

—¿Y de dónde sacas tú eso? La forense acaba de marcharse. —Los ojos del fotógrafo se iluminaron.

Con un chasquido seco, Jakob volvió a cerrar la cremallera imaginaria de sus labios.

—No voy a decir nada más. ¿Me dejas…? —Y, sin esperar respuesta, se inclinó sobre los brazos del fotógrafo y puso el ojo en el visor de la cámara. Tuvo que parpadear un par de veces antes de que la escena frente a la entrada del edificio donde había vivido Linette Thykier se mostrara con nitidez.

Se levantó de golpe. Un hombre corpulento, vestido de civil, de piel aceitunada y rizos negro-grisáceos, hablaba con una mujer de cabello castaño caoba. Ella le daba la espalda, pero no había duda de quién era el hombre: lo había visto en Charis, y el hombre lo había visto a él. Sacó del bolsillo una tarjeta de visita y se la entregó al fotógrafo.

—Cinco mil coronas por MobilePay. Que sea antes del sábado.

El fotógrafo asintió.

—¿Y estás seguro de que todo esto es cierto? Porque si es verdad, Berg y su clínica están acabados. Ese hombre jamás volverá a ejercer como médico.

—Tan cierto como que mañana saldrá el sol —afirmó Jakob—, créeme.

48

ROSE

Viernes, 20 de octubre de 2023

Lo vio mucho antes de que él reparara en ellas. Resultaba imposible equivocarse: aquella inconfundible figura larguirucha plantada en el área de servicio de las afueras de Hirtshals era, sin duda alguna, la de Gordon Taylor. Iba vestido con botines safari, pantalones de sarga grises y un cortavientos amarillo que no le hacía ningún favor a su tono de piel. Sostenía en la mano una taza de café; seguramente el séptimo chute de cafeína del día.

Rose pasó junto a él y buscó la plaza de aparcamiento más apartada de la gasolinera, mientras trataba de comprender aquel extraño sentimiento que la invadía. No recordaba haber sentido nunca esa mezcla de vergüenza e incomodidad.

No se habían vuelto a ver desde aquella fatídica mañana. Apenas unos días después de que acabaran borrachos perdidos en su cama, Gordon se había mudado al otro extremo del país, llevándose consigo su obsesión de tantos años por ella. Aunque le dolió perderlo, se quitó también un gran peso de encima; pero ahora que aquel fideo pálido con pinta de colegial estaba a solo unos metros de ella, Rose experimentó algo insólito más allá de la incomodidad: no tenía la menor idea de qué decirle.

Desde la llamada del médico, no podía quitarse de la cabeza esas dos palabras: «Estás embarazada». Palabras que deberían llenarla de alegría, pero que, en realidad, no le decían nada. Claro que llevaba semanas sin tener la regla, y últimamente se notaba la barriga más abultada, pero lo había achacado al estrés y al malhumor provocado por el trato despótico que la dirección dispensaba al Departamento Q. Aunque, pensándolo bien, recordaba haber llorado una noche delante de la tele al descubrir que se le habían acabado las rocas de cacahuete. Por supuesto que era un alivio saber que todo se debía a un desequilibrio hormonal y no a una depresión, pero ¿ahora qué?

La noche anterior había estado consultando páginas web sobre el ciclo menstrual, en un intento de poner fecha al inicio de la catástrofe, y calculó que estaba embarazada de unos cuatro meses. Después buscó información sobre el aborto y la adopción, e incluso imprimió un artículo finlandés muy útil en el que se afirmaba que los bebés de pocos meses podían dormir sin problema en una caja de cartón acolchada; una solución de lo más práctica, sobre todo si trabajabas en la policía y tenías que seguir dando el callo.

De pronto se echó a llorar como una magdalena. Irritada consigo misma, se pasó la manga de la chaqueta por la cara. Por lo visto, ni siquiera podía pensar en un bebé dentro de una caja de cartón sin que se le saltaran las lágrimas.

«Contrólate, Rose», murmuró para sí misma mientras intentaba despertar a Helena de un codazo. La francesa se incorporó de golpe y, de un manotazo certero, apartó el brazo de Rose antes de sujetarlo con la otra mano. Se miraron a los ojos. Los de Helena

brillaban salvajes hasta que recobró por completo la conciencia y reconoció a Rose.

—Relájate —dijo Rose, liberándose de la férrea mano de Helena—. ¿Eres *ninja* por las noches o qué?

—*Pardon.* —Helena, aún confusa, echó un vistazo a su alrededor y luego se miró las manos—. Creía que estaba en otra parte.

Rose soltó un gruñido. No le parecía que su compañera se mereciera un simple «no pasa nada», así que se apartó sin decir palabra y se frotó la muñeca, que le dolía más de lo que esperaba. La velocidad, precisión y fuerza con la que Helena le había atrapado el brazo no podían ser fruto de la casualidad ni de la suerte. Sumó otro elemento a la larga lista de cosas que le llamaban la atención de Helena: «¿Entrenamiento en artes marciales?».

El viaje en coche desde la capital hasta el norte de Jutlandia había durado más de cinco horas, pero el tiempo que pasó a solas con Helena no dio los frutos que Rose esperaba. Nada más salir de Copenhague, la había acribillado a preguntas con una insistencia que rozaba la obsesión. Aunque tuvo el cuidado de camuflarlas bajo un interés profesional y educado, de compañera de trabajo, e incluso se hizo pasar por una chica más, charlando sobre detalles intrascendentes de su propia vida para incitar a Helena a hacer lo mismo, fue imposible sacarle información. La francesa se limitó a responder con una sucesión de *«¿comment?», «¿qui?»* y «no lo sé» mientras las espesas cejas se movían arriba y abajo como dos orugas sobre un balancín.

Tal vez el danés de Helena fuera peor de lo que había dado a entender, pero Rose sospechaba que se escudaba en malentendidos lingüísticos para evitar hablar de sí misma. En lugar de abrirse, había

hablado de su ronda de visitas a los antiguos pacientes de Charis en compañía de Assad. A primera vista, ninguno parecía tener los medios, la voluntad ni la capacidad de haber asesinado a Ole Horsten cuatro años atrás. No habían siquiera pasado Slagelse y Helena roncaba ya en el asiento del copiloto, completamente rendida.

Rose apuró el último trago de agua de su botella antes de girarse hacia Gordon, que les sonrió y las saludó como un chaval de doce años en un concierto de Taylor Swift. Tuvo que reconocer que tenía mejor aspecto que nunca; incluso se apreciaba algo de color en esas mejillas normalmente más blancas que la leche. Sería el mar del Norte… o quizá su nuevo ligue.

En la fiesta de despedida celebrada en Teglholm el verano anterior, Assad había logrado que Gordon les contara algo más sobre aquella belleza del norte de Jutlandia que había conocido en una aplicación de citas. La chica, que tenía treinta y dos años y un nombre nada jutlandés —Jennifer—, era propietaria de un salón de peluquería y uñas en Hjørring. Al parecer, habían compartido una croqueta de pescado y… ¡el resto era historia!

Rose había dado por sentado que la mujer era delgada, rubia teñida y con unos pechos que con dificultad podrían ser obra de la madre naturaleza, pero hacía poco Assad había conseguido una foto de la media naranja de Gordon y se había desplomado sobre su silla con la mandíbula desencajada. Según Assad, Jennifer no solo era deslumbrante, sino que tenía siete empleados y casa propia y, según Gordon, su sentido del humor era increíble, aunque no se podía decir que él fuera precisamente un experto en la materia.

«¡Déjame ver!», había exigido Rose, pero Assad se había deshecho del correo con rapidez. «Uf, no creo que sea buena idea, Rose».

—¡Qué alegría verte, Rose! —exclamó Gordon, abriendo los brazos.

Ella, esquiva, le dio un medio abrazo.

—Igualmente, Gordon, igualmente —respondió, pero lo apartó hacia un lado al oír a sus espaldas los pasos de Helena—. Te he traído a tu sustituta. Se llama Helena Henry, o eso creemos, y habla danés, aunque hasta hace poco vivía en Francia.

—*Enchanté* —saludó Gordon, tendiéndole la mano con galantería. Luego explicó que su francés no iba más allá de *«deux bières, s'il vous plaît»* y, por si eso no bastara, añadió un «hablas un danés excelente» después de que Helena se presentara.

Rose puso los ojos en blanco y miró al cielo plomizo de la costa oeste de Jutlandia. Aquel hombre solo pensaba en mujeres, y Helena parecía receptiva, porque se deshacía en sonrisas, y aún más cuando Gordon la invitó a un café de la tienda de la gasolinera.

Rose sintió el ácido del estómago que le subía por la garganta. Puede que le costara soportar a aquel hombre pálido y desgarbado, con su aluvión de cumplidos y galanteos torpes y fuera de lugar, pero seguía siendo *suyo*. Helena no tenía derecho a plantarse allí y acaparar toda la atención.

—Rose, mi equipo y yo hemos estado muy ocupados toda la semana con el caso de la explosión por el que me llamaste —dijo Gordon, después de ir a por cruasanes y café. Para satisfacción de Rose, Helena miraba la bollería de la gasolinera con el mismo entusiasmo con el que un chef Michelin contempla una lasaña

congelada—. Os lo resumo: el martes 10 de octubre, a las 11.35, el arrastrero *Maren II* zarpó del puerto de Hirtshals, como de costumbre. A bordo iban cuatro hombres de entre treinta y dos y cincuenta y nueve años, todos ellos miembros de la tripulación fija. Normalmente, el barco permanecía en el mar una semana, y el propietario solo estaba a bordo la mitad del tiempo.

—¿Están fuera toda una semana? —preguntó Helena.

—Así es. Un arrastrero como el *Maren II* navega por la fosa noruega para pescar bacalao, eglefino y carbonero, que luego se clasifican a mano y se limpian a bordo antes de regresar a puerto. El barco tenía dos tripulaciones que se iban turnando: salían dos veces al mar y tenían dos semanas libres.

—¿Vamos al grano? —Rose se había bebido de golpe su doble expreso, y ahora el corazón le martilleaba en el pecho.

—Está bien. El pesquero aún no había terminado de salir del puerto cuando explotó. Como sabéis, murió toda la tripulación. —Gordon hizo una breve pausa—. Conseguimos recuperar algunos restos humanos del agua, y también algunos fragmentos del pecio, pero, a decir verdad, no quedó gran cosa ni del barco ni de las personas.

—¡Qué tragedia! —Helena enrolló con disimulo el cruasán intacto en una servilleta.

—Las investigaciones técnicas han sido complicadas, porque no es fácil determinar con exactitud lo que le ha ocurrido a un barco que se va a pique —prosiguió Gordon—. Pero, como decía, se han encontrado restos de C-4, el mismo tipo de explosivo que estáis buscando vosotros, Rose. Por lo tanto, no cabe duda de que se trata de un sabotaje deliberado. Un arrastrero no lleva C-4 a bordo; desde

luego, no de forma legal, así que alguien tuvo que ponerlo allí y, además, he de decir que sabía lo que hacía, porque lo colocó bajo el motor, justo donde más daño le podía causar al casco. —Gordon se subió la cremallera de la chaqueta hasta la barbilla.

Rose reparó entonces en cómo el viento barría el aparcamiento del área de servicio con ráfagas heladas. El aire se sentía pegajoso y olía a sal, aunque se encontraban a un par de kilómetros del mar. A decir verdad, resultaba bastante reconfortante para alguien que, como ella, arrastraba ese malestar permanente en lo alto de la garganta.

—¿Tenéis idea de cuál podría haber sido el móvil? ¿Dinero, celos, venganza? —preguntó Helena.

—No hay duda de que el propietario, un pescador de la zona llamado Mads-Peter Vang, podría tener motivos económicos. A lo largo de su carrera ganó bastante dinero con la pesca, millones de coronas, según las cuentas. Pero en los últimos años la cosa había ido cuesta abajo. Las poblaciones de peces han descendido y las cuotas se han ido reduciendo. A eso hay que sumar los altos precios del combustible y los tipos de interés, que están asfixiando al sector —explicó Gordon—. La embarcación era casi nueva cuando saltó por los aires. Le costó más de 30 millones de coronas, de los cuales aún debe 27 al banco.

—¿30 millones por un pesquero? —Helena abrió los ojos como platos.

—No es uno de esos veleros azul claro que salen en los folletos turísticos. Un arrastrero moderno va equipado con electrónica de última generación. Además, llevaba a bordo un sistema de

procesamiento. Ya solo la maquinilla de arrastre y la hidráulica cuestan una fortuna —dijo Gordon.

—¿Creéis que se endeudó más de la cuenta? —preguntó Rose.

—Que Vang se arrepintiera de la compra es bastante plausible, sí. Encargó la embarcación a principios de 2020 y se la entregaron en 2022, pero no contó con la pandemia, la inflación ni la subida de los tipos de interés, así que, al final, el barco seguramente le haya salido mucho más caro de lo previsto. Lo hemos imputado por incendio provocado, pero, a decir verdad, no tenemos pruebas sólidas. De todas formas, ya está pagando las consecuencias, porque la aseguradora se niega a tramitar el siniestro mientras continúen las investigaciones contra él, así que todo apunta a que acabará en concurso de acreedores.

—¿Es el único sospechoso?

—Todas las demás teorías han resultado ser callejones sin salida. Mads-Peter es un hombre muy apreciado por aquí, y los demás pescadores solo tienen elogios para él, así que nos cuesta imaginar que fuera capaz de dejar morir a cuatro empleados solo para arreglar sus problemas económicos. Pero, aparte de Vang, ¿quién podría tener interés en que el barco se hundiera? Que nosotros sepamos, ninguno de los fallecidos estaba implicado en actividades delictivas.

—¿Y no hay ninguna ex ni nadie que lo tuviera entre ceja y ceja? —indagó Rose.

—En principio, no. Vang lleva quince años casado.

—¿Entre ceja y ceja? —Confusa, Helena miró a Rose y luego a Gordon, que ya tomaba aire, preparándose para dar una larga explicación semántica que, a buen seguro, era otro intento de flirteo.

—O sea, que es un tipo agradable que no tiene antecedentes —se apresuró a intervenir Rose—. Todo el mundo habla bien de él y no tenéis pruebas. Entonces, ¿qué es lo que os hace sospechar que pudiera haber provocado la explosión? ¿Solo el tema económico?

Gordon abrió la cremallera de la chaqueta y sacó un papel del bolsillo interior.

—Eso, y el pasado de Vang. El barco que explotó el martes era prácticamente nuevo y estaba, en parte, financiado con dinero del seguro —dijo, girando el papel para mostrarles la foto de un arrastrero blanco y azul—. Este es el *Maren I*, su primera embarcación. —Gordon sacó una segunda foto. Era el mismo barco, pero el puente de mando estaba ahora carbonizado y partido por la mitad, y una sección entera yacía torcida y deformada sobre el muelle, con enormes agujeros donde antes estaban los cristales de las ventanillas—. El *Maren I* se fue al carajo en 2020 tras, nada más y nada menos, un incendio causado por una explosión a bordo. —Gordon se inclinó hacia atrás, con una expresión en su cara de niño que lo decía todo.

Helena carraspeó.

—Estamos aquí porque Assad y yo casi *bombeamo*s por los aires en Asserbo la semana pasada.

—«Volamos» por los aires… Se dice «volamos» —puntualizó Rose con aspereza, intentando cruzar una mirada con Gordon, pero ni él ni Helena hicieron el menor caso a la corrección—. Sabemos que, tanto en nuestro caso como en el tuyo, se ha utilizado explosivo plástico del tipo C-4 —continuó—. He pedido a los peritos forenses que comprueben si, además, se trata de la misma marca y, con un poco de suerte, incluso del mismo lote.

—¿Y…? —Los ojos de Gordon se abrieron de par en par.

—Por desgracia, este tipo de investigación tarda varias semanas. Pero ¿sabes si nuestro amigo el pescador ha ido por Selandia últimamente?

Gordon sacudió la cabeza.

—Vang lo niega, y su mujer nos contó por teléfono que no ha ido al este del Gran Belt por su cuenta desde que iba al colegio.

49

ROSE

Mads-Peter Vang entreabrió la puerta con toda la pinta de llevar una semana sin dormir. Tenía los ojos hinchados y entrecerrados por la luz cegadora, un ligero rastro de caspa en la barba descuidada y una mancha reseca e indefinida —quizá de leche o yogur— sobre su camiseta interior de lana azul oscuro.

—Buenas, Mads-Peter, ¿podemos pasar? —preguntó Gordon con un deje jutlandés—. He traído a mis compañeros de Copenhague.

Rose lo miró de reojo. Así que ahora se le había pegado también aquel acento tan particular. Siempre había creído que el talento lingüístico de Gordon se limitaba a los tacos alemanes de las series policiacas de la zdf, pero en ese momento sonaba como alguien decidido a echar raíces en el norte de Jutlandia.

Tras unos largos segundos, el pescador abrió por fin la puerta.

—¿Acaso tengo otra opción? —dijo, y entró en la casa sin esperar respuesta.

La voz de Vang tenía un timbre profundo y melódico, como un contrabajo, y Rose reparó en que caminaba con dificultad, como si la vida le pesara demasiado sobre los hombros anchos y robustos.

En la cocina había una mujer inclinada sobre el fregadero, con el cabello recogido en un moño bajo y despeinado. Cuando se giró, Rose pudo ver que había estado llorando. Mucho. Tenía los ojos

enrojecidos y la piel alrededor de la nariz en carne viva. Mientras cada músculo del cuerpo de Vang parecía vibrar con una furia incontenible, ella se mostraba abatida, derrotada por la tristeza. Su mirada era vacía y apática, como si el menor pensamiento consciente fuera a desencadenar un nuevo ataque de llanto. Agarró un paño de cocina, se dio unos toquecitos en las mejillas y murmuró algo que nadie escuchó.

—Es Ane, mi esposa —dijo el pescador, y los guio hacia el salón, donde los ventanales panorámicos ofrecían unas vistas espectaculares del puerto—. Como podéis ver, el ambiente en casa podría ser mejor.

Con un gesto, los invitó a sentarse en los sofás. Rose y Gordon obedecieron, pero Helena se quedó junto a la puerta de la cocina. Parecía fascinada por el colorido *collage* de fotos escolares y recuerdos de vacaciones de los Vang, aunque Rose sospechaba que en realidad vigilaba a Ane. Su mirada saltaba discretamente de las instantáneas veraniegas de la pared a esa mujer hecha pedazos que retorcía el paño entre las manos. Lo más curioso era que la esposa del pescador parecía mirar en dirección opuesta, hacia Helena. Rose habría jurado que intentaba buscar el contacto visual con la francesa cada vez que su marido apartaba la vista.

—Qué casa más bonita —halagó Rose.

—Sí, mientras dure. —La amargura en la voz de Vang dinamitó el intento de Rose por suavizar el ambiente—. Vamos de cabeza a la quiebra; no podremos quedarnos aquí.

—Sabemos que no estáis pasando por un buen momento, Mads-Peter —empezó Gordon, pero Vang lo hizo callar con un gesto brusco de la mano.

—Tú y los tuyos no habéis hecho más que empeorar las cosas —no gritó, pero se le quebraba la voz—. Mis hijas están contentas de que yo no estuviera a bordo cuando ocurrió. Pero, para ser sincero, hay días en los que preferiría haberme hundido con el barco.

Ane, ahora en el umbral entre la cocina y el salón, se cubría el rostro con el paño. Vang no hizo el menor ademán de consolarla. En su lugar, señaló a Gordon con el índice. Rose reparó en el temblor de la mano y en las uñas mordidas hasta la raíz.

—Tú no eres de aquí, pero conviene que sepas que Hirtshals es un pueblo pequeño y todos nos conocemos. La gente señala a Ane y a las niñas por la calle; yo apenas puedo poner un pie fuera de casa. Joder…, ¡si hasta nos han pedido que no vayamos a los entierros! —Golpeó la mesa de café con el puño—. Habría preferido morir ahogado antes que cargar con esto. Que me acusen de hundir mi propio barco, de dejar que mi gente se fuera a pique con él… —Vang se frotó los ojos—. Y creo que *ya* he respondido a todas vuestras preguntas. ¿Tengo enemigos? ¡No! ¿Andaba alguno de mis hombres metido en asuntos turbios? ¡Que yo sepa, no! ¿Tengo experiencia con explosivos? ¡Ninguna en absoluto! ¿Le deseaba la muerte a alguien de la tripulación? ¡¡Estáis zumbados de la cabeza!! —Su mujer rompió a sollozar, desesperada, pero Vang ni siquiera se inmutó—. Ya os he contado todo lo que sé, y aun así venís a casa a acosarnos, incomodáis a mi mujer y saboteáis mi reclamación al seguro —le espetó a Gordon.

Rose tomó aire, dispuesta a ofrecerle uno de sus largos discursos sobre el minucioso trabajo de la policía, la necesidad de esclarecer el móvil, el respeto a la Ley de Enjuiciamiento Criminal y la importancia

de no perder la paciencia, pero Gordon le posó la mano en el brazo con discreción.

—¿No tendréis un café? —preguntó Gordon—. He hecho unos dulces.

Para sorpresa de Rose, sacó del bolsillo interior dos paquetes de trenzas de chocolate. Si a Vang no le apetecían, se las zamparía ella sin contemplaciones; tenía el azúcar por los suelos.

Vang alzó la vista hacia su esposa.

—Ane, ¿te importaría…?

La mujer dio un pequeño respingo.

—Claro, ahora mismo pongo el café —dijo con voz débil, y volvió a mirar a Helena—. Creo que también tengo panecillos en el congelador, si alguien…

—Sí, gracias. —A Rose le rugía el estómago.

—Yo te ayudo. —Helena la siguió hasta la cocina y cerró la puerta tras ellas.

Rose se quedó mirando la puerta cerrada con fastidio. Estaba claro que la mujer de la casa tenía algo que ocultar, algo que su marido no comprendía o no debía saber. Y, por lo visto, Helena lo había intuido bastante antes que ella.

Maldita sea.

50

TOMMY

La campanilla tintineó cuando Tommy entró en la tienda, y el hombre tras el mostrador alzó la vista.

—*Oi*! —soltó, con un inconfundible acento británico—. Aquí abajo no hacen falta gafas de sol.

No era de extrañar que lo examinara de arriba a abajo con desconfianza. Además de las gafas, Tommy llevaba una vieja chaqueta encerada que su suegro ya no se ponía, una gorra y una bufanda de cuadros que le tapaba la boca. Era exactamente lo que parecía: un hombre disfrazado.

Antes de cerrar la puerta de la tienda del sótano, echó un vistazo a la calle. A esas horas había menos gente de la esperada; muchos aprovechaban las vacaciones escolares de otoño para salir de la ciudad. Aun así, el riesgo de que lo reconocieran seguía siendo demasiado alto.

—He dicho que nada de gafas de sol.

El hombre se había puesto en pie. Vestía de forma juvenil, con unos pantalones cargo holgados y una camiseta con el nombre de un grupo de *heavy metal* en el pecho, pero la barba de días, salpicada de canas, delataba que era de la edad de Tommy o incluso algo mayor. Y bastante más corpulento.

—Solo quería echar un vistazo —dijo Tommy, recorriendo con la mirada el inventario de la tienda: ropa de camuflaje, linternas, vitrinas con hachas y cuchillos.

Tenía la vejiga a punto de estallar, y aquella chaqueta sofocante lo hacía sudar a chorros. El corazón le latía con fuerza, como después de una carrera, y la postura intimidante del armero no hacía más que empeorar la situación.

Durante día y medio había intentado fingir ante Catrine que todo iba bien. Sonreía por fuera, mientras por dentro lo consumía la angustia; elogió su nuevo guiso de lentejas y, una hora después, lo vomitó todo detrás del cobertizo del jardín. Le dio un beso de buenas noches y escuchó su respiración rítmica mientras él seguía despierto, con los ojos clavados en el móvil.

No sabía cómo abordar aquello. ¿Cómo se compraba un arma de fuego en Dinamarca? ¿Cómo podía un ciudadano honrado hacerse con un artilugio capaz de matar, o al menos de evitar que lo mataran?

—Pues no creo que veas ni torta con esas gafas —le espetó el hombre, señalándolo directamente a la cara.

En sus nudillos, Tommy distinguió un tatuaje desvaído con los números 1 y 8 en tipografía gótica, una alusión, según tenía entendido, a las iniciales de Adolf Hitler.

Se quitó las gafas de sol con un gesto vacilante. No había peligro de que el dueño de la armería, extranjero de nacimiento y neonazi convencido, fuera votante de su partido, los Nuevos Demócratas; lo más probable era que no reconociera a Tommy.

—Mucho mejor. —El hombre se plantó con los brazos en jarra—. ¿Buscas algo en concreto?

—Una pist… Un arma, quiero decir. —Tommy notó el temblor en la voz.

—¿Para ir de caza?

Lo miró, desconcertado.

—Eres cazador, *right*? —dijo el otro, señalando la chaqueta encerada—. La selección de rifles que tengo es muy limitada. Hunters House, en Frederiksberg, tiene mucha más variedad. Aquí nos especializamos en réplicas de *airsoft*.

—¿En qué?

El hombre señaló dos vitrinas con rifles negros que parecían de un tiroteo en una escuela de ee. uu.

—Pistolas de aire. Para *hardball*, *paintball*, *survival…* —el dueño de la tienda titubeó. Tenía los ojos azules como un océano polar y una mirada serena y, aunque le sacaba media cabeza a Tommy, este tuvo que reprimir el impulso absurdo de lanzarse a sus brazos y dejarse proteger por aquel desconocido corpulento, aparentemente mucho más habituado a la violencia que él.

—Necesito un arma de verdad —dijo Tommy, con el llanto vibrándole bajo las palabras—. Para protegerme. A mí y a mi familia.

—¿Tu familia? —El hombre no parpadeó.

—Mi mujer y mis hijos —mintió Tommy. Los siete años de tratamiento de fertilidad con Catrine no habían dado fruto. No es que ella hubiera renunciado por completo a la idea de tener hijos, pero, ahora que ambos estaban en la cuarentena, hacía falta un milagro.

—¿Os amenazan? —El dueño dio un paso adelante.

Tommy fijó la mirada en el tatuaje de los nudillos del armero.

—Son bandas —soltó, sin saber de dónde había salido la idea. Supuso que de la experiencia. En política, una de las estrategias que mejor le funcionaban era jugar con el principal miedo del adversario.

—¿Esa escoria árabe? —Algo se encendió en los ojos del armero.

—Sí, pura escoria —añadió Tommy, cruzando los dedos para que en la tienda no hubiera cámaras de vigilancia. Tres de sus compañeros del grupo parlamentario tenían raíces en Oriente Medio, y si alguien escuchara eso en voz alta, su carrera se habría acabado en un abrir y cerrar de ojos.

—Les pedí a un par de tipos de la banda que se fueran a hacer sus trapicheos de hachís lejos de la esquina de nuestra calle, y ahora… —alzó los brazos—, amenazas, vandalismo… El otro día siguieron a mi hija cuando volvía del colegio.

—*Fucking bastards!* —murmuró el dueño—. ¿Tienes permiso de armas?

Tommy sacudió la cabeza.

—¿Y licencia de caza? —El dueño alzó los brazos—. Sin permisos no puedo venderte nada, *my friend*.

—¿No hay ninguna otra opción? —Tommy tuvo que contenerse para no agarrarlo del jersey y dejarse caer de rodillas—. Ya sabes…, esos tipos son impredecibles. No tienen ningún respeto por la vida.

El hombre sacudió la cabeza.

—Cualquier arma de fuego se puede rastrear hasta mí. Hoy en día, incluso los rifles de aire tienen que registrarse en la policía. *Sorry, chap*, es demasiado arriesgado.

Sintió el sudor resbalándole por la espina dorsal, frío y ajeno, y comenzó a temblar. Abrió la boca dispuesto a decir algo comedido,

del tipo «vale, gracias de todos modos», que le permitiera salir de allí con un mínimo de dignidad, pero las palabras ya no le obedecían.

—Ayúdame —susurró—. *Please*. Ayúdame, por favor.

Sin mirarlo, el hombre apoyó la enorme mano tatuada sobre el hombro de Tommy, y este sintió que las lágrimas le resbalaban por las mejillas. Bajó la vista y se obligó a avanzar hacia la puerta. Tenía que ponerse las gafas de sol, tenía que encontrar la forma de volver a casa en tren, pero ¿cómo iba a…?

—¡Pst!

Se detuvo con la mano en el picaporte. El armero, medio oculto tras la cortina de la trastienda, le hacía gestos para que regresara.

—Escúchame —dijo, en voz tan baja que apenas se le oía—. Aquí los únicos que trafican con armas, aparte de la escoria árabe, son las bandas de moteros. Tienes que hablar con ellos. Hasta entonces, toma esto.

Echó un vistazo por los altos ventanales de la fachada de la tienda antes de encasquetarle en la mano un objeto largo y pesado de metal. Era grueso, con uno de los extremos en forma de porra, y estaba compuesto por tres secciones que se podían desenroscar, como un telescopio, para alargar la barra metálica.

—¿Un *totschläger*? —Tommy se secó la mejilla con el pañuelo—. Pero…

—Funciona, créeme. Cuatrocientos veinte gramos. Artesanía de la era nazi. Calidad germánica cien por cien. El dueño está en la cárcel por asesinato; le quedan ocho años como mínimo. Llévatelo y sal ahora mismo de aquí. Úsalo contra la escoria árabe si te hace falta, pero no apuntes jamás a la cabeza, a no ser que quieras *prison time*. ¿De acuerdo?

Tommy titubeó un segundo, pero acabó metiéndose el *totschläger* bajo la chaqueta y se dirigió hacia la puerta a paso rápido.

Antes de salir, lanzó una última mirada al armero. El hombre de cabeza rapada estaba de pie, con los talones juntos y el brazo derecho rígido, extendido hacia delante, en un saludo de despedida cómplice.

Tommy pensó que, una vez más, había caído más bajo de lo que jamás habría creído posible.

51

HELENA

Helena observaba cómo la mujer rubia echaba el café en el filtro y encendía el horno para calentar los panecillos con movimientos mecánicos y la mirada ausente.

—¿Corres? —Señaló hacia el recibidor, donde, bajo un anorak Nike ligero, sobresalían unas zapatillas de *running* con los talones desgastados por la parte interior.

—¿Qué? —Ane estaba ahora inclinada sobre el cajón del congelador, lleno a rebosar—. No… Bueno, supongo que sí. Sobre todo cuando Mads-Peter está embarcado. —Le temblaba la voz, como si estuviera a punto de echarse otra vez a llorar—. Perdona, no encuentro los dichosos panecillos.

—¿Largas distancias? ¿Maratones?

Ane negó con la cabeza.

—Eso más bien cuando era joven.

—¿Y entonces con qué matas el tiempo cuando tu marido está navegando?

La mujer se sobresaltó y, acto seguido, se desinfló como un globo pinchado y se desplomó de rodillas frente al congelador abierto.

Helena tiró discretamente de la puerta del salón para asegurarse de que estaba bien cerrada.

—Ya no está —murmuró Ane—. Nunca llegué a decirle que…

—¿Uno de los hombres del barco? —Helena se sentó a su lado y le acarició la espalda con suavidad.

Ane asintió y se secó la nariz con la manga.

—Anders —dijo, apenas en un hilo de voz.

—Anders ¿qué más?

—Anders Kro Madsen. El oficial de máquinas.

—¿Cuánto tiempo llevabais…?

—¿Qué importa ya? Estaba muy enamorada de él. —Agachó la cabeza—. ¡Era tan joven! Y ahora…

—¿Y tu marido no sabe nada?

Ane apretó los labios.

—No…, o sea…, eso es lo que no sé. —Giró la cabeza hacia Helena—. Casi no duermo; siento que me falta el aire cuando estoy en casa. No puedo dejar de pensar: «¿Y si Mads-Peter lo descubrió? ¿Y si fue él quien hizo estallar el barco?». No lo sé… —susurró—. Mads-Peter cree que lloro por las sospechas que pesan sobre él y sobre nosotros. Que estoy triste por haber perdido el *Maren II*, porque vamos a la quiebra y tendremos que vender la casa… —Negó con la cabeza—. Pero a mí todo eso me da completamente igual. Solo puedo pensar en Anders. —Se cubrió los ojos con las manos—. Y ni siquiera nos dejan ir al entierro.

—¿Ha dicho o hecho algo Mads-Peter que te lleve a pensar que está detrás de esto? —Helena intentó recuperar el contacto visual con Ane, que movía la cabeza en un gesto que podía significar tanto sí como no.

—Me estoy volviendo loca. No soporto acostarme a su lado. Por las noches me levanto y me encierro a llorar en el baño. Durante el día intento consolar a Mads-Peter y mantenernos unidos a los

cuatro, pero al momento siguiente me provoca repulsión. Si mató a Anders porque él y yo… —Se quedó en silencio.

—¿Le has contado algo de esto al comisario Taylor?

Sacudió la cabeza, abatida.

—Cuando pasó, no podía pensar con claridad. Pero ahora la policía dice que casi no hay duda de que fue sabotaje. Asesinato. Y no sé quién más podría querer matar a Anders y al resto de la tripulación de esa forma.

—¿Qué pasó exactamente el martes, antes de que el barco se hundiera?

Ane respiró hondo un par de veces y logró controlar la voz.

—Por la mañana fui al puerto a recoger a Mads-Peter; atracaron poco después de que amaneciera y todo fue como de costumbre. Estaba cansado y de mal humor, así que nos fuimos directos a casa. Desayunamos algo, luego él se fue arriba a dormir y yo me quedé aquí, fregando los platos, y entonces…

—¿Viste cómo pasó todo?

Ella asintió, con el rostro contraído por el dolor.

—Lo vi morir.

Helena le apretó la mano un instante. Ane parecía tan sola… Sola en su amor secreto por Anders, sola en el duelo.

—Pero dices que Mads-Peter estuvo aquí contigo toda la mañana, ¿no? ¿Lo viste llegar en el barco y luego estuviste con él hasta el momento de la explosión? Si es así, tendría que haber llevado el explosivo a bordo durante toda la semana en alta mar y haberlo colocado en la cámara de máquinas justo antes de desembarcar esa mañana. —Helena sopesó su propio razonamiento—. Y ha declarado que no tiene experiencia con explosivos.

Ane sacudió la cabeza.

—Mads-Peter se dedica a la pesca desde los dieciséis años. No sabe hacer otra cosa ni nunca ha querido hacer otra cosa. Se libró del servicio militar y jamás ha estado en el ejército. Ya se lo he contado a la policía. —Se mordió el labio inferior y bajó la voz—. Pero eso no quita que alguien pudiera echarle una mano…

Helena frunció el ceño.

—¿Te refieres a un asesino a sueldo?

Ane se levantó, abrió el cajón inferior del coqueto aparador de la cocina y sacó una funda plana de cuero de entre los manteles y servilletas. Dentro había un iPhone viejo.

—Me envió algo.

—¿Quién?

—¡Shhh! —Ane lanzó una mirada temerosa hacia la puerta, con el iPhone temblándole en las manos—. Anders… grabó un saludo para mí cuando embarcó esa mañana, una tontería…, pero en el vídeo hay algo raro.

—¿Me dejas verlo?

—Aquí no, por el amor de Dios —susurró, y volvió a mirar de reojo hacia la puerta del salón, con el miedo reflejado en sus ojos—. Mads-Peter no puede ver esto bajo ningún concepto. El vídeo lo destrozaría. Lo mataría. ¿Entiendes?

Helena asintió y extendió la mano.

—Te lo prometo. ¿Puedo llevarme el iPhone?

Ane apretó el teléfono contra el cuerpo y negó con la cabeza.

—Todos nuestros mensajes están aquí. Las fotos, las pequeñas poesías que me escribía… Es lo único que me queda de él. —Las

lágrimas brotaron de nuevo, pero se apresuró a secarlas cuando la voz de Mads-Peter se filtró de pronto a través de la puerta.

—¡Ostras, el café! —Ane se apresuró a encender la cafetera y a sacar tazas y platillos del armario—. ¿Puedo enviártelo?

—*Oui* —asintió Helena, sacando el móvil del bolsillo—. Hazme un AirDrop.

Ane trasteó un rato con el móvil hasta que Helena sintió vibrar su iPhone.

—Recibido, gracias —dijo en voz baja—. ¿Qué es lo que quieres que mire? ¿Dice algo que…?

Ane había empezado a vaciar un paquete de galletas en un bol y ya no la miraba.

—No se trata de Anders. Tienes que fijarte en el trasfondo.

52

ROSE

Las trenzas de chocolate que Gordon había dejado sobre la mesa no sirvieron para mejorar el ambiente. Sin la presencia de su esposa, Mads-Peter Vang parecía replegarse aún más en sí mismo, preso de su propia indignación. Cuando Gordon trató de preguntarle por su situación económica y por sus movimientos el día de la explosión, Vang lo despachó agitando en el aire una mano del tamaño de la zarpa de un oso.

—Pero ¿tú te das cuenta de lo ridículas que son tus preguntas? —acabó diciendo—. ¿Qué gano yo perdiendo el barco? ¿De qué voy a vivir sin él?

—Bueno, en su momento ya cobraste una jugosa indemnización del seguro por otro barco. El *Maren I* explotó en…

—¿Qué cojones insinúas? —saltó Vang—. Aquella explosión fue por una fuga en el motor; los vapores inflamaron el combustible y el barco ardió —cortó—. Además, todos sabemos que las compañías de seguros acaban cerrando el grifo cuando empiezas a salirles demasiado caro. ¿Te crees que soy tan avaricioso y que estoy tan desesperado como para correr el mismo riesgo tres años después? ¿Y, ya de paso, matar a cuatro empleados a los que apreciaba? —Miró a Gordon como si este fuera un idiota rematado—. ¡Eran amigos míos!

—Quizá la intención no fuera esa. Quizá el plan era que el arrastrero se hundiera mientras seguía atracado en el muelle. ¿Activaste el explosivo demasiado tarde? —preguntó Gordon.

Rose lo miró de soslayo. A Gordon le sentaba bien ese tono duro, pero empezó a inquietarla la posibilidad de que la conversación —y la disposición de Vang a seguir cooperando— se fuera al traste incluso antes de empezar.

—Quizá debería explicar por qué mi compañera y yo hemos venido hoy desde Copenhague —intervino—. En mi unidad, el Departamento Q, nos ocupamos de casos antiguos sin resolver, y ahora mismo estamos investigando uno en el que se ha usado el mismo tipo de explosivo que hizo naufragar al *Maren II*.

Vang la miró con más desconfianza que curiosidad.

—Es un caso de 2019. Un hombre apareció colgado de una grúa para barcos en el lago de Furesø. Muerto. En un primer momento se asumió que se había suicidado. Hoy sabemos que lo asesinaron.

Vang negó con la cabeza.

—¿Furesø?

—La geografía aquí es lo de menos —replicó Rose—. El caso es que la investigación nos llevó hasta una vieja caravana en una finca de Asserbo. Por desgracia, no llegamos a examinar el contenido, porque la caravana saltó por los aires en cuanto mi compañera tocó la puerta.

—La caravana era una trampa con explosivos —explicó Gordon—. Helena podría haber salido muy mal parada de no ser por la rápida actuación de un compañero con mucha experiencia.

—O si hubiera usado un poco la cabeza —añadió Rose.

Vang levantó las palmas en un gesto defensivo.

—Vaya, qué mal, pero ¿qué tiene que ver esto conmigo? Ya os he dicho que no sé nada de bombas ni explosivos. ¿Y Asserbo? Ni siquiera sé dónde está. Además, hace siglos que no voy a Selandia.

—¿Podrías precisar la fecha? —intervino Gordon—. ¿El año pasado? ¿En 2019, o…?

Vang se tomó su tiempo.

—Fuimos a Copenhague, al concierto de Bruce Springsteen, cuando mi suegro cumplió los sesenta y cinco… Eso fue en el 2013.

Rose se estaba impacientando; además, empezaba a sentir hambre y náuseas a la vez.

—¿Y el nombre Ole Horsten te suena de algo? —interrumpió, y en ese mismo instante supo que las cinco horas en coche no habían sido en vano, porque la respiración de Vang se detuvo un segundo y se le dilataron las pupilas.

—¿Ole Horsten? —Sorprendido, Vang miró a Rose, luego a Gordon y otra vez a Rose—. Era el director del coro de niños en el que yo cantaba de pequeño. Pero eso fue hace más de treinta años, en los ochenta.

Gordon y Rose intercambiaron una mirada.

—¿Qué coro era? —preguntó Rose.

—El del colegio Laurenti de Hillerød. A lo mejor habéis oído hablar de él, porque sale mucho en la tele. Cantan para la reina y cosas así. En mi época, venían a estudiar allí críos de todos los rincones del país porque tenía un prestigio de la leche, pero ahora les cuesta cap…

—¿Y Konrad Horsten, el hijo de Ole? —interrumpió Rose.

Vang la miró, visiblemente irritado. Aquel descaro tan propio de Copenhague seguro que chocaba con su comedido carácter del

norte de Jutlandia. Se levantó, abrió un compartimento en la parte inferior de una estantería y volvió con un álbum encuadernado en cuero.

—Sabía que tenía que estar en alguna parte. —Vang rodeó la mesa de café y se dejó caer con toda su corpulencia entre Rose y Gordon. En medio de las páginas del álbum sobresalían recortes de periódico amarillentos—. Mi madre estaba orgullosísima de mí. Recortaba todo lo que salía en los periódicos.

Rose lo miró de reojo. Le costaba imaginar que aquel hombre con aspecto de tronco de roble, con las manos y el rostro curtidos por la vida, hubiera cantado alguna vez en un coro, con el pelo peinado hacia atrás y una voz angelical.

—Aquí está. —Vang abrió el álbum y les mostró una foto amarillenta de unos cuarenta o cincuenta niños distribuidos en tres filas. Todos llevaban camisa blanca y pajarita negra, y miraban rígidos al frente con una carpeta abierta entre las manos—. Es de un concierto de Navidad de 1988.

La puerta de la cocina se abrió y entró Ane con una bandeja cargada de tazas y galletas. La seguía Helena, con una expresión inescrutable en el rostro. Rose intentó discretamente establecer contacto visual con su compañera, pero cuando lo consiguió, Helena apretó un poco los labios y miró hacia otro lado. ¿Qué carajo quería decir eso? ¿Le habría sacado algo a la mujer de Vang?

—Este de aquí soy yo. —Vang señaló a un niño regordete con el pelo ondulado en la primera fila.

Helena se dejó caer en el sofá al lado de Rose y se inclinó sobre el álbum para poder mirar.

—¿Esto qué es?

Rose, que no soportaba el contacto físico no solicitado, consiguió a duras penas escabullirse del sofá y del amasijo de cuerpos musculosos en el que había quedado atrapada.

—Resulta que Mads-Peter cantaba en el coro de niños del colegio Laurenti. Con Ole Horsten como director —explicó.

Helena miró sorprendida a Rose y luego a Vang. Su cuerpo irradiaba toda la energía que en esos momentos le faltaba a Rose.

—¿En un coro de niños? ¿Cuándo?

—De 1987 a 1989 —respondió Vang sin titubear—. Lo dejé justo antes del concierto de Navidad de 1989, para gran decepción de mi madre.

Helena lo observó sin ningún pudor.

—¿Fue porque te cambió la voz?

Vang negó con la cabeza.

—No, solo tenía once años. Pero no me gustaba estar allí. Supongo que echaba de menos mi casa.

—¿Sigues en contacto con alguno de ellos? Me refiero a los niños.

—No, con ninguno.

—¿Y te acuerdas de cómo se llamaban?

Vang bajó la mirada.

—Este es Tommy, y el de mi derecha es Jakob. Eran más o menos de mi edad. —Iba recorriendo los rostros de los niños en blanco y negro con los dedos—. Antes preguntabais por Konrad Horsten. Es este de aquí. —Su dedo se detuvo sobre un chico desgarbado con expresión altiva en la última fila—. No era un gran cantante, pero sus padres trabajaban en el colegio, así que seguramente jugaba con ventaja.

Rose se agachó. Podía reconocer las facciones del Konrad adulto en aquel niño.

—¿A Jette Horsten también la conocías?

—Sí, era una especie de secretaria del colegio. Parecía una dama distinguida, siempre con traje y con el pelo recogido. De donde yo venía, las mujeres no se vestían así.

—Hazme el favor de apuntar todos los nombres que te vengan a la cabeza. —Rose le tendió su libreta a Vang—. Además, nos gustaría saber dónde estabas las dos primeras semanas de noviembre de 2019.

Vang levantó la vista.

—¿En 2019? ¿Por qué?

—Porque pensamos que alguien que conocía al matrimonio Horsten agredió a Jette y mató a Ole. Y creemos que, antes de morir, Ole estuvo retenido varios días en la caravana de la que hablamos antes, esa que iba cargada de explosivos del mismo tipo que hundió tu barco. Por eso.

Vang guardó silencio. Necesitaba un momento para procesar lo que acababa de oír. Entonces sonrió con incredulidad.

—¿No pensaréis que…? —Sacudió la cabeza y miró hacia su esposa—. ¡Esto es un disparate! Ane, ¿puedes comprobar mi diario de navegación del otoño de 2019?

Su esposa asintió en silencio y se retiró del salón.

—¿Y este? —Helena le había arrebatado el viejo álbum de fotos al pescador y señalaba a un muchacho alto y guapo que estaba al lado de Konrad, hombro con hombro.

Vang miró la foto un par de segundos.

—Este… este era un auténtico cabrón. Berg, se llamaba. Kaare Berg.

53

ASSAD

Era media tarde, la hora en la que la sanidad pública recibe más visitas, pero cuando Assad giró para entrar en Charis, se encontró el aparcamiento casi vacío.

Tampoco era ninguna sorpresa. A primera hora, el periódico *Morgenavisen* había publicado la noticia de una mujer de mediana edad hallada muerta en Lyngby tras inyectarse un «preparado adelgazante sumamente popular». El preparado, según «fuentes anónimas con conocimiento del caso», lo había prescrito nada menos que el propio director médico de Charis. Y como si el reportaje no dejara lo bastante en entredicho el calibre moral del médico, la revista *Gossip* se apresuró a publicar fotografías de Kaare Berg brindando en un lujoso restaurante de Copenhague. Las imágenes eran borrosas y estaban tomadas desde lejos, pero el titular era demoledor: «De fiesta mientras su paciente agoniza».

Nadie en la policía entendía cómo ni dónde había obtenido la prensa aquella información, pero el director de la policía de Selandia del Norte estaba investigando la filtración y había declarado una auténtica caza de topos, tanto en sus propias filas como en el Instituto Forense y en el Centro Nacional de Criminalística. ¿Cómo era posible que en los medios se publicaran datos sobre la fallecida y

la causa de su trágica muerte cuando apenas se le había practicado la autopsia?

Por otro lado, negar la evidencia no tenía ningún sentido, porque aquella misma mañana había llegado un informe preliminar de los químicos forenses. Tal como Anne Hanson había anticipado, habían encontrado trazas de fentanilo en la pluma de inyección de Linette Thykier y en el pequeño recipiente de plástico que contenía la aguja. Tras examinarlo todo con cuidado, los peritos habían localizado un orificio microscópico en el precinto de aluminio. La hipótesis que ahora se manejaba era que alguien había inyectado una dosis mortal de fentanilo en la aguja estéril de un solo uso, por lo que todo apuntaba a que no se trataba de una negligencia de Charis, sino de un asesinato.

Un equipo de televisión de una cadena nacional había aparcado su furgón justo frente a la entrada de la clínica, y Assad tuvo que atravesar un macizo de flores para no colarse en la retransmisión en directo.

«… y, como algunos recordarán, Kaare Berg y Charis ya se vieron envueltos en un escándalo por varios casos de presuntas negligencias médicas hace unos años», decía una reportera ante la cámara. «El que más revuelo causó fue en 2018, cuando una mujer de mediana edad falleció tras someterse a una liposucción en esta misma clínica. La responsabilidad directa del escándalo recayó en el entonces presidente del Consejo de Administración, Ole Horsten, que fue despedido. Poco después acabó trágicamente con su vida. Y ahora, un nuevo suceso…».

Las puertas correderas se cerraron tras Assad, ahorrándole el resto de aquella cantinela más que previsible.

En el interior de la clínica reinaba un silencio de capilla. La sala de espera estaba desierta, los boles de caramelos seguían llenos y las revistas femeninas, intactas. Tras el mostrador de recepción se encontraba la misma mujer de hacía unos días.

—¿Otra vez? —dijo, alterada—. ¿No se había ido ya la policía?

Assad le sonrió lo más amablemente que pudo, pero ni siquiera eso pareció tranquilizarla.

—Es posible que la policía de Selandia del Norte haya estado aquí, sí —respondió—, pero yo tengo un par de preguntas para el doctor Berg sobre un caso anterior.

En realidad, había confiado en poder terminar pronto aquel día y dar por empezado el fin de semana para cortar de raíz la obsesión de su hija Nella con los servicios de inteligencia. Pero entonces recibió un mensaje inequívoco de Rose que decía: «¡Vete a Charis pitando! ¡Tenemos que localizar a Berg!». Dos minutos después llegaba una explicación un poco más extensa: «Mads-Peter Vang estudió en Laurenti entre 1987 y 1989. Cantaba allí con Konrad y Berg. Ole Horsten era el director del coro».

«¿No podría ser una coincidencia?», se había atrevido a responder.

«Eso lo sabremos cuando hayas hablado con Berg», fue la contestación de Rose.

—La policía ha interrogado a Kaare durante tres cuartos de hora. No entendemos nada de lo que está pasando —murmuró la recepcionista.

—Lo que está pasando es que esa pobre mujer volvió a casa con una jeringa que contenía fentanilo en lugar de ese potingue milagroso para adelgazar.

—Eso ya lo sé —asintió la mujer, desconcertada—. Pero, como ya le he dicho a la policía, el doctor Berg no tiene nada que ver con la dispensación de medicamentos; de eso se encargan los enfermeros, y a ellos también los han interrogado.

Assad se inclinó sobre el mostrador; su sonrisa se había desvanecido casi por completo.

—¿También se acordó de contarles a mis compañeros de Selandia del Norte que aquí cualquiera entra en su almacén de medicamentos como si nada? —dijo—. ¡Qué barbaridad!

Ella lo miró con gesto ofendido.

—¡Eso no es cierto! Tenemos procedimientos y rutinas, y…

—Puede ser. Pero cuando llegamos aquí el martes pasado, le estaba llamando la atención a un hombre que había entrado en el almacén de medicamentos —la cortó Assad—. ¿Podría haber manipulado los fármacos que luego se dispensaron?

La mujer abrió la boca para responder, pero las palabras no llegaron a materializarse. Assad se dio cuenta de que aquella idea, que hasta ese momento ni siquiera se le había pasado por la cabeza, la acababa de descolocar por completo.

—Pero si hicimos el recuento de… —empezó a decir.

—Si no recuerdo mal, fue también entonces cuando coincidimos con la víctima, Linette Thykier. ¿Podría haberse llevado algún medicamento adulterado? ¿O que alguien lo hubiera intercambiado? —insistió Assad.

—Yo… —La recepcionista se echó un poco hacia atrás y se armó de valor—. Como ya le dije a su compañera, lo comprobamos todo con lupa y no faltaba nada, ni siquiera fentanilo. Ese y los demás

opioides los guardamos por separado, en una caja cerrada con llave, totalmente inaccesible.

—Mmm… —Assad retrocedió un paso y rastreó el techo y las esquinas con la mirada—. ¿Aquí dentro hay cámaras de vigilancia?

La recepcionista negó con la cabeza.

—No, nunca las ha habido…

—¿Y algún otro sistema para registrar quién entra y quién sale? —insistió Assad.

—Durante el horario de apertura siempre hay alguien en recepción, y los pacientes escanean la tarjeta sanitaria al llegar, así que sabemos quién ha estado aquí —respondió ella.

—¿Y los familiares? ¿Los proveedores? ¿La gente que viene de paso? ¿Los periodistas? —Assad señaló a la reportera, que seguía frente a la entrada, bañada por la luz de los focos.

La mujer dejó escapar un suspiro nervioso.

—En Charis no controlamos así a la gente. Llevo aquí desde que abrió la clínica. ¡Diez años! Nunca ha hecho falta vigilar ni a los pacientes ni a los visitantes.

Assad dio un par de golpes con los nudillos sobre el mostrador de recepción.

—Necesito una lista de todas las personas que pasaron por la clínica el martes 17 de octubre. Nos interesan especialmente los hombres de entre treinta y cinco y cincuenta y cinco años. O pacientes que puedan tener un marido, pareja o padre en ese rango de edad, ¿de acuerdo? Volveré luego —le dijo a la recepcionista.

Y, sin hacer caso a su tímido intento de detenerlo, se alejó por el pasillo en dirección al despacho del director médico.

Encontró a Kaare Berg sentado tras su escritorio, en un estado cercano a la catatonia. En la pantalla del ordenador se retransmitían imágenes en directo de la entrada de la clínica, a apenas diez o quince metros de distancia, como en una especie de microcosmos cerrado de la realidad. Sin duda acababa de ver llegar a Assad por las cámaras.

—¡Usted otra vez! No entiendo…

Assad se sentó en la silla de pacientes que tenía frente a él, lo que le dio tiempo a Berg para tomar aire. Cuando habló, había un tono de súplica en su voz.

—¡Tienen que resolver esto cuanto antes! Yo no tengo nada que ver, ¿lo entiende? Pero quieren hacerme responsable. ¡Mire! —Señaló la pantalla, por la que desfilaban una tras otra las fotos de paparazi de *Gossip* en las que se lo veía brindando en el restaurante —. Esto me está destrozando. Llevan toda la mañana llamando para cancelar citas, incluso con cinco o seis semanas de antelación. ¡Si esto sigue así, me voy a arruinar!

—El caso de Linette Thykier lo lleva la policía de Selandia del Norte; nosotros investigamos la muerte de Ole Horsten —aclaró Assad—. Como ya sabe, encontramos un folleto del programa de adelgazamiento de Charis en la caravana donde creemos que estuvo retenido durante unos días. Y ahora ha muerto una paciente de ese mismo programa.

—¿Y qué tiene que ver conmigo la muerte de Ole? —Berg lo miró con los ojos muy abiertos.

—Es lo que estamos intentando averiguar. La última vez dijo que conocía a Ole Horsten desde «hacía décadas»… ¿Cuánto tiempo exactamente?

Berg lo miró, confundido.

—Desde siempre, diría yo.

Assad se incorporó, y un latigazo de dolor le recorrió la espalda. Aún le costaba mantenerse erguido desde la explosión de ocho días atrás. En el fondo se alegraba de que Rose no lo hubiera enviado a él a Hirtshals esa mañana. No tenía del todo claro por qué había preferido a Helena, pero confiaba, ingenuamente, que aquel largo viaje hubiera puesto fin a la guerra fría entre las dos mujeres.

—¿Desde que era pequeño? —indagó.

—¿De verdad importa en esta situación? —Berg lo miró con impaciencia—. Ole Horsten era el director del coro de niños del colegio Laurenti, donde yo estudié. Nosotros (o, más bien, mis padres) seguimos en contacto con él también después, cuando se pasó al mundo empresarial. En un momento dado me hacía falta un presidente para el Consejo de Administración. Nada de nombres rimbombantes, solo una cara visible, con buenos contactos y algo de experiencia en gestión, y entonces… — Se encogió de hombros.

—Hace diez días explotó un arrastrero en el puerto de Hirtshals. Murieron cuatro hombres; seguramente lo haya visto en las noticias.

El brusco cambio de tema descolocó a Berg.

—¿Un… qué? Sí… quizá. No me interesan mucho esas cosas…

—El propietario del arrastrero se llama Mads-Peter Vang. ¿Le dice algo ese nombre?

Berg miró a Assad como si fuera un misterio imposible de descifrar.

—También fue al colegio Laurenti a finales de los ochenta; cantaba en el coro de niños, como usted —lo ayudó Assad.

Los rasgos de Berg se suavizaron y llegó a esbozar una tímida sonrisa, hasta que pareció recordar que no era el momento de sonreír.

—¡Vang! Hostias… sí, claro, había un Vang en el coro. ¿Un niño rechoncho que no decía ni mu? Pero no lo he vuelto a ver desde… sí, desde entonces.

—¿No ha hablado con él en los últimos dos años?

Berg negó con la cabeza.

—Que yo recuerde, desapareció del colegio de un día para otro.

—¿Sigue en contacto con alguien de aquella época? ¿Del colegio Laurenti?

—Solo con uno, y, para ser sincero, es más que nada por la vieja amistad familiar que nos une. Por motivos que se me escapan, mi padre y el suyo eran muy amigos.

—¿Nombre?

—Eckert. Tommy Eckert. Es político, exministro de Sanidad. —Berg se frotó con el dedo el lunar en forma de corazón en la mano izquierda.

Assad tomó nota del nombre. Le resultaba familiar.

—¿Un exministro de Sanidad? No es el peor contacto que puede tener un médico…

—No, desde luego que no —replicó Berg—, pero hoy por hoy el bueno de Tommy es, ante todo, «ex», así que… —Kaare Berg hizo un gesto con la mano, restándole importancia—. Yo prefiero las amistades de igual a igual, de dar y recibir. A Tommy solo le interesa recibir.

—¿Y qué me dice de Konrad, el hijo de Ole?

Berg sacudió la cabeza.

—Lo saludé en el entierro de Ole, por supuesto, pero no lo he vuelto a ver; ya no tenemos mucho en común. El tipo se define a sí mismo como un «alma artística», pero, en mi humilde opinión, solo es un llorica. En su cabeza, culpa a los demás de que no se haya convertido en un virtuoso de fama mundial. Sobre todo a su padre. —Berg pasó la mano sobre el escritorio, como quitando un polvo imaginario—. Si Konrad lloró la muerte de su padre en aquel momento, fue más que nada porque en el relato sobre su miserable vida había perdido a su gran villano.

Assad arrancó la página de la libreta donde había anotado los nombres de Tommy Eckert, Konrad Horsten y Mads-Peter Vang, y se la extendió a Kaare Berg junto con su tarjeta de visita.

—Apunte todos los nombres que recuerde de aquella época.

—¿Del coro?

—Sí.

—Pero… —Berg parecía resignado—. Han pasado más de treinta años. No reconocería a ninguno de ellos aunque los tuviera sentados frente a mí en la sala de espera.

54

ROSE

—Ane me ha pasado algo que tenemos que ver —dijo Helena en cuanto dejaron atrás Hirtshals.

Rose puso las luces largas y miró la hora. Tenía hambre, y el crepúsculo envolvía el coche en un gris espeso que desorientaba a su mente fatigada. Y, para más inri, ahora también se sentía ninguneada.

—¿Y qué es? —masculló.

—Un vídeo que me envió por AirDrop en la cocina. Le prometí que no lo abriríamos hasta salir de Hirtshals.

Rose reprimió un suspiro. Para cualquier investigador, dar con esa pieza exacta del puzle que permitía avanzar en un caso enrevesado era una auténtica inyección de adrenalina. Y, al menos desde la marcha de Carl, ese papel había recaído en ella, y no estaba dispuesta a cedérselo a nadie.

No es que la conversación con el pescador hubiera sido en vano. Había quedado muy claro que Mads-Peter Vang, Kaare Berg y los Horsten compartían un pasado en el coro de niños. Lo que Rose no lograba desentrañar era cómo encajaba todo exactamente, porque a Ole lo habían asesinado y su esposa había sobrevivido a un intento de asesinato, pero tanto Vang como Berg seguían vivos.

Era cierto que todo lo que ambos habían construido estaba a punto de venirse abajo. Pero si alguien quería liquidar a los antiguos miembros del coro uno por uno, había fracasado de forma estrepitosa: no era Vang quien había saltado por los aires, ni Kaare Berg quien yacía en una cámara frigorífica con una dosis letal de fentanilo en las venas.

Siempre podía suponerse que el autor del atentado había dado por hecho que Vang estaría a bordo cuando el *Maren II* zarpó del puerto diez días atrás. Pero ¿cómo demonios iba a pretender que un medicamento para adelgazar recetado a una paciente acabara en las venas de Kaare Berg?

Además, Ole y Jette Horsten no eran, en sentido estricto, miembros del coro de niños, sino adultos responsables de la actividad coral. Esa sutil diferencia trastocaba también la lógica de Rose.

Pero quizá todo fuera, como Assad se había atrevido a sugerir, pura coincidencia. Dinamarca era un país pequeño y la gente se conocía: todos eran parientes, vecinos o antiguos compañeros de estudios, habían compartido mesa en alguna celebración o jugado juntos al fútbol.

También podían eliminar a Mads-Peter Vang de la lista de sospechosos en el caso de Ole Horsten. Según su diario de navegación, había estado embarcado del 7 al 14 de noviembre de 2019, y tanto su mujer como la tripulación de entonces podían confirmarlo si hacía falta.

Rose se incorporó al carril de adelantamiento. Tal vez consiguieran avanzar cuando examinaran la lista de miembros del coro que Vang había elaborado. Solo había logrado rescatar de la memoria unos

once nombres, pero tampoco se le podía reprochar: la propia Rose jamás se había esforzado en recordar sus años de primaria con álbumes de fotos o diarios. Tenía por filosofía que lo que realmente merecía la pena quedaba grabado por sí solo en la corteza cerebral.

—Resulta que Ane tenía una aventura con el oficial de máquinas. Anders Kro Madsen, se llamaba. —Helena alzó el móvil. Había encontrado un perfil de Facebook con la foto de un chico bronceado, con la barba decolorada por el salitre, sonrisa pícara y un cigarrillo colgándole del labio—. Estaba *complètement* destrozada por su pérdida.

—Mmm… ¿Crees entonces que Vang hizo detonar su propio barco para quitarse de en medio a su rival? No sería la primera vez en la historia que un marido celoso se convierte en asesino. —Rose miró de frente hacia la oscuridad de la carretera. En la mayoría de los homicidios del país, tarde o temprano se acababa demostrando que el móvil tenía que ver con los celos.

—Eso es lo que la atormenta ahora: la mala conciencia por el *affaire*, mezclada con el miedo a que su marido lo descubriera y decidiera actuar. Ahí —Helena señaló hacia delante—, un *parking de descanso*.

Rose decidió ahorrarse la clase de idiomas, puso el intermitente a la derecha y giró hacia un área de servicio sumida en la más completa oscuridad. Helena colocó el móvil entre las dos, sobre el salpicadero, y subió el volumen al máximo. El vídeo empezó con un leve traqueteo, antes de que apareciera en la pantalla un rostro sonriente.

—Es él, Anders —aclaró Helena.

—Gracias. Tengo ojos en la cara —soltó Rose.

—Ya, ¿y dónde si no? —Helena la miró perpleja.

El hombre del vídeo tenía los ojos azul claro y vestía un recio impermeable rojo y un gorro naranja. Su rostro, salpicado de pecas y surcado de arrugas, reflejaba una vida a la intemperie. Mientras sostenía el móvil con un brazo extendido, se veía el arrastrero de Vang atracado en el muelle detrás de él.

«Hola, cariño. Zarpamos en un par de horas. Hemos cargado provisiones y los demás están en casa recogiendo las últimas cosas… Solo quería decirte… Espera, te he escrito un poema». La cámara se movió de un lado a otro antes de enfocar de nuevo al oficial de máquinas, ahora con un trozo de papel en la mano. «Escucha: las rosas son rojas y las violetas, azules; aunque fueras un pez luna, serías mi luz y mi fortuna». Sonrió de oreja a oreja. «Te quiero, Ane. Sin ti no soy nada. Te llevo aquí dentro». Anders Kro Madsen se señaló al pecho y giró sobre sí mismo mientras el muelle, el barco y los edificios del puerto desfilaban a su alrededor.

—¿La está comparando con un pez luna? —Rose puso los ojos en blanco. ¿Era así como hablaban los hombres de hoy en día? Ella rara vez recibía declaraciones de amor de ese estilo. Pensándolo bien, en realidad nunca había recibido nada parecido, ni por escrito ni de viva voz; pero, mirando el lado positivo, se había librado de que la compararan con un pez rechoncho de ojos saltones. Si había que compararla con un animal, prefería algo peludo y de mal genio. Un tejón de la miel, por ejemplo.

Helena parecía sumida en sus pensamientos.

—Ane dijo que teníamos que fijarnos en el trasfondo —comentó. Volvió a darle al *play*, y el *clip* de apenas dos minutos comenzó a reproducirse de nuevo.

—¡Ahí! —Helena señaló la pantalla.

Justo al comienzo del vídeo se podía ver, detrás de Anders Kro Madsen, a un hombre con gorro y chaqueta negros subiendo de espaldas por la escala del barco. Llevaba una bolsa de plástico azul en la mano.

Cuando el oficial de máquinas, ya a mitad del vídeo, giró sobre sí mismo, el arrastrero volvió a aparecer en el fondo. El mismo hombre de negro estaba ahora a punto de abandonar el barco. Se detuvo un instante en la escala y miró a lo largo del muelle, de un extremo a otro. Luego pegó un salto y desapareció de la imagen.

Esta vez, como constató Rose, ya no llevaba nada en la mano.

55

JAKOB

El estuche de madera de arce llevaba años olvidado en la caravana de Asger y Lise, así que Jakob empezó por quitar el polvo y limpiar con un bastoncillo húmedo la suciedad acumulada en las finas ranuras. No se decidió a abrirlo hasta que quedó completamente impecable. La batuta de Ole Horsten seguía allí, intacta sobre su suave lecho de terciopelo verde oscuro.

La tela no olía a moho ni a rancio, pese a que el estuche había estado guardado cuatro años en un lugar sin calefacción. Las pequeñas bisagras, en cambio, crujían de forma leve. Bastarían un par de gotas de aceite para dejarlo como nuevo.

Se levantó y fue hasta la entrada a buscar un bote de lubricante universal. La nota sobre el concierto del coro de niños de Laurenti en Kronborg, al día siguiente, seguía colgada en el tablón. Por primera vez en los diez años que había compartido oficina con Laila, le dedicó un pensamiento cariñoso. Nunca habría reparado en aquel anuncio de no haber sido por ella. Y probablemente sería también ella la única que lo echaría en falta el lunes.

«Concierto de toma de posesión del nuevo director del coro Konrad Horsten», rezaba el anuncio. Jakob rio con desdén ante la solemnidad de aquel titular.

Casi había renunciado a vengarse de Konrad, ese chico delgaducho y escurridizo que había tomado la iniciativa aquella noche, hacía ya treinta y cuatro años. Kaare Berg había sido, sin duda, el más sádico de todos, pero fue Konrad quien lo agarró primero para arrojarlo al lago, quien ideó lo del balcón y quien amenazó a Vang cuando este quiso avisar a los profesores.

Era el que más merecía la venganza. Y, sin embargo, llevaba una vida extrañamente retraída, oscilando como un péndulo entre la casa de Emdrupgårdsvej —ahora convertida en un bastión de alta seguridad—, su trabajo y la residencia de su madre, de modo que a Jakob nunca se le había presentado la oportunidad. Hasta ahora.

Encontró el bote de lubricante y aplicó una gota en cada bisagra del estuche. Después abrió y cerró la tapa hasta que el crujido desapareció. Ahora podía empezar con su verdadero trabajo.

Sacó la batuta del estuche y la blandió con gesto teatral, como si tuviera a toda una orquesta sentada ante él en la diminuta cocina. Ole Horsten solo la usaba en ocasiones especiales y grandes conciertos, pero los niños de Laurenti la temían como si fuera un látigo o una vara de castigo. Ahora, vista con ojos de adulto, le parecía ridícula. Era más corta de lo que recordaba, poco más que un palo delgado insertado en una empuñadura algo más gruesa, con el nombre de Horsten grabado. Con un movimiento brusco, la partió en dos y dejó los trozos sobre la mesa. Se recordó a sí mismo que al día siguiente debía quemar esa basura o tirarla por la ventanilla del coche.

Tomó la ampolla con el extracto de fentanilo y la colocó con cuidado en el hueco donde debería ir la empuñadura de la batuta.

Como buenos farmacéuticos, Asger y Lise se habrían escandalizado al descubrir lo fácil que era conseguir fentanilo hoy en día. A Jakob le bastó con merodear un cuarto de hora por la entrada trasera de la Estación Central, dejándose ver, para que un joven con ojeras marcadas y los bolsillos repletos de mdma, cocaína y parches de fentanilo se acercara y le preguntara qué necesitaba.

Había comprado cuatro parches. Ya en casa, se puso los guantes de látex y la mascarilla y, con una cucharilla, fue rascando con cuidado la capa gelatinosa de los parches. Después calentó aquella gelatina impregnada de fentanilo en el microondas con un poco de agua y vinagre de limpieza.

Solo había inyectado entre ocho y diez gotas de aquella solución en las agujas estériles que había encontrado en el almacén de medicamentos de Charis, perforando el precinto; el resto del preparado reposaba en la ampolla de vidrio, dentro del estuche. No habría más de cinco mililitros, pero tenía de sobra para lo que se proponía.

Comprobó, satisfecho, que la ampolla tenía el tamaño perfecto. No era demasiado grande y dejaba el espacio justo para el detonador, un tubo metálico del tamaño de un filtro de cigarrillo, que fijó con cinta adhesiva a la ampolla y a una batería provista de cables en ambos polos. Ahora solo tenía que colocar en la tapa un cordón que accionara el mecanismo al abrir el estuche y provocara una descarga eléctrica que haría estallar la ampolla. Y entonces…

Jakob se reclinó en la silla y se sirvió otra taza de leche con miel. Le dolía la garganta otra vez, como siempre que estaba estresado, cantaba a pleno pulmón o hablaba más de la cuenta. Tenía las cuerdas vocales cicatrizadas y en constante tensión, y solo en

contadas ocasiones —como cuando Mira murió y la vida de Eckert se vino abajo— lograba sobreponerse a las viejas lesiones y recuperar el control de su voz.

Se masajeó la nuez, se inclinó sobre la mesa y volvió a sacar la ampolla del estuche. Palpó el hueco con los dedos. Bajo el terciopelo, la base del estuche era de madera maciza. Eso era bueno, porque impediría que los fragmentos de vidrio salieran despedidos hacia los lados o cayeran al suelo. La explosión lanzaría las esquirlas con la dosis mortal de fentanilo directamente *hacia arriba*, hacia el rostro y el cuello de quien abriera la tapa, y el veneno entraría directo en el torrente sanguíneo y acabaría con su vida. Tampoco quedaría gran cosa de la mano con la que dirigía el coro. A Jakob le pareció que había algo de justicia poética en todo aquello.

Sacó la lupa, devolvió la ampolla y el detonador a su sitio, ajustó el cordón de activación y cerró el estuche con sumo cuidado. Luego lo rodeó con una goma elástica para evitar accidentes durante el viaje a Helsingør a la mañana siguiente. Había que extremar las precauciones, porque bastaba con levantar ligeramente la tapa para activar el detonador, y eso debía evitarse a toda costa hasta que Konrad —y nadie más que Konrad— tuviera el estuche en las manos.

56

TOMMY

A Tommy le daba miedo la oscuridad.

Desde que, dos días antes, aquel desconocido surgió de entre las sombras difusas del aparcamiento subterráneo, temía las últimas horas de la tarde, cuando la luz se desvanecía y la noche empezaba a caer. En casa tenía todas las luces encendidas. Había pegado con cinta adhesiva pequeñas tiras de papel que aleteaban frente a los sensores del jardín, para que hasta el más leve soplo de aire activara la iluminación exterior. Dejaba la lámpara de la mesilla encendida toda la noche.

Pero nada lograba apaciguar ese miedo.

Detestaba la oscuridad. Ahora que lo pensaba, todo lo terrible que le había sucedido en la vida había ocurrido de noche: la muerte de Mira, la detención, las amenazas de aquel desconocido… Si por él fuera, en lo que le quedaba de vida solo saldría a la calle a plena luz del día. Pero había perdido el control de su destino, y ahora estaba en Hareskovby, frente a una casa a oscuras, rezando para que le abrieran la puerta de una vez.

Dejó que la bolsa de deporte le resbalara del hombro, la palpó y se aseguró por enésima vez de que el *totschläger* estuviera dentro. El peso del arma era reconfortante. Tranquilizador.

Alzó la mano para volver a llamar. El terreno era enorme, y entre los arbustos y los árboles del jardín se oían crujidos, como si alguien merodeara entre la oscuridad. Así que aporreó la puerta con más fuerza, hasta que se abrió de golpe.

—¡Para ya, joder! —Kaare Berg le agarró el puño, arrastró a Tommy hasta el recibidor y asomó la cabeza a la calle—. Un maldito fotógrafo me ha seguido hasta aquí. ¿Sigue ahí fuera? ¡Eh, no! —Le dio un manotazo a Tommy cuando este se disponía a encender la luz del recibidor—. ¿Es que no te enteras de nada? Intento que parezca que no hay nadie en casa.

Berg empujó a Tommy hacia el salón, donde la única iluminación provenía de un ordenador portátil encendido junto a un plato con un huevo frito a medio comer. Uno de los cajones del escritorio estaba abierto, y Tommy no pudo evitar ver lo que había dentro: un blíster de analgésicos, un paquete de pilas y…

Retrocedió un paso y señaló el cajón.

—¿Qué narices es eso?

Con una sonrisa torcida, Kaare agarró el arma. Era un revólver con empuñadura de madera. Pesado. De esos que Tommy solo había visto en películas del Oeste.

—¿Es de verdad? —Tommy apenas se atrevía a moverse.

—Lo era cuando lo probé en el bosque. —Kaare esbozó una sonrisa fugaz—. Está cargado. No sabes la cantidad de médicos que han sido agredidos en su propia casa por tipos que buscan medicamentos con receta, así que hay que protegerse.

Dejó el revólver en su sitio y empujó el cajón con la cadera para cerrarlo.

—¿Y no es difícil conseguir un chisme de estos? —Tommy pensó en su chapucero intento de hacerse con un arma apenas unas horas antes. ¿Cómo podía ser que él no consiguiera nunca nada y que Kaare triunfara en todo?

—Es tan fácil como rascarse el culo. ¿Que si es legal? Pues no, pero puedo confiar en que no te irás de la lengua, ¿verdad?

Kaare lo estaba taladrando con la mirada, así que Tommy desvió la vista hacia el salón. Las persianas venecianas, de pulcritud casi clínica, estaban completamente bajadas en todas las ventanas. Kaare solía fanfarronear de que un arquitecto de interiores había diseñado la iluminación a medida, con focos led ocultos de forma estratégica por todas partes que realzaban a la perfección el mobiliario de diseño nórdico y el mármol italiano: un popurrí de elegantes tonos *beige* sumido ahora en la más completa oscuridad.

—Como sabrás, hoy he tenido el peor día de todo el puto siglo, así que… —Kaare miraba expectante a su invitado. Llevaba los botones superiores de la camisa desabrochados, y se le habían acumulado bajo la nuez unas gotas de sudor.

Una sensación desagradable le revolvió las entrañas a Tommy.

—Claro, si tienes el dinero, me marcho enseguida —logró articular —. ¿Cómo lo hacemos? Lo ideal sería en efectivo, pero, si no, puedo hacer una factura con fecha anterior y ponerlo como «honorarios de consultoría» o algo así, para que puedas hacer la transferencia al instante. —Sonrió, aunque por dentro no las tenía todas consigo: ¿cómo demonios se sacan varios millones de la cuenta un viernes por la noche?—. Si tienes efectivo, podemos meterlo aquí. —Señaló la bolsa de deporte.

—¿¡El dinero…!? —Kaare puso los ojos en blanco—. ¡Joder, Tommy, como si hubiera tenido tiempo de pensar en eso! ¿Has estado durmiendo todo el día o qué? Una de mis pacientes está muerta y la policía no me da tregua; puede que hasta me acusen de haber tenido algo que ver con la muerte de la puñetera gorda esa. El noventa por ciento de nuestras consultas y operaciones se han cancelado. ¡Si esto sigue así, me veo en la bancarrota! —Lo miró con ojos desbocados.

—Pero habíamos quedado en que…

Tommy se sobresaltó al sentir vibrar su *smartwatch*. Era una alerta de estrés.

—Pero ¿tú eres tonto de remate? —Kaare dio un paso hacia él—. ¿Cómo cojones quieres que te preste 2 millones de coronas, si yo mismo estoy con la soga al cuello?

De repente, la bolsa le pesaba como un yugo en el hombro, y las rodillas le empezaron a temblar.

—Es que el chantajista me ha citado para mañana por la tarde. Quiere el dinero, o si no…

—Si no, ¿qué? ¡Vete a la policía con esa mierda, joder! —Kaare se giró hacia el escritorio, de espaldas a Tommy—. Yo no te puedo ayudar.

—Pero…

—¡Que no! —Se dio la vuelta de golpe—. Para variar, tendrás que apañártelas tú solito. ¡Espabila de una puta vez, Tommy! ¡Me tratas como si fuera un puñetero servicio social! —Se sentó en la silla del escritorio.

—Pero… —Tommy tuvo la sensación de que lo sumergían de cabeza en un baño de hielo, y el frío se le extendió desde la coronilla

hasta la garganta y los hombros—. ¿Por qué me mandaste el mensaje, entonces?

Sintió un tremendo alivio, como si le quitaran un gran peso de los hombros, cuando, a eso de las seis de la tarde, le llegó el mensaje de Kaare. Faltaba menos de un día para la cita con el chantajista y estaba convencido de que Kaare había reunido el dinero. 2 millones y medio como mínimo; si tenía suerte, un poco más. Era verdad que el tono de Kaare recordaba a veces al de los grandes terratenientes del sur de Estados Unidos con sus esclavos, pero, al fin y al cabo, siempre estaba ahí cuando lo necesitaba.

—Te he escrito porque hoy ha venido a verme un investigador especial, de esos que se dedican a reabrir casos antiguos. Piensan que a Ole lo asesinaron.

—¿Ole? —Tommy se quedó mirando la espalda de Kaare. Parecía un muro revestido de camisa.

—¡Ole Horsten, joder! ¿Quién va a ser? —Kaare se giró en la silla —. Dicen que no se suicidó, que lo retuvieron en una caravana y luego lo asesinaron. Y ahora, cuatro años después, ha habido otro intento de asesinato. La semana pasada alguien intentó matar a Mads-Peter Vang… ¿Te acuerdas? Aquel pescador que formaba parte del coro, ese tan campechano.

La mente de Tommy trataba de procesar la información.

—Sí, claro…

—Y también ha muerto una de mis pacientes. La policía sostiene que le dimos un medicamento adulterado, pero eso es *imposible*. Alguien está intentando hacerme daño a mí y a mi clínica. Destruirme. Puede que el verdadero destinatario de ese medicamento fuera yo. Bueno, al menos yo lo entiendo así. —Miró a

Tommy con impaciencia—. Me dio la impresión de que la policía está buscando un denominador común, una conexión entre estos casos. ¿Sabes cuál es? —Hablaba como el presentador de un concurso.

—Mmm… —Tommy se sentía en la obligación de complacer a Kaare y resolver el acertijo, pero no podía pensar con claridad. Cada minuto que pasaba lo acercaba más a su encuentro con el chantajista, y no tenía ni una corona.

—¡El coro de niños, Tommy! El colegio Laurenti. Ole y Jette Horsten, Vang, yo… Coincidimos allí del 87 al 89, si no recuerdo mal. Me pidieron los nombres de todos los que estábamos en el coro en esa época.

—¿Le diste mi… mi nombre a la policía? —La bolsa con el *totschläger* se le cayó del hombro. Tommy trató de agarrarla al vuelo y consiguió atrapar la barra de hierro justo antes de que se estampara contra el parqué en espiga recién barnizado de Kaare.

—¡Pues claro! —De nuevo lo miró como si Tommy fuera corto de entendederas—. Yo no tuve nada que ver con la sobredosis de esa paciente, así que, si puedo ayudar a la policía con la investigación…

—Pero ¿por qué? —La voz de Tommy rozaba el falsete—. ¿Qué conexión podría haber? Hace más de treinta años que fuimos a Laurenti, y no he vuelto a ver a Vang desde que se largó en… ¿el 88?

—El 89. Mi última Navidad en el coro —confirmó Kaare sin titubear.

—Ojalá yo hubiera hecho lo mismo. Ojalá me hubiera largado. ¡Odiaba ese puñetero colegio con toda el alma! —se sinceró Tommy y, al maldecir, sintió un nuevo impulso de energía. El odio tenía algo de revitalizante; el miedo, en cambio, lo drenaba por completo.

—No sé cuál es la conexión, pero me dio la impresión de que quieren localizar a todos los chicos de aquella época, como mínimo para descartar cualquier vínculo —Kaare se frotó la barbilla—. Pero ¿y si *sí* lo hay?

El bolsillo de Tommy vibró y, distraído, sacó el móvil, miró la pantalla y decidió apagarlo. El número terminaba en 9850 y no era de nadie que conociera ni que tuviera guardado. Un maldito periodista, seguramente.

—¿Un vínculo? —dijo.

—Sí. —Kaare le sostuvo la mirada—. ¿Y si alguien le tiene manía a Laurenti y va a por nosotros solo porque estudiamos allí? Hoy en día la gente odia los colegios de élite; en los medios machacan sin contemplaciones a los internados y sus viejas tradiciones.

Tommy lo miró con escepticismo.

—Pero tú mírate… —Kaare lo señaló—. ¡A ti también te persiguen, joder! Alguien te chantajea y amenaza con destruirte. ¿Quién te dice que no es la misma persona que está detrás de todo esto? ¿Es que no lo ves?

Tommy negó con la cabeza y se le escapó una sonrisa idiota, como si hubiera perdido todo el control sobre sus reacciones.

—Lo mío no tiene nada que ver con mi infancia ni con Laurenti. Nada en absoluto.

—Ah, ¿no? Entonces, ¿qué es lo que amenaza con sacar a la luz? —Kaare fijó la mirada en Tommy y, al no obtener respuesta, agitó la mano con impaciencia—. Ya, claro, eso no piensas contármelo porque es un secretazo, pero ¿sabes qué, Tommy? Tienes que soltarlo de una puta vez, joder. Tienes que ir a la policía y contárselo todo. ¡Me lo debes!

—¡Pero es que no puedo! —Tommy dejó escapar un grito tan desgarrador que Kaare se quedó clavado un instante.

Aún no se había repuesto cuando el móvil de Kaare se iluminó y vibró sobre el escritorio. Ambos lo miraron: era el mismo número terminado en 9850 que acababa de llamar a Tommy.

—¿Sí? —Kaare cogió el teléfono antes de que Tommy pudiera impedírselo y activó el altavoz.

—¿Kaare Berg? —preguntó una voz tan grave que hizo vibrar el aparato.

—¿Quién es? —Kaare se llevó un dedo a los labios y lanzó a Tommy una mirada de advertencia.

Se hizo un breve silencio.

—Soy Mads-Peter Vang —dijo al fin—, de Laurenti. Cantamos juntos en el coro hace muchos años.

Kaare tardó un segundo en reaccionar y luego acercó el móvil a la boca.

—Vang, joder… ¿Cómo te va? —Su tono jovial contrastaba tanto con el que Tommy había estado escuchando en los últimos diez minutos que no pudo evitar sentirse humillado.

—¿Has visto a alguno de los del coro últimamente? —inquirió una voz áspera al otro lado del teléfono.

Los ojos de Kaare recorrieron de arriba abajo la figura temblorosa de Tommy.

—¿Los del coro?

—Hoy ha venido a verme la policía. La semana pasada, mi arrastrero estalló al zarpar del puerto y se fue a pique. Seguramente tenga que declararme en bancarrota. —Hizo una pausa; la voz se le

quebró en la última sílaba—. Y, por lo que veo en las noticias, parece que tú también estás metido en un marrón de los grandes.

Kaare se ruborizó e intentó quitarle hierro al asunto con una risa nerviosa.

—Espero que no, Vang… Yo a esto lo llamo un revuelo mediático. Injustificado, además. Estoy intentando averiguar qué diablos está pasando.

—Según la policía, a Ole Horsten lo asesinaron hace cuatro años —prosiguió Vang—, y su mujer se salvó por los pelos.

Kaare miró un instante a Tommy.

—Ya lo sé —suspiró—. Fue lo mismo que me dijeron a mí.

—Me pidieron que anotara todos los nombres del coro que recordara.

—A mí también —dijo Kaare, reclinándose en la silla—. Supongo que es una medida de seguridad. Quizá alguien la tenga tomada con Laurenti, alguien que se sintiera despreciado, un empleado resentido… ¡Qué sé yo!

Se hizo un silencio tan largo al otro lado de la línea que Kaare decidió romperlo con un «¿hola?» inquisidor.

—O quizá alguien que nos odie a nosotros —respondió Vang al fin.

—¿A nosotros? ¿Qué quieres decir?

De nuevo, una larga pausa.

—¿Ya no te acuerdas de lo que hicimos…?

Las cejas de Kaare se dispararon hasta casi tocar el nacimiento del pelo.

—¿Lo que hicimos? ¿Quiénes…? ¿De qué estás hablando?

—Tú, Konrad y yo. Bueno, y Tommy. En el campamento escolar. Aquella noche, en el bosque.

Tommy sintió cómo su memoria viajaba al pasado para intentar reconstruir escenas, rostros y acontecimientos de hacía más de treinta años, pero ¿cómo iba a conseguirlo? Había intentado borrar adrede todos esos años. Dejarlos atrás. Se había convertido en otra persona, en un hombre de éxito. Al menos hasta que…

—¡Solvig, joder! —estalló Vang, en voz tan alta que tanto Kaare como Tommy dieron un respingo.

—¿Solvig? —Kaare frunció el ceño, como si estuviera dándole vueltas a la teoría de la relatividad—. ¿Jakob Solvig?

Hubo una nueva pausa al otro lado.

—Le destrozamos la vida a ese chico —murmuró Vang, casi inaudible—. Aquella noche se lo arrebatamos todo. Lo atamos al árbol. Lo tiramos al lago. Le lanzamos piedras. Y después… ¿No te acuerdas de lo del balcón? —Vang jadeaba, como si estuviera a punto de echarse a llorar—. He pensado que…

—¿Qué?

—Me avergüenzo hasta la médula de lo que hicimos. Jamás se lo he contado a nadie y no tengo la menor gana de contárselo a la policía, pero he pensado que quizá debería hacerlo…

La voz de Vang se apagó a mitad de la frase. Kaare había pulsado el icono del auricular rojo.

Tommy lo miró.

—¿Has colgado? ¿Por qué diablos lo has hecho?

Kaare se dio dos golpecitos en la sien.

—¡Piensa un poco, joder! Tengo que llamar a ese poli ahora mismo para que compruebe lo de Solvig.

—¡Espera! —Tommy le puso la mano en el brazo—. Vamos a pensarlo un momento.

—¿Pensarlo? —Kaare lo volvió a mirar con esa expresión que lo hacía sentir como un completo idiota, como si no valiera nada, como una masa amorfa de mierda desparramada sobre su alfombra tejida a mano. Pero el que no entendía nada era Kaare. Tenía el móvil en la mano sin ser consciente de que era un arma mortal. Una sola llamada y Tommy estaría acabado. Si Kaare llamaba al investigador y le contaba que estaban chantajeando a Tommy, pondría en marcha una espiral que lo arrastraría directo al infierno.

«¿Con qué te chantajea?», le preguntaría la policía, y entonces tendría que confesarles lo de aquella noche, hacía diez años. No le quedaría otra que hablar de Mira. Tendría que explicárselo todo a Catrine… Pasaría años entre rejas, y entonces…

—¿Es que no lo ves, joder? ¡Puede que el que te chantajea sea Jakob Solvig! —gritó Kaare—. ¡Despierta de una puta vez, niñato inútil!

Tommy alzó la vista. Tenía la visión borrosa y las mejillas húmedas; había empezado a llorar sin darse cuenta.

—Te chorrea la nariz, llorica. Anda, ve al baño a limpiarte mientras yo llamo a este tipo. —Kaare volvió a darle la espalda, sacó una tarjeta del bolsillo de la camisa, la examinó unos segundos y marcó el número.

Entonces Tommy fue testigo, atónito, de cómo su propio brazo trazaba un arco en el aire.

A lo largo de la noche acabaría convenciéndose de que no era esa su intención, que solo había levantado la mano y movido el brazo para impedir que Kaare llamara a la policía. Que, en ese instante, se le había olvidado que tenía la bolsa de deporte en la mano y que, a través del fino nailon, sostenía el *totschläger* con firmeza.

Todos los sonidos se apagaron cuando la bolsa pasó sobre su cabeza. Solo un leve silbido cortó el aire antes de que se estampara con violencia, con todo su peso, contra el hombro de Kaare.

Para su sorpresa, Kaare permaneció en silencio. Debería haber gritado, porque tenía el cuerpo entero torcido y el hombro se le había hundido al menos cinco centímetros, pero se limitó a mirar el hombro destrozado y el teléfono móvil que aún llevaba en la mano, incapaz de soltarlo o levantarlo.

Se volvió hacia Tommy, y este se sorprendió a sí mismo disfrutando del momento. Normalmente, cuando hacía algo irreflexivo, Kaare se le echaba encima con toda su prepotencia y su sarcasmo, y le bufaba un «¿qué demonios estás haciendo?», un «eres un completo idiota» o incluso un «¿así me agradeces todo lo que he hecho por ti?», porque así hablaba cuando estaba enfadado. Y Tommy se había tragado esas humillaciones durante casi cuarenta años. Pero aquel día no iba a hacerlo.

—¿Qué demonios…? —dijo Kaare con terror en la voz, como si tuviera delante a la propia Muerte. A Tommy, aquella inversión de los roles de poder le resultó extrañamente satisfactoria.

Vio a Kaare girarse a cámara lenta y dar un paso tambaleante hacia el cajón entreabierto del escritorio. Lo vio tirar del cajón y tantear en busca de su revólver, el mismo que había conseguido con la misma facilidad «con la que se rascaba el culo», mientras Tommy no era capaz de encontrar ni el culo ni la mano.

Y entonces volvió a suceder: ese silbido casi imperceptible de la bolsa de Tommy y el *totschläger* dibujando un arco en el aire por segunda vez.

Habría esperado un clanc, algo como el sonido de una sandía aplastada entre las fauces de un hipopótamo, pero no fue así. Cuando el *totschläger* lo alcanzó, el cráneo de Kaare sonó como un merengue al romperse. Solo un crujido seco y quebradizo.

El verdadero estruendo llegó cuando Kaare se desplomó de lado, sin doblar las rodillas ni apoyarse con los brazos, y cayó como un árbol talado en el bosque.

Tommy se quedó observándolo mientras yacía en el suelo con el cráneo partido, expresión incrédula y el teléfono móvil aún entre los dedos. Solo apartó la mirada cuando el móvil se iluminó, empezó a vibrar y se escurrió de la mano sin vida de Kaare.

57

CARL

Sábado, 21 de octubre de 2023

Hacía quince años que Carl conocía a Rose, y en todo ese tiempo ella había sido como un camaleón. Un día lucía un peinado punk; al siguiente, maquillaje gótico; al tercero, un traje tirolés. A Assad le gustaba decir que era como un camello de tres jorobas: difícil de montar, pero fácil de reconocer incluso en la distancia. Y en ese momento avanzaba hacia la gran verja de acero de la entrada de personal de la Jefatura con la determinación de un carro de combate.

No era propio de Carl madrugar tanto, y mucho menos un sábado, pero la visita a una joven en el centro de Copenhague la noche anterior le había robado el sueño. Estuvo dando vueltas en la cama hasta que Mona se hartó, lo echó del dormitorio y le dijo que se fuera a dar un paseo o lo que demonios quisiera, con tal de no tenerlo tumbado a su lado.

Así que se levantó, encendió el ordenador y estuvo un par de horas rebuscando en distintas bases de datos de periódicos y en páginas de cotilleo. Ahora tenía algo que compartir con los compañeros del Departamento Q, y no podía esperar.

—¡Bu! —dijo cuando alcanzó a Rose.

Ella se giró, exasperada.

—¡Tú otra vez!

—Es que te echaba de menos, Rosita. —Probó a ganársela a base de zalamería, pero la expresión de ella seguía siendo tan corrosiva como el salfumán.

—¿De verdad creéis que las mujeres nos tragamos esa cursilería barata? Solo te dejo pasar porque traes bollería. —Señaló la bolsa de papel marrón que Carl llevaba en la mano. Luego acercó su tarjeta de identificación al lector y la verja se abrió—. ¿Cómo sabías siquiera que iba a estar aquí? Los demás llegarán dentro de un rato. Ayer, Helena estuvo conmigo en el norte de Jutlandia y Assad en Charis. Estamos hasta arriba de trabajo —gruñó.

—Anoche estuve intercambiando mensajes con Assad. Tengo información que quizá os pueda servir.

—¡Anda! ¿Y se puede saber qué es?

Llegaron al despacho de Rose y, como siempre, Carl se dejó caer en el sofá como si estuviera en su propia casa.

—Ayer me pasé por el antiguo piso de Mira Dam, en la calle Herluf Trolle. Resulta que su amiga íntima, Astrid Kornbæk, aún vive allí. Al principio se mostró bastante hostil; en cuanto mencioné el nombre de Mira estuvo a punto de cerrarme la puerta en las narices.

—Bueno, así reacciona casi todo el mundo al verte el careto. —Rose se miró el esmalte desconchado del pulgar.

—Parecía nerviosa, como si tuviera algo que ocultar, y luego descubrí que sabía bastante más sobre la vida privada de Mira que sus propios padres.

—¿Y no es siempre así? —soltó Rose.

—Puede ser, pero el caso es que Mira tenía un secreto. Tuve que jurarle por la tumba de mi difunta exsuegra que no se lo contaría a nadie.

—¿Tu exsuegra? ¿Ha muerto la madre de Vigga?

—¡Qué va! Karla es inmortal. Mientras tenga su bata, sus cigarrillos y su oporto, no hay tsunami ni pandemia que pueda con ella. —Carl se encogió de hombros—. Resulta que es cierto que Mira tenía novio cuando murió. Aunque quizá «novio» sea mucho decir, porque la relación era secreta por una serie de motivos.

—Déjame que adivine… ¿Estaba casado? —Rose se removió inquieta en la silla.

—Bingo.

—¡Lo sabía! —soltó un bufido—. Los hombres casi nunca tenéis bastante con una.

Carl tuvo que contenerse para no hacer un comentario sobre el propio apetito de Rose por el sexo opuesto. Por lo que sabía, ella solía tener varios frentes abiertos a la vez.

—Pero aún hay más. Según Astrid, la noche en que murió, Mira estaba con ese amante secreto. Habían reservado una habitación, así que no debería haberse puesto al volante. Ella sospecha que se pelearon.

Rose frunció el ceño.

—¿Y por qué nunca se lo contó a los padres de Mira?

—Por respeto a ese hombre. Dijo que ya había sufrido bastante. A raíz de aquello, su vida y su carrera se fueron a pique.

—¿Qué carrera?

—Aquí es donde se pone interesante. Como sabrás, Mira estaba muy implicada en política juvenil y, según me contó Astrid, él le

sacaba diez años y era un político prominente, miembro del Parlamento.

—Suena a abuso de poder puro y duro. ¿Una joven que quiere hacer carrera política y un ministro en activo? Un caso de *MeToo* en toda regla.

Carl se encogió de hombros.

—No digo que no, pero Astrid insistió en que Mira estaba locamente enamorada y que el sentimiento era mutuo.

—Vale, ¿y quién era él?

—Ahí se cerró en banda y no hubo forma de sacárselo. —Carl alzó los brazos, resignado—. Lo intenté todo, pero al final me amenazó con llamar al director de la policía y contarle que voy por ahí, sin placa, haciéndome pasar por investigador. Resulta que la tipa lleva diez años formándose como abogada.

Rose lo miró con ojos vacíos.

—¿Eso es todo? ¿Y dónde está la gracia, si ni siquiera tienes un nombre?

—La gracia está en que el artículo sobre el accidente de Mira no estaba en la caravana por casualidad.

Rose lo miró con aire cansado.

—Podría ser, ¿no? Igual usaron el periódico como aislante, o como alfombra, o qué sé yo…

—Vamos a ver… Aquí en el departamento no solemos tratar las pistas importantes como coincidencias, al menos hasta haber investigado a fondo y confirmado que lo son, y tú eso lo sabes mejor que nadie. —Carl se levantó—. De todos modos, anoche estuve curioseando por Internet.

—¡Vaya! Y fue en el año 2023 después de Cristo cuando Carl Mørck descubrió Internet —se mofó Rose.

Carl reprimió un gruñido. Si seguía así, el veneno de esta mujer acabaría corroyendo las tuberías de ventilación del techo y disolviendo el amianto del pasillo.

—Es bastante sencillo, Rose. ¿Cuál fue el gran escándalo político en los días que rodearon a la muerte de Mira, hace diez años?

Rose se frotó las mejillas.

—¿Qué es esto? ¿Un concurso?

—Tommy Eckert, entonces ministro de Sanidad y gran promesa de los Nuevos Demócratas, fue detenido por conducir borracho y tuvo que renunciar tanto a la cartera de ministro como a su escaño en el Parlamento.

De pronto, Rose levantó la vista con expresión hambrienta.

—¡Mierda, casi se me olvida que traía algo para ti! —Carl abrió la bolsa de papel, sacó dos botellas de plástico con un líquido verde y las plantó delante de Rose.

—Esto no tiene pinta de bollería, Carl. —Miró las botellas como si fueran granadas de mano con el seguro quitado.

—Es zumo recién exprimido, cargado de vitaminas. Lleva jengibre, apio, espinacas, manzana y col toscana. —Evitó mirar el contenido. Aquel brebaje le recordaba a un cruce entre el puré de col rizada de su infancia y un pozo de aguas subterráneas junto a un vertedero de residuos peligrosos.

—¿Col? ¡Ostras, como si no tuviera ya bastantes gases! —Se frotó el estómago.

—Rose, sabes que siempre puedes hablar conmigo. O con Assad, ya puestos. Tienes mala cara. Te noto distraída, apagada, sin

energía. ¿Estás enferma? Cuéntame qué te pasa.

Rose dejó escapar un suspiro.

—¡No me pasa nada! Creía que ya te lo había dicho. Ya *fui* al médico.

—¿Y qué te dijo? ¿Hay algo que puedas hacer para encontrarte mejor? —Carl no solía meter las narices en la vida privada de los demás ni hurgar en sus traumas; eso lo dejaba para Mona. Pero con Rose era distinto; por ella se preocupaba de verdad—. ¿Es grave? ¿Cáncer… o algo psicológico? ¿Has hablado con tus hermanas últimamente?

Rose palideció aún más, si eso era posible, y se llevó la mano a la boca con un gesto que Carl asociaba con las náuseas continuas de Mona cuando esperaba a Lucia.

—No estarás embarazada, ¿no? —se le escapó.

58

CARL

Rose salió del despacho como un torbellino y, un instante después, la puerta del baño del departamento retumbó con tal violencia que hizo vibrar las tuberías de la calefacción bajo el techo. Cuando reapareció tres minutos más tarde, le dirigió a Carl una mirada asesina que dejaba bien claro que la conversación sobre su salud no solo había terminado, sino que más le valía no volver a sacar el tema en lo que le quedaba de vida.

El arrepentimiento no figuraba entre los puntos fuertes de Carl, pero lo que sintió cuando aquella mirada fría como el sótano le barrió el cuerpo de arriba abajo se le parecía bastante. ¿En qué demonios estaba pensando? Preguntarle a una mujer de la edad de Rose si estaba embarazada venía a ser lo mismo que llamarla gorda. Según Mona, todo un pecado mortal, y peor aún en boca de un hombre como Carl, con un *six-pack* que llevaba años jugando al escondite detrás de una generosa capa de michelines.

—¿Has dicho Tommy Eckert? ¿E-c-k-e-r-t? —Rose rebuscó frenéticamente en el bolso hasta dar con una libreta; un verdadero milagro, teniendo en cuenta su estado vegetativo hacía solo unos minutos.

Carl sacó del bolsillo interior una copia impresa de un artículo de Internet de casi diez años atrás.

—Sí, el mismo. Nuestro exministro de Sanidad.

Se dejó caer en el sofá y observó, entre asombrado y satisfecho, la velocidad con la que Rose anotaba «Colegio Laurenti 1988-89» y «Ole Horsten» en lo alto de la pizarra.

—Tenemos que averiguar qué pasó en ese colegio Laurenti de Hillerød —dijo ella—. Ole Horsten dirigía su coro de niños a finales de los ochenta. Ahora sabemos que, además de su propio hijo, también cantaban allí Kaare Berg, ahora director médico de Charis, y un niño llamado Mads-Peter Vang, que es pescador en Hirtshals. A este lo visitamos ayer… —Escribió «Vang» y trazó una línea desde su nombre hasta «Ole Horsten»—. La semana pasada voló por los aires su arrastrero nuevo, carísimo. Usaron C-4.

—O sea, el mismo explosivo de la caravana.

—Eso es. ¿Y qué se encontró en la caravana? Material del reciente programa de adelgazamiento de Charis. —Trazó otra línea entre «Ole Horsten» y «Kaare Berg»—. Y lo que pasó en Charis hace un par de días ya lo sabes, ¿no?

—Murió una paciente de ese programa. Envenenada, según la prensa.

—Exacto. Un escándalo que seguramente signifique el cierre de la clínica. Y aquí tenemos el resto de la lista de los niños del coro en 1989 que nos dio Vang. —Rose se inclinó hacia la pizarra y escribió tan deprisa que hizo chirriar el rotulador—. Konrad Horsten, como ya he dicho. Luego estaban un tal Jesper Mathiesen, Jakob Solvig, Christian Funch y Nikolaj Slot o Sloth, además de Simon Persson y un niño llamado Peter Nielsen. —Se volvió hacia Carl—. Y ya solo me queda un nombre en la libreta. A ver si lo adivinas. —Casi había recuperado el color en las mejillas.

—¿Tommy Eckert?

—¡El mismo! —Rose escribió el nombre en la pizarra y trazó otra línea hacia «Ole Horsten»—. Eckert también cantaba en el coro hace unos treinta y cinco años. Y ahora me dices que la mujer que murió en el accidente de tráfico, la del artículo de Asserbo, era su amante.

Carl se frotó la barbilla.

—Joder, menuda historia… —Cuando aquella tal Gry lo fue a buscar hacía casi dos semanas con ese viejo mensaje del contestador, jamás imaginó acabar metido en semejante torbellino de muertes misteriosas y explosiones devastadoras.

—Esto no es una historia. Es un puto caos. Está claro que hay conexiones por todas partes, pero por más vueltas que le doy, sigo sin ver la lógica. —Rose se quedó pensativa frente a la pizarra—. Si alguien va a por los niños del Laurenti, no tiene muy buen ojo. Acertó con Ole Horsten, pero Vang, Berg y Eckert siguen vivos y coleando. Los que caen como moscas son los que están a su alrededor.

Assad entró en el despacho con una barba de tres días con la que podría lijar tranquilamente treinta metros cuadrados de tarima de madera. Pisándole los talones iba Helena con una barrita de proteínas a medio comer en la mano.

—Muy buen esquema, Rose —dijo Assad tras observar un momento sus garabatos en la pizarra—. Yo también conseguí que el médico me diera una lista de sus antiguos compañeros del coro. Aparte de los que ya tienes, mencionó a Jan Birk Jensen y a Carsten Krogh, pero uno murió de cáncer de laringe en 2011 y el otro vive en Estados Unidos desde 2002, así que no creo que tengan mucho que ver con el caso. —Assad le dio una palmada en el hombro a Carl

a modo de saludo—. Aunque puede que aparezcan más nombres, porque Berg me llamó anoche, pero no llegué a contestar, y cuando le devolví la llamada unos minutos después, me salió ese mensaje automático que usan mis hijas todo el rato: «Ahora no puedo hablar».

Rose le hizo señas para que se sentara en el sofá junto a Carl y cerrara el pico.

—Carl y yo estamos intentando encontrar alguna conexión entre los miembros del coro y los muertos —dijo—. Parece que el denominador común son los niños del coro, pero no son ellos las víctimas; bueno, lo son de forma indirecta.

—¿Podemos volver a escuchar la llamada de emergencia al municipio? ¿Qué dice *exactement* el hombre de la grabación?

Helena señaló a Carl con su barrita de proteínas y él sacó el móvil a regañadientes. Su plan había sido largarse en cuanto les contara su conversación con la amiga de Mira, pero allí seguía, escuchando por centésima septuagésima vez la llamada de emergencia de Jette Horsten.

—«En su día no asumiste tu responsabilidad. Ahora seré yo quien te haga cargar con una responsabilidad que no te dejará vivir» —repitió Helena cuando terminó la grabación—. El autor intenta que Ole Horsten se enfrente a algo relacionado con la responsabilidad.

—¡No me digas, Sherlock! —Rose puso los ojos en blanco—. Pero ¿responsabilidad de qué? ¿O de quién?

—Creo que el agresor trató deliberadamente de que el intento de asesinato de Jette Horsten pareciera obra de su marido —Carl salió en defensa de Helena—. No bastaba con que Ole asumiera la

responsabilidad; también debía quedar señalado como responsable ante la opinión pública.

—¿Y eso por…? —Rose no parecía muy convencida.

—Fíjate bien en lo que dice. Es un castigo: «En su día no asumiste tu responsabilidad». El autor es alguien a quien Horsten falló, traicionó o dejó tirado de alguna manera, así que ahora quiere darle una lección de responsabilidad.

—¿Crees que es alguien del coro?

Carl se encogió de hombros.

—Parece que Laurenti es el único denominador común, porque vuestro amigo el pescador no tiene nada que ver con la clínica privada, ¿verdad?

—No. —Rose señaló la pizarra—. Pero sigo sin ver el patrón. La tripulación de Vang vuela por los aires y él sobrevive. Envenenan a una paciente de Charis aparentemente elegida al azar en vez de al propio Kaare Berg. Muere la joven amante de Tommy Eckert, pero él sigue ahí.

—«Seré yo quien te haga cargar con una responsabilidad que no te dejará vivir», dice —intervino Helena—. Mirad, yo no creo que nuestro autor haya fracasado en sus objetivos. Creo que eligió a propósito a personas del entorno de los niños del coro. Sí, Vang y Berg aún están vivos, pero se enfrentan a una responsabilidad que les será muy difícil de llevar. Su reputación está por los suelos; el esfuerzo de toda una vida reducido a escombros, y tendrán suerte si vuelven a encontrar trabajo alguna vez. —Se puso en pie. Tenía las mejillas encendidas y la voz quebrada, y los brazos le colgaban inertes a ambos lados del cuerpo—. Si de verdad quieres castigar a alguien, no lo matas. Le haces daño a sus seres queridos, a aquellos

por los que vive, aquellos que están bajo su responsabilidad. —Su voz adquirió un tono áspero—. Vivir con eso es peor que morir, ¿no lo veis? Cargar con esa responsabilidad. Con esa culpa.

Carl la estudió con la mirada, desconcertado. ¿A qué venía aquel arrebato? No podía ser solo el temperamento del sur de Europa. Había algo más.

—Es una idea que merece la pena tener en cuenta —reconoció, lo que le valió una mirada fulminante de Rose—. A ver, Rose, piénsalo. La joven amante de Eckert muere justo una noche que iban a pasar juntos. ¿Y si ese accidente no fue un accidente? ¿Y si lo provocaron, no tanto para matar a Mira como para destrozar a Tommy Eckert?

Ya menos reticente, Rose se encogió de hombros, se sentó frente al ordenador y le hizo a Helena un gesto cansado.

—Muéstrales el vídeo de Ane.

Assad y Carl intercambiaron una mirada interrogante.

—El oficial de máquinas del arrastrero le envió un vídeo a la mujer de Vang poco antes de que el barco zarpara y explotara —dijo Helena mientras sacaba el móvil—. Tenían un *affaire*, pero eso es otra historia. Lo importante es el trasfondo; es en eso en lo que debéis fijaros. —Se mordió el labio, pensativa, mientras Carl y Assad veían el vídeo un par de veces—. Tengo la sensación de que ya he visto antes a este hombre, pero no consigo *sitiarlo*.

—Igual que yo, Helena —dijo Assad, dándose un golpecito en la sien—. Tampoco consigo *sitiarlo*.

—¡«Situarlo»! —Carl y Rose los corrigieron al unísono.

—¿Podemos difundir el vídeo? —preguntó Helena—. Alguien podría reconocerlo por su forma de andar o por la ropa.

—No serviría de nada. La calidad es pésima —lamentó Carl. Había visto ya demasiados casos de vídeos y fotos borrosos cuya difusión solo había servido para señalar a inocentes y generar una avalancha de pistas inútiles para la policía.

—A todo esto, hay un nombre interesante en la pizarra del que aún no hemos hablado —observó Rose mientras sus ojos recorrían la pantalla a toda velocidad—. Vang nos comentó que se acordaba sobre todo de Mathiesen, Funch, Sloth, Persson y Nielsen porque también venían de lejos, pero en el día a día pasaba más tiempo con Jakob Solvig y Tommy Eckert. A Eckert ya lo tenemos en el radar…, pero ¿qué ha sido de ese Jakob Solvig? —Levantó la vista un instante—. ¿A que no se os había ocurrido? Pues acabo de consultar el registro civil y resulta que en 1979 nació en Bornholm un Jakob Solvig, hijo de Karen Solvig y… —hizo una pausa calculada— del dinamitero Gunnar Solvig.

—¿Un dinamitero? ¿De las canteras de granito de por allí? Joder… —Carl se palpó los bolsillos con la esperanza de encontrar en el forro alguna colilla olvidada—. ¿Y qué más sabemos de este Jakob?

—Un segundo. —Rose tecleaba con tanta energía que Carl sintió lástima por el teclado—. En 2003 se cambió el nombre a Jakob Gade. Está soltero y, según el padrón, vive en Vanløse; veo que el piso pertenece a una de esas grandes sociedades de vivienda. —Siguió golpeando las teclas—. Parece que es periodista; en cualquier caso, trabaja en el *Morgenavisen*. Hostias… —Se dejó caer hacia atrás en la silla—. ¿A que no adiviináis sobre qué ha estado escribiendo en los últimos años?

Assad y Helena se encogieron de hombros a la vez.

—Resulta que firmó unos cuantos artículos del *Morgenavisen* contra la Clínica Privada Charis, esos a los que les echamos un vistazo el otro día.

A Carl se le escapó un silbido.

—¿Tienes una foto del tipo?

Rose giró la pantalla para que los otros tres pudieran verla. La foto mostraba a un hombre en la cuarentena, con el pelo moreno peinado hacia atrás y los ojos muy juntos.

Assad echó la cabeza hacia atrás de golpe.

—¡Es él! —Le dio un golpecito en el brazo a Helena—. Es el tipo que vimos en Charis, el que entró en el almacén de medicamentos.

Helena se quedó helada unos segundos. Luego sacó el móvil, volvió a reproducir el vídeo del oficial de máquinas enamorado y lo detuvo justo cuando el desconocido se bajaba del *Maren II*.

—¿Es él? —Giró el móvil hacia Assad—. Tú lo tuviste más cerca. A mí me parece que sí.

Assad se levantó de un salto.

—¿Lo llevamos ya a comisaría? —Buscó la mirada de Carl—. ¿Tú no irías a por él?

—¡Eh, para el carro! —Rose también se había puesto en pie—. Para la prisión preventiva hacen falta pruebas, y no tenemos ni una miserable huella dactilar. Desconocemos el móvil. No sabemos cuántas personas hay en la lista de Jakob Gade ni a quién persigue. ¿Qué demonios pasó entre esos chicos del coro para despertar en él tanto odio?

—Tuvo que ocurrir algo en el colegio mientras estudiaban allí. Quizá deberíais ir a Laurenti para ver qué podéis averiguar —propuso Carl.

Assad asintió.

—Vale. Salimos para Hillerød ahora mismo.

—Helena no se va a ninguna parte.

Una voz inesperada los hizo girarse. En el umbral estaba Terje Ploug con una expresión seria que Carl, por desgracia, conocía demasiado bien.

59

JAKOB

Noviembre de 1989

Acababa de rendirse cuando algo pesado lo golpeó en la nuca.

El dolor del impacto le hizo abrir los ojos y, al aspirar, tragó una bocanada de agua del lago, que le supo a tierra y podredumbre. Furioso por verse arrancado de aquel estado de paz en el que estaba inmerso, agitó los brazos y las piernas hasta que su mano tocó algo duro. Se aferró con fuerza y consiguió sacar la cabeza a la superficie. Entonces jadeó desesperado en busca de aire, como si quisiera inhalar el cielo entero de una sola vez, y en ese momento comprendió que aún no estaba muerto: su aliento oscilaba como humo blanco sobre el espejo oscuro del agua. Vio algo moverse en la orilla, un destello claro que desapareció entre los árboles, engullido por las sombras.

Forcejeó hasta colocarse el salvavidas al que se había agarrado, resbaladizo y cubierto de moho, bajo el pecho. Las manos, entumecidas por el frío, apenas lo obedecían, pero aún podía patalear, y vio con alivio que el borde del embarcadero estaba cada vez más cerca. Encontró una rendija entre dos de las tablas, se impulsó con todas sus fuerzas y logró alzar el torso desnudo sobre el embarcadero. El frío le había agarrotado los músculos, pero tenía

que levantarse como fuera. Como decían Asger y Lise, un talento como el de Jakob no era fruto del azar, y cuando uno estaba destinado a algo más grande, no podía quedarse allí tirado muriéndose de frío. Así que se alejó del embarcadero a rastras, se puso en pie con las piernas temblorosas y dio con los pantalones del pijama. Apestaban a orina y estaban manchados de tierra. La camisa seguía en el lago, pero con solo ponerse algo sobre la piel mojada y protegerse la entrepierna desnuda del frío y de los matorrales del bosque se sintió mejor. Se abrazó el pecho escuálido y, descalzo, avanzó a trompicones entre los árboles mientras trataba de convencerse de que lo peor había pasado ya.

Esta vez lo contaría todo. Les describiría a los adultos cada detalle de lo ocurrido, y ellos lo protegerían, porque para eso estaban los adultos: para cuidar de los niños. Les diría que Berg, Konrad, Tommy y Vang eran los responsables. Cuando se supiera que lo habían arrastrado por el bosque, que le habían meado encima y que lo habían atado a un árbol antes de arrojarlo al lago helado solo porque envidiaban su talento excepcional, los expulsarían del colegio hundidos en la vergüenza y la deshonra. En cambio, él se sobrepondría a aquellas humillaciones. Haría del canto el centro de su vida, sería un cantante famoso y admirado y, con el tiempo, aquella noche de terror no sería más que un recuerdo difuso, una anécdota macabra que contar a sus hijos. Eso pensaba mientras caminaba solo por el bosque y eso seguía en su mente cuando el edificio del campamento escolar empezó a dibujarse en la oscuridad.

De adulto llegaría a culparse de aquella ingenuidad desesperada. Pero ¿cómo iba a saber que la noche no había hecho más que empezar?

Los oyó en el mismo instante en el que empujó la puerta cortafuegos que daba al ala de los dormitorios. Sus voces susurrantes flotaban por el largo y oscuro pasillo. Berg y Konrad sonaban alterados, mientras que el tono de Vang era más agudo de lo habitual, casi suplicante.

—¿Y si se ha ahogado? ¡Hay que despertar a los profesores! —La voz de Vang se quebró.

—Tú te callas la boca, ¿entendido? Si nos preguntan, diremos que quiso venir con nosotros al bosque, que nos perdimos y que entonces él se cayó al agua.

Jakob reconoció el aire de superioridad de Konrad.

—¿No podemos irnos a la cama? —protestó Tommy—. Estoy hecho polvo.

Jakob casi no sabía si le resultaba más gratificante escuchar a sus acosadores peleándose entre sí o sentir el calor que le envolvió los hombros desnudos en cuanto entró en el edificio. Solo tenía que atravesar una puerta y avanzar por el pasillo para llegar al cuarto de la profesora de guardia. La despertaría a sacudidas y se lo contaría todo. Se armaría un buen escándalo cuando el director del coro se enterara por la mañ…

De pronto, el picaporte le resbaló de los dedos helados y la puerta cortafuegos se cerró de golpe tras él.

—¿Qué demonios…? —Berg salió de un rincón con Konrad pisándole los talones—. Anda, mirad qué hay aquí. ¡Si es el monstruo del lago Ness!

Se acercaron sin hacer apenas ruido, como depredadores.

Jakob levantó los puños a la altura del pecho.

—Se lo voy a cont… —intentó balbucear entre escalofríos.

—¡Tú no vas a contar nada, joder! —Berg se inclinó hacia delante hasta que tuvo los ojos a un par de centímetros de los de Jakob—. Una sola palabra a la profesora de guardia y estás acabado, cara de rata.

Jakob dio un paso atrás.

—Se lo diré a Horsten cuando venga mañana.

—¿Ah, sí? —Berg ladeó la cabeza—. ¿Te crees el niño bonito del director? —Se volvió hacia Konrad—. ¿Tú qué dices, Horsten júnior?

Konrad intentó reírse, pero no le salió.

—Tenías que haberte ahogado ahí fuera. —Berg apretó los puños —. Yo me merezco ese solo del concierto de Navidad tanto como tú.

Vang se acercó por detrás de Berg y miró a Jakob sin dar crédito a lo que veía.

—¿Conseguiste salir del agua?

—Sí, y ahora tenemos un problema. —Berg dio un par de pasos adelante y atrás—. El niñato quiere chivarse a Horsten.

—¿A Horsten? —Tommy sonaba asustado—. ¡Nos va a matar, jolines!

—Sí, a ti puede que sí —bufó Konrad—. ¡Tenías que haber cerrado con llave para que no pudiera entrar, imbécil!

—¡Ya vale! —Berg alzó una mano para frenar a Konrad.

—¡Tú cállate! ¡Siempre estás protegiendo a este mocoso de mierda! —gritó Konrad.

—¿Y ahora qué vais a hacer? —Vang tiró del cuello de su jersey, claramente incómodo—. Son las tres y media de la mañana.

—Echarlo fuera y cerrar la puerta. Así aprenderá. —Konrad agarró del brazo a Jakob, que apenas tuvo fuerzas para oponer resistencia.

—¡Mira quién fue a hablar de imbéciles! —replicó Tommy—. En cuanto lo echemos, no tendrá más que dar la vuelta al edificio y llamar a la ventana de la profesora de guardia. —Le sacó la lengua a Konrad a espaldas de Berg.

Berg se giró y lo miró fijamente.

—¿Tienes tú una idea mejor?

Tommy se desinfló como un globo pinchado.

—Pues venga. Hay que pensar algo antes de que se despierte alguien.

—El balcón. —Los ojos de Konrad se iluminaron—. Hay un balconcito en la sala de lectura del edificio principal. Ahí no lo podrá oír nadie. Mañana diremos que estábamos jugando al escondite y que nos cansamos de buscarlo.

El pánico sacudió a Jakob como un calambrazo.

—No…, esperad. ¿No puedo beber un poco de agua? ¡Me estoy muriendo de sed! —dijo asustado, pero Konrad le tapó la boca con la mano y tiró de él.

Lo arrastraron por el pasillo, escaleras arriba, hasta una sala a oscuras.

—¡Soltadme! —intentó gritar, pero la mano de Konrad le apretó la boca con más fuerza. Sabía a sal y a ácido, a sudor y nervios.

Jakob se resistió todo lo que pudo cuando abrieron la puerta del balcón. Clavó los pies contra el marco, echó el cuerpo hacia atrás y empujó con todas sus fuerzas. El aire frío lo golpeó de frente. Sabía que tenía que volver dentro, al calor. Si helaba, se moriría: tenía los pantalones empapados y el torso desnudo. Pero los chicos mayores eran demasiado fuertes y acabó perdiendo el equilibrio. Cayó sentado sobre el hormigón del balcón y un dolor punzante le subió

por la columna. Iba a gritar, pero entonces algo mucho peor captó su atención: el ruido de la puerta cerrándose a su espalda y el sonido seco del pestillo al echarse.

Logró ponerse en pie y golpeó la puerta cerrada con todas sus fuerzas, olvidándose por un instante del frío que lo envolvía, pero la profesora de guardia no podía oírlo desde allí. Llamó entonces a los cuatro niños, gritó sus nombres y les suplicó clemencia, pero no sirvió de nada. Se habían marchado y lo habían vuelto a dejar solo en el frío de la noche.

Cuando ya lo había dado todo por perdido, un rostro se asomó tras el cristal.

Sintió un alivio inmenso al ver que aquellos ojos que brillaban en la oscuridad eran los de Mads-Peter Vang. Señaló el pestillo al otro lado de la puerta y le indicó por señas que solo tenía que descorrerlo para dejarlo entrar. Jakob no pudo evitar sonreír. Fue Vang quien le lanzó el salvavidas en el lago y confiaba en que esta vez también lo ayudaría. Pero Mads-Peter se quedó paralizado, mirándolo indeciso durante unos segundos interminables. Entonces bajó la mirada, retrocedió tres pasos y desapareció.

De espaldas a la puerta, Jakob se deslizó hasta sentarse en el suelo y se abrazó las rodillas. Permaneció así un buen rato hasta que poco a poco fue cayendo de lado sobre el suelo frío. Acurrucado en un rincón del balcón, quedó casi a resguardo del viento y notó que desde la pared le llegaba a los pies un poco de calor.

No tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado en el suelo, medio dormido, cuando alguien descorrió el pestillo y entreabrió la puerta. Una mano con un lunar en forma de corazón dejó algo en el suelo y enseguida volvió a echar el pestillo.

Era una cantimplora azul de plástico con un tapón naranja de rosca.

Jakob logró incorporarse hasta alcanzar la cantimplora. Casi no pudo creer su suerte al comprobar que estaba templada. La abrazó contra sí, primero contra el pecho y luego contra el vientre, para que su cuerpo absorbiera todo el calor posible. Tenía los dedos tan fríos, la garganta tan seca y dolorida de tanto gritar, y tal ansia por beber que al principio ni siquiera fue capaz de agarrar bien el tapón.

El líquido desprendía un olor fuerte, a hierbas. Era té. Se llevó la cantimplora a los labios y bebió con desesperación. Le quemó la garganta, pero no tardó en comprender que no era porque la bebida estuviera demasiado caliente. Le quemaba de otra forma, más áspera. Y además tenía un sabor horrible, demasiado ácido.

Se inclinó hacia delante y con arcadas intentó retener el líquido en la boca para escupirlo, pero el esófago se le contrajo hasta que no tuvo más remedio que vomitar, y entonces aquella sensación de ardor se transformó en sabor a sangre.

60

TERJE

—¿Qué pasa? —Los ojos de Helena chisporroteaban bajo el espeso flequillo. Terje no la conocía lo suficiente como para saber si era de rabia o de tensión; en cualquier caso, estaba molesta—. Acabamos de identificar a un sospechoso en el caso Horsten. ¿Qué puede ser tan urgente? —Lo miró como lo haría un crío obstinado.

—Siéntate. —Terje señaló una de las dos incómodas sillas de la estancia.

La había llevado a un viejo despacho de la planta baja de la Jefatura de Policía, donde una mesa cubierta de grafitis, un cenicero y dos sillas con la chapa de teca astillada formaban todo el inventario entre las paredes amarillentas y desconchadas.

Helena tomó asiento con expresión terca, y en el fondo Terje la comprendía. No solo había ido a buscarla a su departamento como un director que saca de clase a un alumno conflictivo para cantarle las cuarenta en su despacho, sino que lo había hecho delante de Rose y Assad, y de Carl Mørck, hiciera lo que hiciese ese hombre en el sótano de la Jefatura un sábado por la mañana.

Helena se sentía humillada, pero a Terje no le había quedado otro remedio porque los peritos forenses acababan de comunicarle algo que lo había dejado conmocionado.

—Se trata de los asesinatos de Marje Bakker, la dueña de TaTo, y de Knud Nilsen, su auditor. Como ya sabrás, estamos trabajando con la hipótesis de que el mismo autor está detrás de ambos crímenes. —Terje estudió detenidamente el rostro de Helena para descifrar su reacción, pero ella, con expresión neutra, se limitó a sostenerle la mirada sin desviarla ni un milímetro.

—*Oui*?

—Hemos volcado el móvil de Marje Bakker y pedido el historial de llamadas a la compañía telefónica. Justo antes de que le dispararan y la asesinaran, Marje recibió un mensaje en holandés en el que el remitente le decía que quería hablar con ella y que la estaba esperando en la puerta trasera de la panadería.

—¿Y por eso se fue a la trastienda?

—Eso parece. Y sabemos que conocía al autor de los hechos, porque ya había tenido contacto con ese mismo número. Los peritos han encontrado mensajes de Marje diciendo que «no quería seguir con esto», y que iba a «ir a la policía», a lo que el destinatario le respondió, con términos muy gráficos, que era muy mala idea. —Terje dibujó con la mano derecha la silueta de una pistola.

—¿Se comunicaban en holandés?

—En galimatías, diría yo.

—¿En gali… qué? —Las cejas de Helena se arquearon.

—Según los peritos, los mensajes están en una mezcla de holandés, inglés y francés. Un auténtico batiburrillo gramatical. También volcaron el móvil y el ordenador del auditor, y todo apunta a que tenía información que acabó costándole la vida. Vemos que, hace casi año y medio, Knud Nielsen le envió a Marje un mensaje de WhatsApp que decía, y cito textualmente: «Yo esto no lo puedo

firmar». Luego hubo un intercambio algo agitado de mensajes que, para resumir, terminó cuando ella le ofreció «cincuenta pastelitos de almendras». —Terje dibujó unas comillas en el aire y hojeó su libreta —. El auditor ya detectó irregularidades en las cuentas de 2022 y le escribió a Marje que no entendía cómo los gastos de personal de TaTo podían ser tan bajos cuando él mismo había visto a varios trabajadores en la panadería.

—Entonces, ¿Marje Bakker estaba blanqueando dinero?

—Esa es la teoría, sí. En un momento dado le escribió al auditor que «los cincuenta pastelitos de almendras estarán listos mañana», tras lo cual no volvieron a comunicarse, pero las cuentas de 2022 se aprobaron con la firma de Nilsen, sin objeciones, y lo mismo sucedió esta primavera de 2023. Creemos que «cincuenta pastelitos de almendras» era un código para cincuenta mil coronas en efectivo, que Knud Nilsen recibió a cambio de hacer la vista gorda.

—Pero ¿Marje se había echado atrás?

—Eso parece por sus últimos mensajes —asintió Terje—. Probablemente firmó su propia condena y la del auditor cuando los amenazó con acudir a la policía.

—¿A quiénes? No creo que esto sea cosa de una sola persona… Huele a crimen organizado, *non*? —Helena se inclinó hacia delante —. Pero ¿por qué me has traído aquí de esta manera?

Terje midió sus palabras antes de responder.

—Esa es la cuestión, Helena. ¿A quiénes? Pensaba que tal vez *tú* me lo podrías aclarar.

—¿¡Yo!?

Su asombro parecía tan sincero que Terje renunció a seguir haciendo de poli malo. No se sentía cómodo en aquella situación;

durante años había tenido la poco grata tarea de investigar a un compañero cercano, aunque de lo más problemático —Carl Mørck—, por delitos graves. Al final, todo aquel embrollo había resultado ser producto de conspiraciones y confabulaciones maliciosas, y no le habían quedado ganas de volver a pasar por eso.

Carraspeó.

—Esta mañana he recibido una serie de resultados de los peritos que parecen guardar relación contigo y tu pasado.

—¿Conmigo? —Helena parecía a punto de echarse a reír en cualquier momento.

Terje alzó la mano para frenarla.

—Sí, contigo. Dentro de un momento te presentaré lo que han descubierto los peritos, y espero que respondas con sinceridad a todas mis preguntas. No olvides que te contraté y te asigné al Departamento Q porque confiaba plenamente en tus capacidades, tu honestidad y tus intenciones, así que espero que no me defraudes y colabores conmigo. ¿Te parece?

Helena lo miró sin bajar la guardia y luego hizo un gesto vago con la cabeza que Terje decidió interpretar como una afirmación.

—Hace unos días encontramos en la cuneta de la autopista de Lyngbyvej una pistola sig Sauer, que ha resultado ser justo el arma que se usó tanto en el asesinato de Marje Bakker en Østerbro como en el caso del auditor Knud Nilsen en Hvidøvre. Está comprobado que es el arma que disparó tanto el proyectil que tú recuperaste de la masa de pan de centeno en TaTo como el que encontramos incrustado en la pared del salón del auditor.

Helena entrecerró los ojos.

—¿Y…?

—Hemos hablado con peritos de toda Europa y parece ser que esta misma arma ya se usó en otro acto criminal hace muchos años. En 2011, para ser exactos. —Terje se detuvo un instante para observarla—. Helena, esta pistola, esta misma sig Sauer, fue con la que te apuntaron y te dispararon a ti.

Los ojos de Helena vacilaron un instante. Se inclinó sobre la mesa.

—*Ce n'est pas possible.* —Le temblaba la voz.

Terje chasqueó la lengua con discreción. Él había reaccionado con el mismo escepticismo cuando recibió la información sobre la coincidencia balística, pero la conclusión de los peritos no dejaba lugar a dudas.

—Helena, sé que en 2011 te dispararon en la espalda durante un operativo policial. Y aquí viene lo curioso, porque cuando hace más o menos una hora hablé con tus antiguos compañeros de Lyon, les costó muchísimo encontrar un informe detallado de ese incidente. El amable agente que me atendió me confirmó que en sus archivos lo único que consta es un informe balístico con unas cuantas anotaciones al margen y el nombre de la víctima tachado. Por suerte, el hombre llevaba allí el tiempo suficiente como para acordarse del caso. Y también de ti. —Terje siguió hablando sin dejar de observarla. Helena no abrió la boca; miraba fijamente al vacío y respiraba de forma entrecortada—. Los informes sobre incidentes concretos, y más aún cuando una agente de policía resulta herida de gravedad, no deberían desaparecer así como así, ¿no crees? Aunque… —Terje tamborileó con suavidad sobre la mesa—. Supongo que todo es posible si el padre de esa agente es el mandamás del distrito policial.

Helena levantó la vista, incómoda, al tiempo que Terje entrelazaba las manos sobre la mesa.

—Helena, sé que fuiste testigo de un crimen. Un secuestro fallido, según tengo entendido. Ibas persiguiendo a los delincuentes en tu propio vehículo, hubo un tiroteo y resultaste herida. —Los ojos de Helena seguían fijos en las manos de Terje—. Ahora vas a contarme con calma todo lo que sabes sobre ese caso, porque necesito entender cómo es posible que una pistola que se usó contra ti en Lyon hace doce años aparezca de repente como el arma homicida en dos casos de asesinato aquí, en Copenhague.

—No tengo ni idea. —Helena volvió a levantar la vista. Un espasmo nervioso le hizo temblar una ceja—. Debe de ser una coincidencia.

—¡Helena, tengo que saberlo todo! —La irritación de Terje iba en aumento. Había dos asesinatos, dos ejecuciones en toda regla, marcados como «sin resolver» en su tablón de Teglholm y ni por asomo pensaba dejar que eso arruinara su tasa de casos resueltos —. ¿Qué pasó exactamente? ¿Quiénes eran los delincuentes? ¿Qué aspecto tenían? ¿Cómo se produjo el tiroteo? ¿Respondiste a los disparos? ¿Cómo diablos consiguieron alcanzarte por la espalda en medio del fuego cruzado?

Helena se levantó bruscamente.

—¡Basta ya! —Su voz retumbó en la sala semivacía.

Terje necesitó unos segundos para recuperar la compostura.

—Creo que no has entendido lo grave que es esto. Tengo dos asesinatos que resolver y un arma homicida que, por alguna extraña razón, está vinculada a un caso en el que tú estás involucrada. —Él mismo notó lo acusatorio que sonaba, como si fuera Helena la

asesina de la dueña de la panadería, y supo que debía moderar el tono si no quería que ella se cerrara en banda—. Necesito que me digas por qué viniste a Dinamarca —dijo, ya más calmado—. Tendrás que reconocer que tu llegada resulta sospechosa a la luz de esta nueva información. ¿Estás aquí para hacer tus propias investigaciones privadas? ¿O corrías peligro en Francia?

—No puedo contarte más —intervino Helena, con la voz reducida a un susurro—. No me atrevo.

Terje se levantó y rebuscó en los bolsillos hasta encontrar su cigarrillo electrónico. No entendía a qué venía tanto misterio. A Helena le habían disparado en servicio; otros policías no habrían dejado pasar la oportunidad de presumir de ello y contar la hazaña a la primera de cambio.

—¿Puedo irme ya? —Señaló la puerta—. Tengo que pensar.

El jefe de Homicidios dio una calada y expulsó una nube de vapor con un suspiro de fastidio.

—Evidentemente, no puedo obligarte a nada. Pero si no eres capaz de mostrarme la confianza suficiente como para compartir información que podría ser decisiva en dos asesinatos sin resolver…, pues entonces no puedes trabajar aquí. Eso sí lo entiendes, ¿verdad? —Helena no se movió—. ¿Entiendes lo que te digo, Helena? —insistió Terje—. El lunes por la mañana te presentas en mi despacho y me lo cuentas todo sobre el incidente. Con pelos y señales. De lo contrario, tendrás que recoger tus cosas y dejar la policía danesa.

Terje se dirigió a la puerta y puso la mano en el picaporte, pero vaciló un instante antes de abrir.

—¿Lo entiendes, Helena?

Por un momento, Helena no se movió. Luego asintió sin mirarlo y salió sin decir palabra.

61

ASSAD

Assad miró de reojo a Helena mientras atravesaban la verja del colegio Laurenti.

Durante todo el trayecto había permanecido taciturna en el asiento del copiloto, oculta tras las gafas de sol y con una mueca de dolor dibujada en la boca. Apenas había pronunciado una frase coherente desde que salieron de la Jefatura.

El hecho de que Terje se la hubiera llevado del sótano para mantener una «conversación confidencial» tampoco ayudó a mejorar el ambiente en el departamento. Cuando Helena regresó, Rose trató de sonsacarle el contenido de la reunión con tal insistencia que Helena acabó pidiéndole que se metiera de una vez en su *tête de noeud* que aquello no era asunto suyo. Rose replicó con aspereza que ella entendía francés perfectamente y que de ninguna manera iba a aceptar que la llamara «imbécil», a lo que Helena respondió que la traducción exacta era más bien «gilipollas integral». Y así habían puesto rumbo a Hillerød.

Assad dedujo de aquel silencio que el tema de la conversación con Terje había sido el futuro de Helena en la policía, pero no sabía si su expresión consternada se debía a que tenía que marcharse del Departamento Q o, por el contrario, a que Terje le había pedido que

se quedara con ellos en el sótano. Y ahora mismo no tenía agallas para indagar en ello.

Una mujer menuda con chaqueta de *tweed* y un cardado digno de una película de los ochenta esperaba impaciente delante de la imponente escalinata de la entrada principal. Después de presentarse como la secretaria del colegio, los condujo al interior del edificio, por un largo pasillo que hacía eco, hasta la oficina.

—El director del colegio lamenta no poder estar aquí. Tendrán que conformarse conmigo —dijo mientras intentaba poner en orden el contenido de varias carpetas colgantes amarillentas esparcidas sobre el escritorio—. Espero que no nos lleve demasiado tiempo. El coro de niños va a cantar en el castillo de Kronborg dentro de unas horas. Es el concierto de toma de posesión de Konrad Horsten, y en los treinta años que llevo aquí jamás me he perdido una actuación.

La mujer se había puesto unas gafas de lectura con montura dorada que le hacían unos ojos enormes.

—Treinta años… Entonces, usted aún no estaba aquí en el curso 88-89, ¿verdad? —Helena se apartó de una pared con fotografías enmarcadas del coro de niños, la más antigua de las cuales parecía de los años treinta, y se volvió hacia la secretaria.

—No. Y por eso tampoco conozco a los alumnos por los que preguntan —respondió con una leve sonrisa—. Aparte de Konrad, claro. ¡Qué curioso que haya seguido los pasos de su padre! Horsten hijo está muy orgulloso, y es normal. Es un puesto importante, con una gran tradición y una responsabilidad enorme. —Se llevó la mano al corazón con gesto conmovido.

Assad señaló los papeles manuscritos sobre el escritorio; a primera vista, le parecía que era incapaz de descifrarlos.

—¿No tiene nada en formato digital? —preguntó.

La secretaria negó con la cabeza.

—Digamos que en esto de la transición digital no vamos precisamente a la cabeza. Tuve que bajar al sótano para encontrar estas carpetas llenas de polvo, y hasta dudo que sea legal que después de tantos años conservemos datos personales de este tipo. —Insegura, miró a Helena y luego a Assad.

—Tranquila, no pensamos chivarnos al departamento de chupatintas —dijo Helena, cortante.

La mujer miró la hora en el reloj de pared y abrió la primera carpeta.

—Puedo confirmar que a finales de los ochenta tuvimos en el colegio alumnos con los nombres de Mads-Peter Vang, Kaare Berg, Tommy Eckert y Jakob Solvig. Por lo que veo, solo Berg y Eckert completaron aquí los estudios. Y Konrad, claro. Los otros dos se cambiaron de colegio unos años antes.

—Nos interesa sobre todo Jakob Solvig. ¿Qué nos puede contar? —preguntó Assad.

La secretaria se acercó a una de las carpetas colgantes y extrajo unos papeles.

—Jakob Solvig estuvo en Laurenti de agosto de 1988 a diciembre de 1989. Venía de un colegio público de Allinge y empezó aquí en cuarto. —La mujer le dio la vuelta a una ficha bastante gruesa con los datos básicos del alumno para que Helena y Assad también pudieran leerla.

Según la ficha, ese Jakob había nacido en junio de 1979; el número de identificación personal coincidía con el del periodista ahora apellidado Gade.

—En cuarto… ¿Vivía aquí en el colegio? —preguntó Assad.

—No. El internado se cerró en 1978 y luego se pasó a un sistema de voluntarios que acogían en sus casas a los pocos alumnos que no tenían familia cerca.

—¿Una especie de padres adoptivos?

—El término correcto es «familias de acogida». Muchas veces eran parejas sin hijos o matrimonios de más edad con los hijos ya independizados. Era un sistema muy bueno; a menudo se creaban lazos para toda la vida entre los niños y su familia de acogida.

—¿Tiene el nombre de la familia de acogida de Jakob?

—Sí. —La secretaria hojeó los documentos—. Vivía en casa de Asger y Lise Ritter; un matrimonio que regentaba la farmacia de Fredensborg.

—¿Ritter? —Assad y Helena intercambiaron una mirada. Assad vio en sus ojos que estaba reviviendo mentalmente la explosión de Asserbo: el impacto, la sensación de quedar aplastada contra el suelo.

La secretaria alzó la vista.

—¿Ocurre algo? Puedo asegurarles que ese matrimonio de acogida cumplía todas las normas habidas y por haber. Tenían mucha experiencia: tuvieron a su cargo a cinco o seis niños en un período de veinticinco años, pero después de Jakob Solvig lo dejaron. Fue una lástima, porque todo el mundo hablaba muy bien de ellos.

—¿Por qué lo dejaron? —preguntó Helena.

—Supongo que era demasiado duro a nivel emocional. Uno acaba encariñándose con los chiquillos.

Helena señaló los papeles con impaciencia.

—Esto que dice aquí de Jakob Solvig…, que abandonó el colegio después de apenas año y medio, ¿es normal?

Por la expresión de la secretaria, era evidente que no pensaba dejarse intimidar.

—Digamos que el niño promedio pasa entre cinco y seis años buenos en el coro. Normalmente llegan a Laurenti con ocho o nueve años. Cuando cumplen catorce o quince, a la mayoría les cambia la voz y entonces pasan el resto de su etapa escolar en el «coro de voces graves», que, siendo sinceros, no es una gran experiencia.

—Pero Jakob Solvig se fue a mitad de curso cuando tenía… ¿Cuántos años? ¿Diez?

La secretaria se rascó la melena cardada y sacó de entre la pila de documentos una hoja de papel azul claro con una caligrafía peculiar que, en opinión de Assad, se parecía más al alfabeto árabe que al latino.

—Enfermó —dijo una vez que examinó el documento—. El colegio Laurenti cuenta con un médico especialista encargado de examinar con regularidad la garganta y el estado general de salud de los alumnos. Por lo que leo, Jakob Solvig sufrió una lesión en la garganta. En el informe médico dice: «Se aprecian erosiones en el conducto esofágico». —Levantó la vista, consternada—. ¡Dios mío, eso son quemaduras químicas en el esófago! Aquí añade: «Se presume que las erosiones fueron causadas por la ingestión de un líquido ácido y son irreversibles, tanto en el conducto esofágico como en la *plica vocalis*», o sea, las cuerdas vocales.

La culta secretaria se quedó callada mientras hojeaba el resto del informe.

—¿O sea que un niño de diez años sufre lesiones graves mientras está bajo la custodia del colegio y encima lo echan a patadas? —La indignación en la voz de Helena no admitía réplica.

La secretaria miró a Assad en busca de ayuda.

—¿Patadas? Bueno, tampoco fue exactamente así…

—¿No dice nada de cómo se produjo la lesión? —intervino Assad —. Antes dijo que la familia de acogida tenía una farmacia en Fredensborg. ¿Pudo haber bebido algo peligroso en casa?

La mujer se puso a hojear los documentos de forma frenética.

—No… —negó con parsimonia—. No está del todo claro lo que ocurrió en realidad. —Sostenía una hoja amarillenta—. Aquí están las actas de una reunión de la dirección que se celebró en el despacho de Ole Horsten el 19 de diciembre de 1989. Las redactó mi predecesora, por lo que veo.

—¿Jette Horsten?

—Sí. Aquí abajo figura la conclusión de Ole Horsten tras la reunión, y fue que Jakob Solvig ya no reunía las condiciones necesarias para permanecer en el colegio. —Levantó la mirada—. Era un alumno con beca completa, o sea, con plaza gratuita. Solo se concede a cantantes con un talento extraordinario, y si el niño ya no podía cantar, pues… —Se encogió de hombros.

—¿Y no dice en ninguna parte cómo se lesionó la garganta?

—Se menciona un «incidente»… Esperen. —La secretaria rebuscó en la pila y sacó otro papel de más abajo—. Aquí hay un acta de una conversación con el alumno unos días antes. Dice: «Solvig mantiene su versión de los hechos ocurridos durante la noche del 17 al 18 de noviembre de 1989 en la salida a Heibergsminde».

Helena levantó una mano.

—¿Qué es Heibergsminde?

—Es… bueno, era un campamento escolar cerca de Tibirke. Una antigua casa señorial en un paraje idílico rodeado de bosques y lagos. Lamentablemente, la propiedad se vendió a un inversor hace veinte años, pero luego vino la crisis financiera y ahora está en ruinas, abandonada por completo.

—¿O sea que los niños estaban en un campamento escolar?

—De vez en cuando el coro se va de fin de semana para hacer ensayos intensivos de cara a los grandes conciertos, sí. Por ejemplo, una salida a mediados de noviembre seguro que tendría como objetivo preparar el programa de Navidad. Y fomentar la convivencia entre los alumnos, por supuesto. Cocinan, hacen carreras nocturnas, hay competiciones… Muy divertido. Veamos qué dice aquí… —La secretaria se acomodó las gafas en el puente de la nariz—. «Solvig mantiene una serie de acusaciones contra cuatro alumnos: Mads-Peter Vang, Tommy Eckert, Konrad Horsten y Kaare Berg. Después de conversaciones exhaustivas con cada uno de los alumnos mencionados, la dirección del colegio concluye que Solvig ofrece una versión de los hechos de esa noche que contrasta con la de los demás. Se trata de un caso de una palabra contra la otra, por lo que la queja presentada por Asger Ritter en nombre de Jakob Solvig queda desestimada». —La secretaria miró a Assad sorprendida—. Eso dice textualmente.

—Vaya, parece que para Jakob Solvig el campamento no fue tan divertido. ¿Qué pasó exactamente? —preguntó Assad.

La secretaria se encogió de hombros.

—No lo dice.

—¿Y en los expedientes de los otros niños?

La secretaria abrió los expedientes de los otros alumnos y los revisó durante unos minutos.

—Tampoco. —Se encogió de hombros otra vez—. Pero es que la queja fue desestimada. La dirección no se creyó la versión de Jakob, así que, ¿por qué iban a ensuciarles el expediente a los demás alumnos?

Tan pronto como la puerta se cerró tras Assad y Helena, Assad llamó a Gordon.

—Gordon, amigo. Tienes que volver a hablar con el pescador. Presiónalo para que te cuente lo que sabe, pero con tacto. Pasó algo entre él y los demás niños de Laurenti una noche de noviembre de 1989, aunque no sabemos gran cosa, solo que Jakob Solvig sufrió lesiones graves. —Le lanzó las llaves del coche a Helena—. Nosotros vamos a Vanløse a ver si lo localizamos.

Al otro lado de la línea se oía un zumbido.

—Justo voy en el coche de camino a Hirtshals. Vang me llamó esta mañana y me pidió que me pasara por su casa —dijo—. Ya os contaré.

62

HELENA

—Berg sigue sin contestar. —Assad miró a Helena, que acababa de aparcar frente a un edificio de varios pisos en Vanløse.

Ella intentaba por todos los medios concentrarse en la tarea que tenían entre manos, pero le resultaba casi imposible. La inesperada visita de Terje en el sótano, la información demoledora que había puesto sobre la mesa y la desconfianza que había mostrado la habían dejado con una mala sensación en el cuerpo que no lograba sacudirse con nada.

Aún estaba tratando de desenmarañar todo aquello.

Un arma de fuego no aparecía en la otra punta de Europa por arte de magia; estaba claro que alguien la había traído hasta aquí. No era ningún secreto que las armas cortas circulaban con relativa facilidad por las redes criminales europeas, así que, en el mejor de los casos, la sig Sauer había acabado en manos de delincuentes daneses por pura casualidad y, en el peor, aquel hombre sin rostro que le había disparado en 2011 estaba ahora de cacería por Copenhague.

Pero ¿cuál era el nexo? ¿La perseguía también a ella? ¿Era la misma persona que le había enviado el mensaje amenazante desde Frederikssundsvej?

Se frotó la cara. El lunes debería tener alguna explicación mínimamente sólida para Terje si quería conservar su puesto en la

policía de Copenhague. Y claro que quería. Quería dejar el Departamento Q y entrar en el equipo de Terje. Si la información del jefe de Homicidios era fiable, los asesinatos de la dueña de TaTo y del auditor podían conducirla hasta el hombre que le había arruinado la vida doce años atrás. Al fin podría ponerle cara, mirarlo a los ojos y hacer que respondiera por lo que había hecho. Pero no podía contarle a Terje todo lo sucedido aquella noche de 2011. Todavía no. Era demasiado arriesgado.

El rostro de Juju se dibujó en su memoria. Ojos marrones y rizos rubios, casi blancos. Una combinación nada común. ¿Sería capaz de reconocer a Juju si…?

—¡Ey, Helena! ¿Me estás escuchando? Decía que Kaare Berg aún no contesta, y tampoco está en Charis —la interrumpió Assad. Helena se recompuso y prestó atención—. Según la secretaria, tenía pensado quedarse en la clínica todo el fin de semana para ocuparse de la prensa, pero todavía no se ha dejado ver por allí. —Las cejas de Assad casi se tocaban—. Y parece que tiene el móvil apagado.

Helena estudió el rostro fruncido de su compañero.

—¿O sea, que Berg te llama, después apaga el teléfono y hoy ni siquiera se presenta en el trabajo como tenía previsto?

Una inquietud cada vez más perturbadora se apoderó de ella y, por la expresión de Assad, supo que a él le ocurría lo mismo. En sus años como agente de patrulla, Helena había tenido que acudir muchas veces a domicilios de personas que se habían quitado la vida, y los hombres que acababan de perder el empleo y la reputación solían encabezar las estadísticas.

Assad se bajó del coche.

—Vive en Hareskovby; está a quince o veinte minutos. Luego pasamos por allí.

Helena fue la primera en llegar al portal del edificio de Jakob Gade y se disponía a abrir la puerta cuando salió una chica de unos quince años con un perro pequeño en brazos.

—Ey, ¿adónde vais? —La chica, de una delgadez enfermiza, llevaba una sudadera que ni siquiera le llegaba al ombligo—. Dice mi madre que no deje entrar a desconocidos.

A Helena le entró el impulso repentino de quitarse la chaqueta y ponérsela sobre los hombros para cubrirle el vientre desnudo.

—Venimos a ver a Jakob Gade, en el segundo piso. ¿Sabes quién es? Somos de la policía, puedes estar tranquila.

—Es vecino nuestro —dijo tras pensarlo un momento—. Es muy *creepy*. Mamá me dice que no hable con él.

—¿Por qué? —Assad miró hacia la segunda planta a la izquierda. Las persianas estaban bajadas.

—Por nada, solo piensa que es un tipo raro. Le da mala vibra. Pero se pasa el día escuchando esos pódcasts de *true crime* sobre asesinatos de mujeres, así que se ha vuelto muy paranoica con los hombres. —La chica dejó al perro en el suelo—. Da igual, porque no está en casa. Creo que se ha ido de vacaciones.

—¿De vacaciones?

—Sí. Se marchó hace un rato. Yo estaba sacando a la perra —explicó—. No sé qué le pasa, no para de cagar. En fin, el vecino y yo salimos de casa a la vez, nos miramos a los ojos y yo le sonreí, pero entonces él se dio la vuelta y se metió superrápido en el piso. Como decía, muy *creepy*. —La chica puso los ojos en blanco—. Cuando volví, estaba metiendo dos maletas enormes en el coche.

Assad miró la hora.

—«Hace un rato», dices. Son casi las tres. ¿Cuándo fue? ¿Hace una hora? ¿Dos?

Ella se encogió de hombros.

—A lo mejor eran las doce; no lo sé. ¿Me estáis interrogando o qué?

—No, para nada. ¿Qué coche tiene?

—¡Uf, es que yo de coches…! —La chica suspiró—. Pero es azul oscuro. Y viejo.

Helena le dio las gracias y subió por las escaleras hasta la puerta de Jakob Gade, seguida de cerca por Assad. Antes de llamar, comprobó que el arma reglamentaria estuviera en su sitio. Luego aporreó la puerta tres veces y esperó. Nada. Dio tres golpes más; al otro lado reinaba un silencio absoluto. Se agachó hasta la ranura del buzón con el nombre de «Jakob Gade» e intentó levantar la tapa, pero estaba tapiada por dentro.

—¿Y si está intentando salir del país? —preguntó al levantarse—. Creo que deberíamos lanzar una búsqueda del coche. ¿Puede Rose encargarse desde el sótano?

—Claro, pero primero probaremos a llamar con más fuerza. —Assad dio un paso atrás en el rellano, levantó una pierna y le propinó a la puerta dos potentes patadas justo debajo de la cerradura. A la tercera se oyó un chasquido seco como un disparo, y la puerta se abrió de par en par—. *Insha'Allah*, el tipo se olvidó de cerrar con llave —dijo entonces.

Helena observó el marco astillado y el pestillo de la cerradura, que yacía entre fragmentos de madera dispersos por el suelo.

—¿En el Departamento Q nunca llamáis al cerrajero? —preguntó.

—Por supuesto que sí. Pero, como se suele decir, más vale una buena patada de camello en el rellano que tres cerrajeros en el tejado.

—Si tú lo dices… Echemos un vistazo. —Helena sacó dos pares de guantes de látex del bolsillo, le pasó uno a Assad y entró en el piso.

Assad fue directo al baño mientras ella inspeccionaba el dormitorio, de aspecto frío e impersonal. Sobre la cama había un edredón ajado enrollado y sin funda. En el armario apenas colgaban unas cuantas camisetas, dos vaqueros en sus perchas y una americana descolorida. Oyó a Assad atravesar el pasillo hasta el salón, así que ella continuó hasta la cocina, que resultó ser tan austera como el dormitorio. En la nevera no había nada aparte de una botella de vinagre de limpieza y un poco de leche. Las alacenas tenían vajilla para cuatro personas, pero apenas había comida, salvo un tarro de miel y un paquete de pasta sin abrir.

Miró debajo del fregadero. No había bolsa de basura en el cubo, y el armario desprendía un leve olor a lejía, a recién limpio, como si alguien hubiera querido borrar todas las huellas. Cuando levantó el barreño del fregadero, asomó en una esquina un pequeño tubo de plástico marrón de apenas cinco milímetros que parecía una pajita diminuta o un abalorio fino.

—¡No me gusta nada esto! —gritó a través de la puerta abierta—. Parece que ha planeado unas vacaciones muy largas.

Assad metió la cabeza en la cocina.

—Sí, el baño también está vacío. En el armario de encima del lavabo no queda nada, y en el salón han desenchufado todos los cables. Pero mira lo que he encontrado en la entrada. ¿No es del concierto de toma de posesión en el castillo de Kronborg que

mencionó la secretaria del colegio? —Assad le mostró una fotocopia de un recorte de periódico—. Aquí dice que el coro va a cantar el «Morgensang» de la cantata *Elverskud*. Es esa canción de «por el este sale el sol», pero con una melodía completamente distinta a la que aprendí yo en la escuela de idiomas. Es muy extraño.

Ella le arrebató el papel de las manos.

—¿A qué hora es?

—A las cuatro y media. Dentro de una hora y media.

Helena estudió el recorte un instante y luego cruzó la mirada con Assad.

—Tenemos que parar ese concierto.

—¿Crees que va camino de Helsingør?

—Sí. Creo que planea un ataque contra Konrad. —Le mostró a Assad el pequeño tubo de plástico—. Se ve que Jakob ha estado jugando con cables últimamente. Piénsalo: Konrad es el único de los niños de aquella noche de 1989 que no ha sufrido ninguna desgracia personal en los últimos años.

—Aparte del asesinato de su padre.

—Un padre al que nunca le tuvo demasiado apego. No, ¿qué es lo que de verdad tiene valor para Konrad? —Helena le devolvió el papel a Assad—. El haber conseguido el puesto de director del coro. Por fin ha logrado ser alguien de quien su difunto padre estaría orgulloso, *tu comprends*? Tenemos que evacuar el castillo de Kronborg. No podemos descartar que haya colocado explosivos.

—¿Evacuar una de las mayores atracciones turísticas del país… un sábado? —Assad sacó el móvil del bolsillo con una mueca—. Helena, eso cuesta una pasta.

—¿Y qué? Solo me importa la seguridad de la gente. El castillo debe de estar ya lleno de espectadores y de niños. ¡Niños, Assad!

—Está bien. —Assad marcó un número y se llevó el móvil al oído —. Aviso a Rose para que lo ponga todo en marcha y salga ya para Kronborg. Nosotros nos pasamos primero por casa de Berg.

63

JAKOB

La ruta que Jakob eligió para salir de Helsingør discurría por callejuelas adormiladas y por carreteras de gravilla que atravesaban un barrio de casas de veraneo antes de adentrarse en las grandes extensiones de bosque al oeste de la ciudad.

Había memorizado cada curva de esas vías secundarias. Por la mañana había reseteado su iPhone antes de dejarlo en la cesta de la bicicleta de la hija de la vecina. Parecía una chica solitaria y desatendida, pero ese día le había sonreído al verlo; quizá le hiciera ilusión encontrarse aquel regalo inesperado. La tarjeta sim la había tirado por la ventanilla. Pensaba comprar otro móvil al llegar a Austria; mientras tanto, tendría que apañárselas con un viejo Nokia que había encontrado en la caja de trastos de la redacción y con una tarjeta prepago que había comprado unos meses atrás en una tienda de mala muerte cerca del estadio de Brøndby.

Sudaba cuando el coche se adentró en el bosque; era por la concentración y el alivio. Hasta ahora el plan había funcionado. Para acceder a Kronborg le bastó con una entrada válida. Ataviado con un *blazer* y una mascarilla, nadie reparó en él cuando se coló en el castillo camuflado entre un grupo de turistas chinos que seguían la banderita en alto de su guía.

Tal como esperaba, el Salón de baile, en la segunda planta, no estaba vacío. Los visitantes entraban y salían, en medio de un murmullo constante que llenaba la sala, mientras los músicos de la pequeña orquesta afinaban sus instrumentos con gesto concentrado antes de acompañar al coro de niños. Nadie advirtió su presencia cuando retiró la goma elástica del estuche, lo dejó al pie del atril del director y desapareció. El tiempo y la obsesiva ambición de Konrad se encargarían del resto.

Tras volver al coche, recorrió con la mirada el bosque a ambos lados de la carretera. Aún faltaban unas horas para la puesta de sol, pero la luz gris y desvaída de la tarde otoñal ya no tenía fuerza para colarse entre los árboles. Apagó los faros del vehículo y se metió con él por un desvío hasta una pila de pinos talados. Aparcó detrás de ellos, salió del coche, se puso una chaqueta negra y una braga para el cuello, y luego se sentó en el maletero con un paquete de pan crocante y un termo de leche con miel. El calor dulce de la bebida se le fue extendiendo por el cuerpo, y con él una satisfacción que se propagó lentamente, hasta envolverlo por completo.

Y de pronto lo vio, en el manto del bosque, frente a él: el mirlo.

—¿Qué quieres?

Extendió la mano con un par de migas de pan crocante. El ave se acercó de un salto, subió a la pila de troncos, inclinó la cabeza y lo observó mientras soltaba un par de trinos aflautados en su dirección. Una melodía perfecta que Jakob interpretó como una señal. En el fondo, ¿no eran el mirlo y él dos almas gemelas? Criaturas infravaloradas y despreciadas, totalmente insignificantes hasta que abrían la boca.

—Come. —Extendió aún más la palma de la mano e imitó la melodía del pájaro.

El mirlo volvió a inclinar la cabeza. Sus ojillos parpadearon un instante, y entonces emitió un graznido áspero y alzó el vuelo.

—Pájaro de mierda —masculló.

Miró el reloj. Las 15.35. Faltaba menos de una hora para el concierto de Kronborg.

Según el programa, el coro de niños de Laurenti, bajo la dirección de Konrad Horsten, interpretaría el «Morgensang» de la cantata *Elverskud* de Niels Gade, una ironía del destino que le resultaba insoportable.

Porque era precisamente ese gran compositor danés quien había inspirado el nuevo apellido de Jakob, y justo esa era la canción que Ole Horsten le había pedido que cantara en 1989, cuando, después de varias semanas ingresado, tuvo que hacer una prueba de voz.

Jakob respiró hondo y bebió un sorbo del termo. Cada vez que pensaba en aquel día, treinta y cuatro años atrás, el dolor de garganta se intensificaba, como si las cuerdas vocales se le inflamaran y lo asfixiaran por dentro. Recordaba los mirlos en el patio del colegio aquel día de 1989. Por la noche habían caído dos centímetros de nieve, y los pájaros ateridos se habían refugiado bajo los bancos, junto al muro del patio de la escuela, donde picoteaban las migajas de los bocadillos del recreo. Tuvo que abrirse paso a patadas entre la bandada para entrar por la puerta lateral y bajar al vestuario del sótano, donde las tuberías de calefacción del techo irradiaban un agradable calor y la acústica era especialmente buena.

Había intentado calentar la voz con una escala. Una escala mayor normal y corriente que debía ser pan comido, pero la tercera nota ya

se le quebró. Lo volvió a intentar, pero la voz le resbaló como una rueda de bicicleta en un frenazo. Se aclaró la garganta y probó a subir una octava, pero no solo sonaba mal, sino que desafinaba; chirriaba como una gallina enferma. Cambió de postura, se dio unos golpes en el pecho y se masajeó la garganta, pero de poco sirvió; apenas alcanzó la cuarta nota antes de volver a fallar.

En su cabeza sabía exactamente cómo debía sonar: un fa limpio, impecable, pero lo que salía era un sonido quebrado y distorsionado. Bebió un trago de la leche con miel que Lise le había puesto en el termo, pero tampoco lo ayudó. Era como si su voz pasara por un filtro sucio, como si cantara a través de un altavoz oxidado, pero ¿cómo se quitaban el óxido y la suciedad de la voz?

¿Y si gritaba hasta limpiarla? O tal vez Dios lo ayudara si gritaba lo suficientemente fuerte, porque Dios nunca permitiría que una voz como la suya desapareciera, ¿verdad?

Así que el pequeño Jakob de diez años gritó con la esperanza de alcanzar esas notas limpias. Gritó contra la pared, gritó hacia el techo, gritó a su propio reflejo en el espejo. Gritó hasta sentir que los pulmones le subían por la garganta.

Cuando entró en el despacho de Ole Horsten, tenía sabor a sangre en la boca.

—Toma asiento, Solvig. —Ole Horsten apenas levantó la vista de la hoja de color azul claro que tenía delante—. Entiendo que te ha examinado el doctor Bondesen, ¿no es así? —Horsten parecía releer las mismas líneas una y otra vez.

Jakob asintió. El día anterior había pasado una hora en la consulta del otorrino del colegio. El médico llevó a cabo las pruebas y

exámenes en el más absoluto silencio, sin despedirse siquiera. Solo le puso una mano en el hombro cuando terminó.

El director del coro lo miró.

—¿Te parece bien que cantemos la primera estrofa del «Morgensang» de *Elverskud*?

Jakob se levantó de nuevo. Las palmas de las manos le sudaban y resbalaban en los reposabrazos del sillón.

—Yo empiezo. Tú entras con la voz de soprano. —Horsten le pasó una partitura—. «Por el este sale el sol…» —comenzó, alargando las vocales.

Jakob inspiró hondo y sacó pecho, listo para entrar en «… avanza sobre la tierra y su gente». Había cantado esa pieza cientos de veces, se sabía al dedillo la tonalidad y el tempo, pero de su boca solo salieron ruidos extraños. Ni siquiera se podía decir que desafinara, porque apenas eran notas como tal; sonaban más bien como un graznido. Sintió vibrar las cuerdas vocales mientras intentaba controlar la voz, pero no lo logró. Dolía demasiado.

—Es suficiente. Siéntate. —Horsten se reclinó en el sillón con gesto atormentado. Los segundos pasaban y solo el tictac del reloj de pared rompía el silencio.

A principios de noviembre, un mes y medio antes, Horsten le había comunicado en ese mismo despacho que cantaría el solo en el concierto de Navidad. Después de la inocentada del uno de abril, Jakob había estado a punto de tirar la toalla. Se había pasado tres días tumbado en la cama, apático, en casa de Asger y Lise, sin apenas probar bocado; solo había bebido algo. Ni Laurenti era el reino de los cielos que se había imaginado ni los niños del coro eran los ángeles que creía. Lo odiaban.

Pero, al cuarto día, Asger lo había llevado al Teatro Real de Copenhague, donde un técnico de montaje los dejó subir al escenario.

—Jakob, este es tu lugar —le dijo Asger—. Tienes un talento increíble, y eso nadie te lo podrá arrebatar.

La mirada de Jakob descendió hasta el foso de la orquesta, se deslizó por las hileras de butacas de terciopelo rojo y ascendió por los balcones dorados hasta la gran lámpara de araña de cristal suspendida en lo alto. Entonces sintió cómo el teatro entero estallaba en aplausos que parecían levantarlo del suelo.

Al día siguiente había vuelto al colegio y al ensayo del coro. Cantó como los ángeles, y durante los meses siguientes no dejó de mejorar, hasta que —para alegría suya y de Asger— consiguió arrebatarle el solo de Navidad a Berg delante de sus narices.

—A veces… —comenzó el director—, a veces suceden cosas que no están en nuestras manos: enfermedades, accidentes… Es una lástima —empujó el papel azul claro que tenía frente a él hasta dejarlo perfectamente alineado con el borde del escritorio—, pero, sintiéndolo mucho, el requisito básico para formar parte del coro sigue siendo poder entonar las notas, y más aún si se está aquí gracias a una beca. Eso lo sabes mejor que nadie.

Jakob alzó la vista.

—¡Pero yo sí puedo! ¡Mi voz se va a recuperar! —Una sensación punzante se le extendió por el estómago.

Horsten tocó el informe con un dedo rígido.

—El médico no opina lo mismo. Aquí dice que tienes las cuerdas vocales permanentemente dañadas. —Tragó saliva un par de veces —. Todos…, yo el primero, habíamos esperado, por supuesto, que

pudieras quedarte aquí muchos años. Pero, en fin… —Esbozó una sonrisa fría—. Ya hemos hablado con tu antiguo colegio: han confirmado que se harán cargo de ti después de Año Nuevo.

—¿En Bornholm? —Jakob se aferró al borde del escritorio con tal fuerza que sus dedos dejaron marcas de humedad en el barniz de la madera de roble—. ¿Tengo que volver a Bornholm?

—Lo antes posible, sí. Es lo mejor para todos. —Horsten se puso en pie—. Solo me queda desearte una pronta recuperación.

Extendió la mano por encima del escritorio, pero Jakob no se movió.

—Mira… —El director del coro retiró la mano—. No debes culparte. Fue un terrible accidente. Una tragedia para todos.

—¡Pero es que no fue un accidente! —Jakob se hundió más en el sillón. Tenía la sensación de que la tierra se lo tragaría en el momento en que lo obligaran a salir por la puerta.

—¿Qué quieres decir? —El director lo miró irritado; no le gustaba el tono de Jakob.

Entonces Jakob lo soltó todo. Contó cómo lo sacaron a rastras de la cama, cómo le orinaron encima, cómo le arrancaron el pijama y lo dejaron atado a un árbol antes de tirarlo al lago. Contó que, cuando intentó despertar a la profesora de guardia, sus «amigos» lo encerraron en el balcón y le dieron un té con algo que le abrasó la garganta. Probablemente ácido cítrico. Había tarros pequeños en todos los baños y cocinas del campamento.

Ole Horsten se sentó de nuevo y miró a Jakob con los ojos entornados.

—Lo que me cuentas es un auténtico disparate. —Negó con la cabeza—. ¿Quién iba a hacer algo así?

—Kaare Berg. Tommy Eckert. Vang también estaba. Y Konrad. —Los nombres le ensuciaban la boca.

Horsten miró a Jakob durante un largo rato.

—¿Me estás diciendo que Konrad, mi propio hijo, participó en una gamberrada de semejante calibre? —Horsten inspiró a fondo—. Es una acusación muy grave, Solvig. No solo contra mi hijo. Kaare es uno de los mejores sopranos del coro. Ha progresado mucho durante tu ausencia, así que le he dado el papel principal en los conciertos de Navidad. Y sus padres son extraordinariamente generosos con el colegio; dudo mucho que toleraran una conducta tan…

—¡Pues pregúntele a Vang! Él sabe lo que pasó.

Horsten le sostuvo la mirada.

—Mads-Peter Vang se fue la semana pasada. Ayer llegó su solicitud de baja. Ya sabes lo mucho que le costaba estar lejos de casa.

—¡Entonces pregúntele a Konrad! —El corazón de Jakob latía con pánico.

—Durante los campamentos hay toque de queda. —Horsten agitó el dedo índice en el aire, en un gesto de reprimenda—. Mi hijo conoce esas normas mejor que nadie.

—¡Pero fue Konrad quien me tiró al lago! —Jakob se puso en pie y miró con valentía al director—. ¡Fue él quien me encerró en el balcón!

Horsten se enderezó.

—Te quedaste fuera por accidente mientras jugabais al escondite. Esa es la explicación que me consta de la profesora de guardia, y a

los chicos ya se los ha amonestado por ello. No está permitido deambular por las noches bajo ningún concepto.

—¿Al escondite? —dijo Jakob—. ¡Me encerraron! ¡Me arrastraron hasta el balcón y luego cerraron la puerta con pestillo para que no pudiera entrar! ¡Pregúntele a Tommy! Él también estaba. ¡Fue él quien tiró mi pijama al lago!

Horsten se quedó observándolo durante un rato. Luego se levantó y se asomó al antedespacho.

—Jette, ¿puedes ir a buscar a Tommy Eckert?

Cinco minutos después, Tommy estaba en la puerta. El director del coro señaló una silla vacía y el chico se sentó con las manos entre las rodillas.

—Tenemos un asunto que aclarar —dijo Horsten—. A ver, Solvig asegura que el mes pasado, en el campamento escolar, Berg, Vang, Konrad y tú fuisteis bastante crueles con él. Que una noche lo tirasteis al lago y que tú te llevaste su ropa. ¿Hay algo de verdad en esto?

Tommy miró al director y luego a Jakob, que intentaba ocultar la furia que sentía y miraba suplicante a Tommy, tratando de hacerle entender que tenía una oportunidad de enmendar lo ocurrido. Que se lo perdonaría todo si ahora lo ayudaba. Si Tommy confesaba, tal vez Jakob podría quedarse en el colegio y recibir clases extra, fisioterapia, tratamientos especiales…

—¿Qué dices, Eckert? —Horsten se recostó con las cejas levantadas y tamborileó con el bolígrafo sobre el escritorio.

Tommy rehuyó la mirada de Jakob y luego afirmó con voz serena:

—Yo de eso no sé nada.

Jakob se estremeció con el frío húmedo del bosque, se sacudió las migas de pan crocante de la chaqueta negra y parpadeó un par de veces.

«Yo de eso no sé nada». ¿Volvería Tommy a refugiarse en esa patética mentira cuando su vida se viniera abajo, dentro de siete u ocho horas? ¿Cuando la policía aporreara su puerta y la humillación acabara de consumirlo?

Buscó el Nokia y la tarjeta prepago. Era hora de citar a Tommy en una dirección a pocos kilómetros de allí. El lugar donde todo había comenzado. O, mejor dicho, donde todo había terminado para Jakob.

Acudiría a la cita. El muy imbécil no era más que un manojo de nervios, y Jakob disfrutaba cada segundo. Si le pedía que se tirara al lago, Tommy se tiraría, convencido de que podía salvar su vida, su futuro y su trasero con algo tan simple como el dinero. Como si el dinero pudiera jamás compensar la cobarde traición que cometió aquel día en el despacho de Horsten.

Eckert había tenido la oportunidad de hacer lo correcto, pero eligió protegerse a sí mismo. Así que esa noche Jakob empezaría por quitarle el dinero. Después se subiría al coche y conduciría hacia el oeste. Atravesaría el Gran Belt y el Pequeño Belt, y justo antes de la frontera con Alemania se detendría en un área de servicio desierta. Allí abriría el portátil, iniciaría sesión en el programa de edición interno del periódico y pulsaría «publicar» en un artículo que llevaba varios días terminado. Con fotos y toda la parafernalia.

Y mientras Jakob desaparecía del país con cinco millones de coronas en el bolsillo, los lectores podrían disfrutar de su última

contribución al *Morgenavisen*. Sin falsa modestia, el titular era el más impactante de su, por lo demás, mediocre carrera:

«El secreto más oscuro del exministro Eckert: oculta el accidente de tráfico en el que dejó morir a su amante».

64

ASSAD

Helena volvió a guardar el móvil y se colocó al lado de Assad.

—¿Cuánto tiempo dirías que lleva muerto? —preguntó.

A Assad le costaba apartar la mirada del cadáver de Kaare Berg. Por otra parte, era casi imposible *no* mirarlo. El médico yacía medio tumbado de lado, con el brazo izquierdo atrapado bajo el cuerpo en una postura forzada. Tenía los ojos entreabiertos, con ese aspecto vítreo, y la sangre bajo su cabeza se había secado formando un círculo irregular de color marrón oscuro sobre la alfombra. La causa de la muerte era evidente: tenía el cráneo hundido justo encima de la oreja derecha.

Assad se puso los guantes desechables y palpó el cuello del difunto.

—Está frío. Diría que lleva así bastantes horas.

—Entonces, ¿podemos descartar que Jakob viniera directo desde Vanløse?

—Creo que sí. La sangre no se habría coagulado de esa manera. Tuvo que ocurrir en algún momento de la tarde o noche de ayer, después de que me llamara a las 19.26.

Assad se sentó en el borde de un sofá *beige*. De repente se sentía exhausto.

No habían tenido que llamar al cerrajero ni usar la fuerza para entrar en casa de Berg en Hareskovby; cuando llegaron, la puerta principal estaba entreabierta, y encontraron el cadáver nada más entrar en el salón a oscuras. Berg debía de estar trabajando cuando llegó el asesino, porque había un ordenador portátil abierto sobre un elegante escritorio, junto a un plato con un huevo frito ya reseco. Uno de los cajones del escritorio estaba abierto y contenía solo unos analgésicos y unas pilas. Aparte de eso y, obviamente, del cadáver del médico, el salón parecía sacado de una revista de diseño. No se apreciaban signos de lucha ni indicios de entrada forzada.

—Ya he hablado con los peritos y con los compañeros de Selandia del Norte y están en camino —dijo Helena—. Es mejor que precintemos la puerta y nos vayamos ahora mismo a Helsingør. Aquí ya no podemos hacer nada.

—Debería haber venido anoche, cuando no respondió a mi llamada.

A Assad nunca le había caído bien aquel médico engreído, pero la idea de que quizá hubiera podido evitar su muerte lo atormentaba. Era una de las cosas que no le gustaban de esta nueva era en el Departamento Q. Ahora que Carl ya no estaba al mando, la responsabilidad sobre la investigación, los muertos y sus familiares recaía con más peso sobre él.

—¿Cómo podías imaginar que iba a pasar esto? —Helena daba vueltas, pensativa, rascándose la sien—. Pero hay algo que no me encaja…, ¿por qué iba Jakob Gade, o Solvig, o como se llame, a visitar de nuevo a Kaare? Ya le había arruinado el negocio y la reputación profesional.

Assad se levantó.

—Tal vez decidió que no era suficiente. Tenemos que encontrar su coche cuanto antes. Y localizar a Tommy Eckert. El concierto empieza en veinte minutos.

El móvil le vibró en la mano justo cuando lo sacaba para llamar a Rose. Era Gordon.

—Assad, escucha. —Gordon hablaba en voz baja—. Sigo en casa de Mads-Peter Vang. Resulta que quería hablarme precisamente de Solvig. En el colegio pasó algo entre Jakob, el propio Vang, el hijo del director del coro, el médico y el político. Por eso Mads-Peter dejó Laurenti en el 89. —A Gordon se le trababan las palabras.

—¿Tiene que ver con un campamento? —Assad salió al camino del jardín.

—Así es. Ese campamento fue la culminación de meses de acoso contra Jakob. Vang dice que Jakob era el fenómeno del siglo cuando llegó a Laurenti, que era de otra categoría, pero que a los demás niños les parecía repelente de narices. Ya sabes, el empollón, el mimado del profesor. Los niños mayores empezaron a tomarla con él: a hacerle el vacío, a mentirle para que llegara tarde a los ensayos, ese tipo de cosas… Espera. —Assad oyó que Gordon cerraba una puerta—. Pero en el campamento del 89 la cosa se les fue de las manos. El médico ese que se llama Kaare…

—A ese lo acabamos de encontrar muerto —interrumpió Assad, mirando a Helena, que estaba precintando la puerta principal de Berg—. Le han aplastado el cráneo.

Se hizo el silencio al otro lado del aparato.

—¡Joder! Vang me ha dicho que Berg se comportó como una auténtica bestia esa noche de 1989, lo mismo que Konrad Horsten. Vang pensaba que solo le darían un escarmiento a Jakob cuando lo

sacaron al bosque. Travesuras de niños. Pero Konrad y Kaare se espoleaban el uno al otro, y Tommy Eckert, que era el perrito faldero de Berg, se dejó llevar. Palabras textuales de Vang. —Gordon hizo una pausa. Assad casi podía percibir en su voz que estaba más blanco que un fantasma—. Cuesta entender que unos niños fueran capaces de hacer algo así —continuó—. Todo se convirtió en una auténtica tortura. Los niños arrastraron a Jakob por el bosque y lo tiraron a un lago. Y cuando, contra todo pronóstico, consiguió regresar al campamento, lo encerraron en un balcón y lo dejaron allí fuera toda la noche, aunque el termómetro apenas pasaba de los cero grados.

—¿Y por qué Vang no hizo nada? ¿Por qué no alertó a ningún profesor?

Gordon suspiró.

—Eso mismo le pregunté, pero dice que se sentía presionado, que tenía miedo de ser el siguiente, y también del castigo del director si se chivaba, porque en el fondo había sido cómplice de la tortura. Así que eligió el camino de los cobardes (esto lo ha dicho él) y dejó el colegio de un día para otro.

—¿Y qué pasó con Jakob? —Assad se sentó en el coche y puso el móvil en altavoz. Helena ya estaba sentada al volante con el cinturón abrochado.

—Estuvo ingresado dos semanas. Por laringitis, según la explicación oficial. Era un niño prodigio, el más excepcional que había pasado por el colegio, pero nunca volvió a cantar.

—¿Y al poco tiempo Ole Horsten decidió expulsarlo? —Helena miró a Assad antes de arrancar—. A ese chiquillo le arruinaron la vida.

65

ROSE

Rose encendió la sirena. Le faltaban menos de veinte minutos para llegar a Kronborg, mientras que sus dos compañeros estaban a media hora de camino como mínimo. Había avisado del posible peligro al jefe de la policía de Selandia del Norte, y ya estaban movilizando efectivos y preparándolos para enviarlos al castillo.

Consultó de reojo el velocímetro: 135 kilómetros por hora. Dudaba que eso fuera lo que el médico tenía en mente cuando, unos días atrás, le recomendó que se lo tomara con calma y que se cuidara más. Pero si la teoría del Departamento Q era cierta, Jakob Solvig —o Gade—, un hombre que se había criado entre expertos en explosivos y que alimentaba un odio feroz hacia Konrad Horsten, se dirigía en esos momentos a Kronborg, a la actuación del coro de niños, y allí nadie contestaba al teléfono.

Probó de nuevo a llamar al móvil de Konrad, pero fue directo al buzón de voz. Todo aquello le daba muy mala espina, cada vez más. Assad y Helena acababan de comunicarle que Kaare Berg yacía muerto sobre un charco de sangre en su domicilio de Hareskovby, y a Tommy Eckert sencillamente se lo había tragado la tierra.

Cuando Assad al fin llamó a la esposa de Eckert, la mujer, furiosa y resentida, le contó que Tommy se había mostrado nervioso e imprevisible desde su regreso a Christiansborg, y que, sobre todo en

los últimos días, le temblaban las manos y tenía sudores fríos ante cualquier nimiedad. No comía y apenas dormía por las noches, pero cuando ella le preguntaba qué le pasaba, le daba largas.

La tarde anterior había salido a hacer un par de recados en el coche pequeño del matrimonio, el Fiat, y todavía no había regresado. A pesar de todo, a ella ni siquiera se le pasó por la cabeza denunciar su desaparición. «Estará en algún hotel, emborrachándose. Nunca debió volver al Parlamento; no aguanta esa presión», zanjó.

Rose puso el intermitente para incorporarse al carril de adelantamiento y tocó la pantalla del móvil.

—Siri, llama al castillo de Kronborg —ordenó.

Ya había llamado a ese número varias veces. Ahora, por fin, alguien respondió. Un tal Ebbe Henriksen, que se presentó como guarda del castillo.

—¿Pretende que evacuemos el castillo de Kronborg? ¿Así, sin más? —La incredulidad era palpable en su voz—. Mire, eso es imposible. Hay aproximadamente trescientos cincuenta espectadores en el Salón de baile, y el concierto empieza en un cuarto de hora.

Rose pisó a fondo el acelerador y anotó mentalmente a Ebbe Henriksen en el primer puesto de la ya interminable lista de idiotas con los que se había cruzado en sus años al servicio de la ley. Se lo imaginaba: un tipo bajito, sin un gramo de músculo ni personalidad, incapaz de elegir entre cerdo o ternera en la carnicería del supermercado, pero con delirios de grandeza en cuanto se enfundaba el uniforme.

—Henriksen, estoy hablando en serio —dijo, con toda la calma que le permitían las sacudidas del coche y sus hormonas

revolucionadas—. Hay vidas en juego.

—¡Sí, la mía! —replicó el guarda—. Hay un tipo, el director del coro del colegio Laurenti, que lleva aquí toda la mañana dándonos la tabarra. Me va a matar si entro y le…

—Tiene que desalojar el castillo inmediatamente. Tenemos motivos para creer que alguien va a detonar una bomba…

—¿Una bomba? ¿Me está tomando el pelo? Nadie con intenciones hostiles ha logrado franquear nunca estas murallas. Al menos en tiempos modernos. —El guarda dejó escapar una risa seca de fumador.

—Escuche lo que le voy a decir. —Rose iba ahora a 150 kilómetros por hora, y su tensión arterial aceleraba a la misma velocidad—. Le llamo desde la policía de Copenhague, soy del Departamento Q. Si no quiere que su trabajo, su pomposa institución cultural y su actitud de sabelotodo vuelen por los aires, pulse ahora mismo el botón de emergencia y saque a toda esa gente del castillo, ¡hostia! —gritó, y colgó furiosa.

Por suerte, el jefe de guardia de la policía de Selandia del Norte se mostró mucho más receptivo cuando Rose lo volvió a llamar. Había movilizado a todos los efectivos disponibles y los había enviado hacia el Puerto Cultural, que lindaba con la fortificación del castillo. Rose le pidió además que la ayudara a dar con el paradero de Jakob Solvig y Tommy Eckert. El Centro Nacional de Situación y Operaciones de Ejby disponía de un sistema de geolocalización de última generación capaz de rastrear vehículos o teléfonos móviles en cualquier parte del país.

—Necesitamos una localización en tiempo real de los móviles de Gade y Eckert y una búsqueda interna de sus coches particulares

mediante el sistema de lectura automática de matrículas —explicó Rose.

—Entendido. —El jefe de guardia guardó silencio un instante, seguramente para introducir los números de matrícula en el sistema de la Policía Nacional—. Te envío las coordenadas en cuanto tengamos una coincidencia. ¿Entiendo que no tenemos que interceptar los vehículos? —añadió.

—No interceptéis nada; de momento nos mantenemos en la sombra. Por ahora solo necesitamos saber dónde están esos dos. Te aviso en cuanto sepa qué demonios está pasando —aclaró Rose.

Tommy Eckert era político; lo conocían en toda Dinamarca. Por mucho que le preocupara su estado, desplegar toda la maquinaria policial detrás de una persona tan mediática podía tener consecuencias muy desagradables, tanto en los medios como en la política.

Justo cuando Rose entraba en Helsingør, la pantalla del ordenador del salpicadero emitió un pitido.

—¡Joder, qué rápido! —Intentó orientarse en la pantalla. Un punto en el mapa gps indicaba que acababan de localizar el coche de Tommy Eckert en la autopista de Helsingør, cerca de Hjortekær. Se dirigía hacia el norte. Hacia Kronborg, quizá.

Reenvió el mensaje a Helena y Assad. Quizá pudieran dar alcance a Eckert en la autopista. Si Jakob Gade seguía la misma ruta o ya se encontraba en Kronborg, solo el tiempo y la tecnología lo dirían.

Rose giró hacia el puerto deportivo y aparcó frente al castillo en una más que cuestionable doble fila. Mientras cruzaba el puente hacia la puerta principal, oyó a lo lejos las sirenas de sus compañeros de Selandia del Norte.

66

ROSE

—¡Eh, oiga, no puede ir por ahí! ¡Han mandado salir a todo el mundo! —le gritó a Rose un hombre que llevaba a un niño de seis o siete años de la mano, antes de marcharse corriendo como si le fuera la vida en ello.

Quizá no estuviera muy lejos de la realidad.

Tras él, varios cientos de personas avanzaban a lo largo del foso interior en dirección a la salida del castillo, y Rose tuvo que zigzaguear entre la marea humana para abrirse paso.

Echó la cabeza hacia atrás y alzó la vista. Una niebla tenue envolvía el castillo renacentista de quinientos años de antigüedad y su chapitel de cobre apenas se dejaba adivinar bajo las nubes de color gris plomo. Entre los gritos y el murmullo confuso de la multitud alcanzó a oír la alarma de incendios: el guarda Ebbe Henriksen había hecho caso e iniciado la evacuación, después de todo.

—¡Vamos, vamos, hacia el aparcamiento! —ordenó un hombre con una chaqueta cortavientos marrón y unos chinos negros, tratando de imponer algo de orden en medio del caos. Probablemente fuera compañero de Ebbe; en cualquier caso, exhibía la misma autoridad impostada—. Eso también va por usted, señora. —El hombre uniformado la agarró del brazo.

—¡A mí no me llame «señora»! ¿Tengo pinta de turista? —le espetó, estampándole la placa de policía bajo la nariz, y salió corriendo hacia el patio interior del castillo antes de que a él se le ocurriera responderle que sí.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —En el patio interior, un hombre con esmoquin de espaldas a Rose señalaba las ventanas del segundo piso—. ¡Me están saboteando! ¡Esto es un ataque a mi carrera! ¡A mi persona!

—Nosotros solo cumplimos órdenes —replicó otro de los guardas del castillo, que también vestía una chaqueta marrón, con las manos levantadas, como si así pudiera contener la bronca.

—Pero ¿ustedes ven llamas por algún lado? ¿Les huele a humo? ¿No se dan cuenta de que es una falsa alarma? ¡Apaguen el cacharro ese de una vez, antes de que se vaya todo el mundo!

—Nos han ordenado evacuar el castillo por motivos de seguridad. Alguien…, la policía, cree que puede haber un atentado.

—¿Usted tiene idea de cuánto tiempo llevo esperando este día? ¡Toda la vida! —le gritó al guarda en un tono ofendido que Rose reconoció al instante: aquella figura esmirriada pertenecía al mismísimo Konrad Horsten.

Le dio un toque en la espalda, y él se giró como un *pitbull* que ha olfateado un hueso.

—¿Tú? ¿Qué demonios…? —empezó, pero Rose le clavó el dedo índice en el pecho de la camisa.

—¿Por qué no contestas al móvil? Llevo una hora llamándote sin parar.

El flamante director del coro la miró con la misma expresión que si le hubiera pedido que tocara una canción de Smokie.

—¿El móvil? Lo tengo apagado. No podemos llevar aparatos electrónicos al escenario, ni los niños ni los adultos. —Señaló hacia las ventanas del segundo piso y le dio un toque en el hombro al guarda—. Mi móvil está en el bolsillo del abrigo, en la sala contigua al Salón de baile. ¿Puede ir a buscarlo? No he recogido ni el abrigo ni las partituras. —Se volvió hacia Rose—. ¿Quién es el responsable de esta locura demencial? ¿Tú?

—¿Locura? —Rose se cruzó de brazos. Era increíble lo que había que oír, ¡encima de que había venido a salvarle la vida!

—¡Sí, locura! Más de trescientas personas, entre colaboradores, el consejo municipal, familiares y amantes de la cultura, han comprado entradas para el concierto. ¡Debería haber empezado ya! Tengo a cuarenta niños, quince cantantes del coro de voces graves y toda una orquesta de músicos conmigo. ¡Es mi concierto de toma de posesión! ¡Llevamos semanas ensayando! ¿Y todo eso se va a ir al garete por una maldita alarma de incendios?

Rose se quedó mirando al hombre vestido de gala sin disimular su repugnancia. El tipo anteponía su vanidad y su carrera a los niños que le habían sido confiados: le costaba imaginar un rasgo de carácter más repulsivo que aquel. Se preguntó si Horsten padre habría tenido las mismas prioridades.

—Hemos evacuado el castillo porque tenemos motivos para creer que existe una amenaza grave contra el coro y contra ti personalmente.

Le lanzó una mirada furibunda de arriba abajo para ponerle en su sitio. Puede que en el escenario aquella chaqueta de cola de golondrina tuviera algún sentido, pero allí, sobre los adoquines

irregulares, entre turistas con mochilas Fjällräven y familias con carritos, resultaba un tanto ridícula.

—¿Una amenaza contra mí? —Soltó una risita desdeñosa—. Es lo más absurdo que he oído en la vida. ¿No es el asesinato de mi padre en lo que deberíais concentraros? —Agitó la mano en el aire, enfadado de forma visible—. En fin, aquí me tenéis y, como veis, estoy perfectamente. ¿Terminamos con esta tontería de una vez? El público no puede haber ido muy lejos.

—Ni hablar —replicó Rose—. Vamos a peinar cada rincón de este castillo en busca de explosivos. Traeremos perros, y tal vez a los artificieros del ejército. Esto puede alargarse toda la tarde. —Puso los brazos en jarras—. Y no me sorprendería que el castillo permaneciera cerrado el resto del fin de semana, porque es un espacio complejo. —Agarró a Konrad del brazo y se lo llevó consigo —. Mis compañeros de la policía de Selandia del Norte deben de haber llegado ya. Necesito que te mantengas localizable y en contacto con…

—¡Esperen! —El guarda de antes llegaba corriendo hacia ellos con un abrigo en una mano y un estuche alargado de madera en la otra —. Creo que esto es suyo —dijo, sin aliento, en cuanto los alcanzó.

Konrad Horsten miró con extrañeza el estuche de madera lacada y luego al guarda.

—¿De dónde lo ha sacado?

No sonaba especialmente agradecido por el esprint de ida y vuelta del guarda al segundo piso para traerle sus pertenencias. Al contrario: el tono que empleó con el pobre hombre era más bien de reproche. La falta de empatía de aquel individuo no conocía límites, pensó Rose.

—¿No es suyo? Estaba junto al atril. —Señaló la tapa del estuche, con el apellido «Horsten» grabado en letras caligráficas doradas.

Konrad sacudió la cabeza con incredulidad.

—No puede ser… Es el estuche de mi padre.

Rose dio un par de pasos atrás y observó con detenimiento la caja que Konrad sostenía en las manos.

—¿Es el estuche del que nos hablaste? ¿El que no encontrabas en casa de tus padres?

Konrad asintió mientras acariciaba la tapa con sus largos dedos.

—Pero si él casi nunca usaba la batuta… No tenía tanta experiencia como yo dirigiendo orquestas. —Giró el estuche entre las manos, como si fuera un diamante raro—. ¿De dónde diablos habrá salido? ¡Casi no me lo puedo creer, y justo a tiempo para el concierto! —Miró a Rose con los ojos humedecidos—. Es como si mi padre me lo enviara, ¿no lo ves? Como si quisiera decirme algo. Como si por fin me reconociera…

Toda su ira se había esfumado. La expresión arrogante de su rostro había desaparecido, y de pronto Rose vio en aquel hombre adulto al niño de trece años que había sido. Un niño que se había pasado toda la vida mendigando el amor de su padre. Sin conseguirlo.

Se le suavizaron las facciones y miró al cielo gris. Por un instante, pareció casi feliz; en cambio, Rose sintió una opresión desagradable en el pecho. No le gustaban los hechos fortuitos ni las coincidencias repentinas, y mucho menos en una situación tan crítica como aquella.

—Suelta el estuche si no lo has traído tú. Ponlo en el suelo. ¡Ahora mismo! ¡Tenemos que salir de aquí! —gritó, intentando arrastrar a

Konrad fuera del patio, mientras observaba los alrededores en busca de algún hombre con el aspecto de Jakob Gade—. ¡Ni se te ocurra tocarlo!

Horsten se soltó con brusquedad.

—Solo quiero ver…

Konrad le dio la espalda a Rose, se inclinó sobre el estuche y levantó la tapa con cuidado.

Un estallido seco, seguido de una lluvia de chispas deslumbrantes, hizo que Rose se tambaleara hacia atrás, alejándose instintivamente de la explosión… y entonces se oyó el grito. Al principio, como una sirena continua; luego, en sacudidas intermitentes, como un despertador que nunca se apaga.

Lo primero que vio fue el brazo ensangrentado de Konrad. Su mano derecha había desaparecido, y la sangre corría por la manga desgarrada de su camisa hasta los adoquines. Entonces se volvió hacia ella, y Rose le vio la cara. Tenía los ojos desorbitados y diminutos fragmentos de vidrio incrustados en las mejillas, frente y cuello, como si lo hubieran atacado con una granada.

—Ayuda —jadeó, y cayó de rodillas—. No puedo… no puedo… respirar.

El pelo oscuro se le adhería a la frente y respiraba con dificultad, como si los pulmones hubieran dejado de funcionar. Entonces se desplomó de costado sobre los adoquines.

Rose se puso en cuclillas.

—¡Respira, vamos! ¿Me oyes? —Lo zarandeó y le sujetó el brazo izquierdo, mucho menos dañado que el derecho. Tenía el pulso muy débil.

—Dejadme pasar, soy médica. —Una mujer joven con gabardina azul marino se arrodilló al lado de Rose—. ¿Qué ha pasado aquí? ¿Está convulsionando?

—Hubo una explosión. Lo alcanzaron fragmentos de vidrio… Debe… debía de haber algo en el vidrio. ¡Cuidado! —Rose apartó las manos de la doctora cuando iba a hacerle el masaje cardíaco—. Ponle primero una chaqueta sobre el pecho para no cortarte —dijo, se puso en pie y echó a correr hacia la salida.

—¡Salgan de aquí! ¡Fuera! ¡Despejen la zona! *Get out of here*! —gritó a una pareja de aspecto asiático con mochilas de senderismo, pero no se inmutaron, permanecieron inmóviles como dos estatuas de sal, contemplando la escena detrás de Rose.

La joven médica estaba ahora a horcajadas sobre Konrad, con las manos sobre su pecho, bombeándole el corazón con movimientos rápidos y rítmicos, pero Rose comprendió, al ver el cuerpo inerte del director del coro, que ya era demasiado tarde.

Golpeó un arbusto en un arrebato de ira y frustración. Todo ese revuelo, todos los esfuerzos… y Konrad Horsten había muerto justo delante de sus ojos. También Kaare Berg estaba muerto. Mads-Peter Vang, con suerte, estaría a salvo con Gordon…, pero ¿y Tommy Eckert?

Sintió vibrar el móvil en el bolsillo de la chaqueta.

—¿Assad? —resopló al contestar—. ¿Estáis llegando?

—No. Hemos obtenido una nueva señal del coche de Eckert —dijo Assad.

—¿Viene hacia Kronborg? Tenemos que tenerlo muy vigilado. —Rose echó a correr por el puente sobre el foso exterior—. Konrad acaba de morir delante de mis narices.

Assad guardó silencio un segundo.

—¿Konrad Horsten? ¿Cómo?

—Una explosión. Luego os lo cuento. ¿Dónde está Eckert? ¿Ha llegado ya?

—No —dijo Assad—. Lo captó una cámara. Salió de la autopista en Hørsholm, veinte kilómetros antes de Helsingør, y tomó dirección noroeste. No sabemos adónde se dirige.

67

TOMMY

Cuanto más se acercaba a su destino, más claro le quedaba a Tommy que tanto Kaare como Mads-Peter estaban en lo cierto.

Había recibido la dirección por sms hacía una hora, junto con la orden de apagar el móvil. En principio, el nombre de la calle y el número no le decían nada, pero su cuerpo parecía acordarse de la ruta.

Tuvo ya un mal presentimiento en cuanto se desvió de la carretera principal hacia las vías secundarias cerca de Tibirke, con un viejo mapa sobre el regazo. Poco después, al adentrarse en el bosque, sus sospechas se confirmaron. Había estado en aquel lugar de pequeño, con el coro. Varias veces, de hecho.

Ahora sudaba a mares. Los cristales se habían empañado y era imposible ver el exterior, así que bajó la ventanilla y oyó los neumáticos crujir en los surcos de la carretera de gravilla que lo llevaba bosque adentro.

Detuvo el coche para consultar el mapa y comprobó que solo le faltaban unos cientos de metros para llegar, así que tenía tiempo de sobra.

Bajó la visera parasol para mirarse en el espejo, pero al momento deseó no haberlo hecho, porque fue como ver su propia alma desangrarse ante él: tenía los ojos enrojecidos y unas ojeras

enormes y amoratadas; llevaba casi treinta y seis horas sin dormir y ni siquiera sabía si volvería a hacerlo.

Alargó la mano y pasó los dedos sobre la bolsa de deporte en el asiento del copiloto. Se sentía blanda al tacto y parecía vacía, pese a que la había rellenado con ocho periódicos recortados en bloques rectangulares y atados en fajos con gomas elásticas, pero ya era demasiado tarde para arreglarlo. Demasiado tarde para arrepentirse. Demasiado tarde para acudir a la policía. No le quedaba otra que seguir adelante.

Metió primera y dejó que el coche rodara despacio por el bosque que se abría ante él cuando, de repente, emergió entre las sombras un recuerdo que había enterrado hacía mucho tiempo: Heibergsminde.

Recordaba el antiguo edificio del campamento escolar como un inmueble parecido a un caserón rural de dos plantas, de un blanco luminoso, con un anexo en el lateral derecho. Entonces le había parecido enorme, tan grande como para perderse dentro, pero daba la impresión de haber encogido con los años. La pintura blanca era ahora de un gris desvaído, el enlucido de la fachada se caía a pedazos y la propiedad estaba completamente invadida por la maleza.

Miró nervioso a su alrededor. Frente al edificio había un Peugeot azul oscuro aparcado, pero estaba vacío. No se veía ni un alma. El crepúsculo se había extendido como un velo por el lugar y los detalles se desvanecían en medio de aquella luz turbia.

Abrió la bolsa y rebuscó hasta dar con lo que buscaba. El revólver de Kaare pesaba y relucía en medio de la penumbra. Dudó un instante antes de guardarlo por detrás del pantalón y salir del coche.

«Rodea el edificio principal», decía el sms.

Tommy se echó la bolsa de deporte al hombro y bordeó el anexo. Cada paso sobre la gravilla retumbaba como una explosión. Era como viajar atrás en el tiempo, como si con cada pisada regresara un nuevo recuerdo de todo aquello que había intentado reprimir. Aquí había dormido y cantado cuando era pequeño, y también aquí había ayudado a arrastrar a Jakob Solvig al bosque, a arrancarle la ropa y a mearle encima antes de tirarlo al lago y finalmente empujarlo al balcón. Pero, demonios, solo tenía diez años. ¡Él no había tomado la iniciativa! No era más que un crío asustadizo de un hogar inestable que, en Laurenti, solo se sentía a salvo bajo el ala de Berg, mucho mayor que él. ¿Cómo iba a plantarle cara?

Sintió, a través de la camiseta, el frío metal del revólver rozarle las vértebras al caminar, como un zapato incómodo que aprieta en el talón.

¿Sería de verdad Jakob Solvig quien lo estaba esperando? Por extraño que pareciera, la situación le daba menos miedo si podía poner nombre y cara a quien lo amenazaba. Le vino a la mente un rostro infantil con los ojos muy juntos, una cara de rata con el pelo oscuro y ondulado.

Al doblar la esquina estuvo a punto de tropezar con la puerta de la salida de emergencia, que se había descolgado de los goznes y yacía sobre el suelo, entre un montón de cristales rotos. Tuvo que dar una zancada larga y torpe para no resbalar con los fragmentos.

—¡Quieto! —Una voz a su derecha desgarró el silencio—. No te muevas. Pon las manos en alto para que las vea.

Un escalofrío recorrió a Tommy desde el cuero cabelludo hasta el pecho. Era él. Era la voz del aparcamiento subterráneo. Lo atisbó por

el rabillo del ojo. Llevaba el mismo gorro y la misma chaqueta de color negro. El tipo se había ocultado en las sombras del ala de dormitorios; Tommy acababa de pasar por delante de él.

Tommy abrió las manos y alzó los brazos con lentitud. Nada de movimientos bruscos; el arma no debía asomar bajo la chaqueta encerada por nada del mundo.

—Date la vuelta. Despacio —ordenó Jakob.

Tommy obedeció.

68

JAKOB

—¿Jakob? —Tommy le recorrió el rostro con la mirada, como si intentara encajar las piezas de un rompecabezas.

—¡Vaya! Ahora sí te acuerdas. —Jakob encendió la linterna y enfocó con ella a Tommy. Bajo el intenso haz de luz vio que tenía una fina película de sudor en las aletas de la nariz y en el labio superior. La chaqueta encerada le venía grande y le hacía parecer un niño disfrazado. El pelo, fino y grasiento, se le pegaba a la cabeza, y las ojeras violáceas delataban una falta de sueño extrema, que en los próximos días solo podría agravarse.

—Andando. Nos vamos al bosque. —Jakob hizo un gesto con la linterna.

—¿Adónde me llevas? —Los ojos de Tommy brillaban con recelo.

—¡Vamos, andando ya! —Jakob se plantó frente a él, lo hizo girarse y le dio un empujón en la espalda—. ¡Al bosque! Mantén las manos en alto, donde yo pueda verlas.

Tommy echó a andar, primero con pasos titubeantes; luego aceleró para mantener la distancia con Jakob, que le clavaba la linterna en la espalda cada vez que iba despacio.

Se metieron por un sendero y el bosque se espesó a su alrededor. Tommy estuvo a punto de tropezar varias veces: los zapatos de cordones resbalaban en la hojarasca y se enganchaban en las raíces

que sobresalían entre las hojas muertas cada vez que Jakob lo empujaba.

Al llegar a un gran tocón cubierto de musgo, el sendero se bifurcaba.

—Ve por la derecha —le ordenó Jakob cuando Tommy le lanzó una mirada perpleja por encima del hombro, y siguieron hacia el norte, hasta que el bosque se acabó y algo negro y enorme brilló bajo el haz de la linterna de Jakob.

El lago. A Jakob se le hizo un nudo en la garganta al verlo de nuevo.

—Al embarcadero. Venga. —Le dio un empujón en la espalda, y Tommy avanzó por la estructura de madera carcomida con los brazos en cruz como un funambulista.

—Ahora para y date la vuelta —ordenó Jakob cuando apenas faltaba un metro para el borde. Tommy, que seguía con los brazos extendidos como un espantapájaros y respiraba a bocanadas cortas y nerviosas, se fue girando poco a poco, primero el torso y después el resto del cuerpo.

—Quiero pensar que has traído el dinero —dijo Jakob.

Tommy hizo un gesto con la barbilla hacia la bolsa de deporte que le colgaba del hombro derecho.

—Aquí —señaló con una voz que sonó como el croar de una rana.

—¿Y están los 5 millones? —Jakob escrutó el rostro de Tommy.

Este asintió sin mirarlo a los ojos.

—No hace falta que agaches la cabeza. Te ha salido barato, teniendo en cuenta lo que habría podido ganar yo si no me hubieras arruinado la voz.

Jakob sintió que la furia empezaba a apoderarse de él. Se había propuesto mantener la cabeza fría, actuar como si aquello fuera una transacción de negocios. Agarrar el dinero y desaparecer. Pero en ese momento solo pensaba en golpear a Tommy en la cabeza hasta dejarlo inconsciente y luego, cuando cayera al suelo, patearle el estómago y la cara, arrancarle la ropa, mearle encima y empujarlo al agua, solo para comprobar si aquella venganza animal le proporcionaba algún tipo de paz interior.

—Quiero pedirte perdón —dijo Tommy, y alzó por fin la vista.

—¿Perdón? —Jakob soltó una carcajada histérica—. ¿De verdad crees que eso es lo que quiero después de treinta y cuatro años en el infierno? ¿Que me pidas perdón?

Tommy parecía desconcertado.

—Hay a quien le ayuda —dijo—. La primera ministra ha pedido disculpas a muchos niños que recibieron un mal trato en la infancia, así que…

—No me vengas con gilipolleces de político. —Jakob pateó con rabia las tablas del embarcadero—. Ya tuviste tu oportunidad de pedirme perdón… y fue en el despacho de Ole Horsten hace treinta y cuatro años.

Tommy lo miró sin comprender.

—No me acuerdo…

—¿Que no te acuerdas? —Jakob lo observó. Había esperado algo de arrogancia por parte de Eckert, pero aquel aire de inocencia fingida era directamente una provocación—. Te llamaron al despacho de Horsten y te preguntaron qué había pasado aquella noche en Heibergsminde. ¿Y qué contestaste?

Tommy negó ligeramente con la cabeza.

—Dijiste: «Yo de eso no sé nada». Estabas sentado a mi lado; podrías haberme salvado. Si hubieras dicho la verdad, si hubieras tenido un mínimo de decencia, podría haberme quedado en el colegio, recibir tratamiento, operaciones, fisioterapia… Pero ¿qué hiciste tú? —Ahora le dolía la garganta. Hablar así era como pasarse papel de lija por las cuerdas vocales.

Los ojos de Tommy recorrieron el rostro de Jakob como si fuera a encontrar allí la respuesta. Luego volvió a bajar la mirada.

—Exacto —Jakob asintió—. Le mentiste a Horsten a la cara y firmaste allí mismo mi sentencia de muerte.

—No fue… —Tommy se calló cuando Jakob se acercó más a él; aún le sacaba media cabeza.

—¿Sabes lo que es ver cómo todo tu futuro se derrumba ante ti cuando tienes diez años? —Jakob dio un paso más y las tablas crujieron bajo sus pies—. ¿Sabes lo que siente un niño cuando descubre que el paraíso en el que ha entrado está lleno de víboras como tú? ¿Sabes lo que es tener diez años y perder lo único que le daba sentido a la vida? ¿Ver cómo todo el mundo a tu alrededor, niños y mayores, se alía contra ti?

Tommy parpadeó como si cada palabra de Jakob fuera un latigazo y retrocedió un paso. Ahora apenas lo separaba medio metro del agua.

—Solo intentaba sobrevivir —argumentó.

—¿Qué? —Jakob resopló—. ¿Qué es eso de sobrevivir? ¡Menuda tontería!

—Odiaba ese colegio. —Tommy tragó saliva un par de veces—. Laurenti nunca fue mi sueño. Fue el sueño de mi padre. Él aspiraba a pertenecer a la élite, codearse con todos esos padres ricos e

influyentes. Pero yo lo odiaba con toda mi alma… La competencia, la disciplina, el canto, ¡todo! Cada día, cada hora en Laurenti me arrancaba un pedazo de mí. —Alzó la vista; el sudor le cubría todo el rostro como una mascarilla húmeda—. Si no le hubiera mentido a Horsten, el siguiente habría sido yo.

—Ya veo —dijo Jakob—. O sea, que tu estrategia de supervivencia se basaba en pisotear a los que estaban abajo. Empiezo a entender por qué te metiste en política.

Tommy sacudió la cabeza como si estuviera poseído.

—Lo de arrastrarte al bosque aquella noche no fue idea mía. Fue cosa de Konrad. Y de Kaare. —De repente, sus ojos adquirieron un brillo enloquecido—. Kaare está muerto.

Jakob lo miró fijamente.

—¿Muerto?

—Fue sin querer. Lo del bosque fue idea suya… y ahora está muerto. Yo lo maté. Ayer. Está muerto. —Hablaba de manera extraña, como un robot. Luego lo miró a los ojos—. Jakob, los dos somos del mismo bando. Somos un equipo, tú y yo… ¿No lo ves?

Jakob rio con desprecio.

—¿Un equipo? Tú fuiste quien se meó encima de mí y quien tiró mi pijama al agua. Tú, Tommy.

Tommy tragó saliva un par de veces.

—Pero ¿es que no lo entiendes? Si los hubiera delatado, me habrían hecho lo mismo a mí. Me habría convertido en un paria. ¡Mi padre se habría convertido en un paria! Se habría arruinado. Les debía dinero a casi todos los padres del colegio, así que…

—Eres un cobarde —Jakob pronunció cada palabra con una lentitud deliberada—. Si hubieras asumido la responsabilidad de lo

que hiciste, ahora no estaríamos aquí.

Tommy pateó el suelo un par de veces.

—Dios, hace más de treinta años de aquello. ¡Éramos unos críos! Casi no me acuerdo. En aquellos tiempos era otra persona.

Jakob sacudió la cabeza y dejó escapar un suspiro seco que parecía una risa contenida. Y es que, francamente, el autoengaño del tipo que tenía delante le resultaba casi cómico. Menudo andrajo humano.

—¿Me estás diciendo que lo que me hiciste entonces no tiene nada que ver con tu carácter? ¿Que no refleja la esencia de lo que eres? —dijo.

—¡Maldita sea, era pequeño! —ahora Tommy gritaba, pero Jakob apenas lo oía.

—O sea… ¿me estás diciendo que, al crecer, por arte de magia, dejaste atrás al cobarde que llevabas dentro? ¿Que al hacerte mayor aprendiste a asumir la responsabilidad de tus actos?

—Pues claro. —Tommy lo miraba como si no hablaran el mismo idioma—. Como todo el mundo. Por algo los niños no tienen responsabilidad penal en este país. No se les puede responsabilizar de sus actos igual que a los adultos.

—¿Crees que Mira estaría de acuerdo?

Tommy se tambaleó ligeramente, como si Jakob acabara de darle un puñetazo.

—Cuando dejaste a Mira malherida en aquel coche, eras un adulto. Y no solo eso: eras ministro de Sanidad, uno de los hombres con más poder del país. Pero ¿te comportaste como un adulto responsable y llamaste para pedir ayuda? No. Desapareciste como un conductor que se da a la fuga. —Jakob dio unos pasos sin

moverse del sitio. En su interior ardían más de treinta años de venganza reprimida—. Por cierto, hoy se cumplen diez años. Lo sabes, ¿verdad? Diez años, y apostaría a que no has visitado su tumba ni una sola vez. Una mujer a la que afirmas haber amado. ¿A eso lo llamas tú asumir la responsabilidad? —Hizo una pausa calculada.

El nombre de Mira había roto algo en el interior de Tommy.

—Iré hoy. A la tumba. Te lo juro. —Entonces rompió a llorar de forma descontrolada, aullando, con las lágrimas y los mocos resbalándole por la cara, en una escena que a Jakob le pareció casi gratificante, un presagio de cómo iba a ser la vida de Tommy en los próximos días y semanas.

—Dame el dinero. —Jakob extendió la mano—. ¡Ya!

Tommy dudó un instante, lo cual resultaba sorprendente, porque cualquiera pensaría que a esas alturas querría quitarse a Jakob de encima lo antes posible. Alzó la vista. Las mejillas mojadas le brillaban a la luz de la linterna.

—No era más que un niño… —alcanzó a susurrar.

Jakob bajó la linterna.

—Y yo también. Yo también era un niño, maldita sea, y vosotros me destrozasteis la vida. —Se plantó delante de Tommy—. ¡El dinero! —gruñó—. ¡Vamos!

Tommy dejó resbalar la bolsa de deporte del hombro y, despacio, la apoyó sobre el embarcadero.

—¿Y los vídeos de esa noche… y mi corbata?

—Ah, sí. —Jakob hurgó en el bolsillo y sacó una bolsa de congelación con la Ferragamo marrón dorado manchada de sangre y la tiró al embarcadero—. Gracias por prestármela —dijo, y recogió la

bolsa de deporte, que pesaba más de lo esperado. Aunque ¿cuánto pesaban 5 millones de coronas en billetes grandes? No tenía ni idea —. Los vídeos los borraré en cuanto haya contado el dinero. —Se alejó un par de pasos y miró el reloj—. Tú espera aquí treinta minutos antes de volver al coche. ¿Entendido? Treinta minutos. De lo contrario, los vídeos irán directos a la prensa.

Tommy asintió con la mirada vacía y Jakob fue retrocediendo despacio, sin darle la espalda.

Cuando dejó atrás el embarcadero y pisó tierra firme, sintió que las piernas le pesaban menos. Dejó de vigilar a Tommy, se giró y aceleró el paso hacia el sendero del bosque, con una euforia repentina vibrándole en el pecho. Su nueva vida comenzaba allí, en ese preciso instante. Notó cómo la tensión de la garganta empezaba a ceder, como si llevara treinta y cuatro años con una soga alrededor del cuello y alguien, por fin, se la hubiera aflojado.

Cinco millones de coronas. Palpó la bolsa. Había hecho sitio para el dinero en dos huecos detrás del revestimiento del maletero, pero ¿habría suficiente espacio? Siguió trotando mientras se apretaba la bolsa contra el pecho para comprobar el contenido. Abrió la cremallera lo justo para meter la mano y sacó un fajo de billetes.

Se detuvo en seco al darse cuenta de que lo que sostenía era un taco de papel de periódico recortado como si fueran billetes. Reconoció incluso la tipografía y el artículo del *Morgenavisen*: una crónica del decimoctavo cumpleaños del heredero al trono. «Un príncipe de su tiempo», se leía en la parte superior del fajo. Sacó un segundo fajo. «… de las aguas marinas están muriendo», decía. Frenético, lo deslizó entre los dedos como si fuera una baraja y lo arrojó al suelo del bosque antes de abrir la bolsa de par en par.

Tardó unos segundos en comprender lo que estaba pasando. Dentro no había nada más que una pesada barra de hierro y un montón de papeles. Fajos de periódico atados con gomas. Basura.

Se encogió por dentro; el ácido gástrico le subió hasta abrasarle el esófago. Agarró la barra de hierro y echó a correr de vuelta al lago, rugiendo de furia. El bosque parecía irreal; la penumbra se había cerrado sobre él, claustrofóbica, y apenas logró ver nada cuando llegó, solo el contorno de Tommy en la orilla, con un brazo en la espalda y el otro extendido, como para defenderse de aquella bestia rugiente que salía del bosque.

—¡Hijo de perra! —Jakob resbaló en la orilla embarrada del lago al abalanzarse sobre Tommy con la barra de hierro en alto—. ¿Creías que podrías engañarme?

Intentó agarrarlo e inmovilizarlo para machacarle el cráneo, empujarlo al agua y hundirlo en las negras profundidades del lago hasta que se ahogara.

Pero Tommy se le adelantó.

El golpe, inesperadamente fuerte, retumbó en los oídos de Jakob antes de alcanzarlo en el costado izquierdo, bajo las costillas, y dejarlo sin respiración. Cayó hacia delante, arrastrando consigo a Tommy, y se derrumbó sobre él. Por encima de ellos, los pájaros chillaban y graznaban en la oscuridad. Jakob había perdido la barra de hierro, pero si pudiera levantar las manos, agarrar el cuello de Tommy y apretarlo hasta…

El golpe en el costado dolía demasiado y le escocía, como si Tommy le hubiera prendido fuego. Rodó de espaldas y metió la mano por debajo de la chaqueta para palpar de dónde venía el dolor. Sintió el jersey caliente y húmedo y, al sacar la mano y acercarla a

los ojos, comprendió lo que había pasado. La sangre, negra en la oscuridad, le goteaba sobre la cara.

Desvió la mirada de la mano hacia Tommy. El político estaba de pie, inclinado sobre él, con los ojos abiertos de par en par, y respiraba con agitación. Sujetaba un arma con torpeza, con el brazo estirado, como si le quemara la mano.

—Me has disparado —dijo Jakob, notando cómo la sangre manaba de la herida bajo las costillas con cada palabra.

Tommy no respondió. Se quedó inmóvil unos segundos, jadeando, antes de recoger el *totschläger* y echar a correr.

Jakob consiguió alzar la cabeza y vio a Tommy desaparecer entre los árboles. Luego volvió a desplomarse y miró al cielo mientras la sangre seguía brotando sin cesar. Dos nubes se apartaron y la luna se asomó, bañando el entorno con su luz fría y plateada. Por primera vez distinguió las copas desnudas de los árboles sobre él. ¿Serían los mismos que había visto cuando estuvo atado allí, treinta y cuatro años atrás?

Las ramas parecían manos. Manos retorcidas de bruja que se balanceaban sobre él. Los párpados le pesaban cada vez más y el movimiento de las copas de los árboles se volvió más rítmico. Una tras otra aparecían y desaparecían ante él en un parpadeo constante, y de pronto ya no era un hombre de cuarenta y tantos, sino un niño de diez sentado en el asiento trasero del coche de sus padres, mirando apático por la ventanilla mientras las farolas y los árboles desfilaban ante él.

Fueron a buscarlo a Helsinge, a casa de Asger y Lise, poco antes de Navidad.

—¿Qué dije yo? —preguntó el padre mientras recogían sus cosas —. A ver si se te quita de una vez por todas esa puñetera manía de cantar.

La escena que siguió fue de esas que repugnaban a su padre. Tuvieron que arrancarlo, llorando y gritando, de los brazos de Asger, bajarlo a rastras por las escaleras y obligarlo a subir al coche. Cuando al fin pusieron rumbo al *ferry*, su padre iba en silencio, hirviendo de rabia por dentro.

—¿Qué vamos a hacer con este? —dijo finalmente, cuando subieron a bordo.

La madre intentó hacerlo callar, y Jakob fingió que dormía, pero incluso con los ojos cerrados sentía la mirada de su padre por el retrovisor, acribillándolo y arrebatándole la última esperanza de que hubiera algo bueno en este mundo.

—Lo digo en serio —masculló el padre—. ¿Qué se hace con un niño prodigio que ha dejado de serlo?

69

HELENA

—Espera un momento. —Assad le puso una mano en el brazo a Helena y ella frenó.

El camino forestal lleno de baches desembocaba en lo que parecía un patio amplio frente a un edificio de dos plantas. «heibergsminde», se leía sobre la entrada principal, o se habría leído algún día, porque ahora faltaban la B y la G. El resto del edificio estaba igual de descuidado y deteriorado.

—Por Alá…, tenías razón. Mira las matrículas. —Assad entrecerró los ojos y se quedó observando los dos coches aparcados en extremos opuestos del patio—. Están los dos aquí. El Peugeot de Jakob y el Fiat de Eckert.

Salió del coche, desenfundó la pistola y se acercó a la puerta delantera del Fiat empuñándola con ambas manos mientras Helena lo seguía con la mirada. Al poco le indicó que estaba vacío, y entonces ella avanzó hasta el patio y aparcó el coche de cara a la salida, por si tenían que marcharse de allí a toda prisa.

Al apagarse los faros, una oscuridad azulada envolvió el coche como terciopelo. Eran las 5.25; faltaba casi media hora para la puesta de sol, pero allí, lejos de cualquier luz artificial, era imposible distinguir nada a más de diez o quince metros. Aquella negrura le revolvió algo por dentro que la incomodaba.

Doce años atrás también estaba así de oscuro cuando el coche que iba delante de ella frenó en seco. Ni siquiera llegó a ver al hombre bajarse del vehículo antes de que sonara el primer disparo y los fragmentos del parabrisas le llovieran encima como copos de nieve afilados.

Del resto solo conservaba retazos. Debió de reptar hasta el asiento trasero y salir del coche por la otra puerta, pero no lo recordaba con claridad. Era como si sus pensamientos se hubieran borrado por completo en esos dos o tres minutos que aquel desconocido necesitó para arruinarle la vida. Su cuerpo había actuado por instinto. Había sacado a Juju del coche y se había echado sobre ella como si fueran una sola persona, de eso sí estaba segura, pero lo único que se le había quedado grabado en la memoria era el miedo cuando aquel hombre se cernió sobre ellas. Su silueta oscura recortada contra un cielo aún más oscuro. El terror cuando él apuntó y ella rodó para cubrir con su cuerpo a Juju. El dolor cuando la bala le entró por la espalda.

En cierto modo, había muerto aquella noche. Al menos así lo había sentido, sobre todo durante los primeros años.

Se miró las manos ligeramente temblorosas y luego a Assad, que en ese momento se acercaba al Peugeot azul con pasos calmados. ¿Debería decirle que estaba nerviosa, que tendría que apañárselas solo porque ella arrastraba un fantasma del pasado?

Sacudió la cabeza. De ninguna manera, maldita sea. El pensamiento en sí ya era una estupidez, teniendo en cuenta la escasa confianza que Assad tenía en ella y en sus dotes como policía.

Sacó un gorro del bolsillo, se lo caló y bajó del coche. La explanada frente a Heibergsminde estaba cubierta de gravilla, pero las malas hierbas habían invadido el terreno y la tierra negra asomaba entre las piedras.

—Las maletas de Jakob siguen en el coche. Hay dos, tal como dijo la hija de la vecina. No puede andar muy lejos. —Assad señaló el maletero del Peugeot antes de avanzar hacia el edificio principal, sumido en la penumbra.

Helena quitó el seguro a la pistola, activó la linterna táctica y se encaminó hacia el ala oeste del edificio mientras trataba de reconstruir en su cabeza los posibles escenarios entre los dos antiguos coristas.

La única geolocalización que habían obtenido del Fiat de Tommy Eckert indicaba que había salido de la autopista en Hørsholm y tomado dirección noroeste, de modo que no se dirigía a Kronborg, como habían supuesto en un principio. A falta de una idea mejor, Assad y Helena habían decidido entonces ir al colegio Laurenti, en Hillerød, pero apenas se habían subido al coche cuando una nueva geolocalización, mucho más relevante, los hizo cambiar de planes otra vez. Habían localizado el vehículo de Jakob Gade en una carretera al norte de Helsinge: un coche patrulla con cámara había registrado la matrícula, además de captar una imagen del coche que circulaba en dirección norte. Como desde ese punto no había más que un par de minutos hasta Heibergsminde, Helena propuso ir directamente al antiguo campamento escolar para comprobar si Jakob se había refugiado allí. Según la secretaria de Laurenti, el edificio llevaba años desierto y en desuso. El escondite perfecto.

El hecho de que ambos coches estuvieran aparcados frente al edificio principal hacía suponer que tanto Jakob como Tommy estaban en las inmediaciones y que su encuentro no era fortuito, sino fruto de algún tipo de acuerdo. Que Tommy hubiera acudido por voluntad propia ya era más dudoso. Lo más probable era que Jakob lo hubiera engañado con algún pretexto o que lo estuviera chantajeando. En cualquier caso, Assad tenía razón: los dos hombres tenían que estar allí. Uno era un asesino. El otro se encontraba en peligro inminente de muerte.

Oyó dos estruendos secos y el pulso se le aceleró. Al girarse en redondo, vio a Assad en la escalinata, con el pie aún en alto. Volvió a asestar una fuerte patada a la puerta principal, pero la sólida estructura de roble no cedió ni un milímetro.

—Está cerrada —indicó.

Helena le hizo señas para que se acercara.

—Bueno, creo que al norte de Copenhague ya todo el mundo se ha enterado de que estamos aquí —susurró en una especie de bufido. Luego, en un tono más benévolo, añadió—: Alguien ha pasado hace poco por aquí. —Apuntó al suelo.

La maleza, todavía húmeda, aparecía pisoteada en varios puntos, y en un claro de tierra entre los islotes de gravilla había una huella bien marcada. Por el tamaño, parecía la puntera de un zapato o una bota de hombre, y apuntaba hacia el oeste. Rodearon el edificio siguiendo la dirección de la huella y, al doblar la esquina, encontraron en el suelo una puerta arrancada.

—Espérame aquí. —Assad pasó por delante de Helena y desapareció con el arma ligeramente en alto por el hueco de la puerta, que conducía a lo que parecía la antigua ala de dormitorios.

Desde fuera, Helena alcanzó a ver el haz de su linterna táctica recorrer el interior, hasta que desapareció por completo y se hizo el silencio.

Alzó su propia pistola y barrió el jardín trasero con la linterna. La hierba había crecido sin control y estaba invadida de hierbajos, cardos y restos de tallos secos. Juraría que las huellas que iban siguiendo continuaban en línea recta hacia una abertura en la linde del bosque.

—Ahí dentro no hay ni ratas ni sabandijas —dijo Assad al salir del anexo—. He revisado todas las habitaciones y todas las literas. La puerta que da al edificio principal está cerrada con llave.

—¿Qué te parece esto? —Helena siguió con su linterna las huellas en la hierba—. ¿Ves el espacio entre aquellos dos abedules? Creo que hay un sendero que se adentra en el bosque.

Assad se frotó la mandíbula.

—¿Y qué iban a hacer en el bosque a estas horas? Está más negro que la boca del lobo.

—Aquella noche a Jakob lo arrastraron al bosque —dijo ella—. Eso fue lo que Vang le confesó a Gordon, ¿no? Que lo despertaron en mitad de la noche y lo tiraron a un lago. Tiene que haber un lago por aquí cerca…

De repente se oyó un estampido lejano. Assad puso la mano en el brazo de Helena y ella se detuvo en seco. Como él, reconoció el sonido al instante. No era un estruendo fuerte, sino más bien lo contrario, y procedía de algún lugar a cientos de metros de allí. El tono era inconfundible: un chasquido metálico y seco que reverberó sobre las copas de los árboles, seguido del graznido indignado de los pájaros asustados.

—¡Un disparo! —Assad la miró y echó a correr.

Durante un par de segundos, Helena se quedó clavada en el suelo, sorprendida por la velocidad con que aquella figura corpulenta surcaba la hierba alta hasta la rodilla y desaparecía entre los árboles. Entonces salió tras él, pero la hojarasca mojada formaba una capa espesa que la hacía resbalar a cada paso. No lo alcanzó hasta más adentro en el bosque, donde Assad recuperaba el aliento apoyado en un tocón enorme. Delante de ellos, el sendero se bifurcaba.

Assad frunció el ceño, irritado. Incluso en la oscuridad, Helena distinguió la profunda arruga entre sus espesas cejas.

—¿Ahora por dónde tiramos? Teníamos que haberle pinchado las ruedas. Si vamos por este lado, él volverá al coche por el otro, y si vamos por aquel…

—Gracias, la lógica me ha quedado clara —lo interrumpió Helena —. Nos separaremos. Yo iré por ahí. —Señaló con la cabeza el ramal de la derecha.

Assad la miró con esa condescendencia que los padres reservan para los hijos obstinados.

—¿Separarnos? Jakob ya no es un pobre niño del coro. Ha matado a tres personas, puede que cuatro, y ha hecho volar por los aires a otros cuatro inocentes. Y has oído el disparo de antes. Va armado.

Helena señaló su propia arma con un gesto.

—Yo también. Y además tengo muy buena puntería. —Miró el reloj —. Son las 17.36. Comprobamos adónde van los caminos y nos volvemos a encontrar aquí a las 17.50 como muy tarde, ¿te parece?

Assad titubeó.

—¿Segura? —Se quedó en pie, como dándole la oportunidad de cambiar de idea.

—Segura —respondió Helena, y le dio la espalda antes de que Assad pudiera ver la sombra de duda en sus ojos.

Si mostraba debilidad ahora, la historia se extendería como la pólvora por todo el distrito policial de Copenhague. A esas alturas ya se habrían enterado de lo ocurrido justo antes de la explosión en Asserbo. No pensaba darles también la satisfacción de oír cómo, en una situación de riesgo, se había comportado como una auténtica gallina. Porque entonces la destinarían a poner sellos en la unidad de patrulla rural o a archivar expedientes en la sección de mascotas perdidas, lo más lejos posible del crimen organizado.

Así que siguió avanzando, con las piernas ligeramente flexionadas y empuñando la pistola con ambas manos.

En ese tramo el sendero era tan estrecho que, si extendía los brazos, podía tocar los árboles de ambos lados a la vez. Las copas se entrelazaban sobre su cabeza a unos ocho o diez metros de altura, y tuvo la sensación de ir caminando por el interior de una catedral abandonada. Levantó un poco el arma y la desplazó despacio de un lado a otro para explorar el terreno. Entonces el haz de la linterna dio con algo inusual en el suelo. Entrecerró los ojos para verlo mejor. Era una especie de bulto.

Se acercó despacio, sin quitarle ojo, hasta estar segura de que no era nada vivo. El bulto era completamente negro salvo por un detalle blanco que despedía un brillo casi reflectante cuando la luz lo rozaba. Reconoció de inmediato el logotipo con los dos arcos opuestos. Under Armour. Era una bolsa de deporte.

Echó un vistazo a su alrededor antes de arrodillarse a examinarla más de cerca. Parecía seca, así que no podía llevar mucho tiempo allí. La iluminó con la linterna y removió el contenido con el cañón

de la pistola. ¿Qué narices era aquello? Una bolsa llena de papeles de periódico, atados como si fueran fajos de billetes. Parecía un intento *amateur* de engañar a alguien.

De repente tuvo la certeza de que no estaba sola. Levantó el arma en posición de disparo y barrió el sendero con el haz de la linterna, pero supo en ese mismo instante que acababa de cometer un error fatal: el sendero frente a ella estaba despejado. El peligro venía por detrás.

En los últimos doce años se había imaginado cientos de veces cómo podría sobrevenirle la muerte, pero por algún motivo nunca había pensado que pudiera ser algo tan simple como esto. No vio al hombre salir de su escondite bajo una rama baja de pino. Solo oyó el chasquido del tambor de un revólver al girar, y la embargó una sensación de terror y alivio a la vez: conocía a la perfección ese sonido. Había entrenado montones de veces con un revólver en el campo de tiro. Y ese revólver estaba vacío.

Quiso ponerse en pie, girarse de golpe y apuntar con la pistola en un solo movimiento, pero ya había perdido demasiado tiempo. Oyó un silbido y apenas alcanzó a ver algo verde oscuro por el rabillo del ojo antes de que el golpe le estallara detrás de la oreja, con un sonido metálico y la contundencia de un bloque de hierro.

¿Dolía?

Si fue así, no llegó a sentirlo antes de que la oscuridad lo engullera todo. Exactamente esa clase de oscuridad que tanto la aterraba.

70

ASSAD

Assad no llevaba ni cinco minutos corriendo por el sendero resbaladizo cuando supo que algo andaba mal. Aunque orientarse entre aquella arboleda tan densa no era fácil, su brújula interior le decía que el sendero avanzaba lenta pero inexorablemente hacia el oeste, mientras que el disparo había venido del norte.

Alumbró el sendero por el que había llegado.

—¡¿Helena?! —gritó a pleno pulmón, pero no hubo respuesta. Ya sabía que era poco probable que pudiera oírlo en aquel bosque tupido, pero había algo en esa quietud absoluta que le ponía los pelos de punta.

Dio media vuelta y echó a correr todo lo deprisa que le permitían sus cincuenta y tres años y un consumo de aceite de oliva superior al de todo un pueblo de provincias danés.

No tendrían que haberse separado. Helena había ido directa al norte y quizá en ese momento estuviera cara a cara con un hombre que ya había empleado armas contundentes, explosivos, medicamentos, una barbacoa y sus propios puños para matar. En otras palabras, un psicópata asesino con una sed de venganza insaciable que ahora, además, iba armado.

¿Por qué demonios había accedido a dejarla ir? Cierto que Helena era terca como ella sola y había insistido, sí, pero en una situación

crítica nunca se abandona a un compañero. Tendría que haberse plantado. Rose estaba hecha de la misma pasta: compartía su obstinación y esa convicción de que podía apañárselas sola ante cualquier circunstancia. Pero Assad jamás habría dejado a Rose adentrarse sola en un bosque oscuro tras la pista de un hombre armado y peligroso.

Intentó convencerse de que eran las peleas constantes con Nella en casa las que le habían quitado las ganas de discutir. De que, tras la explosión de Asserbo, había perdido confianza en el juicio de Helena. La verdad, sin embargo, era más sencilla: echaba de menos tener a Carl a su lado y, en su ausencia, prefería arreglárselas solo. Pero ¿no era eso justo lo contrario de lo que predicaba el Departamento Q? En el Departamento Q se cubrían las espaldas unos a otros. Siempre.

Llegó al tocón con los pulmones a punto de estallar.

—¿Helena? —volvió a gritar, sin respuesta.

Tomó el sendero hacia el norte y consultó el reloj. Los números 17.42 brillaron en la oscuridad. ¿Hasta dónde podría haber llegado Helena en seis minutos? Por aquel terreno irregular era casi imposible correr, pero ella estaba en mucho mejor forma que él. Calculó que bien podría llevarle un kilómetro de ventaja, y aceleró el paso hasta que se sintió al borde del infarto.

Entonces la vio, a lo lejos. Aún llevaba el arma en la mano, y la linterna táctica proyectaba un cilindro de luz sobre el suelo, como si quisiera guiarlo hasta ella. Estaba boca abajo con los pies apuntando hacia él, los brazos inertes, caídos a los lados y la cabeza apoyada sobre un bulto oscuro.

—¡Helena! —Assad barrió con su linterna los árboles que los rodeaban, examinando el terreno. No había nadie más a la vista, pero dejó el seguro quitado y sostuvo el arma con el brazo extendido, listo para disparar, mientras se arrodillaba junto a ella.

Parecía que le hubieran disparado por la espalda, pero en la chaqueta no se veía ningún impacto de bala. Tampoco sangraba, ni había oído ningún disparo. Le puso la mano izquierda en la nuca y comprobó que aún estaba caliente… El corazón le dio un vuelco de alivio cuando oyó un pequeño gemido, como el de un niño que duerme profundamente.

Respiraba.

71

HELENA

—¿Helena…? ¡Helena!

La voz llegaba desde muy lejos, y ella, suspendida en un limbo donde no veía ni sentía nada, no tenía el menor deseo de reaccionar. Pero esa voz acabó abriéndose paso en su inconsciencia y entonces irrumpió el dolor. De repente sintió el cráneo retumbarle y un fuego bajarle por la nuca desde detrás de la oreja hasta la columna. Al mismo tiempo, alguien la agarraba de los hombros con unas manos enormes, como zarpas de oso, y la zarandeaba. Entonces lo recordó todo.

Se zafó de un tirón, empuñó la pistola con ambas manos y la levantó por encima de la cabeza; luego rodó boca arriba y se llevó el arma a la altura de la cara. Fue en ese momento cuando volvió a abrir los ojos.

Al otro lado del cañón, unos ojos redondos como canicas la miraban fijamente. La linterna táctica iluminaba aquel rostro desde abajo y lo deformaba, dándole un aspecto monstruoso.

—¡Helena! —El monstruo se apartó a un lado—. ¡Soy yo!

Reconoció aquella forma tan peculiar de pronunciar su nombre.

—¿Assad? ¿Dónde está? —Bajó el arma.

—¿Quién, Jakob? —Assad la ayudó a sentarse—. ¿Qué ha ocurrido?

—No lo sé. Debí de pasar corriendo justo por delante de él. Me atacó por la espalda.

—Déjame ver. —Assad le quitó el gorro y le palpó con cuidado la parte posterior de la cabeza, apartándole el pelo con los dedos.

Helena soltó un leve quejido cuando Assad encontró el bulto detrás de la oreja. Para su sorpresa, no sangraba. El gorro debía de haber amortiguado lo peor del golpe.

—Hay que llamar a una ambulancia. Te han dado un buen porrazo. —Assad sacó el móvil y miró la pantalla—. ¡Será posible! No hay cobertura, tenemos que volver al coche.

—Todavía no. —Helena extendió una mano para que la ayudara a ponerse en pie—. No podemos abandonar a Tommy. Puede que esté herido por aquí cerca.

Assad sacudió la cabeza.

—Tienes que ir al hospital. Y si Jakob se ha largado en el coche, pedimos una orden de búsqueda.

—Escucha…, Eckert es parlamentario. Exministro. Pertenece a la élite, está *bien connecté*, tiene amigos poderosos. No sé cómo funcionan estas cosas en Dinamarca, pero si lo dejamos aquí tirado y se muere, al Departamento Q lo entierran con él.

Vio que Assad vacilaba. Tras la marcha de Carl Mørck, Assad *era* el Departamento Q. Si algo le había quedado claro en los escasos diez días que llevaba en el sótano, era eso.

—Veamos al menos adónde conduce el sendero —insistió—. Si en diez minutos no hemos encontrado nada, volvemos al coche y pedimos refuerzos, ¿te parece?

Assad suspiró.

—Cinco minutos. Ni uno más —concedió.

Doscientos metros más adelante, Assad arrastró a Helena tras un pino para observar el claro y el lago que se abrían ante ellos.

—Allí hay algo. —Señaló Helena.

A unos metros del embarcadero, una masa amorfa yacía sobre el terreno llano de la orilla. Desde la distancia parecía una enorme bolsa de basura abandonada.

Assad estiró el cuello y, en un movimiento rápido, alzó la pistola en posición de tiro.

—Es una persona. Tiene que ser Eckert. —Le hizo una seña para que se acercara—. Espalda contra espalda, Helena.

—*D'accord*. —Helena levantó el arma con ambas manos y se pegó a él.

Avanzaron de lado, como un cangrejo, hacia la figura tendida en la orilla, mientras Helena inspeccionaba la linde del bosque, pendiente de cualquier movimiento o sonido fuera de lo normal. Jakob Solvig podía estar rondando por allí. Iba armado y, aunque habían apagado las linternas, tendría que estar más ciego que un topo para no acertar al menos a uno de ellos si se lo proponía.

—No es Eckert. —Assad se detuvo de golpe, y Helena casi chocó con él.

—¿Cómo?

Assad la sujetó del brazo, le hizo darse la vuelta y señaló hacia abajo.

El hombre que yacía frente a ellos era moreno y llevaba una chaqueta negra acolchada. A la luz de la luna, la piel del rostro tenía un tono ceniciento. Respiraba con dificultad.

Assad y Helena se miraron. ¿Qué diablos había pasado allí?

—¿Jakob? —lo llamó Assad, pero el hombre no reaccionó. Tenía los ojos medio cerrados—. Tú mira cómo está. Yo te cubro. —Assad se giró hacia el bosque.

Helena se arrodilló y le palpó los bolsillos. No llevaba armas, solo una llave de coche y un pequeño pájaro de porcelana negro. Pero enseguida notó que el lado izquierdo de la chaqueta estaba empapado de sangre. Le buscó el pulso en el cuello.

—Aún tiene pulso, pero muy débil —dijo al percibir un leve latido —. Tú vuelve al coche y pide ayuda. Yo me quedo aquí.

Assad la miró un instante y después volvió a fijar la vista en el bosque.

—Iremos los dos —zanjó—. No pienso dejarte sola. Tommy Eckert sigue por aquí, y él *sí* va armado. Ya hemos pasado por esto.

Un débil gorgoteo hizo que Helena bajara la vista. Jakob había abierto los ojos por completo y ahora alternaba la mirada entre ella y el cielo. Por la boca entreabierta le salían pequeñas bocanadas irregulares de vapor y parecía aterrorizado.

Helena se puso en pie.

—No podemos irnos los dos. Necesita primeros auxilios. —Miró a Jakob y bajó la voz—. De pequeño lo torturaron y lo dejaron abandonado en este lugar. No puede morir solo. No aquí.

Assad le sostuvo la mirada un par de segundos.

—No se nos pueden morir todos —murmuró al fin—. Toma. —Se quitó el cinturón y se lo tendió a Helena—. A ver si con esto puedes cortar la hemorragia. Y no enciendas la linterna hasta que vuelva. En cuanto tenga cobertura, llamo a una ambulancia y a la unidad canina.

Desapareció corriendo en la oscuridad del bosque mientras Helena se quitaba el gorro, lo llenaba de tierra y lo presionaba con fuerza contra la herida. Después ciñó el cinturón de Assad alrededor del torso de Jakob para sujetar la compresa improvisada.

Jakob gimió, y Helena vio que le temblaban los labios. Parecía querer decir algo.

—Tommy… —susurró con voz seca y débil, apenas audible.

Helena se inclinó sobre él e intentó no perder el contacto visual.

—¿Fue Tommy quien te disparó?

Los párpados de Jakob se abrieron y se cerraron, y ella entendió que asentía.

—¿Por qué?

Se quedó mirándole los labios unos segundos, hasta que respondió:

—Dinero… Coche… Mira.

—¿Lo estabas chantajeando?

Jakob miró al cielo y no respondió.

—¿Estaba Tommy con Mira la noche en que ella murió? —insistió Helena.

Jakob jadeó y tosió.

—Sí.

—¿Mataste a Konrad Horsten? —preguntó ella.

En su rostro se dibujó una sonrisa apenas perceptible que ella interpretó como un sí.

—¿Y llevaste a Ole Horsten a Asserbo en contra de su voluntad y lo asfixiaste?

Se hizo una larga pausa. Entonces volvió a asentir con los párpados.

—¿Y Kaare Berg?

Esta vez los párpados no se movieron; solo miró a Helena con expresión distante.

—¿Mataste ayer a Kaare Berg? Jakob, sabemos lo que te hicieron aquí, en este lago, cuando eras pequeño, y sabemos también que Berg estuvo involucrado. —A Helena se le trababan las palabras y tuvo que contenerse para no perder el control, pero había algo en la muerte de Kaare Berg que la molestaba desde el momento en el que encontraron el cadáver. Era una chapuza, un homicidio impulsivo, que carecía de la planificación y del dramatismo que caracterizaban el falso suicidio de Ole Horsten, la muerte de Konrad Horsten en Kronborg o los sabotajes de Charis y del arrastrero en Hirtshals.

—Tommy —exhaló Jakob.

Helena le puso una mano en el pecho con delicadeza y se inclinó aún más.

—¿Lo mató Tommy? ¿Por qué?

Jakob abrió la boca, pero solo logró balbucear. Helena juraría que estaba intentando tararear, si no fuera porque resultaba completamente absurdo.

Miró en la dirección en que había desaparecido Assad. ¿Cuánto tiempo había pasado ya? ¿Cuatro minutos? ¿Cinco? La luz plateada que iluminaba el lago desapareció de golpe. Alzó la vista. Las nubes se habían cerrado, y la oscuridad se cernió sobre ella y el hombre malherido como una cúpula. Empezó a lloviznar, y las gotas se posaron como perlas sobre la chaqueta de Jakob.

Un nuevo sonido escapó de sus labios. Al acercar la oreja a su cara, Helena se dio cuenta de que estaba cantando. Reconoció la letra y la melodía: Nanna se la había cantado alguna vez para dormir

cuando era pequeña. «… en la soledad del bosque reina la tranquilidad, y los anhelos del corazón encuentran aquí su paz».

Las últimas palabras fueron un susurro más que una canción. Helena esperó por si decía algo más, pero los ojos de Jakob empezaron a moverse como los de un niño que mira absorto por la ventanilla de un tren.

—Cantas muy bien —le dijo.

En su cara se dibujó una sonrisa, y sus ojos dejaron de moverse. Helena alzó la vista al cielo para ver qué estaba mirando, pero no había nada. Solo la lluvia silenciosa.

—¿Jakob? —Lo sacudió con fuerza; había dejado de respirar. Entonces apoyó las palmas sobre el esternón y empezó a presionar a un ritmo constante.

No tenía ni idea de cuánto tiempo había estado así cuando divisó un haz de luz en la linde del bosque.

—El coche de Tommy Eckert ha desaparecido. La ambulancia está de camino —anunció Assad, bufando, y se dejó caer de rodillas a su lado para relevarla en el masaje cardíaco.

Helena le puso una mano en el brazo y buscó sus ojos en la oscuridad.

—Ya no corre prisa.

72

ASSAD

—*PUTAIN!* ¡Está ahí aparcado!

Helena señaló a través del parabrisas.

Con la mano izquierda seguía presionando una bolsa de hielo contra la parte de atrás de la cabeza; si por Assad fuera, a esas alturas estaría camino del hospital en una ambulancia. Los agentes de la policía de Selandia del Norte habían tomado el relevo en el lugar de los hechos en Heibergsminde, pero justo antes de que se cerraran las puertas de la ambulancia llegó un aviso del Centro Nacional de Situación y Operaciones. Una cámara había detectado el coche de Tommy que iba rumbo a Humlebæk, y Helena, con un repertorio de expresiones francesas de lo más colorido, había convencido a los sanitarios de que gastaran su *énergie* en alguien que de verdad lo necesitara, porque ella tenía un claro presentimiento sobre el paradero de Eckert: la tumba de Mira Dam.

Assad se inclinó hacia delante para orientarse. A un lado de la carretera, la iglesia de Humlebæk brillaba bajo la tenue iluminación exterior y, como sospechaban, el Fiat de Tommy Eckert estaba en el aparcamiento, así que Assad puso el intermitente y aparcó justo detrás de él para bloquearle la salida en caso de que intentara escabullirse otra vez.

Bajaron del vehículo y Assad echó un vistazo a su alrededor. Al otro lado de la carretera, la casa parroquial y una vieja posada asomaban entre los árboles y los matorrales. Un rumor intermitente delataba el mar rompiendo contra la costa más allá del cementerio, y había empezado a llover. No con fuerza, pero sí lo suficiente para empaparles el pelo y enturbiar la visibilidad; en aquel cementerio a oscuras no se veía más allá de la punta de la nariz.

—El motor aún está caliente. —Assad apoyó la mano sobre el capó del Fiat—. Tiene que estar por aquí.

—Vamos. —Helena le tendió una linterna de la guantera y echó a andar—. Por si lo habías olvidado, hoy se cumplen diez años de la muerte de Mira —comentó por encima del hombro.

—Tú deberías quedarte en el coche.

Helena no respondió. Abrió la verja y se adentró en el cementerio. Assad se apresuró a seguirla.

—Seguro que el cerebro te sigue vibrando como un flan. —Trató de disuadirla.

—*Ça va bien*, gracias. —Se apartó el flequillo mojado de los ojos —. Yo rodearé el lago por la izquierda, tú ve por la derecha. Y no olvides que buscamos una lápida reciente. Moderna.

Un poco más abajo, en el leve desnivel, Assad distinguió la lluvia que golpeaba la superficie del pequeño lago. Sus ojos se iban acostumbrando lentamente a la oscuridad mientras avanzaba deprisa por los caminos del cementerio en busca de la tumba. Ragnhild, Edith, Aage, Echardt… Nombres antiguos en lápidas grises cubiertas de musgo. Ninguna Mira.

—¡Assad! —La voz de Helena cortó el murmullo de la lluvia. Se giró en esa dirección y vio el haz de la linterna de su compañera que

oscilaba en la oscuridad, hasta que se detuvo apuntando al frente. Más abajo, en la pendiente, una silueta con chaqueta verde oliva se había puesto en pie junto a una de las tumbas. La figura, encorvada y con los puños apretados, miraba fijamente la luz como un corzo paralizado.

—¿Tommy?

La pregunta de Helena lo sacudió como una descarga eléctrica y echó a correr ladera abajo hasta desaparecer tras una densa hilera de tejos. Helena corrió tras él, pero se detuvo junto a la tumba donde había estado sentado.

«Mira Dam. 1989-2013. Por siempre nuestro ángel», leyó.

—Voy a ver si lo encuentro —resopló Assad—. El cementerio no puede tener tantas salidas.

—Voy contigo. —Helena dio un salto.

—¿Estás loca? Tienes que volver al coche y pedir refuerzos.

—¿En serio quieres que me quede esperando en el coche? —Sus ojos echaban chispas en la oscuridad—. ¿No fuiste tú quien dijo que no debíamos separarnos? El cementerio es enorme, y yo soy buena encontrando…

—No encontrarías ni el culo de un camello sentada del revés entre sus jorobas. —Assad señaló hacia el aparcamiento de la iglesia—. Espera en el coche. Vigila las salidas de Strandvejen mientras yo bajo a mirar si está junto al agua.

Las últimas palabras las gritó por encima del hombro, porque ya había echado a correr. De Tommy no había ni rastro, pero una verja abierta dejaba a la vista un sendero que descendía hasta el rugido del Øresund y el pequeño puerto de Humlebæk. La lluvia arreciaba,

y al llegar, tras cien metros de carrera, la oscuridad del puerto le pareció aún mayor que la del cementerio, si es que era posible.

Quitó el seguro a la pistola reglamentaria y fue corriendo de una caseta a otra, pero la zona estaba desierta. La única luz provenía de un edificio rojo oscuro con pinta de almacén y el rótulo «Astillero de Humlebæk» en la fachada.

Assad miró por el portón. La nave estaba casi vacía. Solo había piezas de motor y armarios de herramientas pegados a las paredes, amontonados sin orden. En el centro, un carro cargado de velas en desuso descansaba entre cubos de pintura vacíos, junto a un andamio rodante de tres o cuatro metros de altura.

Estaba a punto de marcharse cuando un movimiento casi imperceptible le hizo mirar hacia arriba.

Del techo colgaba un pequeño velero de casco esbelto suspendido de cuatro cables de acero. La embarcación se balanceaba levemente, apenas un par de centímetros, pero bastó para que Assad apuntara el arma hacia la popa.

—¡¿Tommy?! —Tuvo que gritar para hacerse oír por encima de la lluvia que repiqueteaba contra el fino techo de aluminio.

No hubo respuesta.

—¡Policía! ¡Baja ahora mismo!

La cara y los hombros de Tommy asomaron por encima de la borda.

—¡Largo de aquí! —gritó. Y luego, entre sollozos—: ¡Voy a saltar!

El pelo rubio, empapado, se le pegaba al cuero cabelludo. Se había quitado la chaqueta encerada y forcejeaba con un fino alambre metálico que estaba atado a una cornamusa en la borda.

La cabeza de Tommy volvió a desaparecer en la quilla del barco, y Assad aprovechó el momento para colarse bajo el casco, fuera del ángulo de visión del político. A lo largo de su vida había visto a demasiada gente con una soga al cuello, y nunca era buena señal, pero si Tommy de verdad quisiera quitarse la vida, ¿no habría saltado ya, en lugar de anunciarlo a voces? Ese «voy a saltar» sonaba más bien a grito de socorro, el grito de un hombre que había empezado a dudar; y además Assad no estaba dispuesto a dejar morir a nadie más en aquel caso en el que la línea que separaba a víctimas y verdugos era, cuando menos, difusa.

Echó un vistazo rápido y constató que la única forma de subir al velero era por el andamio, así que se quitó la chaqueta empapada y el jersey, guardó el arma en la funda del cinturón y comenzó a trepar, procurando no hacer ruido. Los brazos le ardían cuando por fin alcanzó la última plataforma. Se puso en pie y desenfundó la pistola en un solo movimiento ágil.

Tommy, de espaldas a él, seguía forcejeando con el alambre.

—¡Alto, policía! ¡Al suelo! —gritó Assad.

—¡No te acerques! —Tommy se dio la vuelta. El alambre le ceñía el cuello, como una corbata demasiado apretada—. ¡Fuera! ¡Tienes que irte ya!

Assad lo repasó con la mirada. Vestía unos vaqueros y una sudadera gris, y estaba blanco como la cera. A primera vista no llevaba encima armas de fuego ni de otro tipo.

—Subo al barco y hablamos, ¿vale?

—¿De qué? —Tommy lo miraba con los ojos desencajados—. Mi vida está acabada.

—No es verdad. Puede que ahora lo veas todo negro, pero tiene arreglo. —Assad puso el seguro a la pistola, la dejó a un lado y se quedó unos segundos con las manos en alto—. Ahora sí podemos hablar.

Los cables de acero del techo crujieron cuando cruzó del andamio al barco. Alzó la vista y rezó para que las poleas aguantaran el peso del velero, el de Tommy y el suyo propio.

—Siéntate. —Señaló un banco detrás del timón, pero Tommy no se movió.

—Lo voy a perder todo. —Le temblaba el labio inferior—. Iré a la cárcel por lo que he hecho.

Assad dio un paso hacia él.

—Eso sí puede ser, pero volverás a salir. Así funcionan las cosas, Tommy. Uno comete errores, asume la responsabilidad, pide disculpas, se arrepiente, expía sus faltas… ¿Y sabes qué? A veces incluso lo perdonan.

La cabeza de Tommy se balanceaba de un lado a otro, como si estuviera sedado.

—Esto no… Esto no se puede perdonar.

Assad dio otro paso adelante.

—La muerte de Mira no fue culpa tuya. Fue un accidente, ¿no? Tú la querías. —A Tommy la cabeza se le desplomó sobre el pecho. Había en él un aire de sumisión, de condenado a muerte ante el patíbulo, y Assad se acercó un poco más; estaba ya a menos de medio metro. Le puso una mano en el hombro—. Sé lo negro que parece todo ahora. Yo mismo he estado ahí. Pero créeme: las cosas mejoran.

Intentó tirar de él para llevarlo al andamio y ponerlo a salvo, pero Tommy estaba como anclado a la cubierta. Por sus pantalones empezó a extenderse una mancha oscura, y ambos se quedaron observando los hilillos de orina amarilla que un instante después se escurrían por la blancura del suelo de la embarcación.

De pronto Tommy se apartó de un tirón, de forma tan violenta y repentina que hizo chirriar las poleas. El barco se bamboleó peligrosamente y lo hizo tropezar con los peldaños que bajaban a la cabina.

Assad miró por encima de la borda. Puede que la caída desde esa altura no lo matara, pero casi seguro le dejaría secuelas graves, y él no tenía ni tiempo ni paciencia para eso.

—Nos vamos. —Se inclinó y agarró a Tommy por la sudadera, pero él se revolvió como una serpiente y lo atacó.

Incrédulo, Assad bajó la vista hasta su brazo izquierdo y vio cómo la sangre brotaba de la arteria en pequeños géiseres rítmicos. Tommy, igual de atónito, contempló su propio puño cerrado y la navaja de pescador que aún sostenía.

—¡Perdón! —exclamó, con los ojos abiertos como platos al ver la sangre chorrear sobre la cubierta blanca a una velocidad aterradora.

Assad presionó la herida con la mano para tratar de cortar la hemorragia.

—Tranquilo, te perdono. Estás bajo presión, tienes miedo…

—Perdón. —Tommy se dejó caer de rodillas con las manos en la nuca sin soltar la navaja, de modo que la hoja larga y estrecha sobresalía por detrás de su cabeza como una pluma—. Perdón —repitió, con la mirada fija en Assad, pero a la vez ausente—.

Perdóname, perdóname, perdóname —murmuró, y Assad comprendió que Tommy ya no le hablaba solo a él.

—Tommy, suelta la navaja y ven conmigo. Vamos a bajar —dijo Assad con delicadeza, y dejó de presionar la herida un momento para tenderle al político la mano manchada de sangre.

Si la lluvia no hubiera golpeado el techo con tanta violencia, quizá habrían oído el chasquido de la polea al soltarse. Pero no se oía nada; Assad solo vio la polea pasar zumbando por el rabillo del ojo y, en el mismo instante, sintió cómo el velero se hundía bajo sus pies.

Extendió el brazo derecho y consiguió aferrarse a una cornamusa de babor. Los tres cables restantes aún resistían, pero la popa escoraba cada vez más hacia estribor.

—¡Te dije que me dejaras en paz! —Tommy se había puesto en pie y mantenía el equilibrio como un surfista sobre una ola indomable, mientras que Assad colgaba con la espalda medio vuelta hacia él, pateando el aire desesperadamente en busca de apoyo.

Entonces Tommy levantó la mano que empuñaba la navaja de pescador por encima de la cabeza.

Assad cerró los ojos y pensó en sus hijos, y justo entonces la voz nítida de Helena penetró a través del estruendo de la lluvia.

—*Ihthari*! —gritó ella.

El cuerpo de Assad reaccionó por puro instinto. Sin soltar la cornamusa, se arrojó hacia un lado para alejarse de Tommy. Sonó un disparo y levantó la mirada justo a tiempo de ver cómo la mano del político estallaba.

Tommy acercó el brazo al cuerpo y se quedó mirando en silencio la mano destrozada. El pulgar había desaparecido. Se tambaleó,

como si fuera a desmayarse, y dio un par de pasos inseguros antes de perder el equilibrio y precipitarse de cabeza por la borda.

El alambre emitió un chirrido agudo al tensarse. Le siguieron dos golpes sordos. Después, solo la lluvia.

Assad oyó a Helena trepar por el andamio y, segundos después, sintió sus manos agarrándole las perneras del pantalón.

—¡Assad! —gritó—. ¿Estás bien?

Helena le movió el pie hacia un punto firme de la borda, lo bastante sólido para que pudiera impulsarse y dejarse caer sobre el andamio.

—No te muevas. —Helena le sujetó el brazo herido y presionó el pulgar contra la herida para cortar la hemorragia, mientras con la otra mano sacaba el móvil del bolsillo.

A Assad la cabeza le daba vueltas, y la sensación no mejoró al mirar hacia abajo. Sobre el carro, entre las velas desechadas, yacía la cabeza cercenada de Tommy Eckert, como una joya grotesca envuelta en papel de seda. Los ojos abiertos lo miraban fijamente desde abajo. Aún brillaban de arrepentimiento.

—¿Rose? —dijo Helena al teléfono—. Tommy Eckert está muerto. Necesitamos una ambulancia. Y a los peritos. El Astillero de Humlebæk. Havnevej, detrás del Louisiana.

Escuchó y asintió antes de mirar a Assad.

—Sí, se encuentra bien. Lo tengo aquí conmigo.

73

TERJE

Lunes, 23 de octubre de 2023

—¿Helena? No contaba con verte hoy por aquí. —Terje se levantó y apartó a toda prisa una pila de periódicos de la silla de visitas, pero Helena ignoró la invitación a sentarse.

—Tenía órdenes de personarme aquí este lunes por la mañana.

—Ya, pero… —Incómodo, Terje se frotó las manos—. Después de lo que pasó el fin de semana, nadie te reprocharía que te quedaras un par de días en casa. Y, francamente, te los tienes *más* que merecidos. —Mientras hablaba, intentó descifrar el lenguaje corporal de Helena. Los ojos inquietos delataban cierto nerviosismo, pero la postura firme y la camiseta sin mangas eran las de una mujer lista para el combate. Se pasaba el móvil de una mano a otra, como un balón de fútbol americano, y con cada movimiento los músculos del antebrazo se le marcaban bajo la piel, lo que llevó a Terje a plantearse si no sería hora de apuntarse de nuevo en la asociación deportiva de la policía—. ¿Cómo te encuentras? —preguntó al fin—. ¿Qué tal la cabeza?

—De maravilla, gracias. En mi opinión, en el Departamento Q tenemos motivos de sobra para darnos una palmada en el hombro.

—En la espalda, querrás decir.

—Da la palmadita donde más te guste. —Se acercó a la ventana —. Lo que me revienta es que Tommy Eckert haya muerto. Tendría que haber comparecido ante la justicia. —Daba la impresión de estar en máxima alerta, lo que le recordó a Terje que menos de cuarenta y ocho horas antes la había amenazado con despedirla—. Espero que esto no vaya a crear problemas en Christiansborg.

—No lo creo —dijo Terje, señalando con la cabeza el pequeño televisor de pantalla plana que retransmitía tv2 News sin sonido—. Lo de que el hombre acabara decapitado es un detalle que esperamos mantener al margen de los medios. Pero esta mañana, el ministro de Justicia y el presidente del partido de Eckert se apresuraron a desmarcarse de él. Y, de todos modos, seguro que habría acabado suicidándose. Según la primera declaración de su esposa, llevaba tiempo con problemas psicológicos graves.

Terje volvió a sentarse tras el escritorio. Quedarse de pie le parecía demasiado formal, casi provocador. En teoría, tendría que seguir enfadado con Helena por negarse a contarle lo del tiroteo en Lyon doce años atrás, pero aquel no era el momento para broncas ni preguntas incisivas. No en un día en que el Departamento Q había sumado cinco homicidios y un intento de asesinato a sus estadísticas de resolución de casos. Nueve homicidios, si se contaban los pescadores de Hirtshals.

El sábado por la noche, los peritos forenses habían encontrado un revólver con el tambor vacío y un *totschläger* en el maletero del Fiat de Eckert, ambos con sus huellas. También habían recuperado en el bosque de Heibergsminde una bolsa de deporte llena de fajos de papel de periódico recortado en forma de billetes, con restos de sangre y cabello en la parte exterior. El grupo sanguíneo coincidía

con el de Kaare Berg y, aunque los informes forenses definitivos tardarían aún días o semanas, Terje daba por hecho que Tommy Eckert había asesinado primero a Kaare Berg con el *totschläger* y luego disparado a Jakob Gade con el revólver.

El móvil de los dos crímenes seguía sin estar claro del todo, pero los fajos de papel de periódico apuntaban a un intento de chantaje fallido. Jakob Gade, en cualquier caso, tenía a Eckert contra las cuerdas.

En el coche de Jakob, los peritos localizaron dos memorias usb. La primera contenía un extenso informe sobre un accidente mortal de tráfico en las afueras de Humlebæk en el que el político había estado implicado. Eckert, bajo los efectos del alcohol, viajaba en el asiento del copiloto. Quien conducía era Mira Dam, su amante. Ella resultó herida de gravedad, pero en lugar de pedir auxilio, Tommy se dio a la fuga, y la joven falleció poco después a consecuencia de las lesiones.

Una acusación así habría sido casi imposible de probar diez años más tarde, de no ser por la segunda memoria usb. En ella, los peritos encontraron una larga secuencia de vídeo en la que se veía a Tommy saliendo tambaleante del vehículo siniestrado y alejándose de la escena, así como la foto de una corbata marrón dorado empapada en sangre, presuntamente de Mira Dam. La corbata había aparecido en una bolsa de plástico dentro del bolsillo de la chaqueta del político.

Haría falta un análisis de adn para determinar si la sangre de la corbata correspondía a la difunta Mira. Por lo pronto, Terje tenía la difícil tarea de desplazarse hasta Humlebæk aquella misma tarde, llamar a la puerta de la casa parroquial y contarles a los padres lo

que en realidad había sucedido la noche del accidente, diez años atrás. La cuestión era si conocer la verdad aliviaría de algún modo su dolor. Terje lo dudaba, pero para un policía, la verdad era la única herramienta de trabajo. Encontrarle sentido a todo aquello… eso se lo dejaba al pastor.

Helena carraspeó.

—Jakob admitió ante mí los asesinatos de Ole Horsten y de su hijo Konrad antes de morir, pero no llegué a preguntarle por Linette Thykier. Lo lamento. —Miró a Terje por primera vez desde que había entrado al despacho.

Él hizo un gesto quitándole importancia.

—Hiciste lo que pudiste. Además, la recepcionista de Charis ya ha confirmado que fue a Jakob a quien vio salir del almacén de medicamentos de la clínica. Y los compañeros de la comisaría Station City y de Crimen Organizado tienen agentes desplegados por la zona de la Estación Central y la calle Istedgade. Si consiguen localizar al camello que le vendió el fentanilo, el caso de Linette Thykier puede darse por cerrado. La mató para hacerle daño a Berg. Bastante cínico, todo hay que decirlo.

Helena asintió.

—Hablando de Crimen Organizado…, ¿cuándo puedo incorporarme?

Terje la miró con incredulidad.

—¿A la Unidad contra el Crimen Organizado?

—El trato era familiarizarme con la cultura y los procedimientos de la policía danesa. *Et voilà*: cinco homicidios y un intento de asesinato resueltos de un plumazo. He participado en inspecciones de la escena del crimen, asegurado pruebas decisivas, intervenido en

interrogatorios y localizado a personas en fuga. ¿Qué más tengo que demostrar?

Terje se revolvió en la silla.

—Pero, Helena…, entenderás que ni yo ni nadie con poder de decisión aquí en esta casa puede autorizar tu traslado a Crimen Organizado cuando…

—También puede ser la Unidad de Investigación de Crímenes contra las Personas. Tu departamento.

—¿Mi departamento? Pero si tú…

—Quiero formar parte del equipo que investiga los asesinatos de TaTo. Y si no puede ser en los asesinatos en sí, me gustaría trabajar en la línea del blanqueo de capitales.

Terje observó a Helena, que estaba plantada frente a él con los brazos cruzados. La mujer no era ninguna ingenua, eso lo había demostrado con creces en las últimas semanas. Así que, o se había dejado llevar por delirios de grandeza, o tenía algún propósito oculto que él no alcanzaba a ver. En cualquier caso, sus exigencias estaban por completo fuera de lugar.

—Helena, creo que fui muy claro el otro día. El arma del caso TaTo está directamente vinculada a un delito cometido contra ti en 2011, y mientras esa conexión no acabe de aclararse, deberás mantenerte alejada de mi investigación.

Volvió a levantarse. Había esperado que la conversación no tomara ese rumbo, pero con ciertos principios no se podía transigir.

Helena abría y cerraba los puños.

—¿O sea que sigues insistiendo en que no puedo trabajar en la policía de Copenhague solo porque me dispararon hace doce años? —dijo.

—En ningún momento he dicho eso. —Terje hizo una pausa. De todos los candidatos que había enviado al Departamento Q, Helena era la única que había sobrevivido más de una semana. Y no solo eso, sino que había contribuido a mejorar las estadísticas de resolución de casos de forma tan espectacular que cualquier debate sobre la razón de ser del Departamento Q quedaría zanjado por una buena temporada. Incluso el director, tan amigo de los recortes, se había quedado sin argumentos. La noche anterior, Terje había recibido un correo entusiasta comunicándole que en el Ministerio de Justicia aplaudían el «control de calidad de investigaciones históricas deficientes» llevado a cabo por el Departamento Q, y que, por tanto, podía seguir operando sin intromisiones. Al menos hasta los próximos presupuestos—. Pero ahora tienes que ser sincera conmigo. ¿Qué sabes sobre esa arma?

Helena suspiró, apesadumbrada, y se quedó unos segundos pensando.

—Sé tan poco como tú —soltó al fin—. Fue en 2011. Era joven. Tenía el día libre. Era de noche. Estaba oscuro. Llevaba la radio policial encendida, una costumbre muy mala. Llegó un aviso de robo en casa de una familia rica, un caso violento. Los ladrones se llevaron al hijo de trece años al huir. —Hizo una pausa—. El vehículo que buscaban, una furgoneta Peugeot Expert negra, me adelantó poco después. Yo fui detrás. Se detuvo a las afueras, en una carretera oscura. El conductor bajó y me disparó. Salí del coche y…

Se interrumpió. Su relato tenía un extraño tono monótono y entrecortado. Terje pensó que debía de ser una forma de protegerse, de distanciarse de su propia historia, de despersonalizarla para no revivir el trauma.

—Estaba tumbada en el suelo cuando volvió a disparar —continuó —. Y eso es todo.

—Suena terrible, pero no es algo que debas echarte en cara; más bien todo lo contrario.

Helena tenía los hombros hundidos y la cabeza inclinada, y Terje reprimió un impulso paternal de levantarse a darle un abrazo.

—Sí que lo es. —Se le quebró la voz.

—¿Por qué? Demostraste un coraje enorme, capacidad de reacción. Pusiste tu instinto policial y la vida de un crío de trece años por encima de tu seguridad. ¿Por qué te lo ibas a echar en cara?

Helena no respondió, y Terje tampoco insistió. Decidió dejar hablar al silencio y esperar a que uno de los dos no pudiera soportarlo más.

—Porque… —articuló Helena al fin— porque Juliette iba en el coche. Mi hija. Estaba allí conmigo.

Terje levantó la vista, atónito.

—¿Tu hija?

—Juju, mi niña de cuatro años.

Terje tuvo que armarse de valor antes de formular la siguiente pregunta.

—¿La perdiste?

Helena alzó la cabeza y lo miró directamente a los ojos.

—Sí. —Volvió a dejar caer la mirada hacia el suelo—. Traté de protegerla cuando disparó. Estábamos tumbadas delante del coche; la luz de los faros nos deslumbraba. Nunca le vi la cara al agresor, solo su silueta y el vaho blanco de su aliento en el frío. Desapareció y jamás lo identificaron.

—Helena… —Terje no sabía muy bien cómo seguir después del giro que había tomado la conversación—. No sé qué decir…

Ella levantó la vista.

—Ahora entenderás que quiera, más que nadie en el mundo, puede que incluso más que tú, encontrar a ese hombre y meterlo entre rejas. —Se detuvo de nuevo.

—¿El arma nunca apareció? —preguntó Terje, prudente.

Helena negó con la cabeza.

—Solo sé que era una pistola. Lo noté por el sonido.

—¿Por el sonido, así sin más?

Ella esbozó una sonrisa vacía.

—*Champion de France* de tiro en categoría júnior tres años seguidos. Ganadora del Campeonato Nacional de Tiro Policial en Francia en 2006.

Terje reflexionó un momento.

—¿Y las cámaras de vigilancia de Brønshøj qué tienen que ver?

La sonrisa de Helena se disipó tan rápido como había aparecido.

—¿Cómo sabes tú eso?

Terje se encogió de hombros.

—Rose lo mencionó…

—Rose, claro… —Helena suspiró con cansancio—. Hace unos meses recibí un correo de una dirección ip de Frederikssundsvej, aquí en Copenhague, y me picó la curiosidad. Pero solo encontré un hámster y un par de periquitos. *C'est tout*.

—¿Un hámster?

—Una especie de rata, sí…

—Sí, sí, ya sé lo que es un hámster. ¿Era un correo amenazante?

Helena se encogió de hombros.

—No era nada; no tiene importancia.

—Mmm… —Terje juntó las yemas de los dedos. Tenía la sensación de que Helena se estaba guardando algo. No necesariamente porque quisiera mentir, pero su lenguaje corporal delataba algún tipo de inquietud. Parecía asustada, y presionar a alguien que tiene miedo no suele servir de nada—. Aun así, tienes que mantenerte al margen de la investigación de TaTo —dijo—. Tanto de la pista de blanqueo de capitales como de la investigación de homicidio. No puede ser; estás demasiado implicada de manera emocional y existe un claro conflicto de intereses. Si el caso llega a juicio, nos arriesgamos a tener problemas, así que…

Ella lo miró incrédula.

—¿Así que qué? No tengo antecedentes penales. Tengo las mejores referencias de Lyon, tanto de superiores como de compañeros. Tengo quince años de experiencia como investigadora. ¿Me estás diciendo que esa experiencia aquí no vale de nada?

—¡Por supuesto que vale! —Terje abrió los brazos e intentó calmarla con una sonrisa—. Y creo que ese talento debería aprovecharse en el Departamento Q.

Helena lo miró incrédula.

—¡Pero es que no quiero estar en el Departamento Q!

Tenía los brazos caídos a los lados y parecía a punto de patear el suelo como una niña pequeña.

—¿Por qué no? No encontrarás un compañero mejor ni más leal que Assad. Le salvaste la vida; te puedo asegurar que irá hasta el fin del mundo por ti. —Terje tomó aire antes de pronunciar una frase que jamás creyó que diría en voz alta—. Hasta el propio Carl Mørck considera que eres la persona idónea para complementar a Rose y a

Assad. Y él no suele equivocarse —dijo, y se apresuró a añadir—: Al menos en lo que respecta al Departamento Q.

—¿O sea que me das a escoger entre el Departamento Q o irme a la calle?

Terje entrelazó las manos sobre el escritorio.

—Helena, a la luz de lo que me has contado, fui demasiado duro contigo el otro día y lo siento de veras. Pero ahora mismo lo único que puedo ofrecerte es el Departamento Q, y tampoco es que esté tan mal, ¿no?

Helena lo fulminó con la mirada durante cinco larguísimos segundos. Luego abrió la puerta de un tirón.

—¿En serio pretendes que me pudra ahí abajo con esos dos… esos dos *misérables*? ¡Olvídalo!

Giró sobre sus talones y chocó de frente con Rose, que estaba plantada delante de la puerta con una expresión tan corrosiva que ninguna escala de pH habría podido medirla.

—Me alegra comunicarte que no te falta mucho para librarte de esta miserable —espetó Rose, y retrocedió para dejarla pasar.

—¿Tienes dos minutos? —En la voz de Rose había una fragilidad que Terje nunca antes había oído.

Helena desapareció por el pasillo, y Rose entró en el despacho y cerró la puerta. Con llave. Entonces Terje constató, preocupado, que también era la primera vez que veía esa expresión en su rostro.

—Es un tema personal —dijo ella.

74

CARL

Carl acababa de conseguir que un amable médico le indicara la habitación de Assad cuando la puerta se abrió de golpe y por ella salió Marwa como un torbellino, cargada con una pila de táperes grasientos. Detrás iban Alfi, el hijo, y Nella y Ronia, las hijas, empujados al pasillo por una auténtica riada de juramentos y maldiciones en árabe procedente de la habitación. Lo único que Carl alcanzó a entender fue que Assad estaba hecho una furia.

—¿Qué ha pasado? —le susurró a Nella.

—Que he conseguido trabajo. —Sonrió y añadió—: Suerte, Carl; ¡hoy te toca lidiar con un camello enfurecido! —Y se alejó hacia los ascensores.

Cuando Carl entró, Assad estaba incorporado en la cama, con la bata de hospital puesta y el antebrazo izquierdo vendado. En la habitación flotaba un denso olor a especias exóticas.

—Oye, tus hijas son clavaditas a ti —dijo, intentando suavizar un poco el ambiente—. Puedes estar orgulloso de…

Assad puso los ojos en blanco.

—Orgulloso, siempre… Pero contento no estoy, Carl. ¡Estos niños! Nunca escuchan lo que les dice su padre.

Carl le dio una palmadita comprensiva en el hombro.

—A ver si lo entiendo… ¿Estás enfadado porque a Nella le han dado trabajo?

—Es que no es un trabajo normal y corriente de nueve a cinco, Carl. ¡Ha entrado en el Servicio de Inteligencia de Defensa! Va a salir muy quemada. —Respiró hondo un par de veces—. ¿Cómo han podido darle la habilitación de seguridad? ¡Es que no me entra en la cabeza! Con su pasado. ¡Y el mío! En cuanto su nombre aparece sobre la mesa, deberían saltar todas las alarmas habidas y por haber.

—El pasado pasado está, Assad. Toca mirar hacia delante. Lo de mirar atrás ahora es cosa mía. Toma, a ver si esto te anima un poco.

Carl le tendió un ejemplar de *Los chicos que cayeron en la trampa*, que Assad recibió casi con veneración.

—¿Tu segundo libro? —Assad leyó por encima el texto de la contraportada y, por primera vez en el día, una ligera sonrisa le bailó en la barba de varios días—. Menudos casos resolvimos tú y yo, ¿eh? —Hizo una pequeña pausa—. Pero ya *entiendo* que las cosas no volverán a ser como antes. —Alzó una mano para indicarle que no hacía falta que hablara—. Y no pasa nada, con tal de que podamos vernos de vez en cuando… Tú, yo, Rose y Gordon.

—Por supuesto que sí. ¿Qué tal Gordon? ¿Ha conseguido cerrar su caso? No es moco de pavo que un comisario novato resuelva un cuádruple homicidio.

—Sí, me llamó esta mañana. Los peritos han limpiado la grabación del vídeo que el oficial de máquinas le mandó a la mujer del pescador y no les cabe duda de que el hombre que aparece subiendo al barco en segundo plano es Jakob Gade. Al pescador le quitaron un peso de encima cuando se lo dijeron —explicó Assad.

—¿Y el secreto de la mujer se fue a pique con el barco?

—¿A pique?

—Déjalo. ¿Y qué hay del médico, Kaare Berg?

Assad apartó el nórdico de un manotazo y empezó a ponerse los pantalones.

—Puede que ya estuviera muerto cuando me llegó ese mensaje de «ahora no puedo hablar» el viernes por la noche. Eckert pudo enviarlo desde el móvil de Berg para ganar tiempo. El análisis de huellas dactilares nos lo dirá. —Se quitó la bata con algo de dificultad y se puso una camiseta—. Tendríamos que haber evitado la muerte del médico y de Konrad —dijo Assad, y se atusó los escasos rizos—. Y la de Tommy…

—Tommy Eckert ya había decidido acabar con su vida. Tú hiciste todo lo que estaba en tus manos para impedirlo.

—¿Lo dices de verdad? A ese hombre lo sacaron partido en dos, Carl —sacudió lentamente la cabeza—. Casi me dio pena allí arriba, en el barco.

—Tommy era un doble asesino, no lo olvides.

—Y Jakob… ¿recuerdas que te dije que sonaba como un verdugo?

—Sí.

—Pues solo era un niño cuando todo empezó. Todos eran niños. Niños *pequeños*.

Carl se sentó en el borde de la cama.

—Todos los asesinos fueron niños pequeños alguna vez, Assad. Pero no todos los niños pequeños eligen ser asesinos. Somos la suma de nuestras elecciones. Jakob y Tommy tomaron el camino equivocado en la vida. Eso no es culpa tuya.

Assad inspiró tan hondo que por un instante Carl temió quedarse sin oxígeno.

—Puede que tengas razón —dijo al fin, y tomó su libro nuevo y las gafas de leer de la mesilla—. Ya va siendo hora de salir de aquí.

—¿Ahora? ¿No deberías descansar?

Assad negó con la cabeza.

—Terje dice que Helena no quiere quedarse en el Departamento Q, así que tendré que intentar convencerla, aunque a Rose no le caiga del todo bien.

Carl se levantó sonriendo y le puso una mano en la espalda mientras salían.

—Me alegro de oírlo. Si quieres mi opinión, Helena es la persona idónea para el Departamento Q. Rose se irá ablandando. Helena te salvó la vida, y esas cosas enternecen el corazón de casi cualquier policía, incluso el de Rose.

Assad se encogió de hombros.

—A Rose le parece que tiene demasiados secretos.

—No hace falta saberlo todo de una persona para poder confiar en ella —dijo Carl—. ¿Qué sabía yo de ti cuando apareciste? ¿O de Rose?

Entraron en el ascensor.

—Tienes razón, Carl. La propia Rose está llena de secretos. Todos lo estamos.

Epílogo

HELENA

Domingo, 29 de octubre de 2023

Helena se sobresaltó cuando llamaron a la puerta de la habitación del ático. Maldijo entre dientes y gritó:

—¡Un momento!

—Soy yo —respondió Nanna desde la escalera.

—¡Dame un par de segundos! —Helena comprobó con un gesto rápido que las dos pistolas Smith & Wesson seguían bien sujetas en sus soportes magnéticos. Luego cerró la tapa del hueco oculto en la estantería y colocó delante un paquete: uno de los regalos, envuelto en papel de unicornios brillantes, comprado para el sexto cumpleaños de Juju.

Retrocedió unos pasos para contemplar la obra. La estructura estaba terminada; solo le faltaba montar un par de molduras decorativas y dos de las viejas puertas de teca. En cada balda reposaba un regalo envuelto. Doce en total. Uno por cada cumpleaños.

Se inclinó y, con la mano, apartó un poco el polvo que la lija había dejado en la balda del paquete de unicornios.

Solo alguien que supiera del compartimento secreto notaría la diferencia de profundidad, de apenas unos centímetros, entre esa

balda y la contigua. El armero se integraba en la pared posterior. Helena había temido que no hubiera espacio suficiente para las armas de mano que había traído a Dinamarca en coche, después de cruzar dos puestos fronterizos custodiados por unos policías muy amables que, al ver la placa, se limitaron a charlar con ella sin más. Desde su llegada a Copenhague, las pistolas habían permanecido ocultas bajo el falso fondo de la caja de herramientas del sótano, pero había llegado el momento de engrasarlas, cargarlas y guardarlas cerca de la cama.

Volvieron a llamar, esta vez con insistencia.

Helena abrió.

—*Qu'est-ce qui se passe*?

—¿Que qué pasa? —Nanna entró en la habitación y la tomó de la mano—. Tengo algo para ti. —Vaciló, se detuvo un instante y olfateó el aire—. Ah, ese olor a madera… ¿Ya está acabada la estantería?

—Casi.

—Déjame ver.

Helena la guio hasta el mueble para que pudiera deslizar los dedos por las superficies pulidas. La mano de Nanna tropezó con un objeto envuelto, luego con otro.

—Regalos… ¿Son…?

—Sí, están todos. Uno por año.

Nanna asintió en silencio.

—Es mañana, ¿verdad? Su cumpleaños.

—Sí.

—Dieciséis años ya… —Se quedó callada unos segundos; luego se volvió hacia Helena y la miró con sus ojos casi ciegos—. ¿Has decidido si te quedas en el Departamento Q?

Helena negó con la cabeza.

—Aún no.

—Mmm… —Nanna se rascó la nariz con el borde de un sobre que llevaba en la mano—. Ya sabes lo que pienso, *chérie*. Lo que pasó pasó. Ahora tienes que mirar hacia delante, aprovechar las oportunidades. También por ella.

En lugar de responder, Helena recolocó uno de los regalos en la balda. Un puzle de 2016. ¿Les gustarían los puzles a las niñas de diez años? ¿Y a las de dieciséis? No tenía ni idea. En su memoria, Juliette seguía congelada en el tiempo: una niña de cuatro años en su sillita del coche, con la cara redonda y la mirada confiada.

—Hay una carta para ti. Ha tardado un montón en llegar; la reenvía Raphael.

—¿Raphael, de Rillieux-la-Pape? —Helena había desplegado el metro para comprobar las medidas de unas molduras que debía cortar a inglete, pero estuvo a punto de soltarlo—. ¡Si sabe perfectamente que no puede reenviarme nada!

—Pensaría que era importante. —La voz de Nanna temblaba, y el nerviosismo se le contagió a Helena.

—¿Algo relacionado con la herencia de mi padre?

—La abrí sin querer, perdona, pero está escrita a mano; mi móvil no la lee.

Nanna gestionaba casi toda la correspondencia y las compras con una aplicación que convertía el texto en voz.

Helena tomó la carta. La letra no le decía nada: una caligrafía escolar, insegura, sobre un papel rosa pálido, sin demasiado carácter, pero bonita, como si el remitente se hubiera esmerado.

—¿Qué pone? —Nanna se acercó justo cuando a Helena empezaban a temblarle las piernas. La carta se le escurrió de la mano, flotó un par de veces en el aire y aterrizó sobre el polvo de lijado que cubría el suelo.

En ella se leía, en francés:

«Mamá, creo que ya lo recuerdo todo».

Agradecimientos

Ante todo, gracias a ti, Jussi, por habernos elegido para acompañarte a llevar el Departamento Q en una nueva dirección, encargo que asumimos con humildad, orgullo y no pocos nervios. Ha sido un gran privilegio contar con tu confianza, tu entusiasmo y tu apoyo en todo momento.

Gracias también a Elisabeth Ahlefeldt-Laurvig por su dedicación y su imprescindible visión de conjunto sobre los diez primeros títulos del Departamento Q. Gracias a Henning Kure por su competente primera lectura y por sus acertados comentarios, y a nuestro editor, Anders Wilhelm Knudsen, por su ojo clínico para el detalle y por estar siempre al otro lado del teléfono.

Son muchos los especialistas que han compartido sus conocimientos con nosotros mientras trabajábamos en este libro.

Muchas gracias a Jens Møller Jensen por su exhaustiva lectura y por su asesoría técnica en materia policial y de armamento; a Thomas Meedom, Christian Berthelsen y Allan Juul Laugesen por responder a grandes y pequeñas dudas policiales; a Bent Isager-Nielsen por su visión sobre liderazgo, estructura y estrategia dentro de las filas policiales. A Bent Hytholm Jensen por su conocimiento especializado en peritaje forense; a Martin Wittrup Engaard por su claridad al explicar los procedimientos policiales, los conceptos y la técnica del adn; a John Jensen por sus conocimientos sobre

operaciones de búsqueda y captura, y a Jens Vissing Jakobsen por sus aportaciones en materia de armas y explosivos.

Asimismo, gracias a Jan Schøtt-Petersen por su atenta lectura y por su asesoramiento jurídico, y a Henriette Andersen por su ayuda con las intrincadas normas del derecho sucesorio y del registro de la propiedad.

Gracias a Alfred Fisker Hansen por sus conocimientos sobre la pesca de arrastre, y a Claus Lerhøj-Kloppenborg por compartir su experiencia en el ámbito marítimo. Gracias también a Phillip Faber por su conocimiento musical y por las curiosas anécdotas sobre el día a día en los coros de niños; a Ask Rostrup por su profunda comprensión del panorama político; a Michael Lund por su ayuda a la hora de idear los escenarios de blanqueo de dinero; a Claus Birkelyng por sus aportaciones sobre los flujos de capital, y a Flemming Steen Pedersen y Martin Madsen por su conocimiento del sector sanitario.

Gracias a Katrine Wibe Jensen por sus explicaciones sobre terminología médica, lesiones graves y opioides; a Hans Petter Hougen por su apoyo con los detalles forenses; a Irene Breum Müller por ayudarnos a entender los venenos y el fentanilo, y a Thea Sejr por las claves sobre los misterios de la voz y la anatomía del cuello.

Gracias a Iben Albinus por las conversaciones sobre dramaturgia y por los ánimos constantes. Y a Allan Sørensen, Yaqoub Ali y Stuart Heritage por su ayuda experta en temas lingüísticos.

Un agradecimiento especial a Lene Juul y a Charlotte Weiss por creer en nosotras desde el principio, y a todos los empleados de

Politikens Forlag y Politiken Literary Agency por sus incansables esfuerzos, su profesionalidad y su fantástico sentido del humor.

Y, por último:

Line: Gracias a mis padres y a mis amigos más cercanos; sabéis guardar un secreto como nadie. Y a mis rayos de sol: Vigga y Bjørn.

Stine: Gracias a Simon, mi gran amor y mi apoyo constante, y a nuestros maravillosos hijos, Sofie y Mathias; estoy muy orgullosa de vosotros. Gracias a toda mi familia y al amplio grupo de amigos que son nuestra otra familia. Lo sois todo para mí.

Jussi: Gracias a Kes y a Sandra, mi hijo y mi nuera, y muy especialmente a Hanne, mi fantástica esposa.

La serie se ha publicado en más de 42 países y cuenta con más de 27 millones de lectores. La protagoniza Carl Mørck, uno de los policías más carismáticos de la novela negra europea

LOS CASOS DEL DEPARTAMENTO Q

El DEPARTAMENTO Q es una unidad de la policía de Copenhague, una brigada que se ocupa de casos antiguos que en su día quedaron archivados, pero que por alguna razón vuelven a requerir atención especial.

LA MUJER QUE ARAÑABA LAS PAREDES

El primer caso de Carl Mørck, jefe del Departamento Q.

Merete Lynggard, una joven promesa de la política danesa, permanece sometida a un terrible cautiverio. A pesar de que todo el mundo la da por muerta, sigue viva y expuesta a los caprichos de sus secuestradores.

LOS CHICOS QUE CAYERON EN LA TRAMPA

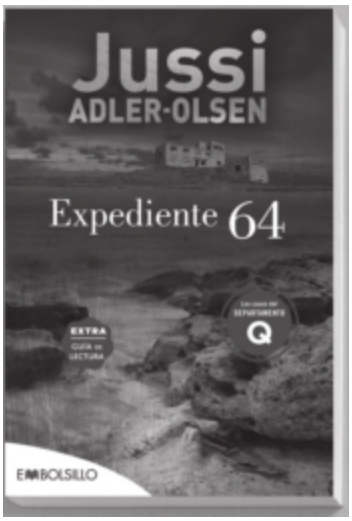
Un asesinato brutal, unos estudiantes elitistas, una investigación irregular.

En 1987 encuentran a dos hermanos asesinados en una casa de verano. El misterio parece resuelto cuando uno de los integrantes de un grupo de jóvenes de buena familia se confiesa culpable.

EL MENSAJE QUE LLEGÓ EN UNA BOTELLA

Dos jóvenes se esfuman sin dejar rastro, y nadie denuncia la desaparición…

Cuando una botella con un mensaje de auxilio escrito con sangre humana llega al Dept. Q, se enfrentan al secuestro de unos chicos en los años noventa relacionado con el mundo de las sectas religiosas.



EXPEDIENTE 64

Un caso que revela un oscuro episodio del pasado reciente de Dinamarca.

Un caso de varias desapariciones ocurridas veinte años atrás está ligado a la trágica historia de una mujer y un partido político de extrema derecha que propugna una siniestra ideología racista.

EL EFECTO MARCUS

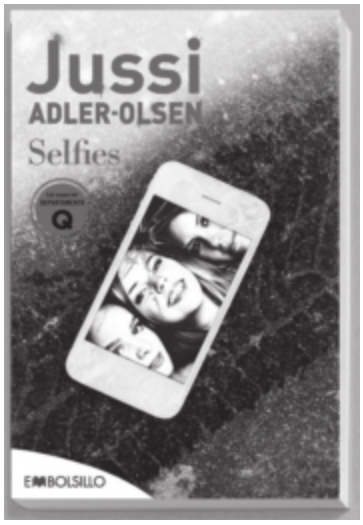
Un adolescente oculta la clave de una peligrosa trama internacional.

El líder de una violenta banda obliga a Marcus y a otros miembros a cometer actos criminales, una red cuyo alcance de delitos en el mundo de la política y la economía llega hasta la selva africana.

SIN LÍMITES

Secretos antiguos en el caso más peligroso del Dept. Q.

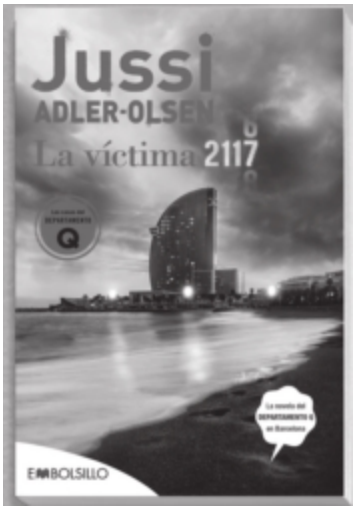
Cuando aparece muerto un comisario de la policía que llevaba años intentando esclarecer la muerte de una joven, el Dept. Q se ve implicado en un caso que lleva hasta el enigmático director de un centro esotérico.



SELFIES

Un auténtico rompecabezas para Carl Mørck y su asistente Assad.

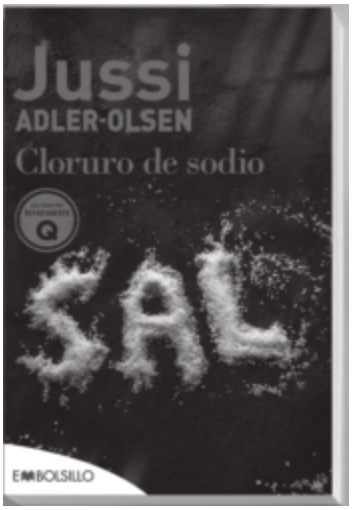
Carl Mørck recibe el encargo de esclarecer la muerte violenta de una mujer mayor en un parque de Copenhague mientras un asesino en serie se dedica a atropellar a mujeres jóvenes.



LA VÍCTIMA 2117

Un caso que sitúa Barcelona en el centro de un rompecabezas criminal.

Un periodista catalán, que cree tener su gran oportunidad profesional al ver un contador de los refugiados ahogados en el mar, y un joven de Copenhague se unen en un caso con unas implicaciones muy personales para Assad.



CLORURO DE SODIO

Un psicópata astuto mata desde hace tres décadas. Nadie puede detenerlo.

El suicidio de una mujer conduce a la reapertura de un caso sin resolver desde 1988. Durante treinta años, un asesino muy astuto ha elegido a una víctima en una fecha señalada, haciendo pasar el asesinato por un accidente o un suicidio.

SIETE METROS CUADRADOS

Solo necesitas siete metros cuadrados para saber toda la verdad sobre Carl Mørck y el Departamento Q.

Diciembre, 2021. Carl Mørck está sentado esposado en un coche de policía de camino a la prisión. Después de quince años, un caso nunca resuelto del pasado lo ha alcanzado de lleno, y los cargos de tráfico de drogas y asesinato por los que se le acusa amenazan con destruir su vida y su carrera.

LAS ALMAS MUERTAS NO CANTAN

El poder tóxico de las humillaciones y el largo aliento de la venganza.

Cuando una serie de brutales asesinatos sacude Copenhague, el renovado Dept. Q debe actuar con rapidez. La primera pista surge de una antigua grabación de audio proporcionada por Carl, relacionada con oscuros sucesos ocurridos décadas atrás en el internado de una prestigiosa escuela de música.

Título original:
Døde sjæle synger ikke
Publicado originalmente en Dinamarca en Politikens Forlag, Copenhague, en 2025

© Politikens Forlag, 2025
Publicado por acuerdo con Politiken Literary Agency
© de la traducción: Cristina Riera y Begoña Romero, 2026

MAEVA defiende el copyright©.
El copyright alimenta la creatividad, estimula la diversidad, promueve el diálogo y ayuda a desarrollar la inspiración y el talento de los autores, ilustradores y traductores. Gracias por comprar una edición legal de este libro y por apoyar las leyes del copyright y no reproducir total ni parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, tratamiento informático, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47, si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. De esta manera se apoya a los autores, ilustradores y traductores, y permite que EMBOLSILLO continúe publicando libros para todos los lectores.

Benito Castro, 6
28028 MADRID
emaeva@maeva.es
www.maeva.es

ISBN: 9791388136481
Conversión a formato digital: www.acatia.es